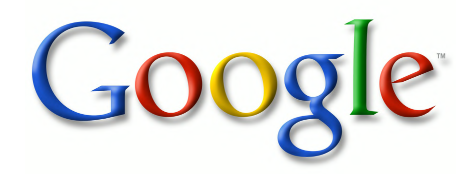
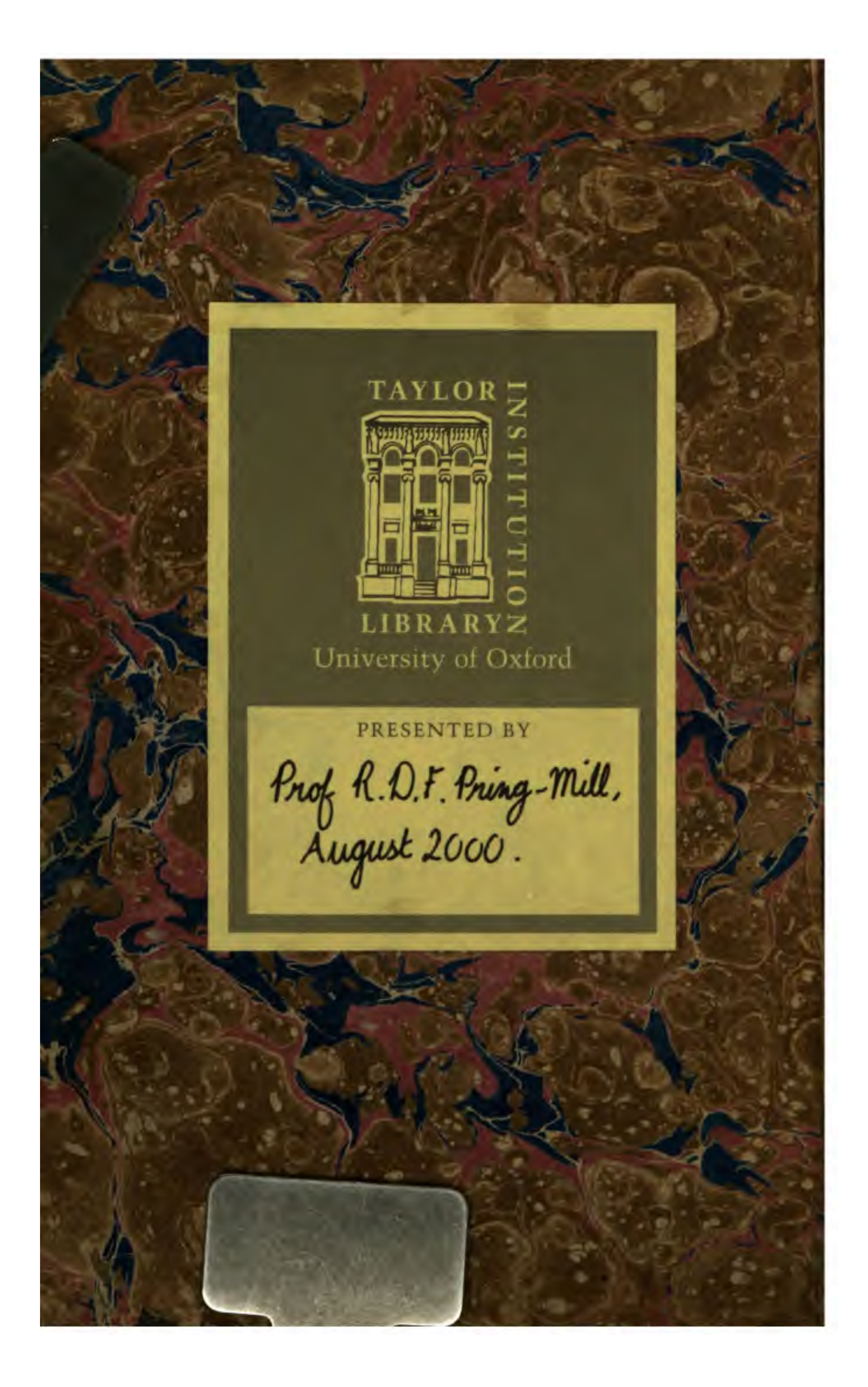






TAYLOR INSTITUTION LIBRARY
University of Oxford
PRESENTED BY
Prof R.D.F. Pring-Mill,
August 2000.



Coll y Ciner Itiario

MEDITACIONES ESPIRITUALES.

—

TOMO III.

Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la Librería religiosa.

MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

TOMO III.

MEDITACIONES DE LA VIA UNITIVA,

ó

PARA ADQUIRIR LA ÚLTIMA PERFECCION DE LAS VIRTUDES Y LA UNION DEL ALMA CON DIOS.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
calle Nueva de San Francisco, núm. 17.

1856.

Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.

Enteramente ha sido desolada toda la tierra, porque no hay ninguno que considere en su corazon. (*Jerem.* XII, 11).

PARTE QUINTA.

DE LAS MEDITACIONES

QUE PERTENECEN Á LA VIA UNITIVA,

Y CONTIENE

LOS MISTERIOS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR GLORIFICADO HASTA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO, Y PUBLICACION DEL EVANGELIO.

INTRODUCCION.

DE LA UNION CON DIOS, QUE ES FIN DE LA VIA UNITIVA.

Las meditaciones que pertenecen á los que caminan por la via que llamamos unitiva, tienen por fin la union con Dios nuestro Señor, de quien dice san Pablo (I *Cor.* VI, 17), que quien se llega á Dios es un mismo espíritu con él. Y aunque esta union es propia de los varones perfectos, pero todos han de aspirar á ella, y tienen en ella no pequeña parte, aunque sean de los principiantes. Para cuya inteligencia presupongo que esta union tiene tres actos. (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 28, *art.* 1 *et* 2).–El primero, es union de entendimiento, cuyo oficio es traer á Dios dentro de sí mismo, y aposentarle en su memoria, pensando en él, y conociéndole con un conocimiento verdadero, propio, entero y perfecto; el cual sea como una imágen y retrato muy al vivo de lo que es Dios, en el cual se transforme, segun aquello del Apóstol, que dice (II *Cor.* III, 18): Nosotros, con rostro descubierto y sin el velo de Moisés, miramos como en espejo y contemplamos la gloria del Señor, y nos transformamos en su misma imágen, pasando de una claridad á otra, movidos del divino Espíritu. En las cuales palabras nos enseña san Pablo, que la meditacion y contemplacion de las cosas gloriosas de Dios no es otra cosa

que formar dentro de sí un conocimiento que sea viva imágen de ellas. De modo que lo mismo que Dios tiene en sí, esto tenga yo dentro de mí por el conocimiento, procurando que cada dia sea mas distinto y claro.

De este conocimiento procede el segundo acto de union, que es union de voluntad, la cual con grande fuerza sale de sí, y se abraza con la bondad que ha conocido, amándola, complaciéndose en ella, y deseando del mejor modo que puede gozar de ella. Esta union se declara por aquel supremo mandamiento del amor que dice (*Deut.* VI, 5; *Luc.* X, 27): Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon, con toda tu ánima y espíritu, con toda tu fortaleza y con todas tus fuerzas. En las cuales palabras se nos encarga un amor tan perfecto que lleve tras sí todas nuestras aficiones y deseos, traspasándolas en Dios con toda la intension y continuacion que pudiéremos. Los afectos que nacen de esta union y en que se han de ejercitar los que la pretenden en estas meditaciones, son estos: Admiracion de la majestad de Dios, de sus perfecciones y de sus obras; gozo de que sea quién es, y de que tenga tantas excelencias, y obre cosas tan gloriosas; alabanzas y hacimientos de gracias por los dones que de él proceden; deseos entrañables de verle y poseerle, y estar siempre unido con él; deseos tambien muy encendidos de honrarle y obedecerle, y darle gusto en todas las cosas, y de que todos los hombres le conozcan, amen y sirvan; celo ferviente de su gloria y de la salvacion de las almas, mezclado con dolor grande de las ofensas que contra él se hacen; confianza en su bondad y providencia, y temor de su justicia, no temor servil que es excluido por la caridad, sino temor filial y reverencial, que teme apartarse de Dios y hacer cosa que le ofenda, aunque sea cosa muy pequeña; y con este afecto se ha de juntar dolor de los pecados que procede de amor, porque como arriba se dijo (*En la introduc. de toda la obra*, párrafo IV): el grado superior de santidad siempre ejercita los actos del grado inferior, aunque con modo mas perfecto.

De esta union resulta la tercera, que es union de semejanza en la vida y costumbres, fundada en una perfecta conformidad con la divina voluntad, teniendo un querer y no querer con Dios en todas las cosas, así prósperas como adversas, de donde procede el ejercicio continuo de todas las virtudes que pertenecen á la perfeccion de la vida cristiana, por las cuales se alcanza aquel supremo grado á que Cristo nuestro Señor nos exhortó, cuando dijo (*Matth.* V, 48): Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es, que fue decir: Sed pu-

ros, caritativos, misericordiosos, prudentes, justos, templados y santos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos. Y de esta manera se cumple perfectamente lo que dijo el Apóstol (II *Cor.* III, 18), que contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en su imágen, recibiendo dentro de nuestro espíritu las virtudes gloriosas del mismo Dios, por las cuales somos semejantes á su gloriosa divinidad, pasando de una claridad á otra; esto es, de la claridad del conocimiento á la claridad del afecto, y de esta á la claridad de las virtudes, subiendo de una en otra, hasta ver con claridad al Dios de los dioses en Sion. (*Psalm.* LXXXIII, 8).

De lo dicho se sigue, que la vida contemplativa, cuando es perfecta, abraza estos tres modos de union, los cuales andan entre sí muy hermanados, ayudándose mucho el uno al otro, porque el conocimiento de Dios ayuda al amor, y este á la imitacion de sus virtudes, y el amor é imitacion grandemente perfeccionan el conocimiento, porque, como dicen comunmente los maestros del espíritu (*D. Thom.* 2, 1, 2, *q.* 180, *art.* 1; *Dionis.* c. 2 de divin. nom.; *D. Bonav.* Opusc. 7 de itineribus aetern. itiner. 6; *Gerson.* 3 p. trac. de mystica theol.; *D. Bern.* Serm. 23 et 24 in Cant.), hay dos modos de conocer á Dios, uno especulativo, que procede de la lumbre natural de nuestro entendimiento, ilustrado con la lumbre de la fe, el cual con el discurso y meditacion llega á contemplar la gloria de Dios y sus grandezas, por las cosas que ve en las criaturas, ó por las que están reveladas en las divinas Escrituras, que son como dos espejos ó atalayas, para conocer á Dios en esta vida. Otro conocimiento hay práctico y experimental, que procede del supremo don del Espíritu Santo, que llamamos sabiduría (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 45, *art.* 2 *et* 3), ó ciencia sabrosa de Dios, el cual, como comenzamos á decir en el párrafo XI de la introduccion de este libro, se funda en las maravillosas experiencias que sentimos dentro de nuestras almas, por las ilustraciones celestiales, y por los afectos y dulzuras de la caridad y amor de Dios. Del cual conocimiento dijo David (*Psalm.* XXXIII, 9): Gustad y ved cuán suave es el Señor, como quien dice: Probad por experiencia la suavidad de Dios y sus efectos maravillosos, y por aquí llegaréis á verle como acá puede ser visto. Y el Apóstol nos aconseja que echemos raíces en la caridad, y en sus amorosos ejercicios, para que comprendamos. (*Ephes.* III, 17). Esto es, para que palpemos y conozcamos por experiencia las grandezas de Dios, la latitud de su caridad, la longitud de su eternidad, la alteza de su divino ser y la profundidad de su sabiduría, y tambien la excelente

caridad de Cristo que sobrepuja al conocimiento que se alcanza con la ciencia humana; y en virtud de este soberano conocimiento quedarémos llenos de la plenitud de Dios, transformados en él por union perfecta, porque como dijo el Sábio, hablando con Nuestro Señor (*Sap.* xv, 3): *Nosse te consummata justitia est, et scire justitiam et virtutem tuam, radix est immortalitatis: Conocerte á ti es consumada y perfecta justicia, y conocer tu santidad y tu virtud, es raíz de la inmortalidad*, porque la vida inmortal y eterna procede de conocer, como se ha dicho, al eterno Dios, amándole é imitando sus virtudes, de tal manera que, como dijo san Juan (*Ioan.* iv, 8), quien no ama no conoce á Dios, porque Dios es caridad, y la caridad increada no se conoce perfectamente, si no es por la experiencia de los actos y afectos de la caridad criada, así como nunca se conoce bien la dulzura y eficacia de la miel y del vino (*Casian. Collat.* xii, *c.* 13), hasta que se gusta y prueba: por lo cual dijo santo Tomás (2, 2, *q.* 9, *art.* 3 *ad* 2), que era lícito desear conocer á Dios de esta manera, y tener experiencia de su bondad y voluntad, buena, agradable y perfecta, para no desviarse un punto de ella.

Por lo dicho queda entendido el fin principal de las meditaciones de esta parte V y VI, las cuales van encaminadas al primer conocimiento de Dios, para alcanzar el segundo, y gozar de la union con su infinita bondad y voluntad, al modo que se ha declarado. Y aunque es verdad que la contemplacion y union sobredicha tiene por blanco principal la divinidad y perfecciones de Dios, con quien se hace un espíritu; mas tambien mira la humanidad de Dios encarnado (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 180, *art.* 4), y sus esclarecidas obras y virtudes, en las cuales resplandecen las excelencias de la divinidad, porque, como el mismo Señor dijo (*Ioan.* xvii, 3), la vida eterna no solamente consiste en conocer á Dios vivo y verdadero, sino tambien á su Hijo Jesucristo Salvador del mundo. Y los que quisieren excluir siempre de la contemplacion los misterios de su sacratísima humanidad, serán excluidos de gozar los frutos y regalos de la vida eterna. Porque él dijo (*Ioan.* x, 9): Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, será salvo, entrará y saldrá, y hallará pasto, que es decir: Yo en cuanto hombre, soy la puerta para entrar á Dios; si alguno entrare por mí, creyendo con viva fe en mí y en mi Padre, alcanzará la salud y vida eterna, y tendrá sus entradas y salidas, procediendo con la consideracion de los misterios de mi humanidad hasta los mas altos secretos de mi divinidad, y de estos volverá á esos otros, y en todos hallará pasto espiritual de devocion para su alma.

Y por cuanto la vida de Cristo nuestro Señor tiene dos partes, una mortal y pasible, de la cual han sido las meditaciones que hasta aquí se han puesto; y otra inmortal é impasible, despues que resucitó, la cual vive ahora, y en ella resplandecen grandemente las excelencias gloriosas de su divinidad, porque, como dice san Pablo (II *Cor.* XIII, 4), fue crucificado por la flaqueza del hombre, pero vive ahora por la virtud de Dios. De aquí es, que las meditaciones de esta vida gloriosa de Cristo nuestro Señor, de que trata esta parte V, pertenecen principalmente á los perfectos que han pasado por las otras, en nombre de los cuales dijo el mismo Apóstol (II *Cor.* v, 16): Aunque hemos conocido á Cristo segun la carne, pero ya no le conocemos así, que es decir, como declara santo Tomás (*Ibid.* lect. IV), aunque hasta ahora conocimos á Cristo en carne mortal, sujeto á las miserias de nuestra carne, y le amábamos con amor mezclado con alguna aficion de carne; pero ya no le conocemos ni amamos de esta manera, sino contemplámosle en carne inmortal y gloriosa, y amámosle con amor puro, libre de todo resabio de carne y sangre. Lo cual se verá practicado en las meditaciones siguientes.

MEDITACION I.

DEL GLORIOSO DESCENDIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL LIMBO PARA SACAR DE ALLÍ LOS JUSTOS, Y DE LA GLORIA QUE LES COMUNICÓ.

PUNTO PRIMERO. — 1. Por fundamento de esta meditacion, se ha de considerar qué lugar es el limbo, qué personas habia en él, y en qué se ocupaban, hasta que Cristo nuestro Señor murió. - El limbo es un lugar debajo de la tierra; y por esto se llama infierno, cuando decimos que Cristo nuestro Señor bajó á los infiernos, y se llama lago sin agua (*Zach.* IX, 11), y cárcel de presos, oscura, y cerrada con puertas de bronce y con cerraduras de hierro, tan fuertes que no habia poder humano ni angélico para quebrarlas, ni para sacar al que una vez entraba dentro de ellas. En este limbo eran depositadas y encarceladas las almas de todos los justos, por muy santos que hubiesen sido, porque ninguno podia entrar en el cielo, por causa del pecado de Adan, hasta que Cristo muriese por todos; allí estaba el mismo Adan y Eva, Abel su hijo, Noé y Abrahan con los santos Patriarcas, Moisés y David con los Profetas, y el gran Bautista y san José, con todos los demás justos que murieron antes de la pasion.

2. Su continua ocupacion era suspirar por la venida del Mesías, para que les librase y comunicase la vista clara de Dios; y cada uno repetiria la oracion afectuosa que solia decir en vida; David daria voces á Dios: Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu Salvador. (*Psalm.* LXXXIV, 8). Despierta tu potencia, y ven para que nos hagas salvos. (*Psalm.* LXXIX, 3). Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, Dios. (*Psalm.* XLI, 2). Mi ánima tiene sed de Dios fuerte, vivo: ¿cuándo tengo de ir y parecer ante el rostro de mi Dios? Isaías diria (*Isai.* LXIV, 1): ¡Ojalá rompieses los cielos y vinieses, para que con tu presencia estos montes que están sobre nosotros se deshiciesen! Ó cielos, enviad de lo alto este rocío; ó nubes, lloved al Justo. ¡Oh tierra, si te abrieses y brotases ya al Salvador! (*Isai.* XLV, 8). De esta manera los otros santos hervian con semejantes deseos y suspiros sin cesar, esperando el dichoso dia de su redencion, aunque no sin algun dolor, porque como dijo el Sábio (*Prov.* XIII, 12), la esperanza que se dilata, aflige al alma, y cuando se acerca el cumplimiento del deseo se alegra. Y así se alegraron cuando entró el ánima del gran Bautista, haciendo allí el oficio de precursor que habia hecho en este mundo, diciendo (*Luc.* XXI, 28): Alegraos y levantad vuestras cabezas, porque ya se acerca vuestra redencion.

3. De esta consideracion tengo de sacar semejantes afectos, imaginando á mi alma presa y cautiva en este cuerpo, como en un limbo y cárcel de tinieblas, gimiendo y deseando que venga Cristo nuestro Señor á librarla y llevarla consigo, diciendo con san Pablo (*Philip.* I, 23): Deseo ser desatado y estar con Cristo. ¡Oh quién me librara de la cárcel de este mortal cuerpo! (*Rom.* VII, 24). Saca, Señor, de esta cárcel á mi alma, para confesar tu santo nombre. (*Psalm.* CXLI, 8). Estos y otros afectos semejantes son muy propios de la gente perfecta, que ha comenzado á gustar la suavidad de la divina union, y siente sus ausencias, diciendo con David (*Psalm.* XLI, 4): Las lágrimas eran mi pan de dia y de noche, mientras me dicen, ¿dónde está tu Dios?

PUNTO SEGUNDO. — 1. *En el mismo punto que Cristo nuestro Señor espiró en la cruz, quedándose allí el cuerpo unido con la divinidad, su ánima santísima, unida tambien con la misma divinidad, se partió al limbo á librar las almas de los justos que allí estaban.* (*D. Thom.* 3 *p. q.* 52). — En lo cual descubrió el Verbo divino encarnado las mismas virtudes que manifestó en su venida al mundo, para que entendiésemos que despues de muerto no estaba olvidado de ellas. Es-

tas hemos de ponderar, para encendernos en amor de este Señor, especialmente dos.—La primera fue su inmensa bondad y caridad, la cual le movió á venir en persona á salvar el mundo, aunque lo pudiera hacer por otros medios; así tambien, aunque pudiera librar estas almas del limbo sin bajar allá personalmente, pues con sola una palabra pudiera sacarlas de allí, como sacó á Lázaro del sepulcro, diciéndole: Sal á fuera, ó pudiera enviar Ángeles que se las trajeran á su presencia, pero no quiso, sino que su misma alma real y verdaderamente bajase al limbo, para descubrir el amor que las tenia y el mucho caso que hacia de ellas, y cuán contento estaba de los servicios que le habian hecho, y para aplicarles él mismo por sí mismo el fruto de su pasion y muerte, conforme á lo que estaba profetizado. Tú tambien, en virtud de la sangre de tu testamento, sacaste á los presos del lago donde no habia agua. (*Zach.* IX, 11). Ó eterno Amador de las almas, ¡cuán embriagado estás de su amor! pues no te hallas un punto sin ellas; en dejando de vivir con los hombres, luego quieres que tu alma viva con las almas, y estar donde están ellas, haciéndolas el bien que antes de tu muerte hacias á los hombres. Ven, Señor, á visitar la mia, júntate con ella, embriágala con ese amor tuyo, para que nunca de tí se aparte, ni quiera otra cosa mas que estar siempre unida contigo. Amen.

2. La segunda virtud fue su profundísima humildad, la cual quiso ejercitar, no solamente bajando á esta miserable tierra, sino á lo mas bajo de ella, y á lo que era cárcel y pena de pecado, estando allí algunas horas, aunque no como preso, sino como libertador de presos, para que por esta humillacion, hasta lo ínfimo de la tierra alcanzase la exaltacion hasta lo supremo del cielo, segun aquello del Apóstol, que dice (*Ephes.* IV, 9): ¿Qué es la causa por que subió, sino porque se abajó primero hasta las partes mas bajas de la tierra? Ó humildísimo Señor, que despues de la victoria quieres gozar de ella con muestras de humildad, concédeme que me humille y abaje hasta el postrer lugar, y en él me asiente muy despacio (*Luc.* XIV, 14), porque bien sé que á la medida que me humillare en la tierra, seré por tí ensalzado en el cielo.

PUNTO TERCERO.— 1. Aunque la entrada de Cristo nuestro Señor en el limbo fue en un momento sin resistencia alguna, pero podemos considerar el modo y majestad con que la hizo, imaginando que aquella ánima santísima bajaria acompañada de muchos Ángeles, como de criados y ministros suyos; los cuales dirian aquellas palabras del salmo XXIII, aunque principalmente se entienden de la

entrada de Cristo en el cielo, como despues verémos (*Psalm.* XXIII, 7): *Abrid, príncipes, vuestras puertas; levantaos, ó puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria; y preguntando los príncipes de las tinieblas: ¿Quién es este Rey de la gloria? Respondieron: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla.* Ó Rey gloriosísimo, gózome de que tu gloria y fortaleza sea pregonada de los Ángeles, y publicada á los demonios, para que te conozcan, y se postren rendidos á tus piés. Ó Rey fortísimo y poderosísimo, ¡cuán nueva es tu fortaleza y cuán fuerte tu potencia, pues muriendo en la batalla, sales de ella con victoria, matando á la misma muerte y venciendo al autor de ella!

2. Hiciéronse los príncipes de las tinieblas como sordos á este primer mandato, y repitiéndole segunda vez los Ángeles, hicieron ellos la misma pregunta, á los cuales respondieron: *El Señor de las virtudes, este es el Rey de la gloria.* Ó Rey de gloria, cuán bien os cuadra el nombre de Señor de las virtudes, porque sois Señor de la caridad, de la humildad, de la obediencia y paciencia, y de las demás virtudes celestiales, las cuales ganastes para nosotros en la batalla de vuestra pasion, y las repartís como despojos entre vuestros escogidos. Vos tambien sois Señor de las virtudes, porque de Vos proceden todas las obras santas, fuertes y gloriosas, por las cuales descubrís la gloria de vuestro reino, y haceis gloriosos á vuestros vasallos: Vos sois Señor de las virtudes del cielo, y á vuestro señorío están sujetas las potestades y dominaciones, y toda la milicia de la corte celestial, en cuya presencia tiemblan y se postran, adorándoos como á su Dios y á su Rey y supremo Señor. Ó Señor de las virtudes, repartid conmigo de ellas, pues las ganastes para mí. Ó Señor de la caridad, infundidla en mi corazon, para que todo se derrita en vuestro amor. Ó Señor de la humildad, arraigadla dentro de mi alma, para que halle gracia en vuestra presencia.

3. Tambien ponderaré la omnipotencia de este glorioso Rey, el cual en virtud de su sangre quebrantó y desmenuzó las puertas y cerraduras infernales, penetrando sin resistencia el profundo cáos de la tierra hasta el infierno, para sacar de allí los presos quebrantando sus cadenas, por lo cual tengo de alegrarme y decir con David (*Psalm.* CVI, 16): Alaben al Señor sus misericordias y las maravillas que hace con los hijos de los hombres; porque desmenuzó las puertas de bronce, y quebrantó los cerrojos de hierro. Puertas de bronce son mis pecados, que impiden la entrada de Dios en el alma: cerrojos de hierro son los estorbos que el demonio y carne

ponen, para que Dios no los deshaga: cadenas fortísimas son las pasiones, con las cuales estoy preso para no hacer el bien que querria. Pues alábente, Salvador mio, tus misericordias, y todo el mundo te glorifique por las maravillas que haces con los hijos de los hombres: porque con tu omnipotencia quebrantas todas estas puertas y cerrojos y cadenas de hierro, para entrar dentro de nuestras almas, y ponerlas en libertad: desmenuza, Señor, las mias, y entra dentro de mi alma, para que te glorifique y cante tus misericordias por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. En entrando el alma santísima de Cristo nuestro Señor en el limbo, alumbró con una celestial luz todas aquellas tinieblas, cumpliendo la divina Sabiduría encarnada lo que prometió cuando dijo (*Eccli.* XXIV, 45): *Penetraré las inferiores partes de la tierra: miraré á todos los que duermen, y alumbraré á los que esperan en el Señor.* Luego dió á todas aquellas almas que le estaban esperando una lumbre de gloria, con la cual vieron la divina esencia y la majestad del que los habia librado, y todas quedaron glorificadas, convirtiéndose aquel limbo en cielo, y aquella cárcel de presos en paraíso de bienaventurados. -En lo cual se ha de considerar la grande alegría de aquellas almas con la repentina mudanza de su estado, y con aquella súbita vista de Dios, que es la suprema bienaventuranza de que ahora gozan. ¡Oh qué hartas y satisfechas quedaron, dándose por bien premiadas de todos los trabajos pasados! oh qué agradecidas estarian á quien tanto bien, y tan á costa suya les habia hecho! todas le adorarian y alabarian, y darian el parabien de su victoria. Podemos imaginar que venian coros á reconocerle, como suele suceder cuando entra un rey de nuevo en su reino.

2. El primero seria el coro de los patriarcas con todos los hijos que fueron herederos de su fe y santidad, los cuales le adoraron y reconocieron como á su supremo Patriarca y Padre del siglo futuro, confesando que eran sus hijos, y alabándole por la herencia celestial que les habia dado. -Luego el segundo coro de los profetas le reconoció por supremo Profeta, y le agradeció el haber cumplido perfectísimamente todas sus profecías, y las promesas que por ellos habia hecho. -Tras este vino el tercer coro de los sumos sacerdotes y levitas, adorándole como á sumo Sacerdote sobre todos, y dándole gracias por el sacrificio que ofreció en la cruz por los pecados de todos para librarlos de ellos. -Á este se siguió el cuarto coro de los santos capitanes, jueces y reyes, con la muchedumbre escogida del

pueblo de Dios, adorándole como á supremo Rey de cielos y tierra, y dándole el parabien de la victoria que habia alcanzado contra los príncipes de las tinieblas, quebrantando el orgullo del que se llama rey de los hijos de la soberbia.–El quinto coro fue de los ilustrísimos mártires que allí estaban, desde Abel hasta los niños inocentes que murieron por mandato de Herodes, los cuales le confesaron por Rey glorioso de los mártires, dándole las gracias por el ilustre martirio que sufrió en la cruz.

3. Todos estos cinco coros llevaban por alférez y guia al gloriosísimo profeta y mártir, y precursor de Cristo, Juan; y todos á una voz con divina armonía cantarian aquel divino cántico del Apocalipsis (*Apoc.* v, 12): Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir la virtud y la divinidad, la sabiduría y fortaleza, la honra, gloria y bendicion. Digno eres, Señor, de abrir estas puertas eternales, porque fuiste muerto por nosotros, y nos redimiste por tu sangre, escogiéndonos de todas las tribus y lenguas, y de todos los pueblos y naciones del mundo, y nos hiciste reino de Dios, y sacerdotes, para que reinemos contigo sobre la tierra: y luego tomarian las coronas de gloria que tenian, y confesando que no eran suyas, sino de este divino Cordero, las arrojarian á sus piés, diciéndole (*Apoc.* IV, 11): Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra, gloria y alabanza, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad son: tú nos has redimido, y ganado estas coronas, y pues tuyas son, á tí sea la gloria por todos los siglos. Amen. Con cada uno de estos cinco coros tengo yo de cantar las mismas alabanzas á Cristo nuestro Señor, alabándole como á patriarca y profeta, sacerdote, rey y mártir, incomparablemente mas excelente que todos.

4. De aquí tengo de subir á considerar el inmenso gozo que sentiria el ánima de Cristo nuestro Señor, viendo tanta muchedumbre de almas redimidas con su sangre. ¡Oh cuánto se alegraria de haber venido al mundo por rescatarlas! oh por cuán bien empleados daria los trabajos de su pasion, viendo el copioso fruto que sacaba de ellos! Aquí vió cumplida la promesa del eterno Padre, que dice (*Isai.* LIII, 11): Porque su alma trabajó, verá y será harto, y le repartiré muchos hijos y vasallos, y dividirá los despojos con los fuertes, porque entregó su alma á la muerte y fue contado entre los malos. Ó dulcísimo Redentor, os doy el parabien del gozo y contento que teneis, en premio de la tristeza y dolor que habeis sufrido. Bien responden estos cinco coros de santos á las cinco llagas con que los habeis redimido de la servidumbre del demonio: razon es que os go-

ceis con tanta muchedumbre de hijos como vuestro Padre os ha dado: y gracias os doy por el repartimiento de los despojos que con ellos habeis hecho, dando á cada uno tanto premio cuanto habia sido su trabajo: repartid conmigo algo de estos despojos, para que os sirva como estos santos os sirvieron, y llegue á gozar del premio que alcanzaron. Amen.-De todo esto tengo de sacar últimamente una larga confianza en Dios, sin cansarme de esperarle, ni congojarme por sus dilaciones y tardanzas, porque no hay plazo que no llegue, y en un momento da repentinamente tanto gozo, que recompensa los trabajos de muchos años.

Punto quinto. — 1. Estúvose Cristo nuestro Señor en aquel limbo todo el tiempo que su cuerpo estuvo en el sepulcro, que fueron treinta y seis horas ó cuarenta, ejercitando en aquella cárcel la humildad y caridad, comunicando á los justos el premio en el lugar que habia sido instrumento de su trabajo. Pero allí no cesó de obrar obras maravillosas, con que aumentó el contento de aquellos justos.-Lo primero, dentro de pocas horas llegó el ánima del buen ladron, y le cumplió el Redentor la palabra que le dió en la cruz, cuando le dijo: Hoy serás conmigo en el paraíso, porque luego en entrando la puso en el paraíso celestial, que es la vista clara de Dios, de donde nacen todos los deleites que hay en el paraíso; y como Cristo nuestro Señor es tan honrador de los que le honran, allí delante de todos aquellos justos le honró contando como le habia confesado por Rey y Dios en medio de tantos que le despreciaban y blasfemaban, y todos aquellos justos agradecerian al buen ladron la confesion que hizo en honra de su Dios, y se alegrarian con él, y él alabaria grandemente al que le daba premio tan grande por servicios tan pequeños. Alégrate, ó alma mia, y regocíjate en Dios tu salvador, abrázate de buena gana con la cruz, pues de ella baja un ladron al paraíso, y es glorificado con Cristo, porque en ella confesó á Cristo.

2. Lo segundo, es de creer que en el discurso de estas horas que estuvo allí Cristo nuestro Señor, despojó tambien el purgatorio sacando las almas que allí estaban, ó apresurando la paga de la deuda que debian, usando de alguna indulgencia en virtud de su sangre fresca y recien derramada en su pasion: despacharia desde allí Ángeles al purgatorio, y traerian ya unas, ya otras, alegrándose grandemente las que venian, así por verse libres de tantas penas, como por ver la gloria del que las libraba, y la buena compañía de las almas que allí estaban, las cuales tambien se alegraban con las que de

nuevo iban viniendo, tomando su gozo por propio, como suele hacerlo la caridad. Ó liberalísimo Redentor, acordaos en este dia de los que vivimos en esta vida mortal, purgando nuestros pecados con las aflicciones que en ella padecemos: trocad nuestro llanto en gozo; purificadnos de las culpas, y perdonadnos tambien todas las penas por ellas debidas.

3. Últimamente, puedo considerar la rabia de los condenados que barruntaron la entrada de Cristo en el limbo, viendo que los dejaba y no hacia caso de ellos, porque no fueron dignos de que Cristo los visitase y consolase con su presencia, antes los confundió porque no quisieron aprovecharse de los medios que les dió para alcanzar perdon de sus pecados. En especial puedo ponderar la rabia del desventurado Judas y del mal ladron, volviéndose contra sí mismos con furor endemoniado, porque no se aprovecharon de la ocasion que tuvieron, uno en la escuela de Cristo, y otro en la cruz. De donde sacaré escarmiento para mirar cómo vivo, porque la sangre de Cristo no saca del infierno al que una vez entra en él, ni aprovecha al obstinado que por su perverso libre albedrío la desprecia. Tambien ponderaré la confusion de Lucifer y de los príncipes de las tinieblas cuando se vieron vencidos de Cristo y atados con su omnipotencia, y sueltos los presos que habian ganado en cinco mil y tantos años. ¡Oh qué rabia seria la suya, viéndose postrados á los piés de Cristo, y cuán grande seria la gloria y gozo de Cristo, viéndolos así postrados á sus piés! Entonces, como dice san Pablo (*Coloss.* II, 15), despojó á los principados y potestades, quitándoles su poder con grande autoridad, y sacándoles la presa con gran valor, triunfando de ellos por su propia virtud, con grande manifestacion de su justicia, delante de muchedumbre de Ángeles que asistieron á este juicio. Gózome, Salvador mio, de este vuestro triunfo contra los poderes infernales, y de que con tan gran valor les hayais quitado sus despojos, y desmenuzado las armas en que tenian puesta su esperanza. Triunfad, Señor, de ellos en mí, dándome gracia para vencerlos, pues mi victoria será vuestra, porque todos vencemos por Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION II.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. Llegado el tercer dia despues de la pasion, que era el domingo, al amanecer (*D. Thom.* 3 *p. q.* 53 *et* 54), el áni-

ma de Cristo nuestro Señor salió del limbo con aquellos coros de almas justas que tenia consigo, y fué derechamente al sepulcro donde estaba su cuerpo sepultado. Aquí tengo de ponderar, -lo primero, la causa de haber Cristo nuestro Señor apresurado su resurreccion (*Matth.* XII, 40): porque habiendo dicho que estaria en el corazon de la tierra tres dias y tres noches, como estuvo Jonás otro tanto en el vientre de la ballena, abrevió este tiempo todo lo posible, salva la verdad de su palabra, contentándose con tomar de los tres dias alguna parte, y esta bien pequeña, que fue la parte del viernes y la mañana del domingo. Á lo cual le movió su inmensa caridad, por socorrer con presteza á los discípulos que estaban en las tinieblas de la infidelidad, y por acudir al consuelo de su afligida Madre y de todos sus amigos, por alumbrar y alegrar al mundo con la gloria de su cuerpo, como habia alumbrado y alegrado al limbo con la de su alma. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el cuidado que tienes de los tuyos, y por la presteza con que acudes á su consuelo y remedio. (*Psalm.* XVIII, 6). Hiciste tu curso como el sol, corriendo como gigante tu carrera, haciendo muy mas largo el dia que la noche: porque el dia de tu vida duró treinta y tres años, alumbrando al mundo que estaba en tinieblas; pero la noche de tu muerte duró treinta y seis horas, tornando luego á nacer con nueva luz, para consolar á los que dejaste tristes con tu ausencia. Apresura, Señor, la luz de tu divina visita, para que respire mi alma con la presencia de tu gracia.

2. Tambien quiso Nuestro Señor que su muerte fuese á la tarde al poner del sol, y su resurreccion á la mañana cuando queria salir, para significar que moria por nuestros pecados, con los cuales nos privamos de la luz celestial y del resplandor de la divina gracia, y resucitaba, como dice el Apóstol (*Rom.* IV, 25), por nuestra justificacion, para restituirnos la vida de la misma gracia, y con ella el gozo, desterrando los llantos de la tristeza pasada, segun aquello de David (*Psalm.* XXIX, 6): Á la tarde habrá lloro, y á la mañana alegría.

3. Luego ponderaré el regocijo grande con que salió Cristo nuestro Señor del limbo, con aquella gloriosa compañía, triunfando del infierno, dejándole despojado de la presa que tenia; podria decir aquellas palabras de Jacob (*Genes.* XXXII, 10): Con solo mi báculo pasé por este Jordan, y ahora vuelvo por él con dos compañías: pasé por el mundo con el báculo de mi cruz, solo, y sin tener quien me ayudase; ahora vuelvo con dos compañías de justos de las dos

leyes natural y escrita. ¡Oh qué alegres subian estas dos ilustres compañías, y cómo cantarian á coros el triunfo de su Capitan, diciendo (*Exod.* xv, 1): Cantemos al Señor porque gloriosamente ha sido engrandecido, al caballo y al caballero anegó en el mar! El Señor es nuestra fortaleza, y motivo de nuestras alabanzas, porque es autor de nuestra salud: este es nuestro Dios, glorifiquémosle; es el Dios de nuestros padres, ensalcémosle. El Señor es como varon guerrero, y tiene por nombre el Todopoderoso: los carros de Faraon y su ejército arrojó en el mar. Entra, ó alma mia, entre estas gloriosas almas, y alaba tú tambien á la de tu soberano Capitan, confiando que recibirás algo de la gloria que ellas recibieron.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Llegando Cristo nuestro Señor al sepulcro, lo primero, descubrió á toda su compañía la triste y horrible figura de su cuerpo, para que viesen cuán caro le habia costado su remedio; y cuando aquellas benditas almas vieron el cuerpo tendido en el sepulcro, todo acardenalado y descoyuntado, teñido en su propia sangre, y agujereado por tantas partes con las llagas de sus piés, manos y costado, de nuevo alabarian á su Libertador, y le darian inmensas gracias por la libertad que les dió tan á costa suya. – Luego Cristo nuestro Señor con su omnipotencia, y quizá tambien por ministerio de los Ángeles, recogió toda la sangre que habia derramado en su pasion, para volverla á su lugar. Partirian unos Ángeles al huerto de Getsemaní, y otros al pretorio de Pilatos, y otros al monte Calvario, y recogerian la sangre del Señor que allí estaba, con grande reverencia; porque estaba unida con la divinidad, y con ella se tornaron á llenar las sagradas venas de aquel cuerpo. Tambien trajeron los pelos y cabellos que se habian arrancado de su cabeza y barba, cumpliendo lo que está prometido (*Luc.* xxi, 18): *Capillus de capite vestro non peribit:* no perecerá un cabello de vuestra cabeza. Ó sangre preciosísima, gózome de verte restituida á tu propio lugar, porque tal sangre no habia de estar sino en tal cuerpo, y sangre de Dios no habia de llenar otras venas que las de Dios, en las cuales estarás siempre, para que seas precio de nuestro rescate, lavatorio de nuestras culpas, nuestro sustento y bebida en el santo Sacramento y sacrificio del altar.

2. Luego entró aquella beatísima alma en su cuerpo, y con su entrada le trocó y transfiguró mucho mas excelentemente que en el monte Tabor; desnudóle de las mortajas en que estaba envuelto; limpióle de la mirra con que estaba ungido; quitóle todas las fealdades y manchas que tenia, y comunicóle para siempre las cuatro

dotes de gloria, claridad, inmortalidad, impasibilidad, ligereza y sutileza, quedando el cuerpo mil veces mas hermoso y resplandeciente que el sol; antes cada parte era como un sol de inmensa claridad y belleza; especialmente las cinco llagas que dejó en él, por los fines que despues dirémos, arrojaban rayos de admirable resplandor, que hermoseaban sus piés y manos y costado; y las llagas que habian hecho las espinas, hacian una forma de corona gloriosísima que adornaba su sagrada cabeza. Y al mismo punto, usando del dote de sutilidad, salió del sepulcro, que era lugar de muertos, penetrando aquella grande piedra que le cerraba, sin que pudiese estorbarle la salida. ¡Oh qué gozo recibió aquella benditísima alma, cuando vió á su cuerpo tan glorioso; y cuán de buena gana se abrazó con él, escogiéndole por su perpétua morada! ¡Oh qué alegre quedó aquel cuerpo benditísimo, cuando se vió adornado con aquellas dotes de gloria, en premio de los dolores é ignominias que habia padecido! (*Act.* XIII, 33). Ó Rey de gloria, que como nuevo hombre salís otra vez al mundo, renovado en vuestro traje, para vivir nueva vida, toda llena de grandeza, sea para bien este vuestro nuevo nacimiento, no menos admirable que el primero; en aquel salistes del vientre de vuestra Madre, dejando la puerta cerrada por conservar su virginidad; en este salís del vientre de la tierra, dejando el sepulcro cerrado, para manifestar vuestra sutileza y majestad; en aquel salistes como nuevo hombre, libre de culpas, pero sujeto á penas; en este salís del todo renovado, libre tambien de toda pena y coronado de grande gloria (*Ioan.* I, 14); y así ahora podemos decir á boca llena, que hemos visto vuestra gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

3. Finalmente, es de creer que Cristo nuestro Señor, como tenia de costumbre, levantando sus ojos y manos al cielo, haria gracias al eterno Padre por su resurreccion, y por la gloria de su cuerpo, diciendo aquello del salmo (*Psalm.* XXIX, 12): Convertiste mi llanto en gozo; rompiste mi saco, y cercásteme de alegría, para que te alabe mi gloria, sin tener jamás tristeza. Á imitacion de este Señor yo tambien diré al Padre eterno: Gracias te doy, Padre celestial, porque convertiste el llanto de tu Hijo en sumo gozo, rompiendo el saco de su mortalidad y tristeza, y vistiéndole de inmortalidad y de alegría. Alábete, Señor, la misma gloria que le diste; alábete su alma benditísima, que es gloria suya y tuya, y tambien te alabe mi alma, y nunca cese de alabarte por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — En resucitando Cristo nuestro Señor, por or-

denacion de su eterno Padre bajaron las jerarquías y coros de los Ángeles á darle el parabien y á celebrar la fiesta de su glorioso triunfo, porque si vino el ejército de la milicia del cielo á celebrar la fiesta de su nacimiento, cuando entraba en el mundo á vivir vida mortal, ¿cuánto mas se ha de creer que vendrian en su resurreccion, cuando comenzaba la vida inmortal, y no venia á pelear, sino á triunfar por la victoria? Y así lo da á entender el apóstol san Pablo (*Hebr.* I, 6), cuando dice, que cuando Dios introdujo otra vez á su Primogénito en el mundo, dijo: Adórenle todos sus Ángeles. Este dia es cuando segunda vez le introdujo en el mundo, y le adoraron todos los Ángeles como á su Dios y supremo Señor. Renovarian aquel cántico del nacimiento: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad, y con mucha razon; porque toda esta obra fue de grande gloria para Dios y de grande paz para los hombres, pues por ella quedaron pacificados con Dios, y sus enemigos destruidos; y así podemos decir aquello del salmo (*Psalm.* CXVII, 24): *Haec dies quam fecit Dominus; exultemus et laetemur in ea:* este es el dia que hizo el Señor; alegrémonos y regocijémonos en él. Gracias os doy, Padre eterno, por el cuidado que teneis de glorificar á vuestro Hijo, cumpliendo la palabra que le diste, diciendo (*Ioan.* XII, 28): *Yo te he clarificado, y te clarificaré mas.* Gózome, Salvador mio, de que vuestros Ángeles os adoren, y yo con ellos os adoro y glorifico en este dia, que todo es vuestro y nada mio; porque todo lo que en él hiciste, pertenece á la grandeza de vuestra divinidad, y no á la bajeza de mi humanidad. ¡Oh si todo el mundo os conociese y se alegrase con vuestra victoria, gozando los despojos de ella!

PUNTO CUARTO. — 1. Viéndose Cristo nuestro Señor resucitado, no quiso gozar á solas de esta gloria, sino tambien que se derivase á otros que resucitasen con él (*D. Ambr. et alii, quos citat Suar. 3 p. q. 43, art.* 3; *Caiet. ibi*); y así ordenó, que algunas de aquellas santas almas, cuyos cuerpos estaban en los sepulcros de Jerusalen, que se abrieron el dia de la pasion, se uniesen con ellos, quedando gloriosos y resplandecientes como el suyo. ¡Oh qué contentos estarian aquellos justos cuando se viesen con sus cuerpos ya glorificados, resplandecientes como el sol! Acudirian luego al cuerpo de Jesucristo, que resplandecia incomparablemente mas que el suyo, y besarian sus piés y manos, adorándole y alabándole por aquel especial favor que les habia hecho. Hanse de ponderar las causas por que Cristo nuestro Señor hizo esto: – La primera, para descubrir su omnipo-

tencia y su caridad y liberalidad, porque no pudo su bondad sufrir no comunicar á otros el bien de que él gozaba.-Lo segundo, para que estos pocos fuesen testigos de su resurreccion, y por ellos cobrásemos esperanzas de que todos, á su tiempo, resucitaríamos como él, recibiendo cuerpos glorificados como el suyo.

2. Y tambien para darnos á entender, que su voluntad era, que todos desde luego resucitásemos en el espíritu, comenzando una vida semejante á la suya glorificada, cumpliendo lo que dice el Apóstol, que como Cristo resucitó para gloria de su Padre, así nosotros (*Rom.* VI, 4), *In novitate vitae ambulemus*, vivamos vida nueva. De suerte, que así como Cristo se desnudó de las mortajas, y salió del sepulcro vivo y glorioso, con su cuerpo entero, inmortal, impasible, resplandeciente, ligero, sutil y hermosísimo, así yo me desnude las vestiduras del viejo Adan, y las mortajas en que solia estar envuelto, que son las pasiones y costumbres viciosas, y comience una vida de gracia perfecta, con estas condiciones: que sea entera en todas las virtudes; inmortal, con firmeza de no volver mas á pecar mortalmente, como Cristo resucitó para no volver mas á morir; impasible, sin admitir pasiones que causen enfermedad en el alma; resplandeciente, por la luz del conocimiento interior de las cosas celestiales; ligera, para cumplir sin repugnancia todo lo que fuere voluntad de Dios, y sutil ó espiritual, renunciando todo lo terrestre, y no tomando mas de lo necesario, para que pueda tener mi conversacion en los cielos con los Ángeles, aunque el cuerpo esté en la tierra con los hombres.-Estas son las señales de haber resucitado con Cristo nuestro Señor, las cuales tengo de procurar, porque, como dice san Gregorio (*In prolog. in Cantica*), el justo cada dia ha de imitar su resurreccion, procurando tales virtudes, para renovar su alma, cuales son las dotes de gloria que tendrá su cuerpo.

3. Pero cerca de esto se han de advertir dos cosas muy importantes.-La primera, que así como no todos los muertos que habia en Jerusalen resucitaron con Cristo, sino solamente aquellos, cuyos sepulcros se abrieron en la pasion, así tambien no todos los pecadores resucitan con Cristo á la vida de gracia, sino solo aquellos que en virtud de su pasion abren sus sepulcros, manifestando sus conciencias al confesor, y quebrantando sus corazones con la contricion; y de la misma manera no todos los justos llegan á participar la alegría de la resurreccion, sino aquellos que han roto sus corazones con el afecto compasivo de la pasion, conforme á lo que dice el Apóstol

(*Rom.* VIII, 17): *Si compatimur, ut et glorificemur*: con tal que padezcamos con Cristo, para ser con él glorificados.

4. La segunda es, la diferencia entre la resurreccion espiritual perfecta y la imperfecta; porque los imperfectos resucitan, sacando consigo sus mortajas, como salió Lázaro vendado con sus fajas y sudario (*Ioan.* XI, 4); porque salen con las reliquias de la vida vieja, que son los hábitos y costumbres viciosas, y pasiones desconcertadas; y por consiguiente salen con peligro de recaer y volver á morir, si no se desatan y desnudan con la mortificacion de estas vestiduras de su mortalidad y vejez espiritual. Pero los muy perfectos, á imitacion de su capitan Jesús, que dejó la sábana y el sudario en el sepulcro, resucitan con nuevo fervor, dejando todas estas vestiduras de muertos, y vistiéndose las nuevas de la vida eterna, déspojándose del hombre viejo y de sus obras, y vistiéndose del nuevo; renovados todos con perfecta santidad. Ó gloriosísimo Triunfador, hazme participante de tu pasion, para que tambien lo sea de tu resurreccion; resucite yo contigo, no como resucitó Lázaro, y resucitaron otros para tornar otra vez á morir, sino como tú resucitaste, á una vida nueva (*Rom.* VI, 9), para nunca mas morir muerte de culpa; padezca mucho mi cuerpo, para que se haga impasible mi alma; cúbrame de ignominia exterior, para que resplandezca mi espíritu con luz interior, y sea ágil y pronto en obedecerte, para que despues de esta vida llegue á gozarte. Amen.

MEDITACION III.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SU MADRE SANTÍSIMA, Y COMO LOS ÁNGELES MANIFESTARON LA RESURRECCION Á LAS MUJERES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Despues que Cristo nuestro Señor resucitó, quiso manifestar al mundo su resurreccion, para que muchos gozasen los frutos de ella. Esta manifestacion hizo tres vias. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 55). Una fue por medio de los santos que resucitaron con él, los cuales, como dice san Mateo (*Matth.* XXVII, 53): *Vinieron á la ciudad de Jerusalen, y aparecieron á muchos*, predicándoles, sin duda, como el que fue crucificado era el verdadero Mesías y Rey de Israel, Salvador del mundo, y era ya resucitado. Y es de creer que entre otros aparecieron á José de Arimathia y á Nicodemus, consolándoles y confirmándolos en la fe de su Maestro. Para esto tambien

envió Ángeles, los cuales manifestaron su resurreccion á las devotas mujeres que iban á ungirle, dándolas nuevas de ella, y mostrándolas el sepulcro.

2. Pero no contento con esto, el mismo Cristo nuestro Señor quiso por sí mismo manifestarse á sus amigos, para descubrir mas la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando habia de subirse al cielo empíreo, que era el lugar debido á los cuerpos glorificados, quiso quedarse en el mundo algunos dias, y como buen pastor recoger su ganado, sin fiar esto de otro, consolando á sus discípulos, y enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y manifestándoles á sí mismo ya glorificado, para que como testigos de vista pudiesen predicar su resurreccion. Ó Rey de gloria, alábente los Ángeles y los hombres, por el grande amor que nos muestras. No era digno el mundo de que estuvieses en él un momento despues de resucitado, pero la caridad que te detuvo cási cuarenta horas en el limbo, te detiene cuarenta dias en la tierra para purificarla y honrarla con tu presencia, y descubrirnos que no has mudado la condicion con la mudanza de la vida, ni te has olvidado en la prosperidad de los que te acompañaron en la adversidad.

3. De aquí he de sacar, espiritualizando lo que se ha dicho, como Cristo nuestro Señor tiene tres caminos para manifestarnos sus misterios y para consolarnos y enseñarnos. - Uno, por medio de hombres santos que han resucitado con él, y conocen por experiencia la suavidad y grandezas de Dios, los cuales con santo celo descubren á otros lo que saben, para que Dios sea conocido y glorificado. - Otro camino es por los Ángeles, los cuales con secretas ilustraciones nos alumbran, enseñan y consuelan, y nos ayudan á quitar las dificultades que tenemos para no gozár de Cristo glorificado. - El tercer camino es por sí mismo, hablándonos al corazon y dándonos interiores testimonios de su divina presencia, y esto hace con los mas queridos discípulos, cumpliendo con ellos en esta vida lo que dijo en el sermon de la cena (*Ioan.* XIV, 21): El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo. Ó Amado mio, ámete yo de todo corazon, pues tan grande bien es amarte, que amas á quien te ama, y le descubres quién eres, para encenderle mas en tu amor.

PUNTO SEGUNDO. — 1. La primera visita y aparicion que quiso hacer Cristo nuestro Señor, fue á su Madre santísima, la cual estaba grandemente afligida por su pasion, aunque con viva fe y esperanza de su resurreccion, y como vió que entraba ya el tercer dia,

puesta en una alta contemplacion, con grandes ansias y suspiros pediria á su Hijo que apresurase su venida, queriendo como leona despertar con sus bramidos al leon de Judá (*Genes.* XLVI, 9), que estaba dormido en el sepulcro. Diríale aquellas palabras del salmo (*Psalm.* LVI, 9): *Exurge gloria mea, exurge psalterium et cithara:* levántate, gloria mia, y resucita; sal glorificado de este sepulcro para glorificarnos á todos; levántate, salterio y cítara mia; sal de esta caja donde estás metido, y alegra con tu música á los que por tu causa estamos en tristeza. Tú dijiste: *Exurgam diluculo,* que resucitarias al amanecer del dia. Ven, ó Sol de justicia, antes que nazca el sol de la tierra, y con tu luz destierra las tinieblas de ella.

2. Estando la Vírgen con estos deseos, entró Cristo nuestro Señor, acompañado de aquellos tres lucidísimos ejércitos que tenia consigo; uno de Ángeles, otro de almas, y otro de cuerpos glorificados, y manifestósele con toda la gloria y claridad que tenia, confortando su vista, así del cuerpo como del alma, para que pudiese verle y gozarle. ¡Oh qué contenta, qué harta, qué glorificada quedaria la Vírgen con tan gloriosa visita, cumpliéndose en parte lo que está escrito (*Psalm.* XVI, 15): Hartarme he cuando apareciere tu gloria! ¡Oh qué dulces abrazos se darian el Hijo y la Madre, y qué dulces coloquios tendrian entre sí! Besaria la Vírgen aquellas preciosísimas llagas del Hijo, sacando de estas fuentes copiosísimos arroyos de consuelo, así como antes los habia sacado de desconsuelo; porque á la medida de los dolores, suele Dios dar las consolaciones. (*Psalm.* XCIII, 19). Luego llegó aquella ilustrísima compañía á darla el parabien, y á reconocerla por Madre de su Dios y de su Libertador, dándola gracias por el trabajo que habia puesto en la obra de su redencion. ¡Oh qué nueva alegría tendria la Vírgen, viendo el fruto de la pasion del Hijo, y tantas almas rescatadas con ella! daria el parabien á su Hijo de esta ganancia, y los Ángeles solemnizarian esta fiesta con alguna música celestial, á gloria del Hijo y de la Madre.

3. Finalmente, despues que Cristo nuestro Señor estuvo gran rato con su Madre, descubriéndola grandes secretos del cielo, y diciéndola como estaria en el mundo algunos dias, y la visitaria otras muchas veces, se despidió de ella, quedando la Vírgen consoladísima de esta visita, pero guardóla para sí con gran silencio, así como tuvo secreto el misterio de la encarnacion, sin quererle descubrir á su esposo san José, hasta que un Ángel se le reveló. Tambien ahora calló la visita de Cristo resucitado, sin decirlo á los Após-

toles, ni á las mujeres, hasta que los Ángeles ó el mismo Cristo se lo manifestasen. Ó Vírgen soberana, sea para bien el Hijo resucitado. Reina del cielo, alegraos, alleluya, porque el que trajisteis en vuestro vientre, alleluya, ha resucitado como dijo, alleluya, rogad por nosotros, alleluya, haciéndonos participantes de la eterna alleluya que se canta en las plazas de la celestial Jerusalen. (*Tob.* XIII, 22). Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. En este mismo tiempo quiso Cristo nuestro Señor, por medio de sus Ángeles, manifestar su resurreccion á las devotas mujeres que le habian seguido, cuya devocion declaran primeramente los Evangelistas, diciendo (*Matth.* XXVIII, 1; *Marc.* XVI, 1; *Luc.* XXIII, 56; *Ioan.* XX, 1): *María Magdalena, y María Jacobi, y otras devotas mujeres, habiendo estado en quietud todo el sábado, por reverencia de la fiesta, madrugaron el domingo antes de amanecer, y con sus especies aromáticas caminaron de noche al sepulcro, diciendo: ¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro?* En estas mujeres se nos representa la devocion con que hemos de buscar á Cristo nuestro Señor, acompañada de las virtudes que ellas ejercitaron.-La primera fue, obediencia á la ley, porque con tener gran deseo de ungir el cuerpo de Cristo nuestro Señor, no quisieron hacerlo en la fiesta, por no ir contra el precepto; enseñándonos que por título de piedad no se ha de faltar en la obediencia.

2. La segunda fue, diligencia grande en madrugar antes del dia, y con ser las mujeres naturalmente temerosas, no temieron salir y caminar de noche, por cumplir el deseo que tenian de hacer este servicio á su Maestro. Con esta diligencia quiere ser buscada la divina Sabiduría encarnada, que dijo (*Prov.* VIII, 17): Los que de mañana madrugaren para buscarme, me hallarán. Y si deseo el maná de los celestiales consuelos, tengo de madrugar antes de salir el sol á cogerle, porque los perezosos no le hallan (*Sap.* XVI, 28), y los diligentes le gozan.-La tercera fue, confianza en Dios y perseverancia en el bien, sin dejarle por temor de las dificultades; porque con saber estas mujeres que no podian quitar la grande losa que cerraba el sepulcro, prosiguieron su camino, confiando en Nuestro Señor les depararia medio para ello; y así cuando llegaron la hallaron quitada en premio de su confianza, porque no falta la divina providencia á los que de esta manera esperan en Dios en cosas de su servicio.

PUNTO CUARTO.— 1. El modo como esto pasó declaran los Evangelistas, diciendo (*Marc.* XVI, 4): *A deshora sucedió un grande terre-*

moto; porque el Ángel del Señor vino del cielo, y quitó la piedra del sepulcro, y sentóse sobre ella; su vista esta era como un relámpago; sus vestiduras eran blancas como la nieve, y puso tanto espanto á las guardas, que quedaron como muertos. Llegando las mujeres al sepulcro, y viendo quitada la piedra, entraron dentro atemorizadas con la vista del Ángel; él las dijo: No querais temer, ¿buscais á Jesús Nazareno crucificado? ya ha resucitado, no está aquí, venid y ved el lugar donde le habian puesto. En lo cual se ha de ponderar la majestad de este Ángel, y su hermosura y poder, así en el terrible terremoto que causó como en la facilidad con que revolvió aquella grande piedra del sepulcro, causando grande temor en malos y buenos, aunque en diferente manera, porque á los soldados, como malos, postró en tierra, dejándolos sin sentido, para que no gozasen de tanto bien; pero á las devotas mujeres consoló diciéndolas: No querais temer vosotras. Como quien dice: Estas guardas teman, porque son malos; vosotras no temais ni os congojeis, porque vengo á daros buenas nuevas de la resurreccion del Señor á quien buscais.

2. Luego ponderaré aquel nuevo renombre que el Ángel da á Cristo nuestro Señor llamándole Jesús Nazareno crucificado, como quien sabia la condicion de nuestro buen Jesús, que es despreciarse de sus desprecios, y honrarse de haber sido crucificado por nosotros. Ó dulce Jesús Nazareno y crucificado, y nunca tan Nazareno como cuando crucificado, porque en la cruz brotaste las flores de tus virtudes y los frutos de nuestra santificacion, de los cuales gozas en tu gloriosa resurreccion. ¡Oh quién te buscase con tanto fervor, que no me preciase de saber otra cosa que á Cristo, y ese crucificado! Ó Ángel benditísimo, venid en mi ayuda, fortaleccdme con estas flores, fortificadme con estos frutos (*Cant.* II, 5), porque estoy enfermo de amor, deseando ver á Jesús Nazareno, que fue por mí crucificado.

3. Lo tercero, ponderaré como estas mujeres por su corta fe no eran dignas de que Cristo nuestro Señor se les apareciese; y así el Ángel las disponia para ello con avivar su fe, diciéndolas: Entrad y ved el lugar donde le pusieron, y por aquí creeréis ser verdad que ha resucitado. Tambien avivó su caridad, diciéndolas que con presteza fuesen á dar noticia de esto á los Apóstoles y á Pedro (*Marc.* XVI, 7), nombrándole en particular, porque no se tuviese por desamparado á causa de sus negaciones, pues por haberlas llorado era digno de este consuelo. De donde sacaré como la dilacion de ver á Cristo nuestro Señor, y gozar de su dulce presencia, viene muchas

veces por la falta de nuestra fe y por nuestra poca disposicion; y así tengo de alentarme á procurar aumento de las virtudes que me disponen para verle, no desmayando por haber sido pecador, pues á Pedro se dan esperanzas de esta vista.

4. Últimamente, ponderaré como entrando estas devotas mujeres en lo mas interior del sepulcro, *vieron dos Ángeles con vestiduras muy resplandecientes, con cuya vista temieron, inclinando sus rostros á la tierra; y ellos las dijeron* (*Luc.* XXIV, 5): *¿Para qué buscais al vivo entre los muertos? No está aquí, ya ha resucitado: acordaos de lo que os dijo estando en Galilea; que convenia ser el Hijo del hombre entregado en manos de los pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer dia.* (*Matth.* XXVIII, 7). *Y acordándose de estas palabras, se volvieron con temor y con gozo de lo que habian oido y visto.* En lo cual se representa como la perseverancia en la devocion con Cristo, es digna de nuevos consuelos. Primero vieron estas mujeres un Ángel, y perseverando en su demanda, vieron otros dos que les dijeron lo mismo, confirmándolas en la fe con un modo de reprension amorosa, como quien dice: ¿Para qué porfiais en buscar entre los muertos al que está ya vivo y resucitado? Y tambien se ha de ponderar, como es propio de los Ángeles traernos á la memoria las palabras de Cristo nuestro Señor, y con ellas enseñarnos y consolarnos, confirmando nuestra fe, alentando nuestra esperanza y atizando nuestra caridad, para que nos hagamos dignos de verle glorificado. Ó Ángeles bienaventurados, á quien Dios ha dado cuidado de las almas, si viéredes que la mia busca al vivo entre los muertos, buscando á Cristo entre las cosas muertas de este siglo, reprendedla, y enderezadla para que le busque á donde está, que es en la tierra de los vivos, reinando con los suyos por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LA APARICION Á LA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO. — *Habiendo dado estas devotas mujeres el recaudo de los Angeles á los Apóstoles, volvieron todas segunda vez al sepulcro, y entonces, como dice san Marcos* (*Marc.* XVI, 9), *Cristo nuestro Señor se apareció primero á la Magdalena, de quien habia echado siete demonios.* Aquí se ha de considerar la infinita caridad del Redentor en honrar á los pecadores convertidos, escogiendo por primer testigo de vista de su resurreccion á una mujer que habia sido

morada de siete demonios (*Marc.* XVI, 9), y de los siete pecados mortales que de ellos proceden, para que se entendiese que no daña la muchedumbre y gravedad de los pecados pasados, cuando se recompensan con mayor fervor presente. Y tambien, que quien fuere primero en el servicio de Cristo, será primero en los favores que de él recibirá; y que si yo fuere singular en servirle, él será singular en regalarme, como sucedió á la Magdalena, la cual se señaló singularmente en amar y servir á Cristo, haciendo por su amor muchas cosas que otros no hicieron, como fue lavarla los piés con lágrimas, ungírselos con precioso ungüento, limpiarlos con sus cabellos, asistir á sus piés oyendo su doctrina con mucho gusto, acompañarle en el monte Calvario, y madrugar para ungirle despues de muerto, con mayor fervor que todas sus compañeras; y así fue digna de verle primero que los demás, como dice el himno: *Prima meretur gaudia, quae plus ardebat caeteris.* Mereció tener los primeros gozos de la resurreccion de Cristo, porque ardia por entonces mas que todos en su amor, al modo que se dirá en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Estaba María en pié, fuera del monumento llorando, y como llorase, inclinóse á ver el sepulcro, y vió dos Angeles con vestiduras resplandecientes, que estaban sentados, uno al principio y otro al fin del lugar donde fue puesto el cuerpo de Jesús. Dijéronla los Angeles: Mujer, ¿por qué lloras? Respondió ella, porque llevaron á mi Señor, y no sé dónde le pusieron.* (*Ioan.* XX, 11). En estas palabras se ha de considerar: primeramente el fervor de la Magdalena, el cual resplandece:-Lo primero, en las grandes ansias que tenia de ver el cuerpo de su Maestro. Y aunque estas iban fundadas en falta de fe de su resurreccion, pero como procedian de ferviente amor y de piadosa intencion, eran agradables á su Amado.-De estas ansias nacia la solicitud de buscarle; y á esta causa no se sentó cabe el monumento, sino siempre estaba en pié, como á punto para buscarle á una y otra parte, inclinándose una y otra vez á mirar el sepulcro, por ver si hallaba la segunda vez lo que no halló en la primera; porque quien mucho ama á Dios, no cesa de repetir las mismas oraciones y multiplicar las mismas diligencias para hallarle.- De aquí procedió, que aunque sus compañeras se volvieron del sepulcro, contentándose con lo que los Ángeles les habian dicho; y san Pedro y san Juan se tornaron á su posada, contentos con haber visto las mortajas; pero ella no se contentó con nada de esto, sino quedóse allí con gran perseverancia, como quien dice: Aquí perdí

lo que tanto amo, aquí lo hallaré, ó aquí moriré hasta hallarlo. Finalmente mostró su fervor en las lágrimas que derramaba por esta causa, sin que fuese parte la vista de los Ángeles tan hermosos y resplandecientes para enjugarlas, porque no hallaba ningun consuelo en vista de criaturas, la que tenia puesto todo su deseo en ver á su Maestro, que era el Criador.

2. En estas cuatro cosas he de imitar á esta fervorosa mujer, buscando á Dios nuestro Señor con un deseo vehemente, solícito, perseverante y devoto, resolviéndome de no tomar consuelo supérfluo en cosa criada hasta hallar á mi Criador, diciendo lo que dijo David á otro propósito (*Psalm.* CXXXI, 3): No entraré en el retrete de mi casa, ni subiré en el lecho del descanso, no daré sueño á mis ojos, ni reposo alguno á mis párpados, hasta que halle el lugar donde está mi Dios, y el tabernáculo donde mora el Dios de Jacob, para entrar dentro de él, y estar siempre en su compañía. En lo cual tambien imitaré el fervor con que la Esposa buscaba á su Amado por todas las calles y plazas de la ciudad (*Cant.* III, 2), sin detenerse con las guardas, ni descansar un punto, hasta que le halló, porque de los que buscan de esta manera, se entiende lo que dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* VII, 8): Quien busca halla.- Lo segundo, se ha de considerar la razon de estas fervorosas lágrimas, que la misma Magdalena dió á los Ángeles, diciéndoles (*Joan.* XX, 33): *Lloro, porque llevaron á mi Señor, y no sé dónde le pusieron.* Como quien dice: ¿No os parece bastante causa para llorar, haberme llevado á mi Señor y todo mi bien, sin saber quién le llevó y á dónde le pusieron? Antes lloraba su muerte, pero consolábame con tener su cuerpo; ahora me han quitado este consuelo que me quedaba; y por esto lloro, ni hallo para mis lágrimas remedio.

3. *Causas de las lágrimas.*—En lo cual ponderaré, que las lágrimas son bien empleadas, principalmente por dos causas.-La primera, cuando nuestros pecados nos han quitado á Dios del alma, privándonos de su gracia y amistad, y estas lágrimas son semejantes á las que derramó la gloriosa Magdalena á los piés de Cristo, cuando echó de ella los siete demonios, y la perdonó sus pecados.- La segunda causa es, cuando sin saberlo nosotros se nos ausenta Dios, y nos deja en tinieblas y sequedad de espíritu, con tanta oscuridad, que apenas sabemos á dónde y cómo buscarle. Y estas lágrimas son semejantes á las que derramaba la Magdalena en esta ocasion, buscando á su Maestro y Redentor, y ambas lágrimas son

prendas de que hallarémos á Dios nuestro Señor, si con ellas le deseamos y buscamos, diciendo con el real profeta David (*Psalm.* XLI, 4): Las lágrimas fueron mi pan de dia y de noche, oyendo á los que me dicen cada dia: ¿Dónde está tu Dios? Ó Dios mio, que solias estar dentro de mi alma, como en tu sepulcro, descansando y alegrándome con tu presencia, ¿donde estás ahora? ¿quién te me ha llevado y sacado de mi corazon? ¿cómo me has dejado solo, seco, triste y desconsolado? Si mis pecados te han quitado de donde estabas, quítalos de mí por tu infinita misericordia, para que puedas volverte á tu lugar, y yo le conservaré siempre limpio con tu gracia, para que otra vez no alejes de mí tu presencia por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Compadeciéndose Cristo nuestro Señor de las muchas lágrimas de la gloriosa María Magdalena, quiso consolarla, para cumplir la palabra que dió, cuando dijo (*Matth.* v, 5): Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Pero en esto procedió poco á poco para su mayor bien.

Porque lo primero, se le apareció, no poniéndosele delante de los ojos, sino á las espaldas, haciendo algun ruido, para que ella volviese á mirarle: *Conversa est retrorsum, et vidit Jesum stantem.* Volvió atrás, y vió á Jesús que estaba allí en pié, En lo cual se nos representa el modo como Dios nuestro Señor busca las almas que le tienen vueltas las espaldas, y le dejan, y no le conocen, ni le respetan como es razon, por no conocerle. Á las cuales dijo por el profeta Isaías (*Isai.* XXX, 21): Tus oidos oirán la voz del que tienes á las espaldas, y te amonesta el camino que has de andar. Estas voces son algunas inspiraciones y toques interiores con que las convida Dios nuestro Señor á que vuelvan el rostro al que tienen detrás de sí, para que él pueda tambien mirarlas y compadecerse de ellas, diciéndoles aquello de los Cantares (*Cant.* VI, 12): Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos. Cuatro veces la dice que vuelva su rostro hácia Dios, para denotar que desea una vuelta muy fervorosa y perfecta, convirtiendo á Dios su corazon, su alma, su espíritu y sus fuerzas, cumpliendo el mandamiento del amor con estas cuatro condiciones que en él se piden (*Marc.* XII, 30). Ó alma mia, Sunamitis, y cautiva de tus aficiones desordenadas, mira que las tres divinas Personas te dicen, que les vuelvas tu rostro, porque desean mirarte con el suyo. Y pues todo tu bien está en que Dios te mire, no tardes en mirar al que te convida que le mires, para mirarte y compadecerse de tí.

2. Lo segundo, aunque la Magdalena miró á Cristo nuestro Redentor, no le conoció, porque se le apareció en traje disfrazado, como de hortelano, por cuanto tenia muy corta fe, y no merecia verle al descubierto, por su imperfecta disposicion; en lo cual se nos avisa que la mortandad y tibieza de nuestra fe es causa de que estando Dios presente en todo lugar, y estando Cristo nuestro Señor presente en el santísimo Sacramento, no le conocemos ni respetamos, ni tratamos como cosa presente. Y así se aparece en figura de hortelano, para significar la necesidad que tienen los imperfectos de que Cristo escarde y labre el huerto de sus almas, limpiándolas de las malas yerbas, de culpas é imperfecciones, y avivando en ellas las virtudes. Ó dulcísimo Jesús, pues sabes que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino tú, Dios mio, que das el aumento (I *Cor.* III, 7); aumenta mi fe y las virtudes, apartando de ellas sus imperfecciones, para que sea digno de conocerte, de modo que te ame y sirva con perfeccion.

3. Lo tercero, volviendo la Magdalena el rostro hácia Cristo nuestro Señor, él la dijo con una voz diferente de la que solia hablar: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas?* En lo cual se ha de ponderar, que cuando Dios hace tales preguntas en casos semejantes, haciéndose del que no sabe, quiere dar á entender que hay allí algo que no aprueba, ni lo sabe con la ciencia que llaman de aprobacion. Y así, cuando la Magdalena lloraba á sus piés y los regaba con lágrimas (*Luc.* VII, 38), no la dijo: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? porque aquellas lágrimas se fundaban en profundo conocimiento de sus pecados, y en viva fe y amor del Señor que tenia presente, el cual las conocia y aprobaba. Pero en este caso, como las lágrimas procedian de ignorancia y falta de fe, llorando por muerto al vivo, y buscando al vivo entre los muertos, dícela: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? como si dijera: ¿Sabes por qué lloras, y á quién buscas? sin duda que no lo sabes bien, porque si lo supieras no me lloraras de esta manera por muerto, ni buscaras como ausente al que tienes presente.

4. En lo cual nos enseña Cristo nuestro Señor, como su voluntad es que examinemos bien la causa de nuestras lágrimas y suspiros; y tambien qué es lo que buscamos y pretendemos en su servicio, porque no se mezcle algo que sea contrario á Dios, ó desdiga de lo que á su grandeza y á nuestra perfeccion conviene. Y porque muchas veces pensaré que lloro por mis pecados, y no lloro sino por la afrenta y daño temporal que me resultó de ellos; y pienso que

lloro por ir á ver á Dios, y no es sino por huir el trabajo que padezco. Y tambien acontece pensar que busco á Dios y su gloria, y verdaderamente me busco á mí mismo y á mi honra ó provecho. Y si busco á Dios, es con mezcla de estas imperfecciones. Y á esto con mucha razon me dirá Dios: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? Ó Dios de mi alma, concédeme que llore por mis pecados y por tu ausencia, de modo que tú apruebes mis lágrimas; y que busque lo que deseo, de modo que tú apruebes mi pretension.

PUNTO CUARTO. - *Propiedades del amor unitivo.* — 1. *Pensando la Magdalena que el que estaba allí era hortelano, díjole: Señor, si tú le llevaste, díme dónde le pusiste, y yo le traeré.* En estas palabras descubrió la Magdalena el exceso de su ferviente amor, el cual con gran violencia la tenia como enajenada de sí misma, y la hizo sacar fuerzas de flaqueza para ofrecerse á mas de lo que podia. Y así muy al vivo se ven aquí pintadas las propiedades de la encendida caridad, que se llama unitiva y violenta. -La primera propiedad es, que arrebata el corazon y la lengua del que ama, y le saca de sí, para que siempre piense en su amado, y piense que todos piensan en él, y hable siempre de él, imaginando que todos le entienden. Y así la Magdalena no dijo, si tú llevaste el cuerpo de mi Maestro, sino solamente si tú le llevaste, porque imaginaba que el hortelano la entendia y sabia de quién hablaba, por estar absorta en pensar solamente de su Amado. Y por esta señal conoceré yo si tengo grande amor de Dios; pues como él dijo (*Matth.* VI, 21): Donde está tu tesoro, allí está tu corazon, y por consiguiente allí está tu lengua, tus ojos, tus piés y manos, ocupándose todo tu espíritu en la vista y amor del tesoro, en guardarle y acrecentarle con cuidado. Ó Dios infinito, sé tú mi tesoro, y arrebata mi corazon y cuanto tengo, para que donde estás tú, allí esté yo, viéndote y gozándote sin fin. Amen.

2. La segunda propiedad de esta encendida caridad, es causar en el que ama olvido de sí y de sus cosas, y hacerle que se humille y sujete á toda humana criatura, en razon de salir con su pretension; y á veces dice y hace cosas que al juicio humano parecen locuras, pero son excesos de amor, al modo que David (II *Reg.* VI, 16), olvidado de su real grandeza saltaba y bailaba delante del arca, y burlando de él su mujer Michol, él no hizo caso de ella, antes se humillaba y saltaba mas delante de Dios. Y la misma Magdalena, herida de amor, se fué al convite donde estaba Cristo, y se echó á sus piés, sin reparar lo que dirian los convidados, olvidada de todos como si estuviera sola. Y en el caso presente, con el mismo ena-

jenamiento, con grande humildad y reverencia llama señor al hortelano para acariciarle, y persuadirle que la descubriese dónde estaba el cuerpo de su Maestro. Y le dice, si tú le llevaste, no reparando en que no llevaba camino que el hortelano hubiese desenterrado un difunto, y sacádole del sepulcro donde su mismo dueño le habia puesto.

3. Y por esta segunda señal conoceré yo la grandeza ó pequeñez de mi caridad, porque si el amor de la hacienda en los avarientos, y el amor de la honra en los ambiciosos, y el amor del deleite en los sensuales, tiene tanta fuerza que los enajena de sí, y los hace, que olvidados de sí mismos y de sus cosas se humillen y sujeten á otros, y hagan cosas que parecen desatinos al que no ama como ellos; ¿cuánto mas hará todo esto y con mayor fuerza el encendido amor de Dios, en aquellos que han entrado en la bodega de sus vinos? (*Cant.* II, 4). Y si el mismo Señor no ordenase en ellos la caridad, harian locuras y demasías; pero él la pone en órden. Y si hacen algo que parece locura al que no ama, es cordura en los ojos del que sabe qué cosa es amar. Ó Rey eterno, éntrame en la bodega de tus vinos, embriágame con el vino fuerte de tu amor: sácame de mí para traspasarme en tí: causa en mi alma olvido de mis cosas, para que solamente atienda á las que son tuyas, humillándome hasta ser tenido del mundo por loco, para ser delante de tus ojos sábio.

4. La tercera propiedad de la ferviente caridad, es sacar fuerzas de flaqueza, y hacer al que ama, que se ofrezca á mucho mas de lo que puede, en razon de servir á su amado, confiando no en las fuerzas que tiene de suyo, sino en las que Dios le ha de dar. Y así la Magdalena, encendida en este amor, se ofreció valerosamente á ir por el cuerpo de su Maestro, donde quiera que estuviese, sin exceptuar lugar alguno, y sin reparar en que era dia solemne, y el sol era ya salido, y ella mujer flaca, y la carga un cuerpo muerto, y cuerpo de un crucificado aborrecido de los judíos, y sentenciado á muerte por el presidente, sin cuya licencia no se atrevió José de Arimathia á darle sepultura; pero ella, rompiendo por este muro de dificultades, dice: *Ego eum tollam:* yo le llevaré y volveré á su lugar. Ó mujer, grande es tu confianza, grande es tu ánimo y esfuerzo, porque es grande tu amor. ¡Oh amor invencible, que vences todo lo dificultoso y áspero de esta vida, y de nada eres vencido! Tú llevas al que te lleva, y haces ligera la carga de que te cargas; tú pones sobre nuestros hombros á Cristo, y haces que nos lleve Cristo, ayudándonos con-

tigo á llevar toda la carga. Ó amor fortísimo, verdaderamente eres fuerte no menos que la muerte (*Cant.* VIII, 6), pues te atreves á lidiar con muertos, y á romper las dificultades de muerte, por servir á tu Amado. Ó Dios eterno y amador infinito, embriágame con la dulzura de tu amor (*Isai.* XL, 31), para que mudando con él mi fortaleza corra en tu servicio sin parar, y camine sin desfallecer, llevando cualquier carga que me pusieres, fiado que me darás fuerzas para llevarla. – Con este espíritu me tengo de ofrecer á llevar á Cristo muerto sobre mí; esto es, su mortificacion en mi cuerpo, del modo que él mortificó el suyo, conforme á lo que dice san Pablo (I *Cor.* IV, 10): Siempre traemos de una parte á otra en nuestro cuerpo la mortificacion de Cristo Jesús, etc. Mirad que habeis sido comprados con grande precio, glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo. (I *Cor.* VI, 20).

PUNTO QUINTO. — 1. Viendo Cristo nuestro Señor el fervor y lágrimas y ofrecimientos de la Magdalena, descubriósele, llamándola con su propio nombre, y con el tono de voz que solia, diciendo: *María;* y al punto le reconoció y respondió: *Maestro.* En lo cual se ha de ponderar la omnipotencia de Cristo, llena de dulzura y suavidad, pues con una sola palabra, diciendo, María, trueca el corazon de esta devota sierva suya, y desterrando de ella toda tristeza, la llena de incomparable alegría; ilustró su entendimiento con nueva luz, deshaciendo todas las nieblas de infidelidad que tenia, y encendió su voluntad con nuevo fuego de amor, para que amase como á Dios vivo al que amaba como hombre muerto. Ó Dios inmenso, ¡cuán inmenso es el amor que tienes á los que conoces por su propio nombre! (*Exod.* XXXIII, 12). Á estos muestras tu divino rostro, y los alegras con tu presencia, porque hallaron gracia delante de tí. ¡Oh dichosa Magdalena, á quien Cristo conoció por su propio nombre, y con él la llamó, y llamándola se le descubrió para que conociese al que la conocia, y viese al que deseaba, y hallase al que con tanto amor buscaba! Halle yo, Señor, gracia en tus ojos, y conóceme de esta manera, para que llegue á conocerte (I *Cor.* XIII, 12) como soy conocido, y á amarte como soy amado.

2. Tambien se ha de ponderar la respuesta de la Magdalena, que fue: Maestro mio, porque arrebatada del amor, llamó á su Amado con el nombre que solia llamarle. Cuando habló con los Ángeles, usó del nombre de reverencia, llamándole mi Señor, ahora que habla con él mismo, llámale con nombre de reverencia y amor, llamándole Maestro mio, porque en oyendo aquella palabra María, expe-

rimentó dentro de su alma los efectos de su divino magisterio, por la plenitud de luz que la infundió; y así se echó á sus piés, á donde solia estar oyendo su doctrina. Ó Maestro soberano, que tan en breve enseñaste tantas grandezas á esta fervorosa discípula tuya, ilustra mi entendimiento, para que yo tambien las conozca, y conociéndolas te ame como ella te amó.

3. Finalmente, viendo Cristo nuestro Señor que María postrada á sus piés queria besárselos, díjola: *No me quieras tocar, porque no he subido á mi Padre, sino vé á mis hermanos, y díles de mi parte: Subo á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios.* En lo cual se ha de ponderar las causas de no haber consentido que la Magdalena le tocase, como otras veces solia. –La primera fue, porque con el fervor se abalanzó á quererle tocar con demasiada familiaridad, y quiso Nuestro Señor que entendiese que de allí adelante habia de tratarle con mas reverencia, como quien estaba ya en vida gloriosa, y cerca de subir á su Padre. Y generalmente gusta su Majestad que juntemos reverencia con el amor. –La segunda causa fue, la imperfeccion de fe que tenia, porque así como por esta causa no se le descubrió de un golpe, sino poco á poco: primero en figura y voz de hortelano, despues en su propia figura y voz; así no quiso hacerla de golpe todos los favores, sino primero se le descubrió para que le conociese, y se gozase de verle; y despues cuando su fe estuvo mas perfecta, se dejó tocar de ella. Y por esta razon dijo, no me toques, porque dentro de tu corazon aun no he subido á mi Padre, pues aun no crees bien que con vida gloriosa subo á mi Padre celestial. Ó Maestro soberano, subid dentro de mi corazon lo mas alto que es posible, dándome la suprema fe y estima que puedo tener de vuestra grandeza, para que sea digno de veros y abrazaros con entrañable caridad.

4. Tambien se ha de ponderar la ternura de aquel recaudo tan amoroso que envió el Señor á sus discípulos, no desdeñándose de llamarlos hermanos, para que entendiesen que la gloria de la resurreccion no le habia mudado la condicion, antes les daba mayores muestras de amor con este nombre de hermanos (*Hebr.* II, 11): y lo que les mandó decir es: Ya he resucitado para subir á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios; mi Padre por la generacion eterna, y vuestro por la adopcion graciosa; y mi Dios por la unidad de naturaleza, y vuestro por la union de caridad. (*Cyprian.* Serm. de Ascensione). Ó amantísimo Jesús, gracias os doy cuantas puedo, por este favor tan grande que nos haceis, en darnos á vues-

tro Padre por nuestro Padre, y á vuestro Dios por nuestro Dios. Ó alma mia, si tienes tal Padre, ¿qué mas quieres? y si tienes tal Dios, ¿que mas buscas? Ó Padre mio, mostraos ser mi Padre, haciéndome digno hijo vuestro. Ó Dios mio, mostraos ser mi Dios, haciéndome un espíritu con Vos por union de perfecta caridad. Amen.

MEDITACION V.

DE LA APARICION Á LAS DEMÁS MUJERES CON LA MAGDALENA.

Punto primero. — Partiéndose la Magdalena con grande gozo, alcanzó á sus compañeras en el camino, y tratando con ellas lo que habia sucedido, todas se encendieron en grande deseo de ver á su Maestro, el cual atendiendo á este deseo, y al fervor con que habian madrugado, las salió al encuentro, y las dijo (*Matth.* xxviii, 9): *Dios os salve.* Aquí se ha de ponderar el cuidado grande que tiene Cristo nuestro Señor en premiar los trabajos y vigilias de los suyos, aunque dilata la visita hasta que se hagan más dignos de ella, para que les entre mas en provecho: aprendiendo de aquí á no desistir de mi pretension por ninguna dilacion. Y es motivo de grande consuelo ver la bondad de Cristo nuestro Señor, por la cual no repara en nuestras imperfecciones, cuando con sana y fervorosa intencion deseamos agradarle, como sucedió á estas mujeres, las cuales con falta de fe fueron á ungirle, pero con entrañable deseo de servirle; y mirando á esta intencion, quiso consolarlas. ¡Oh qué contentas y alegres quedaron con su vista, y por cuán bien empleados dieron los trabajos pasados! porque con aquella palabra *Avete*, que quiere decir, Dios os salve, ó gozaos y alegraos, quedaron todas llenas de salud espiritual y de alegría grandísima, porque la palabra de Cristo es eficaz y obra todo lo que significa. Y no sin misterio usó de esta palabra el Salvador, de la cual habia usado san Gabriel, cuando anunció á la Vírgen la encarnacion, para confirmar lo que el Ángel habia dicho, anunciándolas, que por su resurreccion se les quitaria la maldicion de las culpas que por una de ellas todos incurrimos. Ó Salvador mio, ven á mi alma y á sus potencias, y dílas *Avete*, Dios os salve, porque con tu palabra todas quedarán llenas de la bendicion y gozo que nos has ganado con tu gloriosa resurreccion.

Punto segundo. — 1. En viendo las mujeres á Cristo nuestro Señor, luego se acercaron (*Matth.* xxviii, 9): *Et tenuerunt pedes ejus, et adoraverunt eum.* Abrazaron sus piés, y le adoraron; no se arro-

jaron precipitadamente á esto, como la Magdalena se arrojó la primera vez, sino con grande reverencia se llegaron á él, y le adoraron, y dándoles licencia, tomaron sus piés sacratísimos, y los besaron con grande amor. Y aquí alcanzó la Magdalena el cumplimiento de su deseo, tocando tambien los piés de Cristo. ¡Oh qué dulzura sentirian en este tocamiento, besando aquellas preciosas llagas que con tanto deseo habian procurado ungir! Ellas vinieron al sepulcro para ungir á Cristo, pero Cristo las ungió con la uncion de que él estaba ungido (*Psalm.* XLIV, 8), que era con óleo de alegría, y con la devocion del divino espíritu que derramó sobre ellas.

2. Á imitacion de estas santas mujeres, que como cuenta san Marcos fueron tres las principales; tengo de procurar, que las tres potencias de mi alma se ocupen en ungir á Cristo nuestro Señor: la memoria con santos pensamientos; el entendimiento con pias meditaciones; la voluntad con fervorosos afectos. Comprando estas unciones del que dijo (*Isai.* LV, 1): Venid, y comprad sin plata, y sin conmutacion alguna, porque nos da de gracia el precio con que las compramos; con cuyo favor he de ofrecerle por precio muchos ejercicios de mortificacion, suplicándole me dé estas especies aromáticas con que ungirle, pues de su mano me ha de venir todo lo bueno. Ó Cristo Jesús, ungido por tu eterno Padre con óleo de alegría sobre tus compañeros, poca necesidad tienes de ser ungido con unciones tan viles como las mias; pero es tan grande tu caridad, que tienes por óleo y uncion de alegría tuya verme encendido en amor tuyo. Ves aquí te ofrezco las especies aromáticas que he comprado, que son afectos de alabanza y agradecimiento, de amor y confianza, con vivos deseos de tener todas las virtudes para ungirte con ellas. Pero tú, Señor, que previenes á los que te buscan, anticipa conmigo tus misericordias; dame licencia que toque con el espíritu tus sacratísimas llagas, y con el licor preciosísimo que salió de ellas unge mi corazon con la gracia de tu divino espíritu, para que siempre se ocupe en tu amor y servicio. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Luego las dijo el Señor: No querais temer, id, y decid á mis hermanos, que vayan á Galilea, que allí me verán.* En este recado se ve, como es propio del espíritu de Dios, conformarse con el espíritu de los Ángeles y de sus ministros, diciendo lo mismo que ellos, y confirmando lo que ellos han dicho, pero con mayores muestras de amor. Los Ángeles dijeron: Decid á sus discípulos que se vayan á Galilea; Cristo nuestro Señor dijo: Decid á mis hermanos; y el que no llamó á los Ángeles sus hermanos, llama

así á los hombres, en señal de amor mas tierno y dulce, por razon del parentesco y semejanza en la humana naturaleza. Ó amantísimo Jesús, ¡cuán dulce es para mis oidos esta palabra que sale de tu boca: decid á mis hermanos! Nunca me canso de oirla, aunque la repitas muchas veces. Dímela, Señor, al corazon, y dame á sentir el espíritu que tienes puesto en ella, para que alcance la semejanza de vida que de tal hermandad procede.

2. Tambien se ha de ponderar la causa por que Cristo nuestro Señor mandó á los Apóstoles, como antes tambien lo habian dicho los Ángeles, que fuesen á Galilea y allí le verian, supuesto que aquel mismo dia pensaba verlos en Judea y en Jerusalen, donde entonces estaban. La causa fue, porque aquel lugar de Judea estaba muy inquieto y turbado, y ellos estaban allí llenos de turbacion y miedo. Y así para que gozasen de su presencia mas á su gusto, les mandó ir á Galilea, donde habria mas quietud. Dándonos á entender, que aunque de paso nos visita Dios en medio de los tráfagos y turbaciones del mundo, pero gusta que busquemos lugar quieto donde podamos verle despacio, y conversar con él en la oracion y contemplacion. (*D. Greg.* hom. 21 in Evang.). Y el nombre de Galilea significa algo de esto, porque quiere decir transmigracion, y los que han de ver y gozar de Cristo resucitado, hanse de traspasar y mudar del vicio á la virtud, de la vida ancha á la estrecha, de la inquietud á la quietud, de la tibieza al fervor, y de la imperfeccion á la perfeccion. Ó dulcísimo Jesús, pues tan amigo eres de Galilea, múdame tú, y traspásame con esta mudanza que tanto te agrada, para que sea digno de verte por la contemplacion en esta vida, y despues me traspase de ella á la otra, donde te vea faz á faz por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION VI.

DE LA APARICION Á SAN PEDRO, Y DE LO QUE SUCEDIÓ ANTES DE ELLA.

PUNTO PRIMERO. — *Llegando las mujeres donde estaban los discípulos, como dice san Marcos* (*Marc.* XVI, 10), *tristes y llorosos, dándoles el recado de los Ángeles, no las dieron crédito, antes, como dice san Lucas* (*Luc.* XXIV, 11), *visa sunt ante illos, sicut deliramenta, verba ista, pareciéronles desvaríos y sueños las palabras que les decian; y aun cuando despues les dijo la Magdalena que le habia visto, tampoco la creyeron.* (*Marc.* XVI, 11). En lo cual se representa, cuán dificultoso y

heróico es el acto de fe, que nos levanta á creer algo contra lo que hemos visto con los sentidos, y cuán mal correspondemos los hombres á lo mucho que Dios hace por nosotros, pagándolo con incredulidad, y con tenerlo por desvarío, siendo mas desvarío no creerlo como Dios lo ha revelado. Porque habiendo dicho Cristo nuestro Señor á sus discípulos que habia de ser crucificado, y que al tercer dia resucitaria; y diciéndoles ahora estas mujeres el recado de los Ángeles, y las señas tan ciertas de que se fuesen á Galilea, donde le verian como él se lo habia dicho la noche de la cena; con todo eso no lo creyeron, teniendo por desvarío pensar que un hombre muerto en cruz, desangrado y llagado por tantas partes, hubiese resucitado: olvidándose de la revelacion y de la resurreccion de Lázaro, y de otros milagros que su Maestro habia hecho. Ó Maestro soberano, con mucho gusto cautivo mi entendimiento en servicio de la fe, y niego todos mis sentidos, por creer lo que tú revelas; y estoy cierto que esta carne y estos huesos que ahora tengo, aunque se conviertan en polvo y ceniza, han de tornar á resucitar (*Iob*, XIX, 25), y en ellos espero de ver á tí, mi Dios y mi Salvador, porque no dudo de tu omnipotencia, ni menos de tu voluntad, pues lo tienes revelado y prometido.

2. De aquí tengo de sacar huir de dos extremos. Uno, de los que ligeramente creen á cualesquier revelaciones y visiones de mujeres, con peligro de creer muchas cosas que son desvaríos y sueños, ó antojos de su imaginacion. Otro, de los muy duros en creer, y que todo lo tienen por desvarío; lo cual es grande yerro, pues aunque sean mujeres y gente idiota, por su devocion y fervor suelen ser dignas de tener verdaderas apariciones de Ángeles, y del Señor de los Ángeles, como se ve en el caso presente; y deben ser creidas, especialmente cuando son en confirmacion de verdades de nuestra santa fe. Y no es menor yerro llamar desvarío de la imaginacion á la revelacion de Dios, que llamar revelacion de Dios al desvarío de la imaginacion.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Entre los discípulos, los dos mas fervorosos, que se señalaron mas en el amor de Cristo nuestro Señor, es á saber, *Pedro y Juan, se resolvieron de ir al monumento, y ver por vista de ojos lo que las mujeres decian; y aunque Juan llegó primero al sepulcro, entró primero Pedro, y vieron á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado cogido el sudario con que se cubrió la cabeza* (*Ioan.* XX, 3), lo cual era cierta señal de que el cuerpo no habia sido hurtado, sino que habia resucitado, *y creyeron lo que las mujeres les habian dicho*. Aquí se ha de ponderar como estos dos dis-

cípulos no dieron en el extremo de los otros, teniendo por desvarío la revelacion que contaban las mujeres, sino quisieron probar el fundamento y señales de ella; porque propio es de los fervorosos discretos hacer diligencias para enterarse bien en las cosas de Dios, y como el amor vence grandes dificultades, así con saber estos dos Apóstoles la persecucion que los judíos levantaban contra los discípulos de Cristo, y que habian puesto guardas al sepulcro, se resolvieron de ir á ver lo que pasaba. Pero no carece de misterio que no se les aparecieron Ángeles como á las mujeres; quizá fue la causa, porque no era menester, pues por el dicho de ellas, y por las señales que vieron de las mortajas que se quedaron allí cogidas, creyeron que Cristo habia resucitado, acordándose con esta ocasion de las palabras que su Maestro les habia dicho. Por donde se ve que las visiones de los Ángeles no son indicio de mayor santidad, pues algunas veces se conceden á los que tienen virtud mas tierna y flaca.

2. Tambien consideraré como por estos dos apóstoles Pedro y Juan son figuradas las virtudes principales con que hemos de buscar á Cristo nuestro Señor, que son fe y caridad; la fe descubre las verdades, y entra como san Pedro primero en el sepulcro, y luego entra el amor como entró san Juan, y con esta entrada se aumenta y fortifica la fe, y se perfecciona el conocimiento de ella. Y tambien son figuradas las dos vidas activa y contemplativa, que nos llevan á Cristo: la activa entra primero disponiendo, y la contemplativa poseyendo y gozando. O amantísimo Jesús, esclarece mi fe y enciende mi caridad, para que pospuesto todo temor humano, te busque, y entre á donde quiera que puedo hallarte, perfecciónarne con los ejercicios de la vida activa en todo género de virtud, para que suba á los ejercicios de la vida contemplativa; y por medio de ellos entre en lo escondido de tu rostro para verte, y gozar de la belleza y hermosura que tienes en tu gloria.

—El misterio de haber dejado Cristo nuestro Señor las mortajas en el sepulcro, se declaró al fin de la meditacion II.—

Punto tercero.— 1. Volviéndose san Pedro y san Juan á su posada, san Pedro se retiró aparte, rumiando lo que habia visto, y como dice san Lucas (*Luc.* xxiv, 12): *Mirans secum quod factum fuerat:* admirándose consigo mismo y á sus solas de lo que habia sucedido; y estando así se le apareció Cristo nuestro Señor, como se saca de aquellas palabras que refiere el mismo san Lucas, que decian los Apóstoles: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni.* Aquí se ha de ponderar: –Lo primero, como san Pedro se hizo digno de

esta aparicion, disponiéndose para ella con la diligencia de ir al sepulcro, y con la meditacion que tuvo dentro de sí de lo que habia visto. Y aunque san Juan fué con él al sepulcro, con todo eso no se le apareció Cristo nuestro Señor, para que se vea como muchas veces se hacen mayores favores á los pecadores bien arrepentidos, que á los justos que no pecaron, para consolarlos y alentarlos, como se declara en la parábola del hijo pródigo (*Luc.* xv, 20): y así no sin causa el primer varon y la primera mujer de los que cuentan los Evangelistas, á quien Cristo se apareció, fueron pecadores, porque á donde abundó el delito, abundó mucho mas la gracia. (*Rom.* v, 20). Con lo cual me alentaré á confiar en Dios, aunque haya sido gran pecador, disponiéndome con la oracion y fervor de la vida, para recibir sus dones, pues por él no quedará.

2. Lo segundo, ponderaré la vergüenza que tendria san Pedro de verse delante de su Maestro, acordándose que le habia negado; y es de creer se arrojaria á sus piés, llorando amargamente su pecado, y pidiéndole perdon de él. Pero Cristo nuestro Señor sin duda le consoló y aseguró del perdon, y le llenó de alegría. ¡Oh qué palabras tan tiernas le diria, y qué avisos tan saludables le daria! Podemos imaginar que le dijo: Paz sea contigo, no temas; yo soy; perdonados te son tus pecados, confirma á tus hermanos. ¡Oh qué gozoso quedaria el santo Apóstol con la vista y palabra de su Maestro! ¡cuán confirmado en la fe, y cuán encendido en el amor! Ó dulce Jesús, ¡cuán grande es la muchedumbre de vuestra misericordia para todos los pecadores que de corazon lloran sus pecados! Sin duda recibiérades á Judas, y le apareciérades resucitado como á Pedro, si hiciera penitencia como Pedro la hizo. Bendita sea vuestra misericordia, por la cual os suplico me hagais digno de vuestra soberana aparicion en el reino de la gloria.

3. Últimamente, ponderaré como san Pedro con gran gozo se partió á donde estaban sus compañeros, para confirmarlos en la fe, como Cristo nuestro Señor se lo habia encargado, y fue tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron por él, como se saca de aquellas palabras que dijeron: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni:* resucitado ha el Señor verdaderamente, y aparecido á Simon, como quien dice: Resucitado ha, no con fingimiento ó apariencia, sino con toda verdad. Y esto lo sabemos, no porque se apareció á Magdalena, ó á otras mujeres, sino porque se apareció á Simon, cuyo dicho es de grande autoridad. De donde sacaré, á imitacion de este Apóstol, ser agradecido á las mercedes que recibiere de Nues-

tro Señor, y aprovecharme de ellas para confirmar á mis hermanos en la virtud, y tanto mas tengo de hacer esto, cuanto mayores partes tuviere para persuadir y ser creido. Ó glorioso Apóstol, con mucha razon os llamais Simon, que quiere decir obediente, pues tan obediente sois á la voz de vuestro Maestro en cumplir todo lo que os manda, haciendo el oficio de piedra, como Pedro, y de cabeza, como Cefas, en confirmar y fortalecer la fe de vuestros condiscípulos, cuya cabeza habeis de ser. Confirmad tambien mi flaca fe, y perfeccionad mi corta obediencia, para que crea con gran firmeza lo que creísteis, y obedezca con gran fervor á mi Señor, como Vos le obedecísteis.

MEDITACION VII.

DE LA APARICION Á LOS DOS DISCÍPULOS QUE IBAN Á EMAÚS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Dos discípulos habiendo oido lo que las mujeres habian dicho, salieron á un lugar llamado Emaús, hablando entre sí por el camino de las cosas que habian sucedido; y acercándose á ellos Cristo nuestro Señor, en forma de caminante, caminaba con ellos, sin que le conociesen.* (*Luc.* XXIV, 15; *D. Thom.* 3 *p. q.* 55, *art.* 4). -Lo primero, ponderaré la causa de salirse en esta ocasion de Jerusalen estos dos discípulos, la cual fue por alejarse del lugar que tenian por peligroso, y por tomar algun alivio en aquel lugar de Emaús, de donde era natural uno de ellos. Pero la causa mística fue para que entendamos como la pasion del miedo y tristeza suele ser ocasion de salirse el alma de Jerusalen, que quiere decir vision de paz, y de la compañía de los discípulos de Cristo, que son los buenos, por buscar algun alivio corporal, y algun regalo de la carne, en medio de deudos carnales, ó personas mundanas, figuradas por Emaús, que quiere decir pueblo despreciado, ó temeroso consejo, tomando en esto consejo muy errado, pues pongo á riesgo el consuelo divino por buscar el terreno. Y así he de procurar no rendirme á esta pasion, porque si la misericordia de Dios no ataja los consejos que nacen de ella, vendré á perderme por su causa.

2. Lo segundo, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor se dignó de aparecerles en este camino. La primera fue, la compasion que tuvo de ellos, deseando como buen Pastor recoger á estas dos ovejas que iban descarriadas, y volverlas al rebaño de las otras, para que entendamos como no descuida de este oficio, acudiendo con su misericordia á nuestra mayor necesidad, y siguiendo

por detrás los pasos del que se va alejando de él, hasta que le da un alcance. ¡Oh bendito sea tan buen Pastor, que así cuida de su ganado! Bien se echa de ver, Señor, que habeis puesto por él la vida, y le habeis rescatado con vuestra sangre, pues tanto cuidado poneis en recogerle al aprisco de vuestra Iglesia, para de allí llevarle al aprisco eterno de vuestra gloria. - La segunda causa fue, porque iban afligidos y desconsolados, y es muy propio de Cristo nuestro Señor asistir con los tales para moderar su tristeza, y darles algun alivio en ella, segun lo que dice por David (*Psalm*. xc, 15): Con él estoy en la tribulacion. Ó alma mia, si vieses al que está contigo en tus trabajos, aunque disfrazado y encubierto, sin duda te alegrarias en ellos, teniendo por gran dicha ser afligida, á trueque de estar tan bien acompañada.

3. La tercera causa fue, porque iban hablando cosas buenas, y gusta Cristo nuestro Señor de asistir con los que hablan cosas semejantes, terciando en medio de sus buenas pláticas, y así dijo (*Matth*. xviii, 20): Donde quiera que estuvieren dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. De donde sacaré cuán acertado es hablar siempre de Dios en todo lugar, y entretenerse en semejantes pláticas con sus compañeros, especialmente en tiempo de trabajos, pues acude Cristo á ellas para consolarlos; y al contrario cuán malo es hablar de cosas malas y profanas, porque Cristo nuestro Señor no se juntará con los que las hablan, antes huirá de ellos.

4. Últimamente, ponderaré como los ojos de estos discípulos estaban impedidos para no conocer á Cristo, por su poca fe; por la cual Nuestro Señor permitió este impedimento, hasta que su fe se fuese perfeccionando, porque como dijo Isaías (*Isai*. vii, *juxta* LXX): Si no creyéreis, no entenderéis. Otra causa fue la mucha tristeza y afliccion interior que tenian, significándonos por esto Cristo nuestro Señor, que muchas veces está con nosotros en las tentaciones y trabajos, ayudándonos á pelear, y sufrirlos con paciencia. Pero nosotros no le vemos ni reparamos en ello, antes pensamos que está ausente, porque no sentimos el favor de la sensible consolacion. Ó buen Jesús, no permitas que mis culpas causen tales nieblas en la vista de mi alma, que teniéndote presente no te vea, y hablándome tú dentro de mi corazon, no te conozca; mas si por tu secreta providencia te escondieres, no me falte la presencia de tu gracia, para que no falte yo en hacer lo que debo por mi flaqueza.

Punto segundo. — 1. *Díjoles Jesús: ¿Qué cosas son las que vais platicando y confiriendo entre vosotros, y por qué vais tristes?* Respon-

dió uno de ellos llamado Cleofás: ¿Tú solo entre los peregrinos y moradores de Jerusalen no has sabido las cosas que han pasado estos dias? Respondióles Cristo: ¿Qué cosas? Ellos dijeron: De Jesús Nazareno, que fue varon profeta, poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y los sumos sacerdotes y príncipes nuestros le entregaron, para que fuese condenado á muerte; y le crucificaron; y nosotros esperábamos que habia de redimir á Israel. Aquí se ha de ponderar la suavidad de Cristo nuestro Señor en el trato con estos discípulos para hacerles descubrir la llaga de su infidelidad, y curársela de raíz; para lo cual les pregunta de lo que tratan, y se hace del que no lo sabe, porque gusta oirlo de su boca; y en especial se recrea en oir contar las cosas que por nosotros ha padecido, no desdeñándose de ellas con ser tan afrentosas. De donde sacaré, como es propio del espíritu de Cristo con sus inspiraciones provocarnos á hablar, para dos cosas: es á saber, para publicar las grandezas de Dios á gloria suya, y para descubrir nuestras miserias, por ser curados de ellas.

2. De parte de los discípulos ponderaré el magnífico concepto que tenian de su Maestro, aunque corto, en razon de su divinidad. Dijeron de él, que era poderoso; lo primero, en las obras; lo segundo, en las palabras; lo tercero, delante de Dios; lo cuarto, delante de todo el pueblo. Gózome, ó Rey de la gloria, de que seais poderoso en las obras, así de heróica santidad, como de grandes milagros; en las cuales se descubre vuestra infinita bondad y omnipotencia. Gózome tambien de que seais poderoso en la palabra, enseñando doctrina celestial que ilustra los entendimientos y arrebata las voluntades, aficionándolas á la verdad y á la virtud, en lo cual mostrais vuestra infinita sabiduría. Gózome de que que seais poderoso delante de Dios para aplacar su ira, y alcanzar copiosa misericordia para todos los hombres, en lo cual descubrís la igualdad que con él teneis. Tambien me gozo de que seais poderoso delante de todo el pueblo, mudando los corazones de los hombres, y trayéndolos á vuestro servicio, en lo cual se descubre la eficacia de vuestra gracia. Mostrad, ó Señor todopoderoso, este vuestro poder conmigo, para que yo, conforme á mi caudal, sea poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de los hombres, obrando y hablando tales cosas, que agraden á Dios, y edifiquen á los prójimos para gloria vuestra. Amen.-En estas cuatro cosas tengo de procurar señalarme por el órden dicho, porque no seré poderoso en la palabra si no lo fuere en la obra, ni lo seré delante de los hombres, si primero no lo fuere

delante de Dios; y si delante de Dios fuere poderoso por medio de la oracion y confianza en su omnipotencia, mucho mas lo seré con los hombres, como lo dijo el Ángel al patriarca Jacob. (*Genes.* XXXII, 28).

3. Últimamente, ponderaré como estos discípulos descubrieron su flaqueza, y la falta de fe que tenian, diciendo: *Esperábamos que habia de redimir á Israel.* Como quien dice: Con esta su muerte hemos perdido la esperanza. *Aunque hoy es el tercer dia, y algunas mujeres de nuestra compañía fueron al monumento, y no hallando el cuerpo, volvieron diciendo, que habian visto Ángeles que les dijeron que habia resucitado.* Con lo cual se representa la flaqueza de los imperfectos, los cuales suelen perder presto la grande estima que tenian de Dios y de sus cosas por un suceso adverso, contrario á su imperfecta aprension, por no saber las trazas que tiene Dios para salir con sus intentos, como estos discípulos que no entendieron que la muerte de Cristo era medio para la redencion de Israel que ellos esperaban.

PUNTO TERCERO. — 1. *Díjoles Jesús: Ó necios y tardos de corazon para creer las cosas que han dicho los Profetas; ¿por ventura no convino que Cristo padeciese todo esto, y así entrase en su gloria? Y comenzando desde Moisés y de los Profetas, les iba declarando todo lo que de él estaba escrito.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la aspereza de la reprension de Cristo nuestro Señor, la cual no procedia de indignacion, sino de compasion y celo para avivar su fe, y sacarlos de la ignorancia en que estaban. Llamólos necios ó ignorantes, porque con haberle oido tantas veces hablar de este misterio, no acababan de entenderle. Llamólos tardos de corazon, porque teniendo bastantes indicios y motivos para creer, todavía estaban dudosos. Ó Maestro soberano, ¡con cuánta mas razon podias reprenderme y decirme: Ó necio y tardo de corazon en creer lo que han dicho los Profetas y Evangelistas; porque muchas cosas no entiendo como debo, ni las creo con fe viva, de modo que las obre. Quita, Señor, de mí esta necedad y esta dureza de corazon, para que te conoza y sirva como conviene.

2. Lo segundo, ponderaré aquella razon que les dió Cristo tan profunda y admirable: *¿Por ventura no convenia que Cristo padeciese estas cosas, y así entrase en la gloria?* En lo cual les da á entender, que su ignorancia y dureza de corazon consistia en no haber caido en la cuenta de esta verdad. Ó alma mia, abre los ojos, y considera que si fuese necesario que Cristo padeciese tantas y tan graves aflicciones para entrar en la gloria, que era suya por título de herencia, como Hijo natural del eterno Padre; mucho mas necesario será que tú padezcas algunas cosas para entrar en la gloria, que no es tuya,

sino de Dios, á la cual por sola su misericordia te ha ordenado. Y si esto no te persuades, necia eres, y tarda y dura de corazon, y digna de ser reprendida. Pero si lo crees con viva fe, obra lo que crees, sufriendo los trabajos que te sucedieren; pues está escrito, que todos los que desean vivir santamente con Cristo, han de padecer persecuciones por su amor. (II *Tim.* III, 12).

3. Lo tercero, ponderaré la eficacia con que Cristo nuestro Señor comenzó á interpretar las divinas Escrituras, abriéndoles el sentido interior del alma, para que las entendiesen, y encendiéndoles el corazon con gran fuego de amor, para que se aficionasen á ellas y al que se las iba declarando, y así dijeron despues: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas? ¿por ventura nuestro corazon no ardia en nosotros cuando en el camino nos hablaba y declaraba las Escrituras?* Á esta declaracion llaman abrir las Escrituras, que para ellos estaban cerradas, sacando á luz los misterios que allí estaban escondidos. Ó Maestro del cielo, que tienes en tus manos las llaves de David para cerrar y abrir á tu voluntad las divinas Escrituras (*Apoc.* III, 7), cerrándolas á los soberbios, y abriéndolas á los humildes; ábrelas á este indigno siervo tuyo de tal modo, que mi entendimiento quede ilustrado con la verdad de sus misterios, y mi voluntad quede abrasada con la caridad que descubriste en ellos. Háblame, Señor, en el camino de esta vida, para que mi corazon arda dentro de sí mismo, y mi alma se derrita con la dulzura de tu voz. (*Cant.* II, 14). Ó dichosos discípulos que merecísteis oir á tal Maestro, cuyas palabras son hachas que lucen y arden, alumbran y encienden á los que las oyen; suplicadle me hable como os habló, compadeciéndose de mi necesidad, como se compadeció de la vuestra.

PUNTO CUARTO. — 1. *Llegando al lugar donde iban, hizo ademan que queria pasar mas adelante; pero ellos le detenian y forzaban, diciéndole: Quédate con nosotros, Señor, porque se va haciendo tarde, y el dia se acaba.* Aquí se ha de ponderar: -Lo primero, como Cristo nuestro Señor hizo este ademan de querer dejar estos discípulos, y pasar adelante, aunque de verdad su deseo era quedarse con ellos, para significar que en su opinion estaba léjos de ellos: y para con esto provocarlos á que le convidasen y detuviesen, brotando afuera el fuego que ardia allá dentro: y para que con aquella obra exterior de hospedar al peregrino, se hiciesen dignos de que Dios entrase á hospedarse en sus almas, y les manifestase quién era. Ó dulce Jesús, por mas que lo disimules, es cierto que tus regalos son

estar con los hijos de los hombres; y mucho mas deseas estar con ellos, que ellos desean estar contigo; antes si ellos desean tenerte consigo, es porque les infundes tal deseo para cumplir el tuyo. Gracias te doy por esta inmensa caridad que tienes á tus escogidos, por lo cual te suplico no me excluyas de tener parte en ella.

2. Lo segundo, ponderaré como los discípulos no solo detenian á Cristo, sino *cogebant eum*, le forzaban á que se quedase con ellos, porque Cristo nuestro Señor gusta de ser forzado de nosotros con oraciones, gemidos, lágrimas, penitencias, y ruegos importunos, alegándole títulos y razones que le hagan fuerza para que nos conceda lo que le pedimos, hasta decirle como Jacob (*Genes*. XXXII, 26): No te dejaré si no me das tu bendicion; ni dejaré de luchar contigo hasta que te rindas á darme lo que te pido, aunque en tales casos no le forzamos nosotros, sino su bondad y caridad, y su misericordia le fuerza á favorecernos; porque él mismo nos imprime aquel espíritu con que le hacemos fuerza. Y en negocio tan grave como es el de mi salvacion, no tengo de proceder á poco mas ó menos, ni tomarla con tibieza, sino usar de toda la diligencia y violencia que el mismo Señor me permitiere.

3. Para esto ayuda mucho ponderar la oracion que hicieron estos discípulos diciendo: *Mane nobiscum Domine, quia advesperascit, et inclinata est jam dies:* Quédate, Señor, con nosotros, porque anochece, y se acaba el dia. Llaman Señor al que llamaron peregrino, por la reverencia y amor que le habian cobrado, y alegan por título para detenerle, que era ya tarde y anochecia. Ó buen Jesús, quédate conmigo, porque en mi alma se va oscureciendo la luz de la fe y el resplandor de la virtud, y el fervor de la caridad se va enfriando y declinando, y si tú te vas, quedaré convertido en noche oscura y fria. Quédate, Señor, conmigo, porque el dia de mi vida se va acabando, y ahora tengo mayor necesidad de tu presencia cuando está mas cercana la noche de mi muerte. Tú dijiste (*Joan*. XIV, 23): Si alguno me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y ambos vendrémos á él y nos quedarémos con él. Deseo amarte y obedecerte con todo el afecto de mi corazon. Quédate, Señor, conmigo para que pueda cumplir mi deseo, y llegar á la vida eterna, donde siempre esté contigo. Amen.

— De esta oracion jaculatoria usa la Iglesia en este tiempo, y podemos usar de ella á menudo con el espíritu que se apuntó en el coloquio precedente. —

PUNTO QUINTO. — 1. *Sentándose con ellos á la mesa, tomó el pan,*

bendíjolo, partiólo, y dábaselo. Abriéronse sus ojos y conociéronle, y al punto se les quitó de delante de los ojos. Aquí se han de ponderar las causas por que Cristo nuestro Señor quiso manifestarse á estos discípulos estando en la mesa con ellos. – La primera fue, para que se entendiese lo mucho que estimaba la hospitalidad y caridad, y como estas obras de misericordia nos disponen para recibir á Cristo en sus pobres y alcanzar de él grandes favores, pues, como dice san Gregorio (Homil. 23 in Evang.), estos discípulos no fueron ilustrados cuando oyeron los preceptos de Cristo, sino cuando los cumplieron. – La segunda causa fue, para que tambien entendiésemos como es mas poderoso el ejemplo que la palabra, para darse á conocer; como Cristo nuestro Señor era poderoso en lo uno y en lo otro, mostróles en el camino la dulzura y sabiduría de sus palabras; pero en la mesa mostróles la gravedad y modestia con que solia tomar el pan en sus manos, la devocion con que lo bendecia y daba gracias al Padre por ello, y la caridad con que lo repartia entre ellos, y con la vista de estas virtudes se les abrieron los ojos del alma para conocerle.

2. La tercera fue, para significar la eficacia del santísimo sacramento de la Eucaristía, figurado por este pan, ó si de verdad fue el mismo Sacramento, como algunos dicen, el cual tiene virtud de alumbrar el alma, y esclarecer los ojos interiores, mucho mejor que la miel que esclareció los ojos de Jonatás (I *Reg.* XIV, 27); porque el gusto de la suavidad que se percibe en esta comida, nos descubre por experiencia la excelencia y soberanía de Cristo nuestro Señor que está en ella, y por ella obra tan maravillosos efectos. De estas tres causas tengo de sacar deseos grandes de ejercitar las tres cosas dichas; esto es, obras de misericordia, y dar buen ejemplo á otros, y frecuentar la comunion, suplicando á este Maestro del cielo me ayude, para ejercitarlas de manera, que mis ojos se abran para conocerle y servirle como merece.

3. Últimamente, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor desapareció luego, dejándolos al tiempo que habian de gustar de su presencia. Esto hizo para que se entendiese la verdad de aquella sentencia de Job, que dice (*Iob*, VII, 18): Visítaslo á la mañana, y súbitamente le pruebas, porque en esta vida mortal las visitas de Dios no son de asiento, ni muy despacio, sino de paso, ausentándose luego, parte para nuestro ejercicio, parte para que acudamos á las obras de caridad con los prójimos. Y así fue en el caso presente, porque en desapareciéndose Cristo nuestro Señor, estos dos dis-

cípulos, llenos de grande alegría por haberle visto, y reprendiendo su tardanza en no haberle reconocido por el camino cuando les abrasaba y sentian arder el corazon con sus palabras, luego se volvieron á Jerusalen á dar nueva de esto á los Apóstoles, publicando como le habian visto y conocido en el partir del pan; y los que á la venida caminaban despacio y con piés de plomo, cargados de tristeza, á la vuelta caminaban de prisa con piés de ciervos, llenos de alegría. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! oh poder infinito de nuestro dulce Jesús! ¡Cuán en breve, Dios mio, trocais los corazones de vuestros discípulos, y cuán varios caminos teneis para trocarlos! Visitadme, Señor, á menudo, aunque luego me probeis; porque un momento que dure vuestra visita, basta para sacarme de laceria, y llenar mi alma de celestial alegría, dilatando mi corazon, para que corra con ligereza por el camino de vuestros mandamientos (*Psalm.* CXVIII, 32), hasta llegar á veros de asiento en el trono de vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION VIII.

DE LA APARICION Á LOS APÓSTOLES JUNTOS EN EL MISMO DIA DE LA RESURRECCION.

PUNTO PRIMERO.— 1. *El mismo dia de la resurreccion á boca de noche, recogiéndose los discípulos en su casa, cerrando las puertas por el miedo de los judíos, y estando juntos, vino Jesús y se puso en medio de ellos.* (*Ioan.* XX, 19). Aquí tengo de ponderar:—Lo primero, las causas por que Cristo nuestro Señor dilató hasta la noche visitar á sus Apóstoles juntos, habiendo entre ellos muchos que le amaban y deseaban ver, como san Juan, san Andrés y otros. Las causas fueron:—La primera, porque entre ellos habia algunos muy duros en creer: y era menester poco á poco disponerles, para que les entrase en provecho la visita.—La segunda, para probar la paciencia de los mas queridos; y con esta dilacion aumentar el deséo que tenian de verle, y disponerlos mejor para el favor que les pensaba hacer.—La tercera, porque es costumbre de Dios nuestro Señor acudir al consuelo de los suyos, cuando están mas desconfiados y desahuciados de recibirle. Y así, cuando los Apóstoles se encerraron en el cenáculo desconfiados de ver aquel dia á su Maestro, entonces entra de repente á visitarlos. De donde sacaré aviso para esperar con paciencia la visita de Dios y su consuelo, confiando que le dará en el

tiempo que mas conviniere, acordándome de lo que dijo Habacuc (*Habac.* II, 3): Si se tardare, espérale; porque vendrá sin duda, y no tardará: y de lo que dice en Job (*Iob,* XI, 17): Cuando pensares que estás hundido, saldrás como lucero de la mañana.

2. Lo segundo, ponderaré las causas por que entró cerradas las puertas. Una, fue para manifestar á sus discípulos, como su cuerpo estaba glorificado, y por el dote de la sutilidad podia penetrar por donde quisiese, sin estorbo alguno. Y tambien con esto significaba la eficacia de su omnipotencia, y que como Señor absoluto puede entrar dentro del alma á visitarla y consolarla con sus inspiraciones, y á mudarla como él quisiere, sin que haya cosa que le estorbe ni pueda resistir á su voluntad eficaz (*Rom.* IX, 19): y tambien para significar que gusta de que sus siervos cierren las puertas y ventanas de su corazon, que son los sentidos, para que no entre por ellos la muerte (*Ierem.* IX, 21); y entonces entra él, como autor de la vida, para llenarlos de alegría. Ó Rey de gloria, tuya es mi alma con todas sus potencias. Casa es fabricada por tu omnipotencia para morada tuya; entra en ella como Señor, y haz en mí lo que quisieres, porque deseo no resistir á lo que ordenares: deseo cerrar todas sus puertas, para que no entre cosa que te desagrade; mas si tú, Dios mio, estás dentro, con tu presencia estarán mas bien cerradas.

3. Lo tercero, ponderaré las causas por que se puso en medio de ellos; quizá quiso que entendiesen la verdad de lo que les habia dicho (*Matth.* XVIII, 20); que donde quiera que estuviesen dos ó tres congregados en su nombre, allí estaria él en medio de ellos, como sol, alumbrándolos; como maestro, enseñándolos; como pastor, rigiéndolos; como medianero entre Dios y los hombres, pacificándolos, y como protector, amparándolos, y cubriéndolos con sus alas; porque todos estos oficios hace este Señor en los suyos, cuando se pone en medio de ellos. Ó alma mia, pues Cristo está donde están dos ó tres congregados en su nombre, procura que tus tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, se congreguen y junten en la oracion, cerradas las puertas de los sentidos, porque luego vendrá tu Señor, y se pondrá en medio de ellas, alumbrándolas como sol, enseñándolas como maestro, rigiéndolas como pastor, y juntándolas consigo en perfecta union de amor.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Díjoles: Paz sea con vosotros; yo soy, no querais temer. Turbados y atemorizados, pensaban que veian algun espíritu, y díjoles: ¿De qué os turbais? Mirad mis manos y mis piés, porque yo mismo soy; y el espíritu no tiene huesos y carne, como veis*

que yo tengo. Y diciéndoles esto, mostróles las manos, los piés y el costado, y alegráronse los discípulos viendo al Señor. Aquí se ha de considerar lo primero, las tres palabras que Cristo nuestro Señor dijo á los Apóstoles estando en medio de ellos, que son efectos y señales del buen espíritu.-La primera fue (*Ioan.* XIV, 27): Paz sea con vosotros, como quien dice, acordaos que os dije: Mi paz os dejo, y mi paz os doy; esta paz he ganado ya con mi pasion y muerte, y así ahora de nuevo os la comunico y saludo con ella.-La segunda es: Yo soy; que fue decir: Yo soy el mismo que solia en la naturaleza, y en la persona, y en la condicion. Yo soy vuestro maestro, vuestro salvador, vuestro protector, vuestro hermano y vuestro Dios. Y díjoles esta palabra con un modo tan suave, que por ella les sosegó y se les dió á conocer. Y así añadió la tercera, diciendo: No querais temer, como quien dice: Ya que el temor os acomete, no querais admitirle ni darle entrada; no temais la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra mí; porque estando yo en medio de vosotros, estais seguros. Ó Rey de gloria, venid á mi alma, poneos en medio de sus potencias, y decidlas: Paz sea con vosotras. Dadme, Señor, la paz que el mundo no me puede dar; poned paz entre mi carne y mi espíritu, y entre mis potencias y sentidos; pacificadme con vuestro Padre y con mis hermanos. Decid, Señor, á mi alma: Yo soy; no quieras temer, porque si yo tengo prendas de que estais conmigo, no tengo por qué temer, teniendo tal protector.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la benignidad de Cristo nuestro Señor, porque no contento con certificar á los discípulos de su resurreccion con la vista y con el oido, dándoles á ver su propio cuerpo, y hablándoles con su propia voz, les quiere certificar con el tacto, dándoles licencia que le toquen y palpen su cuerpo; especialmente los piés y manos y el costado, donde tenia las llagas de los clavos y de la lanza, para sanar con ellas las llagas de la infidelidad y pusilanimidad que tenian en sus corazones, porque para este fin, entre otros, las habia dejado. Y así fue, que tocando los Apóstoles las llagas con grande reverencia y amor, con aquel tocamiento quedaron ilustrados y confirmados en la fe, llenos de amor y gozo por la gloria de su Maestro. Gracias te doy, Maestro soberano, por el favor que has hecho á tus discípulos, y en ellos á todos nosotros: bien se ve que has trocado la ley de temor en la ley de amor; pues antiguamente quitabas la vida á los que con curiosidad miraban el arca del Testamento (I *Reg.* VI, 19), ó con atrevimiento la tocaban. (II *Reg.*

vi, 7). Pero ahora tú mismo, arca del Nuevo Testamento, te das á ver y tocar, comunicando la vida y gozo á los discípulos que te ven y tocan. ¡Oh quién se hallara presente con esta dichosa compañía, y pudiera ver la hermosura y belleza de Jesús, oir su dulce voz; y tocar sus preciosas llagas! Ó dulce Jesús, con el espíritu me presento ante tu venerable presencia y adoro tu soberana Majestad, y postrado en lo profundo de mi corazon, me llego á besar tus llagas preciosísimas, con grande confianza de que por medio de ellas quedaré sano de las mias.

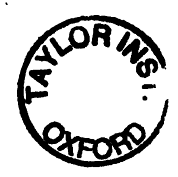
Punto tercero.— 1. *No acabando de creer algunos discípulos que era el mismo Cristo que habia sido crucificado, y estando admirados con el gozo que tenian, díjoles: ¿Teneis algo que comer? Ellos ofrecieron parte de un pez asado, y de un panal de miel, y comiendo delante de ellos, dióles lo que le sobró.* (*Luc.* xxiv, 41). Aquí se ha de considerar la grandeza del amor de Cristo nuestro Señor, porque no contento con las cosas que habia dicho y hecho, para certificar á sus discípulos de su resurreccion, añadió otra señal de grande hermandad y afabilidad, pidiéndoles de comer y comiendo con ellos, con ser esta una cosa muy ajena de su estado glorioso. De donde sacaré motivos de amar al que tanto se humilla y humana por nuestro bien: y tambien tomaré ejemplo para humillarme en razon de hacer bien á mis prójimos, aunque para esto sea menester hacer algo que no diga tanto con la alteza de mi estado, porque no será contra esta alteza lo que se hace para bien del prójimo.

2. Lo segundo, ponderaré el misterio de esta comida, porque el pez asado representaba su sacratísima humanidad, que fue asada en la cruz con fuego de tribulaciones; y el panal de miel representaba su divinidad, que es la fuente de toda dulzura; y ambas cosas están juntas en el santísimo Sacramento del altar. Estas comió Cristo la noche de su pasion. Estas le ofrecemos ahora en sacrificio; y estas nos da él en sustento de nuestras almas, para abrasarnos en el fuego de su amor, y llenarnos de espiritual alegría. Ó amado de mi corazon, si me pides de comer, ¿qué te podré dar que sea conforme á tu gusto, sino este pez y este panal? Lo que tú me has dado, eso te doy, y de tu mano espero recibirlo para comer de ello y remediar mi necesidad; y si otras cosas quieres, vesme aquí, que como pesce ando por el mar tempestuoso de este mundo, vagueando con libertad de carne, y sujeto á los malos humores de mi sensualidad. Sácame, Señor, de este mar, ásame con el fuego de tu amor desecando mis humedades abominables, y sazóname con la dulzura

de tu gracia, para que como panal de miel sea sabroso á tu soberano gusto. Amen.

Finalmente, ponderaré como habiendo Cristo nuestro Señor mostrado á sus discípulos, que era él mismo por las señales dichas: *Les trajo á la memoria, como todo lo que habia pasado no habia sido acaso, sino en cumplimiento de lo que estaba escrito en la ley de Moisés, en los Profetas y Salmos. Y abrióles el sentido para que entendiesen las Escrituras* (*Luc.* XXIV, 44): como lo hizo con los que iban á Emaús. Y es de creer que su corazon tambien arderia dentro de ellos cuando se las declaraba. Con este favor echó el sello á los testimonios de su resurreccion, alegando las Escrituras, las cuales ninguno entenderá, si el mismo Cristo no le abre el sentido para que las entienda. Y si las entiende con la luz que este Señor le da, no dejará de creer y admitir lo que ellas dicen. Ó Maestro del cielo, que dijistes á tus Apóstoles (*Matth.* XIII, 11): Á vosotros es concedido saber el misterio del reino de Dios; y á los demás solamente en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan: confieso que tus soberanos misterios están cerrados para mí, y mi sentido está cerrado para ellos, porque con mis pecados le tengo muy oscurecido; mas acuérdate que por los méritos de tu pasion abriste el libro cerrado y sellado con siete sellos, de modo que se pudiese leer. (*Apoc.* V, 7). Abre, Señor, para mí el libro de tus sagrados misterios, y abre mi sentido de modo que pueda entenderlos, encendiéndome todo en el fuego de tu amor.

— *Aplicacion de sentidos interiores.* — Por lo dicho en esta meditacion, consta la práctica de los modos especiales que tiene Dios en consolar á los suyos por los sentidos interiores, de los cuales se trató en la introduccion de este libro, § XI, porque en esta aparicion consoló Cristo á sus Apóstoles, no solamente en los sentidos exteriores, sino proporcionalmente en los interiores: en la vista, mostrándoseles resucitado y muy hermoso; en el oido, hablándoles con gran dulzura; en el tacto, dándoles á tocar sus llagas preciosísimas; en el gusto, repartiéndoles las sobras del pesce y panal: y finalmente, abriéndoles y perfeccionándoles el sentido interior, para que entendiesen las sagradas Escrituras y los misterios que están encerrados en ellas. Todo lo cual obra Nuestro Señor espiritualmente en las almas que se dan á la contemplacion, como allí se dijo: y se verá mas en las meditaciones que se siguen. —



MEDITACION IX.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR DIÓ ENTONCES Á SUS APÓSTOLES EL ESPÍRITU SANTO Y LA POTESTAD DE PERDONAR PECADOS.

PUNTO PRIMERO.-*Impedimentos de la contemplacion.*— 1. *Díjoles otra vez: Paz sea con vosotros; como me envió mi Padre, yo tambien os envio.* (*Ioan.* xx, 21).-Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor en esta visita que hizo á sus Apóstoles, les dijo dos veces: Paz sea con vosotros. La primera fue en entrando, para disponerlos y hacerlos capaces de conocer el misterio de su resurreccion, porque el corazon turbado con remordimientos de culpas, ó desórden de pasiones, ó muchedumbre de cuidados, ó con tropel de imaginaciones, no está bien dispuesto para conocer á Cristo y contemplar sus misterios; y así es menester que Nuestro Señor primero le sosiegue y pacifique, ayudándonos tambien nosotros á quitar estos cuatro impedimentos de la contemplacion sobredichos, que llama san Bernardo (*Serm.* 23 *in Cant.*): *Culpa mordens, sensus egens, cura pungens, et irruentia corporearum imaginum phantasmata:* culpa que remuerde, sentido que codicia, cuidado que punza, y tropel de imágenes corporales que se apoderan de la imaginacion. Quitados estos impedimentos por la paz interior que Dios comunica cooperando el alma á ello, es capaz de los consuelos que se dijeron al fin de la meditacion pasada.

2. La segunda vez les dijo: Paz sea con vosotros; para disponerlos al ministerio que pretendia encargarlos, de ir por el mundo á conversar con los hombres, y convertirlos: lo cual no se puede hacer si no es teniendo en sí mismo paz, y cuanto es de su parte estando muy dispuesto á tenerla con todos, con deseo de ponerlos á todos en paz entre sí y con Dios. Ó Rey de la paz, dí á mi alma dos veces: Paz sea contigo; para que goce de una y otra paz, con la cual pueda llegar á conocer tus soberanos misterios, y ayudar á otros para que los conozcan; de suerte, que todos te amemos y sirvamos con verdadera paz y caridad. Amen.

3. Lo segundo, se ha de considerar aquellas palabras que dijo luego á los Apóstoles (*Ioan.* xx, 21): *Como el Padre me envió, así os envio yo.* Con las cuales les encargó el oficio para que les habia escogido de apóstoles, que quiere decir enviados, y fue decirles: Como mi Padre me envió al mundo para que le enseñase el ca-

mino de la verdad y de la virtud, así yo os envio para que lleveis adelante lo que yo he comenzado. Por donde se ve la dignidad grande que Cristo nuestro Redentor dió á sus Apóstoles (II *Cor*. v, 20), haciéndoles sus legados y sucesores en el oficio de la conversion del mundo, en la cual dignidad suceden otros, y sucederán hasta la fin del mundo, para que nunca falte quien atienda á su conversion y perfeccion. Y tiene grande énfasis aquella palabra, *Sicut*, que aunque no denota igualdad, pero dice grande semejanza, como quien dice: Yo que soy igual á mi Padre, os envio como él me envió, concediéndoos muchas gracias y dones de las que yo tengo, para que hagais el oficio que yo hice.

4. Mas porque no entendamos que el oficio es muy descansado, en las mismas palabras les avisa la carga de él, diciendo: Como mi Padre, aunque me ama, no me envió á honras y regalos, sino á padecer afrentas y trabajos, en razon de cumplir con mi oficio, así yo, aunque os amo, os envio á padecer graves persecuciones, en razon de cumplir con el vuestro como yo las padecí; porque no ha de ser mas privilegiado el Apóstol, que el que le envia por su legado. (*Ioan*. XIII, 16). Ó apóstol y pontífice supremo Cristo Jesús (*Hebr*. III, 1), á quien por excelencia conviene el nombre de apóstol, enviado por el eterno Padre para salvar al mundo, justo es que todos nos conformemos con tu vida, y sigamos los pasos de tu mision, pasando por los trabajos que pasaste en razon de cumplir la voluntad del que te envió. Vesme aquí ofrecido á tu servicio; envíame donde quisieres, que aparejado estoy á padecer lo que ordenares, pues siendo tú el que me envias, tu gracia me ayudará para cumplir lo que mandares.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *En diciendo esto, sopló, y dijo: Recibid el Espíritu Santo.*–La grandeza de este don ponderarémos en la Meditacion XXII.–Ahora se ha de considerar el modo como se le dió, ponderando el misterio de este soplo.–Lo primero, sopló, para significar que el Espíritu Santo que les daba, era Espíritu que procedia de él, así como el soplo procede del que sopla. De suerte, que no solamente nos da Cristo sus dones, sino al Espíritu Santo con ellos, el cual, aunque es distinto en la persona, pero no en la sustancia. Ó bendito sea tal dador, que con tanta liberalidad y con tanta facilidad nos da tan soberano don, tan precioso como el mismo que le da.

2. Lo segundo, sopló, para significar que él mismo era el que sopló en el rostro de Adan formado del lodo un soplo de vida (*Ge-*

nes. II, 7), con el cual quedó con ánima viviente, y que este soplo hacia los mismos efectos en el alma, que el otro hizo en el cuerpo, vivificándola, hermoseándola, y dándola movimientos y sentidos, y obras proporcionadas á la vida sobrenatural que la comunica; y por consiguiente, que cual queda un cuerpo sin alma, tal queda una alma sin la gracia del Espíritu Santo que la vivificaba. De donde sacaré un entrañable deseo de este divino Espíritu, diciéndole á Cristo nuestro Señor con gran fervor: Ó dulce Jesús, sopla en mi alma este soplo del Espíritu Santo, para que viva nueva vida de gracia, y haga obras dignas de la vida eterna, por tu gloria.

3. Demás de esto, el soplo es un aire que arrojamos de la boca con fuerza, y con él solemos quitar algun polvillo ó motica que está en la ropa ó en otra cosa limpia. Á este modo tambien el Espíritu Santo se da á los que ya son justos, como lo eran los Apóstoles, en forma de soplo, para que con fuerza interior se muevan á lo bueno, y purifiquen y limpien de culpas é imperfecciones, aunque sean muy ligeras, sin que permanezca en ellos cosa que desdiga de su pureza.–Finalmente, la dádiva de este dia fue como señal de la que se habia de dar el dia de Pentecostes, en forma de viento vehemente, muy mas copiosamente, cuanto excede el viento vehemente al soplo, porque la de este dia fue para un solo efecto de perdonar pecados; la del dia de Pentecostes para otros muchos efectos, como en su lugar verémos.

PUNTO TERCERO.–*De la potestad de perdonar pecados.*— 1. Luego añadió Cristo nuestro Señor: *Aquellos cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados, y los que retuviéredes sin perdonar, serán retenidos.* En estas palabras concedió Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles la potestad de perdonar los pecados que es propia de solo Dios, porque á solo el injuriado pertenece perdonar la injuria que se le hace, y como el pecado es grandísima injuria contra Dios y contra su ley, á solo Dios pertenece perdonarle (*Marc.* II, 7; *Isai.* XLIII, 25), ó á quien él da sus veces para ello; estas no las dió á los Ángeles sino á los hombres, por quien se hizo hombre: ni las dió á los hombres que precedieron antes de su venida al mundo; esto es, á los sacerdotes de la ley vieja, los cuales como no podian sanar la lepra del cuerpo, sino declarar que estaba sana, así tampoco podian limpiar la lepra del alma. Pero á los sacerdotes de la ley nueva dióles potestad por medio de los Sacramentos, para limpiar real y verdaderamente las almas de la lepra de los pecados en su nombre, y como vicarios suyos. Y así les hace participantes de la infinita dignidad de Salva-

dor, significada por el nombre de Jesús, porque en su virtud salvan y libran de los pecados; por lo cual debemos darle innumerables gracias. Ó liberalísimo Jesús, ¿con qué te pagarémos una merced tan señalada como esta? Ya que querias dar á otros tal potestad, ¿no fuera mejor darla á los Ángeles que eran puros y limpios de pecado, celosos de tu honra, y que supieran bien volver por ella? ¡Oh inmensa liberalidad! oh liberalísima misericordia! á los hombres pecadores das tus veces para perdonar los pecados, para que tanto con mas largueza perdonen, cuanto mas conocen su propia necesidad; y aunque es justo miren por tu honra, pero tambien gustas miren por su provecho.

2. Pero grandemente campea esta misericordia y liberalidad, en no haber puesto tasa ni límite á esta potestad en muchas cosas.—Porque lo primero, se extiende á todos los hombres del mundo, de cualquier estado y condicion que sean, sin excluir á ninguno mientras vive en esta vida mortal, de suerte, que si por él no queda negociar el perdon de sus pecados por medio del Sacramento, no quedará por falta de potestad para perdonarlos.—Lo segundo, se extiende á todos los pecados, por grandes y enormes que sean, de tal manera, que el pecado contra el Espíritu Santo, de quien se dice (*Matth.* XII, 32), que no se perdonará en este siglo ni en el otro, por ser dificultoso de perdonar de parte del que lo comete; con todo eso, si él quiere arrepentirse, hay potestad en la tierra para perdonarle.—Lo tercero, se extiende á todo el número de veces que son posibles durante la vida: de suerte, que no solamente siete veces, sino setenta veces siete (*Matth.* XVIII, 22), y setecientas mil veces, sin cuento puede ser perdonado el que peca, y esto con admirable suavidad; porque como Cristo nuestro Señor, con el soplo que salió de su boca, dió á los Apóstoles el Espíritu Santo; así los confesores, con la palabra de absolucion que sale de su boca, en virtud de Cristo, le dan á los penitentes librándoles de sus pecados.

3. Y para que esta potestad durase para siempre en la Iglesia, quiso Cristo nuestro Señor que los obispos, sucesores de los Apóstoles, con el mismo soplo, diciendo las mismas palabras que él dijo, diesen el Espíritu Santo á los que ordenan de sacerdotes, con potestad de perdonar pecados. Ó amantísimo y liberalísimo Jesús, si os hubiera costado poco el perdon de los pecados, no me admirara tanto de que fuérades liberal en dar facultad tan copiosa para perdonarlos; pero habiéndoos costado el precio de vuestra sangre, derramada con tan terribles dolores y desprecios, ¿quién no se admirará y

saldrá de sí para predicar vuestra inmensa misericordia? Bendita sea setecientas mil veces vuestra infinita caridad, por la cual os suplico humildemente ayudeis á todos los pecadores, para que se aprovechen de ella, y alcancen el perdon que de vuestra parte se les ofrece. De lo dicho sacaré el espíritu y fervor con que debo llegarme al santo sacramento de la Confesion, como quien va á recibir el Espíritu Santo, mediante la palabra de la absolucion, que como soplo de Cristo sale por boca del sacerdote.

—De esto se dijo algo en la meditacion XXX de la parte I.—

MEDITACION X.

DE LA APARICION Á LOS APÓSTOLES, PRESENTE SANTO TOMÁS, EL DIA OCTAVO DE LA RESURRECCION.

Punto primero.— 1. *Tomás, uno de los doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle los demás discípulos: Visto hemos al Señor. Respondió él: Si no viere en sus manos la abertura de los clavos, y si no entrare mi dedo por sus agujeros, y mi mano por su costado, no creeré.* (*Ioan.* xx, 24). Aquí se ha de considerar los defectos que hubo en este Apóstol, no para su desprecio, sino para nuestro escarmiento, y para que se vea mejor la misericordia de Cristo nuestro Señor en curarle, y lo mucho que él mismo se aprovechó de la cura.—El primer defecto y falta fue, apartarse de la compañía de los demás Apóstoles, ó por enfado, ó por atender á otra cosa de gusto, por lo cual se privó de un bien tan grande, como fue ver á Cristo nuestro Señor, y gozar de los favores que hizo á sus compañeros. De donde sacaré cuán gran mal es apartarse de la compañía de los buenos; y si soy religioso, cuán perjudicial es apartarme de la comunidad, dando en el vicio de la singularidad, porque Cristo nuestro Señor asiste en medio de los que están unidos con amor, y deja á los que se hacen singulares, con daño de la fraterna caridad.

2. El segundo pecado fue, incredulidad con dureza de corazon y protervia de juicio, no queriendo creer á lo que todos sus condiscípulos atestiguaban como testigos de vista, anteponiendo con secreta soberbia su juicio y parecer al de los demás.—El tercer pecado fue, un modo de presuncion y curiosidad, que llegó á señalar á Dios el medio para creer, diciendo que no se contentaria con ver á Cristo, sino que le habia de tocar, y entrar sus dedos y manos por sus llagas: lo cual es muy perjudicial á los que tratan con Dios, porque no han de

presumir de sí, ni pretender favores especiales, ni señalar los medios por donde han de crecer ó dedicarse al divino servicio, rechazando los ordinarios que Dios les señala.

3. El cuarto fue, un modo de pertinacia durando ocho dias en esta ruin disposicion, sin quererse ablandar por el dicho de los condiscípulos, ni de Pedro, ni de los que le vieron en el camino de Emaús, y quizá le diria lo mismo la Vírgen nuestra Señora, con las otras mujeres, y á todas se hacia sordo, permaneciendo en su dureza, en la cual durara muchos mas dias y hasta el fin, si Cristo nuestro Señor no viniera á curarle. Todo esto sucedió por especial providencia de Dios, que lo permitió, parte para que la dureza de Tomás en creer se convirtiese en mayor seguridad y abono de su testimonio, cuando creyó; parte para que echemos de ver la flaqueza nuestra si Dios nos deja de su mano, y como ninguno puede venir á Cristo por fe si no le es dado de arriba, y si no es traido por su Padre. (*Ioan.* vi, 44). Ó Hijo de Dios vivo, pues conoces la masa de que estoy compuesto, no me sueltes de tu mano, porque no me pierda: líbrame de estos cuatro vicios, que como cuatro vientos combatieron la casa de Tomás, para que no combatan y echen por tierra la mia.

Punto segundo. — 1. *Despues de ocho dias, estando otra vez los discípulos encerrados y Tomás con ellos, entró Jesús, las puertas cerradas, y púsose en medio de ellos, diciendo: Paz sea con vosotros; y luego dijo á Tomás: Entra tu dedo por aquí y mira mis manos: llega tu mano y éntrala por mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel.* — Lo primero, consideraré la infinita caridad de Cristo Señor nuestro en mirar por el bien de sus ovejas; porque habiendo esperado ocho dias á ver si Tomás se convertia; viendo su dureza no quiso dilatar mas el remedio, sino venir en persona á sanarle, manifestándosele como á los demás, entrando las puertas cerradas, y dándoles paz como la primera vez, para moverle con esto á que creyese. Ó Pastor amabilísimo, que así amas á una oveja como á muchas, y dejas de buena gana las noventa y nueve en el desierto, por venir á buscar la una que andaba perdida fuera del rebaño (*Luc.* xv, 4); ahora veo como siempre eres el mismo, pues el deseo de salvar esta oveja de tu Apóstol que se iba perdiendo te hace venir en su busca, y le tomas por la mano, deseando meterle dentro de tu corazon.

2. Lo segundo, ponderaré que pudiendo Cristo nuestro Señor aparecer á Tomás á solas, como apareció á san Pedro, no quiso sino en presencia de los demás Apóstoles. — Lo uno, para que Tomás

entendiese que esta gracia no se hacia por sus merecimientos, sino por estar en compañía de otros buenos y queridos discípulos. — Lo segundo, para que los otros viesen mas la caridad de su Maestro, pues por hacer bien á uno, y ese incrédulo, les aparecia y consolaba á todos; y para que como todos habian sido testigos de la incredulidad de Tomás, tambien lo fuesen de su fe, y esta les sirviese de confirmarse mas en la suya. Por donde se ve la suave providencia de este Señor, que la falta de uno convierte en bien del mismo y de los demás escogidos, trazando la cura de modo que aproveche á todos.

3. Lo tercero, ponderaré la blandura y afabilidad con que Cristo nuestro Señor habló á Tomás, condescendiendo con su flaqueza. Y para que entendiese que le conocia los pensamientos, y que sabia bien lo que habia dicho y con esto convencerle, díjole: Pues has dicho que no creerás si no vieres y tocares las llágas de mis manos y costado, llégate y entra tu dedo por los agujeros de las manos, y entra tu mano por mi costado, y no quieras ser mas incrédulo, que no te lo tengo merecido; sé fiel, pues estas llagas te provocan á serlo. Ó afabilidad infinita de Jesús, ahora veo, Salvador mio, con cuánta razon dijo vuestro Apóstol (*Tit.* III, 4): Aparecido ha la benignidad y humanidad de Dios nuestro Señor, el cual, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su gran misericordia, nos hizo salvos. Vuestra benignidad y humanidad, Salvador mio, apareció hoy, cuando apareciste á Tomás, haciéndole salvo, no por sus obras, pues no lo merecian, sino por vuestra grande misericordia, dándonos prendas de que no se encubrirá á los que la buscan, pues tan patentemente aparece á los que no la creen, y se descubre á los que no preguntan por ella. (*Isai.* LXV, 1).

PUNTO TERCERO. — 1. *Respondió Tomás: Señor mio y Dios mio. Díjole Jesús: Porque me viste, Tomás, creiste: bienaventurados los que no vieron y creyeron.* — Lo primero, se ha de ponderar la ilustre confesion de santo Tomás. No nos consta del Evangelio, si tocó las llagas de Cristo nuestro Señor, ó si se contentó con haberle visto y oido las palabras que le dijo, convidándole á que las tocase. Creible es que por reverencia se detendria, arrojándose á sus piés; pero Cristo nuestro Señor le tomaria por la mano, y le haria que cumpliese su deseo, mostrando en esto la grandeza de su caridad. (*D. Thom.* 3 *p.* *q.* 54, *art.* 4). Y en tocando las llagas, quedó tan ilustrado, que con grande afecto de su corazon confesó que Cristo era su Señor y su Dios, confesando claramente su humanidad y divinidad, y entre-

gándose totalmente á su servicio con ferviente amor, lo cual declaran aquellas palabras, Señor mio y Dios mio; que son palabras de amor tierno, y por eso no dijo, Señor nuestro y Dios nuestro. Con mucha razon, ó Tomás, llamais á vuestro Maestro, Señor mio y Dios mio, pues os amó tan de veras, que por solo vuestro bien se aparece á todos vuestros condiscípulos, y como olvidado de ellos, á vos solo endereza la plática para encenderos en su amor. (*Galat.* II, 20). Ó dulcísimo Jesús, tambien yo, como Tomás, liberalmente confieso que sois mi Señor y mi Dios, porque vuestro amor es tan crecido, que estais aparejado á hacer por mí solo lo que hicísteis por él, porque me amásteis y os entregásteis á la muerte por mí, aplicándome el fruto de vuestra muerte, como si la hubiérais padecido por mí solo.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor, aunque aprobó la confesion de Tomás, pero no quiso alabarle por ella llamándole bienaventurado (*Matth.* XVI, 17), como á san Pedro, cuando le confesó por Hijo de Dios vivo, porque habia sido tardo en creer, y porque no tomasen otros ocasion de este ejemplo para pedir otro tanto, queriendo prueba de sentidos para creer los misterios de Dios; antes tácitamente le reprendió, diciendo: Porque me viste, creiste, como quien dice: Ha sido menester que me hayas visto y palpado, para que creyeses que soy tu Señor y tu Dios. Y luego añade: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*, para consuelo de los fieles que no alcanzaron á verle en esta vida mortal. Habíales dicho otra vez: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, porque muchos reyes y profetas y justos desearon verlo, y no lo vieron. (*Luc.* X, 24). Ahora dice que son bienaventurados los que no le vieron y le creyeron; porque por una parte gozamos de todos los bienes que nos ganó por su muerte, de los Sacramentos que instituyó, de los ejemplos que nos dió en el discurso de su vida, de los sermones que predicó, y de la ley perfecta que nos enseñó; y por otra parte nuestra fe es mas meritoria, en cuanto creemos sin haber visto y palpado con los sentidos corporales lo que ellos vieron y palparon. Esta fe es principio de nuestra bienaventuranza, y si se perfecciona con el amor, nos entrará dentro de ella. Gracias te doy, Salvador mio, por el cuidado que tuviste de consolar á los que no merecimos gozar de tu dulce presencia, y pues no alcancé la bienaventuranza de los que te vieron con ojos corporales, querria perfectamente alcanzar la que tienen los que te ven con los ojos espirituales. Esclaréceles, Señor, con tu celestial lumbre, para que avi-

vada la fe y encendida la caridad siempre te crea y ame, de modo que llegue á ser bienaventurado contigo en el reino de los cielos. Amen.

MEDITACION XI.

DE LAS CAUSAS POR QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR RESUCITÓ CON LAS SEÑALES DE LAS LLAGAS DE LOS PIÉS, MANOS Y COSTADO.

—Presupuesto lo que se ha dicho en las meditaciones precedentes, recogeré en esta las causas por que Cristo nuestro Señor quiso resucitar, conservando en su cuerpo glorioso las llagas de los piés, manos y costado, ponderando el espíritu de cada una, con el provecho que de ella se puede sacar.—

Punto primero.— 1. (*D. Thom.* 3 *p.* *q.* 54, *art.* 4). La primera causa fue, para confirmar á sus discípulos en la fe de su resurreccion, mostrándoles no solamente su cuerpo para que le palpasen, sino los agujeros que hicieron en él los clavos y la lanza, para que creyesen que era el mismo cuerpo que fue crucificado, y no otro hecho de nuevo. Con lo cual tambien nos confirma en la fe de nuestra resurreccion, con los mismos cuerpos que tuvimos en esta vida mortal, segun aquello de Job (*c.* XIX, 25): Creo que mi Redentor vive, y que el postrer dia tengo de resucitar de la tierra, y vestirme otra vez de mi piel, y en mi propia carne veré á Dios mi Salvador, al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar, y no otro por mí; esta esperanza tengo depositada en mi seno. Á imitacion de este santo varon, pondré yo tambien esta esperanza en el seno de mi corazon, para consolarme con ella, en medio de mis trabajos y enfermedades; creyendo firmemente que mi carne, aunque esté llagada y llena de gusanos de piés á cabeza en un muladar, como la de Job, y aunque esté desollada y agujereada por mil partes en una cruz, como la de Cristo Salvador nuestro, resucitará á nueva vida; y si quedare con señales de sus llagas, no será por flaqueza del que la resucita, sino para mayor gloria y hermosura de la carne resucitada, y con esta esperanza tengo de alentar mi misma carne, para que lleve de buena gana y con paciencia los trabajos que padece.

2. La segunda causa fue, para que fuesen señales de su victoria y triunfo, y juntamente indicios de lo mucho que estimaba padecer trabajos é ignominias, honrando sus llagas con dejarlas en el cuerpo glorificado con especial hermosura y resplandor, con lo cual

pretendia alentarnos á padecer y á preciarnos de ello, teniendo por grande honra tener en nuestro cuerpo impresas algunas llagas, esto es, algunos trabajos semejantes á los de Cristo nuestro Señor, recibidos por su amor, diciendo con el apóstol san Pablo (*Galat.* vi, 17): *Stigmata Domini Iesu in corpore meo porto*: traigo en mi cuerpo impresas las señales y llagas de Jesús. Ó dulcísimo Jesús, tu eres mi Señor y mi Redentor, y yo soy tu esclavo, y pues los señores hierran á sus esclavos con algunas señales, para que sean conocidos por suyos y no puedan huir de su servicio; hiérrame y señálame con las señales de tus llagas, para que siempre sea tuyo y nunca me aparte de tu divino servicio.

Punto segundo. — 1. La tercera causa fue, para que le sirviesen como de memoria y despertador de lo mucho que le habíamos costado; y con esto se moviese á amarnos y perdonarnos, y hacernos siempre bien. Y el que en cuanto Dios, como dice el profeta Isaías (c. xlix, 16), no se olvida de nosotros, porque nos tiene escritos en sus manos; tambien en cuanto hombre no se olvidará de nosotros, porque en sus manos está escrito lo mucho que le costamos. Y como las tiene abiertas con los agujeros que hicieron los clavos, así las tiene abiertas y extendidas para henchirnos de su bendicion y llenarnos del amor que muestra su costado abierto. Ó dulcísimo Redentor, esto mismo me obliga á que nunca jamás me olvide de tí, poniéndote por señal sobre mi brazo y sobre mi corazon (*Cant.* viii, 6), para que mis obras y deseos sean siempre sellados con el sello de tu infinita caridad para cumplir en todo tu santa ley. Y pues mandaste al pueblo hebreo, que atasen como señal en su mano la ley dada por mano de Ángeles, para acordarse de ella (*Deut.* vi, 8); ¿cuánta mas razon es haga yo lo mismo con la ley que me fue dada por manos del Señor de los Ángeles, agujereadas con clavos por mi amor?

2. La cuarta causa fue, para mostrar estas llagas al eterno Padre, y aplacar con ellas la ira é indignacion que tuviese contra el mundo por nuestros pecados, haciendo oficio de perpétuo abogado y medianero nuestro (*Ioan.* ii, 1); porque si mirando Dios nuestro Señor al arco del cielo, con la belleza de sus tres colores, aplaca su ira, y por esta señal se acuerda de no anegar otra vez al mundo con diluvio (*Genes.* ix, 14); ¿cuánto mas se aplacará Dios nuestro Señor, viendo este arco del cielo empíreo Cristo Jesús, con aquellas tres suertes de llagas en manos, piés y costado, y le servirá este arco de señal y motivo para no castigar al mundo como sus pecados mere-

cian? Con este espíritu tengo yo de mostrar al Padre eterno las llagas de su Hijo, y suplicarle por ellas aplaque la ira que tiene contra mí y contra los hombres, diciéndole (*Psalm.* LXXXIII, 10): Ó Dios, protector nuestro, mira el rostro de tu Cristo. Mira tambien sus benditas manos y piés, y su costado; y por las llagas de sus sacratísimas manos, concédenos que las nuestras hagan siempre buenas obras, y por las de sus piés que los nuestros anden siempre buenos pasos, y por la de su costado que el nuestro esté siempre llagado de tu amor. Ó alma mia, sigue el consejo de la divina Sabiduría, y levantando los ojos al cielo empíreo, mira el arco que allí está, y bendice al Señor que le hizo (*Eccli.* XLIII, 12), porque es muy hermoso; con el adorno de sus colores rodea el cielo con un círculo muy glorioso; las manos del muy Alto le abrieron y pusieron como está. Benditas sean las manos que fabricaron este arco, por cuya ordenacion tendió las suyas en la cruz, con variedad de virtudes celestiales, para abrazar en señal de paz á todos los escogidos, y cercarlos con el círculo de su proteccion, y despues colocarlos en el trono de su gloria. Amen.

3. La quinta causa fue, para provocarnos con estas llagas á que le amásemos y obedeciésemos, conociendo por ellas lo mucho que nos amó y lo que padeció por nosotros; de suerte que la vista espiritual de estas llagas, que están ahora en el cuerpo glorificado de Cristo, fuese un despertador eficacísimo de nuestras potencias, para que todas se ocupasen en servicio de este Señor, y por estas llagas, como arriba se dijo (*Part.* IV, *med.* LIII, punto 4.°), entrasen dentro de él á morar y estar unidas con él, con union de actual memoria, conocimiento y amor, imaginando que desde el cielo les dice (*Cant.* II, 13): Levántate y date prisa, amiga mia y paloma mia, vuela apresurada á los agujerós de la piedra y á la abertura de la pared, entra en estas llagas de mi cuerpo, no ya feas y sangrientas, sino hermosas y glorificadas. Si te vieres acosada de los milanos infernales, huye á estas llagas, que ellas te defenderán de sus tentaciones. Si fueres perseguida de las vanidades del mundo y de las pasiones de tu carne, acógete á estas llagas, porque en ellas hallarás casa de refugio contra todos tus temores. Si te vieres alborotada con cuidados y negocios, húrtales el cuerpo, y entra dentro de estas llagas, donde hallarás quietud y descanso para tu espíritu. Si deseas conocerme y amarme con todo tu corazon, llégate á estas llagas y entra dentro de ellas, y allí verás la estima que tuve de tí y lo mucho que te amé, y de mi corazon saldrán tales llamas de amor, que

totalmente abrasen el tuyo, y le junten y transformen en el mio. Mira las llagas de mis manos, y fortalece las tuyas, para pelear por mi gloria, como yo peleé por tu salud. Mira la abertura de mi costado, y ábreme el tuyo, dándome todo tu amor, como yo me dí todo por tí. Mira las llagas de mis piés, y endereza todos tus pasos á mi servicio, imitando los mios con perseverancia, hasta que alcances la corona. –Estas consideraciones y afectos tengo de ejercitar, acordándome de las llagas de Cristo nuestro Señor; y para mirarlas mas de cerca, avivaré la fe de que las tiene su cuerpo gloriosísimo, no solamente en el cielo, sino en el santísimo Sacramento del altar; y que allí son como cinco fuentes del Salvador (*Isai.* XII, 3), de las cuales manan aguas de gracias y consuelos espirituales para todos los que se llegan con espíritu á ellas.

PUNTO TERCERO. — Á estas causas añado la última, para confundir el dia del juicio á los condenados, mostrándoles las llagas que recibió por ellos y el deseo que tuvo de salvarlos, si por su culpa no quedara. Á los cuales, como pondera san Agustin (In lib. de Symbolo), dirá de esta manera: Veis aquí al Hombre que crucificásteis, mirad las llagas que le hicísteis, reconoced el costado que alanceásteis, el cual por vosotros y para vosotros fue abierto, y con todo eso no quisísteis entrar por él. Entonces será el terrible llanto (*Apoc.* I, 7), que está profetizado de estos miserables, viendo la ocasion que perdieron de salvarse, y la justa razon que tiene Cristo para condenarlos. –Al contrario, con estas mismas llagas alegrará Cristo nuestro Señor á los escogidos, no solamente aquel dia, sino por toda la eternidad, viendo en ellas claramente tantos motivos de amar al que las recibió por ellos. Ó Salvador amabilísimo, por estas llagas te suplico humildemente obres en mí los efectos para que las conservaste en tu glorioso cuerpo, admitiéndome á entrar por ellas con alas de paloma, y á morar en ellas como en nido y lugar de mi descanso; porque no quiero otro en esta vida, sino pensar en lo mucho que por mí hiciste y padeciste, amándote por ello y obedeciéndote con perseverancia, hasta gozar de tí en la gloria, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XII.

DE LA APARICION Á LOS SIETE DISCÍPULOS QUE PESCABAN EN EL MAR DE TIBERÍADES.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Estando juntos Pedro y Juan, y otros cinco discípulos, dijo Pedro: Quiero ir á pescar. Respondieron los otros: Vamos todos, y subiendo en el navío, no pescaron cosa en toda aquella noche.* (*Joan.* XXI, 3). Aquí se ha de ponderar: -Lo primero, como estos discípulos fueron á pescar, parte por su pobreza; para tener algo que comer, parte por huir la ociosidad, porque no era llegado el tiempo de ocuparse en pescar hombres; y en diciendo Pedro que queria pescar, los demás se ofrecieron de acompañarle, mostrando en esto la concordia y conformidad de voluntades que tenian en las obras de virtud. De donde sacaré deseo de imitar á estos santos discípulos en el ejercicio de estas tres virtudes, pobreza, caridad y amor al trabajo, contra la ociosidad. -Lo segundo, se ha de ponderar como en toda la noche no pescaron pez alguno, como les sucedió otra vez, cuando dijo san Pedro (*Luc.* V, 5): *Per totam noctem laborantes nihil coepimus.* Habiendo trabajado toda la noche, nada hemos pescado; para significar lo primero, cuán poca parte es la industria del hombre tomada á solas, para pescar las almas y sacarlas del pecado. De suerte que Pedro y Pablo y cualquier otro, aunque sea muy letrado y muy santo, y gran predicador, trabajará sin fruto, si estriba en sus solas fuerzas, y si Dios no acude á la pesca. Pues por esto dijo el Apóstol (I *Cor.* III, 7): Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el aumento. Por lo cual se han de fundar en humildad los obreros de las almas, si quieren que su trabajo sea de provecho: acordándose de lo que dijo Cristo (*Joan.* XV, 5): Sin mí, nada podeis hacer.

2. Tambien tiene misterio decir ambas veces, que era de noche, para significar el miserable estado que tenia el mundo antes de la venida de Cristo, sol de justicia, con cuya luz se hace la pesca, y sin ella no se hace nada. Además de esto se nos representa, que quien trabaja estando en la noche de la ignorancia y en las tinieblas del pecado mortal, no medra, ni sus obras son de merecimiento para la vida eterna. Y por esto dijo el real profeta David (*Psalm.* CXXVI, 2): Vana cosa es levantaros antes de la luz; como quien dice, antes que salga la luz de la divina gracia, en vano será todo vuestro tra-

bajo, porque sin ella no podréis hacer obras dignas de luz. De donde sacaré la miseria grande del pecador que trabaja y no medra; cánsase por pescar toda la noche de su miserable estado, y no saca provecho alguno de merecimiento para la vida eterna, porque aunque pesque hacienda, honra y regalo, todo eso es nada y es trabajar muy en vano, pues al mejor tiempo le ha de faltar.

3. Lo tercero, ponderaré lo que harian estos siete discípulos, viendo que no pescaban pez alguno, porque llevando su trabajo con paciencia, se acordarian de su Maestro y de la falta que les hacia su presencia, y es de creer que hablarian entre sí mismos de lo que otra vez les habia sucedido en aquel mar con Cristo nuestro Señor, y suspirarian por él, diciéndole: Ó Maestro soberano, ¿dónde estás? ¿Cómo nos dejas en este trabajo? ¿cómo no acudes á remediar nuestra pobreza? ¿qué maravilla se huyan los peces de las redes, pues tú huyes de los pescadores? Ven, Señor, y acércate á nosotros, porque con tu venida vendrá tambien la pesca que deseamos. Estas palabras ú otras semejantes tengo de decir en el espíritu, cuando viere que mi trabajo es sin provecho, confiando que seré oido, porque oye Dios el deseo de los pobres.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *A la mañana estuvo Jesús en la ribera, aunque los discípulos no le conocieron, y preguntóles si tenian algun pescado; respondiendo que no, díjoles: Tended la red á la diestra del navío, y hallaréis pesca. Hiciéronlo así, y no podian traer la red por la muchedumbre de los peces.* Aquí se ha de ponderar: -Lo primero, la caridad de Cristo nuestro Señor en acudir al consuelo de sus amados discípulos, aunque dándoseles á conocer poco á poco, para que les entrase mas en provecho la vista, y para esto se puso en la ribera. No quiso andar sobre las aguas, ni entrar en el navío, para significar que el estado que tenia despues de su resurreccion, era estable y ajeno de toda mutabilidad y alteracion, ordenado para vivir con perpetuidad en la tierra de los vivientes. Y aunque sabia que no habian cogido pez en toda la noche, hízose de nuevas y preguntóles si tenian peces, para provocarlos con esto á que conociesen su necesidad, y la poca parte que eran para recoger peces sin su ayuda, porque deseaba dársela luego. Ó liberalísimo Jesús, ¡qué de veces llegas á nuestras puertas y nos pides algo, no tanto por lo que hemos de darte, cuanto por lo que tú deseas darnos! (*Joan*, IV, 7). Pides á la Samaritana que te dé un poco de agua, porque tú deseabas darla el agua viva de tu gracia. Pides que demos limosna al pobre, porque deseas dar limosna muy copiosa al que se la diere. ¡Oh si te

diese lo que me pides con tu inspiracion, para que tú me dieses lo que deseas darme con ella!

2. *De la obediencia.*—Lo segundo, ponderaré como les mandó echar la red á la diestra del navío, para significar el próspero suceso de aquella pesca, que era figura de la pesca de las almas que han de salir del mar de este mundo para la eterna bienaventuranza, en virtud de Cristo, que era diestra de Dios. Y obedeciendo los discípulos á este mandato, pescaron gran muchedumbre de grandes peces, para que se vea la eficacia de la obediencia, y cuán gran verdad es lo que dice el Sábio (*Prov.* xxi, 28), que el varon obediente hablará victorias ganando muchas almas para Dios. Y es mucho de considerar que en la otra pesca conoció san Pedro que Cristo era el que le mandaba echar la red, y obedeciéndole dijo: *In verbo tuo laxábo rete* (*Luc.* v, 5): en tu palabra y por tu mandamiento tenderé la red; pero esta vez no conocia que era Cristo el que lo mandaba, y con todo esto rindió su juicio y obedeció, y sacó gran pesca, porque gusta mucho Cristo nuestro Señor de que obedezcamos á toda humana criatura por su amor, y nos desnudemos de nuestro propio juicio y propia voluntad, por hacer la de los otros, en cosas donde no se ve pecado; y á veces sucederá que esté Cristo donde no pensamos que está, y que obedeciendo al hombre, obedezcamos á Cristo, que habla por su boca, y nos asegura, que si tendemos la red hácia tal parte, sacarémos pesca.—Por lo cual esta virtud de la obediencia me ha de ser muy familiar, si quiero tener prósperos sucesos como san Pedro, el cual por esto se llama Simon, que quiere decir obediente.

PUNTO TERCERO.— 1. *El discípulo á quien amaba Jesús dijo á Pedro: Dominus est, el Señor es; en oyéndolo Pedro, ciñóse la túnica y echóse en el mar. Los demás llegaron con el navío trayendo la red con los peces, y mandóles Cristo traer de los peces; trajo Pedro la red, y hallaron que eran ciento y cincuenta y tres muy grandes, y con ser tantos no se rompió la red.* Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, en los dos discípulos san Pedro y san Juan, los efectos del fervoroso amor, así en la vida contemplativa, como en la vida activa: el amor en los contemplativos aguza la vista interior del alma, para que, como Juan, conozcan á Cristo, cuando otros no le conocen, y les dén noticia de él; pero el amor en los fervorosos de la vida activa, en conociéndole, se abalanzan por seguirle. Y como san Pedro en oyendo decir, el Señor es, dejó la red y los peces y el navío, y cubriéndose, por la decencia, con su ropa, se arrojó á nado, por llegar presto

donde estaba su Maestro, pareciendo que era mucha dilacion ir al paso del navío; así yo tengo de procurar seguir con fervor á Cristo nuestro Señor, y desear llegar presto á la tierra de la eternidad, donde está, dejando por esta causa cuanto tengo, y arrojándome á todos los peligros y trabajos del mar tempestuoso de este mundo, y pareciéndome muy espacioso el paso de los que siguen la vida comun, tengo de procurar apresurarme mucho mas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la excelencia misteriosa de esta pesca, comparada con la otra que hizo san Pedro en su primera vocacion (*Luc.* v, 7; *Aug.* quaest. 81 de div.), porque aquella fue figura de la pesca de las almas para entrar en la Iglesia, y creer en Cristo nuestro Señor, y recibir su ley, y así no se hizo echando la red á la diestra del navío, sino á todas manos, diestra y siniestra, recogiendo buenos y malos peces, grandes y pequeños, y de ella se hinchieron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza Cristo, y su vicario Pedro, y la red en que se cogieron se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia y la predicacion de Cristo; pero la pesca de este dia fue la pesca de los predestinados y escogidos, para entrar en el cielo, y por esto se hace á la diestra del navío y no á la siniestra, porque los escogidos han de estar á la mano derecha del Juez; todos son peces grandes en santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño; la red se trae á la tierra donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que les perturbe, pues ya los Ángeles habrán apartado los malos de los buenos (*Matth.* XIII, 49), como dijo el Señor en la parábola de la red. ¡Oh dichosos los peces que entraren en esta red para ser colocados en la vida eterna! ¡Dichosas las aguas vivas donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó! Ó santo profeta Ezequiel, ¡cuán bien cumplida está vuestra profecía con tanta muchedumbre de grandes peces, que los pescadores de Jesús han pescado en estas aguas que salen del lado derecho del templo celestial! (*Ezech.* XLVII, 1). Concédeme, ó dulcísimo Redentor, que viva yo en las aguas vivas de tu gracia, de modo que sea sacado de ellas para la vida eterna. Amen.

3. Finalmente, consideraré como *saltando en tierra los discípulos, vieron unas brasas y un pez sobre ellas, y pan. Díjoles Jesús: Venid y comed, y tomando el pan, repartiólo con ellos, y tambien del pez.* En lo cual resplandece grandemente la afabilidad y liberalidad del Re-

dentor para con sus discípulos, aparejándoles este convite, y convidándolos á comer con pan hecho de su mano milagrosamente, y con peces diferentes de los que ellos habian pescado, para significar, -lo primero, cuán cuidadoso es de dar comida y refeccion espiritual á los que trabajan por su amor y obediencia, dándoles manjar de Ángeles y pan celestial que los conforte, echando con este regalo brasas sobre sus corazones, para que todos se enciendan en su amor. -Y lo segundo, para significar que mientras trabajamos nosotros en la tierra, él nos está aparejando un convite regaladísimo en el cielo, donde él mismo nos convidará y servirá á la mesa, dándonos por manjar su sacratísima divinidad y humanidad. ¡Oh bienaventurados los que comieren este pan en el reino de Dios! (*Luc.* XIV, 15). ¡Dichosos los que estuvieren con Cristo, sentados á su mesa en el reino de su Padre! (*Luc.* XXII, 30). ¡Oh si fuese yo uno de estos siete discípulos, lleno de los siete dones del Espíritu Santo, con los cuales dignamente pudiese hallarme en este convite! Recibe, ó buen Jesús, este mi deseo, y fortifícale con tu gracia, para que llegue á cumplirse en tu gloria. Amen.

MEDITACION XIIII.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN ESTA APARICION HIZO Á SAN PEDRO PASTOR UNIVERSAL DE SU IGLESIA, Y LE DIÓ ADMIRABLES DOCUMENTOS DE PERFECCION.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Acabada la comida, dijo Jesús á Simon Pedro* (*Ioan.* XXI, 15): *Simon, hijo de Juan, ¿ámasme mas que estos? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole: Pues apacienta mis corderos. Díjole otra vez: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme? Entristecióse Pedro, porque tercera vez le preguntó si le amaba, y respondió: Señor, tú sabes todas las cosas, y sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis ovejas.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor, habiendo (*Matth.* XVI, 19) prometido á san Pedro las llaves del reino del cielo, en premio de la ilustre confesion que hizo de su divinidad; ahora queriéndoselas dar con el primado sobre toda la Iglesia, le examinó en el amor, y le preguntó si le amaba mas que todos, para darnos á entender, que los prelados han de ser excelentes en la fe, y eminentes sobre todos en la caridad, y llamóle por su nombre, Simon, que quiere decir obediente,

hijo de Juan, que quiere decir gracia, ó hijo de Jená, que quiere decir paloma, significando que con la fe y caridad han de juntar la obediencia con plenitud de gracia y de Espíritu Santo, para hacer perfectamente su oficio.

2. Lo segundo, le examinó tres veces en el amor, para que con las tres respuestas recompensase las tres negaciones que habia hecho; y como estas nacieron de soberbia y presuncion, anteponiéndose á sus condiscípulos; así las tres respuestas del amor fueron acompañadas de humildad, no atreviéndose á decir que amaba mas que los otros, sino solamente que le amaba, y aun en eso mismo estaba temeroso, y no se fiaba de su ciencia, sino remitiólo á la ciencia de Cristo, diciendo: Tú sabes que te amo. Y la tercera vez se entristeció con humildad, temiendo no supiese Cristo algo en contra de lo que él sentia de sí mismo, y así le dijo: Tú, Señor, sabes todas las cosas, y sabes si es verdad lo que digo. De donde sacaré cuán agradable cosa es á Cristo nuestro Señor la humildad, y el no presumir de sí, y cuán seguro es temer siempre de sí mismo, acordándome de lo que dijo san Pablo (I *Cor.* IV, 4): No sé de mí culpa alguna, pero con todo esto no me tengo por justo, porque el que me juzga es Dios, y puede ser que él halle culpa donde yo no la hallo.

3. Tambien le examinó tres veces en el amor, para significar que quien ha de ser pastor de sus ovejas (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 24, *art.* 9), ha de estar muy arraigado en la caridad y en los tres grados de ella, porque ha de ser perfecto en la via purgativa de los principiantes, y en la iluminativa de los que aprovechan, y en la unitiva de los que han llegado á la perfeccion, siendo excelente en la pureza y limpieza de corazon, desnudo de culpas é imperfecciones, y en el ejercicio de las virtudes, y en la union del amor con las tres divinas Personas, y perfecto en la caridad para con Dios, y para con los prójimos, y para consigo mismo. Ó Amado de mi alma, concédeme que eche hondas raíces en la humildad y caridad, de modo que alcance el fin de tus preceptos, que es amarte con puro corazon, con buena conciencia y con fe no fingida (I *Tim.* I, 5), perseverando hasta la muerte en la lealtad del verdadero amor.

4. Lo cuarto, ponderaré como Cristo nuestro Señor, habiendo dicho dos veces á Pedro: Apacienta mis corderos; la tercera vez dijo: Apacienta mis ovejas, para significar que le hacia pastor universal de su rebaño, no solamente de los fieles ordinarios, significados por los corderos, sino tambien de los que son padres espirituales de

los otros, figurados por las ovejas, como son los confesores, predicadores, maestros y todos los demás prelados inferiores de la Iglesia, para que toda ella fuese, *unum ovile et unus pastor,* un rebaño y un pastor. Mas no dijo: Apacienta tus corderos ó tus ovejas, sino mis corderos y mis ovejas, para que entendiese que no era señor del ganado, sino vicario suyo, y que habia de mirar por los fieles, como por ganado de Cristo, príncipe de los pastores (I *Petr.* v, 4), á quien habia de dar cuenta de su oficio, como el mismo san Pedro lo entendió y despues lo dejó escrito. – En lo cual resplandece grandemente la caridad del Salvador para con nosotros, pues por señal del amor que le tenemos, en recompensa de los innumerables beneficios que nos hace, pide á san Pedro que apaciente sus ovejas, y que en esto muestre el amor que le tiene en amarlas, y tener cuidado de ellas. Ó Pastor soberano, ¡cuán grande es el amor que tienes á tus ovejas, y cuánto deseas que los pastores, criados tuyos, las amen y apacienten por tu amor! Yo, Señor, deseo mostrar el amor que te tengo en apacentar las ovejas que me has dado dentro de mí mismo, que son mis potencias y sentidos, rigiéndolas segun el órden de tu divina voluntad; y del mismo modo apacentaré las que me dieres fuera de mí, por ser ovejas tuyas, pues basta ser tuyas, para que mire por ellas, mucho mas que si fueran mias.

5. Últimamente, ponderaré como le dijo tres veces (*D. Bern.* serm. 2 de resurrect.): Apacienta mis corderos y ovejas, para significar tres suertes de pastos que las ha de dar. Es á saber, apaciéntalas con el espíritu, orando por ellas, con la lengua enseñándolas, y con la obra dándolas buen ejemplo. Apaciéntalas con doctrina, con Sacramentos y con ejemplos de buena vida, ayudándolas con todas las obras de misericordia, así espirituales como corporales, apacentando no solo el espíritu, sino á sus tiempos el cuerpo. Todo esto encarga Cristo nuestro Señor á los pastores, amenazando terriblemente por Ezequiel (*Ezech.* xxxiv, 2) á los que no apacientan á las ovejas, sino á sí mismos, buscando en el oficio su honra é interés, y no el bien de las almas.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Luego añadió el Señor: De verdad, de verdad te digo, que cuando eras mas mozo tú te ceñias, é ibas donde querias; pero cuando te hagas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y llevará á donde no quieres. Esto dijo, significando la muerte con que habia de glorificar á Dios.* (*Ioan.* xxi, 18). – Lo primero, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, debajo de esta parábola, descubrió á san Pedro la señal cierta del verdadero amor que le te-

nia, y del buen uso del oficio de pastor que le encargaba, que era morir muerte de cruz, como el mismo Señor habia muerto, en confirmacion de lo que dijo (*Ioan.* x, 11): El buen Pastor da su vida por las ovejas, y ninguna mayor caridad hay que dar la vida por sus amigos; y así para que entendiese Pedro á lo que se ofrecia, cuando dijo, que amaba mucho á Cristo, y lo que le ofrecia Cristo, cuando le dijo, que apacentase sus ovejas, añade, que moriria en cruz.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el espíritu de esta parábola, en la cual Cristo nuestro Señor toca dos modos de trabajos y mortificaciones. (*Aug.*, in illud Psalm. XLIX, *Invoca me in die tribulationis*). Unos, que el hombre toma por su eleccion, negando sus apetitos, castigando su carne con penitencias y asperezas, y ofreciéndose á grandes trabajos, en los cuales el hombre se ciñe y aprieta á sí mismo; y aunque contradice á sus inclinaciones, pero va á donde quiere, porque como ninguno le fuerza, toma los trabajos cómo y cuándo quiere, con su voluntad racional; y aun á veces se mezcla algo de voluntad propia, porque el amor propio suele tambien cebarse en las cosas del espíritu. Este modo de mortificaciones es propio de los que son mozos en la virtud, fervorosos y fuertes de complexion, y por él han de comenzar los principiantes.

3. Otros trabajos hay que nos vienen por mano ajena de los hombres que nos persiguen, ó de los demonios que nos tientan y atormentan, ó del mismo Dios que los traza para nuestra mortificacion, como son enfermedades y dolores, infamias, pobreza y falsos testimonios, y otras persecuciones que se padecen por la justicia, como las padecieron los Mártires. En estas el hombre extiende sus manos, abrazándolas, porque Dios lo quiere; pero otro es el que le ciñe, enclava y crucifica, y lleva á donde él no queria, segun su voluntad natural. Este modo de trabajos es propio de gente anciana y perfecta en la virtud, y le concede Nuestro Señor á los que quiere hacer muy perfectos, porque está limpio de toda voluntad propia, y no se halla en él sino la voluntad de Dios, el cual es el que principalmente nos ciñe, *alius te cinget.* Ó dulcísimo Jesús, si tú eres el que de esta manera me ciñes, ordenando ó permitiendo el aprieto de trabajos que padezca, cíñeme como quisieres con tu mano; porque aunque me parezca áspera, no será para mí sino muy blanda, y pues tú te ceñiste abrazando cosas ásperas, y extendiste tus manos en la cruz, á donde te ciñeron con duros clavos, llevándote á donde tu voluntad natural rehusaba, no es mucho que yo, tu siervo, me ciña,

y sea ceñido, y llevado á donde mi carne y voluntad propia no querrian. (*D. Aug.*, ubi sup.).

4. Estos dos modos de mortificacion he de abrazar en todo género de cosas. – El primero, buscándole yo, conforme á lo que dice David: Hallé tribulacion y dolor. – El segundo, aceptándole cuando viniere, segun lo que él mismo dice: La tribulacion y la angustia me hallaron. – Lo tercero, ponderaré lo que dice el Evangelista; que san Pedro, con este modo de muerte habia de clarificar á Dios, porque Dios es muy glorificado de nosotros, cuando de buena gana padecemos por él. ¡Oh dichoso yo si mereciese extender mis manos como Pedro, y que otro me ciñese, clarificando á Dios en tal modo de mortificacion! ¡oh dichosa mortificacion propia, con la cual se dilata y acrecienta la gloria divina! muera mi alma con la muerte de los justos, y sean mis postrimerías semejantes á las suyas (*Num.* XXIII, 10), y no muera con muerte de cualquiera manera, sino con aquella que mas ha de clarificar á Dios.

PUNTO TERCERO. — 1. *Dicho esto, dijo el Señor á Pedro: Sígueme. Volviéndose Pedro, vió al discípulo á quien amaba Jesús, que le seguia, y dijo á Jesús: Señor, ¿qué ha de ser de este? Respondióle Jesús: Si yo quiero que se esté así hasta que yo vuelva, quid ad te? ¿qué te toca á ti saber esto? Sígueme tú.* Aquí se ha de ponderar: – Lo primero, como Cristo nuestro Señor, levantándose de donde estaba sentado, comenzó á caminar, y dijo solo á san Pedro: Sígueme; para con este hecho confirmar lo que le habia dicho, dándole á entender, que le habia de seguir de otro modo diferente que los demás discípulos, no solamente en la vida evangélica y perfecta que todos abrazaron, sino tambien en el oficio de supremo Pastor, y en el modo de morir en cruz como él murió. Ó dulcísimo Maestro, dí á mi alma: Sígueme en la muerte de cruz, para que muriendo como tú en la tierra, llegue á reinar contigo en el cielo.

2. *Modo de vocacion para seguir á Cristo.* — Lo segundo, se ha de ponderar como san Juan, sin decirle Cristo nuestro Señor nada, comenzó tambien á seguirle, porque la fuerza del amor que tenia á Cristo le llevaba tras él, y no le consentia apartarse de su compañía, y tambien la santa envidia de ver que Pedro le seguia; en lo cual se nos representa un modo de vocacion ó llamamiento para seguir á Cristo sin palabras exteriores, el cual nace parte del amor y deseo de estar siempre con él, parte de ver el buen ejemplo de los que le siguen; especialmente cuando son nuestros amigos y conocidos, cuya conversion y mudanza de vida ayuda mucho á la nuestra.

Y este modo tambien agrada á Cristo nuestro Señor, así como le agradó que san Juan le siguiese en este caso; y el mismo Señor interiormente le llamó, y le traia, diciéndole en el corazon: Sígueme, aunque no se lo dijo con la boca.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que aunque san Pedro con celo de amistad, porque amaba á san Juan, deseó saber lo que habia de ser de él, y si habia de morir muerte de cruz, ó no: con todo eso Cristo nuestro Señor le reprendió; porque este deseo iba mezclado con curiosidad demasiada, pretendiendo saber lo que no le tocaba, y lo que es oculto á solo Dios, cuando él no lo revela, y así le dijo: *Puesto caso que yo quiera se quede así Juan hasta la fin del mundo, cuando venga á juzgarle, ¿qué te va á tí? Sígueme tú.* Que es decir: No pertenece á tí ese cuidado, sino á mí que le amo, y tengo providencia de todo lo que le toca: lo que á tí toca es seguirme del modo que te he dicho. En lo cual nos da tres avisos.-El primero, que no nos entrometamos curiosamente en saber lo que no nos toca, con ningun título aparente de amistad humana.-El segundo, que en tales casos dejemos á la Providencia divina el cuidado de lo que pertenece á nuestros deudos y amigos, fiándonos de que Dios mirará por ellos.-El tercero, que, dejados los cuidados ajenos, atendamos á lo que nos toca, que es seguir á Cristo en el modo de vida para que nos ha escogido, pues este cuidado basta para todo el hombre, y en este se suman todos, porque si yo tengo cuidado de seguir á Cristo, él le tendrá de mí, hasta llevarme consigo al eterno descanso de su gloria. Amen.

MEDITACION XIV.

DE LA APARICION Á TODOS LOS DISCÍPULOS EN EL MONTE DE GALILEA, Y DE LAS COSAS QUE LES MANDÓ Y PROMESAS QUE LES HIZO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Los once discípulos partiéronse á Galilea al monte que Jesús les habia señalado; y viéndole allí, le adoraron, aunque algunos dudaron.* (*Matth.* XXVIII, 16). Aquí se ha de ponderar: -Lo primero, como los once Apóstoles partiéndose para Galilea por mandamiento de Cristo nuestro Señor, iban por el camino con grande gozo, con esperanzas de verle mas despacio, y por inspiracion del mismo Señor iban dando noticia de su resurreccion á todos los discípulos que estaban derramados por Galilea, de los cuales, como lo apunta san Pablo (I *Cor.* XV, 6), se recogieron mas de quinientos,

y subieron al monte señalado, que se cree fue el monte Tabor, esperando allí la visita de su Maestro. En lo cual se nos representa la caridad y celo de los Apóstoles en convocar á sus condiscípulos para que gozasen de esta dichosa vista, y tambien el fervor con que aquella multitud unida en caridad subió al monte, dándonos á entender, que si yo quiero ver á Cristo con la vista de la contemplacion, y conocer sus misterios con luz celestial, he de procurar subir al monte de la vida perfecta, y anhelar á la cumbre de la caridad y union fraterna, porque esto es lo que mas dispone para alcanzarla.

2. Lo segundo, ponderaré cuán liberalmente cumplió Cristo nuestro Señor la promesa que hizo á sus Apóstoles, de que se les mostraria en el monte de Galilea; y es de creer que les descubriria algo de su gloria y resplandor, como descubrió á los tres, delante de quien se transfiguró en aquel mismo monte. ¡Oh qué contentos y hartos quedaron aquellos santos varones, y cuán de buena gana dijeran aquellas palabras que dijo san Pedro en la transfiguracion: *Domine, bonum est nos hic esse:* Señor, bueno es quedarnos aquí contigo, si no es que otra cosa ordenes de nosotros. Todos los Apóstoles le adoraron y reconocieron por su Dios; y si algunos dudaron, fueron de los otros discípulos mas imperfectos que al principio tuvieron alguna duda, pero con su presencia se la quitó, llenando á todos de alegría.

Punto segundo.— 1. *Acercándose á ellos Jesús, les dijo: Dada me es toda potestad en el cielo y en la tierra: id por todo el mundo, enseñad á todas las gentes, y predicad el Evangelio á toda criatura.* Aquí se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, por los méritos de su pasion y muerte alcanzó, en cuanto hombre, toda la potestad en el cielo y en la tierra; porque aunque era suya en cuanto Dios, y por otros muchos títulos, se le debia por la union hipostática, y por ser cabeza de Ángeles y hombres: pero tambien quiso ganarla por su punta de lanza, y por esto dijo á sus discípulos: Ahora se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. La potestad en el cielo, es para abrir sus puertas, y admitir dentro de él á los hombres, distribuyéndoles las sillas celestiales, y para mandar á los Ángeles todo lo que quisiese en bien de sus escogidos. La potestad en la tierra, es para perdonar los pecados, trocar los corazones, y repartir sus gracias y dones espirituales con nosotros; y ambas cosas cumplió en subiendo al cielo, llevando consigo, como dice David, cautiva la cautividad de las almas justas, y repartiendo dones á los hombres. Gózome, Salvador mio, de vuestra soberana potestad; y doy muchas gracias al eterno Padre que os la dió, pues con tanta justicia la ha-

beis ganado. Alégrate, ó alma mia, de tener tan poderoso Redentor, y no dudes de servir á quien puede hacer cuanto quisiere en el cielo y en la tierra. Ó Salvador mio, ¿qué tengo yo en el cielo? y fuera de tí, ¿qué otra cosa quiero yo sobre la tierra? (*Psalm.* LXXII, 25). Tú me bastas por todas las cosas, pues en tí, que todo lo puedes, las tengo todas.

2. Luego consideraré, como usando Cristo nuestro Señor de esta potestad, mandó á sus Apóstoles que fuesen por todo el mundo, y enseñasen á todas las gentes, no solo á los hebreos sino á los gentiles, y no solo á los nobles y poderosos, sino á cualesquiera, por viles que fuesen, predicando el Evangelio á toda criatura, dando á todos noticia de los artículos de nuestra fe, así los que pertenecen á la divinidad y trinidad, como los que pertenecen á la humanidad. En lo cual se echa de ver como la voluntad de Cristo nuestro Señor es, como dice san Pablo (I *Tim.* II, 4), que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque como la bondad del Padre celestial se muestra en que este sol corporal nazca para buenos y malos, y la lluvia caiga sobre justos y pecadores (*Matth.* V, 45), así la caridad de su Hijo se descubre en que el sol de su Evangelio alumbre á todos los hombres del mundo, y la lluvia de su doctrina riegue los corazones humanos de toda la tierra, sin hacer diferencia de unos á otros, ni sin aceptar personas; porque todas son sus criaturas. Ó Padre amorosísimo, pues soy criatura tuya, alumbra este mundo abreviado que criaste, dando luz á todas mis potencias, y riégalas con el rocío de tu soberana doctrina, para que conozca á tí solo Dios verdadero, y al que enviaste al mundo Jesucristo tu Hijo (*Ioan.* XVII, 3), de tal manera, que obrando conforme á este conocimiento, alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO.-*Del Bautismo.*— 1. *Bautizadles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á guardar todas las cosas que os he mandado.* (*Matth.* XXVIII, 19). Aquí se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor despues que mandó á sus Apóstoles que enseñasen las cosas de la fe á todos los hombres, que era como catequizarles y disponerles para el Bautismo, les mandó otras dos cosas.-La primera fue, que los bautizasen en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; con lo cual trocó el rigor de la circuncision en la blandura del Bautismo, así como trocó las leyes, cuya entrada eran; porque la circuncision era puerta y entrada de la ley vieja, que era ley de temor y de siervos, y así los cauterizaba y señalaba con una señal exterior, dolorosa y afrentosa, cor-

tando parte de su carne, con derramamiento de sangre. Pero el Bautismo es puerta y entrada de la ley nueva, que es ley de gracia y de amor, ley de hijos, escrita principalmente en sus corazones; y así los señala con un lavatorio blando de agua, en señal del lavatorio interior del alma, donde les imprime el carácter ó señal del Cristianismo, y les comunica la gracia y caridad propia de hijos.

2. De aquí es que este Bautismo se da en nombre de la santísima Trinidad, porque todas tres Personas hacen maravillosos efectos en el bautizado. El Padre le toma por hijo adoptivo, heredero de su cielo, recibiéndole debajo de su proteccion. El Hijo de Dios le toma por hermano, y compañero de su herencia, y de los merecimientos y frutos de su pasion, recibiéndole por su discípulo y amigo muy querido. El Espíritu Santo toma el alma por esposa suya, adornándola con las dotes de las virtudes sobrenaturales, desposándola consigo en fe y caridad, y misericordia muy copiosa. (*Osee*, II, 19). Y toda la santísima Trinidad la toma por su templo y morada, entrando dentro de ella con deseo de permanecer para siempre en ella, y de unirla consigo con union de amor, á semejanza de la union que tienen las tres divinas Personas en su divina esencia. Estos son los nombres gloriosos que Isaías llama nombres nuevos (*Isai.* LXII, 2), que pone Dios al bautizado, y al cristiano que está unido con Cristo, y es hijo, amigo, compañero y discípulo suyo, y su alma esposa de este Dios infinito. Alábente, Señor, todas las jerarquías de los Ángeles, por las inmumerables mercedes que has hecho á los hombres, y les haces por medio de este soberano Sacramento. ¿Con qué te pagarémos la suavidad que tienes con nosotros, habiéndolas tú comprado con tu preciosa sangre? Tu cuerpo fue cauterizado con terribles llagas para ungir mi alma en el Bautismo con excelentes gracias, vistiéndola con la vestidura de tu gracia; mas ¿qué digo de tu gracia? Tú mismo eres su vestidura, pues como dice tu Apóstol: Todos los que hemos sido bautizados en Cristo nos habemos vestido de Cristo (*Galat.* III, 27), y pues siendo sumidos en el agua salimos renovados con tu gloriosa resurreccion (*Rom.* VI, 3), confirma en mí lo que has comenzado, renovando la dignidad que me diste en el Bautismo, para que llegue á gozarla cumplidamente en la gloria. Amen.

3. La segunda cosa que les mandó fue, que enseñasen á los bautizados, como habian de guardar todas las cosas que les habia mandado; como quien dice: No se han de contentar con ser bautizados, sino tambien han de vivir vida digna de la fe y gracia que les doy en el Bautismo, guardando, no los preceptos y ceremonias que

mandó guardar Moisés en su ley escrita, porque todo eso está ya abrogado, sino todas las cosas que yo os mandé cuando publiqué mi ley evangélica. De suerte, que por este mandato Cristo nuestro Señor quitó de nuestras cervices el yugo pesado de la ley vieja, de quien dice san Pedro en nombre de todos los Apóstoles (*Act.* xv, 10): que ni ellos, ni sus padres le pudieron llevar; y en su lugar nos pone el yugo suave, y la carga ligera de la ley evangélica, con obligacion de que guardemos todos sus preceptos sin quebrantar ni uno solo. Gracias te doy, ó dulcísimo Maestro, por haber trocado el yugo pesadísimo de Moisés en el yugo suavísimo de tu Evangelio (*Matth.* xi, 30), para descanso de nuestras almas. Justo es, Señor, que yo cumpla todos sus preceptos, pues son pocos y suaves, puestos por tí, á quien tanto debo, por lo mucho que has hecho y padecido por mí. Deseo guardarlos, y enseñar á otros que los guarden, pues tú dijístes, que quien hiciese y enseñase, seria grande en tu reino: ayúdame con tu doblado espíritu, para cumplir ambas cosas que aquí has mandado.

PUNTO CUARTO. — 1. *El que creyere, y fuere bautizado, será salvo: el que no creyere, será condenado.* (*Marc.* xvi, 16). Esta promesa y amenaza añade Cristo nuestro Señor, para alentarnos al cumplimiento de lo que manda. No promete ni amenaza bienes ó males corporales y temporales, como en la ley vieja, sino bienes ó males espirituales y eternos, que son gozar de la salvacion que nos ganó con su pasion y muerte, ó carecer de ella para siempre; que es decir: El que creyere y fuere bautizado, y cumpliere lo demás que os he mandado, alcanzará perdon de sus pecados, salud espiritual de su alma, por mi gracia, y despues la vida eterna; y quien no creyere, perderá todo esto; y asimismo quien cree con la fe (*Tit.* i, 16), pero con las obras niega conocer á Dios, tambien será condenado. Porque no conforma la vida con la creencia, ni cumple con la obra lo que prometió en el Bautismo. Ó Dios de mi alma, descúbreme los tesoros innumerables que están encerrados en esta palabra, *será salvo,* para que el amor de ellos me solicite á cumplir todo lo necesario para salvarme. Y tambien me descubre el abismo de miserias que está encerrado en esta palabra, *será condenado,* para que me aguije el temor de tan terribles males, cuando no me despertare el amor de los celestiales bienes.

2. Tambien ponderaré la infinita caridad y liberalidad de Cristo nuestro Señor, que resplandece en no haber dicho: Quien no creyere, ni fuere bautizado, le condenará, sino solamente: Quien no

creyere; para enseñarnos, que aunque es verdad que quien deja el Bautismo por desprecio ó notable descuido, se condenará, porque quien no nace de agua y Espíritu Santo, no puede entrar en el cielo (*Ioan.* III, 5); pero cuando el hombre tiene deseo de recibirle, y sin culpa suya no puede, no se condenará, si tiene viva fe y dolor de sus pecados, porque ya espiritualmente está engendrado é incorporado con Cristo, en virtud de la contricion y propósito del Bautismo, y no quiso este Señor estrechar la entrada en el cielo á cosa que el hombre capaz de razon, sin culpa suya, no pudiese recibir. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 68, *art.* 2).

Punto quinto. — 1. *Los que creyeren, harán estas señales y milagros: En mi nombre echarán los demonios; hablarán nuevas lenguas; quitarán las serpientes; si bebieren alguna cosa mortal, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán.* (*Matth.* XVII; *Marc.* XVI, 17). Esta promesa se puede ponderar en tres sentidos: El primero es á la letra de la facultad que dió Cristo nuestro Señor á los fieles para hacer estos milagros cuando conviniese, para la dilatacion de la fe, y conversion de las almas. La cual potestad resplandeció mucho en la primitiva Iglesia; y ahora tambien la concederá, cuando fuere menester para su gloria: y es muy importante, que esta fe y confianza esté viva en nosotros, pues es palabra infalible de este Señor, que si tuviéremos fe como un grano de mostaza, y dijéremos á un monte, que se pase de una parte á otra, se hará, y nada nos será imposible. (*Luc.* XVII, 6).

2. El segundo sentido es de la facultad que el dia de hoy tienen los predicadores, sacerdotes y confesores para obrar estas señales espiritualmente en las almas de los fieles; porque como dice san Gregorio (Homil. 29 in Evang.): Echan de ellos los demonios, cuando los absuelven y libran de sus pecados: hablan en nuevas lenguas, cuando con el espíritu de Cristo y con lenguaje del cielo les predican la doctrina de la verdad: quitan las serpientes, cuando echan de ellos las enemistades y rencores, y las astucias de Satanás: beben el veneno, sin que les dañe, cuando conversan con los malos, y oyen sus maldades, sin que se les pegue mal alguno: ponen las manos sobre los enfermos, y sanan, cuando con sus amonestaciones y ejemplos esfuerzan á los flacos en la virtud. Ó Salvador de las almas, envia muchos obreros por este mundo, que obren tales maravillas, con las cuales la fe se dilate, y la caridad se avive, y la gloria de tu Padre celestial en todo se acreciente.

3. El tercer sentido es de la potestad que tiene cada uno de los

fieles para obrar en sí mismo tales señales, en virtud de Cristo, porque, como dice san Bernardo (Serm. 1 de Ascens.), echamos los demonios de nosotros, cuando tenemos contricion y perfecto dolor de nuestros pecados: hablamos nuevas lenguas, cuando dejamos el lenguaje del viejo Adan terreno, y hablamos el lenguaje del nuevo Adan celestial, ocupándonos en la accion de gracias, y en las divinas alabanzas, y en hablar siempre de cosas agradables á Dios: quitamos las serpientes, cuando apartamos de nosotros las ocasiones de tornar á pecar, y todo lo que nos puede emponzoñar en el corazon: bebemos el veneno, sin que nos dañe, cuando mal que nos pese sentímos las sugestiones y tentaciones de la carne, pero no consentimos con ellas: ponemos las manos sobre los enfermos, y sanan, cuando curamos las enfermedades de nuestra alma, y sus pasiones, con el ejercicio de las buenas obras, y de las penitencias y mortificaciones. Estas son las señales de los que creen como han de creer; las cuales pueden hacer no en su nombre, sino en el nombre y virtud de Cristo. Ó Cristo poderosísimo y fidelísimo, en tí creo, y en tí espero, y así en tu nombre quiero comenzar estas maravillas, fiándome de tu misericordia, que conforme á tu promesa, me ayudarás para obrarlas.

MEDITACION XV.

DE OTRA PROMESA QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS DISCÍPULOS DE ESTAR CON ELLOS HASTA LA FIN DEL MUNDO.

Punto primero. — 1. Dichas las cosas que quedan referidas, añadió Cristo nuestro Señor: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi*. (*Matth.* XXVIII, 20). *Mirad que yo estoy con vosotros todos los dias, hasta la fin del mundo.* Esta promesa es de las mas regaladas y gloriosas que Cristo nuestro Señor hizo á sus Apóstoles: y en cada palabra de ella hay mucho que considerar, ponderando quién es la persona que hace esta promesa; qué causas le mueven; cómo la cumple; con qué personas; con qué continuacion, y por cuánto tiempo; porque todo esto se toca en las palabras propuestas, y la primera, que es *Ecce*, nos convida á que las consideremos.-Lo primero, se ha de considerar las causas que tuvo Cristo nuestro Señor para decir á sus discípulos que se quedaba con ellos.-La primera, para consolarlos en la ausencia que habia de hacer, subiéndose al cielo, y en la ausencia que sentian no viéndole si no es de tarde en tarde en estos cuarenta dias, como quien dice:

Aunque yo me voy al cielo, y aunque ahora os veo pocas veces, pero sabed y tened por cierto que estoy con vosotros invisiblemente. No os dejaré huérfanos sin padre, y sin consolador, porque aunque no me veais, estoy con vosotros siempre tan presente, como si me viéseis.

2. La segunda causa fue, para esforzarlos en la empresa que les encargaba, enviándoles por el mundo á predicar y bautizar, y hacer milagros, asegurándoles, que siempre andaria con ellos para su ayuda; como si les dijera: No desmayeis por veros flacos para tan alta empresa, porque yo mismo estoy siempre con vosotros, fortaleciendo vuestra flaqueza: y yo tengo de hacer estas obras en vosotros, y os acompañaré donde quiera que fuéreis, sin apartarme de vuestro lado. – La tercera causa fue, para avivarlos en la ejecucion de todo lo que les mandaba, porque sabiendo que estaba con ellos presente mirando como trabajaban en su oficio, esta memoria les haria cuidadosos y diligentes en hacerle sin faltas é imperfecciones, antes con toda la perfeccion que pudiesen, como quien estaba á la mira de su Maestro y Señor, á quien deseaban agradar.

3. Estas tres razones tengo de aplicar á mí mismo, imaginando como es verdad que por ellas me dice Cristo nuestro Señor: *Ecce ego tecum sum*, mira que yo estoy contigo presente, como consolador, y como ayudador, y como testigo de lo que haces. Por tanto nunca te olvides de mí, sino siempre acuérdate que yo estoy contigo en tus trabajos para consolarte; en tus ministerios y oficios para ayudarte, y en todas tus obras para juzgarte y galardonarte. Ó dulcísimo Señor, si tú estás conmigo, ¿qué me puede faltar? Ó Dios invisible, concédeme que viva como si siempre te viera. No me dejes huérfano, pues eres mi padre, ni me dejes desconsolado, pues eres mi consolador; asiste siempre conmigo, pues sabes que sin tí nada puedo, y contigo lo podré todo; y advirtiendo que me miras, se avivará mi tibieza con tu presencia.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza de esta promesa que se encierra en estas tres palabras: *Ego vobiscum sum:* yo estoy con vosotros. Pondera lo primero, quién es este que dice, yo. No dice como á Moisés (*Exod.* XXIII, 20): Yo enviaré mi Ángel que vaya delante de tí, y te guarde en el camino, y te entre en la tierra de los cananeos, sino yo mismo, dice, estoy con vosotros, y os acompañaré en vuestra jornada, y os guardaré y entraré en la tierra de los gentiles. Yo Dios omnipotente, infinito y eterno, á cuya voluntad ninguno puede resistir. Yo vuestro Salva-

dor que vencí al demonio, despojé al infierno, y he destruido el reino del pecado y la tiranía de la muerte. Yo á quien ha sido dada toda la potestad en el cielo y en la tierra (*Matth.* XXVIII, 18), os envio por el mundo como mi Padre me envió á mí, asistiendo con vosotros, como él asistió conmigo: yo vuestro Maestro y protector, cuyo poder, liberalidad y amor habeis experimentado, y soy el mismo que solia: yo estoy con vosotros, y soy vuestro compañero invisiblemente, como hasta aquí lo he sido corporalmente.

2. *Modos de estar Dios con nosotros.* —Y en decir, *Vobiscum sum*, abraza todos los modos que hay de estar con ellos. –El primero es comun á todas las criaturas con las cuales está presentísimo, dándolas el ser, vida y movimientos que tienen. –El segundo es comun á todos los justos, con los cuales está por gracia dándoles la vida sobrenatural y las virtudes. –El tercero es especial á los muy escogidos, con los cuales está con particular providencia, cuidando de ellos, y obrando por ellos obras grandes y maravillosas. –El cuarto es por el santísimo Sacramento del altar, en el cual asiste real y verdaderamente, en cuanto Dios y en cuanto hombre, para ser nuestra comida y sustento espiritual. De todas estas maneras está Nuestro Señor en su Iglesia cuidando de ella y gobernándola, como el rey está en su reino, el piloto en su navío, el padre de familias en su casa, y el maestro en su escuela; y todo esto promete cuando dice: yo estoy con vosotros: esto es, con vosotros que representais mi Iglesia universal, y con vosotros que sois mis discípulos queridos, y con todos los que os imitaren y siguieren. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por tan liberal y magnífica promesa como haces á tu Iglesia, y á los discípulos de tu escuela! Dichosos aquellos con quien estás con tan regalados modos de presencia! ¡Oh si siempre estuvieses conmigo de esta manera, para que siempre yo estuviese contigo, sirviéndote y amándote, sin apartarme de tí por todos los siglos! Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la continuacion y duracion de esta presencia, que se declara en las dos palabras postreras: *Todos los dias, hasta la fin del mundo.* De suerte que Cristo nuestro Señor está con nosotros, no dias interpolados, un dia sí y otro no, sino todos los dias y todas las horas y momentos del dia: y no por tiempo limitado de mil ó dos mil años, sino hasta que el mundo se acabe; en lo cual nos asegura que su Iglesia durará hasta la fin del mundo, y por consiguiente sus leyes, Sacramentos y sacrificios; y así que el dia de hoy está con nosotros, y el de mañana estará tambien hasta el dia postrero; y acabado el mundo, estará

con los suyos mucho mejor, por otro modo mas excelente que dure toda la eternidad. Por todo lo cual tengo de dar gracias á este Señor, y suplicarle me haga participante de esta merced, que siempre en todo tiempo y lugar esté conmigo, sin apartarse ni un solo momento de mí, hasta la fin de mi vida, proponiendo no me apartar, ni olvidar de él en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que dice san Agustin (*In Manuali*, *c.* 29; *D. Bern.* de interiori domo, *c.* 9): *Sicut nullum est momentum, quo homo non fruatur, vel utatur pietate divina, sic nullum debet esse momentum, quo eum praesentem non habeat in memoria.* Como ningun momento de tiempo hay, en el cual el hombre no goce y se aproveche de la divina piedad; así no ha de haber momento, en el cual no le tenga presente en su memoria. Justo es, Dios mio, que pues tú siempre estás conmigo, y me tienes presente delante de tí; yo tambien siempre esté contigo, y te tenga presente delante de mí. Mas porque esto excede á mis flacas fuerzas, concédeme por tu gracia lo que deseo, pues con ella me será fácil lo que sin ella no puedo.

MEDITACION XVI.

DE VARIAS APARICIONES QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS DISCÍPULOS, LOS CUARENTA DIAS QUE ESTUVO CON ELLOS, Y DEL MODO COMO ESPIRITUALMENTE VISITA LAS ALMAS, FIGURADO POR ESTAS APARICIONES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Demás de las apariciones que quedan referidas, es cierto haber habido otras muchas, por lo que dice san Lucas (*Act.* I, 3; *D. Thom.* 3 *p.* *q.* 55, *art.* 5 *et* 6): *Que á sus discípulos se mostró vivo con muchas señales, por cuarenta dias, apareciéndoseles, y hablándoles del reino de Dios.* En las cuales palabras se han de considerar algunas cosas que tocan á estas apariciones, ponderando juntamente el espíritu que está en ellas, en cuanto representan las visitas espirituales que Cristo nuestro Señor hace invisiblemente á las almas. – Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, por espacio de estos cuarenta dias, aunque estaba siempre con sus discípulos invisiblemente, al modo que queda referido, pero de cuando en cuando, para su consuelo, se les mostraba vivo, resucitado y glorioso, probándoles con varios argumentos muy eficaces, ser el mismo que habia muerto. Unas veces dándoles á tocar sus llagas, otras comiendo con ellos, otras haciendo algunos milagros, como entrar cerradas las puertas, pescar muchedumbre de grandes

peces, y otras alegándoles razones y testimonios de las divinas Escrituras que hablan de esto; y de esta manera los alentaba y consolaba cada vez que se les aparecia.

2. Esto mismo hace Cristo nuestro Señor con las almas de sus escogidos, con las cuales, al modo arriba dicho, está invisiblemente todo el tiempo de su vida, figurado, como dice san Agustin (Lib. 2 de consensu Evang. *c.* 4; *D. Thom.* 3 *p. q.* 55, *art.* 3), por estos cuarenta dias, pero de cuando en cuando se les aparece; esto es, las visita interiormente, y las regala y consuela, dándoles algunas señales y testimonios de su presencia, con especiales inspiraciones y afectos de amor, con dulzuras y devocion sensible, que es refeccion del espíritu, con mudanzas maravillosas que obra dentro del corazon, y con ilustracion é inteligencia de verdades de la Escritura que les comunica. Por estos argumentos, *Praebet seipsum vivum,* se les muestra vivo; y conocen que quien está dentro de ellas es Dios vivo; y que como vivo obra en ellas tales obras. Y cuando comulgan, algunas veces tambien se les muestra vivo de esta manera, dándoles señales de que han recibido el pan vivo que bajó del cielo: porque les comunica alguna luz, ó amor, ó deseos y propósitos de nueva vida, dolor de pecados y afectos encendidos de devocion, por los cuales conocen que lo que han recibido no es pan solo, ni cosa muerta, sino viva. Ó Dios invisible, presentísimo y ausentísimo, que á veces te escondes de manera, que parece estás muy ausente, y á veces te descubres de modo que echamos de ver que estás muy presente; ven, Señor, á mi alma, y visítala con tu dulce presencia, muéstrateme como Dios vivo y verdadero, haciendo en mí tales obras, que dén testimonio de quién tú eres. Ó Amado de mi corazon, concédeme que de tal manera te reciba en el Sacramento, que luego eche de ver que he recibido pan vivo y pan de vida (*Psalm.* XLI, 3): mi alma ha tenido sed de tí, Dios fuerte y vivo, no la dejes, Señor, hambrienta y sedienta, no quede seca y desmedrada, como si hubiera recibido cosa muerta.

3. De aquí tengo de sacar algunos avisos.–El primero, que aunque Dios está presente en todo lugar y dentro de mí; pero por mi culpa no se me muestra como Dios vivo, ni siento efecto de su presencia, ni me acuerdo de él mas que si no estuviera presente, ó como si fuera cosa muerta; y así he de procurar quitar las culpas y congojosos cuidados que me impiden tanto bien.–El segundo, que muchas veces comulgo, y no siento que he recibido á Dios vivo, antes me quedo como si hubiera recibido cosa muerta, porque mi ruin dis-

posicion no merece que Cristo nuestro Señor me consuele, ni obre en mí señales de su viva presencia. - Lo tercero, que los argumentos que da Dios de su presencia, son argumentos de Dios vivo y verdadero, á diferencia de otros que suele contrahacer el mal espíritu, transfigurado en ángel de luz, y con máscara de Dios, siendo Dios falso y fingido. Y así tengo de suplicarle, que cuando me hiciere merced de visitarme, sea con efectos propios suyos, librándome de los engaños de Satanás, y de los que suele tramar mi propio juicio errado y desatinado.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como en estas apariciones Cristo nuestro Señor hablaba con sus discípulos del reino de Dios. Unas veces trayéndoles á la memoria algunas cosas que les habia dicho antes de su muerte. Otras veces descubriéndoles nuevos misterios, y secretos pertenecientes á los Sacramentos y sacrificios, y modos del culto divino, de los cuales muchos se conservan ahora por tradicion. Otras veces, como maestro, les declaraba las divinas Escrituras, dándoles luz para que las entendiesen. Finalmente nunca les hablaba de cosas vanas, ó curiosas, ó impertinentes, sino solamente de las que pertenecian al reino de Dios, esto es, á la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, para bien de su Iglesia. (*Rom.* XIV, 17). Y en estas pláticas algunas veces les reprendia, por su incredulidad y dureza. Otras veces les alentaba y esforzaba, y les abrasaba el corazon en su amor; pero siempre les dejaba con paz y consuelo, sin que se cansasen de oirle hablar.

2. Esto mismo hace Cristo nuestro Señor cuando espiritualmente visita las almas, á las cuales siempre en estas visitas habla algunas palabras al corazon, conforme á lo que dice David (*Psalm.* LXXXIV, 9): Oiré lo que habla en mí el Señor, porque hablará paz para su pueblo. Y á lo que dice por Oseas (*Osee*, II, 14): Llevaréla á la soledad, y hablaréla al corazon. Estas palabras son por inspiraciones é ilustraciones secretas, en las cuales no les dice cosas vanas, ni curiosidades impertinentes, sino solamente las que pertenecen al reino de Dios, á la justicia y santidad, y ejercicio de las virtudes, á la paz de la conciencia con Dios, consigo y con sus prójimos, y al gozo puro en el Espíritu Santo, descarnado del gozo sensual y mundano. Unas veces les trae á la memoria cosas que han leido ú oido, dándoles vivo sentimiento de ellas. Otras veces les descubre nuevas verdades, y les infunde nuevos afectos, que nunca habian tenido: unas veces les reprende de sus faltas y tibiezas; otras les exhorta y alienta á la perfeccion. Y por estas pláticas tambien se descubre que

es Cristo el que habla, porque las pláticas del espíritu del demonio, mundo y carne son muy contrarias á estas. (*En el punto* 3.° *se dirá de esto*). Ó amantísimo Salvador, ven al alma de tu siervo, visítala, y háblala al corazon, como sueles, del reino de Dios, para que cobre cada dia nueva estima y amor de este reino, y nunca cese de buscarle, hasta que le alcance con perfeccion en esta vida, y despues le vea y goce claramente en la otra.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar algunas propiedades de las visitas de Cristo nuestro Señor, que resplandecen en estas apariciones que hizo á sus Apóstoles. - La primera, estas apariciones no eran continuas sino interpoladas, y de cuando en cuando, aunque á unos con mas frecuencia que á otros, por su mejor disposicion, y por el mayor deseo de ver á Cristo. Es de creer que á la Vírgen nuestra Señora apareceria cada dia, ó muy á menudo: á san Pedro mas veces que á otros, por su mayor fervor y amor. Así tambien las visitas de Cristo nuestro Señor á las almas son interpoladas, ó menos frecuentes, conforme á la voluntad del Señor que las visita, y á la dignidad y fervor de la que ha de ser visitada: y así á mi cuenta está tener siempre, como los Apóstoles, un ardiente deseo de ver á Cristo nuestro Señor, y gozar de su presencia y visita interior, no por mi solo gusto, sino porque le amo, y querria estar siempre con él, por el grande bien que de aquí resulta; y como la Esposa puedo decir á los Ángeles, y almas de los bienaventurados (*Cant.* v, 8): Adjúroos, hijas de Jerusalen, que si halláreis á mi Amado, le digais como estoy enfermo de amor; deseando su dulce presencia, para confortar con ella mi flaqueza.

2. La segunda propiedad es, que estas apariciones eran de repente, y cuando menos pensaban los Apóstoles; duraban poco tiempo, y á veces de repente se les desaparecia, como á los discípulos de Emaús, dejándolos, como dicen, con la miel en la boca. Así tambien las visitas interiores suelen venir de repente, y cuando mas descuidados estamos: y tambien suelen durar poco tiempo, y de repente se acaban, porque quiere Nuestro Señor que andemos en esta continua mudanza, colgados de su misericordia, y que un poco le veamos (*Joan.* XVI, 16), y otro poco no le veamos; un poco estemos alegres con su presencia, y otro poco tristes con su ausencia, y deseosos de que vuelva. Y así dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), que en esta vida puede haber alegría con la presencia del Esposo, pero no hartura, porque aunque nos alegra su visita, pero moléstanos la mudanza; y cuando viene, *Est rara hora, brevis mora* (*Apoc.* VIII, 1;

D. Greg. Lib. XXX Moral. *c.* 12), es pocas veces, y por poco tiempo, porque este silencio que se hace en el cielo del alma justa, apenas dura media hora. En lo cual nos hemos de conformar con la divina voluntad, ciertos de que todo va encaminado á nuestro mayor provecho.

3 La tercera propiedad es, que así como las apariciones no eran siempre á un mismo tiempó, ó lugar, ó en una misma ocupacion, sino en diferentes, porque á la Magdalena se le apareció en el huerto, junto al sepulcro; á dos discípulos en el camino de Emaús; y á los once Apóstoles en el cenáculo; á otros siete á la ribera del mar, y á otros en el monte de Galilea; así tambien las visitas interiores no tienen lugar, ni tiempo, ni ocupacion determinada; porque suelen suceder en la oracion, y en la leccion espiritual, en la mesa, ó en el ejercicio de alguna buena obra: á veces en el recogimiento y en el dia de fiesta, y á veces en el campo y en el dia de trabajo, porque quiere Nuestro Señor que en todo tiempo, lugar y ocupacion estemos aparejados de tal manera, que no pongamos impedimento á su visita y consolacion, y que siempre estemos colgados de su providencia, porque, *spiritus ubi vult spirat* (*Ioan.* III, 8), el espíritu inspira donde quiere, visitándonos con sus inspiraciones, en el lugar y tiempo y ocasion que le parece.

4. La cuarta propiedad es, que en estas apariciones algunas veces precedian visitas de Ángeles, otras veces se mostraba Cristo nuestro Señor en diversa figura y traje, y poco á poco se iba manifestando; y otras veces de repente se manifestaba del todo, ya con mucho resplandor, como á la Vírgen nuestra Señora, ya con poco, conforme á la disposicion de las personas á quien se aparecia; de la misma manera en las visitas espirituales de las almas comunica Nuestro Señor la luz y conocimiento de su divina presencia, y los demás favores interiores, en varios modos, conforme á la ordenacion de su eterna sabiduría, y á la disposicion de las almas á quien visita. Lo que de nuestra parte hemos de procurar, es un ánimo generoso y confiado, esperando y deseando de Nuestro Señor, no menos que á él mismo, y pidiéndole siempre lo mejor, y lo que mas le agrada, porque esta grandeza de confianza y esta generosidad de corazon, como dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), alcanza de Dios grandes cosas, á imitacion de un Moisés, que dijo á Dios: *Ostende mihi teipsum* (*Exod.* XXXIII, 18): muéstrateme á tí mismo, y oyó por respuesta: *Ego osténdam omne bonum tibi;* yo te mostraré todo el bien. Y de un David que decia (*Psalm.* XXVI, 8): Á tí dijo

mi corazon, mi rostro te buscó, y tu rostro buscaré; y con esta determinacion llegó á tanta alteza, que vino á decir (*Psalm.* LXXII, 25): ¿Qué tengo yo en el cielo; y fuera de tí, qué otra cosa deseo yo sobre la tierra? Estos y otros afectos semejantes puedo despertar en mi corazon, diciendo á Cristo nuestro Señor, unas veces como san Felipe (*Ioan.* XIV, 8): Señor, muéstranos á tu Padre, y bástanos. Otras veces como la Esposa (*Cant.* I, 6): Ó Amado de mi alma, muéstrame dónde apacientas, y sesteas á mediodía; descúbreme con tu lumbre celestial el lugar donde al mediodía con ferviente amor dormiste el sueño de la muerte, y á donde con luz clara, como de mediodía, manifiestas á los bienaventurados tu soberana gloria. Y descúbreme tambien los caminos del fervor, para que aproveche y crezca en tu servicio, sin parar hasta que llegue á la luz del perfecto dia. (*Prov.* IV, 18). Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS APÓSTOLES EL DIA DE LA ASCENSION.

PUNTO PRIMERO. — 1. Llegado el dia que Cristo nuestro Señor habia determinado subirse á los cielos, como habia amado á los suyos, que estaban en este mundo, al fin les dió mayores señales de amor; y para esto aquel dia se apareció á los discípulos en el cenáculo, estando comiendo, y comió con ellos amigablemente (*Act.* I, 4), con grandes muestras de amor; y luego les dijo como aquel dia se habia de partir para su Padre: y es de creer, que para consolarlos de la tristeza que esta nueva les causó, renovó algunas de las razones que les dijo en el sermon de la cena.-Lo primero, les diria (*Ioan.* XIV, 2): *Voy á aparejar lugar para vosotros, y otra vez vendré y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy esteis vosotros.* Como quien dice: Yo subo al cielo, para abrir sus puertas y dar entrada á los justos que le han merecido, para que gocen de las moradas que están aparejadas en la casa de mi Padre: alegraos, que yo volveré por vosotros en la hora de vuestra muerte, y os llevaré conmigo, poniéndoos en el lugar que mi Padre os tiene señalado. Ó Amado mio, subid en hora buena al cielo, pues es vuestro, y para Vos principalmente fue criado; pero no os olvideis de volver por mí, para que yo llegue á estar donde Vos estais, ayudándome con vuestra gracia, para que sea digno de que me admitais en vuestra gloria.

nas (*Iacob.* I, 17); y porque toda dádiva buena y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de las lumbres, que mora en las alturas. De donde sacaré dos avisos. El primero, que importa mucho fundarme en humildad, reconociendo mi desnudez y flaqueza, porque de mi cosecha ni tengo vestiduras, ni armas bastantes, ni me puedo vestir de ellas si otro no me viste, como á un niño. Y por esto Cristo nuestro Señor no dijo, estaos quedos hasta que os vistais, sino hasta que seais vestidos.

4. El segundo aviso es, que es temeraria presuncion salir á estas graves empresas antes de tener este caudal, y ser vestidos de la virtud de lo alto, porque quien sale á pelear sin armas contra fuertes enemigos, será destruido de ellos. Ó Padre de las lumbres, de quien proceden todos los dones celestiales, pobre soy en tu presencia y niño pequeñuelo, de tal modo, que ni tengo vestidura, ni me la puedo vestir, si tu misericordia no hace lo uno y lo otro conmigo. Vísteme, Señor, con la virtud de lo alto, para que con ella pueda acometer altas empresas de tu servicio, y no permitas que sin ella temerariamente me arroje á lo que no puedo; porque si quiero volar sin alas, en lugar de subir á lo alto, la soberbia me despeñará en lo profundo.-Últimamente, ponderaré que en decirles Cristo nuestro Señor que se estén quedos, hasta que sean vestidos con la virtud de lo alto, les da á entender que en recibiéndola, luego han de salir á su empresa, pues como es vicio de temeridad salir antes de recibir esta virtud, así será vicio de pusilanimidad no salir despues de recibida, como salieron los Apóstoles, y se verá en la meditacion XXIV.

PUNTO TERCERO. — 1. *Dicho esto* (*Luc.* XXIV, 50), *eduxit eos foras in Bethaniam; sacólos fuera de la ciudad á Betania, al monte que se llama de las Olivas.* (*Act.* I, XII). Aquí se ha de considerar como Cristo nuestro Señor dijo á todos los discípulos que estaban en el cenáculo, que se fuesen luego á Betania, al monte de las Olivas, porque desde allí habia de subirse al cielo: no consta si él mismo los sacó y acompañó algun rato, dejándose ver de ellos y no de los otros hombres que pasaban por el camino, ó si se desapareció y ellos se fueron solos. Como quiera que haya sido, los Apóstoles cumplieron luego el mandamiento de Cristo nuestro Señor. Y es de creer que á la salida del cenáculo, se acordarian de la salida que hicieron para el huerto de Getsemaní, que estaba á un lado del monte de las Olivas, llenos de grandes tristezas y congojas, temblando de miedo por los trabajos que esperaban con la muerte de su querido Maestro. Pero

ahora saldrian con grandes ansias, mezcladas de tristeza y alegría, esperando su gloriosa subida al cielo; y con este fervor caminarian con paso apresurado al lugar que les estaba señalado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que Cristo nuestro Señor escogió para subir al cielo el monte Olivete, á donde oró á su Padre con agonía y sudor de sangre, y á donde fue desamparado de sus Apóstoles, entregado por Judas á sus enemigos; preso de los judíos, atado con sogas y hollado con sus piés; y de donde salió á padecer las ignominias de la cruz, quiere subir á gozar las grandezas de su gloria, para que se entendiese que por estos trabajos ganó el cielo que iba á poseer; y para que yo entienda, que si tengo paciencia, lo mismo que fuere principio de mi humillacion lo será de mi exaltacion, y de los trabajos temporales subiré á los descansos eternos. Tambien para esta subida señaló á Betania, que quiere decir casa de obediencia; y al monte de las Olivas, que representa la cumbre de la misericordia y caridad, para significar que todas las cosas que hizo, desde que encarnó hasta que subió á los cielos, fueron por obedecer á su Padre con perfectísima obediencia, en cuya casa siempre vivió, sin apartarse de ella. Y todas tambien fueron por el supremo fin de la caridad y misericordia, para bien de los hombres, por su amor, y por librarlos de sus miserias. Y juntamente nos enseña que el camino para subir al cielo es Betania, y monte de Olivas, casa de obediencia y cumbre de caridad y misericordia, castificando, como dice san Pedro (I *Petr.* I, 22), y pacificando nuestras almas con obediencia de caridad. Ó Hijo unigénito del Padre, que por los caminos de la obediencia y caridad subiste á sentarte á su mano derecha; suplícote me favorezcas, para que toda mi vida more en casa de obediencia, sin apartarme un punto de tu voluntad, procurando siempre subir á lo mas alto de la caridad y misericordia, hasta que llegue á subir contigo á lo alto de tu reino, donde te vea y goce por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION XVIII.

DE LA ASCENSION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. Estando todos los discípulos y la Vírgen santísima en el monte de las Olivas (*D. Thom.* 3 *p. q.* 57; *Marc.* XVI; *Act.* I), mostróseles Cristo nuestro Señor con un rostro mas resplandeciente y amoroso que solia, y en lugar de los abrazos que se sue-

len dar los que se aman cuando se apartan unos de otros, consintió que todos besasen sus sacratísimos piés y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaria el corazon: llegaria primero la Vírgen nuestra Señora, la cual con título de Madre besaria la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo, para subirse con él al cielo, si le fuera concedido; mas como estaba muy resignada en la divina voluntad, no queria otra cosa mas de lo que Dios queria. Llegó luego san Pedro y san Juan, y los demás Apóstoles y discípulos, tocándole todos con grande reverencia y devocion.

2. Luego dice san Lucas (*Luc.* xxiv, 50): *Elevatis manibus benedixit eis*, que levantando las manos los bendijo. Dos cosas hizo Cristo nuestro Señor. La primera fue, levantar las manos en alto, para significar que la bendicion que pretendia echarles, no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que habia sido ganada por su pasion y muerte, levantando las manos en la cruz; y levantó ambas manos, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendicion, ofreciéndonos á manos llenas los bienes de gracia y gloria. De donde sacaré grandes afectos de alabanza y agradecimiento, diciendo con san Pablo (*Ephes.* i, 3): Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendicion espiritual en las cosas celestiales, por su Hijo. Ó Cristo benditísimo, por el dolor y amor excesivo con que levantaste tus manos en la cruz para ganarme las bendiciones celestiales, te suplico las levantes ahora para echarme tu copiosa bendicion: concédeme, Señor, que levante yo las mias al cielo, con oraciones y obras tan perfectas, que merezca levantes tú las tuyas, para bendecirme con ellas.

3. Lo segundo, dice san Lucas, que les bendijo, declarando con palabras los bienes que deseaba y pedia para ellos. Y aunque no sabemos las palabras que dijo, ni los bienes que deseó y pidió para ellos, puede ser que haya dicho aquellas palabras con que mandaba Dios que bendijesen á los hijos de Israel (*Num.* vi, 24): Bendígaos el Señor, y él os guarde; muéstreos su divino rostro y tenga misericordia de vosotros; convierta su faz para miraros con buenos ojos, y concédaos su paz para siempre. Ó quizá repetiria parte de la oracion que hizo en el sermon de la cena, que fue la suprema bendicion que les podia echar, diciendo á su eterno Padre (*Joan.* xvii, 11): Padre santo, en tu nombre y con tu virtud guarda y ampara estos que me diste, para que sean una cosa, como yo y tú lo somos; y despues suban á donde yo subo, para que vean la claridad

que me diste y el amor que me tuviste antes de la creacion del mundo; y como la bendicion de este Señor no es de solas palabras sino de obras, haciendo lo que dice, juntamente les llenaria de aquellos bienes celestiales que pedia para ellos. Ó dulcísimo Jesús, á quien todos los ausentes estaban presentes en aquella hora, dadme parte en esta vuestra bendicion, pues de ella está colgado todo mi remedio; no sea yo como el reprobado Esaú, que no alcanzó la bendicion cumplida de su padre Isaac. Bendecidme, Padre mio, por la despedida, no con bendicion de la tierra, sino con bendicion del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Dada la bendicion, comenzó el Salvador poco á poco á levantarse de la tierra. (*Luc.* XXIV, 51). *Et ferebatur in coelum*, é iba subiendo al cielo, no como Elías (IV *Reg.* II, 11), arrebatado de un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinacion es subir á lo alto, como su propio lugar. Iban con él acompañándole todas las almas de los justos, y muchos coros de Ángeles, que bajaron del cielo para subir con él; los discípulos tenian enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro, con tres afectos encendidísimos. -El primero de admiracion, viendo una cosa tan nueva, como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestras de tanta grandeza. -El segundo de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en él resplandecia. No rasgaron sus vestiduras por tristeza, como rasgó las suyas Eliseo, cuando vió que su maestro Elías era llevado al cielo, antes darian saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad.

2. El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle y subirse con él; porque los corazones se iban tras su Amado; cumpliéndose aquí lo que estaba profetizado (*Psalm.* LXVII, 19): Subiendo á lo alto llevó cautiva la cautividad. Dos suertes de cautivos llevaba Cristo consigo, unos real y verdaderamente en sus propias personas, como eran los justos que sacó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo. Pero demás de esto, llevaba cautivos los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguian con el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de él apartar. ¡Oh quién me diese que fuese yo uno de estos cautivos de Jesús! Ó dulcísimo Jesús, llevad con Vos mi corazon cautivo al cielo, para que esté allá siempre en vuestra compañía. Gózome de que subais

por esos aires volando como águila, y provocando á vuestros hijos á que vuelen con Vos. (*Deut.* XXXII, 11). Dadme, Señor, alas de águila, con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo mis pensamientos y deseos en solo seguiros, pues fuera de Vos nada quiero sobre la tierra, ni deseo mas que gozaros en el cielo.

PUNTO TERCERO. — 1. *Estando los discípulos mirando á Cristo nuestro Señor como subia, una nube le recibió, y se le quitó de los ojos.* (*Act.* I, 9). Aquí se ha de considerar el misterio de esta nube; la cual en llegando Cristo nuestro Señor cerca de la region del aire, le recibió dentro de sí á vista de los Apóstoles. Y es de creer que seria una nube muy hermosa y resplandeciente, cual convenia para significar la majestad del Señor que subia en ella, y la hermosura del cielo á donde iba, cumpliéndose lo que estaba escrito (*Psalm.* CIII, 3): Pones tu subida sobre una nube y andas sobre las plumas de los vientos, que es decir: Sirveste de las nubes como de carros triunfales, para subir volando por esos aires con grande pompa y majestad. ¡Oh qué alegría sentirian los Apóstoles con la vista de este glorioso carro en que iba su Maestro! Y aunque no dieron voces como Eliseo, cuando vió subir á Elías en el carro de fuego, porque la suspension del espíritu les quitaba el uso de la lengua, pero cada uno diria en su corazon lo que dijo Eliseo (IV *Reg.* II, 12): Padre mio, padre mio, carro de Israel y guia suya. Ó Padre mio amantísimo, fortaleza y defensa de los verdaderos israelitas, fuertes en servirte y cuidadosos en contemplarte, ¿á dónde te vas y me dejas? Ó Padre mio dulcísimo, gobernador y protector de los que confian en tí, admíteme en ese carro triunfal; dame entrada en esa nube resplandeciente, para que te siga siquiera con el espíritu, y entre á contemplar la gloria de tu soberana majestad.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como habiendo Cristo nuestro Señor subido un rato en esta nube, ella misma le encubrió y quitó de los ojos de sus discípulos; en lo cual esta nube representa todo aquello que nos impide ver á Cristo, y nos hace perder de vista á Dios; lo cual sucede en dos maneras: unas veces es por nuestra culpa, y entonces nuestras culpas son las nubes, las cuales ponemos entre nosotros y Dios, y son grande impedimento de la oracion y contemplacion, segun aquello de Jeremías, que dice (*Thren.* III, 44): Pusiste delante de tí una nube para que la oracion no pase al cielo; y pues yo puse esta nube, á mi cuenta está, con la divina gracia, quitarla por medio de la penitencia y mortificacion, examinando en particular si es nube de soberbia ó de codicia, ó de algun

amor desordenado á criaturas, y aplicando medios eficaces para deshacer lo que tanto bien me estorba.

3. Otras veces se pone esta nube sin nuestra culpa, por providencia de Dios, el cual como á ciertos tiempos se nos descubre, así tambien á ciertos tiempos se nos cubre, y quiere que no le veamos por la suave contemplacion de su presencia, para que acudamos á otras cosas de su servicio. Y generalmente la flaqueza de nuestra carne, la cortedad de nuestro entendimiento y la muchedumbre de cuidados y necesidades que padecemos en esta vida mortal, son como nubes que nos estorban poder contemplarle con la claridad y continuacion que deseamos, como las nubes que pasan á menudo por el aire nos quitan la vista del sol. Ó Dios infinito, que moras en una luz inaccesible á los mortales (*Tit.* VI, 16), quita de mi alma las nubes de los pecados que yo he puesto, y deshaz los nublados de tentaciones y turbaciones que padezco, para que pueda contemplar tu gloria en esta vida mortal, hasta que llegue á verte cara á cara, sin impedimento de nube alguna en la vida eterna. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Despues que los Apóstoles perdieron de vista á Cristo nuestro Señor, como estaban tan admirados y enajenados de sí, no por eso dejaban de mirar al cielo, y se estuvieran en aquella éxtasis mucho tiempo, si el Señor no proveyera quien los despertara. (*Act.* I, 10). *Luego vinieron dos Angeles, en forma de varones, con vestiduras muy blancas, y les dijeron: Varones de Galilea, ¿qué haceis aquí mirando al cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, así volverá como lo vísteis subir al cielo.* En las cuales palabras los Ángeles dieron dos maravillosos avisos á los discípulos, y en ellos á nosotros.-El primero, que la suspension y admiracion, y los demás afectos de la divina contemplacion en esta vida se han de tomar con medida y tasa, porque no son fin último, sino medio para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio; y así por modo de reprension les dijeron los Ángeles: ¿Qué haceis mirando al cielo? como quien dice: cesad, basta lo que habeis mirado, volveos á cumplir lo que está á vuestro cargo.

2. El segundo aviso fue, que juntasen la memoria de esta subida de Cristo al cielo, con la memoria de la vuelta á juzgar, para que la vista de la primera confirmase la fe de la segunda, y para que las predicasen ambas juntamente á los hombres; porque si se descuidasen de vivir bien, con decir que su Señor estaba ausente y se habia subido al cielo, se reformasen, acordándose que habia de volver á juzgarles. Y no les dicen cuándo ha de volver, sino que vol-

verá, para que cada dia estén en espera de su vuelta, y teman la cuenta que le han de dar; y aunque es verdad que volverá así como subió, cuanto á la majestad y grandeza que mostró en la subida, pero el que sube amoroso y blando con muestras de grande amor, volverá terrible y espantoso con señales de grande rigor; y tomará cuenta de lo que nos encargó en la partida, sin perdonar al que hallare culpado. Por tanto, alma mia, en el dia de los bienes acuérdate de los males (*Eccles.* XI, 27), y en el dia de la subida de Cristo al cielo para ser tu abogado, acuérdate de su vuelta para ser tu juez: mira bien lo que te dejó encargado y procura cumplirlo, para que cuando vuelva te lleve consigo, subiendo á reinar con él en su cielo. Amen.

3. Oyendo los discípulos este recado de los Ángeles (*Luc.* XXIV, 52), *haciendo su adoracion, se volvieron á Jerusalen, cum gaudio magno, con grande gozo:* porque como entendieron que su Maestro estaba ya en el trono del cielo, postrados en tierra le adoraron con grande reverencia, supliendo con la vista de la fe lo que no alcanzaban con la vista del cuerpo; y volviéronse con grande gozo: porque aunque volvian sin su Maestro, volvian como gente perfecta, que se goza mas de lo que Dios quiere, que de lo que su carne desea, y se alegra mas de la gloria de Cristo, que de su propio gusto. Las causas de este gozo fueron tres: es á saber, la firmeza de fe con que quedaron, viendo cuán glorioso fin habian tenido las cosas de su Maestro, y por lo pasado quedaban muy certificados de todo lo que estaba por venir. Además, la grande esperanza que cobraron de que les enviaria el Espíritu Santo que les habia prometido, y que vendria tiempo en que habian de subir con él á estar donde él está, conforme á la palabra que de esto les dió. Y finalmente el grande amor que le tenian, de cuya gloria se gozaban como si fuera propia; y aunque los cuerpos caminaban por la tierra desde el monte de las Olivas á Jerusalen, sus corazones estaban en el cielo, contemplando la gloria de su Señor, y de aquí les resultaba tanto gozo.

4. Estas tres cosas han de causar tambien grande gozo en mi alma, avivando la fe, esperanza y caridad con Cristo mi Señor, gozándome de su gloria, y alegrándome con la esperanza de subir donde él está; para lo cual tengo de procurar quitar de mí todo lo que puede impedir esta subida, como son pecados, vicios y aficiones desordenadas á cosas terrenas, y aun descargarme de la demasía de estas cosas, para poder mas ligeramente volar á donde está Cristo, pues por esto dijo su Majestad (*Matth.* XXIV, 28): Que á don-

de está el cuerpo, allí se juntarán las águilas; esto es, á donde está el cuerpo de Cristo nuestro Señor glorificado, subirán aquellos que se han renovado como águilas (*Psalm.* CII, 5), y con la confianza en Dios mudaron su fortaleza (*Isai.* XL, 31), y tomando alas de águila, suben á contemplarle, y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio. Ó Rey del cielo, que como águila real subes por esos aires y pones tu nido en lo mas alto del cielo (*Iob,* XXXIX, 27), provocándome á que te siga con el deseo; renueva mi juventud como la del águila, para que cobre nueva virtud y fortaleza, y con ella pueda volar tras tí, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazon á donde está tu cuerpo glorificado, para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversacion en el cielo, donde tú vives y reinas, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LA ENTRADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL CIELO EMPÍREO, Y DE SU ASIENTO Á LA DIESTRA DEL PADRE.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar el glorioso triunfo con que Cristo nuestro Señor entró en el cielo empíreo (*Marc.* XVI, 19); en lo cual se ha de ponderar el acompañamiento que llevaba; la alegría y música con que entró; las pláticas y razonamientos que hubo en la entrada.–El acompañamiento era de todas las almas que habia sacado del limbo, con algunos justos ya glorificados en el cuerpo, si es verdad que los que resucitaron con Cristo no tornaron mas á morir, cumpliendo lo que estaba escrito (*Ephes.* IV, 8), que subiendo á lo alto, llevó consigo cautiva á la cautividad. Esto es, llevó las almas que habian estado cautivas en el limbo, tomándolas por sus prisioneras, con prisiones de amor, y con sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo y penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. ¡Oh qué gozosa iba esta compañía de ilustres cautivos y prisioneros, siguiendo á su Capitan, deseando verse en el trono de su gloria, á donde habian de tener perfectísima libertad! Miraban la estrechura y oscuridad del limbo de donde salieron, y comparábanla con la anchura y claridad del cielo empíreo donde entraban; y admirados de la belleza de este lugar, diria cada uno aquello del salmo (*Psalm.* LXXXIII, 2): ¡Oh cuán amables son

tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima los codicia y desfallece, mirando los palacios del Señor.

2. Con esta vista comenzó luego la música celestial que dice David (*Psalm.* XLVI, 6): Sube Dios con júbilo, y el Señor con voz de trompeta. ¡Oh qué júbilos de alegría sentian aquellas almas, acompañando á su Dios! qué voces de alabanzas mas sonoras que de trompetas salian de sus corazones, glorificando á su Señor! Unas á otras se provocarian á cantar estos cánticos de alabanza, diciendo lo del mismo David: Cantad á nuestro Dios, cantad, cantad á nuestro Rey, cantad, y cantad con gran sabor, porque Dios es Rey de toda la tierra, y se sienta sobre su santa y real silla. Tambien dirian lo del otro salmo (*Psalm.* LXVII, 33): Cantad al Señor que sube sobre el supremo cielo al Oriente, y allí mora en una luz inaccesible, para alumbrar á sus escogidos, con la lumbre de su gloria.

3. Con el coro de las almas, entraba tambien un coro de innumerables Ángeles que vinieron para acompañar á Cristo nuestro Señor, sirviéndole, como dice David (*Psalm.* LVII, 18), como de carros triunfales, y eran millares de millares: *millia laetantium.* Todos con grande alegría, cantando los triunfos de su victoria, haciendo entre sí diálogos y coloquios para descubrir su grandeza, unos decian á los otros: Abrid, príncipes, vuestras puertas; abríos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria. Otros respondian por via de admiracion (*Psalm.* XXIII, 8): ¿Quién es este Rey de la gloria que quiere entrar por estas puertas? El Señor fuerte y poderoso, poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes; este es el Rey de la gloria. Otros le preguntaban por via de regocijo (*Isai.* LXIII, 1): ¿Quién es este que viene de Edon, teñidas las vestiduras de Bosra, hermoso en su vestidura, y que camina con la muchedumbre de su virtud? que es decir: ¿Quién es este que sube del mundo sangriento y del lugar de la batalla, vestido con una humanidad bordada con señales de heridas, pero hermosa á maravilla y con muestras de grande virtud y fortaleza? Yo soy, dice, el que hago justicia y el que peleo para salvar. Yo hice en el mundo justicia, pagando los pecados de los hombres, peleando contra el demonio para salvarlos. Ahora hago justicia, subiéndome á mí y á ellos al cielo que les tengo merecido. Entonces todos á una voz dirian lo del Apocalipsis (*Apoc.* III, 12): Digno es el Cordero que fue muerto de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la honra, gloria y fortaleza, y la bendicion y alabanza, por todos los siglos. Amen. Ó Salvador del mundo, gózome de este vuestro triunfo tan glorioso que teneis bien me-

recido. (*Psalm.* CXXXI, 8). Subid, Señor, á vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificacion, pues tan bien habeis trabajo por nosotros. (*Psalm.* CVII, 6). Levantaos sobre los cielos; subid sobre los Querubines (*Psalm.* XVII, 11), y volad sobre las plumas de los vientos, y poneos encima de todas las criaturas, pues sois mejor que todas ellas; dadme licencia que entre con esos coros angelicales, y que juntando mis voces con las suyas, os alabe y bendiga diciendo con ellos: Santo, santo, santo, es el Señor Dios de las batallas; el que es, el que fue, y el que ha de venir: Llenos están los cielos de vuestra gloria, con la entrada tan gloriosa que haceis en ellos.

4. Mas sobre todo se ha de ponderar la alegría de Cristo nuestro Señor en este triunfo, porque tambien por el mismo se puede decir (*Psalm.* XLVI, 6): *Ascendit Deus in jubilo.* Dios sube con grande júbilo, alegrándose su ánima santísima con gran regocijo, por ver el dichoso fin de sus trabajos; y como el pastor que habia hallado la oveja perdida y la traia consigo al cielo, de donde bajó en su busca (*Luc.* XV, 6), diria á los Ángeles que se alegrasen con él, y le diesen el parabien de haberla hallado. Ó Pastor soberano, que tan á costa vuestra buscásteis la oveja del linaje humano, gózome del gozo que teneis subiendo con ella triunfante sobre todos los cielos. Sea para bien la gloria de vuestro triunfo, por la cual os suplico me hagais participante de él, buscándome y hallándome en esta vida, y subiéndome despues á gozar con Vos en la otra.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Entrando de esta manera Cristo nuestro Señor por los cielos, y habiéndolos penetrado todos, como dice san Pablo (*Hebr.* IV, 14), y llegado á lo supremo del cielo empíreo, presentó al Padre eterno aquella dichosa cautividad que llevaba consigo (*D. Thom.* 3 *p. q.* 57, *art.* 4, *q.* 58), y como quien le daba cuenta de lo que en el mundo habia hecho en su servicio, le diria lo que dijo en el sermon de la cena (*Ioan.* XVII, 4): *Padre, yo he manifestado tu nombre á los hombres, y te he glorificado sobre la tierra, acabando la obra que me encomendaste; ahora, Padre, clarifica á tu Hijo, con la claridad que tuve delante de ti, antes que criases al mundo.* ¡Oh qué contento recibiria el Padre eterno, con el presente que su Hijo le hacia, y con grande regocijo le mandaria sentar á su mano derecha (*Marc.* XVI, 19), cumpliendo lo que habia profetizado David en un salmo (*Psalm.* CIX, 1): Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi mano derecha. Dice que se siente, para significar su señorío quieto y sosegado, y la dignidad infinita de su persona; dice que se siente á su mano derecha, para que se entienda que le da los

mejores bienes de su gloria, entronizándole sobre los Ángeles y Arcángeles, sobre las Potestades y Dominaciones, sobre los Querubines y Serafines, como cabeza y señor de todos, porque á ninguno de los Ángeles dijo: Siéntate á mi diestra, antes quiere que todos sean sus criados, y ministros de su gobierno. (*Hebr*. I, 13).

2. Aquí tengo de ponderar que bien premió el Padre eterno á su Hijo los servicios que le hizo, ensalzando sobre todos al que se humilló mas que todos: por el trono de la cruz, le dió el trono de su majestad; por la corona de espinas, la corona de gloria; por la compañía de ladrones, la compañía de las jerarquías angélicas; por las ignominias y blasfemias de los judíos, las honras y alabanzas de los espíritus bienaventurados; y porque bajó hasta lo mas profundo de la tierra, le hizo subir hasta lo mas alto del supremo cielo (*Ephes*. IV, 9), y le dió un nombre sobre todo nombre, á quien todos se arrodillen y adoren, reconociendo que Jesús está en la gloria de Dios Padre. (*Philip*. II, 9). Aprende, ó alma mia, á humillarte por Cristo, porque sin duda serás ensalzada con Cristo, pues la fidelidad que tuvo el Padre con el Hijo unigénito, tendrá con sus hijos adoptivos por el amor que tiene al Hijo natural, en cuyo premio está encerrado el nuestro; porque como dice el Apóstol (*Ephes*. II, 4): Dios, que es rico en misericordia, por la mucha caridad con que nos amó estando muertos por el pecado, nos hizo vivos á Cristo, por cuya gracia somos salvos, y con él nos resucitó y nos hizo asentar en los cielos con Cristo Jesús.

3. De aquí tengo de sacar afectos grandes de confianza, esperando de subir con Cristo á los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre y en los grandes merecimientos del Hijo. Y tambien grandes propósitos de no buscar otra cosa que á Cristo nuestro Señor y su santísima voluntad, acordándome siempre de lo que dice san Pablo (*Colos*. III, 1): *Quae sursum sunt quaerite, ubi Christus est in dextera Dei sedens:* buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre. Ó dulcísimo Jesús, si donde está mi tesoro, allí está mi corazon, donde Vos estais ha de estar siempre, porque Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso. Ea, alma mia, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor está ya de asiento en el cielo; date prisa á caminar donde está. Ya se han abierto las puertas del cielo que tantos millares de años habian estado cerradas. Alégrate con estas nuevas; corre con ligereza de ciervo, vuela con alas de águila, sube con el corazon al trono de tu Señor, y mora siempre junto á su

celestial estrado; porque si ahora moras allí con el espíritu, despues morarás con él glorificada tambien con el cuerpo, por todos los siglos. Amen.

Punto tercero.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como sentado Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre, comenzó luego á hacer su oficio, distribuyendo las sillas del cielo entre las almas que subió consigo. Á unas puso entre los Ángeles, á otras entre los Arcángeles y Principados, y á otras entre los Querubines y Serafines, dando á cada uno el lugar y silla conforme á sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daria á los Patriarcas y á los Profetas; al glorioso san José y al gran Bautista; y tambien el lugar que daria á los que subieron con él glorificados en sus cuerpos. ¡Oh qué contentas estarian aquellas almas cuando se viesen en tales tronos y entre tan gloriosa compañía! oh qué alegres estarian los Ángeles, cuando viesen llenas las sillas que sus compañeros por su soberbia dejaron vacías, reparando, como dice David (*Psalm.* cix, 6), en los hombres las ruinas y caidas de los malos Ángeles! ¡Oh cuán bien cumplió el Padre eterno la palabra que dió á su Hijo, cuando le dijo (*Isai.* liii, 12): Porque entregó su alma á la muerte, yo le repartiré muy muchos que le sirvan, y dividirá entre los fuertes sus despojos! Gózome, ó dulce Jesús, de que esté á vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza. Hacedme, Señor, fuerte en vuestro servicio, para que merezca participar de vuestros despojos.

2. Tambien puedo considerar como Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre comenzó luego á hacer su oficio de abogado por los hombres que quedaban en la tierra, mostrándole las llagas que recibió por redimirlos y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde sacaré grandes afectos de amor y confianza, acordándome de lo que dice san Pablo (*Hebr.* iv, 14): Pues tenemos un gran Pontífice que penetró los cielos, Jesús, Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesion de nuestra esperanza, no desfalleciendo en confesar lo que creemos, ni en pretender lo que esperamos; y especialmente cuando me viere caido en pecados, tengo de acordarme de lo que dice san Juan (1 *Ioan.* ii, 1): Hijuelos mios, estas cosas os escribo para que no pequeis; mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado á Jesucristo justo, el cual es propiciacion por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo. Y siendo tan justo como es, y habiendo hecho una redencion tan copiosa como la que hizo, no

dejará de abogar por mí y aplicarme el perdon que me ganó; y habiendo abierto para mí las puertas del cielo, no me las cerrará, antes me admitirá á tener parte con él en su reino para gloria de su Padre, con quien vive y reina por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XX.

DEL RECOGIMIENTO Y ORACION QUE TUVIERON LOS APÓSTOLES DESPUES DE LA ASCENSION HASTA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Volviéndose los discípulos á Jerusalen, entraron en el cenáculo, y estuvieron allí Pedro, Juan y los demás apóstoles, perseverantes unanimiter in oratione, cum mulieribus, et Maria mater Iesu, et fratribus ejus: perseverando todos con un mismo ánimo en la oracion juntamente con las devotas mujeres y con María, madre de Jesús, y con sus hermanos.* - Lo primero, se ha de considerar como los Apóstoles, movidos del espíritu de Cristo, se recogieron estos diez dias en aquel cenáculo, apartándose del bullicio y tráfago de la gente, ejercitándose en oracion fervorosa, para negociar la venida del Espíritu Santo; porque aunque Cristo nuestro Señor se le habia prometido, sabian que las divinas promesas se cumplen por medio de la oracion, especialmente esta de la cual les habia dicho el mismo Señor (*Luc.* XI, 13): Si vosotros, siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará el espíritu bueno al que se le pidiere? Esta oracion acompañaron con otras excelentes virtudes, que se apuntan en las palabras dichas.

2. *Condiciones de la oracion para alcanzar el Espíritu Santo.* — Porque lo segundo, dice san Lucas que estaban todos muy unidos y conformes, teniendo un corazon y una voluntad, orando todos á una, porque sabian que la oracion de muchos unidos con amor es muy eficaz delante de Dios, segun aquello que su Maestro les habia dicho (*Matth.* XVIII, 19): Dígoos de verdad, que si dos de vosotros se concertaren entre sí sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren se la concederá mi Padre que está en los cielos, porque á donde están dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Como quien dice: Serán oidos de mi Padre; porque yo estoy con ellos ayudándoles á orar, y abogando y orando con ellos. Y como Cristo nuestro Señor les habia encargado tanto el amor, procuraban señalarse en esta conformidad de voluntades que causa el mismo amor.

3. Lo tercero, no solo estaban unidos unos con otros, sino cada uno consigo mismo, de donde procede ser la oracion recogida, teniendo unidas sus potencias para orar, porque tambien en este sentido dice san Ambrosio (In institut. ad Virg. *c.* 2), se entiende lo que Cristo nuestro Señor dijo, que será oida la oracion cuando en ella conciertan dos; esto es, el hombre exterior y el hombre interior, el cuerpo y el alma, concordando con verdadera mortificacion y sujecion del cuerpo al alma, y ambos han de concordar con otro tercero, que san Pablo llama espíritu; de modo, que para orar se aunen el cuerpo con los sentidos, y el alma con la imaginacion y apetitos inferiores, y el espíritu con las potencias superiores, memoria, entendimiento y voluntad, y entonces estará Cristo en medio de estos dos ó tres unidos en su nombre, ayudándoles á orar.

4. Lo cuarto, estaban con grande perseverancia en su ejercicio, sin interrumpirle ó aflojar en él por tibieza, acordándose de lo que su Maestro les habia dicho (*Luc.* XVIII, 1): Conviene siempre orar y no desfallecer. Y como Cristo nuestro Señor no les habia señalado tiempo para darles el Espíritu Santo, cada dia oraban y le pedian, multiplicando la oracion, como si aquel dia le hubieran de recibir, importunando á Dios que se le diese, para que cuando no mereciesen alcanzar este don por amigos, siquiera le alcanzasen por importunos, como se lo habia avisado su Maestro. - Finalmente, estaban (*Luc.* XI, 8) orando en compañía de la Vírgen sacratísima madre de Jesús, á la cual sin duda tomarian por patrona é intercesora, sabiendo que podia ella sola mucho mas con su Hijo y con el Padre eterno, que todos ellos. Y así la Vírgen oraba fervorosamente, y con su ejemplo animaba á los demás á que orasen con fervor y perseverancia; y su oracion fue tan eficaz, que podemos decir de ella, que como alcanzó con sus oraciones la apresuracion de la encarnacion del Hijo de Dios; así tambien alcanzó la apresuracion de la venida del Espíritu Santo, para bien de los Apóstoles y de todo el mundo.

5. En estas cuatro virtudes tengo de procurar imitar á los Apóstoles, para negociar la venida del Espíritu Santo: es á saber, oracion recogida con union de mis potencias y sentidos; union de caridad con todos; perseverancia con importunidad en pedir, y devocion á la Vírgen nuestra Señora, suplicándola como á Madre, que ore por mí y abogue delante del Padre eterno y de su Hijo, para que me concedan la plenitud del Espíritu Santo. De aquí tambien sacaré, que como el cenáculo donde estaban los Apóstoles es figura

de la Iglesia, la cual es casa de oracion y de union; así he de procurar que mi alma sea, como este cenáculo, adornada con estas virtudes, para que descienda en ella el Espíritu Santo, y la enriquezca con sus dones. Y juntamente daré muchas gracias á Nuestro Señor, por haberme puesto en su Iglesia; en la cual no oro solo, porque siempre ella ora por todos, y muchos justos oran unos por otros; y así en virtud de la comunion de los santos que hay en la Iglesia, mi oracion va acompañada con la de muchos justos, si quiero unirme con ellos.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar las causas y motivos que tuvieron los Apóstoles para este recogimiento y ejercicio de oracion, aplicándolas á mí mismo, por tener en mí la misma fuerza. -La primera fue haberles mandado Cristo nuestro Señor á la partida que se estuviesen quedos y quietos en la ciudad, hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo alto; y en cumplimiento de esto se recogieron al cenáculo, haciendo de él casa de oracion y lugar de refugio, acordándose de los misterios que allí se celebraron, y de las razones tan divinas que allí oyeron á su Maestro. Y como Cristo nuestro Señor antes de salir á predicar estuvo cuarenta dias recogido en el desierto, así quiso que sus Apóstoles estuviesen siquiera diez dias, negociando el espíritu con que habian de salir á predicar su Evangelio.

2. La segunda causa fue el conocimiento de su flaqueza é insuficiencia, y la experiencia que tenian de ella en las ocasiones pasadas, especialmente en el tiempo de la pasion, y como se veian privados de la presencia de su Maestro que les enseñaba y consolaba; así lo uno como lo otro les atizaba y encendia un fervorosísimo deseo de la venida del Espíritu Santo, para que los enseñase y fortaleciese en su virtud. Y así no cesaban de orar, gemir y suspirar por él. Unas veces le pedian al Padre eterno, por los merecimientos de su Hijo unigénito Jesucristo que en su nombre les habia prometido. Otras le pedian al mismo Jesucristo su maestro, suplicándole cumpliese la palabra que les habia dado de enviarle. Otras veces pedian al mismo Espíritu Santo, se dignase de venir á visitarles, enseñarles y consolarles; alegándole por título la necesidad que tenian de su presencia para cumplir con el oficio que les estaba encomendado. Y es de creer que algunas veces todos juntos en comunidad, levantadas sus manos al cielo, con gran clamor de corazon oraban, diciendo: Ven, ó santo Espíritu, hinche los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor. Ven, ó Espíritu criador y

consolador nuestro, visita las almas de tus siervos, llénalas de tu gracia celestial. Consuélalas con la dulzura de tu amor, y fortaléceles con la potencia de tu virtud. Pero quien con mas fervor oraba y solicitaba á las tres divinas Personas era la Vírgen, porque pedia con mas caridad, y no solo para sí, sino para los Apóstoles, porque si en las bodas cuando faltó el vino, luego acudió á pedirle á su Hijo, movida de compasion, ¿con cuánto mas fervor pediria ahora el vino del amor y fervor que procedia del Espíritu Santo, para aquella congregacion que estaba de él necesitada?

3. Á imitacion de estos santos varones tengo yo de atizar en mi alma semejantes deseos, pues me consta la grande necesidad que tengo de este divino Espíritu, procurando hacer á menudo coloquios con las tres divinas Personas, pidiéndosele á cada una; aprovechándome de los himnos y salmos en que se hace mencion de esto. Hablando con el Padre eterno ó con Cristo nuestro Señor, puedo decir aquellas palabras de David (*Psalm.* L, 12): Ó Dios inmenso, cria en mí corazon limpio, y renueva en mí el espíritu recto, vuélveme la alegría de tu salud, y confírmame con el espíritu principal. (*Psalm.* CIII, 30). Envia, Señor, tu espíritu y seré renovado, pues con él renuevas la sobrehaz de la tierra. Hablando con el Espíritu Santo, es muy á propósito el himno *Veni creator Spiritus*, y la secuencia que se dice en su misa, repitiendo con mucho fervor aquellas palabras: Ven, padre de los pobres; ven, dador de los dones; ven, lumbre de los corazones: *O lux beatissima, reple cordis intima tuorum fidelium*. Ó lumbre esclarecidísima, ó fuego encendidísimo, ven y penetra lo íntimo de mi corazon, purifícale, témplale, ilústrale, y abrásale con las llamas de tu divino amor.

4. Últimamente, ponderaré como el Espíritu Santo, cuyo es, como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 26), pedir por los justos con gemidos que no se pueden decir, iba encendiendo estos deseos en los corazones de los Apóstoles, porque los deseos son como precursores y aposentadores de Dios en el alma en quien ha de entrar, y aunque todos estos diez dias los iba atizando, pero en los postreros dias los encendia mucho mayores; y así tengo de suplicarle sea servido de prevenirme con tales deseos que me dispongan para recibirle. Ó espíritu divino y Dios eterno, de quien está escrito, que el fuego precede y viene delante de tí (*Psalm.* XCVI, 3), enciende en mi alma el fuego de estos deseos, para que abrase todo lo que puede ser estorbo de tu entrada en ella. Ó Apóstoles sagrados, á quien este divino Espíritu comunicó tales deseos, suplicadle me los comunique,

para que sea capaz de recibirle como lo recibísteis, pues mi necesidad no es menor que fue la vuestra. Ó Vírgen gloriosísima, mirad la falta que tengo de este vino con que el Espíritu Santo embriagó á los Apóstoles, y representádsela con gran fervor, para que por vuestra intercesion me embriague como á ellos. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que Cristo nuestro Señor dilató diez dias el cumplimiento de su promesa y la venida del Espíritu Santo. La primera fue, para enseñarnos la longanimidad con que hemos de esperar y pretender tan soberano don. Porque en la Escritura el número de diez significa muchedumbre de dias, y así se dice en el Apocalipsis (*Apoc.* II, 10): que la persecucion duraria diez dias, esto es, muy muchos. Quiere, pues, Nuestro Señor, que entendamos que la venida del Espíritu Santo es tan soberano beneficio, que se ha de pretender y esperar muchos dias, sin cansancio ni fatiga, porque todo tiempo es poco, y despues se paga bastantemente con el don que se da en un dia. Y tambien lo que presto se alcanza (*D. Basil.* De constit. monastic. c. 2 ad finem), presto se suele perder, como sucedió á Salomon, que alcanzó de presto el espíritu de la sabiduría; y como le costó poco, no dió buen cobro de él. De donde sacaré resolucion de pedir este don tan celestial con gran perseverancia, dure lo que durare la pretension, aplicando á este propósito lo que dijo Habacuc profeta. (*Habac.* II, 3). Si se tardare, espérale, porque viniendo vendrá, y no tardará. Y aunque tarde, conforme á tu deseo, no tardará conforme á lo que conviene á su grandeza, para que su venida te entre en provecho.

2. La segunda causa fue, para significar la perfeccion con que hemos de pretender este don, porque el número de diez significa esta perfeccion, segun aquello que dijo el profeta Baruch á su pueblo (*Baruch,* IV, 28): Diez veces mas habeis de convertiros á Dios, que os apartásteis de él, y así quien desea recibir la plenitud del Espíritu Santo, ha de convertirse á Dios con gran fervor y perfeccion, animándose á cumplir los diez mandamientos de su divina ley, y perseverar en este cumplimiento con grande instancia, porque oracion y obediencia recaban de Dios lo que le pedimos. Ó dulcísimo Jesús, que dijiste á tus Apóstoles (*Ioan.* XV, 7): Si permaneciéredes en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisiéredes pediréis, y dárseos ha: concédeme que permanezca en tí por verdadero amor, y tus palabras permanezcan en mí por entera obediencia, para que pidiendo lo que deseo, que es tu divino espí-

ritu, me le dés con grande plenitud. Algunos contemplan que en los nueve dias despues de la ascension, los nueve coros angelicales hicieron especial fiesta y adoracion á Cristo nuestro Señor, cada coro en su dia (*Niceph.* Lib. 1, c. 37); y á esta causa vino el Espíritu Santo el dia décimo. De donde puedo sacar deseo de imitar á estos nueve coros de Ángeles en estos nueve dias, pidiendo cada dia á un coro de ellos, que me negocie la venida del Espíritu Santo.

MEDITACION XXI.

DE LA ELECCION DE SAN MATÍAS AL APOSTOLADO, QUE SE HIZO EN ESTE TIEMPO.

PUNTO PRIMERO.— 1. *En estos dias san Pedro asistiendo en medio de todos los discípulos, que eran ciento y veinte, trató de elegir un apóstol en lugar de Judas: y habiendo nombrado dos, á Barsabas, por sobrenombre Justo, y á Matías, haciendo oracion á Dios que conocia los corazones, para que declarase el que tenia escogido; cayó la suerte sobre Matías.* (*Act.* I, 15).-Lo primero, se ha de considerar la providencia que tiene Nuestro Señor, de que nunca falte el número de sus escogidos para las dignidades y oficios de la Iglesia militante: porque así como faltando Judas, quiso que se escogiese Matías, para cumplir el número que tenia señalado de doce Apóstoles; así tambien cuando alguno falta en la fe y cristianismo, ó en la religion, ó en el grado que tiene en la Iglesia, llama y escoge otros en su lugar: por lo cual dijo en el Apocalipsis á un obispo (*Apoc.* III, 11): Ten lo que tienes, porque no reciba otro tu corona. De donde sacaré dos afectos importantes; uno de temor y humildad, viendo el peligro en que estoy de perder lo que tengo, y que otro entre en mi lugar, como sucedió al desventurado Judas, por quien dijo el Salmista (*Psalm.* CVIII, 8), y reciba otro su obispado, como ya ponderamos en la parte IV.

2. El segundo, es de grande confianza en la providencia que tiene Dios con su Iglesia y con las religiones, y con todas las comunidades dedicadas á su servicio, inspirando á muchos que sucedan en lugar de los que desfallecen y mueren.-Tambien tengo de ponderar como Cristo nuestro Señor gobierna suavemente su Iglesia por medio de los pastores que puso en ella: porque pudiendo en los cuarenta dias que estuvo en el mundo despues de su resurreccion escoger otro apóstol en lugar de Judas, como habia escogido á los de-

más antes de su pasion, perteneciéndole esto por razon de su dignidad y excelencia, no quiso hacerlo, sino remitirlo á san Pedro y al colegio apostólico, para que ellos nombrasen, y por su medio se hiciese la eleccion, asistiendo su Majestad invisiblemente á ella, lo cual ordenó así para honrar á sus vicarios y ministros, y para enseñarnos que lo que ellos hacen es por providencia suya, y han de ser obedecidos en ello como si él mismo lo ordenara, pues por esto les dijo (*Luc.* x, 16): El que á vosotros oye, á mí oye.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar lo que hicieron de su parte los Apóstoles en este caso. Lo primero, ponderaré la solicitud que tenia san Pedro, como cabeza de aquella congregacion, en cumplir las obligaciones de su oficio, inspirándole Dios lo que habia de hacer, y aprovechándose de la luz que le dió cuando le abrió el sentido para que entendiese las Escrituras, y así entendió muy bien lo que decian de Judas (*Psalm.* CVIII, 8): Reciba otro su obispado. Tambien es de creer que en este caso y otros semejantes consultaria lo que habia de hacer con la Vírgen nuestra Señora, como con maestra de todos, ilustrada mas que todos en los misterios de la fe, y en el conocimiento de las divinas Escrituras; de donde sacaré que los prelados y todos los demás que se dan á tiempos al recogimiento de la oracion, no por esto han de faltar á las obligaciones de su oficio, pues con la oracion y con el cumplimiento de la voluntad de Dios se disponen á recibir lo que por el recogimiento pretenden.

2. Lo segundo, se han de ponderar algunas virtudes heróicas que ejercitó aquella santa congregacion, como señales de lo que el Espíritu Santo habia luego de obrar en ella. – La primera fue, una grande obediencia y sujecion al parecer y juicio de san Pedro, sin haber quien le replicase ni contradijese, pues pudiera alguno decir que era mejor dilatar esto para cuando hubiese venido el Espíritu Santo, con cuya presencia se acertaria en esta eleccion; antes todos rindieron su juicio al de su pastor, é hicieron lo que les proponia, enseñándonos el modo de obedecer á nuestros prelados con prontitud y rendimiento de juicio; el cual tengo de mirar con mucho cuidado, disponiéndome con esta obediencia para recibir al Espíritu Santo, que se da á los obedientes, y se niega á los desobedientes. – La segunda virtud fue, grande union y concordia en el nombramiento de las dos personas que señalaron para el apostolado, sin que hubiese entre ellos pretension ambiciosa de esta dignidad, ni discordias y contrariedad de pareceres, en si se habian de nombrar dos ó mas,

ó cuáles habian de ser, porque todos con humildad se tenian por indignos del apostolado, y así con paz y concordia y con gran acierto nombraron los dos mejores que á su juicio habia en la congregacion para aquel oficio, á cuyo ejemplo he de procurar la concordia y humildad, con las cuales se atajan las ambiciones y bandos de las comunidades, y se disponen para recibir al Espíritu Santo.

3. La tercera virtud fue, oracion y recurso á Dios nuestro Señor, que conoce los corazones, para que declarase cuál de aquellos dos tenia escogido para aquella dignidad; en lo cual confesaban que los hombres fácilmente se pueden engañar en estas elecciones, porque no conocen los corazones, en los cuales está el bien ó el mal; y así fácilmente tienen por bueno al malo, ó por mejor al menos bueno; y tambien confesaban que Dios en su eternidad tiene escogidos y señalados algunos para las dignidades y oficios de su Iglesia; y así nuestro deseo ha de ser escoger á estos mismos, para que nuestra eleccion sea conforme á la de Dios: y para todo esto ayuda la oracion fervorosa hecha en union y caridad. Ó Espíritu santísimo, por cuya providencia era regida esta santa congregacion de los discípulos de Cristo, comunica á todas las congregaciones de la Iglesia estas soberanas virtudes de obediencia y humildad, de concordia y oracion, para que fundadas en ellas como en cuatro columnas, perseveren siempre en el espíritu de tu santa vocacion; y pues sin ellas yo no puedo perseverar en la mia, infúndemelas con abundancia de tu gracia, para manifestacion de tu gloria. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que Dios nuestro Señor escogió á san Matías para el apostolado, dejando á Barsabas, por sobrenombre Justo. - La primera fue, porque quiere Dios honrar á todos sus siervos; y como ya Barsabas estaba muy honrado y autorizado entre los discípulos, con la grande opinion que tenia de santidad, por la cual tenia renombre de Justo, y de todos era llamado así, quiso tambien honrar á Matías, que no tenia tal renombre, dándole otro muy glorioso de apóstol suyo, para que todos tambien le honrasen con este nombre. - Á lo cual se llega, que san Matías con ser varon santísimo, era muy humilde y procuraba encubrir su santidad, para fundarse mas en humildad; y á esta causa no habia alcanzado nombre tan honroso como es el de Justo. Y como es propio de Cristo nuestro Señor ensalzar á los humildes (*Psalm.* CXII, 6), y sacar al pobre del estiércol de la tierra, para colocarle con los príncipes de su pueblo, así quiso ensalzar y honrar á san Matías con la dignidad de príncipe de su Iglesia, la cual

parece sentir esto, poniendo en la festividad de este Santo el Evangelio en que Cristo nuestro Señor alaba á su Padre (*Matth.* XI, 25), porque escondió los misterios de la fe á los sábios soberbios, y los descubre á los pequeños y humildes, y convidó á todos á que aprendiesen de él la humildad de corazon. Ó Dios altísimo, que te precias de mirar desde la altura del cielo á los pequeñuelos y humildes que viven en la tierra, mírame con ojos de misericordia, haciéndome humilde de corazon, como lo fue tu Hijo amantísimo, para que imitándole en su humildad en la tierra, sea digno de alcanzar parte de su grandeza en el cielo.

2. La tercera causa fue, para que aprendamos á rendir nuestro juicio á los juicios de Dios, que van por muy diferentes caminos que los nuestros, porque en este nombramiento, como se colige del texto, pusieron en primer lugar á Barsabas, y en segundo á Matías; pero Dios nuestro Señor cruzó los brazos como Jacob, para bendecir á estos dos hijos suyos, y escogió al postrero, dejando al primero (*Genes.* XLVIII, 14), no porque Barsabas fuese indigno, sino para que entendamos que en estos dones de gracia hace Dios lo que quiere, porque quiere y porque así le da gusto, y muchas veces los primeros son postreros, y los postreros primeros (*Matth.* XI, 26): *Ita Pater, quia sic fuit placitum ante te.* Así es, Padre, porque así te da gusto hacerlo, y ninguno tiene razon de quejarse, porque á todos da Dios lo necesario para que se salven; pero en otros favores extraordinarios y superabundantes bien puede hacer lo que le da gusto.

3. De donde sacaré, que así como el justo Barsabas no se indignó, ni dió quejas, ni tuvo envidia de su compañero, sino en todo se conformó con la divina voluntad porque era justo; y de la misma manera san Matías no se desvaneció con la dignidad, ni despreció á su compañero, antes con humildad se tuvo por inferior á él en la justicia y santidad; así yo, cuando me viere desechado y tenido en menos que otros, tengo de hacer lo que Barsabas, y cuando me viere antepuesto á otros, tengo de hacer lo que Matías, conformándome con la voluntad de Dios (*Psalm.* XXX, 16), en cuyas manos están mis suertes, y por cuya providencia viene así el ser desechado, como el ser escogido, y el ser tenido en menos ó en mas que otros, persuadiéndome, que cuando me hace Dios estos favores, no es por ser yo mas santo, sino para que lo sea, y quizá porque soy mas flaco y tengo necesidad de estas ayudas extraordinarias; y sobre todo tengo de gozarme de todo lo que él hace, aunque sea con desprecio mio, pues ninguna cosa ha de haber para

mí de mayor consuelo, que la divina y eterna ordenacion. Y esta es una de las mas aventajadas disposiciones que hay para recibir la plenitud del Espíritu Santo, como la recibieron estos dos santos varones. Gracias te doy, ó Padre soberano, por la secreta providencia con que repartes tus dones entre tus escogidos, honrando y enriqueciendo á todos, aunque á unos mas que á otros. Yo venero tus ocultos juicios, y creo que son muy justos. Gózome de los favores que haces á todos tus siervos, y de que otros los reciban mayores que yo, pues así lo quieres. Lo que te suplico es, que mis culpas no aten tus liberales manos, y lo demás remito á tu divina providencia, pues cualquier cosa que me dieres, por pequeña que sea es mayor de lo que yo merezco, y basta que venga de tu mano, para que yo la tenga por grande, y me anime á glorificarte por ella por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DEL SOBERANO BENEFICIO QUE HIZO DIOS AL MUNDO EN DARNOS AL ESPÍRITU SANTO, Y DE LOS MOTIVOS Y FINES PARA QUE LE DIÓ.

—Antes de meditar lo que san Lucas cuenta de la venida del Espíritu Santo, he querido poner esta meditacion, para que se entienda mejor la grandeza de este don, y las circunstancias con que se dió, considerando quién nos da el Espíritu Santo, á quién se da, por qué motivos, y para qué efectos y fines.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como el Padre eterno, llegado el dia para esto señalado, se determinó enviar al mundo la persona del Espíritu Santo por tres motivos. El primero, por su infinita bondad y caridad, la cual así como le movió para que nos diese á su Hijo por redentor, tambien le movió á que nos diese al Espíritu Santo por santificador, y esto de gracia y de puro amor sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo por mil títulos, pues habiendo el mundo tratado tan mal á la persona del Hijo, no merecia recibir la persona del Espíritu Santo. Por lo cual, como Cristo nuestro Señor dijo á Nicodemus (*Ioan.* III, 16): Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, podemos tambien decir: Así le amó, que le dió á su divino Espíritu, el cual es tan bueno como el Hijo, y tan bueno como el mismo Padre, porque es un Dios con ambas Personas.

2. El segundo motivo fue, los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, el cual con su pasion y muerte nos mereció este don, y

estando á la diestra del Padre abogaba por los hombres, mostrándole sus llagas, y pidiéndole cumpliese la palabra que dió de darles este divino Consolador. (*Ioan.* XIV, 16). Y fue tan eficaz esta peticion, que luego la oyó y aceptó el Padre eterno, por premiar con esto los trabajos de quien tan bien le habia servido. – El tercer motivo fue nuestra propia necesidad y miseria, la cual movió á compasion las entrañas de este Padre de las misericordias, para enviar el último remediador de todos los males, que era el Espíritu Santo; de suerte, que la justicia y misericordia se concertaron para negociar esta venida. (*Psalm.* LXXXIV, 11). La justicia de parte de Jesucristo nuestro Señor que la mereció; la misericordia de parte de la bondad de Dios, atendiendo á nuestra miseria. Gracias te doy, Padre soberano, por la infinita caridad que te movió á dar tan infinito don, dándonos todo lo bueno que de tí procede. Dístenos al Hijo, que procede por tu entendimiento como verbo y palabra tuya, y dasnos tambien el Espíritu Santo, que procede por tu voluntad como amor é impulso tuyo. ¿Qué te daré yo por dones tan preciosos? Toma, Señor, mi entendimiento y voluntad, con las obras que de ellos proceden, para que todas sean á gloria tuya por todos los siglos. Amen.

3. Tambien nos envia el Espíritu Santo (*Ioan.* XV, 26; XVI, 7), y no le da Jesucristo nuestro Señor, Hijo de Dios vivo, de quien el mismo Espíritu Santo procede, juntamente con el Padre, cumpliendo lo que estaba profetizado (*Ephes.* IV, 8), que en subiendo á lo alto con sus cautivos, dió dones á los hombres, enviando al Espíritu Santo, en quien se encierran todos los dones celestiales. Y el motivo que tiene, demás de su bondad y misericordia, y de nuestra necesidad, es para que el Espíritu Santo concluya y perfeccione con eficacia la redencion del mundo, y lleve adelante la obra que él comenzó, y como el mismo Señor lo dijo en el sermon de la cena, como luego verémos. – Con este afecto tengo de pedir á Cristo nuestro Señor envie sobre mí el Espíritu Santo, diciéndole: Ó Redentor del mundo, pues tanto te preciaste de acabar la obra que comenzaste, deseando que tus obras sean perfectas, dame tu divino Espíritu para que acabe en mí la obra que has comenzado, aplicándome con eficacia los frutos de tu copiosa redencion. Amen.

4. Finalmente, se ha de considerar que aunque el Padre y el Hijo nos envian el Espíritu Santo; pero tambien el Espíritu Santo se nos da á sí mismo: él es el dador y el don, por el grande amor que nos tiene; y porque procede del Padre y del Hijo como amor, dán-

donos su amor se nos da á sí mismo, y así le hemos de pedir que se nos dé y se nos comunique. Ó Espíritu divino, dámete á tí mismo, porque ningun don fuera de tí me puede hartar. Ó Dador de los dones, dame el mayor de todos ellos, que eres tú, porque contigo me darás todas tus cosas, y pues tu propiedad es ser don, muéstrate conmigo don, dándome lo que tú eres, para que te dé lo que yo soy.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se han de considerar los fines para que el Padre y el Hijo nos envian al Espíritu Santo, sacándole de lo que Cristo nuestro Señor dijo en el sermon de la cena. - Lo primero, viene el Espíritu Santo para que suceda á Cristo nuestro Señor en el oficio de protector, abogado y consolador, haciendo esto invisiblemente con sus Apóstoles, como él solia hacerlo visiblemente con ellos, y así les dijo (*Ioan.* XIV, 16): Yo rogaré á mi Padre: *Et alium Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum:* y él os dará otro Paracleto, que quiere decir, patron, abogado y consolador, el cual tendrá cuidado de vosotros, y os será padrino y protector en vuestros trabajos, consolador en vuestras tristezas, abogado é intercesor en vuestras necesidades, pidiendo por vosotros con grandes gemidos (*Rom.* VIII, 26), en cuanto os impelerá y moverá á orar y pedir lo que os conviene. Y este Paracleto, como ha de venir invisiblemente, nunca se apartará de vosotros, como yo me aparto por la presencia corporal, sino permanecerá en vuestra compañía in aeternum. Gracias te doy, Redentor del mundo, por habernos dado tal sucesor en tu ausencia, que sea para nosotros fuerte protector, dulce consolador y solícito abogado. Ó Espíritu santísimo, venid á vuestro siervo, que está suspirando por teneros consigo; apadrinadme en las batallas, amparadme en los peligros, consoladme en las aflicciones, y abogad por mí en todas mis necesidades, haciéndome orar con tal fervor, que alcance remedio de ellas.

2. Lo segundo, nos da Cristo nuestro Señor el Espíritu Santo, para que le suceda en el oficio de maestro enseñando y platicando dentro de nuestro corazon la doctrina que él predicó por su boca, y así dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XVI, 12): *Cuando viniere el Espíritu Santo que os enviará mi Padre en mi nombre*, esto es, en mi lugar y por mi respeto, *él os enseñará todas las cosas, et suggeret vobis omnia, quaecumque dixero vobis, y os traerá á la memoria todo lo que os he dicho y os dijere* (*Ioan.* XIV, 26); que es decir: Os enseñará todas las cosas que os conviniere saber para vuestra salvacion y perfeccion, y para cumplir vuestro oficio, muchas de las cuales exceden

ahora á vuestra capacidad; y además de esto, las que hubiéreis oido ó leido, ó aprendido de mi doctrina, os las traerá á la memoria cuando fuere menester, y os las repetirá y platicará dentro de vuestro espíritu, para que ni por ignorancia ni por olvido falteis en lo que os conviene. Y esta enseñanza no es seca y de pura especulacion, sino jugosa y llena de devocion. Y por esto dijo san Juan Evangelista (I, *c.* II, 7), que la uncion nos enseñará todas las cosas. Ó Maestro celestial, que sin ruido de palabras hinches la memoria de verdades, é ilustras el entendimiento para que las conozca, de modo que la voluntad se aficione á ellas; ven á visitar mi alma ruda, ignorante y olvidadiza. Y pues eres Espíritu de verdad, enséñala toda verdad, desterrando de ella toda falsedad y mentira, asistiendo con ella, para que conozca todo lo que ha de conocer, y nó se olvide de ello al tiempo del obrar.

3. Lo tercero, se dió el Espíritu Santo á los Apóstoles, para que interiormente les diese testimonio (*Ioan.* XV, 26) de quién era Cristo, y enseñándonos con este testimonio, ellos le diesen públicamente al mundo, así como el mismo Señor le habia dado de sí mismo, mientras vivió entre los hombres, ofreciéndose al martirio, como testigos de esta verdad, y muriendo por el testimonio de ella, si fuese menestèr. De suerte, que entrando el Espíritu Santo en el corazon del justo, su oficio es darle testimonio de quién es Cristo nuestro Señor, ilustrándole con su luz, para que crea que es Dios, y hombre Salvador, y único remediador suyo, y para que tenga grande estima de él, y le ame de todo corazon, y se anime á imitarle, incitándole á ejercitar obras tan santas, y á veces tan milagrosas, que ellas dén testimonio de Cristo, á quien imitan. Ó Salvador mio, enviad sobre mí el Espíritu de verdad, que procede de Vos y vuestro Padre, para que interiormente con abundancia de su luz me dé á conocer quién sois, de modo que os ame, y haga tales obras, que por ellas sea vuestro Padre glorificado, y Vos seais conocido y honrado. Amen.

4. Lo cuarto, viene el Espíritu Santo para reprender y corregir los vicios del mundo, y convencerle de ellos, y de la victoria que el Salvador ganó contra el demonio, de la manera que Cristo nuestro Señor hacia este oficio cuando predicaba. Y así dijo él á sus Apóstoles (*Ioan.* XVI, 8): *Cuando viniere el Espíritu consolador, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio.* Esto es, revistiéndose en vosotros: por vuestro medio reprenderá al mundo de sus pecados é infidelidades, convenciéndole que hace mal en no creer en mí, y en no guardar mi ley. Y tambien le convencerá con razones y tes-

timonios de la justicia y santidad de mi vida, de mi ley y de mi doctrina. Y últimamente le convencerá y dará á entender el juicio que yo he hecho contra el pecado, condenando al demonio, echándole del mundo, reprobando la maldad, y aprobando la justicia. Y esto mismo hace interiormente el Espíritu Santo en el breve mundo de cada hombre, porque su oficio es reprenderle lo malo que hace, y exhortarle á lo bueno y justo que debe hacer, y descubrirle el juicio que es razon haga entre lo bueno y lo malo, entre Cristo y el demonio, para que abrace lo bueno, siguiendo á Cristo, y aborrezca lo malo, huyendo del demonio. Ó Espíritu santísimo, ven á este mundo abreviado de mi alma, y convéncela de su pecado, y de tu justicia, y enséñala á hacer recto juicio; porque no menos te muestras verdadero consolador y abogado mio cuando con amor reprendes mis vicios, como cuando me regalas con tus consuelos.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la infinita grandeza de este don que Dios nos da, dándonos el Espíritu Santo, el cual por excelencia se llama don (*Eccles.* in Hym.) de Dios altísimo, porque es el supremo de todos los dones (*D. Thom.* 1 *p.* *q.* 38), y fuente de todos ellos. De suerte que no contentándose nuestro Dios con darnos la gracia y la caridad, y las virtudes sobrenaturales, y los siete dones del Espíritu Santo, tambien nos da al que es principio y causa de todos ellos, para que él nos conserve, rija, aumente y perfeccione, como quien tiene una fuente, y no se contenta con dar el agua de ella, sino da tambien la misma fuente, de donde perpétuamente procede el agua. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor, hablando del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en él (*Ioan.* VII, 39), que de su vientre saldrian fuentes de agua viva. Y para que se entendiese que estos rios serian perpétuos, dijo (*Ioan.* IV, 14), que dentro de ellos haria una fuente de agua viva, que saltase hasta la vida eterna. Ó Espíritu santísimo, rio cristalino de agua viva, que procedes de la silla de Dios, y del Cordero, y riegas la ciudad de Dios, y el árbol de vida que produce doce frutos al año (*Apoc.* XXII, 1), cuyas hojas son para salud de las gentes, ven á esta breve ciudad de mi alma, riégala con tus copiosas gracias, y produce en ella tus doce frutos (*Galat.* v, 22), comunicándome la caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y porque estos frutos no se sequen ni marchiten, asiste siempre conmigo, conservándolos en su verdor, y aumentando su perfeccion hasta la vida eterna. Amen.

2. *De los frutos del Espíritu Santo.*—De la consideracion de esta grandeza del Espíritu Santo tengo de sacar una grande confianza de que me dará Dios todo lo que le pidiere, pues quien me da lo mas, me dará lo menos; y como dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 32), quien nos dió á su Hijo, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas? Así puedo decir: quien nos da su divino Espíritu, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas que de él proceden, pidiéndoselas en virtud del mismo Espíritu, y por los merecimientos del Hijo, por quien se da? Con esta confianza juntaré un entrañable deseo de que el Espíritu Santo cause dentro de mí aquellos doce frutos, ponderando lo que es cada uno, y pidiéndosele con especial peticion. Primero le pediré la caridad, diciendo (I *Ioan.* IV, 16): Ó Espíritu divino, que eres la misma caridad, y quien está en caridad está en tí, y tú en él, engendra en mí esta caridad, para que con ella te ame, y lleve copiosos frutos de amor; y á este modo le pediré los demás frutos, y tambien sus siete dones, de los cuales harémos luego especial meditacion.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar á quién se da este soberano don del Espíritu Santo, para que se descubra mas la grandeza de la divina liberalidad, ponderando que aunque fue grande largueza dar este don á unos pobres pescadores, idiotas y pusilánimes, y á otra muchedumbre de menos estofa; pero mas admira que le ofrezca Dios á todas las naciones y pueblos del mundo, así de judíos, como de gentiles y bárbaros, sin excluir á ningun hombre, por vil y despreciado que sea, y por grande pecador que haya sido, como él quiera disponerse para recibirle; porque, como dijo san Pedro (*Act.* X, 34), no es Dios aceptador de personas, sino entre todas las gentes, cualquiera que le temiere y obrare justicia, le será agradable, y recibirá de él el Espíritu Santo, y así le dió á muchos de los que trataron de crucificar á su Hijo, y á otros innumerables que adoraban por dioses á las serpientes y bestias de la tierra. De suerte que quien antes era morada de Satanás, y cueva de leones y dragones, sea templo de Dios vivo y morada de su divino Espíritu, en quien descanse con sus dones, cumpliendo la promesa que hizo por el profeta Joel (*Joël*, II, 28): *Effundam Spiritum meum super omnem carnem*: derramaré mi Espíritu sobre toda carne.

2. ¡Oh liberalidad infinita de nuestro Dios! ¿Á dónde mas pudo llegar su liberalísima misericordia, que á derramar con tanta largueza un espíritu tan precioso como el suyo en un vaso tan asqueroso como el nuestro? ¿Por ventura, Señor, no sois Vos el que dijísteis antiguamente (*Genes.* VI, 3): No permanecerá mi Espíritu en

el hombre, porque es carne? Pues ¿cómo decís ahora que derramaréis vuestro Espíritu sobre toda carne? Si hablárades de sola vuestra carne, unida con vuestra divina Persona, razon era que derramárades sobre ella vuestro Espíritu, porque tal Espíritu venia bien para tal carne; pero decís que quereis derramarla sobre toda carne, siendo ella tal, que no sabe sino hacer guerra y contradiccion á vuestro Espíritu; pues ¿cómo quereis juntar Espíritu tan divino con carne tan terrena? ¡Oh inmensa caridad! oh incomprensible liberalidad! No quiere Dios dar su Espíritu al que es carne, y quiere vivir segun las leyes de la carne, repugnando á las leyes del espíritu: mas si el que es carne quiere mudar su vida carnal, doliéndose del tiempo que ha gastado en ella, Dios derramará sobre él su Espíritu con el cual vivificará su carne, para que viva vida espiritual, digna de tal Espíritu. Gracias te doy, Padre de las misericordias, por la infinita bondad que muestras en dar tal don á tan vil criatura como el hombre, y en juntar tu divino Espíritu con nuestra miserable carne; si quieres que tu misericordia resplandezca mucho en estas dádivas, aquí tienes un hombre que es todo carne, pero deseoso de ser vivificado con tu Espíritu; dámele, Señor, graciosamente, para que more en mí, y mi alma te glorifique, por la soberana merced que haces al que tan indigno era de recibirla. Amen.

MEDITACION XXIII.

DEL MODO COMO EL ESPÍRITU SANTO VINO SOBRE LOS DISCÍPULOS EL DIA DE PENTECOSTES.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Habiéndose cumplido los dias de Pentecostes, estaban todos juntamente en un lugar*. (*Act.* II, 1). Sobre estas palabras se ha de considerar el misterio que está encerrado en el lugar, tiempo y dia en que vino el Espíritu Santo, y en la junta de las personas sobre quien vino. – Lo primero, se ha de considerar como por inspiracion del mismo Espíritu Santo, el dia de Pentecostes se juntaron todos los discípulos de Cristo con la Vírgen nuestra Señora en la casa y cenáculo, donde solian juntarse, que por lo menos eran los ciento y veinte de que poco antes hizo mencion san Lucas, y todos á una clamaban y pedian al Padre eterno, por los méritos de su Hijo, y al mismo Hijo les enviase el Espíritu Santo que les habia prometido, cuyas oraciones fueron presentadas delante de Dios, por medio de los Ángeles, y juntándolas con la peticion de Cristo nuestro Se-

ñor, en cuanto hombre, fueron oidas, resolviéndose que aquel dia se les diese lo que pedian, porque no hay plazo que no llegue para quien pide, persevera, y espera con paciencia la venida del Señor.

2. Lo segundo, ponderaré como esta casa y cenáculo, como ya se ha dicho (*Medit.* XX, *y en la* X *de la parte* IV), representa la Iglesia universal, en la cual se recogen todos los que son discípulos de Cristo, unidos en una misma fe, y en el culto de un mismo Dios, y en la observancia de una misma ley. Y como en este dia se dió el Espíritu Santo á los que estaban en esta casa, y no á los que estaban fuera de ella, así tambien el Espíritu Santo solamente se da á los que viven dentro de la Iglesia, disponiéndose para recibirle, y ninguno que estuviere fuera de ella le recibirá, porque como la paloma no halló lugar donde poner su pié para descansar, fuera del arca de Noé (*Genes.* VIII, 9); así el Espíritu Santo, figurado por la paloma (I *Petr.* III, 20), no halla en quien morar fuera de la Iglesia, que es representada por el arca. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XIV, 17), que el mundo no podia recibir el Espíritu Santo, llamando mundo á la congregacion de los que niegan su fe, reprueban su doctrina, y resisten á su santa ley. Esto me ha de mover á dar muchas gracias á Nuestro Señor, por haberme traido á esta casa de su Iglesia; en la cual, si por mí no queda, recibiré al Espíritu Santo, disponiéndome para recibirle con la oracion y union que los Apóstoles tenian dentro de ella.

3. Lo tercero, ponderaré la causa por que vino el Espíritu Santo en el dia de Pentecostes, que era una fiesta de los judíos, instituida en memoria de la ley que les dió Nuestro Señor en el monte Sínai, y se celebraba cincuenta dias despues de la Pascua del Cordero. La causa fue para significar que el Espíritu Santo venia principalmente á imprimir en las almas la ley de gracia que Cristo habia predicado, dando fin y cumplimiento á la ley vieja, que habia sido su figura, y así en el mismo dia que se dió la una se promulgó la otra, aunque en diferente manera, porque la ley vieja era ley de temor, y así se dió con truenos y relámpagos y amenazas de muerte en el monte Sínai: escribióse en tablas de piedra, porque era pesadísima, y se daba á hombres de dura cerviz y de empedernido corazon; pero la ley nueva es ley de amor, y así con gran suavidad la escribió el mismo Espíritu Santo en las entrañas de los hombres (*Ierem.* XXXI, 33), y en las tablas de su corazon, quitándoles el corazon de piedra y trocándosele en corazon de carne (*Ezech.* XXXVI, 26), como por sus Profetas lo tenia prometido. Ó Padre soberano, cuya mano es el Hijo

que de tí procede, por quien criaste todas las cosas, y cuyo dedo es el Espíritu Santo: *digitus paternae dexterae,* que procede de ambos, por quien las reformaste, escribiendo con él tu santa ley en los corazones de los hombres, escríbela en el mio con este dedo de tu diestra, con tanta fuerza que nunca mas se borre; y pues tú me mandas que yo tambien la escriba, cooperando con amor al cumplimiento de ella, dame lo que me mandas, para que lo cumpla como quieres.

4. Tambien vino el Espíritu Santo cincuenta dias despues de la pasion y resurreccion de Cristo, para significar que con su venida tan copiosa concede jubileo plenísimo, significado por el número de cincuenta, dando plenaria remision de las deudas (*Levit.* xxv, 10) y pecados, en virtud de la pasion de nuestro Redentor. Y así la Iglesia dice del Espíritu Santo, que es *Remissio omnium peccatorum.* Ó Espíritu santísimo, ven con plenitud á mi alma, y concédela este jubileo plenísimo, perdonándola todos sus pecados, para que libre de ellos suba con grande júbilo á los gozos de tu eterna gloria. Amen.

Punto segundo. — 1. *De repente vino del cielo un sonido como de espíritu y viento vehemente.* En cada palabra de estas se declara algun misterio ó propiedad de la venida del Espíritu Santo al alma, por medio de las inspiraciones que preceden á su entrada, las cuales son unos movimientos repentinos que sentimos dentro del alma, y á modo de relámpagos nos descubren alguna verdad de la fe, y á modo de centellas de fuego nos aficionan á lo bueno y santo. -Lo primero, viene de repente este sonido, para significar que la inspiracion del divino Espíritu y su visita no tiene dia, ni hora señalada y determinada, sino que viene cuando el hombre menos piensa, y cuando el Espíritu Santo quiere, y como quiere; porque (*Ioan.* iii, 8): *Spiritus ubi vult spirat*: el Espíritu sopla é inspira donde quiere, porque, como luego dirémos (*Medit.* XXVI), inspira por sola su misericordia, y así en todo tiempo tengo de suplicarle que venga, y esperar su venida, dejando á su paternal providencia el dia y la hora en que ha de venir, que será la que mas conviniere, aunque para mí será repentina.

2. Lo segundo, vino del cielo este viento, y no del Oriente ó Poniente, ni del Septentrion ó Mediodía de la tierra, para significar que la inspiracion del Espíritu Santo no es de la tierra, ni hay en ella fuerzas para levantar este viento, sino del cielo ha de venir, porque, como dice el apóstol Santiago (*c.* i, 17), toda dádiva buena, y todo don perfecto es de arriba, y viene del Padre de las lumbres: la dádiva por excelencia buena es el Hijo, y el don por excelencia per-

fecto es el Espíritu Santo, y todas las dádivas y dones que de estos dos proceden son del cielo, enviados por el eterno Padre, de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo. Ó Padre de las lumbres, envíame desde lo alto esta dádiva buena y este don perfecto. Venga desde el cielo el viento de tu divino Espíritu, para que me arrebate y lleve tras sí al lugar de donde salió.

3. Lo tercero, este sonido fue de aire ó viento (*Sup. in med.* IV), para significar que el Espíritu Santo con su inspiracion obra en nosotros algunos efectos maravillosos significados por el viento, porque con ella nos da y conserva la vida espiritual de la gracia, con ella respiramós y se amortigua el ardor de nuestras concupiscencias; ella nos limpia y purifica, apartando en nuestras almas lo precioso de lo vil, el grano de la paja, y lo bueno y perfecto de lo malo é imperfecto, y ella nos impele y mueve á huir del vicio y á seguir lo que es virtud. De suerte, que como con el aire vivimos y respiramos, y sin él no podríamos vivir; así dentro del divino Espíritu, y en su virtud, somos, vivimos, y nos movemos en el ser de gracia, y sin él no podemos tener ni conservar tal ser y vida. Ó Espíritu de vida, que soplando sobre los muertos que vió Ezequiel (*Ezech.* XXXVII, 9), luego los vivificaste, ven y sopla sobre las almas muertas por la culpa, para que las vivifiques con tu gracia. (*Cant.* IV, 16). Ó viento ábrego del cielo, sopla en el huerto de mi alma, para que con tu inspiracion los árboles de las virtudes broten sus gloriosos actos á gloria de Dios, y á edificacion de mis prójimos. Ó Dios eterno, que con un viento fresco recreaste á los mozos que estaban en el horno de Babilonia (*Dan.* III, 50), envia sobre mí este viento fresco de tu divino Espíritu, para que temple las llamas que arden en el horno de mi sensualidad, y todas mis potencias se provoquen á darte continuas alabanzas. Amen.

4. Lo cuarto, el viento fue vehemente, para significar el ímpetu y fervor con que el Espíritu Santo mueve á las obras de virtud con una fuerza suave y amorosa, no contra nuestra voluntad, sino con grande gusto, porque es enemigo de tibiezas y perezas, y como dice san Ambrosio (Lib. II in Luc.): *Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia:* la gracia del Espíritu Santo no aprueba tardanzas y pesadumbres en las obras de virtud, y cuando él entra en el alma, llévala como navío que navega con viento en popa sin trabajo y con grande velocidad, siendo él tambien el piloto que lo gobierna, enderezándole al puerto y lugar donde quiere llevarle. Y de estos dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 14): Los que son llevados y movidos del divino Es-

píritu, estos son los hijos de Dios. Ó Espíritu divino, que á tus hijos muy queridos mueves con gran vehemencia á las obras de virtud y santidad, ven sobre mi alma como viento vehemente, impeliéndola á todo lo que te agrada; y porque no se despeñe con el fervor indiscreto, gobiérnala en sus caminos, para que llegue al puerto de tu eterna gloria. Amen.

5. Lo quinto, este viento vehemente causó un grande sonido y trueno, que se oyó en toda la ciudad, para significar que la venida del Espíritu Santo hace en los justos y por ellos tales obras, que suenan en todo el mundo, por el admirable ejemplo de su vida, y á veces por grandes milagros, y en especial por la fuerza de su predicacion y palabra, como se vió en los Apóstoles, de quien está escrito (*Rom.* x, 18), que en toda la tierra salió su sonido, y en los últimos fines de ella sus palabras: y por esta causa Cristo nuestro Señor llamó á dos de ellos hijos del trueno (*Marc.* III, 17), porque como trueno salieron á predicar por el mundo. Ó Amado mio, suene la voz de tu inspiracion en mis oidos, para que con ella haga tales obras, que suenen en todo el mundo, edificando á mis prójimos, y despertándolos á que te glorifiquen por todos los siglos. Amen.

Punto tercero.— 1. *Y llenó toda la casa dónde estaban sentados.* Aquí se ha de ponderar los misterios que están encerrados en que este viento vehemente haya llenado toda la casa donde estaban sentados los discípulos. -El primero fue, para significar que en la ley de gracia se da el Espíritu Santo con grandísima abundancia y plenitud, para todo género de obras, ejercicios y ministerios, estados y oficios de la Iglesia, mostrándose Dios mucho mas liberal que en la ley de naturaleza, y mas que en la ley escrita. Un amigo de Job (*Iob,* IV, 16), que fue en la ley de naturaleza; y Elías, que fue en la ley escrita (III *Reg.* XIX, 12), sintieron la venida del divino Espíritu, como sonido ó silbo de un aire delgado, porque entonces se daba el Espíritu muy tasado: mas despues de la pasion de Cristo nuestro Señor, dase como viento vehemente, que llena toda la casa, porque se da con gran plenitud con todo género de gracias, para toda suerte de personas; de tal manera, que el mismo Redentor, antes de su muerte no le dió con tanta plenitud: y por esto dijo san Juan (*Ioan.* VII, 39), que no se habia dado el Espíritu Santo porque Jesús no estaba glorificado, pero en resucitando, abriéronse las cataratas (*Genes.* VII, 12) y puertas del cielo, y vino un diluvio de gracias que llenó toda la tierra, y la renovó y fertilizó. Y por esto dijo Isaías (*Isai.* XI, 9), que la tierra se llenaria de ciencia y conocimien-

to de Dios, como de aguas de un mar que la cubriesen toda. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, porque abriste las cataratas de tu sacratísimo cuerpo, para derramar toda tu sangre por nosotros, y en virtud de ella abriste las cataratas y puertas del cielo para derramar tu copioso Espíritu sobre los que quisiesen aprovecharse de tu pasion. Derrámale, Señor, de nuevo sobre toda la casa de tu Iglesia, para que de nuevo todos comencemos á servirte con fervor.

2. Lo segundo, llenó este viento toda la casa, sin dejar sala ni retrete ni rincon que no penetrase, para significar la generalidad con que el Espíritu Santo, cuanto es de su parte, se da y ofrece á todos los hombres, en cualquier parte y rincon del mundo que estén, cumpliéndose lo que dice la divina Sabiduría (*Sap.* I, 7), que el Espíritu del Señor hinche la redondez de la tierra, y lo que Dios prometió á su pueblo, cuando dijo (*Ioel,* II, 28) que derramaria su Espíritu sobre toda carne, y le daria á sus hijos é hijas, á los viejos y mozos, á sus esclavos y esclavas, como ponderamos en la meditacion pasada.

3. Lo tercero, para significar que cuando el Espíritu Santo entra con esta vehemencia en una alma, llena toda su casa con todas sus potencias, sin dejar vacía alguna: llena su memoria de buenos pensamientos: su entendimiento de santos discursos y meditaciones: su voluntad de fervientes deseos y afectos, y sus apetitos de santas aficiones, de suerte que esta casa quede llena de verdades y virtudes celestiales, y dentro de ella bullan los actos y ejercicios de todas, como son amor de Dios, celo de su gloria, confianza en su misericordia, temor reverencial de su grandeza, gozo de sus excelencias, alabanza y accion de gracias por sus beneficios, dolor de los pecados, deseos y propósitos eficaces de obedecer á Dios, y de padecer mucho por él. ¡Oh Espíritu santísimo, si llenases mi memoria y entendimiento de tus ilustraciones, para que los pensamientos que de ellas procediesen celebrasen un dia de fiesta muy alegre para tí y para mí! (*Psalm.* LXXV, 11). ¡Oh si mi voluntad y apetitos quedasen llenos de tu divinidad, para que mis quereres y deseos de hoy mas fuesen divinos, conformes en todo con los tuyos! Lléname, Señor, de tí mismo, para que todas mis obras sean llenas delante de tí (*Apoc.* III, 2), sin que haya en ellas cosa vacía que te ofenda y desagrade.

4. Últimamente, ponderaré como este viento llenó la casa donde estaban los discípulos sentados, para significar que si quiero que el Espíritu Santo llene la casa de mi corazon, no tengo de andar vagabundo fuera de ella, derramándome voluntariamente por las cria-

turas, sino procurar entrar dentro de mí mismo, y morar de asiento y con quietud dentro de mi conciencia, ocupándola con algunos buenos pensamientos y deseos, y con algunas buenas obras, esperando la venida de este Espíritu vehemente, que lo llene todo, y perfeccione con su abundante amor. De aquí es, que como arriba se dijo (*en la medit.* XX), cuando Dios quiere visitar las almas, primero las recoge, y las entra dentro de sí mismas, y hace que se asienten con reposo en el retrete de su corazon, y luego entrar él con toda su plenitud de dones.

PUNTO CUARTO. — 1. *Aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y sentóse sobre cada uno de ellos.* (*Act.* II, 3).–Lo primero, se ha de ponderar la causa por que el Espíritu Santo se dió en forma de fuego visible, porque siempre ha tomado formas exteriores, que representasen los efectos maravillosos que causa interiormente en los que le reciben. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 43, *art.* 7, *ad* 6). En el bautismo de Cristo tomó forma de paloma, para significar la inocencia y fecundidad de las buenas obras á que inspira. En la transfiguracion apareció como nube resplandeciente, para significar la lluvia de la doctrina que comunica, y la proteccion que tiene de sus escogidos. En el cenáculo se dió con un soplo (*Sup. in medit.* IX), en señal de la vida espiritual que se nos da por medio de los Sacramentos. Pero este dia apareció en forma de fuego, para significar que así como el fuego purifica, alumbra, enciende, sube á lo alto y es muy unitivo y comunicativo de sí mismo, transformando en sí lo que se le junta; así el Espíritu Santo purifica las almas, consumiendo la escoria de sus vicios y pecados, y apartando del oro y plata de las virtudes la escoria y estaño de las faltas é imperfecciones que suelen mezclarse con ellas. Alumbra los entendimientos con una lumbre sobrenatural, tan excelente que los certifica de las verdades y misterios de la fe, mas que si los vieran con los ojos corporales. Enciende las voluntades con el ardor de la caridad, abrasándolas en amor de Dios y de sus prójimos. Levanta los corazones de la tierra á las cosas celestiales, haciendo que tengan su conversacion en los cielos, y allí descansen por la contemplacion, como en su esfera y propio lugar. Finalmente une las almas consigo mismo, comunicándolas sus virtudes y dones, de modo que sean un espíritu con él por union de perfecto amor. Este es el fuego de quien dijo Cristo nuestro Señor: *He venido á traer fuego á la tierra, ¿qué otra cosa quiero yo sino que arda?* (*Luc.* XII, 49). Ó amantísimo Redentor, cumplid vuestro deseo en la tierra de mi alma, arrojando en medio de ella este divino fuego, para que

consuma todo lo terreno y me levante sobre mí á lo celestial. Ó Espíritu divino , pues sois fuego consumidor, consumid en mí todo lo que os desagrada, para que sea capaz de recibir la luz, ardor, ligereza y actividad de este fuego, siendo en él perfectamente transformado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la causa por que vino el Espíritu Santo en forma de lenguas, mas que en forma de corazones de fuego. Esta fue porque no se daba á los Apóstoles, para que solamente ellos amasen, y se convirtiesen en fuego, sino para que con sus lenguas movidas de este divino Espíritu predicasen al mundo la ley de Cristo, y su muerte y pasion. Y haciendo oficio de fuego, purificasen los hombres de sus errores y pecados, y los alumbrasen con la lumbre de la verdadera doctrina, y los encendiesen con las llamas de la caridad, y los levantasen al deseo de las cosas celestiales, uniéndolos con Dios nuestro Señor con union de amor: cumpliendo tambien por ellos Cristo nuestro Señor lo que dijo (*Luc.* XII, 49): Fuego he traido á la tierra, mi deseo es que siempre arda. - Demás de esto, tambien el Espíritu Santo viene sobre nosotros espiritualmente en lenguas de fuego, cuando nos comunica los afectos de la devocion, la cual, como dice san Bernardo (Serm. 45 in Cant.), es la lengua del alma, con la cual habla con Dios, y cuando el Espíritu Santo se le comunica con plenitud, es lengua de fuego, de la cual salen afectos encendidísimos de amor, con los cánticos que luego dirémos.

3. Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra, *Dispartitae linguae*, lenguas divididas y repartidas entre todos, en la cual se apunta lo que dice el Apóstol (I *Cor.* XII, 4) que aunque el Espíritu Santo es uno, pero hay muchas divisiones y particiones de gracias, ministerios y operaciones, como es don de sabiduría, de ciencia, de fe, gracia de sanidad, de hacer milagros, de interpretar las Escrituras, etc. Las cuales divide y distribuye el Espíritu Santo cómo quiere entre los miembros de la Iglesia, dándoles lenguas de fuego, para usar de la gracia que les ha repartido. De lo cual sacaré afectos de alabanza y accion de gracias por los dones que este divino Espíritu reparte por los miembros de la Iglesia, gozándome de los que ha dado á mis hermanos, y agradeciéndole los que me ha dado; pues así los unos como los otros son para mi provecho. De la manera que en los miembros del cuerpo natural el bien del ojo es bien de la mano, y el bien de la mano lo es del ojo, porque unos ayudan á otros.

4. Lo cuarto, ponderaré aquella palabra, *seditque supra singulos eorum*, sentóse sobre cada uno de ellos, para significar que el fuego del Espíritu Santo, cuanto es de su parte, viene de asiento sobre nosotros con deseo de nunca nos dejar, si no le echamos, conforme á lo que Cristo nuestro Señor dijo en el sermon de la cena (*Ioan.* XIV, 16): Mi Padre os dará un Espíritu consolador que permanezca con vosotros in aeternum, y si nos deja, es por nuestra culpa: porque, como dice la divina Sabiduría (*Sap.* I, 5), el Espíritu Santo huye del fingido en la disciplina de la virtud, y apártase de los pensamientos que van fuera de razon, y échale de donde está la maldad que de nuevo viene. Por tanto, alma mia, si quieres que el Espíritu Santo se asiente sobre tí, y permanezca contigo para siempre, huye toda doblez y fingimiento; sacude de tí cualquier pensamiento y afecto desordenado, y no dés entrada á la maldad, porque como es Espíritu purísimo, no quiere entrar en el alma malintencionada, ni habitar en cuerpo sujeto á pecados, ni permanecerá en el hombre que vive como bestia, siguiendo las leyes de su carne.

PUNTO QUINTO. — 1. *Todos se llenaron de Espíritu Santo.* Primeramente consideraré la infinita bondad y liberalidad de la santísima Trinidad, así del Padre y del Hijo que envian al Espíritu Santo, como del mismo Espíritu Santo que se da á sí mismo, porque con ser los que estaban en aquel cenáculo tan diversos en los merecimientos, y en la dignidad, á todos llenó de sus dones, á todos hinchió de alegría, y á todos se dió todo, de modo que todos quedasen llenos de su Espíritu, todos hartos y satisfechos, sin desear por entonces otra cosa fuera de Dios. Llenó con especialidad toda la casa de su alma, sin dejar vacía ninguna de sus potencias, porque en su memoria estampó las divinas Escrituras, para que se acordasen de ellas siempre que las hubiesen menester: en su entendimiento infundió gran luz é inteligencia de ellas, y de todos los misterios principales que encierran debajo de su corteza: en su voluntad y corazon imprimió de un golpe toda la ley de la caridad y amor, con tanta perfeccion, que aunque no hubiese en el mundo ley, ni Evangelio escrito, ellos fueran ley viva, y la ley interior les impeliera á guardarle perfectamente. Y por concluir, de repente hizo con ellos todos sus oficios; porque como viento fresco, les llenó de suavidad; como sol, les hinchió de luz; como fuego, les llenó de calor celestial; como maestro, de su doctrina; y como médico, de una perfecta y cumplida salud, y en un momento los trocó de cobardes, en animosos; de flacos, en fuertes; de ignorantes, en muy sábios; de envidiosos, en

caritativos; de ambiciosos, en humildes; y de imperfectos, los hizo consumados en toda perfeccion. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! (*Psalm.* LXXVI, 11). ¡Oh poder infinito del divino Espíritu! La mudanza que no hizo el combate de tres años con tres fuertes tiros de sermones, ejemplos y milagros, la hizo el dia de hoy en un instante el Espíritu de Cristo y la virtud que vino de lo alto. Envia, ó buen Jesús, sobre mí esta virtud de tu divino Espíritu, para que me trueque en otro varon hecho en todo á tu voluntad. Ven, ó Espíritu santísimo, y lléname con tus dones, para que trueque mis costumbres de terrenas en celestiales, y no quiera ni pretenda otra cosa fuera de tí, estando lleno y harto con tenerte dentro de mí.

2. Lo segundo, se ha de considerar que aunque todos fueron llenos de Espíritu Santo, unos recibieron mayores dones que otros, como dos vasos llenos de agua, si el uno es mayor que el otro, el mayor tendrá mas agua; así los que eran mas santos y estaban mas bien dispuestos recibieron mayor plenitud de Espíritu Santo, con mas copiosa gracia, y por consiguiente Nuestra Señora recibió mayor gracia y alegría que todos los demás juntos, y los Apóstoles mayor que todos los otros discípulos, glorificando todos á Dios por la merced singular que les habia hecho. Y yo tambien me gozaré, dando á la Vírgen el parabien de los dones que recibió, y del contento que tuvo, viendo á todos los discípulos llenos del Espíritu Santo, y cumplida la promesa de su precioso Hijo con tanta perfeccion.

3. Tambien sacaré un gran deseo de aparejarme para recibir el Espíritu Santo, con el mayor fervor que pudiere, pues se da con mas abundancia al que está mas bien aparejado: este aparejo le haré con estas cuatro virtudes. – La primera es pureza de conciencia, lavando el vaso donde el Espíritu Santo ha de derramar sus dones. – La segunda, humildad de corazon, vaciándole de sí mismo y de todo espíritu contrario. – La tercera es confianza en Dios, ensanchando la capacidad del alma, no á la medida de mis solos merecimientos, sino á la medida de los merecimientos de Cristo nuestro Señor, y de la infinita bondad y liberalidad de Dios. – La cuarta es oracion ferviente, con la cual se alcanzan estos dones, pidiendo á Dios que dé como quien es, y no como quien yo soy. Cuanto mas aventajadamente ejercitare estas cuatro virtudes, tanto estaré mas dispuesto para recibir el Espíritu Santo con mayor abundancia de sus dones. Ó Dios altísimo, que dijiste á tu pueblo (*Psalm.* LXXX, 11): Abre tu boca, dilata y ensancha tu seno, y yo le llenaré: yo abro mi boca con deseo de traer tu divino Espíritu (*Psalm.* CXVIII, 131), y quer-

ria ensanchar los senos de mi alma para recibirle con plenitud: hínchelos, Señor, conforme á tu voluntad, y ensánchalos con tu misericordia, para que reciban mas copiosa gracia.

4. Últimamente, ponderaré como tambien quedaron todos llenos de Espíritu Santo, en cuanto recibieron todo el caudal que habian menester para llenar su ministerio (*D. Thom.* 3 *p. q.* 7, *art.* 10), porque Dios nuestro Señor da tanta gracia á cada uno, cuanta es menester para que cumpla enteramente con el ministerio y oficio que le encarga, y con el estado para que le llama. Y así á Nuestra Señora, y al precursor san Juan, y á los Apóstoles llenó de gracia, dando á cada uno tanta cuanta pedia la dignidad y oficio para que los habia escogido, y lo mismo hace ahora con los que llama para los estados y oficios de la Iglesia, como se verá en la parte VI.

Punto sexto. — 1. *Y comenzaron á hablar en varias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen.* En este hecho se ha de considerar: -Lo primero, la gracia especial que hizo el Espíritu Santo á los Apóstoles, dándoles de repente facultad de hablar en varias lenguas, para que pudiesen predicar el Evangelio en todo el mundo, porque esta gracia no era tanto para su propio provecho, cuanto para el provecho de todos los hombres de la tierra, y así todos hemos de alabar á Dios por esta merced que les hizo para bien nuestro: advirtiendo (*Genes.* XI, 7), que como la division de las lenguas fue castigo de la soberbia; así la union de ellas fue premio de la humildad; y como los soberbios, queriendo edificar una torre, cuya cumbre llegase al cielo, fueron confundidos con dividirles los lenguajes, sin que uno entendiese al otro, para que se dividiesen y cesasen de su pretension, así los humildes, deseando edificar la torre de la perfeccion, cuya cumbre llegase á la vista y union con Dios, fueron ayudados con la union de los lenguajes, para que pudiesen unirse con todos los hombres, y llevar adelante su edificio. Ó dulcísimo Jesús, dame verdadero espíritu de humildad, y perfecciona con el fuego de tu amor la lengua que me has dado, para que de mi parte ayude á levantar esta torre de la perfeccion, no solo en mi alma, sino en las de mis prójimos, de modo que todos lleguemos á la cumbre de tu eterna gloria. Amen.

2. *Regla de hablar bien.* —Lo segundo, ponderaré como los Apóstoles luego comenzaron á hablar en estas lenguas, no por su antojo, sino movidos del divino Espíritu, hablando de las cosas con el modo y fervor que les inspiraba: y así sus palabras eran de cosas santas, y con modo santo, lo cual conservaron toda la vida, como

lo dijo san Pablo (II *Cor.* ii, 17): No somos como muchos que adulteran la palabra de Dios: *Sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo; coram Deo in Christo loquimur:* hablamos con sincera intencion, movidos de Dios, en la presencia de Dios, y de cosas que pertenecen á Cristo; que es decir: En las palabras guardamos cuatro condiciones.–La primera, que no sean por fin malo ni vano, sino con pura intencion de la gloria de Dios, y del bien nuestro y de nuestros prójimos.–La segunda, que procedan no de espíritu impetuoso y aprisionado, sino de buen espíritu, santo y reposado.–La tercera, que sean en la presencia de Dios, mirando que nos oye, y es testigo de lo que decimos.–La cuarta, que no sean de cosas malas, ni vanas, ni impertinentes, sino todas de Cristo, ó de cosas enderezadas á Cristo, y aun grandezas suyas, como luego verémos.

3. Lo tercero, ponderaré como estando el Espíritu Santo en el alma, luego la hace hablar en varias lenguas interiormente, que son varios afectos de devocion, conforme á lo que dice san Pablo (*Ephes.* v, 18): Llenaos de Espíritu Santo hablando á vosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y tañendo en vuestros corazones al Señor, haciendo siempre gracias por todos á Dios Padre en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Estas son las varias lenguas de fuego, con las cuales, como se dijo en el párrafo II de la introduccion de este libro, hablamos dentro de nosotros mismos con Dios nuestro Señor, cantándole salmos é himnos, con afectos de alabanza y agradecimiento por las mercedes que nos hace, y tambien afectos de amor y gozo por ser quien es, haciendo grandes ofrecimientos de servirle, y provocando á todas las virtudes, para que le hagan música, ejercitando sus actos á gloria de nuestro Señor. ¡Oh quién oyera como hablaba la Vírgen este dia con estas varias lenguas, inspirada por este divino Espíritu! ¡Qué afectos tan encendidos! qué alabanzas y accion de gracias brotaria, y cómo se derritiria en fuego de amor, hablando con su Amado! ¡Oh qué música de lenguas tan diversas, pero muy concertadas, sonaba en aquel cenáculo, por aquellos sagrados cantores, rigiéndoles como maestro el Espíritu Santo! ¡Oh Espíritu santísimo, ven á mi alma muda, y enséñala á hablar con varias lenguas de encendidos afectos! y pues me pides que suene mi voz en tus oidos (*Cant.* ii, 14), aclárala y endulzórala, para que su música te sea dulce y agradable por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LAS OBRAS MARAVILLOSAS QUE POR MEDIO DE LOS APÓSTOLES HIZO EL ESPÍRITU SANTO EN EL DIA DE PENTECOSTES.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Estaban aquel dia en Jerusalen muchos judios y varones religiosos de todas las naciones del mundo; y oyendo el sonido del viento vehemente, juntóse grande muchedumbre: y oyendo cada uno hablar á los Apóstoles en su propia lengua las grandezas de Dios, quedaron admirados y pasmados, diciendo: Quid vult hoc esse? Qué será esto?* — Lo primero, se ha de considerar cuán propio es del Espíritu Santo con el sonido de su divina inspiracion menear los ánimos de los hombres, y traerlos á donde oigan los predicadores del Evangelio, para que por medio de su predicacion conozcan á Cristo y se conviertan. Por lo cual tengo de darle muchas gracias, y suplicarle que no cese de hacer esto con los pecadores, y de mi parte de imitar á esta gente; la cual oyendo esta voz y sonido no se quedó en su casa despreciándola, y haciendo poco caso de ella, sino luego salió á ver lo que era, y lo que este prodigioso sonido significaba: así yo en oyendo dentro de mi alma la voz de la divina inspiracion, no tengo de estar ocioso ni dejarla pasar en vano, sino salir á cumplir lo que por ella Dios me inspira.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como los Apóstoles, que habian estado recogidos con silencio esperando la venida del Espíritu Santo, luego que le recibieron, salieron de su recogimiento á lo público, y comenzaron á publicar y predicar las grandezas de Dios, en presencia de todas las naciones del mundo, porque la fuerza interior del Espíritu Santo les movia á ello, el cual no quiere que sus talentos estén enterrados, ni que sus dones estén ociosos un momento, sino que luego salgan á luz, y se negocie con ellos la salvacion de las almas: con lo cual me confirmaré en lo que arriba se dijo (*Med.* XVII, *part.* II): que como es vicio de soberbia salir á predicar y tratar las almas antes de recibir la virtud de lo alto, así es vicio de pusilanimidad no salir despues de recibida; y como dice san Gregorio (3 *p.* Pastor. admon. 26): Ambos extremos son muy peligrosos.

3. Lo tercero, ponderaré la eficacia y espíritu con que los Apóstoles hablaban, *magnalia Dei* (*S. Bern.* Serm. de Spir. et lib. de cons. ad mon. cist.), grandezas de Dios; porque cada espíritu mueve á hablar como quien es: el espíritu de mundo, con la lengua que

David llama *magniloqua*, habla grandezas mundanas; el espíritu de carne, grandezas carnales; el espíritu propio, grandezas propias: mas el Espíritu divino aborrece estas grandezas, y no las quiere tomar en la boca, si no es para despreciarlas; porque las tiene por bajezas, y solamente inspira y mueve á hablar de las grandezas de Dios, de sus virtudes y excelencias, de sus beneficios y misericordias, de sus obras y misterios, sintiendo altamente de Dios y de cualquier cosa suya, y hablando de ella cuando es menester, no con tibieza y caimiento de ánimo, sino con lenguas de fuego, y con fervor admirable; de modo que provoque á los oyentes grande admiracion y espanto, reconociendo en el que habla la divinidad del Espíritu que le mueve. ¡Oh Espíritu divino! ilustra mi alma, para que conozca las grandezas de Dios, y mueve mi lengua, para que hable de ellas con tal fervor, que tú quedes glorificado, y mis prójimos edificados, y yo mas encendido en tu amor. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—*De los juicios temerarios.*— 1. *Algunos escarneciendo, decian: Estos están llenos de mosto; pero levantándose Pedro con los once Apóstoles, alzó la voz, y hablóles, declarándoles como no estaban tomados del vino, sino llenos del Espíritu Santo.* Aquí se ha de ponderar: lo primero, como nunca faltan malos que escarnezcan de los buenos y hagan burla de las obras de Dios, juzgando temerariamente de ellas, y echándolas siempre á la peor parte: como el sumo sacerdote Helí, que viendo á la madre de Samuel orar en el templo, meneando solamente los labios (I *Reg.* I, 13), juzgó que estaba tomada del vino, atribuyendo á embriaguez lo que era fervor de espíritu: y los deudos de Cristo nuestro Señor, cuando comenzó á predicar, juzgaban que su fervor era furor (*Marc.* III, 21); y ahora estos miserables á los que están llenos del Espíritu Santo llaman embriagados y llenos de vino. Esto permite Nuestro Señor para ejercitar á los justos en humildad y paciencia, y para que vean cuán errados son los juicios de los hombres, y no hagan caso de ellos, y aprendan á no juzgar temerariamente lo que no alcanzan, especialmente cuando lo hace gente santa, sino venerarlo con silencio y admiracion, ó preguntar como hicieron este dia algunos: *Quidnam vult hoc esse? ¿Qué será esto?*

2. Lo segundo, ponderaré como los Apóstoles, movidos del divino Espíritu, tomaron de aquí ocasion para predicar la fe de Cristo nuestro Señor, respondiendo á la pregunta de los unos, y deshaciendo el error de los otros; y así tomando la mano san Pedro, como cabeza de los Apóstoles, les dijo: que no estaban llenos de vino, por-

que era muy de mañana para haber bebido, y no se habia de presumir tal cosa de gente buena y en tal dia, pero que estaban llenos de aquel Espíritu que Dios habia prometido por el profeta Joel (*Ioël*, II, 28); como quien dice: llenos están de vino, no de este vino corporal que vosotros pensais, sino de otro vino mas fuerte, que es el espíritu de Dios, y su encendido amor, porque los ha metido en la bodega de sus vinos, y embriagádoles con la muchedumbre y dulzura de su amor. Ó Amador de las almas, entra la mia (*Cant.* II, 4) en esta tu bodega, y hártala con la variedad y abundancia de los vinos preciosos que tienes en ella, ordenando en mí la caridad, y todos los actos y afectos que proceden de ella. Tú bebiste de este vino y convidas á los tuyos que beban de él, diciéndoles (*Cant.* v, 1): Bebed, amigos mios, y embriagaos los muy amados; y aunque yo no merezco nombre de amigo, mas para que lo sea te suplico me convides, y dés á beber con tanta abundancia, que como embriagado de tu amor salga de mí, y olvidado de todo no quiera mas que á tí.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el maravilloso sermon que hizo el apóstol san Pedro, dando testimonio de Cristo crucificado, en el cual descubrió las grandes virtudes que el Espíritu Santo le habia comunicado, y las que han de tener los ministros del Evangelio. - La primera, fue grande sabiduría y destreza en proponer las verdades y misterios de Cristo nuestro Señor, probándolos con testimonios muy eficaces de la divina Escritura, de los Profetas y Salmos. - La segunda, fue grande libertad de espíritu con gran fortaleza de corazon; porque Pedro, á quien la voz de una esclava hizo temer y negar á su Maestro, ahora con la virtud y fortaleza que le dió el Espíritu Santo, confesó y predicó delante de innumerables hombres, que Cristo, á quien ellos crucificaron, habia resucitado, y era su Dios y su Mesías y Salvador. Y con la misma libertad testificó lo mismo delante de Anás y Caifás, y de todos los príncipes de los sacerdotes, admirándose ellos de su constancia; y mandándole con amenazas (*Act.* IV, 18) que no predicase mas á Cristo, libremente respondió, que era mas justo obedecer á Dios que á los hombres (*Act.* IV, 19); y así lo hicieron todos los Apóstoles, ofreciéndose por esta causa á muchos trabajos, y gozándose de sufrirlos por el nombre de Jesús, y de todos se dice, que *loquebantur verbum Dei cum fiducia*, predicaban la palabra de Dios con gran osadía y confianza.

2. La tercera, fue grande celo y fervor en sus palabras, penetrando con ellas y punzando los corazones de los oyentes, de tal ma-

nera, que los que poco antes tenian á los Apóstoles por embriagados, luego compungidos se les rinden, y preguntan qué harán para salvarse (*Act.* II, 37); y los que con terrible dureza pidieron que Cristo fuese crucificado, ahora con gran ternura piden ser bautizados. ¡Oh mudanza milagrosa de la virtud de Dios! oh poder inmenso del divino Espíritu! ¿quién sino Dios pudiera dar tal sabiduría y fortaleza con tal fervor á tan rudos y cobardes predicadores? y ¿quién otro que su Espíritu pudiera mudar y ablandar los duros corazones de tales oyentes? Ven, ó Espíritu santísimo, sobre los predicadores de la Iglesia, y sobre los fieles que les oyen, y obra en los unos y en los otros esta maravillosa mudanza, para que nuestro Redentor sea de todos obedecido y amado, y tu divina voluntad sea de todos conocida y venerada. Amen.

3. Últimamente, ponderaré como *los que en aquel dia se convirtieron y bautizaron, fueron cerca de tres mil almas.* (*Act.* II, 41). El cual número tiene misterio; porque la santísima Trinidad le escogió apropiándose cada una de las tres divinas Personas un millar de estas almas, como primicias de las innumerables que habian de recibir su santa ley: así como en otro sermon se convirtieron cinco mil en premio de las cinco llagas que Cristo recibió en la cruz. ¡Oh qué gozo sentiria Cristo nuestro Señor cuando vió que su Padre habia traido tanta gente á su servicio (*Isai.* LIII, 10), cumpliendo la promesa que de esto habia hecho! ¡Oh qué fiestas harian los Ángeles en el cielo por la conversion de tantos pecadores, pues por la conversion de uno solo se gozan grandemente! (*Luc.* XV, 10). ¡Oh qué regocijada estaria la Vírgen sacratísima, viendo tantos que reconocian la divinidad de su amado Hijo, en cuya conversion tuvo ella mucha parte! porque mientras los Apóstoles predicaban, ella oraba con gran fervor, negociando con Dios el próspero suceso de su predicacion. ¡Oh qué alegres estarian los Apóstoles con la copiosa pesca que sacaron de aquella redada, gastando todo aquel dia en enseñar á los convertidos los misterios de la fe, y en moverlos á penitencia de sus pecados, y en bautizarlos, dándoles Nuestro Señor, como les ofreció san Pedro, el don del Espíritu Santo, con el cual quedaron llenos de santidad y alegría espiritual! De todo esto he yo de sacar tambien afectos de gozo y alabanza, gozándome de que Cristo mi Señor sea conocido y venerado, y dándole el parabien de esta copiosa cosecha. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán bien comenzais á cumplir lo que dijísteis, si fuere levantado de la tierra, traeré á mí todas las cosas! (*Ioan.* XII, 32). Ya, Señor, habeis subido á lo alto y dado dones á los hombres

(*Ephes.* IV, 8), y en recompensa de lo que dais recibís tambien dones de los mismos hombres, dándoseos ellos por vuestra gracia, y tomándolos Vos para vuestro servicio. Dadme, Señor, vuestros dones, y tomad de mí lo que Vos me dais, porque todo yo sea vuestro por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXV.

DE LA VIDA EXCELENTÍSIMA QUE EL ESPÍRITU SANTO INSPIRÓ Á LOS PRIMEROS CRISTIANOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Los que se bautizaron perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, y en la comunion de la fraccion del pan, y en oraciones.* (*Act.* II, 42). Aquí se ha de considerar como es propio del Espíritu Santo inspirar á los justos, cuyas almas llena de sí mismo tres principalísimos ejercicios de virtud, con los cuales conserven y aumenten la santidad.-El primero es, perseverar en la doctrina de los Apóstoles; esto es, ocuparse en oir sermones y leer libros sagrados y santos, para confirmarse mas en la fe, y penetrar mas la doctrina evangélica, y aficionarse mas á ella, huyendo de toda la doctrina que fuere contraria á la de los Apóstoles, ó nos entibiare en la fe y estima que debemos tener de ella.

2. El segundo es, perseverar en la comunion de la fraccion del pan: esto es, en la comunion del santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo nuestro Señor, que es el pan del cielo que se reparte á los hombres que vivimos en la tierra, para conservar y aumentar la vida espiritual de la gracia.-El tercero es, perseverar en oraciones; y no dice en oracion, sino en oraciones, esto es, en todo género de oracion, que llama san Pablo (I *Tim.* II, 1), peticiones, obsecraciones, acciones de gracias, alabanzas, himnos, salmos y cánticos espirituales, orando de todos estos modos en todo lugar, levantando las manos puras á Dios, sin iras ni contiendas.

3. Estas tres cosas hacian estos fieles con grande frecuencia y perseverancia, ocupándose en ellas todos los dias, inspirándoles esto el Espíritu Santo, porque todas tres son sustento espiritual de las almas, y el medio mas eficaz que hay para conservar la vida de la gracia, y para aumentar los dones de Dios, y alcanzar la plenitud del Espíritu Santo. Y así en este libro de los Hechos apostólicos leemos (*Act.* X, 44), que siempre se daba el Espíritu Santo cuando los Apóstoles predicaban y ponian sus manos sobre los fieles y ora-

ban, de suerte, que los fieles recibian el Espíritu Santo por una de tres vias, oyendo los sermones, ó recibiendo los Sacramentos, y haciendo oracion á Dios; pero esta oracion era fervorosísima, tanto, que como dice san Lucas (*Act.* IV, 31): *Cum orassent, motus est locus in quo erant congregati, et repleti sunt omnes Spiritu Sancto.* Orando tembló el lugar donde estaban juntos, para significar el espanto que pondrian al mundo, y la mudanza de los corazones que harian con su ejemplo y palabra en virtud del Espíritu Santo. Ó Espíritu santísimo, mi alma está hambrienta y no tengo pan con que sustentarla; dame estos tres panes de la doctrina, comunion y oracion con que la remedie, y aunque yo no los merezca por amigo, dámelos por importuno (*Luc.* IX, 8), premiando en esto los trabajos de nuestro dulcísimo amigo Cristo Jesús, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.- *Union del estado y vida religiosa.* — 1. *Todos los que creian, estaban juntos y tenian todas las cosas comunes, vendian las posesiones y las haciendas, y dividíanlas á todos conforme á la necesidad de cada uno.* (*Act.* II, 44). Aquí se ha de considerar, como tambien es propio del Espíritu Santo inspirar á sus escogidos la perfeccion evangélica que Cristo nuestro Señor predicó; estampándola en estos primitivos cristianos, para que fuesen ejemplo de los religiosos que les habian de suceder. -Lo primero, les inspiró la vida de comunidad, con suma union y caridad; y por eso dice san Lucas, que *erant pariter,* que estaban juntos, y mucho mas con el espíritu que con el cuerpo. Y así añadió otra vez, que *multitudinis credentium erat cor unum, et anima una* (*Act.* IV, 32): que la muchedumbre de los creyentes tenia un corazon y una ánima; porque aunque eran muchos de diferentes naciones y complexiones, y de diversos caudales y talentos, todos estaban unidos con amor, y tenian una voluntad y un mismo sentir, porque todos tenian un mismo Espíritu Santo que los unia consigo y entre sí mismos, como lo hace el alma con los miembros del cuerpo, aunque sean muy diversos, cumpliendo Nuestro Señor lo que prometió por Jeremías, cuando dijo (*Ierem.* XXXII, 39): Yo les daré un corazon y un camino. Y concediendo el Padre eterno á su Hijo lo que le pidió la noche de la cena, que fuesen sus discípulos una cosa (*Ioan.* XVII, 11), como los dos lo eran, para que el mundo le conociese por esta union. Ó Padre eterno (*Psalm.* LXVII, 7), que haces morar en una casa á los que tienen unas mismas costumbres, da esta union á todos los fieles que moran en la casa de tu Iglesia, y á todos los que moran en la casa de tu religion, para que

tu Hijo sea glorificado en el mundo, viendo la union que tienen los que viven en tu casa. Ó Espíritu santísimo, á quien pertenece dar testimonio de Cristo nuestro Salvador, imprime en todos tus discípulos esta soberana union, para que amándose unos á otros, por el testimonio de este amor, sea creido y adorado su Maestro.

2. Tambien ponderaré, como en este tiempo se comenzaron á manifestar los milagros que profetizó Isaías, cuando dijo (*Isai.* XI, 6; LXV, 25): Que habitarian juntamente el lobo y el cordero, el tigre y el cabrito, el leon y la oveja, y que un niño pequeño los pastorearia, paciendo juntamente el becerro y el oso, y comiendo paja el leon como si fuera buey. Porque el Espíritu Santo, con el ganado de las ovejas y corderos de Cristo que eran sus discípulos, juntó en union de perfecta caridad á los que el dia de su pasion le persiguieron como lobos, tigres y leones, y los que solian ser codiciosos como lobos, coléricos como tigres, soberbios como leones, y astutos como osos, hacen un mismo rebaño muy concorde y unido en caridad con los que son mansos, humildes y sencillos, como ovejas y corderos. Todos se hacen á un modo de comida llana y poco regalada, dejando el leon su costumbre por tomar la propia del buey, humanándose los principales á la comida grosera de los pobres trabajadores, y todos se sujetan con gran obediencia al gobierno de un pequeñuelo pescador, á quien Cristo hizo pastor de su ganado. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! oh milagros de la omnipotencia del Salvador! (*Psalm.* XLV, 9). Venid, y ved todos las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra quitando de ella toda discordia y guerra, trocando á los leones y tigres en ovejas y corderos mansos. (*Casian.*, *Collat.* XII, *c.* 12). Gracias te doy, Salvador omnipotente, por estas mudanzas que haces con la eficacia de tu divino Espíritu. Lleva, Señor, adelante esta obra que has comenzado, dando á todos los fieles y religiosos esta union, esta igualdad, esta obediencia y sujecion á sus prelados, para que con estos milagros de tu gracia los infieles reciban tu fe, y los fieles se confirmen en ella, y crezcan siempre en tu amor.

3. Lo segundo, inspiró el Espíritu Santo á estos fieles, que para conservar esta union tuviesen todas las cosas comunes, guardando la pobreza evangélica con rigor, porque lo primero, vendian todas sus posesiones y bienes muebles, para que el precio se repartiese entre todos, acudiendo á la necesidad de cada uno, con lo cual cumplian aquel consejo de Cristo nuestro Señor que dice (*Matth.* XIX, 21): Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y ten-

drás un tesoro en el cielo.–Lo segundo, en la distribucion de estos bienes no querian seguir su propia voluntad y propio parecer, sino el de los Apóstoles á cuyos piés echaban el precio de lo que vendian para que ellos lo repartiesen á su voluntad (*Act.* IV, 35); con lo cual se desnudaban de todo afecto de carne y sangre, y de su voluntad propia, siguiendo la de los ministros de Cristo nuestro Señor.–Lo tercero, se desapropiaron tanto en el uso de todas cosas, que á lo que tenian no lo llamaban suyo, desterrando de sus pláticas aquella fria palabra, mio y tuyo, que es ocasion de discordias y de entibiar la caridad. De suerte, que con el corazon, y con la palabra y con la obra, se desapropiaron y renunciaron todo cuanto poseian, para ser perfectos discípulos de Cristo. *Nec quisquam eorum quae possidebat, aliquid suum esse dicebat.*

4. De aquí se seguia, que siendo todos pobres, ninguno de ellos padecia necesidad, porque lo que uno tenia era de todos, y lo que tenian todos era de cada uno, y todas las cosas tenian comunes para el uso de todos. Era comun la casa, el vestido, la comida, los ejercicios de virtud, los trabajos, los premios y las coronas, porque siendo muchos, eran uno, y el uno no estaba solo, sino en él estaban muchos, ayudándole todos (*D. Basil.* De constit. monastic. c. 19). ¡Oh vida dichosa y bienaventurada, enseñada por Cristo, inspirada por el Espíritu Santo, aprobada por los Apóstoles y ejercitada por los discípulos, que fueron primicias del divino Espíritu! ¡Oh divinidad santísima, que siendo una en tu esencia eres comun á tres Personas! concede á los fieles que llamaste á estado de perfeccion, que sean todos uno, y cada uno con sus cosas sea comun para todos, para que todos sin poseer nada lo tengan todo (II *Cor.* VI, 10), y dejándolo todo, alcancen el cien doblo de lo que dejaron (*Matth.* XIX, 29), poseyéndote á tí, fuente de todos los bienes, por todos los siglos. Amen.

5. De todo esto que se ha dicho he de sacar, si soy religioso, gran deseo de imitar á estos primitivos cristianos, á los cuales puso el Espíritu Santo por dechado de religiosos, y muchos de ellos por su inspiracion hicieron voto (*D. Aug.*, Serm. 17 de verbis Apostoli, et alii) de esta pobreza, para que fuese mas estable y agradable á Dios, á cuya causa Ananías y Safira, porque vendieron su heredad y se quedaron con parte del precio, fueron castigados severamente por san Pedro, con muerte arrebatada, diciéndoles (*Act.* V, 4): que habian mentido al Espíritu Santo, por cuya inspiracion habian hecho el voto. Pero si soy seglar, sacaré deseos de imitar á estos dis-

cípulos en lo que fuere conveniente, segun mi estado, desnudándome, siquiera con el corazon, de todas las cosas, pues con todos habla aquella sentencia del Salvador, que dice (*Luc.* XIV, 33): El que no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.

PUNTO TERCERO. — 1. *Cada dia perseveraban con un mismo ánimo en el templo, y partiendo el pan en las casas, tomaban el manjar con alegría y simplicidad de corazon, alabando juntos á Dios, y siendo agradables á todo el pueblo.* (*Act.* II, 46). Aquí se ha de considerar, como es tambien propio del Espíritu Santo inspirar á los escogidos otros varios medios para conservar la union y perfeccion. El primero es, que *unanimiter*, con un mismo ánimo fuesen al templo, y perseverasen allí haciendo los ejercicios para que se ordenó el templo, que son, oir juntos la palabra de Dios, orar y asistir á los divinos sacrificios y recibir los santos Sacramentos, porque el templo es escuela de Cristo, casa de oracion, propiciatorio de nuestros pecados y lugar dedicado al divino culto. Y en estos ejercicios perseveraban gran parte del dia con sumo gusto, porque el Espíritu Santo asistia cón ellos.

2. Cumplida esta obligacion con Dios, luego por inspiracion del mismo Espíritu se iban unos á las casas de los otros, y allí se convidaban con caridad, tomando el manjar del cuerpo con alegría, no sensual sino espiritual, cumpliéndose lo que dijo David (*Psalm.* LXVII, 4): Los justos coman y alégrense en la presencia de Dios, y con esta alegría juntaban simplicidad de corazon sin dobleces, ni fingimientos, ni murmuraciones de unos contra otros, sino con sincera intencion por agradar á Dios, y conservar la fraterna caridad, dándonos ejemplo del modo como hemos de comer, espiritualizando esta obra, que de suyo es tan carnal.

3. De aquí resultaba, que siempre andaban alabando y glorificando á Dios con grande edificacion de todo el pueblo, que los amaba y veneraba por la santidad y caridad que en ellos resplandecia. Ó amantísimo Jesús, Esposo dulcísimo de las almas justas, ¡con cuánta razon puedes decir ahora, mirando la vida de esta pequeña Iglesia esposa tuya (*Cant.* IV, 9): Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia, llagaste mi corazon con el uno de tus ojos, esto es, con la union y conformidad que tienen estos justos, que son como tus ojos! (*D. Greg.*, ibi) porque como los ojos son entre sí muy parecidos, y á una se abren y cierran, á una se menean á una y á otra parte, á una velan y duermen; así estos justos con grande conformidad á una van al templo, á una oran, á una oyen tus palabras, y á una

ejercitan las obras de caridad, porque todos tienen un corazon y un espíritu unidos contigo y entre sí con perfecto amor. Ó Espíritu divino, pues eres el corazon invisible de la Iglesia, arroja por todos sus miembros espíritus de vida, que son tus divinas inspiraciones, con las cuales acudan con grande union y fortaleza á todas las cosas de tu servicio, de tal manera, que llaguen tu corazon con llagas de amor, haciéndose dignos de que los ames, y aumentando en ellos el fuego del amor, Amen.

—Antes de proseguir esta historia pondré dos meditaciones, en las cuales vean los justos que ahora viven el caudal que tienen del Espíritu Santo para llegar á la santidad que tuvieron los primitivos cristianos. —

MEDITACION XXVI.

DE LA EXCELENTÍSIMA PERFECCION QUE EL ESPÍRITU SANTO COMUNICA POR MEDIO DE SUS INSPIRACIONES, Y DE LAS PROPIEDADES QUE TIENEN.

PUNTO PRIMERO. — Lo primero, se ha de considerar como el Espíritu Santo á los que engendra en el ser de gracia por el agua del Bautismo los hace semejantes á sí mismo, y por medio de sus inspiraciones los va levantando á tanta alteza de santidad, que se puedan como él llamar espíritus. Así lo dice expresamente Cristo nuestro Señor, hablando con Nicodemus: *Lo que ha nacido de carne, es carne, y lo que ha nacido de espíritu, es espíritu. El espíritu inspira donde quiere, oyes su voz, mas no sabes de dónde viene, ni dónde va; así es todo hombre que ha nacido del espíritu.* (*Ioan.* III, 6). Que es decir: Como lo que nace de carne por carnal generacion es en todo semejante al que lo engendró, del cual recibe la naturaleza con las mismas propiedades é inclinaciones naturales que él tiene, como un hombre engendra otro hombre semejante á sí mismo en lo que es propio de hombre, aunque no llega á tener toda su perfeccion en las obras hasta que ha crecido; así tambien en su proporcion, lo que nace del Espíritu Santo por la generacion espiritual es semejante al mismo Espíritu, de quien recibe la gracia, virtudes y dones, que son participacion de la divina naturaleza, y en virtud de las cuales se puede llamar espíritu: esto es, hombre espiritual semejante al Espíritu Santo, que espiritualmente le engendró. Por lo cual dijo san Agustin (*Tract.* 12 *in Ioan.*): *Si nascaris de Spiritu hoc, eris ut ille,* si naces del Espíritu Santo, serás como él es, y en virtud suya podrás vivir en carne como si fueses espíritu, libre de resabios carnales,

ilustrado con verdades, rico de virtudes, encendido con fervientes afectos, imitando el excelentísimo modo que tiene de hacer sus obras. Ó Espíritu santísimo, ¿qué gracias te podré dar por tan alta dignidad, como concedes al hombre de carne, que pueda como tú ser y llamarse espíritu? Ó Padre amorosísimo, que de tal manera engendras á tus hijos, que estás dentro de ellos, ayudándolos á crecer y obrar, para que lleguen á ser perfectos como tú lo eres: pues ya me has engendrado por el Bautismo, inspírame lo que tengo de hacer, para que mis obras sean semejantes á las tuyas (I *Cor.* VI, 17), y llegue á ser contigo un mismo espíritu por todos los siglos. Amen.-Luego puedo discurrir por tres excelentes propiedades que tiene el Espíritu Santo en la obra de su inspiracion, que se tocan en las palabras propuestas; es á saber, libertad suma, eficacia todopoderosa, y secreto grande en sus medios y fines: en los cuales podemos imitarle, al modo que se verá en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO. — 1. La primera propiedad del Espíritu Santo es, que *ubi vult spirat.* Inspira donde quiere, porque hace su obra de inspirar con suma libertad; no por fuerza, porque no hay quien le fuerce; ni por temor, porque no tiene que temer; ni por interés propio, porque no espera premio de sus criaturas; ni por obligacion de justicia, porque ninguno con merecimientos le puede obligar á ello: solamente inspira porque quiere, y porque su infinita bondad le inclina á hacernos este bien de pura gracia. De suerte, que comunica sus inspiraciones á las personas que quiere, y en el tiempo que quiere, y con el modo que quiere, con mucha frecuencia, ó con poca, con gran fuerza ó pequeña, moviendo á las cosas que quiere segun las trazas de su divina providencia, dividiendo las gracias y favores, *pro ut vult,* como quiere. Pero en esto muestra su liberalidad infinita, porque da estas inspiraciones de repente á todos con todos los modos que hay de liberalidad.-Lo primero, dalas á quien no se las pide, ni se acuerda de pedirlas.-Lo segundo, á quien no las merece, antes las desmerece por sus pecados.-Lo tercero, á quien no las quiere, antes las contradice y resiste como Saulo (*Act.* IX, 3); pero con mas frecuencia y eficacia las da á los justos que ha escogido por hijos regalados suyos; de los cuales dice el apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 14): Los que son movidos del divino Espíritu, estos son hijos de Dios. ¡Oh dichosos hijos, que traen por ayo perpétuo y compañero al divino Espíritu! (*D. Bern.* Serm. 32 in Cant.). Ó Espíritu divino, pues inspiras donde quieres porque eres sumamente bueno, muestra conmigo tu bondad en querer lo que puedes, inspi-

rándome con frecuencia lo que tengo de pensar, decir y obrar, para que siendo movido por tí, en todo me parezca á tí.

2. De aquí subiré á ponderar el modo excelentísimo como el justo que perfectamente ha nacido del espíritu, con su inspiracion hace lo que quiere, no cosas malas, ni prohibidas, ni vanas ó impertinentes; porque el Espíritu Santo no mueve á cosas semejantes, sino siempre á cosas buenas, santas y provechosas, y estas hace con suma libertad de espíritu, no forzado como los esclavos, no con repugnancia ó tédio como los tibios, no por miedo del infierno como los imperfectos, ni principalmente por el premio como los jornaleros, sino porque quiere hacer placer á Dios y ama la virtud, de tal manera, que aunque no hubiera infierno, no pecara, porque no hay para él mas terrible infierno que el pecado; y aunque no hubiera premio, no dejara de hacer lo que Dios le manda, porque obedecerle es su premio, y dentro de sí tiene una ley viva que le inclina á querer todo lo que Dios quiere. Y en esto consiste su perfecta libertad de espíritu, conforme á la del Espíritu Santo, segun aquello de san Pablo, que dice (I *Cor.* III, 17): Dios es espíritu, y donde está el espíritu de Dios hay libertad. -De aquí es, que como el Espíritu Santo inspira á buenos y malos, porque quiere mostrar en esto su bondad; así el justo, movido con su inspiracion, hace bien á todos, á los amigos y á los enemigos, y á los que le contradicen y persiguen, mostrando en esto ser hijo de Dios, y tener su divino Espíritu.

3. Finalmente, siempre hace lo que quiere, porque totalmente ha puesto su voluntad en la de Dios y de su divino Espíritu; y haciendo lo que quiere Dios, hace juntamente lo que él mismo quiere, porque su querer no es otro que el de Dios. Por lo cual dijo el glorioso san Buenaventura (In dic. salutis, tit. 8, c. 1), que los que están conformes con la divina voluntad, son como dioses omnipotentes de su voluntad para lo que quieren. Ó alma mia, si deseas esta soberana omnipotencia, quiere solamente lo que quiere Dios, y alcanzarla has. Resuélvete de una vez á negar tu propia voluntad, resignándola en la divina, y cumpliendo siempre la de Dios, cumplirás tambien la tuya. Ó Dios de mi alma, desde hoy mas me determino á querer lo que tú quieres, no por fuerza (*Psalm.* LIII, 8), sino de grado, no por temor é interés, sino por puro amor, porque mi gusto es querer el tuyo, y tu querer es gusto mio. -De aquí sacaré las señales para conocer la inspiracion del Espíritu Santo, contrarias á las sugestiones del mal espíritu, de quien procede la desgana, re-

pugnancia, tédio y horror al cumplimiento de la divina voluntad y de su santa ley. Pero el temor del infierno y esperanza de premio pueden proceder del Espíritu Santo, porque no siempre inspira lo mas perfecto, sino suele comenzar por lo imperfecto.

PUNTO TERCERO.— 1. La segunda propiedad del Espíritu Santo es, que cuando inspira, *vocem ejus audis:* oimos su voz, descubriendo en esto su omnipotencia en muchas maneras.-Lo primero, en que cuando quiere inspirar, no hay para él puerta cerrada en el alma, ni estorbo que pueda impedir su entrada, ni es posible dejar de oir su voz (*D. Bern.* Serm. 45 in Cant.): esto es, sentir su toque é inspiracion y lo que por ello dice, aunque puede el hombre no consentir con ello. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 105, *art.* 3 *et* 4; 111, *art.* 2; 2, 2, *q.* 173, *art.* 2). Y en esto tiene una cosa singular, que puede inmediatamente y del primer golpe entrar en nuestro entendimiento y voluntad, imprimiendo de repente el conocimiento y buen afecto que quiere: porque es dueño y señor absoluto de nuestro espíritu, en quien y por quien puede hablar de cualquier cosa corporal ó espiritual que le diere gusto, con figuras sensibles de la imaginacion ó sin ellas.

2. Pero mas adelante pasa su omnipotencia y bondad, porque tiene fuerza y maña para inspirar de tal manera, que no solamente oigamos su voz, sino consintamos con ella y obedezcamos á lo que nos dice, no con violencia y necesidad, sino con sumo gusto y suavidad, trocando nuestra voluntad, para que diga como Saulo (*Act.* IX, 6): Señor, ¿qué quieres que haga? De donde resulta que el hombre espiritual, movido de este divino Espíritu, tiene la misma fuerza y maña para todo lo que quiere del divino servicio, aunque sea muy dificultoso y áspero, rompiendo muros de dificultades, para salir con lo que quiere, pareciéndose en esto al Espíritu Santo de quien es movido. Ó Espíritu santísimo, pues eres Señor absoluto de mis potencias, juntamente llama y abre sus puertas, llamando con tanta eficacia, que sin hacerte esperar luego te abra, para que hagas en mí y de mí lo que fuere tu voluntad.

3. Lo segundo, he de ponderar que así como cada hombre tiene su particular modo de voz, por la cual se manifiesta y es conocido y diferenciado del otro, y como dice Job (*Iob,* XII, 11), el oido percibe la diferencia de estas voces; así la voz interior é inspiracion del Espíritu Santo tiene sus particulares propiedades y señales, que percibe el oido del alma, por las cuales conoce que Dios es el que habla, y distingue su voz de la voz del mal espíritu, que las tiene

muy contrarias. Y todo se ve por los efectos interiores de cada una (*D. Greg.* Lib. XXVIII Moral. *c.* 2), porque el Espíritu Santo con su voz enternece los corazones duros, doblega los tercos, ablanda los ásperos, enciende los frios, fortalece los flacos, alienta los pusilánimes, recoge los distraidos, establece los mudables, consuela los tristes y pacifica los turbados; convierte los soberbios en humildes, los iracundos en mansos, los codiciosos en pobres de espíritu, y los regalados en templados y mortificados en su carne. Y esto hace con imperio y majestad, con suavidad y eficacia; turbando con temor al malo para que se enmiende, y estremeciendo al bueno para que le reverencie, parando siempre en justicia, gozo y paz. Al contrario de esto va el espíritu malo en su voz aunque disimulada. Ó Espíritu divino, habla dentro de mí, que tu siervo oye. Tú dices que deseas oir mi voz, yo deseo mucho oir la tuya. (*Cant.* VIII, 13). *Fac me audire vocem tuam;* hazme que oiga tu voz divina y sienta los efectos de ella, para que pueda yo responderte con la mia, haciendo tales obras, que sean muy parecidas á las tuyas.

4. De aquí he de sacar, que el varon espiritual movido del Espíritu Santo tiene sus voces, por las cuales es conocido por tal, semejantes á las del Espíritu Santo que le mueve. Las voces son modestia en el rostro, gravedad en los meneos del cuerpo, pureza y discrecion en las palabras, presteza en la obediencia, templanza en la comida, alegría en las persecuciones, constancia en los trabajos, humildad en sujetarse á todos, diligencia en las obras del culto divino, gusto en la oracion, celo en ayudar á las almas. Estas y otras obras semejantes son voces del que ha nacido perfectamente del Espíritu Santo, y es movido de su inspiracion, por las cuales será conocido, porque el árbol se conoce por su fruto.

PUNTO CUARTO. — 1. La tercera propiedad del Espíritu Santo es, que aunque inspira de modo que oimos su voz, pero *nescis unde veniat, aut quo vadat.* No sabemos de dónde viene ni adónde va, porque de propósito quiere encubrir sus entradas y salidas, sus principios y sus fines, con admirable traza de su providencia. Porque nos encubre la venida de su inspiracion, cuanto al tiempo, lugar, ejercicio y ocasion de ella. Unas veces viene en dias de fiesta, otras en dia de trabajo, ya de dia, ya de noche, ya á la mañana, ya á la tarde; unas veces viene en la iglesia ó en el oratorio, otras en la plaza ó en el campo. Unas veces viene en la oracion ó misa, ó en el sermon, otras en el negocio y obra exterior. Unas veces entra por medio de la vista, viendo alguna imágen devota, otras por el oido

oyendo algunas buenas palabras, ó por el gusto ó tacto, padeciendo algun dolor ó trabajo. Finalmente no se puede saber, como el mismo Señor dijo á Job (*Iob*, xxxviii, 24; *D. Greg.* ib.), por qué caminos esparce la luz de sus divinas ilustraciones y el calor de sus encendidas inspiraciones; porque quiere que siempre estemos colgados de su providencia, y reconozcamos con humildad la dependencia que de ella tenemos, confesando que no bastan nuestras industrias para alcanzar tal favor, y que cuando se nos da no es por nuestros merecimientos, sino por gracia del dador. Ó Dador de los dones, visítame á menudo con tu santa inspiracion, y ven por el camino que quisieres, porque yo gusto de no saberle para humillarme, creyendo que en todo lugar y tiempo puedes favorecerme.

2. De la misma manera nos encubre el Espíritu Santo el fin que pretende con sus inspiraciones, porque aunque sabemos ser su voluntad que le obedezcamos en hacer lo bueno que nos inspira, para gloria suya y salvacion nuestra; pero no sabemos á qué fin particular lo encamina, porque muchas veces con pequeños principios pretende grandes fines, y con gran impulso mueve á algunas cosas, cuyos fines no se pueden saber hasta que el suceso los descubre, como dice san Pablo (*Act.* xx, 22), que atado en el Espíritu, con la fuerza de su inspiracion, subia á Jerusalen, sin saber las cosas que allí le estaban esperando, porque gusta Nuestro Señor que con rendimiento de juicio y voluntad obedezcamos á su santa inspiracion, esperando de su amorosa providencia el fin que pretende en ella. Ó Padre amorosísimo, inspírame lo que te agrada conforme á tu santa ley, porque bástame saber el fin último que pretendes, para que yo te obedezca en los demás medios y fines que ordenares.

3. De aquí he de sacar dos cosas.-La primera, que si soy movido del Espíritu Santo, aunque haga obras públicas, por las cuales se manifieste la virtud del alma, he de encubrir mis fines é intenciones á los hombres, contentándome con que sean manifiestas á solo Dios, porque el ladron de la vanagloria no robe mi tesoro, aunque es necesario dar parte al confesor y al maestro que en nombre de Dios me gobierna, porque Satanás, transfigurado en ángel de luz, no me engañe.-La segunda es, tener gran confianza de alcanzar esta grandeza de santidad, pues no sin misterio dijo Cristo nuestro Señor generalmente: *Sic est omnis*, así es todo hombre que nace del espíritu, para darnos esperanzas que cualquier justo podrá subir á esta perfeccion, si vive conforme á la gracia que recibió en su nacimiento espiritual, y obedece á la mocion del divino Espíritu que le

encamina á ella; y en prendas y señal de esto, á todos los justos da sus siete dones, como luego verémos.

MEDITACION XXVII.

DE LOS SIETE DONES QUE DA EL ESPÍRITU SANTO Á LOS JUSTOS, PARA QUE SE DEJEN GUIAR DE SUS INSPIRACIONES Y ALCANCEN GRANDE SANTIDAD.

PUNTO PRIMERO. — 1. Primeramente se ha de considerar, como el Espíritu Santo, con las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 68), infunde tambien á los justos siete dones, que llamamos (*Isai.* XI, 2) don de sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios, cuyos oficios y fines son muy diferentes, porque el oficio de las virtudes es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas, por su propia eleccion y libre albedrío, ayudado de la divina gracia, y así puede obrar con ellas siempre, creyendo, esperando y amando, obedeciendo y humillándose como quisiere, porque el divino favor nunca le faltará. Pero el oficio de los dones es inclinar al justo que se rinda y sujete al impulso y movimiento que le viene de fuera; esto es, del Espíritu Santo, cuando con el viento de la inspiracion le mueve á bien obrar, como las velas sirven á los navíos, para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama á estos dones espíritus, porque son instrumentos del Espíritu Santo, para las obras que hacen los justos, movidos de su impulso. (*D. Thom. q.* 68, *art.* 2). Por donde se ve las grandes ganas que tiene el Espíritu Santo de que obedezcamos á sus inspiraciones, pues para esto nos da tales dones; por los cuales he de alabarle siete veces al dia, como David, convidando á los Apóstoles y Santos del cielo que me ayuden á ello. Ó sagrados Apóstoles, que como palomas volásteis con las alas de vuestras virtudes, y como nubes fuísteis movidos del Espíritu Santo por medio de sus siete dones (*Isai.* LX, 8); suplicad á este divino Espíritu me los comunique, para que como paloma vuele en su servicio, y como nube me deje llevar del viento de su santa inspiracion.

2. De lo dicho inferiré, que, como dice santo Tomás (*Ibid. art.* 2), estos dones son necesarios á los justos para alcanzar la vida eterna; así porque andan siempre trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, como porque el instinto é inspiracion del Espíritu Santo es muy necesaria para conservar las dos par-

tes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal y seguir el bien, especialmente en muchas cosas arduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu Santo desea tanto nuestra salvacion y perfeccion, acude luego á favorecernos, habiéndonos prevenido con estos dones, para que le obedezcamos. Gracias te doy, Espíritu santísimo, por el cuidado que tienes de ayudar mi flaqueza con tan excelentes dones de tu gracia; no permitas, Señor, que yo los pierda, hasta que por ellos alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo como el Espíritu Santo con los sietes dones por medio de sus inspiraciones nos aparta del mal, ayudándonos á vencer los vicios y tentaciones; lo cual declaró san Gregorio por estas palabras (Lib. II Moral. c. 26): Contra la necedad nos arma la sabiduría; contra la rudeza el entendimiento; contra la precipitacion el consejo; contra la ignorancia la ciencia; contra la pusilanimidad la fortaleza; contra la dureza la piedad, y contra la soberbia el temor. De modo que estos siete dones son armas ofensivas y defensivas, que nos da el Espíritu Santo, contra las principales raíces de las tentaciones que combaten la vida espiritual, para que no la destruyan.-Lo primero, unas tentaciones proceden del tédio ó desgana que tenemos de las cosas de Dios, y se llama estulticia, porque la carne no gusta ni halla sabor en las cosas del espíritu, ni tiene estima de las cosas eternas, y enfadada de ellas las deja, y busca los deleites sensuales, como los israelitas, que enfadados del maná suspiraban por las ollas de Egipto. Contra estas tentaciones nos arma el Espíritu Santo con el don de la sabiduría, inspirándonos razones que nos aficionen á los bienen celestiales, pegándonos dulzura en ellos, y hastío de los terrenos. Lo cual puede y suele hacer en un momento, cuando quiere hacernos este favor, y nuestra necesidad clama por él.

2. Otras tentaciones proceden de la rudeza y oscuridad que tenemos en las cosas de la fe, de donde nacen dudas, perplejidades, nieblas, desconfianzas y tibiezas, así en el creer y esperar, como en el obrar; contra las cuales nos favorece el Espíritu Santo con el don del entendimiento, arrojando en nuestro espíritu ilustraciones y rayos de luz que deshagan estas nieblas, y nos dén paz y gozo en el creer.-Otras tentaciones nos vencen, por ser indiscretos y precipitados en nuestras cosas, ó por la cortedad de nuestra prudencia, que no halla traza para salir bien de ellas, ó porque nos cogen de repente y desapercibidos, sin darnos tiempo para pensar lo que hemos de hacer. En tales casos suele acudir el Espíritu Santo con el

don del consejo, inspirándonos con especialísima providencia el medio que hemos de tomar para vencerlas, como inspiró á José que dejase la capa en manos de la mujer que le solicitaba á p
yendo de la ocasion por no perecer en ella.

3. Lo cuarto, contra las tentaciones que nos pueder
por ignorancia, por engaño, olvido ó inadvertencia, nos
Espíritu Santo con el don de la ciencia, ilustrándonos co
piraciones, para conocer las astucias de Satanás, los emb
del mundo y los engaños de la carne, y trayéndonos á la
las verdades que son mas á propósito para vencerlos, afi
nos á ellas con gran dulzor. – Á otras tentaciones mas ter
rendimos por flaqueza de ánimo, cuando nos ponen en t
que si no hacemos lo que es pecado mortal, hemos de per
cienda, honra ó vida, ó padecer otro grave daño. Enton
el Espíritu Santo con el don de la fortaleza, fortaleciend
impulsos nuestro cobarde corazon, y animándole á pade
quier daño temporal, por huir el eterno, al modo que fa
Susana y á los gloriosos Mártires en sus peligros. – Lo sex
dureza de nuestro corazon procede no tener compasion de
prójimos, ni aplicarnos á hacerles bien, ni querer sufrir el
nos hacen, antes brota tentaciones de iras, impaciencias,
injusticias, venganzas y crueldades, contra las cuales nos a
Espíritu Santo con el don de piedad, ablandando nuestros
nes con el toque de su tierna inspiracion, y moviéndonos á usar de misericordia en las ocasiones que nos mueven á venganza. Finalmente, contra las tentaciones que nacen de soberbia, presuncion, ambicion y vanidad, nos arma con el don de temor, arrojando con su ilustracion algunos sentimientos de verdades que repriman nuestro orgullo y nos hagan temblar de sus espantosos y secretos juicios, ó nos humillen y deshagan la rueda de nuestra vanidad.

4. En todos estos casos ponderaré la grandeza de mi necesidad y la eficacia de estas ayudas, y comparando una con otra, glorificaré al Espíritu Santo que con tan amorosa providencia proveyó de tales remedios al que tan necesitado estaba de ellos. Y cuando fuere molestado con algunas de estas tentaciones, acudiré á él luego, pidiéndole que me ayude, pues por esta razon nos ofreció estos dones. Ó Espíritu santísimo, gracias te doy por las armas que me has dado contra mis crueles enemigos, y por el cuidado con que me mueves para librarme de ellos. Teniendo tal ayudador, ¿á quién temeré? (*Psalm.* XXVI, 1). Siendo tú mi luz y mi ilustracion, ¿de quién tem-

blaré? (*Iob,* XVII, 3). Ponme junto á tí, y pelee quien quisiere contra mí: aunque vengan impulsos del demonio para derribarme, si los tuyos me previenen, no podrán vencerme. Prevénganme, Señor, en mis peligros tus santas inspiraciones, para que no me aneguen mis miserias.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el modo como el Espíritu Santo, con estos siete dones, por medio de sus inspiraciones, ayuda á ganar las virtudes con excelentísima perfeccion, así en las obras de la vida contemplativa, como de la activa.-Lo primero (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 8, *art.* 6), con los tres dones, del entendimiento, sabiduría y ciencia, nos ayuda en las obras de la vida contemplativa, leccion, meditacion, oracion y contemplacion, moviéndonos con sus inspiraciones á ejercitarlas con gran fervor y perfeccion.-Con el don del entendimiento nos perfecciona en el conocimiento de los misterios de nuestra fe, ayudándonos con sus ilustraciones, para penetrar lo mas íntimo y secreto que hay en ellos con tanta certeza como si lo viéramos; de donde nacen lluvias de meditaciones profundas y delicadas, infundidas por el mismo Espíritu Santo, con las cuales se enciende el fuego de los afectos en el corazon.

2. Con el don de sabiduría nos perfecciona en el conocimiento de Dios, de sus excelencias y atributos, y de todas las cosas que tocan á su deidad, imprimiendo grande estima de las cosas divinas, con gran sabor y dulzura en conocerlas; con cuyo gusto y experiencia se perfecciona mas este conocimiento, y se levanta el espíritu á los actos encendidos de amor de Dios y de union con su bondad.-Con el don de la ciencia nos perfecciona en el conocimiento de las cosas criadas, imprimiéndonos con sus inspiraciones el juicio verdadero que debemos hacer de ellas, así por lo que tienen de Dios, como por lo que tienen de su cosecha. De donde procede, que por esta ciencia, como otro san Pablo (*Philip.* III, 8), las estimemos y tengamos por estiércol y basura, en razon de ganar á Cristo.

3. Y porque la oracion para ser perfecta ha de ser práctica, de modo que no pare en conocimiento y afecto, sino que lleve fruto de propósitos y obras excelentes; por esto con el don del consejo perfecciona el conocimiento de las cosas particulares que hemos de proponer, en razon de cumplir lo que nos manda. De este modo nos ayuda el Espíritu Santo para la oracion mental, sin cuyo favor será derramada, seca y poco provechosa, porque, como dice el Sábio (*Eccli.* XXXIV, 6), tu corazon padecerá fantasías de mujer preñada,

si el Altísimo no envia su visitacion, que es decir: Padecerá grandes vagueaciones y muchedumbre de afectos desconcertados y antojadizos, si el Espíritu Santo no le visita, y con sus inspiraciones le recoge y endereza. (*D. Bonav.* De sep. itin. itinere 2.°, dist. 4). Y así cuando voy á la oracion, he de suplicar al Espíritu Santo haga conmigo este oficio, diciéndole: Ó Espíritu divino, que enseñas á orar con gemidos inenarrables; visítame con estos dones y ayúdame con tus santas ilustraciones, para que brote mi entendimiento santos pensamientos, mi voluntad encendidos afectos, y mis potencias se muevan á excelentes obras. Amen.

4. Luego consideraré como el Espíritu Santo (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 63, *art.* 4), con los tres dones de piedad, fortaleza y temor nos perfecciona en las obras de la vida activa, para con nuestros prójimos y para con nosotros mismos, y para con Dios nuestro Señor.–Con el don de la piedad nos perfecciona en las obras que hemos de hacer con nuestros prójimos, imprimiéndonos espíritu de hijos para con los superiores, y espíritu de madre para con los inferiores, y espíritu tierno y compasivo para con los iguales, acudiendo con entrañas de caridad á remediar las necesidades de todos, así corporales como espirituales, y mas á estas por ser mayores.-Con el don de la fortaleza nos perfecciona en órden á nosotros mismos, fortaleciendo la flaqueza de nuestra carne, reprimiendo sus temores, y moviéndonos á emprender cosas gloriosas del divino servicio, pospuesto todo temor humano.-Con el don del temor nos perfecciona en órden á Dios nuestro Señor, imprimiendo en nuestro corazon espíritu de reverencia y humildad, teniéndonos por nada en su presencia, y atribuyéndole la gloria de lo que con estos dones hacemos, pues todo es suyo. De esta manera nos mueve á cumplir lo que dice el Sábio (*Eccli.* XXXIII, 23): En todas tus obras sé preexcelente, y á veces mueve á cosas extraordinarias, para darnos extraordinaria santidad.

5. Últimamente, consideraré como el don del consejo está como sol en medio de estos siete planetas del cielo, dándonos luz de lo que debemos hacer en las obras de ambas vidas, activa y contemplativa (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 52), para que acertemos á escoger las mas convenientes, y el modo, lugar y tiempo de ejercitarlas; y como las cosas interiores son muy secretas, y puede haber en ellas muchos engaños, transfigurándose Satanás en ángel de luz (II *Cor.* XI, 14), acude el divino Espíritu con el don de consejo, para que sin engaño busquemos la verdad y topemos con ella. Mas porque ninguno es

suficiente para sí, con este don nos inspira un admirable consejo; que no nos fiemos de nuestro propio consejo, sino que acudamos á los consejeros que él ha puesto en su Iglesia, y con ellos consultemos nuestras cosas, cumpliendo lo que dice el Sábio (*Eccli.* XXXVII, 16): Júntate á un corazon de buen consejo, porque apenas hallarás cosa de mas estima que esta; creyendo que el ánima del varon santo suele topar con la verdad, mas que siete sábios que miran las cosas desde atalaya. (*Casian. Collat.* XVI, c. 11 *et* 12). Y porque es don del Espíritu Santo topar con este buen consejero, y tener corazon dócil, para seguir su consejo, he de pedirle uno y otro, diciéndole: Ó Espíritu santísimo, de quien proceden todas las gracias, para bien de la universal Iglesia, inspira á mis consejeros el consejo que me han de dar, y dame corazon dócil y esforzado para seguirle.

PUNTO CUARTO.—*Conclusion de lo dicho.*— 1. De lo dicho en esta meditacion y en la pasada he de sacar tres grandes propósitos, los cuales tambien son medios para solicitar y negociar la frecuencia de las inspiraciones del Espíritu Santo, y el uso de estos siete dones, con las perfecciones que se ha dicho. El primero es, confiar grandemente en la bondad y liberalidad del Espíritu Santo, que me ha de hacer esta merced, aunque sea flaco, idiota y mal inclinado, porque á todos los justos, de cualquier estado y condicion que sean, da estos dones, con deseo de que no estén ociosos con ellos. Y como los cuatro animales que vió Ezequiel (*Ezech.* I, 10), con rostros de buey, hombre, leon y águila, con ser tan diferentes en lo natural, caminaban á un mismo paso con suma ligereza, siguiendo el ímpetu del Espíritu Santo, con las alas que les habia dado; así tambien los ingeniosos y letrados, como águilas, y los nobles y fuertes, como leones, y los discursivos y flacos de complexion, como hombres, y los rudos y trabajadores, como bueyes, pueden caminar á un paso en la vida espiritual, y subir á la cumbre de ella con las alas de las virtudes y dones que les da el Espíritu Santo, siguiendo el ímpetu de su fervorosa inspiracion. Ó Espíritu divino, pues no quieres que tus talentos estén ociosos, y por esto castigas al perezoso que los entierra, usa en mí de los dones que me has dado, moviéndome á las obras que te dan contento.

2. El segundo medio es, frecuentar del mejor modo que pudiéremos aquellos ejercicios en que el Espíritu Santo suele comunicar sus inspiraciones, porque de suyo le provocan á ello; á los cuales por esta causa podemos llamar, como se dice en Job (*Job*, IV, 12),

venas del murmullo de Dios, ó como dice san Gregorio (*D. Greg.* Lib. XX), arcaduces por donde viene la divina inspiracion al alma. Estos son, leccion de buenos libros y oir los sermones, en los cuales suele inspirar luz de lo que se lee y oye; oracion y meditacion, en las cuales, hablando con Dios, le provocamos á que nos hable; comunion y misa, en la cual está el mismo Cristo, que nos mereció estas inspiraciones, y con el Espíritu Santo es dador de ellas. Y á tiempos será muy provechoso ejercitar aquel modo de oracion por respiraciones, de que se hizo mencion en la introduccion de este libro (párrafo IX), juntando con cada respiracion un afecto ó suspiro amoroso, ya por ver á Dios, ya por vernos libres de tanta miseria.

3. El tercer medio es, agradecer muy de veras cualquiera merced de estas que el Espíritu Santo nos hiciere, teniéndonos por indignos de ella (*D. Bern.* Serm. 1 de Pent.); y cumpliendo puntualmente la obra buena que nos inspirare, sea de vida activa ó contemplativa, gozando con quietud de los sentimientos que con su divina luz nos comunicare, porque quien agradece las inspiraciones y mercedes recibidas, y usa con obediencia de las presentes, recibirá otras muy mayores en lo porvenir. Ó Esposo de las almas puras, que dijiste (*Cant.* IV, 16): Huye, cierzo, y ven, ábrego, por todo mi huerto, para que los árboles destilen sus licores olorosos. (*Bern.* Serm. 51 in Cant.; *D. Aug.* in Soliloq. c. 18); destierra de mi alma el viento cierzo de la ingratitud y soberbia, que seca las fuentes y desparce las lluvias de tus copiosas misericordias, y envia sobre mí el viento ábrego de tus fervientes inspiraciones, para que mis potencias broten muchedumbre de obras olorosas, agradables á tus ojos, y provechosas á mis prójimos, subiendo por ellas de virtud en virtud, hasta llegar á verte en la santa Sion por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LA PLENITUD DEL ESPÍRITU SANTO QUE SE DIÓ Á SAN ESTÉBAN, Y COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR SE LE APARECIÓ EN EL MARTIRIO.

—Entre los discípulos de aquel tiempo (*Act.* VI, 5; VII, 57), uno de los mas señalados fue san Estéban, el primero de los siete diáconos que escogieron los Apóstoles, de quien san Lucas cuenta cuatro cosas, que pueden ser materia de esta meditacion, conviene á saber, los dones que el Espíritu Santo le dió; lo bien que él usó de

ellos; los favores que le hizo Dios por este buen uso, y el buen fin que tuvo. Á lo cual se ha de añadir el premio de que goza en la gloria. Y estos mismos puntos se pueden aplicar á las meditaciones de las vidas de los Santos.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar cuán liberal fue el Espíritu Santo con san Estéban, porque de él se dice que estaba lleno de Espíritu Santo. Y de esta plenitud nacian otras cuatro, porque estaba lleno de gracia y sabiduría, de fe y de fortaleza; de donde resultaba en él tanta modestia y apacibilidad exterior, que su rostro parecia de ángel.-La primera plenitud de gracia adornaba su corazon con virtudes celestiales, para que fuese gracioso á Dios.-La segunda de sabiduría, adornaba su entendimiento con luz de las verdades divinas, para penetrarlas con gusto, y enseñarlas á otros con provecho.-La tercera de fe, llenaba su alma para orar confiadamente á Dios, y hacer obras milagrosas en bien de los hombres.-La cuarta de fortaleza, le hacia invencible de sus enemigos, y constante en sufrir las persecuciones y trabajos; y por todas cuatro era como ángel, teniendo en cuerpo terreno vida angelical. -Estos dones le dió el divino Espíritu, graciosamente, para mostrar las riquezas de su gracia, no solamente en los doce Apóstoles, sino tambien en los otros inferiores discípulos; pero sin duda este glorioso varon se dispuso para recibirlos con grande fervor; previniéndole tambien para esto el mismo Espíritu Santo, con cuyo favor he de animarme á procurarlos, pues no está abreviada la mano de este liberalísimo dador. Y al glorioso san Estéban tengo de suplicar interceda por mí; porque si con su oracion alcanzó estos y otros mayores dones para Saulo, siendo perseguidor de Cristo, tambien lo podrá alcanzar para mí; y quien tanto pudo con Dios estando en la tierra, no podrá menos ahora estando en el cielo.

2. Luego consideraré, cuán diligente y fervoroso fue este glorioso varon en usar de los dones que habia recibido del Espíritu Santo, favoreciéndole el mismo Espíritu para ello. Porque primeramente, con la sabiduría que le infundió, predicaba la ley de Cristo nuestro Señor con admirables y eficacísimas razones, tanto que saliendo muchos letrados de los judíos á disputar contra él, *non poterant resistere sapientiae, et spiritui qui loquebatur,* no podian resistir á la sabiduría y al espíritu que hablaba por él, y que era el mismo Espíritu Santo, de que estaba lleno, cumpliéndole Nuestro Redentor lo que prometió á sus discípulos, cuando les dijo (*Matth.* x, 20): que en tales casos no serian ellos los que hablasen, sino el espíritu

de su Padre celestial hablaria por ellos.—Lo segundo, armado con la grande fe que tenia, hacia grandes milagros y prodigios en el pueblo; con los cuales hacia creible su doctrina, para que todos los fieles entendiesen que el don de hacer milagros no era de solos los Apóstoles, sino tambien de los que estuviesen llenos de gracia y fe, como él estaba.

3. Lo tercero, en medio del concilio estando rodeado de muchos enemigos y testigos falsos, que testificaban contra él grandes delitos, no perdió la serenidad y modestia de su rostro, antes resplandeció mucho mas por el testimonio de su conciencia y por el gozo que tenia de verse perseguido por Cristo; y así mirándole sus enemigos, *videbant faciem ejus quasi faciem angeli*, veian su rostro como de un ángel venido del cielo, cumpliéndose en él lo que dijo de sí el santo Job (*Iob*, XXIX, 24): La luz y resplandor de mi rostro nunca cayó en tierra, porque ni las persecuciones y falsos testimonios de sus enemigos, ni las contradicciones ni porfías en las disputas, fueron parte para que se mudase, ni alterase, ni perdiese la serenidad grave y alegre que tenia, ni para que hiciese cosa, por la cual como á Cain se le cayese el rostro de vergüenza. ¡Oh quién pudiese imitar la modestia angelical de este purísimo guerrero, nunca haciendo cosa, por la cual la lumbre de mi rostro cayese en tierra, confundiéndome con vergüenza de haberla hecho! Concédeme, ó buen Jesús, que en medio de las persecuciones sea tal la pureza de mi alma, que para gloria tuya se descubra en el modesto y alegre semblante de mi rostro.

4. Lo cuarto, con grande fortaleza, sin temor ninguno de sus enemigos, reprendió ásperamente su dureza y la rebeldía que siempre habian tenido al Espíritu Santo, y la desobediencia que tenian á la ley, y la crueldad con que habian perseguido á los Profetas, y al supremo de ellos Cristo Jesús; y aunque sus contrarios rompian sus corazones de rabia y crujian los dientes, él estaba sin temor con la virtud que se le habia envestido de lo alto. Gózome, ó glorioso Estéban, de la fortaleza con que volveis por la honra de vuestro Maestro, honrando al que os honró, y ofreciéndoos á morir por el que por vos murió. Suplicadle me vista con otra virtud de lo alto, como esta, para que imitándoos en la pelea, alcance vuestra corona. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Como estuviese Estéban lleno de Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesús, que estaba á la diestra de Dios, y dijo: Mirad que veo los cielos abiertos, y al Hijo del*

hombre, que está á la diestra de la virtud de Dios. (*Act.* VII, 55). En esta maravillosa vision se pueden considerar los favores extraordinarios que hace el Espíritu Santo á sus escogidos, y á qué suerte de justos lo hace, en qué ocasiones y por qué causas; para que saquemos de aquí luz con que conocer las causas y efectos de las divinas visiones y revelaciones.–Lo primero, tiene misterio decir, que como Estéban estuviese lleno de Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios. En lo cual se nos da á entender, que dos cosas le hicieron digno de esta gloriosa vision.–La primera, que estaba lleno de Espíritu Santo, y de sus gracias y dones, al modo dicho.–La segunda, que miraba al cielo, no tanto con los ojos del cuerpo, cuanto con los del alma, aspirando á las cosas celestiales, suspirando por ellas, y orando por sí y por todos, porque tales favores ordinariamente los hace Dios á grandes santos, muy dados á la oracion y contemplacion. Y aunque no es seguro desear estos favores, pero es justo que no me haga indigno de ellos, sino que procure la plenitud de gracia y de oracion que disponen á recibirlos, pues á todos la promete Nuestro Señor diciendo: Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalen (*Zach.* XII, 10), *Spiritum gratiae, et precum,* espíritu de gracia y de oracion.

2. Lo segundo, tiene tambien misterio decir, que vió la gloria de Dios, y á Jesús, que estaba á su diestra; en lo cual se nos da á entender, que la luz celestial que esclarece los ojos interiores y los levanta á la suprema contemplacion, descubre principalmente dos cosas. Es á saber, los misterios de la gloria de Dios, que pertenecen á su divinidad y trinidad; y tambien á Jesucristo Señor nuestro, con los misterios de su gloriosa humanidad; y esta luz descubre estos misterios con un modo tan levantado, que se llama vista, y arrebata el corazon, como dice san Pablo (II *Cor.* III, 18), para transformarle con amor en la gloria del Señor que ha visto, subiendo de una claridad á otra mayor, porque con esta vista crece en los dones y gracias que antes tenia; queda de nuevo lleno de Espíritu Santo; aumenta la gracia, la sabiduría y fortaleza, y queda lleno de una extraordinaria alegría, con grande hartura interior, gozando en su tanto en esta vida de lo que dice David (*Psalm.* XVI, 15): Quedaré harto cuando se me descubriere tu gloria.

3. Las causas por que en esta coyuntura vió san Estéban la gloria de Dios y de Jesucristo fueron tres, por las cuales hace Dios semejantes favores á los escogidos. La primera, para premiarle tambien en esta vida los servicios que le habia hecho en la ilustre confesion

y testimonio que dió de Cristo delante de aquel concilio, ofreciéndose por esto á peligro de muerte; porque propio es de Dios pagar extraordinarios servicios con extraordinarios favores, y dar en esta vida ciento tanto mas de lo que por él se hace. Con lo cual me animaré á servir á Dios con gran fervor, pues á la medida de los servicios suelen ser las mercedes, y los mas fervorosos son á quien dice David (*Psalm.* xxxiii, 9): Gustad y ved cuán suave es el Señor; bienaventurado el varon que espera en él.

4. La segunda causa fue, para esforzarle en la pelea y trabajos que padecia, y ponerle ánimo grande para los que le estaban esperando; porque la vista del premio notablemente alienta al trabajo; y la presencia del capitan da brio al soldado; y la certeza del divino socorro hace acometer los peligros sin miedo. Y así san Estéban vió á Cristo su capitan y su ayudador á la diestra de Dios, no sentado sino en pié, para que entendiese que estaba presente mirando cómo peleaba, y á punto para ayudarle en la pelea, y para bajar luego por él, para darle la corona. Ó dulcísimo Jesús, aviva mi corta fe, para que vea con ella, aunque sea con oscuridad, lo que vió Estéban con tanta claridad; levanta mi espíritu al cielo, para que contemple el premio que me prometes, la vista con que me miras y la ayuda que me ofreces, porque atado mi corazon con esta cuerda de tres ramales, no habrá trabajo ni persecucion que le aparten de tu amor.

5. La tercera causa fue, para que fuese testigo como de vista de las verdades y misterios que habia predicado; y así en viéndolos, luego los testificó de nuevo, y con gran fervor dijo: ***Mirad que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está á la diestra de la virtud de Dios.*** Como quien dice: Mirad que es verdad lo que digo, y por vista de ojos lo veo. Veo que ya se han abierto los cielos, para que entren dentro los que creyeren en Cristo; veo que el Hijo del hombre, á quien vosotros crucificásteis, está ya, como él mismo os lo dijo, á la diestra de la virtud de Dios (*Matth.* xxvi, 64); miradlo tambien vosotros y creedlo. De donde sacaré que estos favores no los hace Dios á sus grandes siervos, para que los gocen á solas, sino para que prediquen y publiquen su gloria en bien de las almas, provocándolas á que se dispongan para ver lo que ellos ven, creyéndolo y amándolo, como ellos lo creen y aman. ¡Oh si esta gente diera crédito al glorioso Estéban, y levantara los ojos al cielo con el espíritu que él los levantó! sin duda quedaran ilustrados y llenos del divino Espíritu, porque aparejado estaba Cristo nuestro Señor para

dársele con grande liberalidad. Concédeme, amantísimo Jesús, que dé crédito con viva fe á todo lo que nos has revelado, para que de la fe suba á la inteligencia, y de esta á la contemplacion, y despues llegue á la vista clara de tu divinidad, por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *En oyendo esto, todos levantaron grandes alaridos, y taparon sus oidos, y de tropel con gran ímpetu le sacaron fuera de la ciudad para apedrearle, y poniendo los testigos sus ropas á los piés de un mozo llamado Saulo, le apedrearon.* (*Act.* VII, 56). Aquí se ha de considerar: Lo primero, las trazas de la divina Providencia en regalar á los escogidos; permitiendo que los mismos favores sean ocasion de sus persecuciones, para que se entienda lo mucho que Dios estima el padecer, pues el regalo ordena al trabajo, y aunque todo viene á parar en aumento de gloria, como le sucedió al patriarca José (*Genes.* XXXVII, 9), á quien Dios mostró en sueños que el sol y luna y once estrellas le adoraban. Y contando este sueño á sus hermanos, se arraigó mas en ellos el odio y envidia que le tenian, y fue ocasion de que le empozasen y vendiesen por esclavo. Y lo mismo sucedió al glorioso san Estéban, para que yo entienda, que si fuere muy regalado de Dios, tengo de aparejarme para grandes trabajos, los cuales quizá tendrán principio de los mismos regalos. Ó Salvador dulcísimo, regalos son tambien los trabajos padecidos por tu amor; traza mi vida como quisieres, porque no habrá para mí mayor favor que seguir tu ordenacion.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el martirio de este Santo lleno de desprecio y tormentos, porque sus enemigos, en lugar de levantar los ojos al cielo para ver la gloria de Cristo, levantaron el grito contra él como contra blasfemo, y taparon sus oidos por no oir lo que decia; y como leones arremetieron á él, hiriéndole con los puños, y llevándole con gran furia fuera de la ciudad, y allí le apedrearon. Iba el glorioso Mártir como un cordero, y recibia las pedradas en su cuerpo como si fuera un diamante, sin volver el rostro ni esconderle, antes, como canta la Iglesia, las piedras del arroyo le eran dulces, porque tenia por suma dulzura padecer por su Maestro; y la gloria de Jesús que estaba contemplando le hacia muy dulce sufrir lo que estaba padeciendo, porque el cuerpo padecia en la tierra, y el espíritu estaba traspasado al cielo. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán dulce cosa es padecer desprecios y dolores al que contempla los muchos que tú padeciste, y la gloria que por ellos alcanzaste! (*D. Aug.* in Solil. c. 12). ¡Oh si me dieses á beber del arroyo

de los deleites del cielo, para que me fuesen dulces las piedras del arroyo de las tribulaciones que me afligen en la tierra! Ó Amado mio (*Deut.* XXXII, 13), pues sacas miel de la piedra y óleo del duro canto, endulzora mis trabajos con la miel de tus consuelos y con el óleo de tus alegrías, para que en ellos te glorifique por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO.— 1. *Apedreaban á Estéban que estaba orando y diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu; é hincadas las rodillas clamó con grande voz, diciendo: Señor, no les imputes este pecado; y dicho esto murió en el Señor.* (*Act.* VII, 58). Aquí se ha de considerar el fervor con que este glorioso Mártir imitó á Cristo nuestro Señor, Rey de los Mártires, en todo lo que podia imitarle en su martirio, orando dos veces.-La primera por sí, encomendándole su espíritu. -La segunda, por sus enemigos, pidiéndole perdon para ellos, en cumplimiento de lo que su Maestro habia dicho (*Matth.* V, 44): Orad por los que os persiguen; y esta oracion fue con mayor reverencia y fervor. Lo cual mostró en hincar las rodillas en tierra, y levantar mas la voz, queriendo tambien espirar como espiró Cristo con voz muy clamorosa. ¡Oh fidelísimo soldado, verdadero imitador de su capitan Jesús! ¡Oh caridad invencible! ¡Oh amor muy mas fuerte que la misma muerte! (*Cant.* VIII, 6). Por ti Estéban tiene por beneficio morir, y ruega por los que le matan, y cuando ellos le tiran piedras para quitarle la vida temporal, él tira dardos de oracion al cielo, para negociarles la vida eterna. Concédeme, ó buen Jesús, que yo imite á este tu soldado, como él te imitó, amando á los que me aborrecen, y orando por los que me persiguen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la causa por que san Estéban oró por sí en pié y por sus enemigos, de rodillas y con gran clamor. Quizá fue, porque cuando oraba por sí, estaba cierto que seria oido, porque no hallaba en sí impedimento contrario á lo que pedia; mas cuando oraba por sus enemigos, conocia la rebeldía que habia de parte de ellos, y el estorbo que ponian á su oracion; y así encendido con el fuego del Espíritu Santo, oró con mayor reverencia y con mayor afecto y clamor, para que su oracion fuese oida. Y así lo fue, alcanzando la conversion del mas insigne perseguidor, que era Saulo, el cual guardaba los vestidos de los que le apedreaban, y quizá le tiraba algunas piedras por su mano, aunque las tiraba todas por mano de sus compañeros. De donde sacaré propósitos de orar fervorosamente por mis enemigos, persuadiéndome que orar por otros es medio para que Dios oiga la oracion que hago

por mí, como sucedió á Job (*Iob,* XLII, 10), cuando oró por sus amigos que habian hecho con él obras de enemigos.

3. Lo tercero, ponderaré la causa por que san Estéban primero oró por sí, encomendando su espíritu al Señor, y despues por sus enemigos, pues Cristo nuestro Señor al contrario, primero oró por sus enemigos, y despues, ya que queria espirar, encomendó su espíritu al Padre. (*Hebr.* VII, 27). La causa fue, porque la oracion ha de comenzar por lo mas necesario y obligatorio, especialmente cuando se ora en tiempo de grandes aflicciones y peligros. Y como Cristo nuestro Señor no tenia necesidad de orar por sí; pero los pecadores teníamos extrema necesidad de que orase por nosotros, especialmente los que le crucificaban, porque no fuesen hundidos en el abismo del infierno. De aquí es que con su entrañable caridad, primero oró por sus enemigos. Pero san Estéban y los demás justos tienen necesidad de orar por sí, y mucho mas en la muerte, donde corre mayor obligacion, por ser mayor el peligro; y así la caridad comenzó por lo mas obligatorio, y extendióse despues á lo que descubria mas su perfeccion. Y en ambas cosas quiere Cristo nuestro Señor que le imitemos, aunque por el órden dicho, porque la ley de la caridad nos obliga á procurar primero nuestra salvacion, y despues la ajena. Ó dulcísimo Jesús, recibe mi espíritu y el de todos los fieles, en vida y en muerte, tomándole debajo de tu proteccion, para que te sirva en la tierra y despues te goce en el cielo. Amen.

4. Finalmente, ponderaré como acabadas estas dos oraciones, san Estéban durmió en el Señor (*Act.* VII, 59): morir en el Señor, es morir dentro de Cristo unido con él por fe viva con caridad, como mueren los santos Confesores, ó morir por la confesion de Cristo, como mueren tambien los Mártires, y ambas muertes son dichosas (*Psalm.* CXV, 15), porque es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos. Y, como dijo la voz del cielo al bienaventurado san Juan (*Apoc.* XIV, 13), son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque desde luego dice el Espíritu Santo que descansen de sus trabajos, por cuanto les siguen sus obras, que es decir: Los que mueren en el Señor, luego en muriendo se pueden llamar bienaventurados, porque despues que Cristo murió, si no tienen algo que purgar, ya están para ellos abiertas las puertas del cielo, y el Espíritu Santo, de que están llenos, quiere que su muerte sea fin de todos sus trabajos, y principio de sus eternos descansos, porque las obras que hicieron en vida, con las cuales se aparejaron para la muerte, les acompañarán con grande honra hasta el cielo.

5. Tal fue la muerte del gloriosísimo Estéban que murió en Cristo y por Cristo; el cual desde el cielo, donde se le apareció en la batalla, vino por él con millares de Ángeles celebrando su victoria. Y el que poco antes era de los hombres aclamado por blasfemo, ya es de los Ángeles aclamado por santo; y el que fue apedreado con piedras dolorosas, es coronado de piedras preciosas, recibiendo la corona que su nombre significaba. Subió acompañado de sus esclarecidas obras, por las cuales fue honrado y alabado de Cristo nuestro Señor delante de su Padre, y colocado en un trono muy alto entre los Serafines, á donde vió con la lumbre de gloria claramente la divina esencia, y bebió hasta hartar del copiosísimo arroyo de los deleites celestiales, sin temor de jamás perderlos. ¡Oh dichosos trabajos, cuyo fin son eternos descansos! ¡Oh dulces piedras, que fabricaron corona tan preciosa! ¡Oh preciosa muerte, que es principio de tan eterna y gloriosa vida! Muera, Señor, mi alma la muerte de este justo, y sea mi vida tal, que merezca tal muerte, y aparéjeme para ella con tal disposicion, que mis postrimerías sean semejantes á las suyas (*Num.* XXIII, 10), subiendo á gozar de tí, acompañado de esclarecidas obras y de grandes trabajos, padecidos por la justicia para tu mayor gloria. Amen.

MEDITACION XXIX.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SAULO, Y DE SU MARAVILLOSA CONVERSION.

—La conversion de san Pablo sucedió despues del martirio de san Estéban, sucediéndole tambien en el oficio de predicador de Cristo, porque las trazas de los hombres no pueden prevalecer contra Dios, y si ellos quitan de por medio el predicador que les hace guerra, el Espíritu Santo levanta otro que se la haga muy mayor, como la hizo san Pablo.—

PUNTO PRIMERO.— 1. *Saulo* (*Act.* IX, 1), *todavía furioso en amenazar de muerte á los discípulos del Señor, fué al príncipe de los sacerdotes, y pidióle cartas para las sinagogas de Damasco, para que si hallase allí algunos hombres y mujeres que siguiesen la ley de Cristo, los trajese presos á Jerusalen.* Por fundamento de esta meditacion se ha de considerar cuán gran pecador fue Saulo, el cual desde mozo tuvo entrañado en su corazon el aborrecimiento de Cristo nuestro Señor, y de su santa ley, pareciéndole, con ignorancia y falso celo,

que agradaba á Dios en perseguirle. Y de aquí procedió hallarse á la muerte de san Estéban, guardar las ropas de los que le apedreaban, consentir en su muerte, saboreándose en verle apedrear, por quitar la vida al que volvia por la fe, que tanto aborrecia. Luego fué creciendo tanto su odio, que dice de él el evangelista san Lucas, *devastabat Ecclesiam* (*Act.* VIII, 3), que destruia la Iglesia, entrándose por las casas, sacando hombres y mujeres, y llevándolos á la cárcel. De modo, que por haber sido de la tribu de Benjamin, le cuadra bien lo que dijo Jacob (*Genes.* XLIX, 27): Benjamin, lobo robador, á la mañana comerá lo que robó, y á la tarde dividirá los despojos, porque desde la mañana de su mocedad, todo el dia, mañana y tarde, como lobo, perseguia las ovejas de Cristo, *usque ad mortem*, hasta matarlas y despedazarlas; y pareciéndole poco perseguir á las que estaban en Jerusalen, pidió licencia y facultad al príncipe de los sacerdotes para ir á Damasco, y traer presos á todos los que allí seguian á Cristo, con deseo de hundirlos; cumpliéndose en él lo que dice David (*Psalm.* LXXIII, 23): La soberbia de los que te aborrecen siempre crece.

2. Luego ponderaré las causas por que Nuestro Señor permitió todo esto. La primera fue, porque pretendia hacerle grande santo, y levantar en él una torre de altísima perfeccion sobre cimientos muy hondos de profundísima humildad, los cuales se sacan con el conocimiento de los pecados pasados; y así lo hizo san Pablo, el cual por esta causa decia de sí (I *Tim.* I, 13), que era el primero de los pecadores, porque habia sido blasfemo, perseguidor é injuriador de Cristo, y que era el mínimo de los Apóstoles (I *Cor.* XV, 5), indigno de ser llamado apóstol, porque habia perseguido la Iglesia de Dios. De cuyo ejemplo aprenderé á sacar este grande provecho de los pecados que he cometido, pues por esto dice el Espíritu Santo (*Eccli.* XLII, 14), que es mejor la maldad del varon que la mujer que obra bien, porque los varones fervorosos suelen de sus pecados sacar motivos para crecer en grandes virtudes, especialmente de humildad para consigo, y de caridad para con Dios, que los perdonó; y al contrario, los tibios de sus buenas obras sacan vanidad y presuncion.

3. La segunda causa fue, para que Cristo nuestro Señor mostrase en Saulo las inestimables riquezas de su gracia y sus infinitas virtudes y perfecciones. Mostró su caridad en amar al que tanto le aborrecia; su bondad en llamar al que huia de él; su omnipotencia en ablandar un corazon tan endurecido; su paciencia en sufrir y es-

perar al que tanto le persegnia; su misericordia en admitirle á penitencia y librarle de tantas miserias; y la eficacia de su gracia en llenar de excelentes virtudes al que estaba lleno de abominables vicios. Y así dice el santo Apóstol, que en él mostró Cristo principalmente toda su paciencia (I *Tim.* I, 16), para ejemplo de los que habian de creer y alcanzar la vida eterna; y como mostró en Saulo mas que en otros pecadores toda su paciencia, esto es su perfectísima paciencia, así tambien mostró toda su caridad, bondad y misericordia, liberalidad y omnipotencia. Y como viviendo en la tierra, mostró estas virtudes con la Magdalena, Mateo, Zaqueo y otros predicadores, así despues de subido al cielo, principalmente las mostró con Saulo, para que entendamos, que siempre es el mismo en amar á los pecadores y hacerles bien; y por consiguiente, que siempre podemos confiar de alcanzar perdon de nuestros pecados, y mudanza de nuestras costumbres, pues no le falta caridad, ni bondad, ni misericordia, ni poder para hacerlo.

4. La tercera causa fue, para que un mismo Saulo nos fuese escarmiento y ejemplo, escarmentando en su caida, para no dejarnos llevar del natural brioso, ni del celo indiscreto, ni de la ira furiosa, coloreada con título de religion, porque nos despeñarán en pecados innumerables, añadiendo unos mayores que otros. Y por otra parte si cayéremos en ellos, procuremos convertirnos á Dios, tomando ejemplo de su conversion y mudanza, la cual fue de las maravillosas que Cristo obró para nuestra enseñanza; y con este espíritu se ha de meditar y ponderar.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Yendo por su camino, y acercándose á Damasco, súbitamente resplandeció al rededor de él una luz del cielo; y cayendo en la tierra, oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (*Act.* IX, 3). Aquí se ha de ponderar, lo primero, la infinita caridad de Cristo nuestro Señor, que estando en su trono celestial sentado á la diestra del Padre, no se desdeñó de venir á la tierra, y aparecerse á su mismo perseguidor, como se apareció despues de su resurreccion á san Pedro y Santiago, y á otros (*D. Thom.* 3 *p. q.* 57, *art.* 6), como el mismo san Pablo lo testifica, diciendo (I *Cor.* XV, 8): *Novissime omnium tanquam abortivo visus est et mihi:* despues que Cristo hizo todas sus apariciones, últimamente se me apareció como abortivo que nace fuera de tiempo y con violencia, y sale desmedrado, porque yo soy el menor de los Apóstoles. Y esta aparicion fue mayor señal de la caridad de Cristo que las otras, porque las otras hiciéronse á sus amigos y á los discípulos que

le buscaban y deseaban ver; pero esta fue á su enemigo que le perseguia, y deseaba hundir su nombre y el de todos sus discípulos. Cumpliendo aquí este buen Pastor lo que habia dicho: que dejando las noventa y nueve ovejas en el desierto, baja en persona á buscar esta oveja perdida, con el amor que vino á buscar las otras. ¡Oh fuego infinito de la caridad, que ardes en el corazon de Jesús, y no puedes encubrirte, antes echas cada dia nuevas llamaradas para encender á todos en tu amor! Grande amor fue el que mostraste en dejarte hallar de los que no te buscaban, y en aparecerte á los que no preguntaban por tí (*Rom.* x, 20); pero este dia pasas mucho mas adelante, apareciéndote al que te aborrecia, y mostrándote al que con terrible furor te perseguia. Y en lugar de rodearle con fuego que abrasase su cuerpo, le rodeas de luz que convierta su alma. Gracias te doy, amantísimo Jesús, por las muestras que das de tu amor; alumbra mi alma para que las conozca, de modo que tenga parte en ellas. Amen.

2. *Propiedades de las ilustraciones celestiales.*—Lo segundo, ponderaré las propiedades de esta luz del cielo que rodeó á Saulo, por las cuales se conocen las propiedades de la luz interior, que con su ilustracion infunde Nuestro Señor á los pecadores, para que se conviertan. La primera es, que vino de repente como relámpago, cuando Saulo menos la esperaba, y aun cuando menos la merecia, porque suele Nuestro Señor enviar estas ilustraciones, cuando estamos mas olvidados de él, y aun cuando por nuestra dureza somos mas indignos de ellas. (*Iob,* XXXVI, 32). Ó Dios omnipotentísimo, que escondes la luz en tus manos, y despues la mandas salir, y das noticia y posesion de ella á tus amigos; ¿con qué te pagarémos la infinita caridad que muestras en dar tambien alguna parte de ella á tus enemigos, haciéndola salir de repente para convertirlos en amigos? Mándala, Señor, que salga y alumbre lo secreto de mi corazon, para que le arranque de lo terreno, y le traspase á lo celestial y eterno.

3. La segunda propiedad fue, que atajó á Saulo los pasos que llevaba. Y al tiempo que estaba cerca de Damasco, que significa sangre, con deseo de ejecutar sus propósitos sangrientos, le derribó en tierra, humillando su soberbia y deteniendo la corriente de su ira. De suerte, que aunque Dios nuestro Señor, como él lo dice por Oseas (*c.* II, 6), ataja los pasos de otros pecadores, cercando su camino de espinas, trayéndolos á sí con fuerza de trabajos; mas á Saulo atajóle los pasos con cerco de luz, trayéndole con blandura de regalos. Y ponderó el mismo Apóstol, contando su conversion,

que era mediodía cuando le cercó esta luz copiosa (*Act.* XXII, 6), para significar, que cuando habia llegado su furor á lo mas crecido de la maldad y soberbia, entonces le detuvo Cristo nuestro Señor, el cual como al mediodía subió en la cruz, mostrándo el fervoroso amor que nos tenia; así quiso venir á mediodía á convertir á Saulo, y cercarle con su copiosa luz, mostrando en esto el amor particular que le tenia; por lo cual pudo decir de sí mismo (*Galat.* II, 20): Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó, y se entregó á la muerte por mí.

4. Por donde consta que es propio de la divina ilustracion atajar los pasos del pecador, haciéndole cesar de sus pecados, y que no pase adelante en sus propósitos, ni los ponga por obra; mas cuando los propósitos están muy arraigados, es menester que la luz sea muy copiosa. ¡Oh dichoso Saulo, á quien cercó tan copiosa luz del cielo! bien podeis decir en esta coyuntura lo que dijo David (*Psalm.* XCIII, 1): Si el Señor no me ayudara y previniera con su ayuda, muy cerca del infierno estuviera mi alma; porque los pasos que llevábais hácia Damasco presto la hundieran en el profundo del infierno. Suplicad al Señor que atajó vuestros pasos, me dé una luz tan grande que ataje los mios, humillando mi altivez, enfrenando mi ira, y cosiéndome con la tierra, para que vuelva sobre mí, y del todo me convierta á Dios. Ó Dios de mi alma, aunque cerques mis caminos con espinas, es menester que tambien los cerques con tu luz para que me convierta á tí; no me falte, Señor, esta segunda cerca, porque no falte mi perfecta conversion.

5. La tercera propiedad fue, que cercó á Saulo alrededor, por alto y bajo, y á un lado y otro, de modo que ninguna cosa veia si no era por esta luz, para significar que la luz celestial, cuando es perfecta, cerca al hombre por todas partes. De suerte que no mire sino con ella y por ella, contemplando las cosas celestiales, sin resquicio para mirar las terrenas, si no es en órden á las eternas. Ó lumbre verdadera, que alumbras á todo hombre que viene á este mundo, cércame con este cerco de luz, para que no mire con vana complacencia las cosas de la tierra, sino solamente las del cielo.

6. Últimamente, se ha de ponderar las palabras que Cristo nuestro Señor dijo á Saulo, en las cuales resplandece su amor por muchas vias. Lo uno, porque queriendo reprender á Saulo, no lo reprende con aspereza, ni con palabras pesadas, sino con grande amor y blandura. Llámale dos veces Saulo, Saulo, en señal de que le amaba y conocia por su nombre propio, y para avivarle mas y hacerle

atender á lo que le queria decir. Y lo que le dijo es: *¿Por qué me persigues?* que fue decir, ¿qué causa tienes para perseguirme? dímela, que yo te satisfaré; y si no la tienes, ¿por qué me persigues sin causa? ¡Oh amor inmenso de nuestro Criador, que se pone á entrar en cuenta y razon con tan vil criatura, y á pedirle por qué le persigue, pudiendo con su palabra aniquilarle!

7. Tambien muestra el amor en que la persecucion de sus discípulos la toma por suya; y porque Saulo les perseguia, se queja de que le persigue. Y el que en la cruz no habló, quejándose de los que le perseguian en su propia persona, ahora habla quejándose del que le persigue en los suyos, doliéndose mas del trabajo de ellos que del suyo. ¿Quién no te amará, ó amantísimo Jesús, pues así amas á los que te aman? ¿quién se atreverá á perseguir á tus siervos, pues perseguir á estos es perseguirte á tí?–De aquí sacaré, como es propio del buen Espíritu, cuando habla al corazon del pecador con sus inspiraciones, acompañadas de la luz del cielo, reprenderle el mal que hace, para que se confunda, y decirle interiormente: Hombre, hombre, ¿por qué me persigues? Ó alma mia, si conocieses quién es el que te habla y es perseguido de tí, y quién eres tú que le persigues, y la causa y razon ó sinrazon por que le persigues con tus pecados, sin duda te avergonzarias de lo que haces, y cesarias de perseguir al que deberias seguir y servir. Estas tres cosas descubrió Nuestro Señor á Saulo, como luego verémos.

PUNTO TERCERO.–*Conocimiento de Dios y de sí mismo.*— 1. *Dijo Saulo: ¿Quién eres, Señor? Respondió: Yo soy Jesús Nazareno á quien tú persigues; dura cosa es para tí dar coces contra el aguijon.* Aquí se ha de considerar el modo como Nuestro Señor fué ilustrando á Saulo con su luz, no de un golpe, sino por sus grados, inspirándole que hiciese algunas preguntas, y dándole sus respuestas, en las cuales, como en semilla, está toda la perfeccion cristiana. Lo primero, con la luz del cielo le infundió Nuestro Señor un gran deseo de conocer y saber quién era el que le hablaba, porque es propio de los que tratan con Dios y han recibido alguna luz suya, desear luego fervorosamente conocerle mucho mas, porque la vida eterna está en conocer á Dios vivo y verdadero, y á su Hijo unigénito Jesucristo (*Ioan.* XVII, 3); y así con este deseo dijo Saulo: *Señor, ¿quién eres?* como quien dice: Descúbreme claramente quién eres, para que sepa á quién persigo, y cese de hacer el mal que hago. Y llámale Señor, por el gran respeto que tuvo á la grandeza y majestad del que le hablaba.

2. Respondiendo Cristo nuestro Señor á esta pregunta, le enseñó mas de lo que le preguntaba, porque le declaró quién era el perseguido y el perseguidor, diciéndole: *Yo soy Jesús Nazareno á quien tú persigues*, que fue decir: ¿Quieres saber quién soy yo? yo soy Jesús, salvador del mismo que me ofende y persigue: ¿y quieres saber quién eres tú? eres perseguidor del mismo Salvador que desea salvarte y santificarte. Por donde se ve como es propio de Cristo nuestro Señor, con su luz celestial enseñarnos juntamente quién es Dios y quién es el hombre; quién es Jesús para con el pecador, quién es el pecador para con Jesús; porque estos dos conocimientos andan juntos, y se ayudan mucho, porque comparando lo uno con lo otro, campea mas la grandeza y la bondad y caridad de Dios nuestro Salvador, y tambien la vileza y la maldad é ingratitud del hombre pecador; porque ¿á dónde puede subir mas la bondad que á ser salvador del mismo que le persigue? ¿y á dónde puede llegar mas la maldad que á ser perseguidor del mismo que le salva?

3. *Cinco excelencias del Salvador.*—En estas dos cosas tengo de ahondar mucho, como lo hizo toda la vida el apóstol san Pablo, á quien se le imprimieron tanto estas palabras, que siempre traia en su corazon y en su lengua á Jesús, predicando la excelencia de su persona, la obra que hizo de nuestra redencion, el motivo que tuvo para ella, el precio que le costó, y las inestimables riquezas que nos ganó, juntando esto con su bajeza y miseria, y con la ingratitud y maldad del que ofende á tan excelente Salvador, que le redimió de pura misericordia con el precio de su sangre, ganándole tesoros infinitos de gracia y gloria. Ó amantísimo Jesús, *noverim me, et noverim te*: conózcame á mí, y conózcate á tí. Conózcame á mí para que me aborrezca y desprecie, y castigue en mí las maldades que he cometido; y conózcate á tí para que te ame y alabe, obedezca y sirva, por las innumerables mercedes que de tí he recibido. Ó glorioso Apóstol, alcanzadme de vuestro Amado algun rayo de luz celestial, para que conozca quién ha sido y es Jesús para conmigo, y quién he sido y soy yo para con él, porque ilustrado con esta luz, comience de nuevo á amar lo que aborrecia, y aborrecer lo que antes amaba, imitándoos á vos, como vos imitásteis á Cristo nuestro Señor.

4. Finalmente, ponderaré aquella palabra: *Dura cosa es para tí tirar coces contra el aguijon*; que es decir: Así como quien tira coces contra el aguijon, no hace daño al aguijon, sino á sí mismo, y cuanto con mayor fuerza tira las coces, tanto recibe mayor herida; así tambien quien resiste á Dios y á la inspiracion con que nos aguija

y solicita á servirle, no hace daño á Dios sino á sí mismo; y cuanto mas le resiste, tanto mayor daño recibe. Ó alma mia, mira lo que haces cuando resistes á la voluntad de Dios y á su santa inspiracion; aunque es verdad que le haces grave injuria, pero no le haces ningun daño en su persona; á tí misma haces gravísimo daño, porque con esa resistencia te haces toda sangre, manchándote con culpas y obligándote á terribles penas. Vuelve sobre tí, y sigue los dulces aguijones de su inspiracion, haciendo lo que te inspira y cumpliendo lo que te manda, porque cuanto es dura cosa el resistirle, tanto es dulce el obedecerle.

Punto cuarto. — 1. *Temblando y pasmado dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Díjole el Señor: Levántate, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que te conviene hacer.* Aquí se ha de considerar, lo primero, este temblor del cuerpo y el pasmo ó admiracion del alma que tuvo Saulo, causado de lo que habia visto y oido, temblando por las injurias que habia hecho á un tan grande Señor; y admirado y pasmado así de su ignorancia y atrevimiento, como de la bondad y misericordia con que Dios le habia sufrido, y venido del cielo á llamarle y desengañarle. Todos estos efectos suele obrar la luz del cielo en el alma del pecador á quien rodea, segun aquello de David, que dice (*Psalm.* LXXVI, 19; XCVI, 4): Salieron sus resplandores y relámpagos por la redondez de la tierra; movióse y estremecióse la tierra. Relámpagos son las divinas ilustraciones, con las cuales el pecador terreno ve muchas cosas que antes no veia. Ve la gravedad de su pecado, el castigo que ha merecido, la bondad de Dios que le ha sufrido, y las mercedes que le ha hecho. Y viendo estas cosas y otras, teme, tiembla y se estremece todo, y sale de sí con grande admiracion y espanto. Ó Dios eterno, enviad estos resplandores sobre la tierra de los infieles, y sobre las almas de todos los pecadores, para que vean y tiemblen, y salgan de su lugar, dejando sus pecados por serviros con lealtad.

2. *Resignacion de la voluntad.*—Lo segundo, se ha de considerar aquella segunda pregunta que hizo Saulo, nacida de la abundancia de la luz interior, y de la perfectísima obediencia y sujecion con que se rindió á Cristo, diciéndole: *Domine, ¿quid me vis facere?* Señor, ¿qué quieres que haga? como quien dice: Vesme aquí aparejado para hacer y padecer por tí lo que quisieres, así en castigo de los pecados pasados, como en agradecimiento de los beneficios presentes; manda y ordena lo que tuvieres por bien, que yo lo cumpliré. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! ¡Oh eficacia de la luz del

cielo! ¿Quién otro que el omnipotente Dios pudiera obrar tan en breve tal mudanza? (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 113, *art.* 10). ¿Qué otra luz, sino la del cielo, pudiera causar tan de repente tantos desengaños? El que antes aborrecia á Cristo, ya le ama; el que le tenia por destruidor de la ley, le tiene por dador de la ley á quien debe obedecer; el que le persigue se ofrece á seguirle y predicarle, aunque sea perseguido; y el que antes aferraba con su juicio y voluntad propia, ahora la deja y renuncia en la divina. Concédeme, ó buen Jesús, que con entera resignacion siempre diga á tí y á los que están en tu lugar: Señor, ¿qué quieres que haga? porque mi deseo es hacer lo que tú quisieres, y lo que por ellos me mandares. No quiero que tú me digas lo que dijiste al otro ciego, condescendiendo con su flaqueza (*Luc.* XVIII, 41): *Quid tibi vis faciam?* ¿qué quieres que yo haga contigo? No me trates como imperfecto, condescendiendo con mi deseo, porque no es razon que yo traiga tu voluntad á la mia, sino que la mia siga á la tuya.

3. Lo tercero, ponderaré la respuesta de Cristo nuestro Señor, el cual no quiso decirle en el camino y de paso las cosas que habia de hacer, sino enviarle á la ciudad, para decírselas allí mas de asiento. Porque no quiere que cosas de tanta importancia como las de nuestra salvacion y de su gloria se oigan de paso. Y aunque en todo lugar y tiempo, de repente y en un momento arroje sus ilustraciones, como quien arroja la semilla en la tierra; mas para que lleve fruto sazonado, escoge lugar y tiempo conveniente, como lo hizo con Saulo, en la forma que verémos.

4. Finalmente, ponderaré que, como dice san Lucas (*Act.* IX, 7): *Los varones que acompañaban á Saulo estaban pasmados oyendo la voz, sin ver á nádie.* En lo cual representa la alteza y profundidad de los divinos juicios, en la vocacion de los pecadores, porque yendo Saulo con muchos compañeros malos, y perseguidores de Cristo como él, y siendo él peor que todos ellos, con todo eso Dios nuestro Señor á él solo llamó con eficacia en esta ocasion, y le convirtió á su fe, y le admitió á su gracia y amistad, dejando á los otros; para que por una parte alabemos su bondad en el escogido, y temblemos de su justicia en los desechados; especialmente que el llamado no fue mas que un Saulo, y los desechados fueron muchos que le acompañaron; pero en lo uno y en lo otro hemos de venerar los juicios de Dios, y atajar las quejas que se levantaren en nuestro errado juicio contra él, diciendo lo que dijo el mismo Apóstol (*Rom.* IX, 20): Ó hombre, ¿quién eres tú, para que pidas cuenta á Dios

de lo que hace? ¿Por ventura el ollero no tiene potestad para hacer de una masa un vaso de honra y otro de afrenta? (*Rom.* XI, 33). ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! ¿Quién conoció lo que Dios siente? Ó ¿quién fue su consejero? y ¿quién le dió primero alguna cosa, para que se le deba algo? porque de él, por él y en él son todas las cosas, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

—De aquí procedió, que estos compañeros de Saulo oian la voz del mismo Saulo y lo que hablaba. Y vieron tambien algo del resplandor exterior que le cercó; pero como dijo el mismo Apóstol (*Act.* XXII, 9): No vieron al que le hablaba, ni oyeron las palabras que le decia; no llegó á sus oidos aquella voz: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ni la otra: Yo soy Jesús Nazareno, á quien tú persigues; duro es para tí dar coces contra el aguijon; y así aunque se admiraron de ver á Saulo caido en tierra, y hablar lo que decia, pero no se trocaron por entonces ni se convirtieron, aunque de aquí pudieron tomar ocasion para hacerlo despues, como es creible que lo harian algunos, siguiendo el ejemplo del que tenian por capitan, y oyéndole decir lo que sucedió en este camino.—

MEDITACION XXX.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á SAULO EN LOS TRES DIAS DESPUES DE ESTA APARICION, Y DE LA PLENITUD DEL ESPÍRITU SANTO QUE SE LE DIÓ.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Levantándose Saulo de la tierra, y teniendo los ojos abiertos, no veia, y llevándole sus compañeros por las manos, le metieron en Damasco.* (*Act.* IX, 8; XXII, 11).-Lo primero, consideraré como Saulo, todo el tiempo que duró esta vision con sus coloquios, estuvo postrado en tierra, á donde le derribó la luz del cielo para humillarle, y para que con mas reverencia viese y oyese lo que Cristo nuestro Señor le decia; y con la caida tambien le enflaqueció y debilitó el cuerpo, como suele suceder en tales visiones y sucedió á Daniel (*Dan.* X, 8), para significar que la vista de las cosas gloriosas de Dios debilita los brios de la carne; y como Jacob (*Genes.* XXXII, 31), en viendo á Dios, quedó cojo de un pié, así el que por la contemplacion ve las cosas eternas, queda debilitado en el amor de las cosas temporales. Ó Dios eterno, envia los rayos de

tu luz sobre mi espíritu, para que se debiliten las pasiones furiosas de mi carne; derríbame por humildad en el abismo de mi polvo y de mi nada, para que sea digno de levantarme á contemplar el abismo de tu divinidad y humanidad. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Saulo, en oyendo el mandato de Cristo nuestro Señor, que le dijo: *Surge*, levántate luego, como hijo de obediencia, se levantó, comenzando á cumplir lo que propuso, cuando dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Y no solo se levantó de la tierra corporalmente, sino tambien espiritualmente: *Surrexit de terra*, se levantó del cieno de sus errores y pecados, y despertó del profundo sueño en que habia estado, y resucitó á nueva vida, dejando las aficiones terrenas que tenian su corazon cosido con la tierra. De donde sacó el santo Apóstol el aviso que nos dió, cuando dijo (*Ephes*. v, 14): Levántate tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo. Ó alma mia, oye este consejo del Apóstol, sacado del libro de su propia experiencia, y levántate de la tierra en que estás caida por la culpa; despierta del sueño en que estás dormida por la tibieza; resucita á nueva vida, dejando las obras muertas, y Cristo tu Señor te alumbrará con la lumbre de su gracia, para que le veas despues con la lumbre de su gloria.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como Saulo, teniendo los ojos abiertos no veia; lo cual dice él mismo que procedia de la mucha claridad de la luz que le cercó (*Act*. XXII, 11), para significar que la luz del cielo abre los ojos del alma, y cierra los ojos del cuerpo, porque es tanta la estima que pone de las cosas eternas, que quita las ganas de ver las cosas temporales. Y así los muy contemplativos aunque tienen ojos no ven, porque no usan de ellos curiosamente para ver cosas vanas, ni las que pueden enturbiarles la vista del alma. Ó lumbre celestial, ven y alumbra mis ojos interiores, para que vean con tanta claridad á su Criador, que los ojos exteriores se cierren, para no mirar vanamente á las criaturas. Ó alma mia, cierra y mortifica la vista del cuerpo, para que aclare Dios en tí la vista del espíritu.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Estuvo allí tres dias sin ver, en los cuales no comió, ni bebió*. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor detuvo tres dias á Saulo en la ciudad, dilatándole el bautismo y la plenitud del Espíritu Santo, para que en este tiempo se catequizase é industriase bien en los misterios de la fe, de la santísima Trinidad, y se aparejase para recibir el bautismo, que se da en

nombre de las tres divinas Personas. Y como Cristo nuestro Señor estuvo tres dias en el sepulcro, antes de resucitar glorioso, así quiso que este su Apóstol estuviese tres dias enterrado en el sepulcro de la contemplacion, antes de resucitar por el bautismo. Á los demás Apóstoles hizo esperar en la ciudad diez dias la venida del Espíritu Santo; á Saulo no mas que tres, porque quiso darse priesa á labrar este vaso, para servirse luego de él en su oficio.

2. Luego consideraré los ejercicios que en estos dias tuvo Saulo, para imitarle en lo que es imitable.—Lo primero, no vió en todo este tiempo con los ojos corporales; porque demás de la razon arriba dicha, la vista interior le quitaba la exterior.—Lo segundo, no comió ni bebió, porque el gusto y suspension del alma le hizo olvidar del manjar del cuerpo.—Lo tercero, oraba continuamente, como Nuestro Señor lo dijo á Ananías: *Ecce enim orat*: mira que le hallarás orando. Con estos ejercicios se aparejó para el bautismo y para el apostolado, enseñándome con su ejemplo que estas tres cosas, modestia en la vista, ayuno riguroso y oracion continua, disponen para alcanzar de Nuestro Señor grandes dones, ayudándose unas á otras, porque la modestia y el ayuno levantan de punto la oracion, y la oracion hace suave la modestia y el ayuno.

3. Lo tercero, consideraré los grandes favores que Cristo nuestro Redentor hizo á Saulo en estos tres dias, haciendo con él oficio de maestro invisiblemente, como le habia hecho visiblemente con los demás Apóstoles; porque en este tiempo le reveló y descubrió todos los misterios de nuestra fe, con copiosísima luz del cielo, para que pudiese predicarlos á todas las gentes. Esto se saca de unas regaladas palabras que le dijo Ananías, como el mismo Apóstol las refiere (*Act.* XXII, 14): *El Dios de nuestros padres te ha escogido, para que conocieses su voluntad, y vieses al Justo, y oyeses su palabra de su propia boca, porque has de ser su testigo con todos los hombres, de las cosas que viste y oiste.* De suerte que en estos tres dias le descubrió Dios su voluntad, y vió á Cristo y sus misterios, y de su boca aprendió su doctrina, para que fuese testigo de las cosas que habia visto y oido al mismo Salvador; y así dijo á los de Galacia (*Galat.* II, 12), que habia recibido su Evangelio no de hombres, sino por revelacion de Jesucristo. ¡Oh dichoso varon, á quien tanta gracia hizo Dios por su sola misericordia! Ó Dios de mi alma, concédeme que yo tambien conozca tu voluntad, y con ojos de viva fe vea al justo Jesucristo mi Señor, y oiga las palabras que me hablare al corazon, para que pueda ser testigo tuyo publicando tus grandezas, del modo

que las he creido y gustado, cumpliendo en todo su santísima voluntad. Amen.

4. Algunos santos Padres dicen, que en estos tres dias sucedió aquella vision y revelacion maravillosa que san Pablo cuenta de sí mismo, diciendo (*D. Thom. in* II *ad Cor.* XII, *et* 2, 2, *q.* 175) que fue enajenado de los sentidos y arrebatado hasta el tercer cielo, y entrado en el paraíso, y allí oyó palabras tan secretas que no es lícito decirlas al hombre imperfecto, y aun entonces, segun la sentencia de san Agustin y santo Tomás, vió claramente la divina Esencia; pero como quiera que esto haya sido, en estos tres dias le labró Dios maravillosamente, y le dió grandes arrebatamientos, sacándole de sí mismo, y levantándole sobre sí y sobre todo lo criado hasta conocer los altísimos misterios del tercero y supremo cielo de la santísima Trinidad, comunicándole grandes secretos, y metiéndole en el paraíso de los divinos deleites, á donde tuvo grandes éxtasis y excesos de amor; de modo que cuando volvió en sí, pudo decir (*Galat.* II, 20): Vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo. Gracias os doy, dulcísimo Jesús, por la infinita caridad y liberalidad que mostrais con un tan grande pecador y perseguidor vuestro, concediéndole mayores favores que á otros que nunca pecaron; mostrando en este pecador, que á donde abundó el delito, mucho mas abundó la gracia (*Rom.* V, 20); y con este hijo que habia sido tan pródigo en haceros injurias, quisísteis ser mas pródigo, si así es lícito hablar, en hacerle misericordias, pues no solamente salísteis á recibirle, sino en cierto modo á compelerle y forzarle que entrase en vuestra casa, adornándole con tales vestiduras, y regalándole con tales banquetes (*Luc.* XV, 20), que los hermanos mayores tienen que envidiar con santa envidia, y pues vuestra misericordia no se ha menoscabado (*Eccles. in collecta*), forzad á mi rebelde voluntad para que entre en vuestra casa, sacadla de sí misma y arrebatadla con gran fuerza, traspasándola en Vos, para que de hoy mas no viva yo, sino Vos en mí, por todos los siglos. Amen.

5. Últimamente, ponderaré la suavidad con que Cristo nuestro Señor guiaba á Saulo, porque estando en su oracion le reveló lo que habia de suceder en su cura, mostrándole en vision imaginaria, que un hombre llamado Ananías entraba en su casa y ponia las manos sobre él para darle vista, como luego verémos, significándonos por esto, que en la oracion suele Dios inspirarnos los medios de nuestra cura espiritual, y de nuestra salvacion y perfeccion.

PUNTO TERCERO.— 1. *Estaba en Damasco un discípulo, por nombre*

Ananías, y díjole el Señor en vision: Ananías. Respondió luego: Vesme aquí, Señor. Levántate, dice, y vé al barrio que se llama Recto, y busca en la casa de Judas á Saulo, por nombre Tarsense, porque está orando. (*Act.* IX, 12). Aquí se ha de considerar, lo primero, los varios modos que tiene Cristo nuestro Señor en revelar y descubrir su voluntad á sus siervos por modos extraordinarios, porque á unos se les aparece y los llama en vigilia como á Saulo, quietando los sentidos exteriores, para que no les impidan la vista interior; á otros en sueños, aprovechándose de la quietud que entonces tienen los sentidos, como llamó á Jacob y á Samuel (*Genes.* XXXI, 11; I *Reg.* III, 4), y así parece que llamó á Ananías, con lo cual pretende enseñarnos que en todo lugar y tiempo, velando y durmiendo, en la iglesia y en el lecho, hemos de estar tan concertados y compuestos, que seamos capaces de las divinas inspiraciones, y de los favores y dones de Dios, y que podamos decir (*Psalm.* CXXXVIII, 11): La noche será mi ilustracion con grandes regalos, y yo duermo (*Cant.* V, 2), y mi corazon vela, porque durmiendo el cuerpo, suele Dios, que es nuestro amor, velar dentro de nosotros, y hacer que vele nuestro espíritu.

2. Lo segundo, ponderaré el misterio que está encerrado en los nombres que aquí se ponen, para manifestar la obra maravillosa que Cristo nuestro Señor hacia en Saulo. El barrio donde estaba se llamó *Recto*, que quiere decir derecho, para significar que ya Saulo llevaba pasos derechos, enderezados á la vida eterna. La casa donde moraba era de un hombre llamado Judas, que quiere decir confesion y alabanza, para significar que Saulo se ejercitaba en la confesion humilde de sus pecados, orando por el perdon de ellos, y en alabanza de Dios, glorificándole por las mercedes que le hacia. El que le habia de buscar era Ananías, que quiere decir nube del Señor, para significar el oficio de los predicadores, que como nubes derraman su doctrina sobre los fieles, y con gran facilidad van á donde les lleva el viento de la divina inspiracion. Y así en oyendo Ananías la voz de Cristo, dijo: *Ecce ego Domine.* Veisme aquí, Señor. Habla, que tu siervo oye; manda lo que quisieres, porque yo iré á donde me mandares. Pero sobre todo es de ponderar la caridad de Cristo nuestro Señor, que no dice á Saulo que vaya á buscar á Ananías, sino á Ananías dice que se levante y vaya á buscar á Saulo, como médico que va á visitar al enfermo; porque como él vino del trono de su morada celestial en busca de este pecador, así tambien quiere que Ananías y los demás ministros suyos salgan de su casa

y de su quietud en busca de los pecadores, y se les entren por sus puertas, y allí les ayuden al negocio de su salvacion. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por todo lo que haces en razon de justificar á los pecadores. Dame, Señor, espíritu de obediencia como á Ananías, y espíritu derecho de alabanza y confesion como á Saulo, quita de mí toda pereza y flojedad, para que con fervor acuda al bien de las almas que con tu sangre redimiste. Amen.

PUNTO CUARTO.— 1. *Respondió Ananías: Señor, oido he á muchos de este hombre, cuán grandes males ha hecho contra tus santos en Jerusalen, y tiene potestad de los príncipes de los sacerdotes para prender á todos los que invocan tu santo nombre. Díjole el Señor: Vé á donde te digo, porque este es vaso escogido por mí, para que lleve mi nombre delante de las gentes, de los reyes y de los hijos de Israel, y yo le mostraré cuántas cosas le conviene padecer por mi nombre.* Aquí se ha de considerar lo primero, cuán cortos son los juicios de los hombres, y cuán fáciles de engañarse en sus sospechas, especialmente cuando están combatidos de temor humano. Y así Ananías, por lo que habia oido de Saulo, sospechó que era perseguidor de Cristo, como solia, y con decirle Cristo nuestro Redentor que oraba, no cayó en la cuenta de que estaria mudado. De donde sacaré aviso para no juzgar temerariamente de mis prójimos, en especial por lo que sé de oidas, pues el que ayer fue malo, puede ser que hoy sea bueno, trocándole Nuestro Señor el corazon con su gracia; y como miró las señales de malicia para sospechar mal del prójimo, es bien que mire con mas cuidado las señales de su mudanza, para sentir bien de él.

2. De aquí procedió que Ananías, aunque se mostró muy aparejado para obedecer á Cristo nuestro Señor cuando le llamó, pero con temor humano le representó la dificultad que sentia en ir á casa de un perseguidor, y entrarse por las puertas del que tenia por lobo. Y antes que Cristo le diese enteramente su recado, le atajó con la representacion de esta dificultad, para que le diese salida á ella. De donde tengo de sacar, que representar estas dificultades con pusilanimidad y cobardía de ánimo, para resistir á la obediencia, es malo y muy ajeno de los discípulos de Cristo; pero representarlas con indiferencia, por saber el modo como se vencerán, para mejor cumplir su obediencia, es bueno y conforme al espíritu de Cristo, que es suave, blando y amoroso, como aquí se mostró con Ananías.

3. Lo segundo, se ha de considerar la respuesta de Cristo nuestro Señor á Ananías: Vé, dice, donde te mando, porque este á quien

tú tienes por tan malo, *vas electionis est mihi;* es vaso escogido por mí con particularísima eleccion, no por sus merecimientos, sino por mi sola bondad, mudando al que era vaso de ira y de maldad en vaso de misericordia y de gracia, llenándole de mis copiosos dones, para descubrir en él la grandeza de mi caridad. Y demás de esto le tengo escogido por vaso é instrumento mio, para que lleve mi nombre por todo el mundo, y sea maestro y predicador de todas las gentes. Gracias te doy, dulcísimo Jesús (II *Cor.* IV, 7), porque en vaso de barro tan vil has depositado tesoros tan admirables para que su preciosidad se atribuya á tu sola virtud y no á sus fuerzas. Ó glorioso Apóstol, sol resplandeciente (*Eccli.* XLIII, 2), vaso admirable y obra del muy Alto, puesto en medio de la Iglesia para correr vuestra carrera por el mundo, dando luz de fe y calor de caridad á todos los mortales, gózome de vuestra eleccion y de la buena suerte que os ha cabido; suplicad al Señor que os escogió, se digne tambien de hacerme á mí vaso escogido, lleno de su gracia y claridad, para que yo tambien corra mi carrera, de modo que alcance la corona.

4. Últimamente, ponderaré lo que Cristo nuestro Señor añadió, diciendo: *Yo le mostraré cuantas cosas le conviene padecer por mi nombre:* esto es, primero se las mostraré por revelacion, y luego por experiencia, haciéndole que padezca por mi nombre muchos mas de los que otros por su causa padecian, y así lo cumplió su Majestad, porque apenas hubo Saulo comenzado á llevar el nombre de Cristo por el mundo, cuando experimentó cuán pesado era de llevar (*Isai.* XXX, 27), padeciendo innumerables persecuciones y trabajos por esta causa, como lo dice de sí mismo á los de Corinto (II *Cor.* XI, 23); en lo cual atendió Nuestro Señor á tres fines.—El primero, á que Saulo pagase con las persecuciones que padecia, las que hizo padecer á otros; cumpliendo por una parte la ley de la justicia, por otra parte fabricándole con estos trabajos grande corona de gloria.—El segundo, para que entendamos que grandes favores y dones del cielo no se dan sino en compañía de grandes aflicciones; y si los favores se dan de antemano, los trabajos se siguen despues á la medida de los favores.—El tercero, para que entienda el discípulo, que ha de seguir á su Maestro, y el apóstol al que le envia, y el predicador del Evangelio ha de pasar por las penalidades que pasó el mismo que le fundó. Ó Salvador del mundo, pues tan bien sabes labrar con trabajos el vaso que has escogido para el cielo, purificándole de sus vicios, y adornándole con preciosas virtudes, escógeme por vaso de

tu misericordia, y lábrame con aflicciones en esta vida, para que sea digno de alcanzar la eterna.

PUNTO QUINTO. — 1. *Partióse Ananías, y entrando en la casa donde estaba Saulo, le dijo: Saulo hermano, Jesús Señor nuestro, que te apareció en el camino por donde venias, me envia para que veas y seas lleno del Espíritu Santo; luego cayeron de sus ojos unas como escamas, y cobró la vista; y levantándose fue bautizado.* (*Act.* IX, 17). Aquí se ha de considerar la suave providencia de Nuestro Señor en el gobierno de los suyos, ayudándose de unos hombres para hacer bien á otros, y á veces de los menores para enseñar á los mayores. Y así, aunque pudiera por sí mismo dar la vista á Saulo, quiere que vaya Ananías á esto, y que él le intime la obligacion del bautismo y el oficio de testigo y apóstol que Dios le encargaba, para que cualquiera, por sábio y santo ó muy favorecido que sea de Dios, entienda que tiene necesidad de sujetarse á otro hombre (*Casian. Collat.* II, *c.* 5), y de esta manera se conserven en humildad. Pero juntamente ponderaré en Ananías, por una parte la caridad y humildad con que habló á Saulo, llamándole hermano, y diciendo que no venia él por su propia autoridad, sino que Cristo le enviaba: mas por otra parte, en cuanto ministro de Cristo, mostró grande autoridad en lo que dijo, como el mismo Apóstol lo cuenta por estas palabras: *Entrando Ananías donde estaba, me dijo: Vé, y al punto ví y le miré, y luego me dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conocieses su voluntad. Pues ¿en qué te detienes? Levántate, y sé bautizado, y lava tus pecados en su nombre.* (*Act.* XXII, 13). En lo cual se representa el modo como los ministros del Evangelio han de juntar humildad con autoridad, sin que una impida á la otra.

2. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiso dar milagrosamente á Saulo la vista antes del bautismo, para que le recibiese con mas consuelo, viendo al que le bautizaba, y para declarar en aquel milagro la virtud del bautismo, que alumbra el alma, y echa de sus ojos, que son sus potencias, las escamas de los vicios y pecados. ¡Oh qué alegre quedó Saulo cuando vió á Ananías y oyó su recado! (I *Cor.* XIV, 18). Al punto, sin detenerse, recibió con grande devocion el santo bautismo, y quedó lleno de Espíritu Santo con una nueva plenitud, recibiendo el don de lenguas y las otras gracias que habian recibido los demás Apóstoles, y lleno de este divino Espíritu cantaria mil alabanzas á Dios, dándole gracias por las mercedes que le habia hecho, y ofreciéndose muy de corazon á su servicio, rasgaria y quemaria las cartas que le habia

dado el Príncipe de los sacerdotes, doliéndose de la solicitud con que las negoció, y proponiendo (II *Cor.* III, 2) de ser él mismo carta viva de Cristo, para dar noticia de él en todo el mundo. Ó Ángeles del cielo, que os gozais de la conversion de cualquier pecador, ¡cuánto mas os gozaríades de la conversion milagrosa de este gran pecador y perseguidor de Cristo, viéndole trocado en grande predicador y amigo suyo! Alabadle, gloriosos Ángeles, con todas vuestras fuerzas, y dadle el parabien, por haber cazado á este lobo robador, convirtiéndole en cordero manso de su rebaño, y suplicadle aumente vuestro gozo con la conversion de muchos pecadores, para que su rebaño crezca, el cielo se pueble, y Dios se glorifique por todos los siglos. Amen.

3. Finalmente, consideraré como Saulo (*Act.* IX, 20) *continuo ingressus synagogas, praedicabat Iesum, quoniam hic est Filius Dei.* Al punto entrando en las sinagogas predicaba á Jesús, diciendo que era Hijo de Dios, en lo cual resplandece el fervor grande de este nuevo Apóstol, y la puntualidad con que acudió á hacer su oficio y predicar á Cristo, atropellando, como él dijo, todo lo que era carne y sangre (*Galat.* I, 16), sin reparar en que los suyos le habian de perseguir y en que le tendrian por mudable, pues tan presto predicaba por Dios al que perseguia como enemigo de Dios. Sin embargo de esto, no se detiene en el rincon de la casa donde se hospedó, no va poco á poco con tiento tentando los ánimos de su gente, sino como los Apóstoles el dia de Pentecostes salieron del cenáculo al templo, y allí predicaron á Cristo crucificado; así tambien Saulo embriagado con el vino del mismo espíritu sale por todas las sinagogas á predicarle, dando pública satisfaccion del yerro pasado, y mostrándose no menos ferviente en predicar á Cristo, que se habia mostrado en perseguirle, cumpliendo lo que él nos aconsejó, cuando dijo (*Rom.* VI, 19): Como entregásteis vuestros miembros en servicio de la inmundicia, para aumento de la maldad, así los entregad en servicio de la justicia, para aumento de la santificacion.

4. Pero mas adelante pasó su fervor en lo bueno que en lo malo, procurando con celo ferventísimo el aumento de la santidad en sí y en otros, y en todos los hombres del mundo, con tanta constancia, que admirándose todos de verle predicar á Cristo, sabiendo que habia venido á Damasco para prender á sus discípulos, con todo esto, *multo magis convalescebat et confundebat Iudaeos, affirmans quoniam hic est Christus*, mucho mas se fortificaba y confundia á los judíos, afirmando que Jesús era Mesías. De suerte que los dichos de los hom-

bres y las persecuciones no solo no le entibiaban en su predicacion, sino le eran ocasion de animarse y fortalecerse mas en ella, y á este paso prosiguió toda la vida, hasta darla por Cristo con grande amor, como se verá en la meditacion que se sigue.

MEDITACION XXXI.

DE LA VIDA Y HERÓICAS VIRTUDES DEL APÓSTOL SAN PABLO, DESPUES DE SU CONVERSION, Y EN ELLA SE PONE UNA SUMA DE LA SUPREMA PERFECCION EVANGÉLICA.

—La vida de este gloriosísimo Apóstol, despues de su conversion, fue un perfectísimo dechado de la perfeccion evangélica que han de procurar todos los varones apostólicos, imitando, como él dijo (I *Cor.* IV, 16), á Cristo nuestro Señor de la manera que él le imitó, y para este fin la pongo aquí contando sus principales virtudes, sacándolas de sus Epístolas y del libro de los Actos de los Apóstoles.—

PUNTO PRIMERO.—*De la pobreza de espíritu.*— 1. La primera virtud fue excelente pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas, como los demás Apóstoles, para desocuparse mas en el servicio de Cristo y en el ministerio de su predicacion, gustando de experimentar los efectos de ella, señalándose especialmente en tres cosas.-Lo primero (I *Tim.* VI, 8), *estaba contento*, como él dice, *con tener sustento y con cubrirse*: esto es, con tener lo necesario precisamente para vivir y cubrir su desnudez, y el contento era tan grande como si tuviera todo el mundo, y por esto dijo (I *Cor.* VI, 10): Vivimos como necesitados y enriquecemos á muchos, y como quien no tiene nada poseyéndolo todo, porque tenemos tanto contento en no tener nada, como si lo tuviéramos todo; y la causa de su contento era, porque con esta pobreza corporal poseia sumas riquezas espirituales, las cuales dan incomparablemente mayor consuelo que todas las temporales.-De aquí procedió lo segundo, que aun de esto necesario se privaba muchas veces y padecia falta, llevándola con alegría; y así entre sus trabajos cuenta hambre (II *Cor.* XI, 27) y sed, frio y desnudez, y muchos ayunos.

2. Y aun mas adelante pasó, porque con estar muy ocupado en predicar, y con tener derecho para pedir sustento á los fieles y recibirle de ellos como lo recibian los demás Apóstoles, él renunció este derecho, y con el trabajo de sus manos en un oficio mecánico ganaba la comida para sí y para sus compañeros, por no gravar á

los fieles (I *Thes.* II, 9), y por darles ejemplo de mayor perfeccion, y así dice: *No he codiciado plata, ni oro, ni vestidura vuestra, como vosotros lo sabeis, porque lo que era menester para mí y para los que andan conmigo, estas manos lo ganaron, dándoos ejemplo de que trabajando de esta manera se han de recibir los flacos, y acordarnos de la palabra de Jesús que dice: Beatius est magis dare quam accipere: Mas dichosa cosa es dar que recibir.* (*Act.* XX, 33). Ó glorioso Apóstol, que fuísteis corto en recibir de lo temporal, y largo en dar de lo espiritual, alcanzadme de vuestro Maestro que os imite en la pobreza de los bienes temporales, para que alcance vuestra riqueza de los bienes espirituales. Ó alma mia, déjalo todo, y hallarlo has todo. Deja por Cristo todas las cosas, y poseerás en Cristo todas las cosas, porque teniéndole á él lo tendrás todo, y siendo por su amor pobre, estarás muy mas contenta que si fueras rica.

PUNTO SEGUNDO. –*De su castidad y batallas interiores.*— 1. La segunda virtud fue purísima castidad, de la cual hizo voto como los demás Apóstoles, y la guardó siempre, y se dió por ejemplo de esta, diciendo: *Deseo que todos los hombres vivan como yo* (I *Cor.* VII, 7), esto es, libres de casamientos y de las obras del matrimonio, para orar y vacar á Dios, y ser santos en el cuerpo y en el espíritu. Pero especialmente ponderaré tres cosas. -La primera, la grande estima que tenia de esta virtud, pues deseaba que todos los hombres fuesen castos como él, sin reparar en que se acabaria el mundo, porque estimaba en mas lo eterno que lo temporal, y siempre ponia el blanco de su deseo en lo mejor y mas excelente, aunque en la ejecucion se acomodaba á la traza con que Dios repartia sus dones entre los hombres.-La segunda, que teniendo los demás Apóstoles costumbre de traer consigo alguna devota mujer que los sirviese y sustentase con su hacienda (I *Cor.* IX, 5), él no quiso usar de esta facultad, no solamente por querer vivir del trabajo de sus manos, y no de limosna, sino tambien por el recato en la compañía y comunicacion con mujeres, de las cuales ha de huir quien quisiere tener segura la castidad.

2. La tercera cosa es, que su castidad fue combatida con grandes tentaciones, las cuales venció valerosamente, y así fue sin duda mas gloriosa; porque tanto es mas gloriosa la virtud, cuanto ha sido mas terrible la contradiccion en conservarla. De este modo declaran algunos Santos lo que dijo de sí el mismo san Pablo á los corintios (II *Cor.* XII, 7): *Porque la grandeza de las revelaciones no me ensoberbezca, me ha sido dado un aguijon de mi carne, ángel de Satanás, que*

me da de bofetadas, y rogando tres veces al Señor me le quitase, me respondió: Bástate mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad. Como quien dice: Para que seas humilde, es menester que seas tentado; y para que tu virtud sea perfecta, ha de ser muy probada, y el aguijon de tu carne la hará perfectamente casta, y el ángel de Satanás que te da de bofetadas, te hará sufrido y puro, con pureza de Ángel celestial. Ó Padre de misericordias, convierte el aguijon de mi carne en espuela de mi espíritu, para que ore con fervor, y corra con diligencia en tu servicio, pues de tí solo está colgado mi remedio.

3. Tambien resplandece la santidad y pureza del Apóstol en otras batallas interiores que padecia y vencia con gran valor; por razon de las cuales dijo (*Rom.* VII, 22): *Alégrome con la ley de Dios, segun el hombre interior: siento otra ley en los miembros de mi carne que contradice à la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo á la ley del pecado. Ó infeliz hombre, ¿quién me librará de este cuerpo mortal, que me da tal tormento y muerte? la gracia de Dios por Jesucristo,* esta es la que me ha de librar, y en virtud de ella tengo de vencer. Ó alma mia, no desmayes si te vieres combatida, confiando en la gracia de Dios que no serás vencida. (*Galat.* V, 17). Si tu carne codiciare contra el espíritu, procura que el espíritu codicie tambien contra la carne, de modo que quede vencedor, y así será mas gloriosa tu victoria, cuando hubiere sido mas terrible y porfiada la batalla, y con el mismo Apóstol podrás decir (I *Cor.* XV, 57): Gracias á Dios que nos dió victoria por Jesucristo. Amen.

PUNTO TERCERO. - *De su penitencia y mortificacion.* — 1. La tercera virtud fue muy rigurosa penitencia y mortificacion de su carne, la cual castigaba con rigor, para tenerla rendida y sujeta al espíritu, como él lo declaró con unas palabras muy encarecidas, diciendo (I *Cor.* IX, 26): *Yo corro mi carrera, no como incierto de mi premio, y peleo, no como quien azota al aire trabajando en vano y con solas palabras sin obras, sino castigo mi cuerpo con penitencias, y hágole que esté sujeto, porque no me suceda que predicando á otros yo sea réprobo.* Ó alma mia, si el Apóstol que estaba cierto de su premio, así corre y teme, ¿cómo tú que estás incierta no corres con temblor? Si él no se contenta con azotar el aire sino á su carne, ¿por qué tú te contentas con solas palabras, descuidando de las obras? Castiga con penitencias tu cuerpo para que obedezca á tu espíritu, porque si le dejas en su rebeldía, será causa de tu reprobacion.

2. Demás de esto, el santo Apóstol se ejercitaba en la continua

mortificacion de sus sentidos y apetitos, negando sus quereres y deseos, cumpliendo perfectamente la abnegacion que Cristo nuestro Señor nos encargó, y por esto dijo (I *Cor.* iv, 10): *Siempre y á donde quiera que vamos, llevamos en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.* De suerte, que en todo lugar y en todo tiempo andaba rodeado de mortificaciones, no solamente interiores del espíritu, sino exteriores del cuerpo; unas que él se tomaba, otras que le venian por mano de sus enemigos, imitando en esto á Cristo nuestro Señor, cuya vida manifestaba en sí mismo, y así solia decir (*Galat.* vi, 17): *Ego stigmata Domini Iesu in corpore meo porto;* en mi cuerpo traigo las llagas y señales de Cristo, padeciendo las cosas que él padeció. ¡Oh quién pudiese alcanzar una mortificacion tan continua, larga y perfecta, en la cual se descubriese la vida del que me dió ejemplo de ella! Ó dulce Jesús (*Ioan.* xiv, 6), camino, verdad y vida; pues tu mortificacion es el camino para llegar á gozar de tí, que eres la misma vida, ilústrame con tu verdad para que abrace esta perfecta muerte, en que se manifiesta tu admirable vida.

Punto cuarto. - *De la humildad y desprecio del mundo.* — 1. La cuarta virtud fue profunda y admirable humildad, junta con grande santidad, la cual es cosa rara, y resplandeció en las cosas siguientes. Porque lo primero, comparándose á los demás hombres, siempre escogia para sí el lugar mas humilde, porque entre los pecadores se tuvo por el primero, y entre los santos por el postrero. (I *Tim.* i, 13). Y así una vez dijo: *Cristo Jesús vino á salvar los pecadores, de los cuales yo soy el primero.* Y otra vez dijo (I *Cor.* xv, 9): *Yo soy el menor de los Apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios.* Y mas adelante pasó llamándose (*Ephes.* iii, 8), *Sanctorum minimus.* El mínimo de todos los santos; esto es, de los fieles que habia en la Iglesia. De suerte, que quien era en los ojos de Dios uno de los mayores Apóstoles y de los primeros en la santidad, se tenia en sus ojos por el postrero entre los buenos, y el primero entre los malos. Y la causa era, porque en esta comparacion que hacia de sí á todos, exageraba mucho los pecados propios, olvidábase de los ajenos, y al contrario, acordábase de las virtudes ajenas, y por entonces olvidábase de las propias, acordándose de los vicios pasados: en lo cual he de procurar grandemente imitar á este humildísimo varon, diciendo como él: Yo soy el menor de los cristianos y no soy digno del nombre de cristiano: soy el menor de los religiosos y sacerdotes, y no merezco ser lla-

mado con tal nombre; y aun soy el mínimo de los hombres, y no merezco el nombre de hombre, pues por mis pecados me hice bestia.

2. Lo segundo, resplandeció su humildad en no avergonzarse de decir sus pecados públicamente y dejarlos por escrito, diciendo (I *Tim.* I, 13) que habia sido blasfemo, injuriador de Cristo, incrédulo, grande perseguidor de la Iglesia (*Galat.* I, 13), derramador de sangre inocente (*Act.* XXII, 20), y que tuvo parte en la muerte de san Estéban. Y si alguna vez contaba sus obras gloriosas, forzado de la necesidad, buscaba vocables de humildad, diciendo: *Factus sum insipiens, vos me coëgistis* (II *Cor.* XII, 11): Necio me he vuelto á vuestro parecer, vosotros me habeis forzado; y otras veces repetia lo mismo, y de propósito callaba muchas cosas que pudiera decir, porque no le tuviesen en mas de lo que era, enseñándonos que el verdadero humilde de su motivo propio se inclina á confesar sus culpas, y forzado dice las virtudes, tragando la humillacion de ser tenido por vano en decirlas.

3. Lo tercero, resplandeció su humildad en que conociendo los grandes bienes que de Dios habia recibido, porque el espíritu de Dios, como él mismo dice, no es ciego para conocerlos, no se los atribuia á sí mismo, ni se gloriaba vanamente de ellos, sino toda la gloria daba á Dios y á su gracia, y así se reconocia por nada en su presencia, diciendo (I *Cor.* XV, 10): *Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no estuvo en mí vacía: mas he trabajado que todos; mas no yo, sino la gracia de Dios conmigo* (II *Cor.* XII, 5): *y en mí no tengo de qué gloriarme, sino de mis enfermedades; y aunque yo he plantado la fe en otros, pero el que la planta es nada.* (I *Cor.* III, 6). Y una vez que le quisieron adorar como á Dios, rasgó sus vestiduras, confesando que era puro hombre, indigno de tal honra. (*Act.* XIV, 13). Esta es la humildad cordial que dura en los santos para siempre, en la cual he de imitar este santo Apóstol si quiero ser capaz de los dones de Dios, acordándome de lo que él dice (I *Cor.* IV, 7): ¿Qué tienes que no hayas recibido? y si lo has recibido, ¿de qué te glorias como si no lo recibieras? Por tanto, alma mia, vacíate de tí si quieres que Dios te llene de sí: él te dará sus copiosos dones si con humildad le das toda la gloria de ellos.

4. Lo cuarto, resplandeció su humildad en el santo temor que tenia de sí mismo, fundado en su propio conocimiento, para lo cual unas veces decia (I *Cor.* IX, 27): *Ninguna culpa conozco en mí, mas no por eso me tengo por justificado, porque quien me juzga es Dios.* Otras veces decia (I *Cor.* IV, 4), que castigaba su cuerpo por no

venir á ser reprobado. Y muchas veces pedia á los fieles hiciesen oracion por él. (*Rom.* xv, 30). Lo cual era señal de humildad, y de este santo temor con que se recelaba no tuviese culpa en impedir las trazas de Dios. Y sobre todo con saber que habia recibido por revelacion de Dios su Evangelio, quiso conferirle con los demás Apóstoles (*Galat.* ii, 2), *ne forte in vacuum currerem, aut cucurrissem:* porque quizá no hubiese trabajado en vano, en lo cual descubrió el humilde rendimiento que tenia de su juicio al de la Iglesia, no queriendo presumir de sí, ni dejar de asegurarse mas con el juicio de toda ella.

5. Lo quinto, resplandeció en el desprecio del mundo, y en el gusto de ser despreciado de él, gloriándose mas de los desprecios, que otros de las honras. Y así dice (*Galat.* vi, 14): *Guárdeme Dios de gloriarme, si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para él.* Esto es, él me desprecia á mí como á cosa vil y digna de muerte afrentosa de cruz, y yo tambien le desprecio á él con el mismo desprecio; y aunque era tenido por hez y desecho del mundo, no se le daba nada ni hacia caso de los juicios y dichos vanos de los hombres, y estaba tan léjos de buscar el gusto vano de ellos, que decia (*Galat.* i, 10): *¿Por ventura busco agradar á los hombres? si tratase de esto, no seria siervo de Cristo.* Ó siervo de Cristo fidelísimo, alcánzame de tu Señor este precioso don de la humildad, de la cual nace la fidelidad en su servicio. Ó alma mia, si deseas de verdad servir á tu Señor este precioso don, desprecia las vanas pompas de este siglo y los juicios engañosos de sus hijos; préciate de estar muerta y crucificada al mundo, y de que el mundo esté muerto y crucificado para tí, de modo que de hoy mas vivas para solo Dios por todos los siglos. Amen.

Punto quinto.–*De su paciencia y alegría en los trabajos.* — 1. La quinta virtud fue invencible y heróica paciencia en sus trabajos; los cuales fueron innumerables en toda suerte de cosas interiores y exteriores por mar y por tierra, de judíos y de gentiles, y de falsos hermanos, como consta del catálogo que hizo de ellos, escribiendo á los de Corinto; y cuán graves hayan sido algunos lo declaró por estas palabras (II *Cor.* xi, 23): *Gravati sumus supra modum, et supra virtutem. Hemos sido afligidos sobremanera, y sobre nuestras propias fuerzas, tanto que tuvimos tédio de vivir. Por defuera teníamos batallas, de dentro temores* (*Rom.* viii, 36): *somos mortificados cada dia, y tratados como ovejas diputadas para el matadero.* Y con ser tantos estos trabajos, resplandeció su paciencia en que le parecian

pequeños, respecto del premio que esperaba, y así los llamó (II *Cor.* IV, 17), *momentaneum et leve tribulationis nostrae,* trabajos de un momento y muy ligeros: y no se espantaba de ellos, ni perdia el ánimo con su terribilidad, antes se ofrecia á otros mayores; como le sucedió cuando el profeta Agabo (*Act.* XXI, 13) le dijo seria preso en Jerusalen, y él respondió: *Estoy aparejado, no solo á ser preso, sino á morir por el nombre de Jesús.*

2. Y este ánimo le procedia de la grande confianza que tenia en Dios, obrándola el mismo Señor por medio de los mismos trabajos; y así dice (II *Cor.* I, 9): *Tuvimos respuesta de muerte dentro de nosotros mismos, para que no confiemos en nosotros, sino en Dios que puede resucitar los muertos: el cual nos libró de tantos peligros, en quien esperamos que de aquí adelante nos librará;* y de aquí le nacia tanta grandeza de ánimo, que dijo (*Philip.* IV, 12): *Bien sé lo que es ser humillado y lo que es ser ensalzado, estar harto y hambriento, tener abundancia y padecer pobreza: todas las cosas puedo en el que me conforta,* como quien dice: En lo próspero y en lo adverso, en lo poco y en lo mucho soy como todopoderoso, no en mis fuerzas, sino en las de Dios, por cuyo poder todo lo puedo. Ó Dios omnipotente, hazme en tu virtud poderoso para hacer todo lo que me mandas, y para padecer todo lo que permites, pues será tuya la gloria, siendo tambien tuya la potencia.

3. Finalmente, en sus trabajos tuvo grande consuelo y alegría, comunicándole Dios nuestro Señor grandes regalos en medio de ellos, como lo escribe á los corintios, diciendo (II *Cor.* I, 4): *Bendito sea Dios que nos consuela en toda nuestra tribulacion; de tal manera que podamos consolar á los que están en grande aprieto.* Y otra vez dice (II *Cor.* VII, 4): *Lleno estoy de consuelo, y tengo grande abundancia de gozo en todas mis tribulaciones, y en ellas me glorío* (*Rom.* V, 3), *y me agrado en mis afrentas y necesidades, y en las persecuciones y angustias que padezco por Cristo.* (II *Cor.* XII, 10). Ó Redentor del mundo, que mostraste por la experiencia á este tu vaso escogido lo mucho que habia de padecer por tu nombre, y le diste gusto en padecerlo, escógeme tambien por vaso tuyo, en quien deposites abundancia de trabajos con abundancia de consuelos en sufrirlos por tu amor.

PUNTO SEXTO. – *De su oracion y contemplacion.* — 1. La sexta virtud fue altísima oracion y contemplacion, creciendo siempre en la que le dieron los tres dias primeros de su conversion, como queda dicho. Pero en particular, su oracion fue muy continua rogando á Dios por sí y por todos los fieles, sin interrupcion, como él lo testificó mu-

chas veces, cumpliendo lo que enseñó cuando dijo (I *Tim.* II, 8): *Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando las manos puras á Dios.* Y esto hacia con todos los modos de oracion, obsecracion, peticion y accion de gracias que aconsejaba á los otros. (I *Tim.* II, 8). Y hasta en las mismas cárceles oraba y glorificaba á Dios nuestro Señor, haciendo de ellas oratorios con grande edificacion de las mismas guardas. (*Act.* XVI, 25).

2. Lo segundo, oraba con grande espíritu y fervor, no pagándose de solas palabras, sino mas de los afectos del corazon; y por esto dijo (I *Cor.* XIV, 15): *Orabo spiritu; orabo et mente.* Oraré con espíritu, y oraré con la mente, juntando lo interior del alma con la palabra que se echa por la boca. De aquí es, que su contemplacion era tan alta, que estando en la tierra, tenia, como él dice, su conversacion en los cielos. (*Philip.* III, 20). Una vez fue arrebatado hasta el tercer cielo, y al paraíso, donde vió los secretos de Dios, que no es lícito hablar á los hombres (II *Cor.* XII, 2), como arriba se apuntó, en el cual rapto, por lo menos, le comunicó Nuestro Señor el grado mas alto de contemplacion que en esta vida mortal se comunica; y es de creer que tuvo otros muchos, los cuales por su humildad calló, como lo da á entender cuando cuenta este, y cuando dijo (II *Cor.* V, 13): *Mente excedimus Deo.* Tenemos éxtasis del espíritu, tratando con Dios. Y bien se ve cuán altos fueron, pues para que la grandeza de tantas revelaciones no le envaneciese, fue menester que el aguijon de su carne y el ángel de Satanás le humillasen.

3. De esta contemplacion procedia la abundancia de consolaciones que tenia, y alto sentimiento que tuvo de Cristo nuestro Señor, y de las riquezas inestimables de su gracia, y de los secretos de la predestinacion y providencia divina, y de las excelencias y perfecciones de Dios, de las jerarquías de los Ángeles, y de otras muchas cosas que enseña en sus Epístolas. Finalmente, fue tanta la estima que tenia de Cristo nuestro Señor, que vino á decir (*Philip.* III, 8): que todas las cosas del mundo, oro, plata, perlas y lo demás lo tenia por estiércol, en razon de ganar á Cristo; y que por la eminente ciencia que tenia de su grandeza, todo lo que era contrario á él lo tenia por pérdida, aunque antes lo hubiese tenido por ganancia. ¡Oh ciencia soberana de Cristo, que tanta desestima pegas de las cosas de la tierra, y tanta estima de las cosas del cielo! Dame, Señor, esta ciencia, con la cual te conozca de tal manera, que tenga por basura lo terreno, en razon de alcanzarte á tí, Dios y hombre verdadero. De

estas cuatro consideraciones he de sacar, por una parte grande admiracion de las raras mercedes que hizo Dios á este santo Apóstol, dándole gracias por ellas; y por otra parte un gran deseo de imitarle en lo que es imitable, frecuentando la oracion con espíritu, y el ejercicio de la meditacion con viveza, disponiéndome de tal manera, que no ponga impedimento á los favores que Dios desea hacer á los que frecuentan este soberano ejercicio.

PUNTO SÉPTIMO.—*De su amor unitivo con Cristo.* — 1. La séptima virtud fue excelentísima caridad y amor á Cristo nuestro Señor con la suprema union que hay en la vida unitiva, la cual declaró diciendo (*Galat.* II, 19): *Christo confixus sum cruci. Vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus.* Con Cristo estoy enclavado en la cruz: vivo, no yo, sino vive en mí Cristo. En las cuales palabras declara dos modos maravillosos de union amorosa que tenia con Cristo. El primero, era con Cristo crucificado, estando unido y enclavado con él en la cruz, no con clavos de hierro, sino con clavos de amor y de imitacion, preciándose sumamente de esto, y pensando, hablando y obrando conforme á esto, y así dijo á los de Corinto: *Estando con vosotros me hube como quien no sabia otra cosa que á Cristo crucificado.*

2. El segundo modo de union con Cristo era espiritual, con excesos de amor, viviendo, como dice san Dionisio (c. 4 de divin. nomin.), solamente la vida amatoria: de suerte que aunque es verdad que vivia su vida natural, pero no vivia él la vida libre, guiándose por su antojo y á su solo albedrío y voluntad, sino Cristo vivia en él, como principio, regla y fin de sus pensamientos y afectos, de sus palabras y obras, trayéndole Cristo nuestro Señor unido consigo con ejercicios muy continuos de amor. Y así decia (*Philip.* I, 21): *Mihi vivere Christus est:* Mi vivir es Cristo, mi pensar es Cristo, mi querer es Cristo, mi hablar es Cristo, y mi obrar es Cristo. ¡Oh dichoso Apóstol, á quien tanto favor hizo Cristo! ¡Oh si mi ánima fuese tal que viviese siempre Cristo en ella! Ó Cristo vida mia, vive siempre en mí, y mi vivir sea siempre en tí, por todos los siglos. Amen.

3. Luego ponderaré cuán arraigado estaba en este santo Apóstol este amor, pues se atrevió á decir (*Rom.* VIII, 33): *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulacion, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó persecucion, ó cuchillo? Cierto estoy, que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles, ni los Principados, ni las Virtudes, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni otra alguna criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios por Cristo Jesús.* ¡Oh fuego de amor que no

te amortiguas con las aguas de las tribulaciones, antes creces con ellas! (*Cant.* VIII, 7). ¡Oh fuego insaciable que nunca dices basta (*Prov.* XXX, 16), porque nunca te cansas de padecer por el que amas! enciende, Redentor mio, este fuego en mi corazon, para que te ame con tanto fervor, que ninguna cosa criada pueda apagarle. Amen.

PUNTO OCTAVO.—*De su amor ó celo de las almas.*— 1. La octava virtud fue fervorosísima caridad y amor á los prójimos, nacida de la caridad encendida que tenia á Cristo nuestro Señor, la cual, como él dice (II *Cor.* V, 14), le hurgaba y espoleaba el corazon para todas las cosas de su servicio en bien de las almas, cuya salvacion deseaba entrañablemente, y por ellas padeció terribles trabajos, andando por todo el mundo predicando infatigablemente por los reinos y provincias, en las plazas y calles, y casas particulares, y en la misma cárcel, unas veces en comun, otras á cada uno en particular, con grande ternura de corazon (*Act.* XX, 31): *Nocte et die non cessavi monens cum lacrymis unumquemque vestrum.* De noche y de dia no descansé, amonestando á cada uno con lágrimas nacidas de amor mas tierno que de madre. De aquí le procedia hacerse siervo y esclavo de todos, para ganarlos á todos, acomodándose á judíos y á gentiles, á sábios y á idiotas, á fuertes y flacos (I *Cor.* IX, 23): *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.* Híceme todas las cosas á todos, para salvar á todos (I *Cor.* X, 33), y en todas las cosas procuro agradar á todos, no buscando lo que es útil para mí, sino para muchos, para que todos se salven. ¡Oh caridad extendidísima, que á todos abrazas y á ninguno excluyes, tomando todas las figuras de los hombres, para que todos reciban la figura de Cristo, y lleven sobre sí la imágen del hombre celestial!

2. De aquí tambien nacia la solicitud y celo que tenia del bien de todos, sintiendo sus daños, como si fueran propios, y así cuenta este sentimiento entre sus grandes trabajos, diciendo (II *Cor.* XI, 29): *¿Quién enferma, que yo no enferme con él? Y ¿quién se escandaliza, que yo no me abrase?* Y por esta causa decia á los romanos (*Rom.* IX, 2), que la tristeza de su corazon era grande, y su dolor continuo, por la perdicion de sus hermanos los israelitas. Y á los de Galacia, que habian degenerado de la pureza evangélica, decia (*Galat.* IV, 19): *Hijuelos, á los cuales otra vez engendro con dolor, hasta que se engendre Cristo en vosotros;* y otra vez se llama ama que cria á sus hijos pequeñuelos, protestando, que deseaba darles su alma, porque los amaba en gran manera (I *Thes.* II, 7), y los tenia dentro de su corazon, amándolos con entrañas de Cristo (*Philip.* I,

8), deseando entrañarlos dentro de él, para que siempre le amasen.

3. De aquí procedió otra grandeza excelentísima de su amor (*Philip.* I, 23), porque con desear mucho morir por ir á ver á Cristo nuestro Señor, detenia este deseo por la necesidad de sus prójimos, en razon de ganar sus almas, y no dudaba dejar la dulzura de la contemplacion (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 182, *art.* 2), y ausentarse de este dulce trato con Cristo, porque otros se salvasen. Y pasó tan adelante su caridad, que dijo (*Rom.* IX, 3): *Optabam ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis:* deseaba estar apartado de Cristo por mis hermanos, dando á entender, como muchos Santos declaran (*D. Chrysost.; D. Thom.* ibi, *et alii*), que si fuese necesario para la salvacion de sus prójimos, escogiera estar apartado de la vista de Cristo y de su gloria, ó por muy largo tiempo, ó hasta la fin del mundo: porque no tenia otra mayor gloria que amar á Cristo, y cumplir su voluntad, y ganarle muchas almas que le amasen y sirviesen por toda la eternidad. Por las cuales dijera mejor que Moisés (*Exod.* XXXII, 31): Ó perdónalas, Señor, ó bórrame del libro de la vida; porque mas querria estar ausente de tí sin culpa, que no perderse tantas almas por su culpa. ¡Oh caridad altísima y profundísima, que subes tan alto, que no te contentas con menos que poseer á Dios, y desciendes tan profundo, que quieres sin culpa carecer de Dios, por dar gusto al mismo Dios! Dame, Señor, una caridad como esta, que ponga su descanso en darte gusto, aunque sea á costa del mio, gustando de ganar muchas almas que gocen de tí por todos los siglos. Amen.

4. Lo último, exagera mucho esta caridad, en que se extendia á sus mismos enemigos y perseguidores, amándoles como amigos, cumpliendo en ellos todas las leyes del amor, y así dice (I *Cor.* IV, 12): *Somos maldecidos, y bendecimos, somos blasfemados de muchos, y rogamos por ellos.* Y á los corintios dijo (II *Cor.* XII, 13): De bonísima gana me daré todo, y tornaré otra vez á darme por vuestras almas, aunque amándoos yo mucho, vosotros me amais poco. De donde procedia, que si algunos por envidia ó contienda, ó por hacerle pesar predicaban á Cristo, no solo no le pesaba ni se quejaba, ni tenia envidia ó lo estorbaba, antes se gozaba y alegraba de que Cristo fuese predicado, y las almas aprovechadas. (*Philip.* I, 15). De todas estas ponderaciones he de sacar un entrañable deseo de imitar esta encendida caridad del Apóstol para con mis prójimos, así buenos como malos, así amigos como enemigos, mirando en ellos á Cristo nuestro Señor, por quien todos deben ser amados.

PUNTO NONO.— 1. De esta caridad proceden otras insignes virtudes, en lo cual descubrió el Apóstol su perfeccion, y de ellas ponderarémos algunas. -La primera, fue grande obediencia á la voluntad divina, y á todas las inspiraciones con que se le descubria. Y así, en diciéndole que fuese á predicar á Macedonia (*Act.* XVI, 9; XX, 22), ó Jerusalen, ú otra parte, al punto iba, aunque supiese que allí le esperaban por esta causa terribles persecuciones y trabajos; porque mas caso hacia de su alma, que de su vida, y de buscar la voluntad de Dios, que su propio descanso. Y despues de haber obedecido en todo esto, no se gloriaba ni pensaba que habia hecho algo, porque lo tenia por necesario y obligatorio, como quien dice: Siervo soy y sin provecho; lo que estaba obligado á hacer, esto hice.

2. La segunda, fue gran cuidado en guardar la lengua, y ser perfecto en sus palabras con excelentísima perfeccion, así predicando como conversando con los hombres, como consta por lo que dijo á los corintios (I *Cor.* II, 17): *No somos como algunos que adulteran la palabra de Dios, sino hablamos con sinceridad, movidos de Dios, delante de Dios, y de cosas que tocan á Cristo.* ¡Oh varon perfecto, verdaderamente religioso, que así supo guardar su lengua sin tropezar en palabras, para que su religion no fuese vana, ni su perfeccion menguada! (*Iacob.* I, 25). ¿Quién tropezará hablando, si habla con sincera intencion, siguiendo la divina inspiracion, mirando que le mira Dios, y tratando de solo Cristo? -La tercera, fue un entrañable deseo de aprovechar en la virtud, y de ir siempre adelante, porque con haber trabajado tanto, ni se tenia por perfecto, ni pensaba haber llegado á la cumbre, sino siempre iba siguiendo su intento de mayor perfeccion, y para esto se olvidaba de las cosas pasadas, y se extendia siempre á cosas nuevas, hasta alcanzar el premio de la soberana vocacion. -La cuarta, fue maravillosa destreza en juntar las virtudes que se juntan con dificultad, como son, humildad y magnanimidad, mansedumbre y celo, entrañas de misericordia y rectitud de justicia, castigando, cuando era menester, los delitos, y resistiendo á los que no procedian conforme á la verdad y sinceridad del Evangelio que predicaba. (*Galat.* II, 11).

3. La quinta, fue grandes ansias de ir á ver á Cristo nuestro Señor por el grande amor que le tenia, y así gemia dentro de sí mismo, esperando la perfecta adopcion de hijo de Dios, y decia, que su vivir era Cristo, y morir era su ganancia (*Philip.* I, 28); porque muriendo ganaba estar siempre con Cristo. Y con este deseo decia, que aunque deseaba estar presente á Dios (II *Cor.* V, 8), pero

que presente y ausente siempre deseaba agradarle. Y de aquí procedia la confianza y seguridad que tenia de la gloria, de modo que pudo decir (II *Tim.* IV, 7): *Peleado he buena pelea: corrido he mi carrera: guardado he la fe y lealtad que debia, por la cual me está guardada la corona de justicia, que me dará el justo Juez el dia de la cuenta, y no solamente á mí, sino á todos los que aman su venida.* De aquí tambien nació la grande prontitud y generosidad de ánimo con que se ofrecia á morir por Cristo, por el bien de las almas, la cual mostró con las obras toda la vida, porque su vida fue una prolongada muerte por Cristo y por sus prójimos, y así dijo (*Rom.* VIII, 36): *Por tí somos mortificados todo el dia, y tratados como ovejas del matadero, y nosotros que vivimos, somos siempre entregados á la muerte por Jesús.* (II *Cor.* IV, 11). Y otra vez dice: *Cada dia, hermanos, muero por vuestra gloria, la cual tengo en Cristo Jesús.* (I *Cor.* XV, 31).

4. Y finalmente, cuando se ofreció ocasion dió la cabeza por Cristo nuestro Señor; y aunque el modo de muerte parecia ligero, pues no murió crucificado como san Pedro, pero quizá fue la causa porque toda su vida, despues de su conversion, habia vivido, como está dicho, enclavado con Cristo en la cruz (*Galat.* II, 19), estando señalado con las llagas y señales de su pasion (*Galat.* VI, 17), cumpliendo en su cuerpo lo que era menester para cumplimiento de la pasion de Cristo (*Colos.* I, 24), aplicando su eficacia á la Iglesia á costa de sus propios trabajos, y con este fervor estaba aparejado para morir muerte de cruz, si le fuera concedido. Y aun deseaba morir con mil géneros de tormentos, para mostrar en esto el grande amor que tenia á su Maestro. Ó Maestro celestial, que despues de subido al cielo escogiste este nuevo discípulo, y le labraste con tu divina mano, despojándole de todas las aficiones terrenas, y vistiéndole de las divinas; por él te suplico me tomes tambien por tu discípulo, ayudándome con tan copiosa gracia, que te pueda imitar, como él te imitó, para que llegue en su compañía á gozar de tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXII.

DE LA VOCACION DE CORNELIO CENTURION, Y DE LA REVELACION QUE TUVO SAN PEDRO SOBRE LA CONVERSION DE LOS GENTILES, Y COMO EL ESPÍRITU SANTO VINO SOBRE ELLOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. (*Act.* X, 1): *Habia un varon en Cesarea, llamado Cornelio, capitan de la legion que se llamaba Itálica, religioso y te-*

meroso de Dios, con toda su casa, el cual hacia muchas limosnas al pueblo, y oraba siempre á Dios. Aquí se han de considerar las virtudes excelentes con que este varon se fué disponiendo para recibir las mercedes que Dios le hizo, alumbrándole con la fe de Cristo, y comunicándole la plenitud del Espíritu Santo con el don de lenguas, como á los Apóstoles.-Lo primero, era muy religioso: esto es, muy dado á las cosas del culto de Dios y á las obras de su servicio.-Lo segundo, era temeroso de Dios, apartándose de todo pecado; con lo cual cumplia las dos partes de la justicia, que son apartarse de lo malo y seguir lo bueno. Y era tan grande el ejemplo que de esto daba, que toda su casa hacia lo mismo, porque cual es el señor, tales son los criados: y cual es el padre de familias, tales son sus domésticos.-Lo tercero, era muy limosnero, dando muchas limosnas á cualquiera del pueblo que se las pedia, no haciendo diferencia de unos á otros.-Lo cuarto, era muy dado á la oracion, porque oraba siempre; esto es, con grande frecuencia y continuacion, y en las horas señaladas para esto: lo cual se echó bien de ver en que guardaba la costumbre de orar á la hora de nona, como él mismo lo dijo: *Orans eram hora nona*: y aunque era de nacion gentil, se ejercitaba en tales obras; porque Dios misericordiosamente le previno con sus ayudas, y se aprovechaba del ejemplo que veia en los buenos con quien conversaba en aquella ciudad; y Nuestro Señor nos le pone delante, para confusion de los que tenemos fe de Cristo y gozamos de sus Sacramentos, y con todo eso no hacemos lo que un gentil y soldado hacia.

2. Luego consideraré el modo como Dios le llamó para darle la luz y perfeccion que le faltaba, porque *cerca de la hora de nona vió en vision manifiestamente al Angel de Dios que entraba á él, y le decia: Cornelio, y mirándole con gran temor respondió: Señor, ¿quién eres? Díjole el Angel: Tus oraciones y tus limosnas han subido á la presencia de Dios. Envia luego algunos varones á Joppe, y llama á Simon, por sobrenombre Pedro, el cual te dirá lo que te conviene hacer*. En lo cual resplandece la suave providencia de Nuestro Señor en mirar por la salvacion y perfeccion de los escogidos, porque cuando ve que alguno de su parte, conforme á su caudal y fuerzas, ayudadas del divino socorro, hace lo que sabe y puede, luego acude á enseñarle lo que no sabe, y á darle nueva ayuda para lo que no puede, tomando para esto, si fuere necesario, medios extraordinarios y milagrosos, como lo hizo en este caso. De donde sacaré grande confianza en esta providencia paternal de Dios, y continuas alabanzas por las

mercedes que con ella nos hace. Ó Amado mio, ¿cómo no tendré yo cuidado de tí, pues tú le tienes tan grande de mí? Cierta será mi salvacion, si la tomas á tu cargo, mirando con especial providencia lo que me falta, para poner luego remedio en ello. Concédeme, Señor, que haga todo lo que mi saber y poder alcanza, y descúbreme con tu divina luz lo que no entiendo, ayudándome con tu gracia para cumplirlo.

3. Luego ponderaré como los Ángeles, especialmente los de la guarda, son instrumentos y ministros de la divina Providencia en el negocio de nuestra salvacion, y á su cargo está asistir invisiblemente á los que oran, y presentar á Dios sus oraciones y buenas obras: y así este Ángel que guardaba á Cornelio se le apareció estando orando, y le dijo dos cosas (*Tob.* XII, 12). La primera, que sus oraciones y limosnas habian subido á la memoria y presencia de Dios; de suerte que no se quedaron en la tierra, sino volaron hasta el cielo, y no se olvidó Dios de ellas, sino túvolas presentes en su memoria, y en su presencia estuvieron solicitando y negociando la salvacion y perfeccion de Cornelio, y ambas juntas subieron, porque la oracion ayuda á la limosna, y la limosna á la oracion. Por tanto, ó alma mia, si quieres negociar con Dios tu salvacion, envíale estos dos solicitadores, para los cuales no hay puerta cerrada en el cielo (*Eccli.* XXXV, 21); porque la oracion del que se humilla penetra las nubes, y no saldrá de allí hasta que el Altísimo la mire. Y si escondes la limosna en el seno del pobre (*Eccli.* XXIX, 15), ella orará por tí, librándote de todo mal, porque la limosna es oracion, no de boca, sino de obra.

4. La segunda cosa que le dijo fue, que enviase por san Pedro, y que él le diria lo que le convenia hacer, en lo cual se ve que la divina Providencia, aunque nos gobierna por Ángeles en las cosas que no pueden hacer los hombres, pero en las que pueden hacer, quiere gobernarnos por ellos. Y así el Ángel no quiso decir á Cornelio lo que habia de hacer, aunque pudiera, sino remitióle á san Pedro, para que de su boca lo oyese, y juntamente inspiró á san Pedro que viniese á enseñarle. De donde sacaré aviso para sujetarme á este modo de gobierno que Dios tiene, así para honrar á sus ministros, como para humillarnos á todos con la necesidad que unos tenemos de otros, como ponderamos de Saulo y Ananías.

PUNTO SEGUNDO. – *Tres tiempos de oracion.* — 1. *Enviando Cornelio dos criados y un soldado á Joppe, ya que llegaban cerca de la ciudad, subióse Pedro á lo alto de la casa, para orar cerca de la hora de sexta, y teniendo hambre quiso gustar algo, y estándose aparejando la comida,*

cecidit super eum mentis excessus; vino sobre él una éxtasis del alma, con suspension de sus sentidos. Aquí se ha de ponderar la costumbre tan loable de los Apóstoles en orar, escogiendo para la oracion lugar y tiempo, y horas convenientes, como se vió en este caso. Porque san Pedro para orar se subió á lo alto y mas retirado de la casa, donde no llegase el bullicio de la gente que andaba por lo bajo. En lo cual tambien se representa la obra de la perfecta oracion, que es subida del espíritu á Dios, dando de mano al bullicio de las imaginaciones importunas que bullen en la parte inferior del alma. (*D. Damas.; D. Thom.* 2, 2, *q.* 82, *art.* 17). Ó Dios eterno, pues dijiste que para orar entrase en mi aposento, y cerrase las puertas, para que con mas quietud y silencio pudiese ofrecerte mi secreta oracion (*Matth.* VI, 6); ayúdame con tu gracia, para que entre en el aposento mas alto de mi espíritu, y allí ore, y te adore con espíritu y verdad. Tambien escogió para orar la hora de sexta, como Cornelio la de nona, siguiendo la costumbre de los justos de Israel, que oraban (*Psalm.* LIV, 18; *Dan.* VI, 10; *Act.* III, 1) tres veces al dia, á la hora de tercia, que es á la mañana, cerca de las nueve, y á la hora de sexta, que es á mediodía, y á la hora de nona, que es á las tres de la tarde, la cual costumbre tuvo David y Daniel, y los demás Apóstoles la guardaron con mas cuidado, porque á la hora de tercia vino el Espíritu Santo sobre ellos, á la de sexta subió Cristo nuestro Señor á la cruz, y á la de nona espiró (*Casian. lib.* II, *c.* 9), y bajó á despojar el limbo. De donde sacaré propósito eficaz de señalar horas en que orar; y en llegando la hora señalada, dejar todas las cosas por cumplir con mi oracion, como san Pedro en este caso, que aunque tenia hambre y quisiera comer, no por eso dejó su oracion, antes con ella se previno para la comida, dando primero su manjar al espíritu que al cuerpo.

2. Lo segundo, se ha de considerar como Nuestro Señor, para hacer favores extraordinarios á sus escogidos, tambien escoge lugar y tiempo conveniente; y lo mas ordinario es escoger lugar retirado y tiempo de oracion, porque cuando el hombre de su parte procura llegarse á Dios, y subir á su presencia con el espíritu, entonces Dios le hace los favores especiales que puede y quiere: y así en esta ocasion suspendió á san Pedro los sentidos, y le levantó en espíritu, para que viese los secretos de Dios, y esta suspension llama (II *Cor.* V, 13), *excessus mentis,* exceso de la mente, porque el alma sale de sí, y es levantada sobre sí misma y sobre sus fuerzas; y cuando esto se hace con violencia interior, se llama rapto ó arrebatamiento, porque

arrebata Dios el espíritu, y le hace subir, como á san Juan (*Apoc.* IV, 2), á ver sus divinos misterios. De donde sacaré, que aunque no es seguro pretender tales excesos, tengo de pretender aquel exceso de amor que me saque de mí mismo, y me traspase á Cristo, de modo que pueda decir con san Pablo (*Galat.* II, 20): Vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo, porque dejando todas las cosas temporales, y á mí mismo con ellas, dejo de ser mio, y comienzo á ser todo de Cristo, gustando de pensar en él, y hablar de él, y hacerle placer en todas las cosas. (*D. Dionis. c.* 4 de div. nom; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 175, *art.* 2). Ó Dios de amor, arroja sobre mí este exceso de amor. Ó Amor omnipotente, arrebata mi corazon, y traspásale donde tú estás, para que yo esté siempre contigo unido en amor, y tú vivas en mí rigiéndome con amor.

Punto tercero. — 1. *En este exceso vió san Pedro el cielo abierto, y que un lienzo grande, colgado de cuatro puntas, bajaba del cielo á la tierra, en el cual estaban bestias de cuatro piés, serpientes de la tierra y aves del cielo; y oyó una voz que le decia: Levántate, Pedro, mata y come. Respondió Pedro: No Señor, porque nunca comí lo que es comun é inmundo. Luego oyó otra voz que decia: Lo que Dios santificó, no lo llames comun. Esto sucedió tres veces, y luego el lienzo fue recibido en el cielo.* Aquí se ha de ponderar, lo primero, que como Cristo nuestro Señor, cuando predicaba en esta vida mortal usaba de semejanzas para descubrir los misterios del reino de los cielos; así tambien espiritualmente suele usar de estas semejanzas, imprimiendo estas figuras en la imaginacion, en las cuales se representa el misterio que pretende, como lo hizo aquí con san Pedro, y con san Juan en las revelaciones del Apocalipsis, y ahora tambien suele comunicarse de este modo á los que él quiere. Pero á mi cuenta solo está formar yo en mi imaginacion, si cómodamente puedo, las imágenes y figuras de las cosas que me ha revelado en su fe, como son, de Cristo hecho niño en un pesebre, ó atado á la coluna, ó puesto en la cruz, para moverme con estas figuras á mayor amor del Señor que en ellas se representa; lo demás dejaré á su providencia para que haga lo que mas conviniere. Pero en esta figura presente resplandece mucho la infinita caridad de Dios nuestro Señor en querer admitir en su Iglesia y en su cielo, cuanto es de su parte, á todos los pecadores del mundo, avarientos, carnales y soberbios, figurados por aquellos tres géneros de animales, bestias, serpientes y aves, recogiéndoles no solamente del rincon de Judea, sino de todas las cuatro partes del mundo: para esto vino del cielo, y se vistió del lienzo purísimo de su

sacratísima humanidad; para esto instituyó su Iglesia blanca y pura sin mancha ni ruga; para esto trazó la predicacion de los cuatro Evangelios, cuya doctrina es del cielo, para salud y vida del mundo. Gracias te doy, ó dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, por la infinita caridad con que llamas á todos los pecadores, y te quieres cargar de todos para llevarlos sobre tus hombros al cielo. Ó Amado mio, ¿cómo admites tales fieras y serpientes en lienzo tan blanco y puro? En los desiertos y cuevas de la tierra habia de ser su morada; pues ¿por qué los sacas de allí, y los pones en este lienzo para llevarlos al cielo y aposentarlos en las eternas moradas? Desde hoy mas no quiero desconfiar de tu inmensa misericordia, pues tan larga se muestra en remediar nuestra miseria.

2. Lo segundo, tengo de ponderar lo que significa aquella voz que se dijo á san Pedro, y en él á todos los ministros de Cristo, *mata y come*, como quien dice: pues tienes hambre y deseas comer, mata esas fieras, esas serpientes y aves de rapiña, y come de ellas: para significar, que es propio de los sacerdotes y confesores, y ministros de Cristo, matar los pecadores, cuanto á sus pecados, quitándoles la vida carnal y bestial que tenian, por medio de los sacramentos del Bautismo y Penitencia, y luego comerlos é incorporarlos con la Iglesia, como miembros súcios, y unirlos con Cristo con caridad y semejanza de vida, porque Cristo nuestro Señor aborrece y desecha á los pecadores vivos que viven al pecado, pero admite dentro de sí á los pecadores muertos cuanto á la culpa, porque esta muerte les trae otra nueva vida de gracia. Ó Dios eterno, pues mandas á tus ministros que maten y coman; mata, tú, Señor, y come por su medio, ayudándoles con eficacia á cumplir lo que les mandas con tanta misericordia.

3. Luego ponderaré lo que respondió san Pedro, el cual no estaba por entonces enterado en la voluntad de Dios, cerca de admitir los gentiles á la Iglesia; y esto significaba el rehusar de comer aquellos animales inmundos, segun la ley vieja. Pero la voz del cielo le dijo: *Lo que Dios ha santificado, no lo llames inmundo*, que es decir: No rehuses de admitir á mi fe y religion á los que yo con mi eterna ordenacion tengo escogidos para que sean santos, aunque te parezcan á tí muy malos. Por donde se ve cuán contrario es al espíritu de Cristo, que los predicadores y confesores tengan asco de los pecadores que vienen á sus piés, por mas abominables que sean, pues los trae Dios para convertirlos y hacerlos justos. Ó inmensa caridad de Jesús, ¡cuán varios caminos tomas para descubrir el amor

que tienes á los pecadores! ¿quién tendrá asco de recibirlos, pues tú no le tienes de llamarlos? ¿quién rehusará esta comida, pues tú la calificas por santa? Dame, dulcísimo Señor, esta hambre de salvar pecadores, para que con gusto los coma, é incorpore contigo por gracia, trayéndolos tú con verdadera penitencia.

4. Últimamente, ponderaré como sonó esta voz tres veces, para que se arraigase mas en el corazon de Pedro, así como le examinaron tres veces en el amor, y tres veces le dijeron que apacentase las ovejas de Cristo: y luego aquel lienzo fue recibido en el cielo, en señal de que Dios tenia su cielo abierto para los gentiles que se convirtiesen, aunque hubiesen sido grandes pecadores. Alégrate, ó alma mia, mirando como sube al cielo este lienzo lleno de bestias y serpientes, y aves de rapiña, cargado de grandes pecadores, no vivos sino muertos: muertos á la culpa, pero vivos ya por la gracia. Procura matar en tí la vida del hombre viejo, y resucita con Cristo á la vida del hombre nuevo, para que entres con él en su cielo, y te dé asiento en el trono de su gloria. Amen.

PUNTO CUARTO.— 1. *Dudando Pedro de lo que significaba esta vision, llegaron los tres varones que le llamaban de parte de Cornelio, y díjole el Espíritu Santo: Tres hombres te buscan, levántate, y vete con ellos, porque yo los envié. Y partiéndose otro dia, llegó á casa de Cornelio, donde estaba mucha gente: y habiendo san Pedro oido de su boca lo que habia pasado, les predicó á Cristo, y estando predicando, vino el Espíritu Santo sobre todos los que oian el sermon y hablaban diversas lenguas, magnificando á Dios.* Aquí se ha de ponderar, como Nuestro Señor algunas veces no da luego la inteligencia de las visiones que descubre á sus siervos, lo cual hace con su providencia, parte para fundarlas en humildad, parte para que con oraciones alcancen esta inteligencia, y tambien para dársela en el tiempo y coyuntura que mas conviene, como sucedió en este caso á san Pedro, el cual obedeciendo á la voz del Espíritu Santo, fué á donde estaba Cornelio y su gente, y les predicó á Jesucristo crucificado, con tanto fervor, que todos creyeron, y recibieron el Espíritu Santo y el don de hablar en diversas lenguas.

2. En lo cual se ha de ponderar la infinita liberalidad de Dios en dar tales dones á estos gentiles, para que se entienda, como aquí dijo san Pedro, que no es aceptador de personas, pues da liberalmente un don tan precioso como el Espíritu Santo á unos hombres que habian sido bestias y serpientes, adorando por dioses á estos animales; y á los que habian tenido lenguas serpentinas para blasfemar

del verdadero Dios, y emponzoñar á sus prójimos, les concede lenguas de fuego, con que glorifiquen á Dios, y publiquen sus grandezas. Y aunque poco á poco les iba ilustrando y hablando con el sermon de san Pedro, pero de repente y en un punto los trocó, justificó y llenó de sus gracias y dones, comunicándoles grandes júbilos de alegría, y recibiendo todos el Bautismo por órden de san Pedro, y con el Bautismo recibieron nuevo aumento de gracia y de alegría, gozándose tambien el santo Apóstol con estas primicias de la gentilidad que en este dia ofrecia á su Maestro, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XXXIII.

DE LOS EJERCICIOS ADMIRABLES DE VIRTUD EN QUE SE OCUPÓ LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA DESPUES DE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

—Para dar fin á los misterios gloriosos de Cristo nuestro Señor, cuya gloria, en cierto modo, quedó cumplida cuando tuvo consigo glorificada á su Madre, añadiré algunas meditaciones de la vida y muerte, y asuncion gloriosa de la Vírgen nuestra Señora; la cual despues de la venida del Espíritu Santo, como la Iglesia lo da á entender en el Evangelio que canta el dia de su asuncion, escogió la mejor parte de María sin dejar del todo la de Marta, antes tomó de ella la mejor, ocupándose no solamente en vacar á Dios por la contemplacion, sino tambien en acudir al bien espiritual de los prójimos, para gloria de su Hijo, y para consuelo y acrecentamiento de la primitiva Iglesia, que fue la causa principal de no llevarla Cristo nuestro Señor luego consigo al cielo, dejándola cási quince años en la tierra, para que en su ausencia hiciese los oficios que él solia hacer con sus discípulos, al modo que verémos.—

PUNTO PRIMERO.-*De como María santísima observaba los consejos evangélicos.*— 1. Lo primero, se ha de considerar como la Vírgen nuestra Señora, ilustrada por el Espíritu Santo, no se retiró á los desiertos, como despues lo hizo la Magdalena, sino escogió vivir, á imitacion de su Hijo, vida comun entre los demás discípulos, para ayudarlos con su ejemplo, guardando con gran perfeccion todos los consejos evangélicos, de quien ellos aprendieron á guardarlos. Primeramente, abrazó la pobreza evangélica, haciendo voto de ella, si no es que antes le tuviese hecho, como es mas cierto, pero guardóle entonces con grande estrechura, viviendo de la limosna que los Após-

toles repartian á los fieles y á las demás viudas (*Act.* IV, 35), contentándose mucho mejor que san Pablo (I *Tim.* VI, 8), con tener sustento y algo con que cubrirse, porque tenia muy fresca en su memoria la hiel y vinagre, y la desnudez de su Hijo en la cruz, en cuya comparacion le parecia poco todo cuanto padecia. Y así como verdaderamente pobre de espíritu, deseaba siempre padecer mayores efectos de pobreza, y con ella juntó su hermana la humildad, á quien los Santos llaman con el mismo nombre, de la cual harémos especial meditacion.

2. Lo segundo, tuvo excelente obediencia, no solamente á todas las cosas que Cristo nuestro Señor dejó establecidas en la ley evangélica, sino tambien á las que san Pedro y los Apóstoles ordenaban para toda la Iglesia, siendo la primera en obedecer y sujetarse á todo, acordándose de lo que su Hijo habia dicho (*Matth.* XII, 50), que quien hiciere la voluntad de su Padre, es su verdadero hermano, y hermana, y su madre: y así en ninguna cosa quiso tanto mostrar ser Madre de Cristo, como en obedecer á Cristo y á los que dejó en su lugar. Ó Vírgen soberana, gózome de veros Madre de Cristo mi Señor, por dos títulos; por haberle engendrado en vuestro vientre, y por haberle concebido en vuestro espíritu con perfecta imitacion; solo resta, Señora, que seais su Madre por otro tercer título, engendrándole tambien espiritualmente en los corazones de los fieles; engendrándole dentro de mi alma, negociando que siempre viva en ella por todos los siglos. Amen.

3. *De la castidad.*—Lo tercero, se señaló sobre todos en la castidad, de la cual, como se dijo en la parte II, meditacion IV, hizo voto, y le guardó perpétuamente, y con una pureza mas que de Ángel; por lo cual la Iglesia no solamente la llama Vírgen de las Vírgenes, sino la misma virginidad, diciendo: Santa é inmaculada virginidad, no sé con qué palabras te pueda ensalzar; solamente añado, que como el arca del Testamento, que era de Setim, madera incorruptible, estaba guarnecida con chapas de oro purísimo (*Exod.* XXV, 10), *intus et foris,* por de dentro y por defuera; así esta Vírgen adornó su incorruptible castidad con virtudes purísimas, así las que perfeccionan el cuerpo en las obras exteriores, como las que perfeccionan el espíritu en las obras interiores, para que fuese, como dice el Apóstol, santa por eminencia en el cuerpo y en el espíritu. Entre estas ponderarémos algunas que cuenta san Ambrosio (Lib. II de virg.), para guarda de la castidad. -La primera fue, rara modestia en todos los meneos exteriores, con una celestial compostura en el mirar

y andar, y en el modo de hablar, de tal manera, que el semblante del cuerpo era retrato de la santidad del espíritu, y por la portada exterior se conocia la hermosura del edificio interior, con resplandores de divinidad.

4. La segunda fue, silencio admirable y muy discreto, hablando solamente cuando convenia, pocas palabras y con voz humilde, como consta de las que se cuentan en el Evangelio, por lo cual sus labios se comparan á la cinta de grana (*Cant.* IV, 3), dando á entender que ceñia sus palabras, pero con muestras de caridad, como en su lugar se dijo.-La tercera fue, singular templanza y abstinencia, guardando una regla celestial, que refiere san Ambrosio: *Cibus plerumque obvius; qui mortem arceret, non delicias ministraret*: comia del manjar ordinario, que se halla á donde quiera, y en tanta cantidad que bastase para no morir y no para regalar. Y además de esto, despues que se ausentó su Hijo, cumplió lo que él habia dicho (*Matth.* IX, 15), que ayunarian los hijos del esposo, ayunando ella mucho, en especial cuando pretendia alcanzar algo para la Iglesia, juntando ayuno y penitencia con la oracion, como se lo reveló despues á santa Isabel. (*D. Bon.* in vita Christi).

5. La cuarta fue, raras vigilias, porque, como dice este Santo, solamente dormia lo necesario para vivir á mas no poder, y entonces no estaba del todo ociosa, porque durmiendo el cuerpo velaba su ánima, ó repitiendo lo que habia leido, ó continuando lo que habia interrumpido, ó ejecutando algo de lo que habia propuesto, proponiendo algo de nuevo, con varios afectos del espíritu, segun aquello de los Cantares (*Cant.* V, 2): Yo duermo y mi corazon vela.-La quinta fue, gran diligencia en todas las obras exteriores, que pertenecian al culto de Dios y al servicio de su Hijo, y al gobierno de su pobre casa, y al bien de los prójimos, cumpliendo las obras de religion, piedad y misericordia, con gran cuidado. Esta virtud pondera san Ambrosio, juntándola con las pasadas, por estas palabras: ¡Cómo contaré la poca comida de la Vírgen María y su mucho trabajo y ocupacion! Su ocupacion fue tanta, que sobrepujaba á sus fuerzas; su comida tan poca, que cási faltaba á ellas; su ocupacion fue tan continua, que no tenia interrupcion; la comida tan rara, que á pares pasaba los dias sin comer.

6. La sexta virtud fue, guarda vigilantísima de su corazon, del cual, como dice el Sábio (*Prov.* IV, 23), procede la vida; y así cuando salia fuera de casa, aunque fuese con compañía, pero *nullo meliori sui custode, quam seipsa*: ninguna guarda llevaba mejor que

á sí misma, la cual velaba en guardar sus sentidos, componer sus meneos, y conservar puro su corazon para su Dios, á quien solamente deseaba agradar, sin hacer caso de los vanos juicios y dichos de los hombres: *Arbitrum mentis solita non homines, sed Deum quaerere:* buscaba por juez y testigo de su conciencia, no á los hombres, sino á Dios, cuya gloria deseaba. Ó Vírgen soberana, mas pura que los Ángeles del cielo, gózome de que seais espejo de vírgenes, dechado de religiosos, y maestra de la evangélica perfeccion. Suplicad á vuestro Hijo me adorne con vuestras virtudes, para que guarde con perfeccion todos sus consejos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. - *De su oracion y contemplacion.* — 1. Aunque Nuestra Señora siempre tuvo altísima oracion y contemplacion, como se dijo en la parte II, pero como crecia en edad, crecia en los dones de Dios, señaladamente en este; en el cual se han de ponderar algunas cosas en que podemos imitarla, conforme á nuestro pobre caudal.-La primera es, que totalmente por especial privilegio tenia quitados los cuatro impedimentos de la oracion y contemplacion que el glorioso san Bernardo llama culpa que remuerde, cuidado que punza, sentido que codicia, y tropel de vanos pensamientos que turban la imaginacion. (Serm. 32 in Cant.). De suerte que no fue Nuestra Señora como la Sunamitis, que es alma cautiva y presa de sus pasiones, la cual se turba á sí misma con estos carros de cuatro ruedas, apartando de Nuestro Señor Dios su vista en la oracion, hasta que la llama cuatro veces con grande eficacia, diciéndola (*Cant.* VI, 12): Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos; porque siempre esta sacratísima Vírgen miraba á Dios, sin tener cosa que la desviase ni apartase un punto de esta vista.

2. Á lo cual ayudaba, que tenia muy en su punto todas las virtudes que disponen á la oracion y contemplacion, y la sirven de alas para subir al cielo, especialmente viva fe de los divinos misterios, grande confianza en Dios nuestro Señor, humildad muy profunda, y sobre todo caridad muy encendida, con la eminencia de la sabiduría y de los demás dones del Espíritu Santo. Y como estas virtudes estaban ahora muy mas crecidas, así tambien lo estaba la contemplacion; por lo cual con mayor admiracion decian los Ángeles ahora (*Cant.* III, 6): ¿Quién es esta que sube por el desierto como vara de humo, salida de mirra y de incienso y de todo género de polvos olorosos? como si dijeran: ¿Quién es esta que está llena de mirra de mortificacion, y de incienso de oracion, y de polvos oloro-

sos de todas las virtudes, las cuales echadas en las brasas de su caridad, levantan un humo suavísimo de contemplacion, que siempre va subiendo, y sube tan alto, que le perdemos de vista? Ó Vírgen santísima, gózome de que viviendo en la tierra, tengais siempre vuestra conversacion en el cielo, volando tan alto, que causeis grande admiracion á los Ángeles que os miran. Llevadme, ó Vírgen piadosísima, tras Vos, al olor de vuestros ejemplos, y encended en mi alma un fuego de caridad que consuma en ella todo lo terreno, y la levante á contemplar lo celestial.

3. Lo tercero, frecuentaba esta Señora muy á menudo los lugares donde su Hijo habia obrado los misterios de nuestra redencion, visitaba el huerto de Getsémaní, el monte Calvario, el santo sepulcro y el monte de las Olivas, de donde se subió á los cielos, y al sagrado cenáculo donde vino el Espíritu Santo, y á donde se habia instituido el santísimo Sacramento; y estas visitas hacia con grande reverencia y devocion, y con muy alta contemplacion de los misterios que allí se obraron, recibiendo nuevas ilustraciones cerca de ellos. Ó Vírgen soberana, ¿quién pudiera seguiros en estos pasos subiendo con Vos al monte de la mirra y al collado del incienso (*Cant.* IV, 6), mirando, como Vos mirábades, lo que Cristo padeció en este monte, y el modo como oró en este collado? llevadme en vuestra compañía, enderezándome para que suba con acierto, é ilustradme para que lo mire con provecho.

4. Lo cuarto, oraba esta Señora instantemente en todo lugar y tiempo, con la mayor continuacion que oró pura criatura, cumpliendo el consejo de su Hijo, que dice (*Luc.* XVIII, 1): Conviene siempre orar y no desfallecer. Oraba y contemplaba de dia y de noche, haciendo obras de manos; y aun durmiendo, como se ha dicho, pensaba muchas veces en Dios, el cual la visitaba entonces con visiones no menos regaladas que las de Jacob (*Genes.* XXVIII, 12), cuando durmiendo vió el reino de Dios en figura de la escala. Y generalmente en su contemplacion recibió favores extraordinarios mayores que cuantos han recibido los santos del Viejo y Nuevo Testamento. Mostrábasele Dios muchas veces como á Moisés hablando con ella, no por figuras ni en sueños (*Num.* XII, 8), sino *os ad os,* boca á boca y cara á cara, con la claridad que en esta vida mortal se compadece. Era arrebatada, como san Pablo (II *Cor.* XII, 2), hasta el tercer cielo, y entrada en el paraíso, donde oia los secretos de Dios, que no se pueden decir. Fue, como san Juan (*Apoc.* IV, 1), levantada en espíritu para ver las cosas que estaban por venir con mayor

luz que él tuvo. Vió muchas veces los cielos abiertos como san Estéban (*Act.* VII, 55), y á su Hijo sentado á la diestra del Padre. Finalmente, los regalos eran tantos, que los Ángeles se admiraban y decian : ¿Quién es esta que sube del desierto, *deliciis affluens*, llena de deleites, arrimada á su Amado? (*Cant.* VIII, 5). Como si dijeran : ¿Quién es esta que va subiendo por la contemplacion al cielo, y en esta subida recibe abundancia de regalos, con tanto favor, que siempre va arrimada á su Amado, unida con él por amor, y estribando en él por singular confianza? Ó Vírgen santísima, gózome de veros tan llena de deleites y tan unida por amor á vuestro Amado; bien merecidos los teneis por los muchos trabajos que por su causa padecísteis. Bien podeis decirle como David : Segun la muchedumbre de mis dolores alegraron mi alma tus consolaciones. (*Psalm.* XCIII, 19). Repartid, Señora, alguna gotica de ese celestial licor con vuestro siervo (*Psalm.* CXVIII, 32), para que se aliente á correr por el camino de los divinos mandamientos, con la dilatacion de su corazon.

5. Últimamente, ponderaré como esta Señora comulgaba cada dia con extraordinaria fe, reverencia y devocion, recibiendo á su Hijo, pára unirse con él de nuevo, y entreteniéndose con verle y gozarle en el Sacramento, hasta que le viese en la gloria. Y en cada comunion recibia tan grande aumento de gracia, por su excelentísima disposicion, que no es posible declararse, y muchas veces se le mostraba Cristo nuestro Señor en la forma que allí está, como despues acá lo ha hecho con otros siervos suyos. Ó Vírgen santísima, gózome de veros cada dia renovar el primer gozo de la encarnacion, recibiendo sacramentalmente en vuestro pecho al que entonces recibísteis en vuestras entrañas. Por él os suplico me alcanceis tal disposicion para recibirle, que me llene de su gracia, y despues le goce con Vos en su gloria. Amen.

PUNTO TERCERO. - *De su celo de la salvacion de las almas.* — 1. Como la Vírgen nuestra Señora entraba cada dia en la bodega de los vinos de su Hijo, allí se encendia en deseo de ejercitar con órden y concierto todos los actos y obras de la caridad (*Cant.* II, 4), de la cual nacia en ella un celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas encendidísimo, pero muy ordenado ; en lo cual todos podemos imitarla. Porque lo primero, deseaba grandemente la salvacion de todos los hombres, y con oraciones la solicitaba por todos los caminos que podia ; ya orando por los predicadores, para que Dios diese eficacia á su palabra ; ya por los mismos pecadores, para que Dios tocase sus corazones ; y así es de creer, que por las ora-

ciones de esta Señora se convirtieron tantos millares en el primero y segundo sermon de san Pedro. Y tambien se convirtió Saulo, por quien ella oró, no menos que san Estéban. Tambien oraba por los mismos Mártires, para que Dios les diese constancia y victoria. Y teniendo ella levantadas las manos, mucho mejor que Moisés (*Exod.* XVII, 11), cuando el pueblo peleaba, ¿cómo no habian de vencer aquellos por quien oraba? Orad, Vírgen soberana, por vuestro siervo, cuando pelea contra sus enemigos, porque orando Vos por mí, yo venceré por Vos, y vuestra será la gloria de mi victoria.

2. Lo segundo, ayudaba á las almas con el ejemplo raro de su vida, la cual era un predicador mudo, pero eficacísimo, para mover á toda virtud, porque en toda ella resplandecia una divinidad tan grande, que, como dijo de ella san Dionisio (*Dionis.* c. 3 de divin. nominib.), si la fe no la corrigiera, pensaran todos que era Dios, como lo era su Hijo.–Además de esto, ayudaba con la palabra, enseñando á los Apóstoles los misterios de la fe, que ella sabia con mas particularidad y con mayor luz del cielo; y consolando y alentando á los fieles, que acudian á ella no solamente de Jerusalen, sino de otras partes remotas, porque, como dijo san Ignacio mártir (*Ep.* 1 *et* 2), todos deseaban verla como á un prodigio celestial de santidad.–Pero mas adelante pasó su caridad, porque así como por inspiracion de Dios fué desde Nazaret á las montañas de Judea á visitar á santa Isabel, para que por su medio fuese justificado el Bautista; así tambien por la misma inspiracion hizo ahora algunas jornadas. Fué á Éfeso, como lo afirman los Padres del concilio Efesino (*Tom.* 2 *Act. concilii Ephes. c.* 27), y á Antioquía, como lo prometió á san Ignacio (*Ep.* 4 inter Epist. S. Ignatii), y tambien iria á otras partes, para ayudar y consolar á los fieles que deseaban verla y confirmarlos en la fe, y juntamente dilatarla entre los gentiles, porque aunque era muy amiga del recogimiento, pero la caridad la hacia salir, como se dice en el libro de los Cantares (*Cant.* VII, 12), para visitar las viñas de las iglesias, y ver si florecian, y si las flores de los nuevos cristianos producian frutos de buenas obras.

3. Finalmente, en este tiempo, y por esta ocasion, como dice san Ignacio (*Epist.* I, 6), padeció grandes murmuraciones y persecuciones de los escribas y fariseos, y de todos los que aborrecieron y persiguieron á su Hijo; en las cuales persecuciones se mostraba sufrida y muy gozosa, alegrándose de padecer algun desprecio por el nombre de su Hijo; y con este maravilloso ejemplo de paciencia alentaba á los que eran perseguidos, para que tuviesen otra seme-

jante. Pero sentia grande afliccion en su alma, con las caidas de algunos flacos, porque mucho mejor que san Pablo podia decir (II *Cor.* XI, 29): ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso? ¿y quién cae enfermo que yo no enferme? y el celo de la casa de Dios comia sus entrañas (*Psalm.* LXVIII, 10), como las de su Hijo, viendo los pecados de aquellos que la profanaban; mas todo esto la movia á orar con mayor fervor, y á procurar con mas cuidado la salvacion de las almas para gloria del que las crió y redimió. Ó Vírgen soberana, ya que no tuvísteis dolores en el parto de vuestro Hijo natural, Cristo Jesús, ahora los padeceis en el parto del hijo adoptivo, que es el linaje humano. (*Apoc.* XII). Vestida estais del sol, coronada de estrellas, y con la luna debajo de los piés, y con todo eso clamais con dolor por parir este hijo, formando á Cristo dentro de su corazon. Clamad, Señora, por mí, y no ceseis de clamar, hasta que me engendreis en Cristo, de modo que viva él en mí, y yo en él, por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. – *De su continuo crecimiento en las virtudes.* — 1. Lo último que podemos considerar de la Vírgen nuestra Señora, para conocer la cumbre de santidad donde llegó, es el modo que tenia de obrar, no solamente, como dice el Sábio (*Eccli.* XXXIII, 23), excelente, sino excelentísimo, aumentando cada dia innumerables grados de excelencia, porque en cada obra echaba el resto de sus fuerzas espirituales, obrando con todo el afecto de corazon que le era posible (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 24, *a.* 2), y como Nuestro Señor paga de contado á los fervorosos, premiándoles luego y dándoles todo el aumento de gracia y caridad que han merecido con la obra que hacen; de aquí es que la Vírgen, con cada obra que hacia, redoblaba las fuerzas que tenia, y aumentaba al doble la caridad con que amaba, y así cuando volvia otra vez á ejercitar el amor, amaba con doblada intencion que antes; y de esta manera iba creciendo cada dia con un aumento incomprensible, porque la caridad, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 24, *art.* 7), en esta vida no tiene término en el crecer, y el fuego de la Vírgen nunca decia basta. (*Prov.* XXX, 16).

2. De aquí es que la Vírgen nuestra Señora eminentísimamente cumplia aquel precepto que dice (*Deut.* VI, 5): Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas; porque todas las empleaba en amarle con cuanto caudal tenia, y con toda la continuacion que era posible en esta vida mortal, ayudándola los títulos que para amar á su Hijo tenia, como se ponderó en la parte IV (*en la medit.* I, *punto* 8.°). De

la misma manera cumplia excelentísimamente aquella peticion del *Pater noster*, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo; porque la cumplia en todas las cosas grandes y pequeñas, con tanto amor, y con tanta pureza de intencion, y con tanta diligencia y fervor, como la cumplen los Ángeles del cielo, y con mucho mayor, sacando lo que es propio del estado de los bienaventurados.

3. Tambien se esmeraba en dilatar cada dia mas su corazon y ensancharle, para recibir mayores dones de Dios, con la confianza grande que tenia en su bondad. De donde procedia que, como dice Isaías (*Isai.* XL, 31), cada dia mudaba su fortaleza, añadiendo nuevo aumento, cobraba nuevas plumas, y como águila volaba á la cumbre de la perfeccion, corria sin trabajo y andaba sin desfallecimiento, alegrábase como gigante, para correr su carrera con grande ligereza, hasta lo supremo de ella. (*Psalm.* XVIII, 6). Ó Vírgen gloriosísima, hija del Príncipe soberano (*Cant.* VII, 1), ¡cuán hermosos son los pasos que dais con vuestros piés, calzados con virtudes tan divinas! ¡Oh cómo caminais prósperamente cada dia, como la mañana cuando sale, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como escuadrones de ejército muy concertado! (*Cant.* VI, 9). Comenzais vuestras obras como la mañana, creciendo en la luz hasta el perfecto dia (*Prov.* IV, 18); proseguíslas como luna llena, llenándolas con la plenitud de la conformidad con la divina voluntad; perfeccionáislas como el sol con singular excelencia, alumbrando con ellas al mundo y encendiéndole en amor del Criador; y finalmente todas son como un ejército de virtudes muy concertado, terrible á los demonios y favorable á los escogidos, cuya protectora sois; tomadme debajo de vuestra proteccion, para que con vuestro favor crezca cada dia de virtud en virtud, hasta que llegue á ver el Dios de los dioses en Sion (*Psalm.* LXXXIII, 8) por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXIV.

DEL GLORIOSO TRÁNSITO DE NUESTRA SEÑORA.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar los vivos y encendidos deseos que tenia la Vírgen, especialmente en los últimos años de su vida, de ir á ver á Dios y estar junta con su Hijo; los cuales nacian no de tédio de la vida presente, ni de horror á los trabajos que padecia, sino de puro amor; el cual, cuando es muy grande, suspira grandemente por la presencia de su Amado, y no

halla descanso si no es en verle; y como era tan leida en las divinas Escrituras, de ellas sacaba las palabras de su afecto; unas veces hablando consigo misma diria con David (*Psalm.* CXIX, 5): ¡Ay de mí! que se ha dilatado mucho mi peregrinacion, morado he mucho tiempo con los moradores de Cedar, muchos dias ha sido mi alma peregrina en esta vida. Otras veces hablando con Dios diria (*Psalm.* XLI, 23): Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí mi Dios; mi alma tiene sed de Dios, fuerte y vivo; ¿cuándo tengo de ir á aparecer en la presencia de mi Dios? Saca ya, Señor, mi alma de la cárcel de este cuerpo, para confesar tu santo nombre, y mira que los justos están esperando á que me dés la corona de justicia que me tienes prometida. (*Psalm.* CXLI, 8). Otra vez hablando con los Ángeles que la visitaban les diria aquello de los Cantares (*Cant.* v, 8): Conjúroos, moradores de la celestial Jerusalen, que si topáredes á mi Amado, le digais como estoy enferma de amor; decidle que mi espíritu desfallece, y mi carne se debilita con el deseo que tiene de verle y gozar de él.

2. Pero tambien es de creer, que algunas veces dentro del corazon de la Vírgen habria una santa contienda, como dice de sí san Pablo (*Philip.* I, 23), entre el amor de Dios y el amor del prójimo; porque el amor de Dios juzgaba por mejor ser desatado y estar con Cristo, mas el amor del prójimo decia que era necesario quedarse acá por hacerle bien; y como estaba tan resignada en la divina voluntad, con una excelentísima obediencia diria lo que dijo despues san Martin (*in ejus vita*): Señor, si soy necesaria para tu pueblo, no rehuso el trabajo, hágase tu voluntad. ¡Oh Vírgen inefable, que ni fuiste vencida del trabajo, ni lo serás de la muerte, ni temiste morir, ni rehusaste vivir, queriendo solamente lo que quiere Dios! ¡Oh si viviese yo de tal manera, que pudiese imitar tus fervorosos deseos con tu santa resignacion, deseando la muerte con alegría, y sufriendo esta vida con paciencia!

3. Finalmente, cuando la Vírgen sintió que le faltaban pocos dias de vida, comenzó con nuevo fervor á aparejarse para la partida, ejercitando actos de virtud mas esclarecidos, diciendo aquello de los Cantares (*Cant.* II, 5): Fortalecedme con flores, fortificadme con frutos, porque estoy enferma de amor; como si dijera, hablando con sus mismas potencias: La fuerza del amor me va consumiendo la vida, producid nuevas flores y frutos celestiales; brotad meditaciones, afectos y obras olorosas, que alivien mi enfermedad y me dispongan al fin de ella. En estas tres cosas dichas tengo de imitar

á la Vírgen, aparejándome para la muerte con deseos encendidos de ver á Dios, con resignacion en su voluntad y con obras mas perfectas, aumentando el fervor cuando presumo que está cerca la partida; porque no carece de falta ser tibio en desear ver á Dios y alcanzar la bienaventuranza; y así se lee que hay cierto modo de purgatorio en la otra vida, que llaman purgatorio del deseo (*Blos.* in Monili spirituali, c. 13), para castigar las tibiezas de los que no tuvieron deseos de ver á Dios.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se han de considerar las cosas que precedieron á la muerte de Nuestra Señora, ponderando primeramente, como Dios nuestro Señor, aunque preservó á la Vírgen de la culpa original, no quiso preservarla de la muerte del cuerpo, que fué su efecto, sino que pasase por ella (*Hebr*, IX, 27), como todos los demás hombres, para que se viese cuán irrevocable era esta sentencia de la muerte. Y para que la Vírgen imitase en esto tambien á su Hijo, el cual murió para remediarnos con su muerte, y para que mereciese mucho, venciendo esta natural repugnancia que tiene la carne á morir, pues, como dice san Pablo (II *Cor.* v, 4), no queremos ser despojados del cuerpo, sino recibir en él la vestidura de la gloria, y tambien para que diese á todos ejemplo raro de virtud en su muerte, y se compadeciese de los que mueren, como quien pasó por aquel trabajo, porque habia de ser nuestra abogada en la hora de la muerte. De donde sacaré títulos para suplicar á la Vírgen me socorra en aquella hora, alcanzándome algun favor de los muchos que ella recibió entonces, diciéndola con mucho espíritu aquellas palabras del Ave María: Rogad por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Y el otro himno que dice: María, madre de gracia, madre de misericordia, libradnos del enemigo y recibidnos en la muerte.

2. Lo segundo, consideraré como llegado el tiempo determinado para el glorioso tránsito de la Vírgen, su Hijo la envió al arcángel san Gabriel, para que la diese la nueva de ello; vendria resplandeciente, como cuando vino á anunciarla la encarnacion del Verbo divino; y es de creer que entraria con la misma salutacion diciéndola (*Niceph.* lib. 2, c. 21): Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres, por el fruto bendito de tu vientre Jesús. De su parte vengo á decirte, como ya es llegada la hora en que quiere llevarte consigo y premiarte los servicios que le has hecho, y dar juntamente contento á todos los cortesanos del cielo, que te están esperando con deseo de tenerte en su compañía. ¡Oh

qué sentimientos tan levantados tendria la Vírgen con tal nueva! Por una parte llena de júbilos de alegría, diria con David (*Psalm.* CXXI, 1): Alegrado se ha mi espíritu por las cosas que me han dicho, porque tengo de ir á la casa del Señor. Y por otra parte con grande resignacion repetiria tambien la respuesta que dió la otra vez al mismo Ángel, diciéndole: Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Estos dos afectos tengo de ponderar y guardar en mi corazon, para la hora en que me dieren la nueva de mi muerte, pues gusta Dios que la reciba con alegría y resignacion.

3. Lo tercero, consideraré como milagrosamente vinieron los Apóstoles y muchos otros discípulos á estar presentes á la muerte de la Vírgen, mas para provecho de ellos, que para consuelo suyo, aunque se consoló mucho con su vista. (*Dionis.* c. 3 de divin. nom.; *Damascen. Juven. Lipoman.* Serm. de Assumpt. Virgin.). Todos lloraban su ausencia y se encomendaban en sus oraciones; y ella consoló á todos y les dio consejos muy saludables, y á imitacion de su Hijo oró por ellos y echóles su bendicion con grande afecto, ofreciéndose á ser su abogada en el cielo. ¡Oh Madre dulcísima! huérfanos quedamos en la tierra si Vos os vais al cielo; pero si tenemos cierta vuestra ayuda desde el cielo, seguros vivirémos en la tierra. Subid en buena hora, pues con vuestra bendicion nos dejais prendas de que subirémos con Vos á gozar de vuestro Hijo por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Llegada ya la hora, bajó Cristo nuestro Señor del cielo por su Madre, cumpliendo con ella la palabra que habia dado á los Apóstoles cuando les dijo (*Ioan.* XIV, 3): Si me fuere para aparejaros lugar en el cielo, yo volveré otra vez y os llevaré conmigo. Y es cierto que trajo innumerable multitud de Ángeles, para que se hallasen presentes á su muerte, echando de allí á todos los demonios, sin que se atreviesen á llegar á su posada. ¡Oh qué palabras tan regaladas diria el Hijo á su Madre! no alcanza nuestro entendimiento á rastrearlas, si no es por las que están escritas en el libro de los Cantares. Diríala con grande amor (*Cant.* II, 10): Levántate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven, porque ya es pasado el invierno, y han cesado las lluvias, y es llegado el fin de tus trabajos. Ven, ó Esposa mia, del Líbano, y de los demás montes altos y fértiles de virtudes en que has morado (*Cant.* IV, 8); deja ese mundo miserable, que es cueva de leones y montes de tigres; ven, y serás coronada con la corona de justicia, que tan bien has merecido.-En viendo la Vírgen á su Hijo, y oyendo las palabras que

la decia al corazon, es de creer que con la grande caridad que tenia le pediria consolase á sus Apóstoles y discípulos, derramando sobre ellos su copiosa bendicion. Y luego, acordándose del modo como su Hijo espiró en la cruz, diria las mismas palabras que él dijo: Ó Padre mio en cuanto Dios, é Hijo mio en cuanto hombre (*Psalm.* xxx, 6), en vuestras manos encomiendo mi espíritu; y en diciendo esto espiró. ¡Oh cuán preciosa fue la muerte de esta Señora en los ojos de Dios, ante quien es preciosa la muerte de sus santos!

2. Lo primero, porque no murió tanto de enfermedad del cuerpo, como de enfermedad de amor, el cual la consumió las fuerzas corporales, y así pudo decir que estaba enferma de amor: *Et vulnerata caritate ego sum*, y llagada con la caridad, cuya llaga penetró su alma y la sacó del cuerpo, para ver al mismo que ella llagó con la union de su encendida caridad. (*Cant.* II, 5).–Lo segundo, porque murió sin dolor, contentándose su Hijo con los dolores que padeció cuando le vió morir en la cruz. Y porque fue tan grande la alegría que tenia su alma con la presencia de su Amado, que no sintió apartarse de su cuerpo, cumpliéndose en ella lo que dice la Sabiduría (*Sap.* III, 1), que el tormento de la muerte no toca á los justos, porque sus almas están en las manos de Dios.

3. Lo tercero, porque todas sus obras, que eran muchas y muy esclarecidas, se juntaron entonces, manifestándoselas Dios para que la acompañasen y llenasen de confianza y alegría. Si son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen (*Apoc.* XIV, 13), ¿cuánto mas bienaventurada seria la que murió en Cristo de puro amor de Cristo, con abundancia de obras tan esclarecidas que la acompañaban? Si es bienaventurado el siervo á quien el señor halla velando cuando viene á su casa (*Luc.* XII, 37), ¿cuánto será mas bienaventurada esta Vírgen que nunca durmió sueño profundo, como las vírgenes locas (*Matth.* XXV, 5), ni aun sueño ligero como las prudentes, si no siempre estuvo en vela? Si el justo, como dice el Sábio (*Prov.* XIV, 32), tiene grande esperanza en la hora de su muerte, ¿cuánto mayor la tendria esta Reina de los justos? ¡Oh si mi alma muriese la muerte de esta Señora, que por excelencia merece el nombre de justa, y mis postrimerías fuesen semejantes á las suyas! (*Num.* XXIII, 10). ¡Oh Vírgen santísima! para que mi muerte sea en algo semejante á la vuestra, alcanzadme que viva llagado de amor, y tan lleno de buenas obras, que no me toque el tormento de la muerte; justo es que me toque el tormento corporal de la muerte, pues es pena merecida por mi culpa; pero

no me toque su tormento espiritual, afligiéndome con temor demasiado, con desconfianza y desmayo de corazon.

Punto cuarto. — 1. Despues que la Vírgen espiró, dieron sepultura á su bienaventurado cuerpo, con grande pompa del cielo y de la tierra; de modo que podemos decir de ella lo que dice Isaías (*Isai.* xi, 10) de Cristo, que su sepulcro fue glorioso, porque concurrieron á él la gente mas gloriosa de la tierra y los del cielo; es á saber, los Apóstoles y muchos discípulos, los cuales iban cantando himnos y alabanzas á Dios y á su Madre, como el Espíritu Santo se las ponia en el corazon y en la boca (*ex Doctoribus sup. citatis*); y tambien vinieron los coros angelicales que seguian el cuerpo, y estuvieron tres dias en el sepulcro con música celestial, honrando á la que era Reina suya y estaba allí depositada.

2. Lo segundo, fue tambien glorioso, por los grandes milagros que hizo Dios á la presencia de este venerabilísimo cuerpo, porque aunque mientras vivió no hizo milagro, parte por humildad, parte por dejar esto á los Apóstoles y predicadores del Evangelio, y parte porque su vida toda era un continuo milagro muy mas glorioso que la vida del Bautista; pero en muriendo quiso su Hijo honrarla con esclarecidos milagros, como honra á otros Santos.

3. Y finalmente fue glorioso, porque puesto caso que los Apóstoles y discípulos sintieron la muerte de la Vírgen tiernamente, pero es de creer que luego les daria Nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegría espiritual, acordándose que tenian en el cielo á su Madre y abogada que miraria por ellos. Ó Vírgen soberana, de la manera que puedo quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu y entrarme entre los dos coros de Apóstoles y de Ángeles, para cantar con ellos vuestras alabanzas. Justo era, que pues vuestro cuerpo fue sepulcro gloriosísimo donde el Verbo eterno estuvo como sepultado nueve meses, ahora se le diese sepulcro muy glorioso donde estuviese depositado por tres dias. Y pues toda la vida se ocupó en alabar y glorificar al Criador, y dentro de tres dias ha de volver al mismo ejercicio para siempre, razon era que en estos tres dias los Ángeles le sirviesen de lengua, para glorificar por ellos al que siempre glorificó. Gracias os doy, Verbo eterno, por la honra que haceis á vuestra Madre, por la cual os suplico me deis tal muerte, que merezca en su compañía gozaros para siempre en la gloria. Amen.

MEDITACION XXXV.

DE LA ASUNCION DE LA VÍRGEN, CUANTO AL ALMA, SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ÁNGELES, DE SU GLORIA ESENCIAL, Y DE SU CORONACION.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar la gloriosa subida y entrada de la Vírgen en el cielo empíreo, porque en espirando, suelta ya su alma de las ataduras del cuerpo, en un instante voló al cielo y fue glorificada. Pero meditando esto á nuestro modo, como si hubiera sucedido poco á poco, primero ponderaré los dulces abrazos que se darian Madre é Hijo, en aquella primera salida, con un gozo inefable. Allí se cumplió lo que está escrito (*Cant.* II, 6): Su mano siniestra está debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me abrazará; porque mientras vivió, la sustentaba con la contemplacion de los misterios y obras de su humanidad, significada por la mano izquierda; pero en muriendo la abrazó y rodeó con la vista clara de su divinidad, figurada por la mano derecha. ¡Oh qué gozosa estaria esta alma benditísima en aquel primer instante! ¡Con qué afecto diria: Hallado he al que ama mi alma; asirle he y no le dejaré (*Cant.* III, 4), hasta que me entre y lleve consigo á la casa de mi madre la celestial Jerusalen! Ó Vírgen soberana, negociadme tal pureza de vida y tal ardor de caridad, que en saliendo mi alma de su cuerpo, luego dé en los brazos de su Amado, y suba con él á la casa de mi Madre, donde Vos, Madre mia, morais gozosa con vuestro Hijo, por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la ilustre compañía de las tres jerarquías angelicales que iban con la Vírgen celebrando su asuncion. Saludábanla, como dice san Atanasio (Serm. de Assumpt. Virg.), con varias salutaciones de grande gloria, y gozábanse de llevarla á su ciudad soberana; dábanle el parabien de las grandezas que Dios habia obrado en ella, y á una voz entonaban todos la salutacion de san Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas; pero yo entregiriéndome con el espíritu en medio de estas jerarquías, alabaré á esta Señora, celebrando su triunfo, como los hebreos el de Judith. Ó Vírgen gloriosísima (*Judith.* XV, 10), tú eres gloria de Jerusalen, así de la militante como de la triunfante. Tú eres alegría de Israel, así de los que ven á Dios por la contemplacion en esta vida, como de los que le ven claramente en la otra: tú eres honra de nuestro pueblo, porque obraste siempre varonilmente, y amaste la cas-

tidad, sin jamás conocer varon. Por esto serás bendita para siempre; y por tu causa serán benditos los que por tí fueren amparados.

3. Lo tercero, ponderaré como subia esta Señora, no llevada por manos de Ángeles, como fue llevado Lázaro el mendigo al seno de Abraban, sino por las manos de su mismo Hijo y en sus mismos brazos, pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez, trayéndole en sus brazos. De aquí procedió la grande admiracion de las jerarquías celestiales, cuando dijeron (*Cant.* VIII, 5): ¿Quién es esta que sube del desierto llena de deleites, arrimada á su Amado? Como si dijeran: ¿Quién es esta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo eso sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando no en sí misma ni en los Ángeles, sino en su Amado? De esta manera entró la Vírgen en el cielo empíreo, con alegría inefable de todos los cortesanos celestiales y de la santísima Trinidad, porque el Padre eterno se gozaba de tener consigo á su querida Hija; el Hijo, de tener consigo á su dulce Madre; y el Espíritu Santo, de tener en su compañía á su amada Esposa. ¡Oh qué recibimiento tan alegre! oh qué besos de paz tan dulces! oh qué abrazos tan amorosos! oh qué coloquios tan tiernos pasarian entre tal Hija con tal Padre, y entre tal Madre con tal Hijo, y entre tal Esposa con tal Esposo, y entre las tres divinas Personas, sobre honrar á tal Princesa! Todo esto tengo de venerar con silencio y admiracion, porque es mas de lo que puedo pensar.

4. De lo dicho tengo de sacar un entrañable deseo de seguir con el espíritu á la Vírgen en esta jornada, comenzando desde luego á disponerme para ella.–Lo primero, en desamparar con el corazon al mundo, imaginando que para mí es un desierto, y privándome de los deleites sensuales que hay en él, para ser capaz de los espirituales.–Lo segundo, en procurar subir cada dia y aprovechar en virtud, no estribando en mis fuerzas, ni arrimándome á brazo de carne, sino al brazo de Dios, poniendo en él mi confianza.–Y lo tercero, en procurar alegrarme siempre en Dios y en las cosas de su servicio, de modo que abunde en sus gracias y dones, y sea, como dice san Pablo (I *Cor.* I, 7), rico en Cristo, sin que me falte alguna gracia, esperando con gran fiducia el dia en que se me ha de manifestar su gloria.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar la gloria esencial del alma de la Vírgen nuestra Señora; porque si á todos los justos, dice Cristo nuestro Señor (*Luc.* VI, 38), se les dará me-

dida buena, llena, apretada y colmada, ¿qué medida daria á su Madre? Si con la medida que midiéremos hemos de ser medidos, quien nunca quiso tener medida limitada en amar y servir á Dios, ¿qué medida cási sin medida recibirá del mismo Dios? La medida de la Vírgen, en el servicio de su Hijo, siempre fue buena con todo género de bondad, sin mezcla de culpa; llena de todas gracias y virtudes, con plenitud de buenas obras, sin que le faltase ninguna de sus circunstancias; apretada con trabajos y mortificaciones; colmada y muy sobrada con la observancia de los consejos evangélicos, haciendo mucho mas de lo que tenia obligacion, y deseándo siempre hacer mas, sin poner tasa ni medida á su deseo; pues si Dios premia á los justos con medida de gloria, mil veces mas excelente que sus servicios, ¿cómo premiaria la medida tan excelente de su Madre? Solo el mismo Dios que se la dió, y la Vírgen que la recibió, pueden conocer la inmensidad de esta medida; á nosotros bástanos saber que la Vírgen quedó llena, harta y satisfecha, experimentando lo que está escrito (*Psalm.* XVI, 15): *Satiabor cum apparuerit gloria tua:* hartaréme cuando se me descubriere tu gloria. Diríala Dios nuestro Señor lo que dijo Holofernes á Judith (*Iudith,* XII, 17): Bebe, hártate, y descansa con alegría, porque has hallado gracia en mi presencia. Y responderia la Vírgen como Judith: Beberé, Señor, porque mi alma ha sido engrandecida en este dia, mas que en todos los demás de su vida.

2. Bebió la Vírgen, y quedó harta, porque su entendimiento quedó harto y satisfecho con la vista clara de Dios trino y uno, bebiendo de aquel mar inmenso de su infinita sabiduría, con tanta abundancia, que los Querubines, que se llaman plenitud de ciencia, en su comparacion están como vacíos. Su voluntad quedó harta con el amor beatífico de Dios (*Cant.* II, 4), entrando en la bodega de sus vinos, y bebiendo del vino de la caridad hasta embriagarse con tanto exceso de amor, que los Serafines, que quiere decir encendidos, en su comparacion están como helados. Su espíritu todo quedó harto con la posesion pacífica del bien infinito que habia deseado, engolfándose en el mar de los gozos de su Señor, y bebiendo del rio impetuoso de sus deleites (*Isai.* LXVI, 12) con tanta plenitud, que en su comparacion los Ángeles están como sedientos.

3. Finalmente, entonces echó Dios el resto de su bondad y omnipotencia en hartar los deseos de su Madre, con toda la hartura que convenia á una pura criatura, premiándola las veces que ella le habia dado á beber, no un cáliz de agua fria, sino la leche de sus pechos hasta

hartar. Entonces la puso él á los pechos de su divinidad, para que se hartase con la dulzura infinita de su leche. Entonces tambien la premió la bebida del cáliz amargo, que por su causa recibió en la pasion, dándola á beber el cáliz dulcísimo de su gloria, con el cual echó en olvido todas las amarguras pasadas, porque incomparablemente fueron mayores las dulzuras; enjugó del todo sus lágrimas, desterrando para siempre el llanto y el dolor, y todas las miserias del hombre viejo (*Apoc.* xxi, 4), renovándola con las dotes gloriosas del hombre nuevo. Ó Vírgen gloriosísima, gózome de vuestra gloria y del gozo y hartura que teneis en esa mesa del cielo, donde estais sentada con vuestro Hijo y á su lado (*Luc.* xxii, 30), comiendo y bebiendo lo mismo que él come y bebe: mejor mereceis este asiento y esa hartura que los Apóstoles, pues permanecísteis con él en sus tentaciones mas fielmente que todos ellos. Y pues la medida que se os da es tan copiosa, acordaos de los hambrientos y sedientos que vivimos en la tierra, repartiendo con nosotros algunas migajas de ella. De aquí tengo de sacar un propósito grande de imitar á la Vírgen en la medida con que sirvió á Dios, con las cuatro condiciones dichas, animándome á ello con la esperanza de la gloria, que Dios me dará mil veces mayor que mis obras, por lo que de su naturaleza merecian, por lo cual dijo san Pablo (*Rom.* viii, 18): Que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la coronacion de Nuestra Señora, con las demás circunstancias de su gloria. Porque lo primero, la Vírgen sacratísima fue levantada sobre los nueve coros de los Ángeles, á gloria incomparablemente mayor que la de todos ellos, sentándola su Hijo á su mano derecha en un trono de grande majestad, con mayores muestras de amor que Salomon sentó en otro trono á su madre Betsabé. (III *Reg.* ii, 19). Allí se cumplió lo que está escrito (*Psalm.* xliv, 10): Asistió la reina á tu mano derecha vestida con un vestido de oro, y adornada con variedad; porque así como de Cristo nuestro Señor se dice estar á la diestra del Padre, en cuanto goza los mejores bienes de gracia y gloria que hay en el cielo; así la Vírgen está á la diestra de su Hijo, porque despues de él tiene mas alto grado de gloria sobre todos los coros de los Ángeles, y de los demás espíritus bienaventurados: porque cuanto es mas glorioso (*Hebr.* i, 4) el nombre de madre que el nombre de criado, tanto es mas alto el trono de la Vírgen que el de los demás. Gózome, ó Reina de los Ángeles, de la alteza de vuestro trono; sea para

bien ese asiento á la diestra de vuestro Hijo. ¡Oh cuán bien os está esa vestidura de oro de caridad, bordada con tanta variedad de virtudes! Si el primer ángel, que despues se perdió por su soberbia, estaba en el paraíso adornado con nueve géneros de piedras preciosas (*Ezech.* XVIII, 13), esto es, con las perfecciones de los nueve coros angélicos (*D. Greg.*, lib. XXVIII Moral. c. 18), ¿cuánto mas adornada estaréis Vos con todas las perfecciones de las piedras vivas y preciosas de esa celestial Jerusalen? Mirad, ó Madre de misericordia, mi desnudez, y negociadme la vestidura de bodas, que es la caridad con la pedrería de las demás virtudes, para que sea digno de parecer en la presencia de mi Dios, y gozar de él en vuestra compañía. Amen.

2. Lo segundo, fue coronada de la santísima Trinidad con coronas preciosísimas. El Padre eterno la coronó con corona de potestad, concediéndola, despues de Cristo, poderío sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra y del infierno, cumpliéndose tambien en ella aquello del Salmo (*Psalm.* VIII, 6): Coronástele de honra y gloria, y constituístele sobre las obras de tus manos. El Hijo de Dios la coronó con corona de sabiduría, dándola conocimiento claro, no solamente de la divina Esencia, sino de todas las cosas criadas, y de todas las que pertenecen á su estado de Madre y abogada nuestra. El Espíritu Santo la coronó con corona de caridad, infundiéndola no solamente el amor de Dios, sino el amor encendidísimo de los prójimos, con un celo ardentísimo de su bien y salvacion. ¡Oh qué admiracion y pasmo tuvieron las tres jerarquías angélicas, cuando vieron á la Vírgen con tales coronas! Los Serafines se admiraban del ardor de su caridad; los Querubines, de la plenitud de su ciencia, y los Tronos, de la abundancia de su paz; las Dominaciones de la grandeza de su potestad; las Virtudes, de la excelencia de sus dones, y los demás Ángeles, de la soberanía de su perfeccion y santidad. Gózate, ó alma mia, de esta corona de la Vírgen; alégrate, que tienes Madre en el cielo, de tanta potestad y grandeza, que puede con su intercesion remediar tus miserias; y de tanta sabiduría, que sabe muy bien todas tus necesidades, y entiende tus deseos y oraciones; y de tanta caridad y celo, que desea mas que tú el cumplimiento de ellas. Ó Madre dulcísima, coronada de vuestro Hijo con misericordia y abundancia de misericordias (*Psalm.* CII, 4), suplicadle que me corone con ellas en esta vida, para que alcance la corona de la otra.

3. Demás de esto, la santísima Trinidad coronó á la Vírgen con

las tres coronas de gloria accidental, que los teólogos llaman lauréolas ó coronas de laurel, que nunca pierde su verdor: conviene á saber, lauréola de virginidad, de martirio y magisterio, porque esta Señora fue vírgen de las vírgenes; fue mártir en la pasion de su Hijo, al modo que arriba se dijo (*medit.* XLVII *de la parte* IV); y fue maestra de nuestra Religion, enseñando los misterios de la fe á los mismos maestros de ella. Ó Reina soberana, ¡cuán bien merecidas teneis estas coronas en el cielo por los copiosos frutos que llevásteis en la tierra! Llevásteis fruto de treinta (*Matth.* XIII, 23) como vírgen, y de sesenta como maestra, y de ciento como mártir; justo es que á tales trabajos respondan tan preciosas coronas, y para que yo sea digno de ellas, alcanzadme que lleve fruto copioso de santas obras.

4. Últimamente, fue coronada esta Señora con la corona de doce estrellas, de que se hace mencion en el Apocalipsis (*Apoc.* XII, 1), porque como concurrieron en ella las grandezas y virtudes de todas las órdenes de santos que hay en el cielo, así fue coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce estrellas. Resplandeció en ella sumamente con grandes ventajas la fe y esperanza de los Patriarcas; la luz y contemplacion de los Profetas; la caridad y celo de los Apóstoles; la fortaleza y magnanimidad de los Mártires; la paciencia y penitencia de los Confesores; la sabiduría y discrecion de los Doctores; la santidad y pureza de los Sacerdotes; la soledad y oracion de los Ermitaños; la pobreza y obediencia de los Monjes; la caridad y limpieza de las Vírgenes; la humildad y sufrimiento de las Viudas, con la fidelidad y concordia de los Santos casados; y por consiguiente recibió los premios y coronas de todos ellos con exceso incomparable, porque á ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sábio (*Prov.* XXXI, 29): Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero tú has excedido á todas, que es decir: Muchas almas allegaron grandes tesoros de merecimientos y virtudes, pero tú allegaste mucho mas que todas ellas.

5. Levántate, pues, alma mia en el espíritu, y mira con los ojos de la fe á esta Madre del verdadero rey Salomon, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el dia de su entrada en el cielo, y en el dia de la alegría de su corazon. Contempla el inefable gozo de esta Reina soberana, y el afecto con que renovaria su antiguo cántico, diciendo (*Luc.* I, 46): Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva: desde hoy mas me llamarán bienaventurada todas las gene-

raciones, porque ha obrado en mí grandes cosas el que es Todopoderoso, y su santo nombre. Ó Vírgen gloriosísima, ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra llamaros á boca llena bienaventurada, pues teneis en posesion lo que hasta aquí teníais en esperanza. Grandes cosas obró siempre en Vos el que es Todopoderoso; pero el dia de hoy echó el sello á todas con la corona de gloria que os ha dado en premio de vuestra humilde pequeñez. Coronada estais de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesion y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así con mucha humildad arrojan sus coronas á vuestros piés (*Apoc.* v), reconociendo que por vuestro medio las ganaron. Ó abogada piadosísima y medianera poderosísima, socorredme con vuestra intercesion, para que yo tambien sea gozo y corona vuestra, peleando con tanto valor en esta vida, que por vuestro medio gane la victoria, y alcance la corona eterna de la gloria. Amen.

MEDITACION XXXVI.

DE LA ASUNCION DE LA VÍRGEN, CUANTO AL CUERPO, Y DEL LUGAR QUE TIENE EN EL CIELO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la incorrupcion del cuerpo sacratísimo de la Vírgen, los tres dias que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la misma entereza que tenia en vida (*Parte* II, *meditacion* III); porque así como esta Señora, aunque fue concebida por órden natural de los demás hombres, fue por especial privilegio preservada su alma de la corrupcion de la culpa, como en su lugar se dijo; así tambien aunque murió su muerte natural, como los demás hijos de Adan, por privilegio especial fue preservado su cuerpo de la corrupcion, que fue pena de la culpa, de modo que no cayese en aquella maldicion que echó Dios al hombre cuando le dijo (*Genes.* III, 19): Polvo eres, y en polvo te has de volver. Las causas de este privilegio fueron tres.

2. La primera, en premio de su pureza virginal, la cual fue milagrosa y nunca oida, con gran firmeza de voto y con grande constancia por toda la vida; y así habia de ser premiada con premio milagroso y extraordinario, pero muy proporcionado, conservando la entereza de cuerpo tan puro, sin corrupcion por toda la eternidad.— La segunda causa fue, en premio de la extraordinaria y milagrosa pureza y santidad de su alma, en la cual nunca hubo gusano de

culpa que la mordiese, ni polvo de pecado que la manchase, ni resabio alguno del Adan terreno; y así era muy conveniente que los gusanos no tocasen á su cuerpo, ni se convirtiese en tierra ó polvo, á semejanza del cuerpo del Adan celestial, por cuya santidad dijo David (*Psalm.* xv, 10): No permitirás que tu santo vea corrupcion.

3. De aquí nace la tercera causa, porque así convenia á la honra de Cristo nuestro Señor, cuya carne era como una misma cosa con la carne de su purísima Madre, por haber sido tomada de ella; y como su carne nunca experimentó corrupcion, así dice san Agustin (*Serm. de Assumpt.*), era razon que no la experimentase la carne de su Madre, en la cual estaba en cierto modo la de su Hijo. Ó Madre benditísima de Jesús, arca del Nuevo Testamento, fabricada de madera Setim incorruptible, chapeada de oro purísimo, para ser digna morada del que era propiciatorio de todo el mundo; gózome de la incorruptibilidad de vuestro cuerpo y del oro purísimo de vuestras virtudes, con las cuales adornásteis vuestro espíritu. Alcanzadme, ó Vírgen soberana (I *Petr.* III, 4), aquella incorruptibilidad del espíritu quieto y modesto, que es rico delante de Dios, para que, libre mi alma de la corrupcion de la culpa, sea tambien á su tiempo librado mi cuerpo de la corrupcion que merece por ella.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la resurreccion del cuerpo de la Vírgen, saliendo al tercer dia del sepulcro, vivo y glorioso por la virtud y omnipotencia de su Hijo; al cual le pareció poco favor conservar incorrupto el cuerpo de su Madre, hasta el dia de la resurreccion general, y así quiso anticiparla resucitándola al tercer dia.—La primera causa de este favor fue, porque como el Hijo de Dios amaba tanto á su Madre, quiso cumplir y llenar no solamente los deseos que su alma benditísima tuvo de ver á Dios, sino el deseo natural que tenia de reunirse con su cuerpo, cual le tienen las almas de los demás bienaventurados, las cuales, como se dice en el Apocalipsis (*Apoc.* VI, 10), claman con gran deseo por la resurreccion de sus cuerpos (*D. Greg.* II Moral. c. 4); y pues el cuerpo y alma de la Vírgen siempre estuvieron muy unidos y conformes en cumplir la voluntad de Dios, razon era que Dios los tornara luego á unir, para que con la misma conformidad siempre le alabasen.

2. La segunda causa fue, para darnos esperanzas de nuestra resurreccion, con la fe de que no solamente resucitó Cristo verdadero Dios y hombre, sino tambien su Madre, que era pura criatura, y con esto juntamente despertar en nosotros grandes deseos de ir á verla, pretendiendo y buscando no las cosas de la tierra, sino las

cosas del cielo, donde está Cristo, y su Madre sentada á su diestra.- La tercera fue, para que con toda propiedad, desde luego hasta el dia del juicio y para siempre se conservase en la Vírgen el nombre de Madre de Dios, porque este nombre propiamente no cuadra á sola el alma, sino al compuesto de cuerpo y alma. Y tambien para que en el cielo pudiese cumplidamente hacer por nosotros el oficio de madre y abogada, aplacando la indignacion de su Hijo con mostrarle sus pechos, así como el Hijo aplaca la ira del Padre mostrándole sus llagas. Y así tuviese tambien en el cielo una ayudadora semejante á sí mismo en la gloria del alma y cuerpo, como la tuvo Adan en el paraíso.

3. Por estas y otras causas que se dijeron en el punto precedente, se determinó Dios de resucitar á la Vírgen, uniendo su alma con su cuerpo. ¡Oh qué alegre estaria esta Señora con este nuevo beneficio, y cuán de veras renovaria en este tercer dia su acostumbrado cántico, diciendo: Engrandece, ánima mia, al Señor, y mi espíritu se alegre en Dios mi Salvador, porque ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso, glorificando mi alma y tambien mi cuerpo! ¡Oh qué gozoso estaria aquel cuerpo sacratísimo, viéndose unido con aquella benditísima alma! y recibiendo por ella las cuatro dotes de gloria, quedó mil veces mas resplandeciente que el sol, y hermosísimo sin comparacion mas que la luna llena: quedó inmortal, impasible, ligero y todo espiritualizado, sin temor de hambre, ni de frio, ni de cansancio, ni de otra alguna miseria, porque todo esto se acabó, resucitando á nueva vida para nunca mas morir. Gracias os doy, Verbo eterno, por este nuevo favor que habeis hecho á vuestra Madre, volviendo por su honra y por la vuestra, pues la gloria de los hijos es tener gloriosos padres. Gózome, ó Vírgen gloriosísima, de este nuevo privilegio que hoy os concede vuestro Hijo, cumpliendo el deseo de vuestra alma, glorificando vuestro cuerpo á semejanza del suyo: abogad por mí en su presencia, mostrándole los pechos que le dísteis, para que cumpla los deseos de mi alma, favoreciéndome para que le sirva en esta vida, y despues cumplidamente me glorifique en la otra. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la asuncion del cuerpo glorificado de la Vírgen al cielo. Y aunque no sabemos el modo como esto pasó; pero podemos meditarlo á semejanza de la ascension de Cristo nuestro Señor, imaginando que la resurreccion de la Vírgen se hizo acá en la tierra, viniendo su alma á unirse con su cuerpo, como se ha de hacer en la resurreccion general el dia del

juicio. - Estaban guardando el sepulcro millares de Ángeles cantando músicas celestiales, como arriba se dijo; y desde allí darian voces á Cristo nuestro Señor, diciéndole aquello del Salmo (*Psalm.* cxxxi, 8): Levántate, Señor, á tu descanso, tú y el arca de tu santificacion, porque tu descanso será llevar contigo el arca donde estuvo depositado el tesoro infinito de la santidad.

2. Luego comenzó á subir esta soberana Arca en brazos de Querubines y Serafines, rompiendo por esos aires con júbilos de inefable gozo y alegría, y penetró todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo. Recibióla con sumo regocijo su amado Hijo, poniéndola como Salomon en el *Sancta Sanctorum* (III *Reg.* viii, 6), y en el lugar mas alto y levantado de aquel templo celestial. Coronóla, como al arca, con una corona de oro purísimo (*Exod.* xxv, 11), rodeando todo su cuerpo de una claridad y hermosura inefable, que excedia á la misma claridad del cielo empíreo donde estaba. ¡Oh qué claro estaria este cielo, renovado con la luz de tal sol y de tal luna, como Cristo y su Madre! oh qué alegres estarian los Ángeles con la gloria de tal Reina, por cuya intercesion esperaban que se repararian las sillas de este reino! oh qué regocijados los demás bienaventurados con la gloria de tal Madre, por cuyo medio confiaban ver poblado el cielo de innumerables hombres! oh qué contenta estaria esta humilde Madre, viéndose levantada desde lo mas bajo de la tierra hasta lo mas alto del supremo cielo!

3. Gózome, ó Madre santísima, de las dos estolas de gloria que os han dado, una para vuestra alma, como á los demás bienaventurados, y otra por especial privilegio, desde luego para vuestro cuerpo. ¡Oh cuán bien ha cumplido vuestro Hijo sus promesas! (*Isai.* lxi, 3-7) pues hoy os da corona de gloria en lugar de la ceniza, óleo de alegría por el llanto, manto de alabanza por el espíritu de tristeza, y quiere que desde luego poseais en vuestra tierra los premios doblados con alegría sempiterna. Levantad, ó Madre santísima, mi espíritu al cielo, donde Vos estais sentada á la diestra de vuestro Hijo, pues donde está la madre, es razon que estén los hijos, y donde está el cuerpo, se han de congregar las águilas. (*Matth.* xxiv, 28). ¡Oh quién me diese alas de águila para volar á lo alto, y contemplar la gloria del cuerpo glorificado de la Vírgen! Levántate, ó alma mia, con grande gozo, subiendo sobre tí misma y sobre todo lo criado. Olvídate de las cosas de la tierra, y suspira por lás del cielo, donde está tu Padre celestial y tu gloriosa Madre; imita la humildad que tuvo en esta vida, para que seas con ella ensalzada en la otra. Amen.

MEDITACION XXXVII.

DE LA HERÓICA HUMILDAD DE LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA, POR LA CUAL FUE LEVANTADA SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ÁNGELES.

—Aunque la Vírgen nuestra Señora se esmeró mucho en todas las virtudes, pero con particular excelencia se señaló en la humildad, á la cual podemos atribuir su exaltacion, siguiendo la regla que san Pablo pone de Cristo nuestro Señor, diciendo (*Ephes.* IV, 9): ¿Qué es la causa por que subió tanto, sino porque bajó primero á las inferiores partes de la tierra? El que descendió es el mismo que subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas. Esto mismo podemos decir de su Madre benditísima, la cual subió sobre todas las criaturas, porque se humilló mas que todas ellas; y la corona gloriosísima de doce estrellas que tiene en el cielo, se le dió por doce actos heróicos de humildad que ejercitó en la tierra, los cuales pondré en esta meditacion, recogiéndolos de todo lo que se ha dicho en las meditaciones de su vida, especialmente en la parte II; y porque hay humildad para con Dios, y humildad para con los demás hombres, y en ambas la Vírgen fue muy excelente, de todas dirémos en los tres puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar la heróica humildad que tuvo la Vírgen cerca de los dones que recibió de Nuestro Señor, en los cuales se muestra esta virtud, ejercitando estos actos. -El primer acto es, encubrir estos dones con sumo silencio, sin descubrirlos por palabras, ni meneos ó señales exteriores, por ningun respeto humano, ni por algun título aparente de glorificar á Dios ó aprovechar al prójimo, si no es en los casos de necesidad en que Nuestro Señor quiere y ordena que se descubran, porque fuera de estos casos, quien manifiesta los dones que recibe en secreto, se pone á peligro, como dice san Gregorio (*Hom.* 11 *in Evang.*), de que se los roben los ladrones de la vanagloria, soberbia y presuncion. Y por esto la humildad con gran fuerza dice aquello de Isaías (*Isai.* XXIV, 16): *Secretum meum mihi, secretum meum mihi;* mi secreto para mí, mi secreto para mí; y repítelo dos veces para significar las veras con que toma guardar este secreto, y gozar de él á sus solas. -Este acto ejercitó la Vírgen ocultando la revelacion del Ángel y el misterio de su preñez, sin descubrirle ni á su mismo esposo san José (*Matth.* I, 19), á quien amaba tiernamente: por lo cual con mucha razon la lla-

yor en su dignidad á la que era mucho menor, y ocupándose en servirla. Y lo mismo guardaba con todos, como maestra de humildad (I *Petr.* II, 13), sujetándose por Dios á toda humana criatura.

4. El séptimo acto es, servir á otros en oficios bajos y humildes, y ocuparse en ellos con gusto, como quien nació, no para ser servido sino para servir, al modo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* xx, 28; *Marc.* x, 45): No vine para que otros me sirvan, sino para servir yo á todos, y dar mi vida por su redencion; lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero, y ganando de comer con este trabajo que hacia en servicio de otros, y sirviendo despues á sus discípulos, hasta lavarles los piés, dándonos ejemplo para que cumplamos lo que despues dijo san Pablo (*Galat.* v, 13): Por la caridad del espíritu servid unos á otros. Esto mismo ejercitó la Vírgen, porque como pobre mujer de un pobre oficial, se ocupaba en todos los oficios humildes de su casa, y ayudaba á ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose tambien en esto por esclava, cuyo oficio es servir á los demás de su casa. Y así con mas humildad que Abigail, diria (I *Reg.* xxv, 41): Ves aquí á tu siervo, recíbeme como esclava, para lavar los piés de las esclavas de mi Señor.

5. Con este grado de humildad anda tambien junto otro su compañero, que es rehusar, cuanto es de su parte, oficios y cargos honrosos y ministerios que son muy estimados de los hombres, ó por juzgarse por inhábil ó indigno de ellos, ó por huir la honra que traen consigo, ó por acomodarse á su estado humilde, viviendo contento con él. Esto guardó la Vírgen, la cual, como dice santo Tomás (3 *p.* *q.* 27, *art.* 5 *ad* 7), no hizo en su vida milagro alguno ni quiso predicar en público; y si enseñaba á los Apóstoles y á otros fieles los misterios de la fe, era en secreto, dejando esta honra para los Apóstoles y discípulos, acomodándose á la regla que despues dijo san Pablo (I *Tim.* II, 12): No se ha de permitir que la mujer enseñe: antes es de creer, que en el templo y en las juntas y sermones estaba oyendo como las demás mujeres, y con grande humildad veneraba á los sacerdotes de Cristo, y recibia de ellos la Comunion, teniéndose por indigna de tener tal potestad, ni deseando que su Hijo por especial dispensacion se la comunicase. Ó Vírgen gloriosísima, muy bien empleado está en Vos el trono de gloria que teneis en el cielo, pues tanto os humillásteis en la tierra: justo es se os dé allá el primer lugar despues de vuestro Hijo, pues acá escogísteis el

postrero: razon es que se os sujeten las jerarquías de los Ángeles, pues Vos os sujetásteis como esclava á los mismos hombres. Y pues tan bien guárdásteis los consejos de la humildad, ayudadme para que á imitacion vuestra yo los guarde, humillándome en la tierra para que Dios me ensalce en su cielo. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la heróica humildad que mostró la Vírgen en las humillaciones de la pobreza, y en las injurias que vienen por mano ajena; las cuales son piedras de toque en que se descubre la fineza de la humildad para con Dios y para con los demás hombres; y comenzando por el mas fácil, el noveno acto en órden á la humildad es gustar de ser pobre, y ejercitar todo lo que pertenece á la pobreza, y á humillaciones que de ella proceden; porque puesto caso que la pobreza voluntaria no sea afrentosa entre cristianos, pero cuando no se sabe si el ejercicio de pobreza es de voluntad ó necesidad, causa desprecio entre los hombres; y así es rara humildad tratarse como pobre en todas las cosas, y dejarse tratar de otros como son tratados los pobres, haciendo esto no de fuerza, sino de grado. Esta humildad ejercitó la Vírgen con grande gusto en todas las ocasiones que se le ofrecieron. En Belen fue desechada de todos cuando les pidió posada; y así se recogió al refugio de los pobres en el invierno, que era el establo. En la purificacion no quiso ofrecer cordero, sino un par de tórtolas ó palominos, como pobre. En Egipto, y despues de vuelta á Nazaret, siempre abrazó los desprecios de la pobreza; gustando que la tratasen como suelen ser tratadas las mujeres pobres como ella era.

2. El décimo acto heróico de humildad es, llevar con paciencia y silencio las afrentas que le suceden contra su honra y buen crédito, no excusándose, ni volviendo por sí, ni quejándose de la sinrazon que se le hace, sino callando, y aceptando su afrenta y humillacion con mucho gusto por amor de Dios; y en esto hay grados.- El primero es, sufrir con paciencia las injurias y desprecios que nacen de nuestras culpas.-El segundo y mayor es, sufrir estas injurias sin tener culpa en ellas, callando, aunque nos levanten falsos testimonios.-El tercero, muy mayor, es, sufrirlas cuando nos suceden por ocasion de alguna buena obra, por la cual merecíamos gloria y alabanza.-El cuarto, muy mayor, es, sufrir todo esto, no solo de enemigos ó extraños, sino de sus mismos hermanos, deudos ó amigos. Tal fue la humildad que tuvo Cristo nuestro Señor en las injurias y desprecios que padeció en esta vida, y la misma ejercitó su Madre santísima cuando su esposo José la vió preñada, y sospechando que era

adúltera la quiso dejar; pero ella sufrió y calló sin volver por sí, como en su lugar ponderamos. (*Parte* II, *med.* XIV). Y es de creer que no seria esta sola vez la que padeció la Vírgen tal modo de injurias, cabiéndola muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban á su Hijo, y cuando los deudos de Cristo le perseguian y querian atar como á furioso (*Marc.* III, 21), tambien se volverian contra su Madre, porque veian que era de parte de su Hijo; pero ella sufria y callaba, gozándose mejor que los Apóstoles de padecer injurias por el nombre de Jesús. (*Act.* v, 41).

3. El undécimo acto de humildad, que anda junto con el precedente, es llevar con serenidad y paz de corazon las reprensiones y desvíos, las respuestas desabridas y secas; así las interiores que sentimos tratando con Dios cuando nos desconsuela, ó niega, ó dilata lo que le pedimos, como las exteriores que nos dan los superiores ó nuestros prójimos, aunque sean sin nuestra culpa, y de ellas se nos siga algun desprecio; porque en tales casos, sufrir y no excusarse, ni quejarse, ni indignarse, es acto de heróica humildad; la cual agrada mucho á nuestro Señor, y por ella, como dice san Bernardo (*Serm.* 45 *in Cant.*), le agradó la esposa, y la llamó hermosa, porque calló siendo ásperamente reprendida y amenazada, cuando la dijo: Si no te conoces, salte y vete de mi casa. Esta humildad ejercitó la Vírgen muchas veces en varias ocasiones, cuando su Hijo, siendo de doce años, dijo con aspereza á ella y á san José: ¿Para qué me buscábades? ¿no sabíades que habia de estar ocupado en las cosas de mi Padre? Y en las bodas otra vez con muestras de sequedad y de negarla lo que le pedia, la dijo: Mujer, ¿qué tienes que ver conmigo? no es llegada mi hora. Y diciéndole otra vez algunos que su Madre y hermanos estaban allí y deseaban verle, respondió con gran desvío: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi madre y hermano. En todas estas ocasiones, que tenian apariencia de reprension y desprecio, conservó la Vírgen grande humildad y silencio, como ponderamos en su lugar. (*P.* II, *med.* XXX; *p.* III, *med.* IX). Y á este talle tuvo otras muchas con otras muchas personas, sufriéndolas todas con grande paz.

4. El duodécimo acto de humildad es, no huir las afrentas y desprecios de sus deudos, antes querer tener parte en ellas, hallándose presente á todas, como Job, á quien como él dijo (*Iob*, XXXI, 34), no atemorizó el desprecio de sus deudos; esto es, el verse despreciado de ellos, ó ver al ojo sus desprecios. Pero mas valerosamente ejercitó esto la Vírgen, hallándose presente á los desprecios y afren-

tas de su Hijo, poniéndose junto á la cruz, no desdeñándose de que todos supiesen que era Madre de aquel hombre justiciado y crucificado en medio de dos ladrones; y allí padeció muchas injurias, con hambre y deseo de padecerlas mucho mayores, como en su lugar se dijo. (*En la med. L de la p. IV*).— Estos son los doce actos de humildad que resplandecieron en la Vírgen, cumpliendo con lo que dice el Espíritu Santo (*Eccli.* III, 20): Cuanto fueres mayor, tanto mas humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios; y así la halló la Vírgen en esta vida (*Luc.* I, 30), y despues fue coronada con la corona de doce estrellas resplandecientes, premiándola sus doce géneros de humillaciones, y levantándola á un trono altísimo de gloria, á donde con su Hijo, mas dignamente que los Apóstoles (*Matth.* XIX, 28), juzgue las doce tribus de Israel. Gózome, ó Vírgen santísima, de veros coronada por vuestro Hijo con tantas coronas de justicia. Razon era, que quien vivió cercada de tales actos de humildad, fuese adornada con rayos de tanto resplandor; y que quien se sujetó por humillarse á todos los hombres, sea sentada en trono de majestad para juzgarlos á todos; y pues ahora estais en trono de gloria, no para ser juez, sino abogada, suplicad á vuestro Hijo me corone con misericordias en esta vida, para que alcance la corona de justicia en la otra. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA DEVOCIÓN CON NUESTRA SEÑORA, Y DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN, Y DE LAS COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Vírgen nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar despues de su Hijo, ponderando en cada razon lo que puedo y debo hacer por ella.—La primera razon es, porque la santísima Trinidad ama á esta Señora mas que á todos los Ángeles y Santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y amando mas á la que por su mayor santidad merece ser mas amada. De donde sacaré varios afectos de gozo espiritual y de complacencia en los bienes de la Vírgen, gozándome de que sea tan amada de Dios y de que haya hallado gracia delante de él; gozándome, otrosí, de su santidad y de todas las virtudes que

tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Vírgen me alcance parte de ellas, para que yo tambien sea amado de Dios y halle gracia en su presencia.

2. La segunda razon es, por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador, el cual por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y sirvan, como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se la hace; porque si dijo de los pobres (*Matth.* xxv, 40): Lo que hicísteis por uno de estos pequeñuelos, por mí lo hicísteis, ¿cuánto mas dirá: lo que hicísteis en servicio de mi Madre, por mí lo hicísteis? Luego si amo de veras á Cristo por lo mucho que le debo, tengo tambien de amar, no solamente á su eterno Padre, con quien es un mismo Dios, sino tambien á su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor. - La tercera razon es, porque es Madre nuestra y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor, pues es propio de hijos amar á sus madres, y mas tales madres que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole decir aquella palabra que le dijo en la cruz (*Ioan.* xix, 27): Ves ahí á tu Madre, luego la tomó por suya y la amó con especial amor; tambien yo tengo de tomarla por mia, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre.

3. La cuarta razon es, por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan á amarla como á suprema bienhechora mia despues de Dios. -Porque lo primero, ora continuamente por nosotros, mucho mejor que Jeremías oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo. (II *Mach.* xv, 14). - Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos la pidan algo representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de (*Ioan.* ii, 3) Caná de Galilea pidió vino para los convidados, movida de sola compasion, como en su lugar ponderamos (*P.* V, *med.* IX), y como dijo san Agustin (Serm. 4 de Nativ.): *Sicut omnibus Sanctis est potior, ita pro nobis omnibus Sanctis est sollicitior.* Como es mejor que todos los Santos, así es mas solícita de nuestro bien que todos ellos. -Lo tercero, es grandemente poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza, por la cual dice san Anselmo (Lib. de excel. Virg. *c.* 9, *part.* 2, *med.* 3), que algunas veces somos oidos mas presto, invocando el nombre de la Vírgen, que invocando el nombre de su Hijo, no porque el Hijo

no sea incomparablemente mas poderoso y misericordioso que su Madre, sino porque, como tambien es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene á su misericordia, dilatando el oirnos por nuestros pecados; mas la Vírgen, como no es juez sino abogada, acógese á sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca á la divina Justicia, y hace que con presteza nos socorra.

4. De donde se saca lo que dice el mismo Santo, que la devocion cordial con la Vírgen es señal de la predestinacion, porque con gran solicitud procura esta Señora para sus devotos, como se dijo en la parte II, todos los medios de su predestinacion, hasta que alcanzan su fin, y los lleva consigo á la gloria. Además acude al remedio de todos nuestros peligros y necesidades con tanta certeza y generalidad, que se atrevió á decir san Bernardo (Serm. 4 de Nativ.): Vírgen bienaventurada, cese de alabar tu misericordia quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad; como quien dice: Todos han de alabar tus misericordias, porque todos los que acuden á tí hallan remedio en sus necesidades.-Con todas estas razones bien consideradas tengo de encender en mi alma el fuego de la devocion con la Vírgen nuestra Señora, suplicando á su Hijo me comunique este amor con su Madre, y á la misma Madre que me le alcance. (*Eccli.* XXIV, 13). Ó Madre amantísima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la casa de Jacob el amado, echando raíces en los escogidos para el cielo; con todo mi corazon deseo amaros y serviros como á Madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme en esa casa de Jacob, donde morais; echad raíces en mi corazon, para que cumpla mi deseo, ocupándome con gran solicitud en vuestro servicio.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar la devocion que el Espíritu Santo ha inspirado á toda la Iglesia universal con la Vírgen nuestra Señora, señalando algunas cosas excelentes en que la muestra; las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo á la inspiracion y deseo del Espíritu Santo.-Lo primero, lo muestra en adorarla y venerarla, con una adoracion menor que la que se da á Dios, pero mayor que se da á todos los demás Santos, y por excelencia se llama hiperdulía; y en razon de esto la atribuye algunos renombres propios de solo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en ella. Y así vemos que la llama madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra (en la *Salve* y *Ave maris Stella*); llámala puerta del cielo, y pídela lo que es propio de Dios, como es desatar las ca-

denas á los culpados, dar lumbre á los ciegos, y quitar de nosotros todos los males, y mostrarnos á Jesús fruto bendito de su vientre. Todo lo cual hace la Vírgen, alcanzándolo de Nuestro Señor con sus oraciones; y con este afecto tengo de honrar á esta Señora, y usar las palabras de la Iglesia con el espíritu y ternura que ella las dice.

2. Lo segundo, muestra esta devocion, en que por divina inspiracion dedica templos muchos y muy suntuosos á honra de la Vírgen, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlas, confirmando Nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace por su respeto; y para este fin tambien instituye congregaciones y religiones, consagradas al servicio de la Vírgen, la cual las toma debajo de su amparo, haciéndolas extraordinarios favores así en general cómo en especial, á los que con especialidad se dedican á servirla, sin aceptar personas, porque cualquiera que la sirve halla gracia y favor en sus ojos, y yo le hallaré si de veras me ofreciere á su servicio.

3. Lo tercero, muestra esta devocion en la frecuente memoria y recurso que tiene á ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y cási cada mes una, y en algunos dos y tres, y cada semana dedica el sábado á su honra con particular oficio y misa; y para cada dia ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y antes de comenzar el oficio mayor siempre se dice la salutacion del Ave María, y le acaba con alguna antífona de la Vírgen, y con sonido de campana nos avisa cada dia á boca de noche, que la saludemos con el Ave María, y en algunas partes se hace tres veces, al amanecer, y al mediodía, y al anochecer. Y finalmente aprueba y exhorta el uso del Rosario en honra suya, haciendo un salterio de ciento y cincuenta Ave Marías, que responde al salterio de los ciento y cincuenta salmos de David, con quince *Pater noster,* á cada diez Ave Marías el suyo, como quien para un poco en las quince gradas de este divino templo, y responden á los quince salmos del *Canticum graduum*, para glorificar con esta música á la que siempre subió por los grados de todas las virtudes. Y para quien no puede rezar tanto cada dia, tambien aprueba la corona de sesenta y tres Ave Marías, en memoria de otros tantos años como vivió en esta vida, concediendo grandes indulgencias á los que rezaren estos Rosarios, para provocarnos al ejercicio de ellos, acudiendo Nuestro Señor á confirmar esta devocion con grandes milagros, por el amor que tiene á su Madre, y por el que desea que todos

le tengamos. Ó dulcísimo Jesús, pues tanto deseais que honremos á vuestra Madre santísima, inspiradme con eficacia esta devocion, ayudándome á ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita.

MODO DE REZAR EL ROSARIO DE NUESTRA SEÑORA CON ESPÍRITU Y DEVOCION, JUNTANDO CON ÉL LA ORACION MENTAL.

—Entre las devociones de la Vírgen nuestra Señora, la mas celebrada es la que se apuntó del Rosario; y porque la oracion vocal sube mucho de punto cuando se junta con la mental, los devotos de la Vírgen han inventado varios modos de juntarlas cuando le rezan, de los cuales pondré los mas provechosos, para que cada uno escoja el que mas ayudare á su devocion, tomando una vez uno, y otra vez otro, por quitar el fastidio con esta santa variedad.—

—Antes de comenzar el Rosario se ha de hacer lo que dijimos en la introduccion de este libro, párrafo V, levantando el corazon á Dios nuestro Señor que está presente; y haciéndole una reverencia muy profunda, le suplicaré me ayude con su gracia para rezar este Rosario, de modo que le agrade, ofreciéndole todas las palabras, pensamientos, afectos y deseos que tuviere, enderezándolos todos á gloria suya y de la Vírgen nuestra Señora, en accion de gracias por las mercedes que me ha hecho, y en satisfaccion de los pecados y descuidos que he tenido en su servicio, y para que me conceda las virtudes que me faltan, y lo demás de que tengo necesidad para servirla con perfeccion. Y si el Rosario se ha de ofrecer por otras necesidades de la Iglesia ó de alguna persona particular viva ó difunta, aquí se ha de hacer este ofrecimiento, advirtiendo que de cuatro fines á que puedo enderezar mi oracion, que son glorificacion y alabanza de Dios, por ser quien es, accion de gracias por sus beneficios, satisfaccion por mis pecados, é impetracion de virtudes; cuando ofrezco el Rosario por otro, aunque le doy la satisfaccion que me cabia, tambien puedo, sin perjuicio suyo, ofrecerle por mí para los otros tres fines.—

—Hecho este ofrecimiento, rezaré diez Ave Marías y un *Pater noster* con espacio y atencion, no contentándome con atender á la certeza de las palabras para no errar, sino tambien al sentido de ellas ó á la persona á quien se enderezan, que es Dios nuestro Señor, ó la Vírgen nuestra Señora, la cual, aunque está en el cielo, me ve, oye y entiende mi oracion, y puedo hablar con ella, como si estuviera cerca de mí en la tierra. En habiendo rezado las dichas diez

Ave Marías haré una breve meditacion por uno de los modos que se siguen. —

Primer modo de rezar el Rosario, meditando las palabras del Ave María.

1. El primer modo de rezar el Rosario ó la Corona, es por el modo de orar, por las palabras que declaramos en el párrafo IX de la introduccion de este libro, dividiendo la oracion del Ave María en seis ó siete palabras principales, y á cada diez Ave Marías tomar por materia de meditacion una de ellas, como se ponderaron en la parte II.-En el primer diez meditaré esta palabra (*Parte* II, *med.* IV): *Dios te Salve María*, ponderando las grandezas que se encierran en este dulcísimo nombre de María.-En el segundo diez meditaré la segunda palabra: *Llena de gracia*, ponderando la inmensidad de gracias y virtudes de que está llena esta Señora. (*P.* II, *med.* III).-En el tercer diez meditaré la tercera palabra: *El Señor es contigo.*-En el cuarto la cuarta: *Bendita tú entre las mujeres.*-En el quinto la otra palabra: *Bendito es el fruto de tu vientre Jesús* (*P.* II, *med.* XXI), ponderando las excelencias del nombre dulcísimo de Jesús, y las bendiciones celestiales que nos vienen por su medio.-En el sexto diez meditaré la sexta palabra (*P.* II, *med.* III): *Santa María Madre de Dios*, ponderando las grandezas que están encerradas en la eleccion de la Vírgen para esta dignidad tan alta y los privilegios que por ella le concedieron.-Y finalmente, meditaré lo que encierra la postrera palabra: *Ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte* (*Parte* III, *med.* V), ponderando la eficacia de la oracion de la Vírgen, la necesidad que tengo de ella, especialmente en la hora de la muerte; mirando con qué afecto diré esta palabra cuando me vea en aquel trance, y decirla ahora con el mismo.

2. Con esta breve meditacion he de juntar varios afectos: unos con Dios nuestro Señor, y otros con la Vírgen, admirándome de las grandezas y virtudes que tiene, gozándome de que las tenga, glorificando y alabando á Dios porque se las dió, despertando en mí deseos de imitarla en ellas, y dándola siempre el parabien de todas, con esta palabra *Ave*, que se ha de repetir con cada una de las otras con grande afecto, diciendo: Dios te salve María benditísima, Dios te salve la llena de gracia, la llena de caridad, la llena de humildad: Dios te salve la que tienes á Dios contigo, la que eres su Madre y le tienes por Hijo, etc.

3. Últimamente he de concluir con peticiones de las virtudes que

he considerado en la Vírgen, ó de las cosas que me faltan, enderezándolas, unas veces á Cristo nuestro Señor, por los merecimientos de su Madre; otras á la misma Madre, para que me las negocie y alcance de su Hijo; otras á las demás personas de la santísima Trinidad, con los títulos y coloquios de que hicimos mencion en el párrafo I de la introduccion de este libro.—De esta misma manera se puede tomar otras veces por materia de meditacion la oracion del *Pater noster,* meditando á cada diez Ave Marías una de sus siete peticiones, como se hallará en la meditacion XIV de la parte III. Y otras veces podré tambien meditar los diez versos del cántico de la *Magnifica*, en cada diez Ave Marías, uno ó dos de ellos, con los varios sentimientos y afectos que se pusieron en la meditacion XII de la parte II.

Segundo modo de rezar el Rosario, mas ordinario, meditando los quince misterios.

—El segundo modo de rezar el Rosario, mas ordinario, es, tomando por materia de meditacion los quince misterios mas principales de Cristo nuestro Señor y de su Madre, meditando á cada diez Ave Marías un misterio, los cuales se dividen en tres órdenes.—El primero es de los misterios gozosos, que fueron materia de grande gozo para la Vírgen, y son, la anunciacion del Ángel, la visitacion á santa Isabel, el nacimiento de Cristo nuestro Señor, su presentacion al templo, y cuando fue hallado entre los doctores, de los cuales se han hecho meditaciones en la parte II de este libro; y porque cada misterio abraza muchos puntos, y podria causar algun fastidio pensar siempre una misma cosa, puédese un dia meditar un punto, y otro dia otro, como allí se pusieron.—

—El segundo órden de misterios se llama dolorosos, porque fueron muy penosos para Cristo nuestro Señor, y para su Madre, ó cuando estuvo presente á ellos, ó cuando los supo y los consideraba. Estos son la oracion del huerto, con la tristeza y sudor de sangre; los azotes en la coluna, la coronacion de espinas, el llevar la cruz á cuestas, y el estar crucificado en la cruz: de los cuales se han hecho muchas meditaciones en la parte IV.—

—El tercer órden es, de los misterios gloriosos, en que resplandeció la gloria de Cristo nuestro Señor y de su Madre, conviene á saber, la resurreccion de Cristo, su ascension y su asiento á la diestra del Padre, la venida del Espíritu Santo, la asuncion de la Vír-

gen, y su gloriosa coronacion: de los cuales se han puesto meditaciones en esta parte V. —

1. Presupuesto esto, en cada diez Ave Marías se han de hacer tres cosas. La primera es, pasar por la memoria el misterio, ó algun punto de él, meditando y ponderando brevemente las grandezas y excelencias de Cristo nuestro Señor y de su Madre, las cosas que allí hacen ó padecen; el gozo, ó el dolor, ó la gloria que reciben; las heróicas virtudes que ejercitan; y los grandes bienes que de allí resultan para todos los hombres, y en particular para mí mismo, considerando las causas especiales que yo tengo para gozarme, dolerme y gloriarme de lo que en estos misterios se representa.

2. En esta meditacion puedo detenerme mas ó menos tiempo, conforme á la devocion ó lugar que tuviere, procurando siempre pasar á la segunda cosa que es mas principal; conviene á saber, mover la voluntad al ejercicio de los afectos gozosos ó dolorosos, á que el misterio provoca, haciendo amorosos coloquios con Cristo nuestro Señor, ó con su Madre, ó con la santísima Trinidad. Si el misterio es gozoso como el de la encarnacion, puedo ejercitar todos estos actos con páusa y sentimiento interior. Gracias te doy, Padre eterno, por haber querido que tu Hijo se hiciese hombre por nosotros. Gózome de la infinita bondad y caridad y misericordia que en esta obra descubriste. ¡Oh si todo el mundo te alabase y glorificase por ella! Ó Verbo divino, gracias te doy por haber escogido á la Vírgen santísima por tu Madre, queriendo hacerte niño en sus entrañas. Ó Vírgen santísima, gózome de que hayas sido escogida por Madre del mismo Dios, y del gozo grande que tuviste con la nueva que de esto te dió su glorioso Arcángel. Alégrome tambien de la prudencia, castidad, y humildad y resignacion que en esta embajada descubriste. ¡Oh si pudiese yo tener parte en tus gozos, ó imitar tus virtudes! Negocia, Madre mia, lo que deseo, para servirte fervorosamente con ello.

3. Y si el misterio fuese doloroso, he de ejercitar afectos de dolor, proporcionalmente á los dichos. Mirando al misterio del huerto, puedo decir: Gracias te doy, Padre eterno, por haber querido que tu Hijo unigénito padezca tales agonías, por remedio de mis culpas. Ó Salvador mio, pésame de verte tan triste y afligido por mis pecados, sudando sangre para lavarme de ellos. ¡Oh pecados mios, que así afligís á mi mismo Dios! ¡Oh quien nunca hubiera pecado, ni dado causa para tan gran tormento! Pésame, Dios mio, de haberte ofendido, y quisiera que mi pesar fuera como el tuyo, derramando

copiosas lágrimas por mis culpas, pues tú derramas sangre por ellas. Ó Vírgen santísima, ¡cuán grave fue vuestro dolor cuando supísteis el que vuestro Hijo padeció en este huerto! ¡Oh qué sentimiento tuvísteis de nuestras culpas, considerando el que vuestro Hijo tuvo de ellas! Pedidle me haga participante de estos dolores, pues siendo mia la culpa, es justo que pase por la pena.

—Á este modo se pueden hacer coloquios y afectos en los demás misterios, juntando con ellos la tercera cosa, que es representar á Cristo nuestro Señor y á su Madre las necesidades y miserias que padezco, pidiéndoles remedio de ellas; alegándoles por título el gozo ó el dolor que allí recibieron, haciendo propósitos muy eficaces de imitar alguna de las virtudes de la Vírgen, de que luego dirémos.—

—Y si alguno, por falta de tiempo ó por otra causa, no quisiere detenerse en meditar sobre el misterio, bastará que en dichas diez Ave Marías, por lo menos se acuerde de él, y haga un breve coloquio y peticion á Nuestra Señora, diciéndola: Gózome, Vírgen soberana, del gozo que en este misterio recibísteis, por el cual os suplico me alcanceis perdon de mis pecados, y gracia para imitar vuestras virtudes. Y en los misterios dolorosos y gloriosos diré proporcionalmente: Pésame, Vírgen soberana, del dolor que en este paso padecísteis; ó alégrome de la gloria y alegría que en este misterio recibísteis; por el cual os suplico, etc. —

—Acabada esta breve oracion mental, como está dicho, cerca de un misterio, he de proseguir la vocal, rezando otras diez Ave Marías: Y si por la mocion y sentimiento pasado se me fuere el corazon á lo mismo, bien puedo dejarle ir; porque semejantes afectos no son contrarios á la atencion que ha de tener la oracion vocal, antes la perfeccionan en gran manera. —

4. En rezando el Rosario, examinaré brevemente el modo como le he rezado, doliéndome de las distracciones y sequedades, y de las demás faltas que hubiere tenido, y dando gracias á Dios por cualquier sentimiento que me hubiere dado, con deseo de rezarle otro dia con mayor fervor y devocion. —

—Últimamente añado, que aunque reducimos á quince los misterios del Rosario, podemos algunas veces, en lugar de los nombrados, tomar otros semejantes, que andan pareados con ellos. Con los gozosos podemos juntar alguna vez la concepcion de la Vírgen, su natividad y presentacion al templo, la circuncision del niño Jesús con la imposicion de su nombre, la adoracion de los Magos, la huida y vuelta de Egipto. Con los dolorosos se pueden juntar la pri-

sion, la bofetada en casa de Anás, los trabajos de la noche de la pasion en casa de Caifás, los desprecios de Herodes, el ser pospuesto á Barrabás. Y alguna vez se puede tomar por materia de meditacion las siete palabras que Cristo nuestro Señor dijo en la cruz, meditando una á cada diez Ave Marías, ponderando los sentimientos de la Vírgen cuando las oyó decir, como se hallará en la parte IV de la meditacion XLV. —

Tercer modo de rezar el Rosario, meditando las virtudes de Nuestra Señora.

La principal cosa en que hemos de mostrar la devocion con la Vírgen nuestra Señora, es la imitacion de sus heróicas virtudes. Para lo cual ayudará mucho meditarlas en el ejercicio del Rosario, en cada diez Ave Marías una virtud. En un diez la humildad, en otro la pureza, en otro la obediencia, ó paciencia, ó caridad; y así las demás, poniendo los ojos en tres cosas.-Lo primero, en los actos heróicos que la Vírgen ejercitó cerca de aquella virtud, al modo que los contamos de su humildad, en la meditacion XXXVII, admirándome de su santidad, gozándome de ella; glorificando á Dios porque se la dió, y alegrándome por el premio que por tal virtud le ha dado.-Lo segundo, pondré los ojos en la falta que yo tengo de aquella virtud, y en las culpas y defectos contrarios en que caigo, doliéndome de ellos con grande confusion y humillacion, suplicando á esta Vírgen soberana me alcance perdon de lo pasado, y gracia para enmendarme en lo porvenir.-Lo tercero, haré algunos propósitos, con las veras que pudiere, de imitar á la Vírgen en aquellos actos de virtud, señalando para ello alguna cosa particular, confiando en el favor de esta piadosa Madre, que podré cumplirlos.

— Para este modo de meditacion ayudará saber las virtudes especiales de esta Señora, como se han tocado en las meditaciones precedentes (*P.* II, *med.* VI *y* XXIX), y en las de su presentacion y purificacion, á donde pusimos seis, como seis hojas blancas de la azucena con las seis varicas doradas de los afectos interiores que resplandecieron en ella, las cuales podemos meditar rezando su corona. —

MEDITACION XXXIX.

DE LAS VIDAS DE LOS SANTOS, Y DE SUS DICHOSAS MUERTES Y PREMIOS.

—Porque en el discurso de esta parte V, y de la III, se han puesto muchas meditaciones que pueden servir para las fiestas de los Apóstoles, Mártires, Doctores y Vírgenes, y otros Santos, solamente pondré aquí una de todos en general, la cual fácilmente se puede aplicar á cada uno en especial, meditando de uno lo que dijéremos de todos.—

Punto primero. -*De la eleccion de los Santos.*— 1. Lo primero, se ha de considerar la inmensa liberalidad de Dios con sus escogidos, en comunicarles innumerables dones de su gracia para hacerlos Santos, de los cuales hizo un breve catálogo san Pablo, diciendo (*Rom.* VIII, 29): *Que á los que Dios predestinó para que fuesen conformes con la imágen de su Hijo, á esos llamó, y á los que llamó, justificó, y á los que justificó, glorificó y engrandeció.* -Primeramente, Dios nuestro Señor, por sola su bondad, y por los merecimientos de Jesucristo su Hijo, los predestinó y escogió para que fuesen santos (*Ephes.* I, 4) y limpios en su presencia, señalándolos para que fuesen vasos (*Rom.* IX, 23) de misericordia, en quien depositase y manifestase las riquezas de su gracia. -En ejecucion de esta soberana eleccion, á su tiempo los crió, dejando otros innumerables en el abismo de la nada; luego los llamó eficazmente á su fe y religion cristiana, haciéndolos miembros de su Iglesia por el Bautismo, dejando perecer á otros muchos en el diluvio de la infidelidad. Y cuando pecaron, tornó á llamarlos con eficacia, para que hiciesen penitencia, dejando á otros morir en su culpa.

2. Lo tercero, preservóles de grandes pecados, sacólos de graves peligros, favoreciéles en terribles tentaciones, prevínoles con muchas inspiraciones y con bendiciones de dulzura, para que ejercitasen heróicas virtudes, y engrandecióles con muchos dones de su gracia, para que fuesen grandes en su presencia. -Demás de esto tuvo especial providencia con ellos, llamándoles al estado y oficio que mas les convenia para ser santos, ó sacerdocio, ó religion, ó prelacía, dando á cada uno bastantes ayudas para cumplir con sus obligaciones. -Y finalmente trazó su modo de muerte, de manera que fuese paso para la gloria (*Psalm.* CXV, 15), porque es muy preciosa en los ojos del Señor la muerte de sus Santos: en la cual se re-

mata todo el discurso de su dichosa eleccion, para ser conformes con Cristo nuestro Señor en su gloria, como lo fueron en su vida.

3. Todas estas consideraciones me han de ser motivos de varios afectos: unos con Nuestro Señor, alabándole por las mercedes que hizo á los Santos. Otros con los mismos Santos, gozándome de los bienes que Dios les comunicó. Otros en órden á mí mismo, reconociendo las mercedes que en esta parte Nuestro Señor me hubiere hecho, y dándole gracias por la voluntad que tiene de hacerme santo y limpio en sus ojos, suplicándole me ayude, para que por mí no quede. Ó Santo de los Santos, que dijiste á tu pueblo (*Levit.* XI, 44): Sed Santos, como yo lo soy, dame lo que me mandas, para que alcance lo que deseas. Y pues la santidad es tuya, previéneme con tu copiosa gracia, para que suba á muy altos grados de ella. Amen.

—De estos cinco beneficios que aquí se han contado, se dirá largamente en la parte VI que se sigue.—

PUNTO SEGUNDO. - *Mortificacion de los Santos.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar cuán bien respondieron los Santos á su vocacion, y cuán bien se aprovecharon de estas mercedes que recibieron en el discurso de su vida (*en la medit.* VII *de la parte* III), ponderando las virtudes mas señaladas en que se ejercitaron para llegar á tanta santidad. Estas se pueden reducir brevemente á tres órdenes, en cumplimiento de lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Matth.* XVI, 24): *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.* - Lo primero, se señalaron en la abnegacion y mortificacion de sí mismos; concibiendo un santo odio de sí, de su carne y amor propio. Los que fueron grandes pecadores, hicieron grandes penitencias, llorando sus pecados con gran contricion, y confesándolos tan humildemente, que algunos los dejaron escritos en sus cartas y libros para su perfecta humillacion. Y los que no hicieron culpas graves, para preservarse de ellas afligian su carne con grandes asperezas, para tenerla rendida al espíritu, castigando cualquier culpa pequeña, como si fuera grande, mostrándose todos ser del bando de Cristo en crucificar su carne con sus vicios y concupiscencias (*Galat.* V, 24), mortificando las obras de la carne (*Rom.* VIII, 13) con el fervor del espíritu. Y como Cristo crucificado recibió cuatro llagas en piés y manos, de que murió, y la quinta en el costado, para confirmar mas su muerte; así los Santos crucificaron los deleites desordenados de los sentidos, las codicias desenfrenadas de los apetitos, los quereres torcidos de la voluntad propia, y los pen-

samientos desvariados de su imaginacion y propio juicio; y con estas cuatro cosas murieron al pecado. (*D. Greg.* V Moral. c. 8). Pero no contentos con esto, deseando asegurar mas esta dichosa muerte, mortificaron su amor natural en muchas cosas lícitas, por estar mas léjos de caer en las ilícitas. Renunciaron los padres, amigos, hacienda, honra y regalo que lícitamente pudieran poseer; dejaron muchas cosas que sin culpa pudieran hacer, á fin de morir al mundo y al amor propio, para vivir mas perfectamente á Cristo; y con esta generosa violencia que hicieron á sí mismos (*Matth.* XI, 12), arrebataron el reino de los cielos. Ó Santos valerosos, que con vuestra mortificacion continua os (*Colos.* III, 9) despojásteis del hombre viejo con todas sus obras, para vestiros del hombre nuevo con las suyas; suplicad á vuestro capitan Jesús me ayude con su gracia para vencer mi naturaleza, alentándome á entrar por la puerta estrecha de la mortificacion de mi carne, para alcanzar la renovacion perfecta del espíritu.

2. Lo segundo, se señalaron los Santos en llevar cada dia la cruz de Cristo nuestro Señor con grande fortaleza, paciencia y perseverancia. Mostraron la fortaleza en las batallas que tuvieron interiores y exteriores del demonio y de sus ministros, de enemigos y de amigos, con capa de piedad, las cuales iban enderezadas á quitarles la fe ó castidad, ó la humildad y pobreza evangélica, ó la vocacion para religion, y en ellas pelearon valerosamente, padeciendo mucho por salir con la victoria. (*En la medit.* XXIV *de la parte* III). Mostraron la paciencia invencible en los trabajos que les sucedian, en las enfermedades, dolores y pobrezas, infamias, falsos testimonios y otras muchas aflicciones semejantes: y aunque como hombres las sentian, pero con la divina gracia llegaron á gozarse en ellas, gloriándose de llevar la cruz de Cristo y su preciosa mortificacion. Todos padecieron algun modo de martirio en el cuerpo ó en el espíritu, por defensa de alguna virtud, y muriendo en esta cruz, entraron en la gloria. (I *Petr.* II, 5). Todos como piedras vivas fueron labradas con golpes de tribulaciones, y así fueron colocados en el edificio del cielo. Todos (*Sap.* III, 6) pasaron por el fuego de las aflicciones, y salieron probados como el oro en el crisol; porque la paciencia acabó en ellos su obra, y los hizo enteros y perfectos (*Jacob.* I, 4), sin quebrar ni faltar en la lealtad que debian á Dios. Gracias os doy, fuertes soldados, por la fidelidad que tuvísteis en vuestras persecuciones, volviendo por la honra de Dios. Gózome de vuestra invencible paciencia por la cual alcanzásteis la corona. Ayudad-

me con vuestras oraciones, para que siguiendo vuestros ejemplos tenga parte en vuestras victorias. Amen.

3. Lo tercero, se señalaron los Santos en seguir perfectamente á Cristo nuestro Señor (II *Cor.* IV, 11), de modo que la vida de Jesús se manifestaba en ellos, por estar de piés á cabeza vestidos de Jesucristo (*Rom.* XIII, 14), y por la perfecta imitacion se pudieron llamar, *alter Christus*, otro Cristo en la humildad, castidad y las demás virtudes, como arriba se dijo. (*En la intr. de la parte* II). Esta perfecta imitacion alcanzaron con oracion y obediencia, porque fueron muy fervorosos en orar, teniendo frecuente recurso á Dios en todas sus cosas con gran confianza en la divina Providencia; y tambien fueron muy prestos y puntuales en obedecer á la divina voluntad, á sus preceptos y consejos, á las divinas inspiraciones, teniendo por sumo gozo negar su propia voluntad, por hacer la de Dios, señalándose cada uno en algo particular, por razon de lo cual dice de él la Iglesia aquello del Eclesiástico (*c.* XLIV, 20): No se halló otro semejante, que así guardase la ley del Altísimo. Ó altísimo Dios, que muestras la alteza de tu bondad en las virtudes que diste á los Santos, para que fuesen conformes con la imágen de tu Hijo; muéstrala conmigo en hacerme semejante á ellos, para que imite al que ellos imitaron, y la vida de Jesús resplandezca en la mia, como resplandeció en la suya. Amen.

4. De estas consideraciones he tambien de sacar afectos de confusion, viendo lo poco que yo hago, y lo mal que respondo á mi vocacion y á los beneficios de Dios, pues, como dice Nuestro Señor por Ezequiel (*Ezech.* XLIII, 10), y declara san Gregorio (lib. XXIV Moral. c. 6), hemos de mirar los templos vivos de sus Santos, para confundirnos de nuestros pecados, y hemos de medir y meditar la fábrica maravillosa de sus vidas, para avergonzarnos de las nuestras, y reformarlas segun ellas, esperando en la divina liberalidad que nos ayudará como los ayudó: y pues ellos, siendo hombres flacos como yo, pudieron tanto en virtud de Dios, yo tambien podré lo mismo, pues no está abreviada la mano del Señor para conmigo. (*Isai.* LIX, 1).

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar cuán liberal ha sido Nuestro Señor en honrar y premiar á los Santos en esta vida y en la otra, en varias maneras. Lo primero, antes de la muerte premió á muchos de ellos con raros consuelos espirituales, con gracia de contemplacion, con raptos y revelaciones muy regaladas, con espíritu de profecía, con don de hacer milagros, y otras gracias gra-

tis datas. De tal manera, que huyendo ellos con humildad de la honra, Dios con su liberalidad los honraba, obrando por ellos obras tan maravillosas que los hacian venerables á todos, y su heróica virtud ponia tanta admiracion, que se hacia respetar, cumpliendo el Señor lo que dijo (I *Reg.* II, 30), que honraria á los que le honrasen.—Tambien los premió en la misma muerte, concediendo á unos que muriesen como mártires por la confesion gloriosa de su fe, y á otros con tal modo, que aunque fuese penoso á la carne, fuese muy dulce al espíritu, dándoles á gustar algo de lo que esperaban recibir en la gloria, y enviando Ángeles que asistiesen á su tránsito, viniendo á veces el mismo Señor por ellos, cumpliendo lo que habia dicho (*Ioan.* XIV, 13): Yo vendré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que esteis donde yo estoy.

2. Demás de esto, despues de la muerte los honra en su Iglesia militante, queriendo que su santidad sea publicada y alabada de todos, y que á honra suya se edifiquen muchos templos, pinten imágenes, y se celebren fiestas. Y que todos veneren sus huesos y cenizas, y los vestidos remendados que trajeron, las cadenas con que estuvieron presos, y las firmas de sus cartas, haciendo grandes milagros por estas cosas para honrarlos, y castigando los desacatos que se hacen contra ellos. Y los que estuvieran olvidados en el mundo, si no hubieren sido tan santos, como se ve en san Francisco, ahora andan en bocas de todos; y los príncipes y monarcas se honran con sus nombres, y se amparan con sus reliquias, cumpliéndose lo que Dios prometió á su Iglesia, cuando dijo (*Isai.* LX, 15): *Ponam te in superbiam saeculorum:* haréte tan gloriosa, que la grandeza del mundo tenga por honra echarse á tus piés.

3. Lo cuarto, el dia del juicio los honrará con honra excelentísima, poniéndolos á su mano derecha con grande majestad á vista de todo el mundo, cumpliendo la palabra que dió á quien le confesase delante de los hombres (*Matth.* X, 32), que le honraria delante de su Padre y de los Ángeles.

4. Finalmente, en el cielo los premia y honra con tanta grandeza, que solo Dios y ellos la pueden declarar. Estarán sentados junto á su trono y en otros tronos muy resplandecientes, con vestiduras blancas de admirables virtudes, con coronas de oro sobre sus cabezas como reyes, con palmas en las manos como vencedores. Y el mismo Dios, como dice Isaías (*Isai.* XXVIII, 5), será su corona y su gloria y alegría, empleándose en honrar, alegrar y festejar á sus escogidos. Premiará cada una de sus virtudes con singular premio,

y con medida tan llena, que rebose de contento. (*Luc.* VI, 38). La fe será premiada con la clara vista de la Divinidad. La esperanza, con la posesion eterna de todos los bienes que desearon. La caridad, con el amor beatífico que los une con su Dios. La humildad y paciencia, y las demás virtudes, con el rio de deleites que les embriaga, experimentando todos los premios que se prometen á las ocho bienaventuranzas, como en su lugar verémos. (*Parte* VI, *medit.* LII). Ó alma mia, ¿qué haces? ¿cómo no suspiras y trabajas por alcanzar la santidad, cuyo fin es tan soberano galardon? Si deseas honras y grandezas, ¿quién mas honrados que los amigos de Dios? Y ¿qué principado excede al de sus Santos? (*Psalm.* CXXXVIII, 17). Si es honrado aquel á quien quiere honrar el Rey del cielo (*Esther,* VI, 6), ¿cómo no sigues la virtud, que es digna de tanta honra y premio? Ó Dios infinito, que eres glorioso y admirable en tus Santos (*Psalm.* LXVII, 36), gracias te doy por las maravillas que en ellos obraste, y por los admirables premios que les diste; y pues es gloria tuya que sean muchos, júntame en el número de ellos, para que te sirva con la pureza y santidad todos los dias de mi vida, y despues suba á gozar de tí en su compañía por todos los siglos de los siglos. Amen.

PARTE SEXTA.

DE LAS MEDITACIONES

DE LOS

MISTERIOS DE LA DIVINIDAD, TRINIDAD Y PERFECCIONES DE DIOS:

Y DE

LOS BENEFICIOS NATURALES Y SOBRENATURALES QUE DE ÉL PROCEDEN.

INTRODUCCION.

DE LOS FERVOROSOS AFECTOS DE AMOR Y AGRADECIMIENTO.

Las meditaciones que hasta aquí se han puesto han sido principalmente de los misterios que pertenecen á la humanidad de Jesucristo nuestro Señor, y á las obras que obró en ella y por ella, antes y despues de su resurreccion, aunque con ellas han ido mezcladas otras muchas de algunos misterios propios de la divinidad, por la trabazon que tienen entre sí, en cuanto proceden de una misma persona, que juntamente es hombre y Dios. Las meditaciones que pondrémos de aquí adelante serán principalmente de los misterios que pertenecen á la divinidad y trinidad de Dios, y á las obras que de él proceden en beneficio de los hombres, con las cuales, por razon de la misma trabazon, tambien irán mezcladas otras de algunos misterios que tocan á la humanidad. Y aunque estos, como dice santo Tomás (2, 2, *q.* 82, *art.* 3 *ad* 2, *q.* 180, *art.* 4), son mas proporcionados á nuestra flaca naturaleza, pero los de la divinidad son de suyo mas excelentes, en los cuales principalmente se apacientan los Ángeles y espíritus bienaventurados, y los varones perfectos, que viviendo con el cuerpo en la tierra, tienen su conversacion con el

espíritu en el cielo, y por la continua meditacion y contemplacion de las cosas celestiales aumentan y perfeccionan el encendido amor de Dios, y la perfecta union, que es fin de la via unitiva, al modo que se dijo en la introduccion de la parte V. Esto declaró maravillosamente san Basilio, respondiendo á una pregunta que le hicieron sus monjes, para saber con qué aficion se habia de servir á Dios, y esta aficion en qué consistia; á los cuales respondió estas palabras (*In Reg. Brevior. Reg.* 157): *La buena aficion del alma es un deseo de agradar á Dios, vehemente, insaciable, estable y constante, el cual se va ganando con la contemplacion vigilante y continua de la grandeza de la gloria de Dios, y con la memoria agradable y frecuente de los beneficios que de él hemos recibido; de las cuales cosas se engendra en el alma el cumplimiento de aquello que está escrito* (*Matth.* XXII, 37): *Amarás á Dios de todo tu corazon, con toda tu fortaleza y con todo tu espíritu, como hacia aquel Profeta que dijo* (*Psalm.* XLI, 2): *Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma á ti mi Dios.* Y el Apóstol que decia (*Rom.* VIII, 35): *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿La tribulacion, ó la angustia, ó la persecucion, ó la desnudez, ó el peligro, ó el cuchillo?*

Lo dicho es de san Basilio, en las cuales palabras brevemente nos enseña este santo doctor el fin principal de la vida contemplativa en su grado supremo, y los principales medios que hay para alcanzarla, y el fruto que de ellos se saca; y de camino declaró tambien la perfeccion con que se han de ejercitar todas las obras de la vida activa, juntando con ellas la devocion interior y el fervor del espíritu, el cual consiste en tener grande aficion á las cosas del divino servicio, con deseo de agradar en ellas, no al mundo ni á la carne, ni á nosotros mismos, sino á solo Dios, por ser quien es, acompañando nuestro deseo con estas cuatro condiciones.—La primera, que no sea tibio, ni flojo, cual es el de los perezosos, que para en solo deseo, y se le convierte, como dice el Espíritu Santo (*Prov.* XXI, 25), en tormento y muerte, sino que sea vehemente, fuerte y eficaz, cual es el de los fervorosos, que para en obras, haciéndolas con entereza y exaccion.—La segunda es, que sea insaciable; esto es, que no se contente con lo poco que hace ó padece, aunque sea todo lo que puede, sino que se extienda el deseo á mucho mas; y que no solamente no tenga tédio, ni fastidio de las buenas obras, sino que tenga tal hambre, que nunca se vea harto de ellas, de modo que su deseo sea como el fuego (*Prov.* XXX, 16), que nunca dice basta.—La tercera es, que sea estable; esto es, que no sea mudable, salpi-

cando de una cosa en otra, como el perezoso que todo se le va en decir, quiero y no quiero, y con liviandad prueba varios ejercicios de virtud, dejando unos por enfado, y tomando luego otros diversos, sin tener firmeza ni estabilidad en lo bueno que comienza, la cual estabilidad es muy necesaria para llegar á la cumbre de la perfeccion que se pretende. - La cuarta es, que sea constante y perseverante hasta la muerte, sin que se pierda ni afloje, ó entibie por tentaciones, ni persecuciones, haciendo rostro á todas con grande valor y pecho, de la manera que el ciervo (*Psalm.* XLI, 2) muy sediento con grande vehemencia corre buscando alguna fuente de agua en que hartar su sed, y no descansa, rompiendo por breñas y riscos, hasta topar con ella. Todas estas propiedades tuvo el deseo con que Cristo nuestro Señor cumplió la voluntad de su Padre para nuestro remedio, como consta por lo que se ha dicho en la parte III y IV ; y esta sola consideracion bastará para despertar en nosotros semejante afecto, pues es razon que el discípulo imite á su Maestro, y es muy justo que yo me ocupe en su servicio con el afecto que él se ocupó en mi provecho.

Pero dejando esta consideracion de que ya se ha dicho mucho, el glorioso san Basilio pone aquí otras dos que hacen á nuestro propósito, por las cuales se va ganando este afecto con las propiedades referidas. - La primera es, la contemplacion de las grandezas de Dios, de sus excelencias y perfecciones, por las cuales es digno de ser amado, alabado, servido y obedecido con infinito afecto, si fuera posible; pero ya que no lo es, todas y cada una de ellas nos mueven y obligan á procurar un afecto el mas vehemente, insaciable, constante y perseverante que pudiéremos, pues, como dice el Eclesiástico (*c.* XLV, 32), por mucho que hagamos, quedarémos cortos en darle lo que merece. - La segunda es, la contemplacion de los innumerables beneficios que recibimos de su mano, los cuales nos da con un amor tan vehemente, insaciable y perseverante, que no se cansa de hacernos bien, ni se harta de darnos sus dones, ni cesará, cuanto es de su parte, de darlos por toda su eternidad, con lo cual nos obliga á que, á ley de agradecidos, deseemos pagar sus infinitos beneficios con infinitos servicios si nos fueran posibles, pues todo es poco para pagarle lo mucho que le debemos.

De aquí infiere este santo Doctor, que con estas consideraciones se va engendrando en el alma la perfeccion del amor con que Dios quiere ser amado, cuando nos dice (*Deut.* VI, 5; *Matth.* XXII, 37): Que le amemos con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, es-

píritu y fortaleza, y con todas nuestras fuerzas; de suerte, que todas nuestras potencias interiores y exteriores, y todos los sentidos y miembros de nuestro cuerpo, del modo que pueden se ocupen en amar á Dios (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 44, *art.* 4 *et* 5), ayudando á la obra del amor con insaciable vehemencia y perseverancia; porque la memoria y el entendimiento aman, cuando solamente se acuerdan, y piensan, y ponderan las cosas que provocan al amor. La imaginativa y los apetitos del alma tambien aman, cuando brotan imaginaciones y afectos que despiertan y avivan el amor. Los sentidos aman, cuando los ojos, oidos, lengua y gusto, solamente gustan de ver, oir y hablar de cosas que van ordenadas al amor; y todos los miembros corporales aman, cuando todos sirven á las obras de amor de Dios. Y finalmente todas nuestras fuerzas aman, cuando todas se emplean en amar á Dios con la intension que pueden, y en atropellar las dificultades que se lo estorban, y en resistir á las tentaciones que las divierten, para que la caridad esté tan arraigada en el alma, que ninguna cosa criada pueda apartarla de ella (*Ephes.* III, 17; *Rom.* VIII, 3; *Cant.* VIII, 7); ni los rios, ni las muchas aguas de las tribulaciones sean poderosas para amortiguar sus llamas, antes crezcan y suban tan alto, que nos muevan á imitar las heróicas y ejemplares virtudes de la Divinidad, de las cuales harémos mencion en la meditacion VI, al modo que Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, las imitó, pues con mucha razon puede decir: Imitadme á mí, como yo imito á mi Padre. Todo esto abraza la via unitiva, y el fin de estas meditaciones. Porque aunque es verdad que un amor y afecto tan perfecto, como se ha dicho, es dádiva graciosa del Espíritu Santo, el cual, sin muchedumbre de discursos, suele entrar á algunos de sus escogidos (*Cant.* II, 4) en la bodega de sus vinos, y embriagarlos con el vino fervorosísimo de amor, y regalarlos con el conocimiento experimental de su inmensa caridad; pero de nuestra parte, con su ayuda, nos acercamos á esta bodega, volando con las dos alas de estas dos suertes de meditaciones, cerca de las perfecciones de Dios y sus beneficios, las cuales van entretejidas unas con otros, por la trabazon que tienen entre sí, á causa de que en esta vida no podemos conocer bien las grandezas de Dios, si no es por sus obras, y por los beneficios y dones que de él proceden; y como en estos dones resplandecen juntamente muchos atributos, así tambien en la meditacion del uno se habrán de mezclar algunas cosas que pertenecen al otro.

Modo de meditar los beneficios divinos con afectos de agradecimiento.

Resta que declaremos el modo de meditar los beneficios divinos, en los cuales principalmente se han de considerar cinco cosas para conocer su infinidad, y agradecerlos como conviene. – La primera, es la infinita grandeza del Bienhechor, que es Dios, discurriendo por sus excelencias y perfecciones, al modo que se irán meditando. De donde se sigue, que cualquier don, por pequeño que parezca, es de grande estima, por ser infinitamente grande el que le da. Y así decia David (*Psalm.* CXLIV, 1): Ensalzaréte, Dios mio y Rey mio, y bendeciré tu nombre por todos los siglos, y cada dia te alabaré, porque es grande el Señor, y su grandeza no tiene fin.

La segunda, es la infinita grandeza del amor con que hace el beneficio, el cual por esta causa es de grande estima, porque dando con amor, con el don se da á sí mismo, y se entra en la cosa amada; y de tal manera da cualquier cosa, aunque sea pequeña, que está deseoso de dar otras muy grandes, como dice á David por boca de Natan profeta (II *Reg.* XII, 8): Si te parecen pequeñas las mercedes que te he hecho, yo añadiré otras mayores; porque ni le falta poder ni voluntad, como verémos.

La tercera, es la grandeza del mismo beneficio, la cual en cierto modo es infinita en el número ó en la excelencia; porque unos beneficios hay que abrazan innumerables bienes, como es el de la creacion y conservacion del mundo, y de la providencia. Otros hay que tienen infinita excelencia, como el de la encarnacion, redencion, Eucaristía y glorificacion, y por todos hemos de dar gracias á Dios, como decia Isaías (*Isai.* LXIII, 7): Alabaré al Señor por todas las cosas que nos dió, y por la muchedumbre de bienes que repartió á la casa de Israel; y como dice san Bernardo, ningunos dones de Dios se han de quedar sin agradecimiento y alabanza (Serm. 51 in Cant.): *Non grandia, non mediocria, non pusilla:* ni los grandes, ni los medianos, ni los pequeños; porque los pequeños son infinitos en número, y aunque respecto de otros sean pequeños, por otros títulos son muy grandes.

La cuarta, es la infinita bajeza de la persona á quien se hace el beneficio, que es el hombre miserable, desconocido ó ingrato, y verdaderamente indigno de que Dios se acordase de él y le hiciese beneficio alguno. Y así dice David (*Psalm.* VIII, 6): ¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él? ¿Y quién es el hijo del hombre para que le estimes en algo? Todo es vanidad, y sus dias pasan como som-

bra. (*Psalm.* CXLIII, 4). De donde tambien sacaré, que comparando mi bajeza con la grandeza de Dios, soy indigno de tomar en mi vil boca sus alabanzas, diciendo con san Agustin (in Soliloquiis, c. 10): ¿Quién soy yo, Dios mio, para alabarte? Soy polvo y ceniza, perro muerto y hediondo gusano, y podredumbre; pues ¿cómo alabarán las tinieblas á la luz, la muerte á la vida, y el gusano á su infinito Criador?

La quinta, es la infinita liberalidad de Dios en dar el beneficio, dándole de gracia y de balde, sin esperar provecho del hombre á quien le da, y sin merecérselo, antes desmereciéndoselo infinitamente por sus innumerables pecados y desagradecimientos. De modo, que con ser tan enemigo suyo, no se cansa de hacerle cada dia nuevos beneficios. Estas cinco cosas nos enseñó á ponderar Cristo nuestro Señor, trayéndonos á la memoria el beneficio de la encarnacion, diciendo (*Ioan.* III, 16): *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito. La cual sentencia, como se dijo en la meditacion II de la parte II, tiene cinco palabras, y cada una pondera una de las cosas dichas. El que dió el beneficio es Dios infinito; el modo fue: *dilexit,* amando; el que le recibió fue *mundus*, el mundo lleno de abominacion; el beneficio fue su Hijo unigénito, tan infinito como él, y dióle de balde y sin merecimientos nuestros, y por esto dice, *ut Filium suum unigenitum daret.*

Modo de agradecer los beneficios divinos.—Ponderando estos cinco puntos, en cada beneficio divino hemos de corresponder con el debido agradecimiento, al cual, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 106, *art.* 6; *q.* 107, *art.* 1), inclina en primer lugar la virtud de la gratitud, por ser Dios el primero y supremo bienhechor, con quien principalmente hemos de ejercitar los tres actos propios del agradecimiento, que son reconocer y estimar grandemente su beneficio, por las razones dichas; alabarle por él publicando su largueza para que todos le alaben y glorifiquen; y hacerle algunos servicios no por interés, sino de gracia y de balde, aunque no esperáramos de Dios otros nuevos beneficios, pues bastan los recibidos. Y para que nuestro agradecimiento sea cumplido, ha de ser, como dice san Pablo (I *Tim.* II, 1), universal por todos los beneficios, sin dejar ninguno, y no solo por los que yo recibo, sino por los que reciben todas las demás criaturas.

Advirtiendo, que en el mundo hay tres suertes de criaturas. Unas que pueden y quieren dar gracias á Dios, por los beneficios que les

hace, pagándole esta deuda conforme á su posibilidad, como son los Ángeles, los Santos del cielo, las ánimas del purgatorio y los justos de la tierra. Otros hay que pueden, pero no quieren darle gracias, ó por ignorancia ó por malicia, como son los idólatras que no conocen á Dios, los demás infieles y los muy malos cristianos. Y aquí tambien pueden entrar los demonios y los condenados, á los cuales hizo Dios en algun tiempo grandes beneficios. Otras criaturas hay que ni quieren ni pueden agradecerlos, por no tener entendimiento para ello, como son los cielos, elementos mixtos, plantas y animales brutos; por todos los beneficios que se hacen á estas criaturas, hemos de dar gracias á Dios, acompañando á las primeras en su obra, supliendo la ignorancia y malicia de las segundas, y la imposibilidad de las terceras, convidándolas á alabar á Dios, porque de este modo me animo yo á bendecirle y glorificarle, y atizo el deseo de que alaben á Dios todos los que pueden y deben alabarle. Y así en todo lugar y tiempo, como dice el Apóstol (*Ephes.* v, 4; II *Thes.* I, 5; II *Cor.* IX, 15), alabaré á Dios con la palabra de que usa él muchas veces, especialmente á los corintios: *Gratias Deo super inenarrabili dono ejus:* gracias á Dios por su don que no se puede contar. De esta palabra usa á menudo la Iglesia al fin de la misa y de las horas canónicas, para aficionarnos al uso de ella, porque como dice san Agustin (*Epist.* 77): *Quid melius, et animo geramus, et ore promamus, et calamo scribamus, quam Deo gratias? hoc nec dici brevius, nec audiri laetius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest:* ¿qué cosa mejor podemos traer en el corazon y echar por la boca y escribir con la pluma, que esta palabra, gracias á Dios? No hay cosa que se pueda decir con mas brevedad, ni oirse con mas alegría, ni sentirse con mayor alteza, ni hacerse con mayor utilidad.

Con esto queda declarada la diligencia que de nuestra parte podemos hacer en estas meditaciones para alcanzar su fin, cooperando con la divina gracia, en la cual principalmente hemos de poner toda nuestra confianza, desconfiando de nuestras diligencias, diciendo despues de haberlas hecho: Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos, no somos dignos de tan dulce y soberano premio como es el don de la contemplacion; harto es haberle pretendido para gloria del Señor que desea darle, y nos le dará, ó en esta vida si nos conviniere, ó sino en la otra, á donde contemplarémos á Dios con claridad, y le amarémos con todas las fuerzas de la caridad, por todos los siglos. Amen.

Dios mio, la ciencia y conocimiento que puedo tener de tí por lo que pasa en mí.—Lo primero, dentro de mí mismo tengo estampada la lumbre natural, que, como dijo David (*Psalm.* IV, 7), es lumbre y resplandor que sale del rostro de Dios, y nos descubre lo que es bueno, y al que es sumo bien, de quien todo lo bueno procede; y con esta lumbre anda una inclinacion natural, que nos solicita á lo que es conforme á razon, y á la regla de toda bondad, que es Dios, inclinándonos á amarle, venerarle y obedecerle; y cuando nuestros pecados no ahogan esta centella ó apagan los resplandores de esta lumbre, á menudo sentimos relámpagos que nos descubren esta verdad é hinchan nuestros corazones de alegría.

2. Lo segundo, en mí mismo echo de ver tanta hermosura y variedad de potencias y sentidos exteriores é interiores, con tanta muchedumbre de huesos, venas, arterias y otras innumerables partes, y todas con tan admirable órden, que ellas mismas claman y dicen, que ni son hechas acaso, ni se hicieron á sí mismas, sino que hay Dios artífice soberano, de quien todas procedieron, y como dijo David (*Psalm.* XXXIV, 10): Mis huesos están diciendo: Señor, ¿quién hay semejante á tí? Ó Dios infinito, mis huesos y mis arterias y venas, mis ojos y oidos, y todas las telas y partecicas de todos mis miembros y sentidos, están diciendo que tú eres Dios, y que no hay otro semejante á tí que pudiera darles el ser que tienen, si tú no se le dieras. ¡Oh si todas ellas se convirtieran en lenguas para testificar á todo el mundo esta verdad, y alabarte, y glorificarte y bendecirte por ella!

3. Pero sobre todo, el espíritu nobilísimo que está dentro de nuestro cuerpo da voces que hay otro espíritu soberano que está dentro de este mundo, aunque no estrechado á él; porque si entro con la consideracion dentro de mí mismo, veré la nobleza de mi alma, por las obras admirables que salen de sus tres potencias, memoria, entendimiento, voluntad y libre albedrío, las cuales no están atadas á su cuerpo, sino salen fuera de él, paseando por toda la redondez de la tierra, mar y aire, y penetran los cielos, descubriendo los secretos de la naturaleza que no perciben los sentidos. De donde proceden las innumerables artes y ciencias, y los modos admirables de artificios y trazas de prudencia en el gobierno, por las cuales conocemos que nuestra alma es espíritu invisible é inmortal, sin dependencia en su ser del cuerpo donde está encerrada, de modo que aunque el cuerpo se acabe, ella permanece, cumpliéndose la natural inclinacion y deseo que tiene de la inmortalidad y de vi-

vir para siempre. Todo esto pregona claramente que hay Dios, espíritu invisible é inmortal, de quien proceden todos los demás espíritus, el cual está en medio de este mundo, dando ser y vida á todas las cosas, no como ánima que informa al cuerpo, sino con otro modo mas levantado, gobernando las criaturas y comunicándolas todas las artes y ciencias, industrias é inclinaciones que tienen, pero sin dependencia de ellas, porque aunque el mundo se acabase, Dios siempre permaneceria. Ó Dios de inmensa majestad (*Psalm.* CXXXVIII, 6), ahora digo que es admirable el conocimiento que alcanzo de tí, por lo que conozco en mí; porque si en cosa tan grosera como mi cuerpo está un espíritu tan noble como mi alma, que le da ser y vida y la gobierna, y en él y por él hace cosas de tanta admiracion, ¿cuánto mas necesario es que en medio de este mundo tan extendido estés tú, Espíritu soberano, por quien todos somos, vivimos y nos movemos? Y pues tú eres mi ser y mi vida, quiero tambien llamarte mi alma, y gozarme de tenerte á tí por Dios, amándote sumamente mas que á mí. ¡Oh si todos te conociesen y amasen mas que á su vida y á su alma! pues tú eres como vida y alma de todos, á quien sea gloria y alabanza por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, tengo de considerar como no solamente la hermosura y concierto de este gran mundo y del mundo abreviado del hombre, sino tambien todos sus alborotos, desconciertos y desórdenes particulares, con todas las miserias y trabajos de que los hombres no podemos librarnos por nuestras fuerzas, son despertadores que nos acuerdan que hay Dios.—Los truenos, relámpagos y rayos del cielo, las nieves, granizos, heladas, vientos y tempestades del aire, las olas del mar, las avenidas de los rios, los temblores de la tierra, las enfermedades, las guerras y todas las cosas que nos afligen, están dando voces, que hay Dios que puede remediar estos males; y así naturalmente cuando nos vemos apretados de ellos, *Hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te* (II *Par.* XX, 12), luego nos acordamos de Dios, y levantamos los ojos al cielo á pedir remedio al que puede dárnosle, pues la misma razon nos dicta haber alguno que pueda esto. Y hasta los mismos pecados y las injusticias y agravios que padecen los buenos dan voces que hay Dios, á quien pertenece castigar estas maldades, y premiar las virtudes, pues en la tierra no hay quien haga esto cumplidamente.

2. Demás de esto, la guerra y contradiccion que siento dentro de mí mismo, rebelándose mi carne contra el espíritu, y las pasio-

nes contra la razon, está diciendo que hay Dios, por cuya virtud podré rendir á los que no puedo con la mia. Con esta consideracion tengo de consolarme y alentarme, así en mis trabajos como en los ajenos, y así en los propios como en los comunes; y de los males del mundo, sacar el sumo bien que está dentro de él, á quien pertenece remediarlos. Ó alma mia, abre tus ojos, y tiéndelos por ese mundo y por lo que hay dentro de tí, mirando todas las cosas, prósperas y adversas; y luego abre tus oidos para oir lo que te dicen, y oirás que están clamando, como en medio de todas hay un Dios que puede dar las prosperidades, y librar de las adversidades á los que no pueden librarse de ellas. Alégrate con ésta buena nueva, y procura como el Apóstol (II *Cor.* vi, 7), mostrar tu fidelidad, peleando á diestro y á siniestro, en lo próspero y en lo adverso, sirviendo en todo al que se muestra ser Dios en todo, y por ello merece ser alabado de todos. Amen.

3. De estas consideraciones que se han puesto, sacaré cuánto importa tener viva fe, y luz cierta de esta verdad, y memoria continua de ella, porque es freno de todos los vicios y espuela de todas las virtudes; y al contrario, la falta en esta fe ó la mortandad en ella, ó el olvido de esta verdad, es causa de todos los pecados del mundo, y de todas las tibiezas é imperfecciones que hay en el divino servicio. Y por esto dijo David (*Psalm.* xiii, 1), que en diciendo los necios dentro de su corazon, no hay Dios, luego estragan sus costumbres y se hacen abominables, y no hay entre ellos ni uno solo que obre bien; como si en una república entendiesen los hombres que no hay rey, ni juez, ni justicia, luego se desenfrenarian en millones de maldades unos contra otros. – Y el mismo daño hace olvidarse de que hay Dios, como se dice en Job (*Iob,* viii, 13); y por esto, con grande exageracion nos pide la divina Escritura, en la ley, y Salmos, y Profetas (*Deut.* vi, 13), que no nos olvidemos de Dios, y que nos acordemos siempre de él, porque acordándonos que hay Dios, no pecarémos, vivirémos contentos, alegres, confiados, y con ánimo para ejercitar todas las virtudes, como decia David (*Psalm.* lxxvi, 4): Acordéme de Dios, alegréme y ejercitéme, hasta que desfalleció mi espíritu.

4. De aquí tambien sacaré gran compasion de los pecadores que confiesan con la boca que hay Dios, y, como dice san Pablo (*Tit.* i, 16), lo niegan con las obras, ponderando cuán grave mal es un pecado mortal, pues, cuanto es de su parte, es negacion de Dios, y una protestacion práctica de que no hay Dios á quien se

haya de obedecer, ni que pueda castigar (*Iob*, xxxi, 28); pero yo, al contrario, tengo de protestar esta verdad con el corazon, y con la lengua y con las obras, y gozarme de que haya Dios, y darle gracias por la fe que me ha dado de esta verdad, y procurar traerle siempre en mi memoria, tomando á las criaturas por despertadores de mi olvido, para que en viéndolas, luego me acuerde que hay Dios, por quien ellas y yo tenemos ser, á quien sea honra y gloria, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION II.

DE LA ETERNIDAD DEL SER DE DIOS, Y COMO ÉL SOLO ES EL QUE ES.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar como no solamente es verdad certísima que hay Dios, sino que este Dios necesariamente es (*D. Thom.* 1 *p. q.* 2, *art.* 3 ; *q.* 3, *art.* 11), fue y será siempre ; porque su esencia es ser : y así preguntando Moisés á Dios por su nombre, le respondió (*Exod.* iii, 14) : *Yo soy el que soy.* Y á los hijos de Israel dirás : *El que es, me envió á vosotros.* Como quien dice : Mi nombre propio es ser el que es, y mi esencia es ser siempre, sin que sea posible dejar de ser, como no es posible que el hombre no sea racional, y que la piedra no sea cuerpo. De suerte que Dios fue antes que fuese el mundo ; y si con la imaginacion fingiese millones de millones de años, que precedieron al ser del mundo, antes de todos ya era Dios, y siempre fue. Y por esto en la Escritura se llama (*Dan.* vii, 9) : *Antiquus dierum,* el Antiguo de dias ; porque todo lo criado es nuevo y reciente, y él solo es tan antiguo, que no se puede hallar principio de su ser.

2. Demás de esto, en este ser ha permanecido siempre sin mudanza alguna, como él lo dijo por Malaquías (*Malach.* iii, 6) : Yo soy Dios que no me mudo, ni me envejezco ni marchito, sino siempre permanezco en un mismo ser (*Iacob.* i, 17), tan libre de mudanza, que ni la sombra de ella me toca. Y en este mismo ser permaneceré para siempre, durando millones de millones de años, sin que se pueda imaginar fin de ellos. Por lo cual dijo David (*Psalm.* ci, 28) : Tú, Señor, siempre eres el mismo, y tus años no desfallecerán ; y por esta causa Dios es y se llama eterno, cuya eternidad consiste en que su ser ni tuvo principio, ni puede tener fin, ni sucesion ó mudanza alguna, sino todo él siempre fue, es y será, como fue. De donde sacaré grandes afectos de gozo y alabanza, por este ser eterno de

Dios, cantándole aquel cántico de los santos cuatro animales, que decian (*Apoc.* IV, 8): Santo, santo, santo, el Señor Dios todopoderoso, el que era, y es, y será, y ha de venir. Ó Santo de los santos, firme, estable é inmutable en tu ser, que todo es santo, ven á darme noticia de quién eres, y de tu eterno ser, para que mi alma, ilustrada con tu luz, te alabe, y glorifique y bendiga por toda tu eternidad. Amen.

3. De aquí tambien sacaré, cuán abominable cosa es la propia voluntad; de la cual dice san Bernardo (*Serm.* 3 *de Resurrect.*), que cuanto es de su parte querria matar y destruir á Dios, y que Dios dejase de ser, y que no fuese tal cual es, para que ni supiese sus males, ni pudiese castigarlos; y este disparate protestan con las obras todos los pecadores que se rinden á su voluntad propia, que es contraria á la de Dios, de los cuales me debo compadecer, llorando las veces que yo he intentado tal locura. Y al contrario, gozándome de que Dios tenga tal ser, que ninguno pueda destruirle, ni menoscabarle, ni quitar nada de lo que su sabiduría y omnipotencia tiene, porque todo es eterno é inmutable, como su mismo ser.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como de tal manera es esencia de Dios ser el que es, que á ningun otro que á Dios puede convenir, porque solo Dios tiene el ser de sí mismo, y todo lo demás recibe el ser de Dios; y así es principio sin principio, de quien todas las cosas dependen en su ser, y él de ninguna. Y por esto dijo el Apóstol (I *Tim.* VI, 16), que solo Dios tiene inmortalidad, porque solo él de su naturaleza tiene el no poder morir, ni dejar de ser; pero las demás cosas, aunque sean el cielo, sol, luna y estrellas, y los mismos Ángeles, de su cosecha no tienen ser, antes están sujetos al no ser, y son de suyo cosa vana (*Rom.* VIII, 20), y vacía de ser, y (*Psalm.* CI, 27, *et* CIII, 29) como la vestidura se envejecieran y vendrian á perecer, si Dios no las da siempre su ser y se le conserva.

2. De esta verdad, bien ponderada, sacaré el principal fundamento de la vida espiritual, porque en ella se funda la profunda humildad que debemos tener delante de Dios, la cual tienen los Ángeles, y los espíritus bienaventurados, y la Vírgen nuestra Señora, y la misma alma de Cristo nuestro Señor, y es razon que yo la procure, considerando, que como solo Dios es el que es, así yo soy el que no soy, porque de mi cosecha no tengo ser ni le puedo tener si no es de Dios, y en dejando él de dármele, me volveré en nada; y como dijo Dios á Adan (*Genes.* III, 19): Polvo eres, y en polvo te

volverás, porque fue hecho de tierra y se convertiria en ella; así debo entender proporcionalmente que me dice Dios: Nada eres, y en nada te volverás, porque fuí hecho de nada, y de mi cosecha soy nada, y luego me volveria en nada, si Dios no me conservase, aunque por su voluntad el ser de mi alma nunca se volverá en nada. Y si soy nada cuanto al ser, que es fundamento de las demás perfecciones, lo mismo será en todas ellas; y así de mi naturaleza y cosecha ni tengo ser, ni saber, ni poder, ni obrar, ni movimiento alguno, ni tengo estabilidad, ni firmeza en cosa mia; todo está sujeto á vanidad y mutabilidad, y parará en muerte y en no ser, si Dios no lo conserva; y por esto dijo David (*Psalm.* XXXVIII, 6): Pusiste medida y tasa á mis dias, y mi sustancia es como nada delante de tí. Sustancia llama todo su ser y sus potencias y virtudes, y la firmeza y fortaleza que resplandece en todas las cosas que posee dentro y fuera de sí, lo cual, todo de su cosecha, es nada en la presencia de Dios, sin el cual no tiene ser.

3. Sobre esta nada que tengo de mio, y sobre el ser esencial que tiene Dios de suyo, fundaré todos los afectos de la vida espiritual.- Unos para con Dios, amándole como á principio de mi ser, reverenciándole por la singular excelencia que tiene en el suyo, confiando en él como en autor de toda virtud y de la firmeza en ella, alabándole y agradeciéndole el ser que me da, con los demás afectos de resignacion y obediencia que se deben á tan grán Dios.-Otros afectos serán para conmigo mismo, despreciándome por la nada que soy, desconfiando de mis fuerzas, no presumiendo de ellas, ni atribuyéndome cosa buena que tuviere ó hiciere, dando de todo la gloria á Dios, y ahogando todos los movimientos de soberbia, presuncion y vanagloria en el abismo de esta nada. Ó Dios eterno, cuya esencia es ser con modo tan singular; gózome de que tú solo seas el que eres, y que nada tenga ser si no es de tí. Esclarece los ojos de mi alma para que conozcan el ser que tienes por tu esencia, y el no ser que yo tengo de mi cosecha, para que sobre estos dos conocimientos, como sobre dos polos firmes é inmutables, se mueva la rueda de mi vida, hasta llegar al descanso de la eterna, donde te vea y goce, participando de tu eternidad. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como la esencia de Dios es ser el que es, porque su ser simplicísimo, sin añadidura ni composicion encierra con suma identidad y union, y sin limitacion alguna, todas las perfecciones de todas las cosas que tienen ser, con un modo eminentísimo, y otras infinitamente mayo-

res y mas excelentes de lo que podemos entender; de tal manera, que en su comparacion todas las cosas criadas y las que pueden criarse son como nada, y como si no fuesen ni tuviesen ser. Por lo cual dice Isaías (*Isai.* XL, 15), que todas las gentes delante de Dios son como una gotica del agua que gotea del caldero, ó como la mínima inclinacion que hace el fiel de la balanza; y finalmente son en su presencia como si no fuesen y como nada, y cosa vacía de ser. De donde sacaré una grande estima de la soberanía y majestad del ser de Dios, ante cuya presencia cosas de tan noble ser quedan oscurecidas, y son como si no fuesen:

—lo cual se ponderará mas en la meditacion IV y en las siguientes.—

2. Y tambien sacaré la poca estima que por esta parte debo tener de todas las cosas criadas, especialmente de estas visibles que me arrebatan el corazon, pues en presencia del divino Ser son como una gota de agua, que no puede hartar mi sed ni la mínima parte de mi deseo, y son tambien mudables como el fiel del peso, que fácilmente se inclina, ya á una parte, ya á la contraria, con cualquier peso que se ponga en la balanza. Ó Dios eterno, cuyo nombre propio es ser el que es; gózome de la soberanía de este nombre, tan propio tuyo, que no es posible convenir á otro que á tí. Ó nombre venerable, nombre inefable, escondido á Abrahan, Isaac y Jacob, y manifestado á Moisés en señal de amor (*Exod.* VI, 3): descúbreme, Dios mio, las riquezas inestimables de este nombre, para que te reverencie, adore, ame y sirva, como Señor de tan soberano ser merece. Ó alma mia, si Dios es solo el que es, abarcando toda la perfeccion del ser, ¿por qué no te juntas con él, para que tu ser tenga nobleza y firmeza con el suyo? ¿por qué te derramas por las criaturas vacías de ser, pues no te pueden dar lo que deseas, no teniéndolo ellas? Desde hoy mas, Dios eterno (*Philip.* III, 8), tendré todo lo criado por estiércol y basura, por pérdida y detrimento, por vanidad y nada, en razon de juntarme contigo, para amarte y servirte por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION III.

DE LA INFINIDAD É INCOMPRENSIBILIDAD DEL SER DE DIOS.

—Para entrar con seguridad en el conocimiento de las grandezas del ser de Dios sin anegarnos en ellas (*D. Thom.* 1 *p. q.* 7, *art.* 1;

q. 12, *art.* 7), es necesario conocer que es infinito é incomprensible, y que á su grandeza pertenece que ningun otro que sea menos que él pueda comprender todo lo que tiene, para cuyo entendimiento advierto, que como hay dos modos de hacer una imágen, uno por pintura y otro por escultura; el primero se hace añadiendo varios colores y rayas sobre la tabla; el segundo, quitando con el cincel muchas partecicas de ella, hasta dejar entallada la figura. Así, dice san Dionisio (*De mystica theol. c.* 3; *de divinis nom. c.* 7; *D. Thom. lect.* 4), hay dos modos de conocer á Dios y de formar dentro de nuestra alma un concepto verdadero y propio, que sea imágen de su divinidad. Uno por afirmaciones, poniendo en Dios las excelencias y perfecciones que hay en las criaturas, con modo muy mas perfecto, diciendo que es bueno, sábio, poderoso y fuerte. Y otro por negaciones, quitando de Dios lo limitado que vemos en las criaturas, por ser cosas indignas de su grandeza, y por esto decimos que es infinito, inmenso, incomprensible, inefable, etc. Y de este modo de conocer á Dios será esta meditacion, el cual dice mas con su infinita grandeza, y nos abre la puerta para el otro primero; del cual serán las meditaciones siguientes. —

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no es cosa alguna de cuantas se pueden percibir con los cinco sentidos corporales (*D. Thom.* 1 *p. q.* 7 *art.* 3), y por consiguiente no es blanco, ni colorado, ni resplandeciente, ni hermoso como las cosas que acá se ven. No es como cielo, sol ó estrellas, ni es como fuego, aire ó agua, ni es como leon, águila ó cuerpo alguno, porque todo esto que se percibe con los sentidos es cosa indigna de la grandeza de Dios, el cual infinitamente excede á todo esto, y es grandísimo agravio compararle á ello con igualdad, conforme á lo que dice Isaías (*Isai.* xl, 18): ¿Á quién hicísteis semejante á Dios? ¿á quién me comparásteis é igualásteis? dice el Santo. Ó Santo de los santos, todos mis huesos se conviertan en lenguas y digan á voces (*Psalm.* xxxiv, 10): *Domine, quis similis tibi?* Señor, ¿quién hay semejante á tí? No hay alguno semejante á tí entre los que se llaman dioses, ni sus obras pueden igualarse con las tuyas. (*Psalm.* lxxxv, 8). No eres hermoso como las cosas de la tierra, sino con otra hermosura que no pueden comprender los Ángeles del cielo; no eres resplandeciente como la luz de este sol visible, sino con otro resplandor y luz inaccesible (I *Tim.* vi, 16); no eres grande con la grandeza de cantidad que conviene á los cuerpos, sino con grandeza de virtud que excede á todos los espíritus; no eres dulce

ni sabroso como las músicas ó manjares corporales, sino con otra dulzura y sabor que sobrepuja la capacidad de todas las cosas espirituales. Ó Dios infinito (*Psalm.* LXX, 19), ¿quién puede ser semejante á tí? De esto me gozo y me regocijo, que tu ser sea tan infinito que no tenga comparacion con todo lo visible que criaste. ¡Oh quién te amase con un amor tan crecido, que no fuese semejante á ningun amor terreno!

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no es cosa alguna de cuantas se pueden abarcar y comprender con la imaginacion ó entendimiento de los hombres, ni aun de los Ángeles, porque todo esto es finito y limitado; y por consiguiente desdice mucho de la soberanía y majestad del ser de Dios, el cual es infinito é ilimitado, de suerte que Dios no es bueno ni sábio con la bondad y sabiduría que los hombres y Ángeles pueden comprender, porque esta es muy corta y pequeña, y dista infinitamente de la que tiene Dios; el cual tiene tal modo de bondad y sabiduría, que no la podemos abarcar ni ponerle nombre propio que del todo la cuadre; y por esto es incomprensible é inefable; y lo mismo digo de las otras divinas perfecciones. Por lo cual tambien seria gran desvarío comparar sus grandezas con las de algun hombre ó Ángel, con igualdad y perfecta semejanza; antes con David tengo de decir (*Psalm.* LXXXVIII, 7): *Quis in nubibus aequabitur Domino? similis erit Deo in filiis Dei?* ¿quién en las nubes se igualará al Señor? ó ¿quién entre sus hijos será semejante á Dios? que es decir, ninguno de los que moran entre las nubes, ni de los que son hijos de Dios por gracia, puede igualarse ni compararse con Dios, porque todos infinitamente distan de él, y él es sobre todos.

2. De aquí subiré á considerar, como para conocer la grandeza del ser de Dios, con este modo de conocimiento tengo de dejar, como dijo san Dionisio á Timoteo (*L. de mys. theol. c.* 1), las cosas que se perciben con los sentidos y con nuestros cortos entendimientos, y dar de mano á imaginaciones y discursos, é inteligencias limitadas del entendimiento, entendiendo que Dios no es sustancia, ni espíritu, ó ser como lo que yo alcanzo, sino una cosa excelentísima, grandísima, soberanísima y levantadísima sobre toda sustancia, y sobre todo espíritu y sobre todo ser, el cual yo ignoro, y todos ignoramos; y para mí y para todas las criaturas es como niebla, oscuridad y tinieblas. Y así dice la Escritura (*Exod.* XX, 21), que Moisés entró en la oscuridad donde Dios estaba. Y David dice (*Psalm.* XCVI, 2), que nube y oscuridad está al rededor de su silla; y Sa-

lomon (III *Reg.* VIII, 12), que Dios mora en la niebla; pero mas claro san Pablo dice (I *Tim.* VI, 16), que mora en una luz inaccesible, á quien ninguno de los mortales vió ni puede ver, abarcando lo que en sí tiene. En esta ignorancia tan sábia y en esta oscuridad tan clara, aunque inaccesible, tengo de procurar hallar descanso y quietud, sintiendo altísimamente de Dios, gozándome de que sea infinitamente mayor de lo que yo puedo imaginar ni pensar, admirándome de esta grandeza incomparable, y supliendo la falta del conocimiento con el exceso del amor, deseando con todo mi corazon amarle y servirle, y suspirando por verle. (I *Cor.* XIII, 12). Ó Dios invisible, ¡cuándo tengo de verte, no por espejo, y en enigmas con oscuridad, sino cara á cara con claridad! ¡Oh si te conociese como me conoces, para amarte como me amas! Mas, pues la ciencia es tan corta y se queda tan atrás, el amor será largo y pasará mas adelante, amándote cuanto puedo, hasta verte como deseo.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré como el ser de Dios de tal manera es infinito, que todas las perfecciones que la divina Escritura dice de él son infinitas, sin que el entendimiento halle dónde hacer pié, ni pueda imaginar fin y cabo de ellas; porque como dicen los Profetas (*Psalm.* CXLIV, 3; *Baruch*, III, 25): Grande es el Señor, y su grandeza no tiene fin. Y así tambien ni tiene fin su duracion, ni su lugar, ni su bondad, ni su sabiduría, ni su potencia, porque en todo es infinito. Y despues de haber imaginado cuanto puedo imaginar, es infinitamente mas de lo que hubiere imaginado. De suerte, que despues que imaginare que Dios durará millones de años, he de añadir otros tantos y luego otros tantos; y despues de añadidos cuantos imaginare, son infinitos los que restan. Por lo cual exclamó un amigo de Job (*Iob,* XXXVI, 26): Grande es Dios y vence á nuestra ciencia; el número de sus años es inestimable y no se puede contar. Del mismo modo Dios llena todo este mundo, y puede llenar otros millones de mundos mayores que este, y despues de haber imaginado cuantos mundos pudiere, son infinitos mas los que Dios puede llenar con su inmensidad. Y lo mismo es en la sabiduría y omnipotencia, sintiendo tan altamente de cada una de sus perfecciones, que crea ser mucho mas lo que no entiendo que lo que entiendo; y en esta ignorancia descansaré, gozándome de lo mucho que hay en el ser y perfecciones de Dios que yo no alcanzo.

2. De donde se sigue, que el ser de Dios á boca llena es incomprensible é inefable, si no es del mismo Dios; de modo que ninguna criatura puede abarcar lo que hay en él, ni lo que hay en su

bondad ó sabiduría ó en cualquiera de sus atributos y perfecciones, ni puede ponerlas nombre propio que le cuadre del todo. Y por esto dijo Jeremías (*c.* XXXII, 19): Grande es Dios en el consejo é incomprensible á todo entendimiento; y la razon es evidente, porque cualquier criatura es finita y limitada, y lo finito no puede comprender á lo que es infinito, así como no es posible que yo con mi puño abarque todo el mundo, ni un vaso pequeño puede recibir dentro de sí toda el agua del mar Océano. Y como dice el Sábio (*Sap.* IX, 16): Si con dificultad conocemos las cosas que pasan en la tierra, y con trabajo entendemos las que pasan delante de los ojos, las que están en los cielos ¿quién las podrá buscar? Así lo tengo de confesar y gozarme de ello, preciándome de tener un Dios tan grande, que ninguno le comprenda, porque si yo le pudiera comprender, fuera Dios muy corto y apocado, ó por mejor decir, no fuera Dios.

3. Y para esto tomaré ejemplo de los supremos Ángeles, que son los Serafines (*Isai.* VI, 2), los cuales tienen seis alas, para significar que vuelan en el conocimiento de Dios y de las cosas que crió en los seis primeros dias del mundo, y suben mas alto que todos los demás Ángeles; y con todo eso, cuando están en la presencia de Dios, de las seis alas encogen las cuatro, y con las dos cubren la cabeza de Dios, significando que no pueden comprender las altezas de su divinidad, y con otras dos cubren los piés de Dios, significando que no pueden comprender todas las obras que proceden de ella; y con solas dos vuelan, confesando de Dios algunas grandezas que saben, pero mucho mas engrandecen á Dios con el encogimiento de las cuatro alas, que con el vuelo de las dos y con las palabras que dicen, porque confiesan ser infinitamente mas lo que no saben de Dios, que lo que saben. Ó Dios incomprensible é inefable, gózome de que los Serafines se hallen ciegos y deslumbrados en tu presencia, confesando que veneces toda su ciencia y que no te pueden abarcar. ¡Oh quién tuviera las seis alas de estos encendidos Serafines, y las convirtiera todas en alas de amor, para emplear todas mis fuerzas en amarte, ya que no puedo comprenderte!

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como fundamento de nuestra fe, el sumo beneficio que Dios nos hizo en revelarnos los misterios secretísimos de su infinito ser y perfecciones, porque viendo su Majestad que no era posible á los hombres ni á los Ángeles alcanzarlos todos, ni rastrear muchos de ellos, por lo que miraban en las criaturas, quiso por su infinita bondad y misericordia revelarnos algunos, para gloria suya y bien nuestro, entre

los cuales hay muchos tan levantados que no podemos alcanzar á entender cómo son, porque sobrepujan á nuestra capacidad y á toda la razon y lumbre natural, lo cual me ha de mover á sumo gozo, por ver que tengo un Dios tan excelente é infinito, que su ser y sus obras trascienden á todo cuanto los hombres y Ángeles podemos alcanzar ó rastrear. Y demás de esto, tengo de sacar otros tres excelentes afectos y propósitos.—El primero, de agradecimiento á Nuestro Señor, por habernos revelado en sus Escrituras por medio de sus Profetas las cosas secretas de su divinidad, y como dijo David (*Psalm.* L, 8), las escondidas y ocultas de su sabiduría; pero en especial los que vivimos en la ley de gracia hemos de darle mayores gracias por habernos dado su Hijo unigénito, el cual, como dijo el glorioso san Juan (*Joan.* I, 18), nos las reveló con mas distincion, como quien las habia visto. Y así tengo de darle gracias, porque nos reveló el misterio de la santísima Trinidad, de la encarnacion, de la Eucaristía, del perdon de los pecados, de la resurreccion de la carne, de la vida eterna, contando estos y otros misterios semejantes, los cuales no se pudieran saber sino por su revelacion.

2. El segundo afecto ha de ser de fe, muy cierta y muy rendida (II *Cor.* X, 5), cautivando mi entendimiento á creer lo que yo no alcanzo, porque Dios lo ha revelado, pues de otra manera fuera imposible saberlo. Y así en particular ejercitaré la fe cerca de los misterios que son mas levantados y secretos, gustando de creerlos y de vivir con esta fe y guiarme por ella. Y á imitacion de los Serafines, confesando mi cortedad, juntamente á voces y con grande gusto alabaré á Dios trino y uno, con los nombres que él me ha revelado, diciendo (*Isai.* VI, 3): Santo, santo, santo; Sábio, sábio, sábio; Poderoso, poderoso, poderoso es el Señor Dios de los ejércitos, sin querer escudriñar mas de lo que él me tiene revelado; porque el escudriñador curioso de la divina Majestad, como dice el Sábio (*Prov.* XXV, 27), será oprimido de su gloria.

3. El tercer afecto ha de ser una grande confianza, con grande alegría de corazon, esperando firmemente que tengo de llegar á ver estos misterios que ahora creo, cumpliéndose en mí lo que dice san Pablo (I *Cor.* XIII, 12): Ahora vemos á Dios por espejo y por enigma, despues le verémos cara á cara; pues por esto me los reveló con oscuridad, para que creyéndolos con viva fe y obediencia á sus mandamientos, llegase á verlos con claridad. Y aun he de tener gran confianza, que tambien en esta vida esclarecerá mi fe y me dará grande inteligencia de sus misterios, si yo me dispongo con

limpieza de corazon para verlos, pues él dijo que eran bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. (*Matth.* v, 8). Ó Dios de la esperanza, lléname de todo gozo y paz en el creer, para que abunde en mí la confianza (*Rom.* xv, 13) y la virtud del Espíritu Santo por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LA UNIDAD DE DIOS EN ESENCIA, Y DE LA TRINIDAD EN PERSONAS.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar el primer artículo de nuestra santa fe, por el cual confesamos que no hay mas que un solo Dios (I *Cor.* viii, 4), con una sola esencia y divinidad, sin que sea posible haber muchos dioses. (*Deut.* vi, 4). De suerte, que no hay mas que un Criador, un Gobernador, un Señor, un primer principio, y un último fin de todas las cosas. Y en esta verdad se fundan los mas principales mandamientos de nuestra ley.–Porque primeramente, como Dios es un bien sumo é infinito en quien están encerrados todos los bienes (*D. Thom.* 1 *p. q.* 11, *art.* 3) y perfecciones posibles, sin que le pueda faltar una, porque si una le faltase seria imperfecto y andaria mendigando la de otros; síguese claramente que no es mas que uno, porque si hubiera otros dioses faltárale la bondad y perfeccion que tienen estos: por lo cual se diferencia de ellos. Y en esto se funda mandarnos Dios que le amemos sobre todas las cosas, con todo nuestro corazon, porque es sumo bien, todo bien, y único bien, digno de ser amado con sumo amor, y con único amor, sin dividirle, ni partir el corazon en otros amores que no sean en órden á su amor. Ó Bien infinito, ¿qué mucho te ame yo sobre todas las cosas, pues tú eres un Dios superior á todas? y ¿qué mucho que te dé yo mi amor todo, sumo y único, pues todo es poco en comparacion del amor que merece tu bondad toda, suma y única? Razon es que no ame cosa contra tí, ó que no sea ordenada para tí, pues no hay cosa que sea buena, ni amable, si no es por la bondad que recibe de tí.

2. Lo segundo, como Dios es soberano y supremo Señor, y Gobernador de sus criaturas, á quien todas están sujetas, y á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir (*Psalm.* lxxv, 8), porque si alguno pudiese resistirle, seria Dios miserable, y no tendria contento ni paz en su gobierno, ni su reino podria ser de dura. Síguese que no es mas que uno solo, porque si fueran muchos dioses, tuvieran

diferentes juicios y voluntades y poderes, y pudiera alguno querer algo contra el otro, y hacerle guerra y contradiccion. No fuera posible durar el mundo con la paz y concierto que tienen las criaturas, porque (*Luc.* XI, 17) todo reino dividido será asolado. Y así el concierto de los cielos y elementos y animales pregonan que hay un solo Dios y gobernador de todo. Y en esto se funda mandarnos Dios que á él solo adoremos (*Deut.* VI, 13), temamos y sirvamos con todo nuestro corazon y con toda nuestra alma, porque como dijo el Salvador (*Matth.* VI, 24), no es posible servir bien á dos señores diversos, pues de fuerza mandarán cosas diferentes; y queriendo obedecer al uno, darémos enojo al otro, y así no fuera posible servir á dos dioses. Por lo cual todo mi cuidado tengo de poner en servir á este único y supremo Señor mio, y dar á él solo la obediencia y á ningun otro, si no es por él, y por estar en su lugar, y quererlo él así.

3. Lo tercero, como Dios es nuestro supremo legislador, á quien pertenece darnos leyes; porque su dictámen y voluntad es regla de lo que hemos de hacer, y á él tambien pertenece ser juez de todos para dar premio á los obedientes y castigo á los rebeldes; y él mismo es nuestro último fin y bienaventuranza, de cuya vista y posesion hallarémos hartura y satisfaccion de todos nuestros deseos: síguese de todo esto evidentemente (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 1, *art.* 5), que no puede ser mas que un Dios, un legislador y supremo juez, y un último fin, porque si fueran muchos pudieran encontrarse en las leyes, y en los premios y castigos, y ninguno por sí solo hartara nuestros deseos, porque quisiéramos ver al otro. Y en esto se funda la obligacion que tenemos á que (*Matth.* VI, 22) nuestra intencion sea una, pura y sencilla, enderezando todas nuestras obras á solo Dios como á nuestro último fin, buscando su sola honra y gloria en todas las cosas.

4. De todo esto tengo de sacar: -Lo primero, grande compasion de los infieles é idólatras, que multiplican dioses falsos con injuria del verdadero Dios, suplicándole que destruya tal vicio del mundo, y diciéndole (*Isai.* XIX, 1): Ó Dios único y verdadero, que sobre la nube ligera de tu santísima humanidad entraste en el Egipto de este miserable mundo, derriba con tu presencia todos los ídolos que adoran los mundanos, y derrite su corazon en medio de ellos, espantándolos con tu santo temor, y aficionándolos con tu dulce amor.- Lo segundo, sacaré cuán grave mal sea el pecado que pretende destruir la unidad de Dios, admitiendo falsos dioses, pues, como dice

san Pablo (*Philip.* III, 19), los carnales tienen por Dios á su vientre, los avarientos al dinero (*Colos.* III, 5), los soberbios á la honra vana, y cada uno toma por su Dios y último fin á la cosa por la cual deja al verdadero Dios: de donde procede, que cada dia, como dice la Escritura (*Deut.* XXXII, 17), inventan dioses nuevos y recientes, que nunca fueron conocidos ni adorados de sus padres. Ó Dios eterno (*Dan.* VII, 9), antiguo de dias y juez de los mortales, vuelve por tu causa destruyendo la multitud de falsos dioses, para que todos no solo con la boca, sino con la obra, confiesen y protesten (*Ephes.* IV, 6) que hay un Dios y Padre de todos: el cual es sobre todos, y está en todas las cosas, á quien todos alaben y glorifiquen por todos los siglos. Amen.

5. Lo tercero, sacaré un entrañable deseo de reducir todas mis pretensiones, aficiones y deseos á este uno y supremo Dios, sin derramarme á otras cosas, contentándome con esta una, en quien están todas, diciendo á mi alma lo que Cristo nuestro Señor dijo á Marta (*Luc.* X, 41): Alma mia, muy solícita andas y muy turbada con muchas cosas; una sola te es necesaria, que es amar, reverenciar y servir á un solo Dios, criador de todas las cosas, y á un solo Padre de quien todas proceden, y á un solo fin á quien todas se ordenan, en quien hallarás descanso y hartura sempiterna. Finalmente, sacaré otro gran deseo de amar y hacer bien á todos los hombres, pues todos tenemos un Dios, un principio y fin último, acordándome de lo que dice el profeta Malaquías (*c.* II, 10): ¿Por ventura no es uno el Padre de todos? ¿por ventura no es uno el Dios que nos crió? pues ¿por qué desprecia cada uno á su hermano, quebrantando la ley que se dió á nuestros padres? Ó ¡Dios infinito, uno en esencia, de quien todos procedemos, concédenos que seamos unos en tí, amándonos unos á otros, como á hechura de un mismo Dios, como criados de un mismo Señor, y como hijos de un mismo Padre, ordenados á gozar de un mismo fin, que eres tú, único y sumo bien de todos: á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el otro artículo principalísimo de nuestra fe, que Dios nuestro Señor de tal manera es uno en esencia, que juntamente es trino en personas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo (*Matth.* XXVIII, 19), cautivando mi entendimiento á creer esta verdad, aunque no alcance el modo como es; pero puedo discurrir que Dios nuestro Señor junta en sí mismo todo lo bueno y perfecto que vemos en las criaturas, sin lo malo é imperfecto que hay en ellas. (*D. Thom.* 1 *p.* *q.* 27). Y así tiene lo

bueno de ser uno, sin lo malo que tiene ser solo: y tiene lo perfecto de ser en alguna manera muchos, sin lo imperfecto que tiene ser diversos: es uno en la esencia y en la divinidad; uno en la bondad, sabiduría, omnipotencia, y en todos los demás atributos: y á esta causa las tres divinas Personas, como son un Dios (*Ioan.* x, 30), tienen un mismo sentir y querer, y un mismo poder y obrar, sin que haya entre ellas diferencias de pareceres ni contrariedad de voluntades, ni encuentro en las obras, porque todas sienten lo mismo, quieren lo mismo, y obran lo mismo fuera de sí, con suma paz y concordia. Pero juntamente son tres personas distintas y no una sola, porque no careciese Dios de la perfeccion y gozo que trae consigo la comunicacion y amistad perfecta entre iguales; y para que la bondad y sabiduría y potencia de Dios cumpliesen su deseo de comunicarse infinitamente con modo infinito. Y así el Padre llena estos deseos, comunicando su divina esencia, y toda su sabiduría y omnipotencia al Hijo; y el Padre y el Hijo comunican lo mismo al Espíritu Santo, y entre estos tres hay infinito amor y amistad perfectísima, como entre personas iguales y semejantes, que llegan á ser una misma cosa real y verdaderamente en la sustancia de su divino ser: y en esta comunicacion y amistad hay infinito gozo y alegría; gozándose infinitamente cada Persona del propio ser personal que tiene la otra.

2. De esta consideracion tengo de sacar: -Lo primero, una grande admiracion y profunda reverencia á la majestad de Dios, uno y trino, venerando sumamente lo que no alcanzo, y animándome, como dice Isaías (*Isai.* VII, 9), á creerlo para entenderlo, y exclamando, como dice san Pablo (*Rom.* XI, 33): Ó alteza de las riquezas del ser y sabiduría de Dios; si tus juicios son incomprensibles, y tus caminos investigables, ¿cuánto mas incomprensible será tu ser? cuánto mas investigable tu deidad? Aumenta, Señor, mi fe para que crea tu soberana Trinidad, de modo que la entienda, y para que la entienda de modo que la ame, y llegue á gozar de ella para siempre jamás. Amen. -Lo segundo, sacaré de aquí un grande gozo de la perfectísima unidad que tienen entre sí las tres divinas Personas, con un entrañable deseo de tener parte en ella, é imitarla del modo que me es posible. Ó Padre eterno, gózome de la union que teneis con vuestro Hijo. Ó Hijo unigénito de Dios, gózome del amor que teneis á vuestro Padre. Ó Espíritu santísimo, gózome de la union y amor que teneis al Padre y al Hijo. Ó Trinidad beatísima, gózome de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma. Ó Dios infinito, pues

me dísteis fe de esta soberana union, dadme gracia para imitarla del modo que Vos quereis.

3. Luego tengo de aplicarme á considerar el modo como puedo imitarla, acordándome de que Cristo nuestro Señor la noche de la cena pidió á su Padre para nosotros (*Ioan.* XVII, 11), que fuésemos una cosa como los dos lo eran. De modo, que como las tres divinas Personas tienen un mismo sentir, y un mismo querer y obrar en todas las cosas con suma concordia, sin diversidad alguna; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor de sí (*Ioan.* v, 19): El Hijo no puede hacer por sí mismo cosa, si no es la que viere hacer á su Padre; y todas las cosas que hace el Padre, las hace tambien el Hijo: así yo procuraré unirme y hacerme una cosa con Dios por amor, teniendo un mismo sentir con el suyo en todas las cosas que me ha revelado, y un mismo querer en todas las cosas que me ordena, haciendo todas mis obras del modo que me las manda, sin apartarme de su voluntad en cosa alguna, conformándome con ella con suma concordia y alegría.

4. Esta misma union, en su tanto, tengo de procurar con mis superiores y con los que gobiernan mi alma, especialmente si soy religioso, conformando mi juicio y mi voluntad y la ejecucion de mis obras con el juicio y voluntad de los prelados que me gobiernan en nombre de Dios: y la misma union tengo de procurar con todos los prójimos, en todas las cosas que lícitamente puedo, conformándome con ellos, como dice san Pablo (*Philip.* II, 2), en el sentir y hablar y en lo demás que la caridad ordena. Y porque no es posible por mis fuerzas llegar á tal union con Dios y con los prójimos, tengo de pedírsela á la santísima Trinidad, diciendo: Ó Dios infinito, que siendo trino en personas, eres uno en esencia, y comunicas tu divinidad sin perjuicio de la unidad, comunícame tu copiosa gracia, por la cual llegue á ser uno contigo, con union de perfecta caridad. Ó Salvador del mundo, presenta á tu eterno Padre la oracion que por mí hiciste la noche de tu pasion, para que en virtud de ella sea yo uno contigo y con todos mis hermanos, como tú lo eres con tu Padre celestial, por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el modo como pasa en Dios este misterio. Porque la primera persona, que es el Padre, conociendo y comprendiéndose á sí mismo y á su divina esencia, con infinita y mayor claridad que yo me veo á mí mismo en un espejo, por este conocimiento forma dentro de sí un concepto é imágen viva de sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, co-

mo dice san Pablo (*Hebr.* I, 3), es resplandor de la gloria de su Padre, figura de su sustancia é imágen invisible suya. (*Colos.* I, 15). Este es el que llama san Juan, Verbo (*Ioan.* I, 1), y palabra de Dios: la cual habla dentro de sí, exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe; y por esto se llama su Sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama, y se agrada en él con infinito amor y gozo, porque ve en él su misma bondad infinita: y el Hijo de la misma manera ama al Padre con infinito amor y gozo, por la infinita bondad que ve en él y recibe de él: y los dos juntos por este amor producen un ímpetu ó impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo (*D. Thom.* 1 *p. q.* 42), comunicándole su divinidad, y así es un Dios con ellos. Y todo esto está en Dios desde su eternidad, porque todas tres personas son eternas, sin que una sea primero que la otra, ni el Padre es mas antiguo que el Hijo, ni el Hijo que el Espíritu Santo, porque no son Padre é Hijo como los de la tierra.

2. Además, todas tres son inmensas, sin que puedan apartarse una de la otra: y donde quiera que está el Padre, está el Hijo y el Espíritu Santo; y todas tres son iguales, sin que una sea mayor que otra, porque tanta dignidad es ser Hijo como ser Padre, y ser Espíritu Santo como ser Hijo. Y así todos tres tienen entera y cumplida bienaventuranza, con el conocimiento y amor de sí mismos y de su divinidad, de donde procede estar infinitamente gozosos y hartos, sin fastidio, y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de sí mismos. Y así aunque Dios en su eternidad, antes de criar al mundo, estaba solo sin criaturas, no estaba ocioso ni sin gozo, porque su principal obra es la interior de conocimiento y amor: en la cual está su inefable gozo, y de ella proceden las obras exteriores que son comunes á todas tres Personas, porque todas son un Criador, Santificador y Glorificador, y un Bienhechor de quien proceden las obras de naturaleza, gracia y gloria. Y así todas tres oyen nuestras oraciones, cumplen nuestros deseos, y nos llenan de sus misericordias.

3. De todas estas consideraciones hemos de sacar grandes afectos de admiracion, amor, gozo y alabanza, por las grandezas de cada Persona divina, discurriendo por las que hay en cada una, por modo de coloquio, hablando con ella en la forma siguiente, ó en otra semejante.

Del Padre eterno.— 1. Primeramente, hablaré con la primera Persona, diciéndola: Ó Padre de inmensa majestad, principio sin principio, que de nadie procedes, y de tí proceden las demás perso-

nas, con mucha razon dijiste (*Isai.* LXVI, 9): ¿Por ventura yo que doy á otros virtud de concebir y parir, estaré privado de ella? Y pues hago que otros engendren, ¿faltaráme poder para engendrar? Gózome, Señor, de que concibas dentro de tí esta palabra y Verbo eterno, y engendres este Hijo tan semejante á tí, que sea una misma cosa contigo: ninguna falta te hace la muchedumbre de hijos, pues en este solo echas el resto de tu infinita virtud, engendrando de una vez lo sumo que podias engendrar.

2. Ó Padre gloriosísimo, alégrome de que sea perpétuo el gozo que tienes en engendrar tal Hijo, pues perpétuamente le estás engendrando y diciendo (*Psalm.* II, 7): *Filius meus es tu, ego hodie genui te:* Tú eres mi Hijo, hoy te engendré. ¡Oh eterno hoy que siempre fuiste, y eres, y serás, sin jamás dejar de ser! ¡Oh divina generacion, por la cual, tú, Padre soberano, engendraste, engendras, y engendrarás al Hijo que tanto amas! ¡Oh con cuánta alegría dirias en tu eternidad, lo que despues dijiste en el rio Jordan y en el monte Tabor (*Matth.* III, 17; XVIII, 5): Este es mi Hijo muy amado, en quien bien me agradé! ¿Quién otro que tú, y lo que es uno contigo, podrá entender el amor con que le comunicas tu misma divinidad? Si el padre se alegra con el hijo sábio (*Prov.* X, 1), ¿qué alegría recibirás con tal Hijo, que es la misma sabiduría igual con la de su Padre?

3. Ó Padre celestial, de quien procede toda la paternidad que hay en el cielo (*Ephes.* III, 15) y en la tierra, pues tanto gusto tienes en ser Padre de tal Hijo; por él te suplico engendres otros muchos de quien seas Padre por gracia de adopcion, como lo eres de este por naturaleza. ¡Oh si tierra y cielo se llenase de tales hijos, para que tu divina paternidad se dilatase y resplandeciese en los cielos y en la tierra! Ó Padre de las lumbres (*Iacob.* I, 17), de quien procede la luz verdadera (*Ioan.* I, 9) que es tu Hijo, resplandor de tu infinita gloria (*Hebr.* I, 3); dame la lumbre de viva fe, para que conozca á tí, solo Dios verdadero, y al Unigénito que engendraste, Jesucristo (*Ioan.* XVII, 2), por cuyo medio te conozca y ame, y sea hijo de la luz en esta vida, y despues alcance la lumbre de la gloria, con que te vea claramente en la vida eterna. Amen.

Del Hijo unigénito de Dios.— 1. Luego hablaré con la segunda Persona, discurriendo por sus propiedades. Ó Hijo de Dios vivo, que procedes del Padre por la eterna generacion; gózome de que por excelencia seas unigénito (*Ioan.* I, 14), sin que jamás haya habido ni pueda haber unigénito como tú. Muchos hay que son hijos

únicos de sus padres; pero tú solo eres único y unigénito engendrado con un modo tan singular, que no es posible hallarse otro que sea semejante á este. Tú eres unigénito, porque en cuanto Dios, procedes de padre sin madre, y eres tan único de tu Padre, que no puede engendrar otro, y de él solo recibes el bien infinito de que gozas, sin que sea posible que el Padre cese de dártele, ni tú de recibirle, gustando infinitamente él de engendrarte, y tú de ser engendrado de él. —Tú eres unigénito, porque tú solo entre los hijos eres imágen y figura de tu Padre, tan perfecta, que llegas á ser una cosa con él: de modo, que cual es el Padre, tal es en todo y por todo el Hijo, y tanta dignidad es ser Hijo, cuanto lo es ser Padre. ¡Oh igualdad infinita! oh semejanza singular, mas admirable que imitable, á la cual ninguno puede llegar con igualdad, aunque puede suspirar por tener alguna parte de ella!

2. Tú tambien eres por excelencia unigénito, porque tú solo recibes toda la herencia de tu Padre, que es las inestimables riquezas de su divinidad, sin que reserve nada para sí; de modo que seas tan poderoso como él, con igual potestad de engendrar otros hijos adoptivos, que sean herederos de tu gloria en la parte que les quisieres dar. (*Rom.* VIII, 17). ¡Oh si me hicieses semejante á tí en el ser de hijo! pues en siendo hijo, seré tambien contigo heredero de tu cielo.

3. Tú, finalmente, eres por excelencia unigénito (*Ioan.* I, 18), que estás en el seno de tu Padre, sin jamás apartarte de él. Gózome, Bien mio, del gozo y descanso eterno que tienes en ese seno, penetrando todos los secretos de la infinita sabiduría de tu Padre, y amando con infinito amor la bondad del que dentro de sí te tiene, y bebiendo todo el rio de los deleites que bañan su divino pecho. ¡Oh si entrase yo dentro de ese divino seno! oh si me reclinase en ese santo pecho, para que participase algo de la luz, amor y gozo que allí tienes! No me contento, Señor, con el seno de Abrahan, padre de los creyentes, sino con el seno de tu Padre, que es Padre de los vivientes; y donde tú estás, quiero yo estar, pues tú dijiste (*Ioan.* XII, 26): Donde estoy yo, estará mi siervo. Ó alma mia, mira el gozo que tiene el Padre de tener en su seno á tal Hijo, y el gozo que tiene el Hijo por estar en el seno de tal Padre; y entra con la fe y contemplacion dentro de este seno á gozar del gozo de los dos, que es un mismo gozo; y gózate con ellos, juntando tu gozo con el suyo, para que te hagan una misma cosa consigo. Pero ¿qué haceis, ó Verbo divino, desde vuestra eternidad puesto en medio de ese seno? ¿por

ventura quereisle para Vos solo, sin que haya otro que esté allí con Vos? Ó virtud inefable del Hijo, el cual procediendo de su Padre, junto con él mismo produce al Espíritu Santo, tan bueno y poderoso como los dos; gózome, Dios mio, del gozo que teneis en producirle, comunicándole la misma divinidad que recibís de vuestro Padre, con el mismo gozo que el Padre os la comunica á Vos. ¡Oh quién me diese que sin envidia comunicase los bienes que de vuestra mano recibo (*Sap.* VII, 13), para que muchos os amasen como yo deseo amaros por todos los siglos! Amen.

Del Espíritu Santo. — 1. De la misma forma hablaré con la tercera Persona, discurriendo por sus propiedades. Ó Espíritu soberano que procedes del Padre y del Hijo, como de un principio, con eterna procesion de amor (*Ioan.* XV, 26); gózome de que por excelencia seas espíritu, recibiendo con sumo gozo todo el espíritu y vida de los dos de quien procedes. Tú eres espíritu del Padre, de quien recibes su divinidad y omnipotencia, y eres espíritu del Hijo, de quien recibes tambien su misma sabiduría, y eres espíritu de los dos, de quien recibes el infinito amor con que se aman, amándolos tú con el mismo amor con que eres amado de ellos; gozándote tanto de ser amado, cuanto ellos se gozan de amarte, porque todos tres sois un Dios, una bondad y un amor. ¡Oh quién me juntase contigo en un espíritu, para que todo yo me convirtiese en espíritu de amor!

2. Tú eres propiamente espíritu, porque procedes como ímpetu ó impulso de la voluntad amorosa del Padre y del Hijo, quedándote dentro de ellos en unidad de esencia y caridad, uniendo con vínculo de infinita amistad las Personas de quien procedes. ¡Oh si de tí saliese un ímpetu de amor que llenase toda mi voluntad, y penetrando mi corazon le arrebatase y juntase con el tuyo, haciéndolos uno con el amor!

3. Ó Espíritu divino, que por excelencia eres santo, porque procedes como amor, que es la fuente de la santidad, la cual no está tanto en conocer con mucha sabiduría, cuanto en amar con mucha caridad. Gózome de la santidad que tienes, y del gozo con que la recibes del Padre y del Hijo, de quien procedes. Y pues juntamente procedes de los dos como don, para ser dado liberalmente á los que fueren capaces de tí, dáteme á tí mismo, don infinito, para que con tal don sea espíritu, como tú en la pureza, y santo, como tú en la caridad, y por ella me dé todo á tí, como tú te das á mí, para que goce de tu soberana deidad por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — *De la oracion mental á imitacion de la santísima Tri-*

nidad. — 1. Por lo que se ha dicho en el punto precedente, consideraré la forma y modo de la oracion mental, y del trato interior con Dios, á semejanza de la comunicacion eterna que tienen las tres divinas Personas. Porque como el Padre eterno, conociendo su divina esencia, forma un concepto y semejanza viva de sí mismo, que es el Verbo, el cual siempre permanece dentro del Padre, así yo en la oracion tengo de procurar conocer á Dios perfectamente, de modo que forme dentro de mí un concepto de Dios verdadero, propio y perfecto, que sea imágen y representacion de lo que hay en él, cumpliendo lo que dice san Pablo (II *Cor.* III, 18): que contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en su imágen. Y este conocimiento ha de perseverar dentro de mí, con la mayor continuacion y frecuencia que me fuere posible.

2. Demás de esto, como el Padre y el Hijo, amándose á sí mismos, producen el amor, que es el Espíritu Santo, el cual tambien permanece dentro de Dios; así yo en habiendo conocido á Dios, y formado este concepto de su bondad, tengo de amarle y producir dentro de mí el afecto de amor con los demás que le acompañan, procurando que permanezcan en mi corazon lo mas que pudiere; porque entonces se cumple lo que dice la Esposa (*Cant.* III, 4): Hallado he al que ama mi alma, yo le tendré y no le dejaré. El hallarle es propio del conocimiento y deseo que busca á Dios nuestro Señor; el tenerle y asirle es propio del conocimiento y amor que le posee y le goza.-De estos actos se sigue el sumo gozo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 180, *art.* 7), y deleite de que es capaz mi alma, porque en ellos consiste la bienaventuranza que puedo tener en esta vida, así como tambien por ellos se posee la bienaventuranza eterna, que es ver á Dios claramente, amarle y gozarle sin fin, á donde la comunicacion con Nuestro Señor será perfecta, y muy semejante á la que tienen las tres divinas Personas entre sí; porque como dice el glorioso san Juan (I *Ioan.* III, 2): Cuando Dios se nos descubriere, serémos semejantes á él, porque le verémos como él es.

3. Finalmente, de estos actos se seguirá, que como las tres divinas Personas tienen un sentir y querer en todo lo que obran, y juntamente lo obran para bien de las criaturas, así yo en virtud de esta comunicacion interior con Dios, unido con él, gustaré de cumplir siempre su voluntad, y hacer bien á otros, que es el fruto de la oracion. Y de aquí entenderé, que ejercitarse en esta oracion no es estar ocioso, sino tener la mas noble ocupacion que es posible, á semejanza de la que tiene Dios dentro de sí, aunque suele llamarse

ocio, por la quietud que tiene la contemplacion de María, á diferencia del bullicio y solicitud que tiene la ocupacion y vida de Marta. Por la cual dijo el mismo Señor por David : Vacad y ved que yo soy Dios, que es decir (*Psalm.* XLV, 11) : Desocupaos de otras cosas por atender á la contemplacion, y veréis como yo solo soy Dios por las cosas gloriosas de mi divinidad, de las cuales doy testimonio interior á quien vaca por contemplarlas.

4. De aquí subiré á contemplar aquellas misteriosas palabras con que san Juan declaró este misterio, diciendo (I *Ioan.* v, 7) : *Tres son los que dan testimonio en el cielo, Padre, Verbo y Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa: y tres son los que dan testimonio en la tierra, espíritu, agua y sangre; y estos tres son una misma cosa en dar este testimonio.* Ponderando como las tres divinas Personas, como testigos abonados que llegan á número de tres, dan testimonio cumplidísimo de todas las cosas que les pertenecen, con grande conformidad, por ser un mismo Dios, y así le dieron en la creacion del mundo, especialmente del hombre, á quien hicieron á su imágen y semejanza. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 93, *art.* 5). Y en el Bautismo y transfiguracion de Cristo nuestro Señor le dieron de su divinidad, y despues de la verdad de su doctrina, de la santidad de su ley, y de la eficacia de su gracia, viniendo para esto el Espíritu Santo, como arriba queda dicho. Pero en particular dan testimonio de sus grandezas y perfecciones dentro del corazon de los justos, con admirables señales de su divinidad. Por lo cual dijo el mismo san Juan (*Ioan.* v, 10), que quien cree en el Hijo de Dios, tiene dentro de sí el testimonio de Dios, que, como dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 16), es propio del divino Espíritu. Pero el último testimonio claro y evidente darán á los bienaventurados en la gloria, á donde todos verán las tres divinas Personas; porque no es posible ver una sin la otra, y con la vista de todas tres quedarán hartos para toda la eternidad. Ó Trinidad beatísima y Unidad gloriosísima, ¿qué te daré por los testimonios tan esclarecidos como de tí nos has dado, y das, y darás sin cesar? Lo que deseo es abrazarme con los tres que dan testimonio en la tierra, espíritu, agua y sangre, adorando, amando é imitando el espíritu de Cristo mi Señor, lavándome con el agua que salió de su precioso costado, y enriqueciéndome con la sangre que vertió por sus divinas venas. ¡Oh quién me diese espíritu de amor, agua de lágrimas y sangre de penitencia con que diese testimonio de lo mucho que te debo, y me hiciese uno contigo con union de caridad, para glorificarte y alabarte por todos los siglos en tu eterna gloria! Amen.

MEDITACION V.

DE LA INFINITA PERFECCION DE DIOS.

—Perfecto llamamos lo que tiene todas las cosas que puede y debe tener segun su naturaleza, sin que le falte cosa alguna, por mínima que sea. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 4, *art.* 1 *et* 2). Porque cualquier cosa que le falte de estas, pone alguna imperfeccion; y esto mismo se llama hermoso, en cuanto deleita y recrea la vista de cuerpo y alma (*D. Thom.* 1 *p. q.* 5, *art.* 4 *ad* 2): y llámase bueno en cuanto mueve, aficiona y lleva tras sí la voluntad del que lo mira. Y así estos tres nombres en la divina Escritura se atribuyen á Dios y á sus obras, por razon de la entereza que tienen en todo lo que su ser pide y debe tener. Presupuesta esta declaracion de los nombres, declararémos la misma cosa que significan.—

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, se ha de considerar como la primera y suprema perfeccion de nuestro gran Dios trino y uno, es ser tan perfecto (*D. Dionis. c.* 5 de divin. nom.; *D. Aug. in Manu. c.* 12) que en su propio ser encierra todas las perfecciones y excelencias posibles, sin mezcla de imperfeccion alguna, de modo que no le falte nada de lo que puede caber en Dios, ni es posible imaginar verdadera perfeccion de que Dios sea capaz, que no esté en él con todos los grados y quilates que puede tener, sin tasa ni limitación alguna; por lo cual dice la Escritura (*Psalm.* CXLIV, 3) que la grandeza de Dios no tiene fin, y que el espíritu del Señor encierra en sí todas las cosas (*Sap.* I, 7), y que todas proceden de él; y en él están todas (*Rom.* XI, 36) con infinitas ventajas, y sin la mezcla de las imperfecciones que tienen las criaturas. Y así con grande afecto de admiracion y gozo diré á Nuestro Señor (*D. Aug. in Medit. c.* 12): *Deus meus, et omnia:* Dios mio, y todas las cosas. Ó Dios mio, Dios de infinita majestad, con gran firmeza creo que eres todas las cosas, en cuanto tienes con infinita eminencia la perfeccion de todas, porque todas reciben de tí la perfeccion que tienen en sí. Tú eres todas las cosas, porque eres principio y fin, idea y ejemplar de la perfeccion que de tí reciben; y tanto son mas perfectas, cuanto su perfeccion se llega mas á la tuya; tú eres para mí todas las cosas que puedo desear; tú eres mis riquezas, mis deleites, mis honras y dignidades, mis mayorazgos y tesoros infinitos: en tí solo, sin otras cosas, las tengo todas, y sin tí, todas serán como nada para mí. Ó alma mia,

si pretendes perfeccion, abrázate con Dios, y en él la hallarás, sin mezcla de imperfeccion. Si deseas hermosura, mira y contempla á Dios, porque en él está toda, sin mezcla de fealdad. Si amas la bondad, ama á Dios, en quien resplandece sumamente, sin mezcla de malicia. Ó mi Dios y todas mis cosas, ¿cuándo tengo de ir á verte claramente en tu gloria, á donde eres todas las cosas á todos, por todos los siglos? Amen. -Esta palabra encierra copiosísima materia de meditacion, juntando con ella la que dijo el padre del hijo pródigo á su hijo mayor: *Omnia mea tua sunt* (*Luc.* xv, 31): Todas mis cosas son tuyas. Y así para penetrar lo que hay en ella, se ha de discurrir por los grados de perfeccion en el ser que hay en las cosas criadas, reduciéndolos á cuatro ó cinco, como se verá por los puntos siguientes.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como en Dios nuestro Señor están con eminencia las perfecciones del primer grado de criaturas, que son las corporales que carecen de vida; conviene á saber, los cielos con sus estrellas y planetas: además, los cuatro elementos, con todos los mixtos que de ellos se engendran, y con todos los metales de oro, plata y piedras preciosas, porque todas estas cosas crió Dios, y él las dió la hermosura y resplandor que tienen, y las propiedades y virtudes con que obran cosas maravillosas; y así están en él con otro modo infinitamente mas perfecto: de suerte, que lo que en las criaturas por su imperfeccion carece de vida, en Dios está con vida, segun aquello de san Juan (*Joan.* I, 3): *Quod factum est, in ipso vita erat:* lo que fue hecho antes de hacerse, en Dios era vida, porque Dios tenia dentro de sí vivamente con gran eminencia la perfeccion que habia de dar á lo que crió, y la viva idea de ello, como el artífice la tiene de la casa que ha de hacer. (*D. Aug.; Beda et alii*).

2. De aquí es, que Dios nuestro Señor sin estas criaturas puede hacer lo que hacen ellas; puede alumbrar sin el sol, calentar sin el fuego, refrescar sin el viento, humedecer sin el agua, y producir sin la tierra lo que produce con ella, porque tiene en sí la virtud y perfeccion de todo esto; y si se sirve de estas criaturas, no es por necesidad, sino por muestra de su infinita bondad, como despues verémos. -De aquí tambien es, que la Escritura para declarar las perfecciones de Dios, usa de estas criaturas, y así le llama Sol de justicia, Estrella de la mañana, Fuego consumidor, Fuente de agua viva, Espíritu que sopla donde quiere. Y las riquezas de su gracia y gloria las declara por oro, plata y piedras preciosas; y de la her-

mosura, belleza y propiedades maravillosas de estas cosas sube á contemplar la hermosura y belleza de Dios, y sus excelentes propiedades; pero de tal manera, que juntamente entiende y confiesa que todo cuanto hay en estas cosas criadas es como sombra ó figura, y cási nada en respecto de lo que hay en Dios nuestro Señor, en cuya comparacion los cielos no están limpios, el sol no resplandece, la luna no es hermosa, y toda hermosura es como fealdad. Con cada una de estas consideraciones he de mover mi corazon á los afectos de admiracion, amor, alabanza y gozo de tener un Dios tan hermoso, y en todo tan perfecto. Ó Dios infinito, gózome de que el sol y la luna se maravillen de tu hermosura, reconociendo que es nada la que tienen en respecto de la mucha que tú tienes. Ó Amado de mi corazon, si tanto me alegro en ver la hermosura y perfeccion de estas criaturas, ¿cómo no me alegraré en ver la hermosura y perfeccion tuya, de quien procedieron ellas? Ámete yo mas que á todas, pues eres hermoso y perfecto infinitamente mas que todas; y no ame á ellas sino por tí, de quien reciben la perfeccion que tienen en sí.

3. De aquí tambien sacaré, cuán grande locura es dejar á Dios infinitamente perfecto, por gozar de la perfeccion y hermosura de estas criaturas, por el gusto ó interese que puedo tener en poseerlas; pues todo el oro en su comparacion, como dice la sagrada Escritura (*Sap.* VII, 9), es como arena menuda, y la plata es como lodo, y todas las riquezas son como nada: y el gusto que de ellas procede (*Ierem.* II, 13) es agua echada en aljibe roto, por cuya causa no es justo dejar á la fuente del agua viva, y el tesoro infinito de toda perfeccion. Finalmente me aplicaré algunas veces á discurrir por las propiedades de algunas de estas criaturas, para conocer las perfecciones que hay en Dios, que se compara á ellas (*lib. de coelest. hierarch. c.* 15): como lo hizo san Dionisio, contando cási treinta y cuatro propiedades del fuego, por las cuales rastreaba la que hay en Dios que se llama *ignis consumens* (*Deut.* IV, 24), fuego consumidor. Lo cual haré alegrándome de que Dios tenga todo aquello y mucho mas, y de que pueda por sí solo lo que hace por sus criaturas.

Punto tercero. — 1. Á este modo se ha de considerar como en Dios nuestro Señor están tambien con eminencia las perfecciones del segundo grado de las criaturas corporales que tienen vida vegetativa, y se aumentan y crecen, y engendran otras semejantes, como son los árboles, plantas, yerbas y flores olorosas, cuyas propiedades se descubren por los frutos, hojas y semillas que producen, por la virtud que les dió su Criador, en quien están con infinita excelen-

cia, y de ella se precia diciendo (*Psalm.* XLIX, 11): *Pulchritudo agri mecum est.* Conmigo está la hermosura del campo: esto es, la hermosura de todos los árboles, plantas, yerbas y flores que hay en los huertos y campos del mundo. Y á esta causa unas veces se llama lirio, otras cepa, otras árbol de vida. De todo lo cual se sacarán afectos como en el punto pasado.

2. De la misma manera están en Dios las perfecciones de los vivientes que sienten, como son los animales de la tierra, las aves del aire y los peces del mar; los cuales son innumerables y admirables, porque en unos resplandece la grandeza, en otros la fortaleza, en otros la ligereza, en otros la hermosura, en otros la astucia y sagacidad; y todo esto se halla en Dios con infinitas ventajas, y así en la divina Escritura se compara á estos animales, para que por las perfecciones que tienen subamos á conocer las que él tiene. Llámase leon por la fortaleza; cordero por la mansedumbre; ciervo por la ligereza, y águila por la piedad; pero de tal manera, que no hay en Dios las imperfecciones con que están mezcladas en estas cosas, porque está en Dios la fortaleza del leon sin crueldad, y la mansedumbre del cordero sin su simplicidad, y así en lo demás. Por donde consta, que de todo lo que viere perfecto é imperfecto, bueno y malo, hermoso y feo, puedo sacar la infinita perfeccion de Dios, quitando de él todo lo malo, imperfecto y feo, y poniendo en él todo lo bueno, perfecto y hermoso, con otro modo mas excelente de perfeccion. Ó Amado mio, como aparto en tí lo precioso de lo vil para conocerte (*Ierem.* XV, 19), así deseo apartar en mí lo precioso de lo vil, para agradarte: concédeme, Señor, que participe por tu gracia esta soberana division que tú tienes por naturaleza, para que libre de imperfecciones, sea puro y perfecto en las virtudes.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como están en Dios todas las perfecciones de las criaturas intelectuales, así hombres como Ángeles, á los cuales crió á su imágen y semejanza, y les dió el ser espiritual que tienen, la memoria, el entendimiento, voluntad y libre albedrío; las artes y ciencias, las virtudes y gracias, la potestad y excelencia que en todos y en cada uno resplandece, y por consiguiente todas están en Dios con infinita mayor excelencia, por la cual dijo (*Psalm.* XCIII, 9), en un salmo: Quien hizo la oreja, ¿no oirá? y quien formó el ojo ¿no verá? quien enseña á los hombres la ciencia ¿carecerá de ella? y quien les da la virtud y santidad ¿estará sin ella? ó quien les comunica el poder que tienen, ¿quedarse ha sin potestad? Y así cuando viere las habilidades de los

hombres en las artes y artificios, en la invencion de la casa, del vidrio, del papel, del lienzo, de la pintura, música, y otras cosas semejantes, luego subiré á considerar la infinita sabiduría de Dios, de quien originalmente procedieron estas invenciones. Y cuando viere la prudencia y providencia de los reyes y gobernadores en su gobierno, y las soberanas virtudes que resplandecen en los santos y varones perfectos, levantaré los ojos á considerar la infinita excelencia que tiene Dios en todas estas cosas, alabándole, glorificándole y amándole por ellas.

2. De dónde sacaré, lo primero, que Dios nuestro Señor es un dechado infinito de toda perfeccion, al cual tengo de mirar siempre para admirarme de las infinitas perfecciones en que no puede ser imitado, y para imitar las que pueden ser imitadas, conforme á lo que nuestro Redentor dijo á sus discípulos (*Matth.* v, 48): Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es, como quien dice: Procurad que no os falte ninguna perfeccion de virtud de cuantas podeis tener; así como vuestro Padre es perfecto en todas, sin que le falte ninguna. Ó Padre perfectísimo, de quien toda perfeccion procede, dame la que me mandas, para que tenga la que tú quisieres.-Lo segundo sacaré, que como el árbol se conoce por los frutos, y el árbol bueno los produce buenos (*Matth.* VII, 16-17), así la perfeccion de Dios se conoce por sus obras; porque como dice la Escritura (*Genes.* I, 31): Todas son muy buenas y perfectas, no solamente las grandes, como son los cielos y elementos, sino las muy pequeñas, como son las hormigas y gusanos. Y á su imitacion procuraré yo tambien ser perfecto, mostrando mi perfeccion en todas las obras grandes y pequeñas, procurando, como dice el Eclesiástico, ser en todas muy excelente. (*Eccli.* XXXIII, 23).

3. Finalmente, como las cosas imperfectas acuden por la perfeccion que les falta á la perfecta en aquel género, como quien está falto de calor acude al fuego; así yo mirándome imperfecto, tengo de acudir al que es infinitamente perfecto, para que me perfeccione, dándome lo que me falta. Ó Dios infinito (*Psalm.* CXXXVIII, 16): *Imperfectum meum viderunt oculi tui:* Tus ojos han visto mi grande imperfeccion, de tí he recibido lo que tengo, y tú me has de dar lo que me falta; perfecciona la obra que comenzaste, haciéndome perfecto, sin que me falte nada. Amen.

Punto quinto.— 1. Lo quinto, se ha de considerar como todas estas perfecciones que ponemos en Dios, aunque son innumerables, segun que están repartidas por las criaturas; pero en el mismo Dios

no son mas que una simplicísima, en la cual se encierran todas (*D. Thom.* 1 *p. q.* 3, *art.* 7), como el valor de muchos reales y cuartos se encierran en un solo doblon de á ciento; y así en Dios una misma cosa es su sabiduría, su bondad, su caridad, su misericordia y su omnipotencia, su fortaleza y todo lo demás sin género de composicion, ni division; y en cada perfeccion están embebidas todas, y todas en cada una: de suerte, que su bondad es su misma sabiduría y omnipotencia, y su omnipotencia es su misma sabiduría, y así en los demás. Y quizá por esto dice el Sábio, que el espíritu de Dios (*Sap.* VII, 22): *Est unicus, et multiplex, et qui capit omnes spiritus,* es único y muchos, y abraza todos los espíritus. De aquí es, que no solamente en la máquina de este mundo, sino en cada obra de Dios por sí sola, resplandece la junta y union de sus admirables perfecciones, y por ella podemos conocer que su Criador es poderoso, sábio, bueno, infinito, amable, etc.

2. De aquí he de sacar dos afectos y propósitos muy excelentes. El primero, es un entrañable deseo de imitar está infinita simplicidad del divino Ser, en la simplicidad y sencillez purísima de mi intencion, procurando que en todas mis obras, aunque sean muchas, resplandezca una perfectísima intencion de agradar á solo Dios, por quien él es, en la cual están virtualmente incluidas grandes perfecciones; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor y Salvador (*Matth.* VI, 22; *Luc.* XI, 24): *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit.* Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será resplandeciente. Ó Dios perfectísimo, alumbra el ojo de mi conocimiento, para que en todas las criaturas mire á tí su Criador, de quien reciben su perfeccion. Purifica el ojo de mi afecto, para que en todas ellas ame á tí su bienhechor, de quien reciben su bondad: y esclarece el ojo de mi intencion, para que en todas mis obras pura y sencillamente busque á tí su último fin, de quien han de recibir su resplandor, para que tú seas glorificado en ellas por todos los siglos. Amen.

3. El segundo propósito ha de ser de juntar en cada una de mis obras la variedad de las virtudes principales que pueden resplandecer en ellas; de modo que cada obra sea tambien á su modo una y muchas, y abrace muchos espíritus y afectos de Dios, porque si rezo ó ayuno, ó doy limosna, esta obra puede ir acompañada con afecto de amor de Dios, de confianza, de obediencia, de humildad, de temor filial, y otros tales. Y quizá por esta causa Cristo nuestro Señor llamó ojo á la intencion, y á la obra cuerpo, dando á entender, que como el cuerpo tiene muchos miembros y partes, así cada obra

ha de tener varios ejercicios de virtudes, enderezados todos por el ojo simplicísimo de la pura intencion á gloria de solo Dios.

MEDITACION VI.

DE LA SUMA BONDAD Y SANTIDAD DE DIOS.

—Dos modos hay de bondad en las criaturas; una natural, que consiste en tener todas las partes que le convienen, segun su naturaleza (*D. Thom.* 1 *p.* *q.* 6): por la cual dice de ellas la Escritura, que vió Dios todas las cosas que habia hecho, y todas eran (*Genes.* I, 31), *valde bona*, muy buenas. Otra bondad hay moral, propia de las criaturas intelectuales, la cual consiste en tener todas las virtudes y ejercicios de ellas que les convienen segun su estado, y esta se llama por otro nombre santidad. Y aunque en las criaturas pueden andar apartadas, porque bien se compadece la primera sin la segunda, que pende del libre albedrío; pero en Dios andan juntas, porque tan natural le es la segunda como la primera, aunque con libertad ejercita los actos de ella, en órden á las criaturas; y así de ambas juntamente será esta meditacion, presupuesto lo que se ha dicho en la pasada.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor es infinitamente bueno, cuya suma bondad consiste en tres cosas.-La primera, en que encierra en sí todos los grados y modos de bondad que se hallan en las criaturas, de suerte, que no se puede imaginar bondad, que no se halle en Dios con infinita excelencia; por la cual pidiendo Moisés á Nuestro Señor, que le mostrase su rostro y su gloria, le respondió (*Exod.* XXXIII, 18): *Ego ostendam omne bonum tibi:* yo te mostraré todo el bien y todo lo bueno: dándole á entender que Dios era todo el bien, y que encerraba en sí todo lo bueno.-La segunda excelencia es, que toda esta bondad la tiene por su misma esencia, de modo que ni es participada de otro, ni añadida á su divina naturaleza, ni postiza, de manera que se pueda poner y quitar como en nosotros, sino tan natural cosa le es ser bueno y santo, como ser Dios; y por esta causa Cristo Señor nuestro á una persona principal que le llamó bueno, creyendo que era hombre puro, le respondió: ¿Para qué me llamas bueno? (*Marc.* X, 17). *Nemo bonus, nisi solus Deus:* ninguno hay bueno, sino solo Dios, porque solo Dios es la misma bondad, por su misma esencia.

2. La tercera excelencia es, que la bondad y santidad de Dios

excede tanto á la bondad de todas las cosas criadas y posibles de criar, que en su comparacion no merecen el nombre de buenas, y su bondad es como si no fuese. Y por esta causa tambien dijo Cristo nuestro Señor, que ninguno habia bueno sino Dios, y que (*Matth.* XIX, 17) *unus est bonus Deus*, uno es el bueno, y este es Dios; y por la misma razon dijo á la madre de Samuel (I *Reg.* ii, 2): No hay santo como el Señor, ni hay otro fuera de él, que es decir: No hay otro que pueda llamarse santo como Dios, porque solo él llena el nombre de santidad.

3. De donde se saca el fundamento de la verdadera y profunda humildad que tienen los santos en la presencia de Dios; la cual estriba en estas dos cosas postreras; porque toda la santidad de los hombres es añadida á su naturaleza y mudable de su cosecha, y en comparacion de la de Dios es como nada. Y así dijo un amigo de Job, comparando los Ángeles con Dios (*Iob*, XV, 15): Mirad que entre sus santos ninguno hay inmutable, y los cielos no están limpios en su presencia. Ó Dios santísimo, que por excelencia te llamas (*Dan.* IX, 24) Santo de los santos, porque eres principio, dechado y fin de toda santidad; gózome de la suma bondad y santidad que tienes con infinita firmeza y estabilidad en ella. Confieso, Señor, que no puedo tener santidad si tú no me la das, ni puedo durar en ella si tú no la conservas; y por mucha que me dés, será tan pequeña respecto de la tuya, que cubriendo mi rostro con vergüenza, diré á voces como los Serafines (*Isai.* VI, 3): Santo, santo, santo, el Señor Dios de los ejércitos, tres veces eres santo, por las tres excelencias de santidad que tienes, por la cual te suplico me fundes en esta humildad muy profunda, para que sea digno de subir á una santidad muy levantada.

PUNTO SEGUNDO.—*De las virtudes ejemplares de Dios.*— 1. Particularizando mas lo que se ha dicho, se ha de considerar, lo segundo, las infinitas virtudes de Dios nuestro Señor, por las cuales es infinitamente bueno y santo, ponderando algunas excelencias de ellas.—La primera es, que Dios nuestro Señor con infinita eminencia tiene todas las virtudes que están repartidas en los santos, así hombres como Ángeles, sin las imperfecciones y limitaciones que tienen en ellos. De modo, que tiene infinita prudencia, justicia, fortaleza y templanza: infinita caridad, liberalidad y misericordia: infinita mansedumbre, clemencia y paciencia, con todas las demás, sin faltarle ninguna de las que no presuponen imperfeccion en el sujeto que las tiene. Y por esta razon se llama á boca llena (*Psalm.* XXIII, 10; XLV,

8; LXXIX, 5) *omne bonum*, *et Deus*, *vel Dominus virtutum*, todo bien y Dios de las virtudes, en quien está, no una ú otra virtud, sino todas juntas, porque todas pertenecen á la infinita bondad y santidad de Dios, y cada una trae consigo encadenadas á las demás. De donde procede, que estas virtudes cuando llegan á tener su perfecto estado, están grabadas y eslabonadas entre sí (*D. Thom.* 1, 2; *q.* 65, *art.* 1), como lo están en Dios, á quien tengo de imitar en esto, procurando señalarme, no solamente en una virtud, sino en todas, diciéndole: Dios de las virtudes, hazme semejante á tí en todas ellas.

2. La segunda excelencia es, que las virtudes de Dios nuestro Señor son ejemplar y dechado infinito de todas las que hay y puede haber en los santos; cuyas virtudes tanto son mas ó menos perfectas, cuanto mas ó menos se parecen y son semejantes á las de Dios: las cuales son tan infinitas, que otro que el mismo Dios no puede comprenderlas; pero irémos rastreando su grandeza inmensa, por las de los santos. Para lo cual ayudará considerar cuatro suertes de virtudes que refiere santo Tomás con palabras muy graves y muy espirituales (1, 2, *q.* 61, *art.* 5). Y comenzando por las menores, las primeras son las políticas y morales, propias de los hombres que gobiernan su vida segun el dictámen y regla de la razon, moderando la furia de sus pasiones, para que no desdigan de ella. Otras virtudes hay de los que aspiran á la divina semejanza, y andan en pretension de ella, deseando cumplir lo que Cristo nuestro Señor dijo (*Matth.* v, 48): Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es; los cuales por la virtud de la prudencia llegan á despreciar todas las cosas mundanas, con la contemplacion de las divinas, y á ellas enderezan los pensamientos de su alma. Con la templanza dejan lo que pide el cuerpo, en cuanto sufre la vida, y lo permite la naturaleza; con la fortaleza no se atemorizan, ni por apartarse del cuerpo, ni por acercarse á lo eterno; y con la justicia hacen que toda el alma con sus potencias y sentidos consienta en este modo de vida.

3. Otras terceras virtudes hay de los que han alcanzado la divina semejanza, cuya prudencia solamente mira las cosas divinas; su templanza no siente codicias terrenas; su fortaleza no experimenta ya pasiones; y su justicia está confederada en amistad perpétua con Dios, imitándole cuanto puede. Y estas virtudes son propias de los bienaventurados ó de algunos muy perfectos de esta vida. Casi todas estas palabras son de santo Tomás. De aquí subiré á contemplar las supremas virtudes que llaman ejemplares, propias de solo Dios,

y son regla y dechado de todas las que hemos referido, pero con tan infinitas ventajas, que en su comparacion todas las demás quedan oscurecidas, y son como si no fueran; y á boca llena podemos decir á Dios (*Eccles.* in hymn.: *Gloria in excelsis Deo*): *Tu solus Sanctus:* tu solo eres Santo, y no hay otro fuera de tí; tú solo prudente, tú solo modesto, tú solo fuerte, tú solo justo, y no hay entre los dioses, ni entre los hijos de Dios, quien se pueda igualar contigo (I *Reg.* II, 2), ni presumir de sí. Ó Dios de las virtudes, gózome con sumo gozo de la infinita excelencia que tienes en ellas. Tú eres la misma prudencia conociendo lo que en tí tienes; tú la misma templanza, conformándote contigo; tú la misma fortaleza, asiéndote de tu inmutabilidad; tú la misma justicia, guardando tu ley eterna; y tú la misma caridad, amando tu bondad, y por ella á los que la participan. ¡Oh quién me diese que participase algo de tus virtudes, para glorificarte con ellas! Ó dulcísimo Jesús, que dijiste: Sed perfectos como vuestro Padre lo es, y tú en cuanto hombre alcanzaste la suprema perfeccion de las virtudes, y la suma semejanza que puede haber con Dios en ellas; concédeme que imite las que ejercitaste en tu sagrada humanidad, para que juntamente imite las que resplandecen en tu soberana divinidad. Amen.–De aquí he de sacar unos generosos propósitos y deseos de no contentarme con las virtudes políticas, sino buscar aquellas en que está la mayor semejanza con Dios, procurando con todas mis fuerzas alcanzarlas.

4. De aquí se sigue otra excelencia de Dios en estas virtudes, que es ser principio y causa de las demás, á quien se han de pedir como á su propio Dueño y Señor, porque á él toca darlas, conservarlas, aumentarlas y perfeccionarlas en sus grados; y por esto se llama, *Dominus virtutum*, Señor de las virtudes. Dios es Señor de la fe, del temor y esperanza; Señor de la castidad, humildad, obediencia y caridad, con las demás gracias y dones que la siguen. Y de este señorío se precia, y de él he yo de hacer título para pedirle me dé estas virtudes y los demás dones de su gracia, diciendo como David (*Psalm.* LXXIX, 8): Señor Dios de las virtudes, conviértenos, muéstranos tu rostro, y serémos salvos. Ó Rey de las virtudes, dame aquellas en que tu reino consiste, para que reines en mí por ellas. Tambien haré un cántico de alabanza á Dios nuestro Señor por sus virtudes, provocando á todos que le alaben por ellas, y á ellas mismas que alaben al Señor, diciendo con David (*Psalm.* CL, 2): Alabad al Señor en sus santos, alabadle en la firmeza de su virtud, alabadle por sus virtudes, alabadle segun la muchedumbre de

sus grandezas. Alabadle todos sus Ángeles; alabadle todas sus virtudes; alábele su misericordia; alábele y glorifíquele su misma santidad. Amen.

PUNTO TERCERO. - *De la pureza é impecabilidad de Dios.* —1. Lo tercero, se ha de considerar la infinita pureza y santidad de Dios en todas sus obras, en las cuales descubre aquellas dos partes de la santidad y justicia que llama David (*Psalm.* XXXVI, 27) apartarse del mal y hacer bien, carecer de todo lo malo y tener todo lo bueno. Porque primeramente las virtudes de Dios nuestro Señor son tan puras, que no es posible admitir cosa contraria ó defectuosa, ó que desdiga un punto de su infinita perfeccion. Y así en Dios no puede haber vicio, ni pecado, ni defecto ó imperfeccion alguna; y tan propio es de su bondad ser impecable, como ser Dios. No es posible que peque por ignorancia de lo bueno, porque todo lo sabe; no por olvido ó inadvertencia, porque de todo se acuerda; no por flaqueza, porque todo lo puede; no por pasion que le arrebate, porque todo lo previene; no por temor, porque á nadie teme; no por malicia, porque es la suma bondad y la primera regla, de la cual no puede desviarse. Y así no es posible que en Dios haya mentira, infidelidad; engaño, doblez, impaciencia, tiranía, ni otro pecado, ni sombra de él (*Habac.* I, 13); porque sus divinos ojos son tan limpios, que no pueden mirar á la maldad, agradándose de ella.

2. De aquí es, que no solamente Dios no puede pecar por sí mismo, pero ni ser causa propia de que otros pequen, inclinándoles y moviéndoles á ello (*D. Thom.* 1 *p. q.* 49, *art.* 3; 1, 2, *q.* 79, *art.* 1; 3 *p. q.* 15, *art.* 1); porque esto desdice de su infinita pureza, y seria contrario á sí mismo, y al órden de su infinita sabiduría y bondad. De aquí tambien es, que aunque Dios puede tomar naturaleza humana, sujeta á todas las penalidades de esta vida, pero no es posible tomarla con sujecion á pecado. -De todo lo cual concluyo, que la infinita bondad y santidad de Dios resplandece en la pureza y santidad de sus obras, y que sus virtudes no están en él ociosas, sino que siempre que Dios obra, se descubren en sus obras. Por lo cual dijo David (*Psalm.* CXLIV, 15), que Dios es fiel en todas sus palabras, justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras. Y esto postrero repite dos veces, y en ello quiere Dios ser imitado de los hombres con gran cuidado, y así dijo á su pueblo (*Levit.* XI, 43; XIX, 2): No querais manchar vuestras almas, ni tocar cosa que os haga inmundos; sed santos, porque yo soy santo. Y con las mismas palabras exhorta san Pedro á los fieles (I *Petr.* I, 15), que en

su vida y conversacion sean santos. Ó Dios santísimo, que por tu sola bondad nos escogiste para (*Ephes.* I, 4) que fuésemos santos y sin mancha en tu presencia; concédeme que yo lo sea, apartando de mí toda culpa, y adornándome con toda virtud y santidad. Ó Serafines celestiales, que alabásteis á vuestro Dios con el nombre de Santo, de que tanto gusta; venid de este cielo con alguna brasa de amor, y purificad mis labios como los de Isaías (*Isai.* VI, 6), y juntamente mi corazon, para que todo yo sea puro y santo en la presencia de mi Señor.

3. De esta consideracion he de sacar principalmente un gran propósito de apartarme de todo género de culpa grave y pequeña, y de cualquier defecto, imperfeccion ó resabio de ella, en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que Nuestro Señor dijo á su pueblo (*Deut.* XVIII, 13): *Perfectus eris, et absque macula cum Domino Deo tuo.* Serás perfecto sin mancha delante de tu Señor Dios. Procurando tambien imitar en la tierra la pureza que hay en el cielo, á donde la Iglesia, como dice san Pablo (*Ephes.* V, 27), será gloriosa sin mácula ni ruga, ni otro algun defecto; lo cual, en su tanto, puedo cumplir acá si vivo con cuidado de no caer en cosas pequeñas; y en cayendo como flaco, luego limpiarme de ellas, para que siquiera en alguna hora y parte del dia pueda decir Dios á mi alma (*Cant.* IV, 7): Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay en tí mancha alguna. Y finalmente sacaré de aquí una resolucion grande de no preciarme en esta vida de honras, ni linajes, ni dignidades, ni de ingenio, letras, ni otros talentos, sino principalmente de la virtud y santidad, acordándome que Dios nuestro Señor se preció de esta mas que de todos sus atributos en órden á nosotros; porque no habiendo nombre propio con que llamar á la tercera Persona de la santísima Trinidad, la apropió el nombre de bondad y santidad, y no le llamó Espíritu eterno ó inmenso, sino Espíritu Santo y Espíritu bueno. Y con este nombre quiere Dios ser llamado de los hombres, como lo fue de los Serafines. Ó Espíritu divino, que te apropiaste el nombre de Santo, por lo mucho que te precias de santidad; concédeme que yo me precie de ella mas que de todo lo criado, procurando apropiármela con gran cuidado, para ser santo con firmeza en tu presencia por todos los siglos. Amen.

MEDITACION VII.

DE LA SUMA INCLINACION QUE TIENE LA BONDAD DE DIOS Á COMUNICARSE Á TODOS, ESPECIALMENTE Á LOS HOMBRES, Y LOS MODOS COMO SE COMUNICA, HACIÉNDONOS INNUMERABLES BENEFICIOS.

—Esta meditacion será fundamento de todos los beneficios divinos, los cuales nacen como de fuente de la infinita bondad de Dios, el cual en su eternidad comunicó necesariamente toda su divinidad, por conocimiento al Hijo y por amor al Espíritu Santo, y despues libremente se comunica fuera de sí, con todos los modos posibles, como se verá por los puntos siguientes.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar la suma inclinacion que tiene la bondad de Dios en comunicarse y hacer bien á otros; porque como dice san Dionisio (*c. 4 de div. nóm.*), *Bonum est diffusivum sui:* el bien es derramador y comunicador de sí mismo; y tanto es mayor su inclinacion á esto, cuanto es mayor bien, y cuanto puede mas comunicarse (*D. Thom.* 3 *p. q.* 1, *art.* 1), y como Dios es sumo bien, así tiene suma inclinacion á comunicarse con todos los modos que puede. Y en esta comunicacion muestra grandes excelencias.–La primera, que no se comunica por necesidad, fuerza ó violencia, sino por sola su bondad y de su libre voluntad, porque es bueno y quiere seguir la inclinacion de su bondad en hacer bien. Con lo cual me obliga á que yo le ame y sirva de la misma manera, diciendo con David (*Psalm.* LIII, 8): Voluntariamente te sacrificaré, y alabaré tu nombre, porque es bueno.

2. La segunda, que no se comunica por su propio provecho, sino por el nuestro; porque de comunicarse á otros ningun bien se le acrece, pues tan bienaventurado era antes de criar el mundo, como ahora. Y así dijo David (*Psalm.* XV, 2): Tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes; y luego añade el fruto que de esta consideracion saca, diciendo: El Señor ha engrandecido maravillosamente mis quereres, con los santos que viven en su tierra, que es decir: Ya que no puedo serte de provecho con mis obras, hasme hecho esta merced, que mis quereres y deseos se enderecen á hacer bien á tus siervos, pagándote el bien que me haces con hacer bien á otros.

3. La tercera excelencia es, que no deja estar ociosa su inclinacion, antes la cumple, comunicándose con todos los modos que era

posible comunicarse, hasta el sumo. De suerte que si el bien es derramador de sí mismo, Dios se derramó todo cuanto podia, segun el órden de su infinita sabiduría, con lo cual me obliga á que yo tambien me derrame todo en su servicio y bien de mis prójimos, haciendo todo el bien que pudiere, y con la mayor perfeccion que me fuere posible. Y así cuando oro (I *Reg.* I, 15), derramaré como Ana mi alma en la presencia de Dios, ó como David (*Psalm.* CXLI, 3) derramaré mi corazon, echando el resto de mis fuerzas en ella: y cuando amo derramaré mi oracion (*Psalm.* LXI, 9) y mis afectos delante del Señor, ocupándolos todos en amarle. Ó sumo Bien, que sumamente deseas comunicarte, porque si tú no te comunicas, no es posible que haya otro bien fuera de tí; comunícame estas excelencias con que te comunicaste, para que te ame, sirva y obedezca, no por fuerza ni temor, sino de grado y por amor; no por mi propio interés, sino por tu solo servicio; no con ánimo escaso y corto, sino largo y generoso, haciendo lo sumo que pudiere por mis prójimos y por tí, como tú lo has hecho por mí.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Descendiendo á particularizar esta comunicacion de la divina bondad, se ha de considerar, lo segundo, como comunicó el ser y bondad natural á las criaturas, repartiendo por ellas cuatro grados de hermosura y perfeccion, que apuntamos en la meditacion V. Á unas dió el ser corporal solo, aunque con grande variedad de perfecciones, como son los cielos, elementos y mixtos. Á otras dió la vida vegetativa, como son los árboles, flores y plantas. Á otras la vida sensitiva, como son los animales, aves y peces. Á otras el ser espiritual y vida intelectiva, como son los Ángeles de las tres jerarquías. Y últimamente todos cuatro grados los recogió en el hombre, compuesto de cuerpo y espíritu, dándole ser como á los cielos y elementos, vida como á las plantas, sentido como á los animales, y entendimiento como á los Ángeles (*D. Greg.* hom. 29 in Evang.); por lo cual el hombre se llama toda criatura, y mundo abreviado. De modo que estos cuatro grados de ser y perfeccion son como cuatro rios (*Genes.* II, 10) que nacen de la fuente del paraíso, que es la infinita bondad de Dios, los cuales riegan por diversas partes la tierra y cielo, y despues todos cuatro se recogen en el hombre, haciéndole en esto muy semejante al paraíso de donde salieron.

2. De donde sacaré grandes afectos de admiracion y gozo, de agradecimiento y amor por este maravilloso modo como Dios nuestro Señor se comunicó á los hombres, admirándome de la sabiduría

infinita que mostró en esto, gozándome de su omnipotencia, agradeciendo su liberalidad (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 44, *art.* 4 *et* 5), y amando su infinita bondad. Ó Bondad soberana, ¿qué gracias te daré por esta variedad de perfecciones con que adornaste mi naturaleza? Por aquí veo con cuánta razon me mandas que te ame con estas cuatro cosas (*Marc.* XII, 30), con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con toda mi mente; pues es razon que todo cuanto recibí de tu bondad se ocupe en amarte sin fin: amaréte de todo mi corazon, por el ser corporal que me diste; amaréte con toda mi alma, por la vida que con ella vivo; amaréte con todas mis fuerzas, por los sentidos y potencias de que uso; amaréte con toda mi mente, por el espíritu y entendimiento que me has dado. ¡Oh si saliesen de mis entrañas cuatro rios de agua viva (*Ioan.* IV, 10), llenos de fervientes afectos de amor y gozo, de agradecimiento y alabanza, por los cuatro rios de beneficios con que me has bañado todo!

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la divina Bondad, no contentándose con este modo de comunicacion, escogió otro excelentísimo, con otros cuatro grados ó modos que exceden á todo el ser natural sobredicho.–El primero es, el ser sobrenatural de la gracia, por el cual hombres y Ángeles llegan á ser participantes de la divina naturaleza (II *Petr.* I, 4), hijos y amigos de Dios; y con este ser anda la caridad, con las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo.–El segundo es, el ser de la gloria, por el cual los justos se hacen perpétuamente semejantes á Dios (I *Ioan.* III, 2) en las propiedades gloriosas que tiene, reinando con él en su mismo reino.–El tercero y supremo es, el ser personal del mismo Dios, el cual comunicó la segunda persona de la santísima Trinidad á la naturaleza humana. Y si fuera conveniente que el Padre eterno ó el Espíritu Santo comunicaran su propio ser personal á otra naturaleza, ó el Hijo comunicara el suyo á otras muchas naturalezas, no quedara por falta de bondad ni de la infinita inclinacion que tiene á comunicarse á sus criaturas. De esta comunicacion se dijo largamente en la parte II de estas meditaciones.–El cuarto modo es admirable, porque como no fuese conveniente que el Hijo de Dios comunicase su ser personal á muchas naturalezas, su bondad infinita le inclinó á comunicar aquel divino ser con sus dos naturalezas, divina y humana, á todos los hombres en el santísimo Sacramento del altar, juntándolas con un modo inefable con las especies de pan y vino, y con ellas se nos comunica todo Cristo, Dios y hombre verdadero. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 4 *et* 5).

2. En estos cuatro grados de beneficios hay dos cosas señaladísimas que ponderar.–La primera, que la infinita bondad de Dios quiso cumplir su infinita inclinacion de comunicarse de estos cuatro modos al hombre, y en los dos postreros á solo el hombre y no al Ángel (*Hebr.* II, 16); con lo cual descubrió bien, como sus deleites eran estar con los hijos de los hombres (*Prov.* VIII, 31), y que no solamente los crió á su imágen y semejanza, sino hizo que uno de ellos fuese el mismo Verbo, que es la misma imágen y semejanza infinita del Padre, y un Dios con él. Ó bondad infinita de nuestro soberano Dios y Señor, si tanto te debemos los hombres, por haber juntado en nosotros los cuatro rios de beneficios en el ser natural, ¿cuánto mas te deberémos por haber juntado en nuestra naturaleza estotros cuatro rios de incomparables beneficios en el sobrenatural? Y si te estamos tan obligados, por habernos comunicado el ser criado, ¿cuánto mas lo estarémos por habernos comunicado el mismo ser increado? Poco te pareció, Dios mio, comunicar los bienes que están fuera de tí, y así quisiste comunicarnos tambien á tí. ¡Oh quién me diese tal modo de bondad que tuviese vehemente inclinacion á comunicarte cuanto tengo, empleándolo todo en amar y servir á quien tanto bien me ha hecho! (*Eccles.* I, 7). Y pues los rios que salen del mar vuelven al mar de donde salieron, justo es que todos estos rios que salieron del mar inmenso de tu bondad vuelvan á él por el agradecimiento, atribuyendo á tú sola bondad infinita el bien todo que se halla en nuestra naturaleza.

3. La segunda cosa que se ha de ponderar es, que viendo la infinita bondad de Dios como no convenia comunicar su divino ser á todas las naturalezas criadas, para hartar su infinita inclinacion escogió comunicarle á una, en quien estaban todas, y todos los cuatro grados de ser que estaban repartidos por las criaturas del mundo; y así del modo que convenia se comunicó y honró á todos: honró todas las naturalezas corporales, en comunicar su divino ser á nuestro cuerpo; y honró todas las naturalezas espirituales, en comunicarse á nuestro espíritu, y por esto le debo gracias, convidando á todas las criaturas alaben al Señor por la parte que tienen en este soberano beneficio, y animarme yo á ser santo (I *Cor.* VII, 34), *corpore et spiritu*, en el cuerpo y en el espíritu, pues la infinita bondad de Dios tanto quiso honrar y engrandecer al uno y al otro.

—Otros modos, como la bondad de Dios se comunica, particularmente á los escogidos, se irán poniendo en las meditaciones siguientes.—

MEDITACION VIII.

CUÁN AMABLE SEA LA BONDAD DE DIOS, Y CUÁN DIGNA DE SER AMADA CON SUMO AMOR POR SÍ MISMA, Y POR LOS INNUMERABLES BIENES QUE NOS COMUNICA, Y POR LOS INFINITOS DELEITES QUE ENCIERRA EN SÍ Y PROCEDEN DE ELLA.

—La principal propiedad de la bondad es ser amable, y por ella difinieron los filósofos el bien, diciendo: *Bonum est quod omnia appetunt.* El bien es lo que todas las cosas aman y apetecen, porque él mueve la voluntad y apetitos para que le amen y codicien. Los títulos y motivos para amar la bondad se reducen á tres cabezas; porque la bondad es amable por sí misma y por la perfeccion que en sí tiene. Además es amable por sernos provechosa y por el bien que nos hace. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 5, *art.* 4). Y lo tercero, por ser deleitable y causar gran deleite en quien la posee; y esta es una de las causas por que comunmente se divide el bien en honesto, útil y deleitable, llamando útil no solamente á lo que es medio para conseguir el fin, sino tambien á lo que es causa de cualquier bien y provecho nuestro. Estos tres títulos resplandecen infinitamente en la bondad de Dios para ser infinitamente amable, como se verá en los puntos siguientes.—

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la bondad de Dios es sumamente amable por sí misma y por la infinita hermosura y perfeccion que tiene, porque cuanto es mayor la bondad y hermosura, tanto es mas amable; y así la bondad y hermosura infinita será amable infinitamente por sí misma, porque ella es el último fin á quien se ordena todo lo bueno, y ella no se ordena á otro fin que á sí misma. De aquí se sigue, lo primero, que solo Dios puede amar á su bondad cuanto puede y merece ser amada, amándola con amor infinito, complaciéndose en ella y gozándose de ella con infinito gozo. Y de esto me tengo yo de gozar, alegrándome mucho de que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo llenen todo el amor que su infinita bondad pide, y que ella sea tan infinita, que ningun hombre ni Ángel pueda amarla con tanto amor como ella merece, admirándome y pasmándome de esta inmensidad, porque tambien es modo de amor darme por vencido de que no puedo amar tanto á Dios cuanto merece ser amado. Ó Dios amabilísimo, ¡ quién pudiera amarte cuanto eres amable y mereces ser amado! ¡ Oh si mi

alma fuera capaz de amor infinito, para darle todo á tu bondad infinita! ¡Oh quién estuviese como (*Cant.* II, 5; v, 8) la Esposa enferma de amor, desfalleciendo con el deseo de amar, y enfermando por no poder amarte cuanto es mi deseo!

2. De aquí es, lo segundo, que debo amar á esta infinita bondad de Dios mas que á mí mismo, y mas que á todas las cosas amables de esta vida, y con el mayor amor que me fuere posible; porque ya que no puedo amarla con todo el amor que merece, justo es amarla con todo el amor que puedo, sin quitar una brizna de él; y esto pretende Nuestro Señor, cuando con repeticion de tantas palabras dice que le (*Deut.* VI, 5) amemos con todo nuestro corazon, alma, espíritu, virtud y fuerzas; esto es, con el sumo amor y conato que nos fuere posible, estimándole en mas que á todo lo criado y que se puede criar. Ó Bondad suma, dame el sumo amor que me es posible, para que con todo él te ame. ¡Oh si el amor de todos los Ángeles y Serafines, y de todos los santos que hay en el cielo y en la tierra se depositara en mi corazon, para amarte tanto como todos juntos! y aun con esto no quedaré hartò, porque mirando á tu infinita bondad, no puede tener tasa la caridad, ni el fuego dèl amor puede decir basta (*Prov.* xxx, 16), porque tu bondad siempre le atiza.

3. Lo tercero, sacaré de aquí que el principal motivo de mi amor ha de ser la bondad de Dios por sí misma, porque ella es último fin y motivo del amor, y es desórden grande amarla principalmente por otra cosa fuera de ella, que desdiga de su pureza. Pero en esta bondad puedo discurrir é imaginar infinitos títulos, por los cuales Dios es amable, y yo puedo y debo amarle. Estos son tantos, cuantas son las perfecciones de Dios, en las cuales está embebida su bondad. Y así es infinitamente amable su sabiduría y omnipotencia, su inmensidad, liberalidad y misericordia, por la bondad y perfeccion que en todo esto resplandece. Y por esto dice la Esposa de su Amado, que es (*Cant.* v, 16) *totus desiderabilis*, todo es deseable y amable. No hay cosa en Dios que sea aborrecible, todas son amabilísimas; hasta la misma justicia vindicativa, con que castiga los pecadores por sus pecados, es deseable y amable, y digna de ser amada, porque en ella tambien resplandece la bondad de Dios, pues sin ella no fuera enteramente bueno; y así me tengo de gozar tambien de esto, y gozarme de que Dios vengue sus injurias, y las castigue en esta vida y en la otra, y de que haya hecho infierno y purgatorio, como hizo cielo y paraíso, pues todo pertenece á su entera perfeccion. Ó Amado de mi alma, todo eres amable para mí, por-

que todo es bueno cuanto hay en tí. ¡Oh si tambien fuese amable para tí todo cuanto hay en mí! Quita, Señor, de mi alma todo género de culpa y mancha, para que sea toda hermosa (*Cant.* IV, 7) en tus ojos, y amable á tu corazon.

4. Últimamente, sacaré de aquí cuán abominable cosa sea aborrecer á un Dios tan bueno y á una bondad tan amable, compadeciéndome de la ceguedad y maldad de los pecadores que aborrecen á Dios, ó porque prohibe los deleites malos, ó porque los castiga con justicia; pues por esto mismo merecia ser amado; y así con mucha razon dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XV, 24), que los malos aborrecian á él y á su Padre, *gratis*, de balde, y sin causa ni razon. Ó suma Bondad, que mereces ser amada con infinito amor de infinitos amadores, si los hubiese; no permitas que haya hombre que no te ame; abre los ojos de los que te aborrecen, porque si con viva fe te conociesen, nunca te aborrecerian. ¡Oh si llegase el dia en que te vea claramente, para amarte sumamente, porque no es posible verte y no amarte!

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como la divina Bondad es infinitamente amable, no solamente por sí misma, sino tambien por la suma inclinacion que tiene á hacernos bien, y por los innumerables é infinitos bienes que nos ha comunicado.–Lo primero, es amable por los cuatro grados de ser natural, que, como ya se ha dicho, comunicó á las criaturas, y los cifró en el hombre, como en un mundo abreviado; y como estas perfecciones son innumerables, así son innumerables los títulos y motivos que puedo sacar de ellas, para amar la amabilísima bondad de donde procedieron para bien y provecho mio. Y así en viendo cualquier criatura he de imaginar, como dice Hugo de San Víctor (*Lib. de arca mor. c.* 4, *t.* 2), que Dios nuestro Señor me está diciendo por ella estas dos palabras: *Accipe, et redde:* Recibe, y paga; ó las que dice el Sábio (*Eccli.* XIV, 16): *Da, et accipe, et iustifica animam tuam.* Da, y recibe, y justifica tu alma. Lo que significan es: Recibe de Dios el bien que te da, y dale por él tu amor; recibe su don, y dale tu agradecimiento; recibe su beneficio, y dale tu servicio: *Accipis benignitatem, redde caritatem:* recibes de Dios benignidad, vuélvele caridad. Y si esto hago dignamente, justificaré mi alma, haciendo lo que debo; porque como Dios quiere recibir agradecimiento por el bien que me da, así yo tengo de darle agradecimiento por el bien que recibo. Ó alma mia, oye las voces de estas criaturas, y el consejo del Sábio que dice (*Eccli.* IV, 36): No tengas la mano abierta

para recibir, y apretada para dar; y pues Dios abre su mano para llenarte á tí y á todo el mundo de bondad y bendicion (*Psalm.* CIII, 28), abre tu corazon para henchirle de amor, y tu boca para llenarla de alabanzas, y tus manos para henchirlas de servicios, en agradecimiento de tan innumerables beneficios; mira no seas ingrata, porque si aprietas tu mano en dar á Dios lo que te pide, apretará él la suya para no darte el bien que tú le pides.

2. De aquí consideraré, cuán amable es la bondad de Dios, por los innumerables bienes de gracia y gloria que de ella proceden; y cuánto mas amable por el sumo beneficio de la encarnacion del Verbo divino, en la cual echó el resto para declararnos por las obras cuánto merece ser amada. Ó Dios amabilísimo, si tan digno eres de ser amado por habernos dado tantos bienes naturales, ¿cuánto mas lo serás por habernos añadido tantos bienes sobrenaturales? Y si tanto debo amarte por los bienes perecederos, ¿cuánto mas por los eternos? Y si eres sumamente amable por los bienes que nos das fuera de tí, ¿cuánto mas lo serás por dártenos á tí? ¡Oh quién me diese nuevo corazon, nueva alma, nuevo espíritu, nueva virtud y fuerzas, para que con nuevo fervor cumpliese perfectísimamente el precepto del amor, amándote como quieres ser amado! Ó alma mia, tiende los ojos de la fe por los bienes de gracia que has recibido y cada dia recibes, y abre los oidos para oir la voz de tu Amado, que te dice: *Accipe et redde, da et accipe.* Recibe y paga, da y recibe. Recibe de mí la gracia, y págamela con algun servicio. Ó Amado mio, pues así lo mandais, hágase así; pero ayudadme para que no deje por mi flojedad lo que tan liberalmente me ofrece vuestra bondad. Este modo de afecto tengo de ejercitar cuando recibiere el sacramento de la Confesion y Comunion, cuando oyere misa ó sermon, cuando fuere participante de cualquier bien sobrenatural, imaginando que me dice Dios, recibe y paga, da y recibe, para que justifiques tu alma, y la santifiques con nuevos aumentos de santidad.

3. Lo tercero, ponderaré como la bondad de Dios es tambien amable, por encerrar en sí toda la razon del bien útil que se puede imaginar sin mezcla de imperfeccion, porque en Dios nuestro Señor están con eminencia todas las cosas que son medios para alcanzar nuestro último fin; él mismo es el camino, la verdad y la vida (*Ioan.* XIV, 6), en cuanto él da los medios para caminar y llegar á ver la suma verdad, y alcanzar la vida eterna, que es él mismo. Y por esto dijo el real profeta David (*Psalm.* LXXXIII, 12): El Señor dará

la gracia y la gloria. Y demás de esto, todos los bienes que en esta vida son medios para alcanzar algun buen fin están con eminencia en Dios, y de su bondad proceden, y por ellos es digno de ser amado; y si amo el manjar porque me conserva la vida, y la medicina porque me cura la enfermedad, y el dinero porque con él compro lo que he menester, mucho mas tengo de amar á Dios, de quien todo esto procede, no porque mi principal motivo sea que me dé tales bienes, sino por la bondad que resplandece en dármelos con tanta liberalidad. Y así de todas estas cosas de que uso he de sacar motivos para conocer cuán amable es Dios, procurando amarle por ellos al modo dicho, imaginando que tambien me dice las palabras dichas, recibe y paga, da y recibe.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar cuán amable sea la bondad de Dios, por el tercer título del bien que llamamos deleitable; el cual es una quietud y descanso del corazon en la posesion de la cosa que ama, y en el cumplimiento de lo que desea, y por otro nombre se llama gozo y alegría. -Lo primero, Dios nuestro Señor es amable, por el infinito gozo y deleite que tiene dentro de sí mismo, porque como es la misma bondad, así es el mismo deleite, y todas las perfecciones que tiene le son motivo de infinito gozo, deleitándose en verlas y amarlas.-Lo segundo, es amable, por el infinito gozo con que hace todas sus obras, deleitándose en la creacion de los cielos y de las demás cosas, conforme á lo que dice David (*Psalm.* CIII, 31): Alegrarse ha el Señor en sus obras.

2. Lo tercero, es amable, por ser causa de todos los bienes deleitables de esta vida; de suerte que ninguna cosa puede deleitar nuestros sentidos ó potencias interiores, si no es por el ser que recibe de Dios, ni nuestra alma puede tener algun deleite, si Dios no se le da. Y así en Dios están con eminencia todas las cosas deleitables, y todos los deleites que podemos desear; y aunque nos deleita con sus criaturas, puede él solo sin ellas darnos el deleite que nos habian de dar, y otro incomparablemente mayor; en lo cual se funda la promesa de dar al que dejare por su amor alguna cosa (*Matth.* XIX, 29), ciento tanto mas de lo que dejó, dándole incomparablemente mayor alegría espiritual por haberlo dejado, que la que tuviera poseyéndolo.-Lo cuarto, finalmente, es amable por el gusto especial que tiene en tratar y conversar con nosotros. Por lo cual dice la Sabiduría increada (*Prov.* VIII, 30), que se alegraba todos los dias jugando; esto es, gozándose y entreteniéndose en las obras que hacia en la redondez de la tierra; pero sus delicias y deleites espe-

ciales eran los hijos de los hombres, estar con ellos y conversar con ellos, pues, segun el hebreo: *Deliciae meae filii horum.*

3. De todo esto se sigue, que Dios nuestro Señor quiere ser servido con alegría, y que conversemos y tratemos con él con grande gusto, porque cada uno ama á su semejante; y como él es tan alegre, y todo lo que hace es con alegría, así quiere que sus escogidos vivan alegres en su servicio, y con alegría le sirvan, como dice David (*Psalm.* xcix 2): Alegraos con Dios todos los moradores de la tierra, servid al Señor con alegría, y entrad en su presencia con regocijo. Y para mas animarnos á esto nos promete por premio su mismo gozo, diciendo al que fuere fiel en su servicio (*Matth.* xxv, 21): Entra en el gozo de tu Señor. Con cada una de estas cinco consideraciones me moveré á grandes afectos de amor y gozo en la bondad de Dios, procurando gozarme en solo Dios, pues en él solo hallaré todas las razones de gozo y deleite que puedo desear. Ó alma mia, ¿para qué andas mendigando deleites de las criaturas? Pues en solo Dios hallarás infinito mayor deleite que en todas ellas (II *Cor.* ix, 7), haz con alegría las obras de su servicio, pues él hace con sumo gozo las de tu provecho. Dale cuanto tienes, no por necesidad ni con tristeza, porque ama al dadivoso alegre, y le vuelve ciento tanto de contado en alegría. Alégrate de conversar con él, pues él se deleita en conversar contigo, llenándote con esto de su gozo (*Sap.* viii, 16), porque no hay amargura en su conversacion, ni tédio alguno en su trato, sino alegría y gozo, el cual comienza en esta vida y se cumplirá en la otra, pasando del gozo temporal al sempiterno. Últimamente, sacaré de aquí cuán abominable cosa es amar algun deleite prohibido por Nuestro Señor, atropellando los deleites celestiales por gozar de los terrenos, y dejando el gozo infinito y eterno por el gozo limitado y temporal; doliéndome de los que dan en tal desórden, y de las veces que yo he caido en él, con propósito de enmendarme, porque, como dice Job (*Iob*, xxvii, 10), no podré deleitarme en el Todopoderoso, si me aparto de su servicio.

MEDITACION IX.

DE LA INFINITA CARIDAD Y AMOR DE DIOS.

—El amor es una complacencia en el bien (*D. Thom.* 1 *p. q.* 20; 1, 2, *q.* 26, *art.* 1 *et* 4; 2, 2, *q.* 27, *art.* 2; *q.* 23, *art.* 1; *q.* 31) por la conveniencia que tiene con nuestra naturaleza; sus principales ac-

tos son tres.-El primero es general y se llama benevolencia, que es querer bien á otro, complaciéndome en el bien que tiene, ó queriendo que le tenga.-El segundo es amor que llamamos de concupiscencia, amando alguna cosa por mi provecho, ó por el provecho de otro, como amo el dinero, el manjar, y el esclavo.-El tercer acto es amor de amistad entre dos personas, amando la una á la otra por el bien que hay en ella, conociendo que se aman; y cuando este bien es sobrenatural, la tal amistad se llama caridad. De estos tres actos de amor nace otro exterior que se llama beneficencia, que es hacer bien al que amo. Con este presupuesto, entrarémos á meditar todo lo que pertenece á la infinita caridad y amor de Dios, en órden á sí mismo y á todas las criaturas, especialmente á los hombres, y mas especialmente á los justos, presupuestas muchas cosas que se han dicho en las meditaciones precedentes, que pertenecen á la caridad de Dios, por la trabazon que tiene con su bondad.—

PUNTO PRIMERO.-*Del amor de Dios consigo mismo.*— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor se ama infinitamente á sí mismo, por la infinita bondad que en sí tiene; y como esencialmente es su misma bondad, así es su mismo amor y caridad (I *Joan.* IV, 8), complaciéndose y agradándose de su mismo bien, y de todas las perfecciones que tiene, de su sabiduría, omnipotencia, etc. Y este amor es ordenadísimo, y santísimo y muy conforme, y debido á la infinita bondad, santidad y hermosura de Dios, y así es muy diferente del que acá llamamos amor propio, con que uno se ama á sí mismo con tan desordenada propiedad, que excluye el amor debido á otras cosas.

2. Pero mas adelante consideraré, como en Dios nuestro Señor hay infinito amor de amistad y caridad, porque entre las tres divinas Personas se hallan con infinita excelencia todas las perfecciones de la perfecta amistad, que son igualdad de personas (*Arist.* 8 *et* 9; *et hic D. Thom. ubi sup.; et* 2, 2, *q.* 25, *art.* 7), union de voluntades, comunicacion de todas las cosas, queriendo un amigo para el otro el ser y la vida, y todos los bienes, comunicándole los que él tiene, conversando con él íntimamente con grande alegría, y dándole parte de todos sus secretos, y que sobre todo esto haya antigüedad y permanencia en el amor, y que sea entre pocos. Todo esto, como se dijo en la meditacion IV, se halla entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, porque todos tres son iguales, con infinita igualdad de perfeccion; son sumamente una cosa en la esencia, con unidad de voluntad en todas las cosas; tienen infinita comunicacion,

y todas las cosas les son comunes, ni hay secreto partido entre ellas, y su amor es eterno, siempre fue, es, y será para siempre, y es entre pocos, porque no son mas que tres, ni era posible que tan infinita amistad se extendiese á mas personas.

3. De esta consideracion sacaré grandes afectos de gozo y confianza, por muchos títulos.–Lo primero, me gozaré de que Dios se ame cuanto puede y merece ser amado, de modo que su bondad y amor corren á las parejas, sin que el amor desee mayor bondad en que se cebe, ni la bondad desee amor que mas la ame; y pues yo amo á Dios, es razon que me goce de ver lleno el deseo que su caridad tiene de amar, y su bondad de ser amada.–Lo segundo, me gozaré porque el infinito amor que Dios tiene á sí mismo y á su bondad es causa y orígen del amor que tiene á las criaturas; y la amistad que tienen las tres divinas Personas, es causa y dechado de la amistad que tiene con los Ángeles y hombres. Y este divino amor es solicitador y despertador perpétuo que hay en Dios, para que nos ame; por lo cual puedo tener grande confianza que siempre me amará, porque se ama á sí, y por esto quiere amarme á mí y á todo lo que ama. Y si san Pablo dice de sí (II *Cor.* v, 14): *Caritas Christi urget nos:* la caridad y amor que tenemos á Cristo nos espolea y atiza, para que amemos á nuestros prójimos, ¿cuánto mas la caridad y amor que Dios tiene á su bondad le atizará para que ame á sus criaturas? como se verá en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO.–*Del amor de Dios con los hombres.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar el grande amor que Dios nuestro Señor tiene á todas sus criaturas, ponderando algunas cosas muy señaladas.–La primera, es la diferencia que hay entre nuestro amor y el de Dios, como la pone santo Tomás, diciendo (*p.* 1, *q.* 20, *art.* 2): Que nuestro amor presupone ser ya el bien que ama, ó á lo menos imagina que tiene ser, y bondad, y en esa se agrada: mas el amor de Dios es causa del bien que ama; y así andan juntos en Dios los dos actos de amor que se llaman benevolencia y beneficencia, querer bien y hacer bien, porque viendo Dios en su eternidad, con su infinita sabiduría, la bondad de las criaturas que podia criar, pareciéndole todas bien, amó, y quiso con eficacia el bien de algunas de ellas, determinándose á darlas el ser y perfeccion que podian tener; y así queriendo Dios bien á los cielos, estrellas y planetas, les dió todo el ser y bien que tienen; queriendo bien á las criaturas de la tierra y al hombre, las hizo con la hermosura y belleza que hay en cada una; y el amarlas Dios, es querer y hacer todo lo bueno y perfecto que

hay en ellas. Y como dijo David (*Psalm.* XVII, 20): *Salvum me fecit, quoniam voluit me:* salvóme, porque me quiso bien; así puedo decir: Dios me dió este cuerpo y esta alma, y me crió á su imágen y semejanza, porque me quiso bien. Dios me conserva y gobierna, y me da todos los bienes de que gozo, porque me quiere bien, y quererme bien es darme estos bienes que me da, y esto de gracia y de balde, no mas de porque quiere amarme, como dice por Oseas (*c.* XIV, 5): *Diligam eos spontaneè.* Amarélos de mi voluntad y bella gracia. Ó Amado de mi alma, gracias te doy por tal modo de amor con que amas á tus criaturas, y á mí con ellas: reconozco que no es posible amarte yo del modo que me amas tú; porque yo puedo quererte bien, pero no puedo hacerte bien, ni darte algo que no tengas; pero del modo que pudiere te daré lo que me das, sirviéndote, y dándote las gracias por todo: y lo que no puedo dar á tí, daré á mis prójimos por tu amor.

2. Lo segundo, ponderaré que Dios nuestro Señor incomparablemente ama mas al hombre que á todas las criaturas de este mundo visible, porque la semejanza en el bien es causa del amor; y cuanto es mayor la semejanza, tanto es mas vehemente la inclinacion del amor, porque los semejantes míranse como una misma cosa, y este modo de unidad les inclina á que se quieran bien (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 27, *art.* 3); y como las demás criaturas solamente son una huella y rasguño del ser de Dios, pero el hombre es á imágen y semejanza suya, con capacidad de tener amistad y trato con él. De aquí es que Dios nuestro Señor ama mucho mas al hombre que á todo el resto de las criaturas visibles, por esta semejanza que con él tiene; y así las crió para el hombre, ordenándolas todas á sí mismo como á último fin. De aquí sacaré la grande obligacion que tengo á amar á Dios; porque, si la semejanza es causa de amor, ¿cuánto debo amar al que me crió á su misma imágen y semejanza? Si un animal (*Eccli.* XIII, 19) ama á otro semejante, y cada cosa gusta de juntarse con la que tiene semejanza con ella, ¿cómo no amaré yo á Dios, y gustaré de juntarme con él, pues con tanto amor me hizo semejante á sí? Ó Dios trino y uno, que en la creacion del hombre diste muestras de la infinita amistad y unidad que tienes dentro de tí mismo, diciendo las tres divinas Personas (*Genes.* I, 26): Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza; concédeme que te ame con tal amor, que todas mis potencias concuerden y se aunen para amarte y glorificarte por la semejanza que me diste, y por el amor que en dármela me mostraste.

3. De aquí se sigue la tercera cosa señalada que resplandece en este amor; conviene á saber, que Dios nuestro Señor ama á todas las criaturas de este mundo visible, fuera del hombre, no con amor de amistad, porque no son capaces de ella, sino con amor de concupiscencia (*D. Thom.* 1 *p. q.* 2, *art.* 2), queriendo el bien que tienen, no por provecho del mismo Dios, porque él, como dice David (*Psalm.* xv, 2), de nada tiene necesidad, sino por provecho de los hombres, para la conservacion de su vida, para su regalo y entretenimiento, y para las demás comodidades que de ellas recibimos; porque como ellas no podian amar á Dios, ni alabarle por los bienes que les daba, quiso ordenarlas para el bien y provecho de otra criatura, la cual supliese este defecto, amándole y glorificándole por el ser que da á todas. De donde sacaré un grande afecto de admiracion, diciendo con David (*Psalm.* VIII, 5): ¿Quién es el hombre, para que te acuerdes de él, ó el hijo del hombre, para que le visites? Hasle coronado de honra, de gloria, y héchole superior á las obras de tus manos; debajo de sus piés pusiste todas las cosas, las ovejas y las vacas, las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar. Ó Señor, Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Ó Dios de mi alma, no es tu nombre menos amable que admirable, pues todo lo admirable que has hecho con el hombre, es porque le amaste, y para que te amase, descubriéndole que eres sumamente amable.

4. De aquí iré luego discurriendo, y sacando infinitos títulos para amar á Dios, por infinitas obras de amor que acumula en sí mismo, porque amando Dios estas innumerables criaturas, me ama á mí en ellas, y de ellas pasa el amor á mí, como el padre que ama el vestido, y el manjar, y el esclavo para el hijo, en todo esto ama á su hijo, porque el motivo principal para amarlo es su hijo: así este Dios y Padre amorosísimo amando los cielos, estrellas y planetas, me ama tambien á mí; porque los ama, y quiere el bien que les da para mi provecho; y de la misma manera amando los elementos, los mixtos, las plantas y todos los animales, juntamente me ama á mí, porque los ama para mí, y les hace bien, por hacerme á mí bien; y pues Dios me ama en todas las criaturas al modo dicho, razon es que yo le ame en todas ellas, amando á las criaturas por el bien que él las dió, y para gloria del que se las dió, y no usando de ellas sino para su amor y servicio. Ó Dios eterno, amador y bienhechor de todas las criaturas, confieso que por mil títulos estoy obligado á amarte de todo mi corazon; y pues amas innumerables criaturas que no pueden

volverte retorno de amor por el que tú les tienes, obligado quedo yo á amarte por todas ellas. ¡Oh quién tuviera tantos corazones, como me has dado criaturas, para que con todos ellos te amara y glorificara, cumpliendo la deuda que ellas no pueden pagar, y de que yo estoy cargado por su causa!

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la universalidad de este generoso amor de Dios, del cual ninguna criatura está excluida por el ser que tiene, segun aquello del Sábio que dice (*Sap.* XI, 25): Amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreces de cuantas hiciste; porque ninguna ordenaste, ni hiciste con aborrecimiento, ni puede perseverar, si no es que tú lo quieras. De suerte, que aunque Dios aborrece el pecado y al pecador en cuanto malo, pero no aborrece su naturaleza ni el bien que él mismo puso en él; y aunque sea ingrato y desconocido, no cesa de amarle con este amor, como á criatura suya, comunicándole los bienes naturales que da á los agradecidos. De donde sacaré tres avisos: el primero, es de este amor que Dios me tiene, por el bien natural que me dió, hacer título para pedirle me quite el mal que yo añado, diciéndole aquello de Job (*Iob,* X, 8): Tus manos me hicieron, y formaron todo cuanto hay en mí, ¿y así de repente me despeñas? Ó Formador y Hacedor mio, no permitas que me despeñe en tales pecados, que te provoquen á despeñarme en los infiernos; destruye lo que yo hice por mi culpa, por el amor que tienes á lo que tú hiciste por tu bondad.

2. Lo segundo, sacaré una grande determinacion de no aborrecer cosa alguna de cuantas Dios ama, conformando en todo mi amor con el suyo; y aunque aborrezca la maldad de mi enemigo, no aborreceré su persona (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 25, *art.* 6), antes le amaré como Dios le ama, queriendo para él los bienes que Dios le da, y desea darle; acordándome de lo que dijo Cristo nuestro Señor: Amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen, para que seais hijos de vuestro Padre celestial (*Matth.* V, 44), el cual hace salir su sol para buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores, en lo cual muestra que los ama.

3. Finalmente, como este amor generalmente acompaña á Dios en todas sus obras, por lo cual dijo el Sábio (*Sap.* XI, 25): que ninguna cosa hizo ni órdenó con aborrecimiento; porque, como dice san Dionisio (*c.* 4 *de div. nom; D. Thom.* 1, 2, *q.* 28), el amor es causa de todas las cosas que hace el que ama; así yo si amo á Dios con fervoroso amor, he de imitarle en que este amor sea principio, medio y fin de mis obras: de modo que todas comiencen con amor,

y vayan acompañadas con amor, y las haga por amor de este gran Dios que tanto me ama, y de este modo le amaré con todo mi corazon, alma, espíritu y fuerzas, como dice el precepto del amor. Ó Amado mio, pues siempre amas, y siempre obras con amor, y no cesas de amar ni de obrar, porque si tú cesases, todo dejaria de ser; concédeme que nunca yo cese de amarte, ni de obrar por tu amor, haciendo (I *Cor.* XVI, 14) todas mis obras en caridad, porque si esta cesa, tambien yo dejaré de ser en tu presencia, pues sin ella *nihil sum* (I *Cor.* XIII, 2), nada soy, nada valgo, y nada merezco; y si algo tengo, es por tu amor.

PUNTO CUARTO.—*De la amistad de Dios con los hombres.*— 1. Lo cuarto, se ha de considerar la grandeza de la caridad y amor que Dios nuestro Señor tiene á los hombres, queriendo trabar con ellos verdadera amistad, con todas las perfecciones que puede tener la amistad entre el Criador y la criatura, discurriendo por las mas principales propiedades de ella, que arriba se apuntaron.—La primera própiedad de la amistad es, que sea entre personas en alguna manera iguales, ó con entera igualdad, como entre dos ciudadanos muy íntimos, ó con proporcion, conservando la excelencia del estado del unó, como entre el rey y su privado, entre el padre y el hijo. (*Arist.* 8 Ethic. c. 10). De donde procede, que cuando un amigo es muy excelente, levanta al otro á la mayor excelencia que puede, por lo cual dijo san Jerónimo (*D. Hieron.* in Mich. VII): *Amicitia pares accipit aut facit:* la amistad presupone que los amigos son iguales, ó ella los hace iguales, y de este jaez es la amistad que Dios tiene con nosotros: el cual, viendo la grande desigualdad que habia entre nuestro ser natural y el suyo, quiso por su infinita bondad levantarnos á otro ser excelentísimo sobre toda nuestra naturaleza, en el cual se pudiese fundar verdadera amistad, dándonos, como dice san Pedro (II *Petr.* I, 4), dones preciosísimos de gracia, por los cuales seamos consortes, y conformes con su divina naturaleza, con la mayor conformidad que es posible á puras criaturas, no solamente tomándonos por amigos, sino haciéndonos hijos suyos, herederos de su reino, y bienaventurados, como él lo es, hasta llamarnos reyes y dioses (*Psalm.* LXXXI, 6), y tomar nuestras almas por esposas suyas; y todo esto de pura gracia, y por ser él bueno y mostrar su infinita bondad en admitir á sus criaturas y á sus esclavos á la participacion de la infinita amistad que tienen las tres divinas Personas.

2. Y aunque no es posible tener igualdad con su infinita excelencia, pero su infinita afabilidad suple esto; y así nos llama con

nombres de igualdad, como se ve en el libro de los Cantares, donde llama al alma su hermana y esposa, y la atribuye los mismos nombres de alabanza con que ella le alaba. Ó Dios amorosísimo, amable sobre todo lo que se puede pensar, harta merced me habias hecho en haberme criado á tu imágen y semejanza; mas tu infinita caridad quiso levantarme á otra semejanza muy mayor, para darme mayores muestras de amor. Ya no me admiraré, como David, porque me diste un ser natural, superior á todas las cosas de la tierra, pues te has dignado levantarme á un ser sobrenatural, que corre á las parejas con lo que hay sobre el cielo. En el primero me hiciste poco menor que los Ángeles. (*Psalm.* VIII, 7). En este segundo me has hecho igual con ellos y semejante á tí, Criador y Santificador de todos los Santos, para que te ame, y santifique tu nombre en la tierra, como ellos le santifican en el cielo.

3. De esta primera propiedad de la perfecta amistad nace la segunda, que es querer para su amigo el ser y la vida, y todos los bienes que puede darle (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 27, *art.* 5), comunicándoselos liberalmente, por el amor que le tiene, en lo cual es excelentísimo nuestro gran amigo Dios; porque demás de querernos bien, y hacernos bien, dándonos el ser y vida natural, quiere para nosotros el ser sobrenatural, la vida de la gracia y la vida eterna de la gloria, con los innumerables bienes que la acompañan, hasta decirnos (*Luc.* XV, 31) : *Omnia mea tua sunt;* todas mis cosas son tuyas, porque *amicorum omnia sunt communia,* á los amigos todos los bienes son comunes; y lo que Dios tiene, para sus amigos lo quiere. Ó Amado y amigo nuestro (*Cant.* V, 16), ¡cuán bien cumples esta ley de la perfecta amistad, haciendo que tus propios bienes sean comunes á tus amigos! ¿Cómo podré yo cumplirla, pues no tengo bienes propios para hacerlos contigo comunes? Todas las cosas son tuyas (I *Par.* XXIX, 14), y lo que de tu mano he recibido, eso te volveré; mi propia voluntad y propio amor convertiré en comun, haciendo todo lo que tú quisieres, y amando lo que tú amares, no queriendo cosa propia para mí, sino que todo sea para tí.

4. De aquí procede la tercera propiedad de la perfecta amistad, que es la union, por razon de la cual se dice, que el amigo es otro yo (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 20, *art.* 1 *et* 2; *D. Aug.* IV Confes. c. 6), y que los amigos son una alma en dos cuerpos, y que el alma mas está donde ama, que donde anima, y por esto desean grandemente estar juntos, y conversar uno con otro. Esto resplandece mucho mas en la amistad de nuestro Dios, el cual nos hace por el amor un mismo

espíritu consigo (I *Cor.* VI, 17), y nos tiene dentro de sí, como la niñeta está dentro del ojo (*Zach.* II, 8), y tiene por regalo estar con los hijos de los hombres (*Prov.* VIII, 31), y conversar familiarmente con ellos, y les da parte de sus secretos, segun aquello que dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XIII, 14): Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: yo os he llamado y tenido por amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he manifestado; y finalmente los llevará á su cielo á donde será la comunicacion mas estrecha, porque continuamente estarán en su presencia, metidos dentro de su divinidad, viéndole cara á cara, conservando con él su íntima familiaridad.

5. Ó Dios amantísimo, ahora veo con cuánta razon te llamas esposo de nuestras almas, y á ellas las llamas esposas tuyas, pues eres un espíritu y un corazon con ellas, tratándolas con tan tierno amor, cual nunca tuvo esposo á su querida esposa. ¿Quién creyera tal modo de amor, si tú no le revelaras? Y ¿quién podrá entender tal modo de conversacion, si tú no le das parte de ella? Ó Amado mio (*Iob,* VII, 17), ¿quién es el hombre, porque así le engrandeces? ó ¿por qué pones en él tu corazon? Pon, Señor, mi corazon en el tuyo, y muéstrame la grandeza de este amor, haciéndome una cosa contigo, para que te ame como me amas, y sea tambien la amistad perfecta de mi parte, como es perfectísima de la tuya. De estas tres propiedades he de sacar un deseo grande de mostrar la amistad y caridad que tengo á Dios nuestro Señor en tener otra tal por su amor á mis prójimos, igualándome y humanándome con ellos, y levantándolos del modo que yo pudiere, comunicando con ellos de mis bienes corporales y espirituales, haciéndome uno con todos, y conversando con ellos amorosamente á fin de que amen á Dios, para que tenga muchos amigos en quien sea glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DE CUATRO EXCELENCIAS SINGULARÍSIMAS QUE TIENE LA INFINITA CARIDAD Y AMISTAD DE DIOS CON LOS HOMBRES, Y DEL MODO CON QUE LAS PODEMOS IMITAR.

—Las excelencias de la caridad de Dios para con los hombres que hasta aquí hemos puesto, tienen fundamento en las propiedades de la perfecta amistad que suele haber entre los hombres. Ahora pondrémos otras singularísimas que no se pueden hallar, si no es en la

de Dios, la cual como es infinita de su parte, así es singular sin que haya otra que le llegue, las cuales se reducen á las cuatro que el apóstol san Pablo (*Ephes.* III, 18) llama longitud, latitud, alteza y profundidad. La longitud es su duracion eterna sin principio ni fin. La latitud ó anchura es su dilatacion á todos los hombres que quieren tener amistad con él. La alteza es la soberanía de los bienes celestiales á que les levanta. La profundidad es los secretos que hay en esta amistad, tales que ninguno puede ahondarlos: y aunque algo de esto queda dicho en las meditaciones precedentes, en esta se irá ponderando mas por los puntos siguientes. —

PUNTO PRIMERO.-*De la eternidad del amor de Dios.*— 1. La primera excelencia singular de la caridad de Dios para con los hombres es ser eterna. Esta eternidad consiste en ser tan antigua como el mismo Dios, el cual desde su eternidad se resolvió en amar á los hombres, y trabar amistad con ellos, y no solamente á bulto y en comun, sino en particular, conociendo á cada uno, y queriendo, cuanto es de su parte, darle todos los bienes de gracia y gloria en que se funda esta amistad; aunque mas particularmente amó á los que llamamos predestinados. De suerte, que yo puedo aplicar á mí mismo aquello que dijo Dios por Jeremías (c. XXXI, 3): *In caritate perpetua dilexi te*, con caridad perpétua te amé; como si dijera, desde que soy Dios te amo: desde que me amo á mí, te amo á tí. Tan eterno es el amor que te tengo, cuan eterno soy yo, y el amor con que me amo. Ó Amador eterno, ¿quién no te amará sin cesar? ¡Oh quién te hubiera amado siempre desde que fuí hombre, pues tú me amaste desde que eres Dios! Ó alma mia, no dilates el amar á Dios, porque para luego es tarde; comienza luego, y ama á quien siempre te amó. *Ama amorem ab aeterno te amantem*: ama al infinito amor, que desde la eternidad se emplea en amarte. Si el amigo para ser bueno y seguro ha de ser antiguo, ¿qué amigo puede haber mas antiguo que el eterno? Toma el consejo del Sábio que dice (*Eccli.* IX, 14): No dejes al amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante á él: no dejes la amistad de Dios por la de los hombres, porque esta no será semejante á aquella, y cuanto excede lo eterno á lo temporal, tanto excede aquella á esta. Estos y otros propósitos y afectos semejantes he de sacar de esta consideracion, dando gracias á Nuestro Señor porque me amó *ab aeterno*, deseando haberle yo siempre amado desde que tuve uso de razon, fiándome de amigo tan antiguo, doliéndome de haberle dejado por trabar nuevas amistades con las criaturas, y proponiendo de nunca dejarle.

2. De esta consideracion he de subir á ponderar, como la caridad y amor de Dios siempre es primero que el nuestro, y nos gana por la mano, previniéndonos en amor, conforme á lo que dice san Juan (*Ioan.* IV, 9): En esto se descubrió la caridad, porque no amamos nosotros primero á Dios, sino él primero nos amó; que es decir, la fineza de la caridad de Dios se descubre mucho, en que nos ama primero que le amemos, porque esto es señal que nos ama, no por su interés ni por nuestros merecimientos, sino de gracia y solamente por ser bueno y para solicitar nuestro amor con el suyo, y provocarnos al retorno de amor. Y así concluye san Juan: *Nos ergo diligamus Deum, quia ipse prior dilexit nos.* Luego justo es que nosotros amemos á Dios, porque él primero nos amó. Ó alma mia, si el amar mueve á ser amado, muévate tal amor, y de tal Dios, para amar á quien así te ama y se anticipa en el amor. Ó Amador eterno, si fuera posible que yo te amara primero que tú me amaras, fuera muy justo que mi amor solicitara el tuyo, suplicándote que te dignaras de amarme; mas pues tu amor solicita el mio, desde luego te le ofrezco con entrañable deseo de amarte, porque me amas, y de amarte cada dia mas, para que tú me ames mas, aumentando en mí los dones del amor.

3. Luego ponderaré, lo tercero, como la caridad de Dios es eterna cuanto á la duracion que está por venir con grande estabilidad y firmeza por toda la eternidad. De suerte, que como su caridad no tuvo principio, así, cuanto es de su parte, nunca tendrá fin para con los hombres; y por consiguiente puedo considerar, como este gran Dios y eterno Amador siempre me amó y me ama, y me amará mientras fuere Dios, si por mí no queda, y su amor, como la misericordia que de él procede, es (*Psalm.* CII, 16) *ab aeterno in aeternum*, sin que haya cosa criada que pueda quitar de Dios este amor; y de este modo se puede entender lo que dice el Apóstol (*Rom.* VIII, 35; *Tolet.* ibi.): ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? esto es, ¿quién podrá hacer que nos deje Dios de amar por Cristo? Porque en todos los trabajos y tribulaciones vencemos por el que nos ama, y por la virtud que en nosotros pone el amor que nos tiene.

4. Y pasa tan adelante la estabilidad de este amor, que cuando nosotros por nuestra culpa rompemos esta amistad, y nos hacemos enemigos suyos, él con su infinita caridad siempre está firme en desear que volvamos á su amistad, y está aparejado para admitirnos de nuevo en su gracia, olvidándose de la injuria, si le pedimos per-

don de ella, diciendo aquello de Jeremías (*c.* III, 1): Tú has fornicado con muchos amadores, pero vuélvete á mí, que yo te recibiré. Ó Amador eterno é inmutable, dame un amor semejante al tuyo, del cual ninguna cosa me pueda apartar. Si tú no apartas de mí tu amor, ¿quién podrá apartar de tí el mio? (*Rom.* VIII, 35). ¿Por ventura la tribulacion, ó la angustia, ó la hambre, ó el cuchillo? Nada de esto será poderoso para ello, porque el amor que tú me dieres, fácilmente lo vencerá todo, en virtud del que tú me tienes. Ni las muchas aguas ni los copiosos rios podrán apagar mi caridad (*Cant.* VIII, 7), si anda junta con la tuya, porque la tuya es fuego infinito que en un punto las consumirá. No permitas, Amador eterno, que yo corte el hilo de tu amistad por mi culpa, y si como flaco le cortare, tu amor me despierte y me prevenga para que me vuelva á tí; cumple en mí la inclinacion de la caridad (I *Cor.* XIII, 8), que es nunca desfallecer, para que conservándola en esta vida temporal, dure para siempre en la vida eterna. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—*De la extension del amor de Dios.*— 1. La segunda excelencia de la caridad de Dios es ser anchísima con infinita anchura, abrazando, cuanto es de su parte, todos los hombres de cualquier estado y condicion que sean, deseando admitir á todos á su gracia y amistad, sin excluir á ninguno que quiera ser admitido; cumpliéndose tambien en esto lo que dijo el Sábio, hablando con Dios (*Sap.* XI, 24): Disimulas los pecados de los hombres por la penitencia, porque amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreciste de las que hiciste; y por consiguiente, á ningun hombre aborreciste como á enemigo, si no es por la culpa que no ha borrado por la penitencia. (*Rom.* IX, 13). Y aunque es verdad que con mas especial amor ama á los predestinados, y en este sentido se dice aborrecer á los réprobos, porque no los amó tanto como á ellos; pero absolutamente á todos, cuanto es de su parte, ama con infinita caridad, deseando que todos se salven (I *Tim.* II, 4), y que todos sean amigos suyos, y no cesa de hacerles grandes caricias de amor, como las hizo con Judas á fin de reducirlos á su amistad, echando brasas de beneficios sobre la cabeza de su enemigo (*Prov.* XV, 22; *Rom.* XII, 20), para convertirle en amigo. Y así con amor de Padre hizo que su Hijo el Sol de justicia naciese para buenos (*Matth.* V, 45) y malos, y que la lluvia de su doctrina se ofreciese á justos y pecadores, y el rocío de los dones celestiales desciende para todos cuantos quisieren recibirlos. ¡Oh inmensidad de la caridad de Dios, que á todos abrazas y nunca te llenas, porque siempre tienes anchura para

recibir muchos mas! Ó alma mia, alégrate de tan inmensa caridad, confiando que tendrás parte en ella. Ó Amador inmenso, pues tan anchos senos tiene tu infinita caridad, admite dentro de ellos á todos los mortales (*Isai.* v, 45); cierra, si es posible, los senos del infierno, donde eres aborrecido, para que ninguno baje á ellos, y abre los senos del cielo, donde eres amado, para que todos suban á ocuparse para siempre en tu amor. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré otra cosa singularísima en esta caridad y amistad de Dios, que aunque se extiende á muy muchos, es como si fuese con muy pocos, y así no deja de ser perfectísima. Acá entre los hombres la estrecha amistad, como dijo Aristóteles (III *Eth. c.* 5), ha de ser entre pocos, porque es cosa rara hallar muchos amigos fieles de quien poderse fiar; pero Dios nuestro Señor con su infinita caridad traba amistad con muchos, porque él los hace amigos fieles, y les da la verdadera caridad; y aunque los muy queridos sean muchos, trata con tanta familiaridad con cada uno, como si fuera solo; de modo que la muchedumbre de amigos no quita la familiar comunicacion con ellos, como se ve en el cielo, donde está muy perfecta esta amistad. Y á esta causa en el libro de los Cantares (*Cant.* VI, 8), habiendo contado Nuestro Señor tres suertes de almas que viven en su compañía, concluye: Una es mi paloma, y mi perfecta: que es decir, á todas juntas que hacen una Iglesia, las amo como si fueran una, y para un fin de su eterna bienaventuranza y de mi gloria. Ó Amado mio, gracias te doy por esta voluntad que tienes de tener amistad con todos y con cada uno tan estrecha como si fuera solo. ¡Oh si mi alma fuese tan dichosa que pudiese ser una de estas esposas tuyas, á quien dijiste: *Una est columba mea, perfecta mea, una est matris suae:* una es mi paloma, y mi perfecta, una para su madre! Hazme paloma tuya por la inocencia, y perfecta tuya por la caridad, que es el vínculo de la perfeccion (*Colos.* III, 14), y concédeme que te ame en esta Iglesia de la tierra, como te ama nuestra madre la Iglesia del cielo.

3. De estas dos ponderaciones he de sacar dos propósitos en que mi caridad ha de imitar la caridad de Dios. -El primero, ha de ser de no aborrecer á ninguno, ni tenerle por enemigo, sino amar á todos, ensanchando los senos de la caridad, para que quepan en ellos todos los hombres buenos y malos, perfectos é imperfectos, haciendo á todos obras de amigo en lo que yo pudiere. -El segundo propósito es, reducir el amor de todos á uno solo, que es Dios; de modo, que aunque ame á muchos, no los ame como muchos, por respetos particu-

lares de cada uno, sino principalmente por un solo motivo, y por un solo amigo, que es Dios, cuyos son todos.

PUNTO TERCERO. - *De la alteza del amor de Dios.* — 1. La tercera excelencia es la alteza de la divina caridad, la cual se descubre en la alteza de los beneficios y dones que de ella proceden, los cuales son tan altos que no pueden ser mayores, y descubren que su alteza y sublimidad es infinita. Lo primero, porque nos levanta á la alteza de la soberana dignidad de hijos de Dios, y herederos de su reino; por lo cual dijo san Juan (*Ioan.* III, 1): *Videte qualem caritatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus:* mirad qué caridad nos dió el Padre, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos, como si dijera: Contemplad y ponderad la alteza á donde llegó la caridad de Dios, los admirables afectos y efectos que brotó, pues nos levantó á ser hijos de Dios, con todas las excelencias que han de tener hijos de tal Padre. Y cuáles sean estas, no es posible conocerlo en esta vida; y así añade: *Ahora somos hijos de Dios, pero no se descubre lo que serémos: cuando se descubriere, serémos semejantes á él, porque le verémos como es.* Y así en el cielo se descubre la soberana alteza de esta dignidad de hijos, y de la caridad de Dios, que nos levantó á ella. Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta caridad que me has mostrado en tomarme por hijo: esclarece los ojos de mi alma, para que conozca cuál sea esta caridad, y vestido de ella te ame como á Padre, procurando serte semejante en el amor, para serlo despues en la gloria. Amen.

2. Lo segundo, se descubre mas la alteza de la divina caridad en habernos amado tanto, que para nuestro remedio levantó un hombre de nuestra naturaleza á ser Hijo de Dios, no adoptivo, sino el mismo Hijo de Dios natural por la union de la encarnacion: de modo, que un hombre sea real y verdadero Hijo de Dios, igual con el eterno Padre, y un Dios con él. Y aquí subió tan alto la caridad de Dios, que no pudo subir mas, por lo cual dijo el mismo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* III, 16): *Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito.* Y san Juan evangelista dijo (I *Ioan.* IV, 9): *En esto se descubrió la caridad de Dios para con nosotros, en que envió su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.* Y con este Hombre celestial trabó Dios la mas excelente amistad que puede haber, despues de la amistad infinita que hay entre las tres divinas Personas, porque como esta se funda en unidad de esencia, así esa otra se funda en unidad de una misma persona igual al mismo Dios, y en ella estriba la firmeza y seguridad de la que Dios tiene con nosotros, el cual

nos ama por Cristo su Hijo, y dándonos á su Hijo, nos dió con él todas las cosas. (*Rom.* VIII, 32). Ó alteza de la bondad y caridad de Dios, ¡cuán incomprensibles son sus obras, y cuán investigables sus caminos! ¡Oh amor inefable, que para trabar amistad perfecta con el hombre, le subes á la igualdad de Dios! Ó Amador altísimo, ¿qué gracias te daré por tan altas y soberanas obras de amor, y cómo te podré alabar dignamente por ellas? Alábete, Señor, tu misma caridad, y bendígante las obras que de ella proceden, y sobre todo glorifíquete tu mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, en quien todos somos amados con tan alta y soberana caridad. Mira el rostro de este tu querido amigo antiguo y nuevo, antiguo en cuanto Dios, y nuevo en cuanto hombre, y por él te suplico me hagas amigo tuyo, renovándome conforme á la imágen de este nuevo Hombre, para que viva por él, y por su medio alcance la vida eterna. Amen.

—De esta consideracion se dijo en la meditacion II de la parte II.—

3. Tambien se puede ponderar la alteza de la divina caridad en el misterio de la Eucaristía, en que el mismo Cristo, Dios y hombre verdadero, cubierto con especies de pan y vino, entra dentro de nosotros para conservar esta caridad, y aumentarla en nosotros, y unirnos mas concordialmente consigo mismo, como se ha ponderado en la parte IV, y adelante se dirá mas.—Últimamente, ponderaré la alteza de la divina caridad por la alteza del infinito don que nos da, dándonos al Espíritu Santo, que es fuente del amor, como se verá en la meditacion siguiente. De todo esto he de sacar un deseo generoso de imitar la alteza de la divina caridad, en amarle de tal manera, que siempre en su servicio pretenda cosas altas y grandiosas, alta intencion de su mayor gloria, alta oracion y contemplacion de sus misterios, y alta imitacion de las virtudes, cumpliendo aquello que dice san Pablo (*Philip.* I, 9): Por esto hago oracion á Dios, pidiéndole que vuestra caridad crezca mas y mas con toda ciencia y conocimiento espiritual, para que aprobeis las cosas mejores, y seais sinceros, y sin ofensa llenos del fruto de la justicia, por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios. Amen.

Punto cuarto.—*De la profundidad del amor de Dios.*— 1. La cuarta excelencia de la caridad de Dios es su profundidad, la cual se descubre,—lo primero en las humillaciones profundas de Dios por amor de los hombres, porque siendo el Verbo divino igual á su eterno Padre (*Philip.* II, 7), *exinanivit semetipsum*, apocóse y menoscabóse á sí mismo, tomando forma de siervo, y humillóse, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; porque como la per-

fecta amistad desea igualdad con sus amigos, como Dios se vió tan alto, quiso abajarse y vestirse de la misma naturaleza que ellos (*Philip.* II, 8): *In similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo*, haciéndose á semejanza de los hombres, y viviendo con ellos hermanablemente como hombre, asemejándose en todas las cosas á sus hermanos. (*Hebr.* II, 17). Y demás de esto, como la perfecta caridad no solamente se muestra en hacer bien á su amigo, sino tambien en padecer por él trabajos; porque no hay mayor caridad que dar la vida por sus amigos (*Joan.* XV, 13), quiso la infinita caridad de Dios dar tambien estas muestras de amor; y como no podia padecer ni morir en su propia naturaleza divina, tomó la naturaleza humana, y en ella padeció gravísimos trabajos y desprecios, y muerte cruel por sus amigos: y ¿qué digo por sus amigos? padecióla por sus enemigos, para convertirlos en amigos, y por los que le aborrecian, para hacer que le amasen. (*Rom.* V, 8). ¡Oh abismo inmenso de la caridad de Dios! ¡Oh caridad alta y profunda, que levantaste al hombre á lo mas alto de Dios, y humillaste á Dios á lo mas profundo del hombre! (I *Cor.* XIII, 4). ¡Oh caridad paciente y benigna, que no contenta con hacernos bien, con grande benignidad quisiste padecer mucho por nosotros con grande paciencia! Ó Amado de mi alma, muestra conmigo esta caridad, dándome otra tal, que me incline á humillarme hasta el profundo de mi nada, y me aliente á padecer hasta morir por tu gloria. Esta misma ponderacion puedo tambien hacer en el misterio de la Eucaristía, donde se descubre la profundidad de la caridad de Dios, inventando medios de tan profunda humildad, para honrar y regalar á los amigos que le aman con verdadera caridad (como se dijo en el lugar citado).

2. Tambien se descubre la profundidad de esta caridad de Dios en el abismo de los secretos juicios de su divina sabiduría (*Rom.* VIII, 28), en razon de hacer bien á sus amigos, á los cuales todas las cosas convierte en bien, las tribulaciones, aflicciones, tentaciones y miserias, así propias como ajenas, y hasta los mismos defectos y faltas en que caen por flaqueza se los convierte en bien, tomando de ellos ocasion para mas arraigarlos y perfeccionarlos en el amor. De suerte, que con profundidad incomprensible resplandece la caridad de Dios en todas las obras de justicia y venganza que hace en los malos, para provecho de los buenos, y en los buenos para hacerlos mejores, inventando mil medios y caminos muy ocultos, nacidos del abismo de la eterna predestinacion, para salvacion de los predestinados.

3. *Perfeccion de nuestra caridad.* — Estas son las cuatro excelencias de la infinita caridad de Dios, las cuales podré conocer y sentir, no tanto con largas meditaciones, cuanto con intensos actos de caridad, echando hondas raíces en ella, siguiendo el aviso que nos da el Apóstol aquí, cuando dice (*Ephes.* III, 17): Fundaos y arraigaos en la caridad, para que podais conocer por experiencia las propiedades y excelencias de la infinita caridad de Dios, y por ella vengais á comprender y abarcar una caridad larga en la duracion, que dure hasta la vida eterna; ancha en la extension que abrace todas las obras de amor, y todas las personas que pueden ser amadas; alta en la intencion y pretension, que no se abaje á cosas terrenas, sino que suba con el deseo á las celestiales; y profunda en la humillacion, sufriendo todos los trabajos y desprecios que os vinieren, por ser fieles á vuestro Amado. Ó Amado de mi corazon, dame una caridad semejante en estas cuatro cosas á la tuya, para que amándote con tal espíritu en esta vida, llegue á gozarte y amarte sin fin en la otra. Amen.

MEDITACION XI.

DEL DESEO QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR TIENE DE SER AMADO DE LOS HOMBRES, DEL PRECEPTO QUE DE ESTO PONE, Y DE LAS AYUDAS Y PREMIOS QUE OFRECE.

—Aunque segun la sentencia de santo Tomás (2, 2, *q.* 27, *art.* 1), es mas propio de la caridad amar, que ser amada; con todo eso la infinita caridad de Dios no se contenta con amarnos, sino desea sumamente ser amada de nosotros, no por su interese, sino por el nuestro; y por esta causa, como se ha dicho, nos gana por la mano en el amor para provocarnos á que le amemos, porque el amar es gran motivo para ser amado. Este deseo, y la eficacia y grandeza de él, se descubre en algunas cosas que pondrémos en los puntos siguientes. —

PUNTO PRIMERO. - *Del precepto del amor.* — 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, deseando ser amado de los hombres, les puso precepto de ello (*Deut.* VI, 5; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 24, *art.* 5, *q.* 44; *D. Bern.* lib. de dilig. Deo), mandándoles que le amasen de todo su corazon, de toda su alma, mente, virtud y fuerzas; esto es, con toda la perfeccion que les fuese posible, no poniendo tasa en el amar, porque el modo de amar á Dios es amarle sin modo ni tasa alguna, y tanto el amor es mejor, cuanto es mayor.

De donde se sigue cuán infinito sea el amór de Dios para con nosotros, porque quien desea ser amado sin tasa, y nos manda que no tengamos tasa en el amor, es señal que no quiere tener tasa en el amarnos y hacernos bien, porque Dios ama á los que le aman; y cuanto mas le aman y los ama, tanto mayores bienes les da; porque todas las dádivas y dones celestiales proceden del amor que Dios nos tiene, y nos disponemos para recibirlas con el amor que le tenemos. Ó Amador amabilísimo, pues tanto deseas que te ame sin tasa, dame lo que me mandas para que pueda cumplir lo que deseas: *Diligam te sicut diligor à te:* Ámete yo como me amas tú, ámete como quieres ser amado, y ámete como me mandas que te ame.

2. De aquí he de sacar una grande estima de este precepto del amor, como la tuvo Cristo nuestro Señor, llamándole (*Matth.* xxii, 38): *Primum, et maximum mandatum,* el primero y el mayor mandamiento, por muchas causas.-Es el primero en órden, porque se pone por fundamento de todos, y es fundamento de la vida espiritual y raíz de toda la perfeccion, y por esto nos dijo el Apóstol (*Ephes.* iii, 17), que nos fundemos y arraiguemos en la caridad.-Además, es el primero en la dignidad, porque manda el supremo acto de virtud que hay en la vida cristiana, que es la caridad, la cual es mayor que la fe, y que la esperanza, y que todas las demás virtudes, las cuales sin ella están como muertas; y así dice el Apóstol (I *Cor.* xiii, 13), que si me falta la caridad, aunque tenga todas las virtudes y ciencias, *nihil sum,* soy nada.-Además, es el primero en el merecimiento, porque la caridad es la primera causa de todos nuestros merecimientos delante de Dios, y sin ella ninguna obra merece algo, pues, como dice san Pablo, aunque dé toda mi hacienda á los pobres, y entregue mi cuerpo á las llamas, si no tengo caridad, *nihil mihi prodest,* nada me aprovecha para merecer la vida eterna.-Es tambien el primero en la suavidad y dulzura, porque de la caridad nace (I *Ioan.* v, 3) toda la suavidad del yugo de Dios, y la ligereza de la carga de su ley, y por ella sus mandamientos no son pesados, y propio efecto suyo es el gozo en el Espíritu Santo. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 28).-Tambien es el primero en la eficacia, porque es causa de la observancia de los demás mandamientos; y por esta razon dijo Cristo nuestro Señor, que de él dependia la Ley y los Profetas. Y el Apóstol dice (*Rom.* xiii, 10): que el cumplimiento de la ley es el amor. Finalmente, es el primero en la intencion, porque, como dice san Pablo (I *Tim.* i, 5), es fin de los preceptos, y todos se ordenan á la caridad, y á ella ha de ir enderezada nuestra intencion; y así

ha de acompañar todas nuestras buenas obras, haciéndolas en caridad, para que su bondad sea perfecta.

3. Por estas y otras causas he de cobrar una grande estima de este precepto tan encomendado de Cristo nuestro Señor, y alentarme al perfecto cumplimiento de él, lo cual consiste en dos cosas; conviene á saber, en quitar de mí cualquier amor y cosa que contradiga ó entibie la caridad, y en aplicarme á procurar el ejercicio de todas las cosas que le aumentan. Ó Amador eterno, ámete yo de todo mi corazon, mortificando en él todo mi amor propio, para que quede solo el amor tuyo. Ámete de toda mi voluntad, negando todos sus quereres, por cumplir lo que tú quieres: ámete con toda mi alma, enfrenando las pasiones de mis apetitos, para que se vayan tras tí todos sus afectos: ámete con toda mi mente, negando mi juicio propio, y cautivando mi entendimiento en servicio de tu fe, y en cumplimiento de tu voluntad; ámete con todas mis fuerzas, mortificando mis sentidos, y aplicando mis potencias á la guarda de tu ley. Y pues tus mandamientos no son imposibles, dame fuerzas para amarte del modo que quieres ser amado, haciéndome fácil y suave con tu gracia lo que es imposible á mi flaca naturaleza. Todo lo que se ha puesto en este coloquio es necesario para cumplir perfectamente este precepto; y á lo mismo ayuda lo que se dijo en la introduccion de estas meditaciones, y en la meditacion VIII.

Punto segundo.—*La caridad de Dios es causa de la nuestra.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, deseando ser amado de nosotros, y habiéndonos puesto precepto de ello, nos da las fuerzas y eficacia para cumplirle con un modo excelente y admirable. - Porque lo primero, este infinito Amador nuestro, con el deseo que tiene de trabar amistad con nosotros, y de que la amistad sea entera de ambas partes, nos infunde y da liberalmente la caridad con que le hemos de amar, y el mismo amor con que le amamos; y nos ayuda para que le amemos con inspiraciones interiores, y con esto nos obliga á usar de esta caridad que derrama en nuestros corazones (*Rom.* v, 5), obrando con ella y ejercitando varios actos de amor para aumentarla y cobrar siempre nuevas fuerzas para amar. Por esta causa dijo san Juan (I *Ioan.* iv, 7): Amémonos unos á otros: *Quia caritas ex Deo est.* Porque la caridad con que nos amamos procede de Dios, y es razon usar de ella para amarle como quiere ser amado.

2. Pero mas adelante pasa la infinita caridad de Dios, el cual no contento con esto, nos da la misma fuente de la caridad criada (*Rom.*

v, 5), que es el Espíritu Santo, y es la caridad increada, y caridad viva y amor vivo, para que asista dentro de nosotros, conservando nuestra caridad, avivándola, enderezándola, y solicitándola á que brote actos de amor; por lo cual dijo san Juan (I, iv, 16): *Conocemos y creemos la caridad que tiene Dios con nosotros; porque Dios es caridad, y quien está en caridad está en Dios y Dios en él: y en esto conocemos que está en nosotros, y nosotros en él; porque nos dió de su Espíritu Santo.* De suerte que quien tiene la virtud de la caridad infusa en su alma, tiene la misma caridad viva é infinita, que es Dios; y está dentro de Dios, y Dios dentro de él, unidos los dos con amor, y no solamente tiene al Espíritu Santo, sino al Padre y al Hijo, segun aquello que dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* xiv, 23): Si alguno me ama será amado de mi Padre, y vendrémos á él, y en él morarémos; y por consiguiente dentro del justo están las tres divinas Personas, que son la viva caridad, fuente y dechado de la que él debe tener, ayudándole para que guarde todas las leyes de la verdadera amistad, á semejanza del modo que Dios nuestro Señor las guarda.

3. ¡Oh alteza inefable de la caridad de Dios! ¡Oh fuente de agua viva, que estando en el corazon de tierra, le levantas hasta el tercer cielo, y le juntas con la beatísima Trinidad! ¡Oh Trinidad beatísima, que no solamente amas á tus escogidos, sino quieres tomar para tí el nombre del amor, y llamarte caridad, para que todos nos preciemos de ella! Ó alma mia, alégrate y da saltos de placer, porque tu Dios es caridad. (*D. Bern., et D. Thom.;* I *Ioan.* iv). Si Dios es caridad, ¿qué cosa hay mejor? Si quien está en caridad está en Dios, ¿qué cosa hay mas segura? Y si Dios está en él, ¿qué cosa hay mas alegre? Pues ¿qué amas, si á tal caridad no amas? Y pues este Dios de amor quiere entrar dentro de tí, y que tú entres dentro de él, para llenarte todo de caridad, entra tú tambien dentro de tí misma, y mira el dechado infinito de esta caridad que tienes dentro de tí, y ama á tu Dios trino y uno del modo que él se ama, uniéndote con él por caridad, como sus divinas Personas están unidas por esencia, siendo todas tres una misma caridad. ¡Oh Dios mio! *Ostende mihi caritatem tuam, et amorem tuum da mihi.* Muestra conmigo tu caridad, y dame tu santo amor. (*Psalm.* xvii, 2). Ámete, Señor, fortaleza mia, refugio mio, y consuelo mio, ámete como me amas, y como quieres que te ame, por todos los siglos. Amen.

—Estas jaculatorias y otras tales se han de repetir á menudo, para alcanzar en breve la caridad, unas veces pidiéndola y otras ve-

ces ejercitándola, porque no hay medios mas eficaces para alcanzar el amor, que amar y orar al modo dicho.—

PUNTO TERCERO.-*Premios del que ama.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar como la infinita caridad de Dios, con el deseo que tiene de ser amado de nosotros, aunque bastara mandarlo, y aun sin precepto era muy debido el hacerlo, con todo esto juntó con este precepto grandes premios corporales y espirituales, temporales y eternos, para obligarnos mas á que le amemos. Por lo cual en el Deuteronomio (*Deut.* x, 13), mandando á su pueblo que le amase, añade: *Ut bene sit tibi,* para que todo te suceda bien. Como quien dice: No te pido que me ames por el bien que yo espero, sino por el bien que tú recibirás en amarme. Y cuán gran bien sea este, se puede ponderar en tres ó cuatro cosas.-Porque lo primero, el premio de la vida eterna se da por el amor; de modo que á la medida de la caridad se nos dará la gloria. Y aunque uno haya hecho obras de suyo muy gloriosas, y convertido muchas almas, y padecido grandes trabajos, si no llega á tener tanta caridad como otro que no ha hecho tales cosas por no poder hacerlas, no tendrá tanta gloria como él. Y así dice Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XIV, 21): *Si alguno me ama, yo le amaré y manifestaré á mí mismo.* Como quien dice: Por el amor le daré la bienaventuranza, que es la clara vista de mi divinidad; y cuanto mas me amare, tanto mas me verá y se gozará en mí, y tendrá mas alto trono en el reino de mi Padre.

2. Lo segundo, los dones y favores celestiales, que son premio de esta vida, tambien se dan á la medida del amor que dispone para recibirlos; y así dice la divina Sabiduría (*Prov.* VIII, 20): Yo ando en medio de los caminos de la justicia y de las sendas del juicio, para enriquecer á los que me aman, y llenar cumplidamente sus tesoros. Ó Sabiduría eterna, que muestras tu justicia y rectitud en premiar y favorecer á los que te aman, ayúdame á caminar por los caminos de la justicia y por las sendas de la perfeccion, amándote con todas mis fuerzas, para que sea digno de que me enriquezcas con tus riquezas celestiales, y llenes mis deseos con los tesoros de tus bienes sempiternos.

3. Demás de esto, continuamente este amantísimo Dios, en lugar de hechizos nos previene con innumerables beneficios para que le amemos, trayéndonos á su amor y servicio (*Osee,* XI, 4) con cuerdas de Adan y con cadenas de caridad, cebando el fuego del amor con leña de dádivas, y soplando con el soplo de sus inspiraciones, porque su venida al mundo fue á traer este fuego (*Luc.* XII, 49), y

su deseo es que siempre arda, para tener tambien Serafines en la tierra como los tiene en el cielo. Ó Serafines celestiales, que estais ardiendo en fuego de amor, suplicad á vuestro Dios que me abrase con este fuego, atizándole de manera que siempre arda en esta vida, hasta que me junte con vosotros en la eterna. Amen.

4. Finalmente, para que por todos caminos quedemos presos y atados á su amor, nos amenaza con terribles castigos si quebrantamos el precepto de amarle, porque en faltando el amor, falta la vida de la gracia, y faltará la eterna de la gloria, y en su lugar entra la muerte y el infierno. Y por esto dijo san Juan (*Ioan.* III, 14): El que no ama permanece en la muerte del alma, y permanecerá para siempre en la muerte eterna. Y san Pablo dice (I *Cor.* XVI, 22): Si alguno no ama á Nuestro Señor Jesucristo, *sit anathema maranatha*, sea maldito y descomulgado, y en el dia del juicio sea apartado de los buenos que le aman, y echado en los fuegos eternos que han de abrasar á los que le aborrecen. De todo esto he de sacar la obligacion que tengo de amar á Dios nuestro Señor, principalmente por sí mismo, por su bondad infinita, y por el amor que me tiene, tomando esto, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 27, *art.* 3), por motivo propio de amor; el cual, como dice san Bernardo (*Serm.* 83 *in Cant. et tract. de dilig. Deo,* § *dicto proinde*), cuando es puro, aunque no es jornalero no carece de jornal, antes tanto mayor premio alcanza, cuanto menos le pretende; pero sin embargo de esto, para conservarle y aumentarle, puedo aprovecharme de las tres cosas que hemos aquí puesto, conviene á saber, de los premios que espero, de los bienes que recibo, y de los castigos que temo, haciendo de estas tres cosas una cuerda de tres dobleces (*Eccles.* IV, 2) con que atarme mas fuertemente con el amor, para que mis tres enemigos, mundo, carne y demonio, no prevalezcan contra mí, ni me puedan apartar de la caridad de Cristo. — Ó Cristo amantísimo y amabilísimo, bendito sea y será cualquiera que te ama; y maldito es y será cualquiera que te aborrece. (*Bern.* Lib. de dilig. Deo, § *Felix qui meruit*). ¿Quién no te amará, Dios mio, pues tantas bendiciones derramas sobre quien te ama? y ¿quién te aborrecerá, pues tantas maldiciones llueven sobre quien te aborrece? Ó alma mia, levanta las alas de mi corazon sobre todo lo criado y sobre tí misma, traspasa todo lo que es premio y pena, ó interese tuyo, y vuela con ligereza á lo íntimo y supremo de tu soberano Criador; ámale por ser quien es, y por su infinita bondad y caridad; ámale porque te ama, y porque desea ser amado de tí; dale gusto en lo que te pide,

pues lo pide para tu bien; alábale y glorifícale, porque te manda que le ames, y te da fuerzas para cumplir lo que se dignó mandar. Ó Amado mio, ¿qué te va en que yo te ame? ó ¿qué te importa tener amistad conmigo? Á mí me importa, Señor, y no á tí; mas tu infinita caridad lo solicita, como si te importara á tí tanto como á mí. ¡Oh quién pudiese imitar en esto tu amor, olvidándose totalmente de sí por amarte á tí solo, único y sumo bien mio, á quien sea honra y gloria y continua alabanza por todos los siglos! Amen.

MEDITACION XII.

DE LA INFINITA MISERICORDIA DE DIOS.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la excelencia de la divina misericordia, comparada con su justicia, presuponiendo que estos dos atributos resplandecen en todos los dones que recibimos de Dios (*D. Thom.* 1 *p. q.* 21, *art.* 3): la justicia en que los distribuye y reparte conforme al órden de su infinita sabiduría, y á lo que pide la naturaleza de cada cosa, ó los méritos de cada persona. La misericordia, en que con ellos nos libra de los defectos ó miserias que padecemos, ó por la imperfeccion de nuestra naturaleza, ó por la culpa de nuestra libre voluntad; lo cual hace en dos maneras, ó atajando la miseria antes que venga, ó librándonos de ella despues de haber venido; pero la justicia de Dios tiene su propia obra, que es castigar á los que no se aprovechan de su misericordia. - Presupuesto esto, tengo de considerar que aunque las divinas perfecciones, segun que están en Dios, todas son iguales; pero en órden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y en esto se señala grandemente la misericordia, y de sus obras se precia Dios mas que de las obras de justicia; y así dijo el apóstol Santiago (*Iacob.* II, 13): *Misericordia superexaltat iudicium:* la misericordia ensalza el juicio, y sube sobre la justicia. Lo cual se puede considerar, ponderando como la misericordia precede, acompaña y sigue á la justicia en todas sus obras.

2. Lo primero, precede siempre la misericordia, porque todas las obras de justicia presuponen alguna obra de misericordia en que se fundan, y antes de castigar Dios con justicia á los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias, y les ha perdonado muchas veces, y avisádoles que se enmienden y que huyan de su justicia. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 21, *art.* 4). De aquí es, que la misericordia y el

perdon nacen de solo Dios, el cual por sola su infinita bondad quiere librarnos de nuestras miserias; mas la justicia en el castigo no procede de solo Dios, sino tambien de nuestros pecados, que le provocan á ello, porque de su inclinacion antes quisiera que no hubiera ocasion de ejercitar su justicia punitiva. Y por esto dijo por su profeta Ezequiel (*Ezech.* XVIII, 23), que no era de su voluntad la muerte del malo, sino que se convierta y viva. Y tambien el Sábio dice (*Sap.* I, 13), que Dios no hizo la muerte, sino que los malos la trajeron al mundo. Ó Dios misericordiosísimo, pues no es tu gusto castigar, antes gimes cuando castigas, y te alegras cuando premias, anticipa con tu misericordia el remedio de nuestras culpas, porque no fuercen tu justicia á castigarlas.

3. Lo segundo, tambien la misericordia acompaña las obras de justicia, las cuales nunca andan á solas, porque en medio de ellas usa Dios con los castigados de muchas misericordias, segun aquello de David (*Psalm.* LXXVI, 10): ¿Por ventura olvidarse ha Dios de tener misericordia, ó detendrá sus misericordias con su ira? como quien dice: Por muy airado que esté, no se olvidará de su misericordia, sino mezclará su ira con ella. Y por lo mismo dijo Habacuc profeta (*Habac.* III, 2): Cuando estuvieres enojado, en medio de tu ira te acordarás de tu misericordia: lo cual hace, dando avisos á sus enemigos para que huyan de su castigo, y convidándolos con el perdon, y moderando mucho la pena que merecian por su culpa. Y hasta en el mismo infierno resplandece la misericordia divina, porque, como dice santo Tomás (1 *p.* *q.* 21, *art.* 4 *ad* 1), castiga á los condenados: *Citra condignum*, menos de lo que pudiera castigarlos, conforme al mucho castigo que merecia la gravedad de sus pecados.

4. De aquí es, que la misericordia es como fin de la justicia, cuyos castigos se ordenan para que el castigado se enmiende y se haga capaz de la misericordia de Dios: y si él no quiere, á lo menos otros por ocasion de su castigo acudan á la divina misericordia, y esta campee y resplandezca mas en los buenos, puesta cabe la justicia que se ejecuta en los malos. Y por esta causa dice el apóstol san Pablo (*Rom.* IX, 22), que Dios con mucha paciencia sufrió los vasos de ira, que son los reprobados, para descubrir las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que son los escogidos, en los cuales se manifiesta la grandeza de la misericordia de Dios que les libró de la miseria en que están los reprobados. — Finalmente, muy mas excelentes obras ha hecho Dios para perdonar con misericor-

dia, que para castigar con justicia, como luego verémos. Y por esto dice David (*Psalm.* CXLIV, 9): Las misericordias de Dios son sobre todas sus obras.

5. De todas estas consideraciones sacaré grandes afectos de gozo, de confianza y amor: pues por lo dicho consta, que aunque tenemos muy grandes motivos para temer la justicia de Dios, pero mayores los tenemos para esperar en su misericordia; y aunque tengo de abrazarlas ambas, porque ni la justicia sola me ponga tanto miedo que desmaye, ni la misericordia sola tanta confianza que presuma; pero mas me arrimaré á la misericordia, y en todas mis miserias y caidas puedo apelar, como dice santo Tomás (*Sup. c.* II, *epist. D. Iacobi*), del tribunal de la justicia al de la misericordia, como de tribunal menor á otro que en alguna manera es mayor, al modo dicho, y acudir, como dice san Pablo (*Hebr.* IV, 16), con grande confianza al trono de su gracia, para que alcancemos misericordia, y hallemos gracia con ayuda para obrar en el tiempo diputado para ello. Ó Dios eterno, gózome de que juntamente seas justo y misericordioso (*Psalm.* CXIV, 5): justo, porque amas la justicia, y tu rostro siempre mira la equidad (*Psalm.* X, 8): misericordioso, porque te compadeces de los injustos, perdonándoles sus injusticias para que abracen la bondad; pero mas largo eres en la misericordia que en la justicia (*Exod.* XX, 5), porque visitas los pecados de los padres en los hijos que les imitan, hasta la cuarta generacion; pero tienes misericordia de los que te aman, no por cuatro sino por mil generaciones. Yo, Señor, venero tu justicia, y me sujeto á tu justa correccion; pero deseo que prevalezca en mí tu misericordia, haciéndome vaso é instrumento de ella, para que seas en mí glorificado, y yo cante tus misericordias en compañía de tus escogidos por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza y extension de la misericordia de Dios para con todas las criaturas y para todas sus miserias, la cual es infinita, porque se funda en su omnipotencia, como dijo el Sábio (*Sap.* XI, 24): ***Misereris omnium quia omnia potes,*** tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes. Ó alma mia, gózate de que tu Dios sea tan poderoso como misericordioso, y que su omnipotencia pueda remediar cualquier miseria, de quien se compadeciere su misericordia. Ó misericordia omnipotente, y omnipotencia infinitamente misericordiosa, ¡cuán bien hermanadas estais para nuestro remedio, dando la una el querer, y la otra el poder, y ambas nuestra perfeccion! Si la misericordia es-

tuviera sin la omnipotencia, ¿cómo pudiera darme remedio? y si la omnipotencia estuviera sin la misericordia, ¿cómo tuviera voluntad de dármele? Por tanto, alma mia, mira que, como dijo David (*Psalm.* LXI, 12), una vez habla Dios, y dos son las cosas que dice, que es suya la potestad, y á él conviene la misericordia. Ó Dios de mi alma, háblame dentro de mi corazon con gran firmeza y eficacia estas dos cosas; descúbreme con tu luz soberana la junta de tu misericordia con tu omnipotencia, para que te sirva con alegría, fiado de tu omnipotente misericordia.

2. De aquí puedo discurrir por la grandeza y muchedumbre de la misericordia de Dios, ponderando algunas cosas. -Lo primero, que la tierra está llena, como dice David (*Psalm.* XXXII, 5) de la misericordia de Dios, porque todas las criaturas que viven en ella están sujetas á alguna miseria, por defecto de su naturaleza ó por malicia de su voluntad, y Dios solo es el que puede acudir y acude á su remedio, y así puedo mirar la redondez de la tierra como un vaso capacísimo lleno todo de las misericordias de Dios, y todo cuanto en ella viere me puede ser motivo de alabar su misericordia. -De aquí es, que su misericordia es tanta que se extiende á las bestias y brutos animales; por lo cual dijo David (*Psalm.* XXXV, 8): Tú, Señor, salvarás á los hombres y á los jumentos, segun que multiplicaste tu misericordia; como quien dice: Ó Señor, ¡cuánto has multiplicado tu misericordia, pues no solamente das vida y salud, y remedio de sus necesidades á los hombres, sino tambien á los jumentos! Gracias te doy por la misericordia que les haces sin ellos conocerla; y pues te compadeces de los hijuelos de los cuervos, dándoles comida cuando su necesidad clama por ella (*Psalm.* CXLVI, 9), mucho mejor te compadecerás de los hijos de los hombres, por cuyo bien criaste las bestias. Donde puedo ponderar lo que dijo Dios á Jonás (*Ionae,* IV, 10): Tú te entristeces porque se secó la hiedra que no hiciste, ¿y no quieres que perdone yo á la ciudad de Nínive, en la cual hay mas de ciento y veinte mil niños que no saben discernir entre la mano derecha y la izquierda, y entre lo bueno y lo malo; y demás de esto hay muchos jumentos y bestias? Como quien dice: Pésate á tí de que se destruya la criatura que no hiciste, y ¿quieres que destruya las criaturas que yo hice? Tú te dueles por la pérdida de una hiedra que dentro de una noche nació y pereció, y ¿no me doleré yo de que se pierdan tantas vidas, que por mi misericordia han durado tantos años? Alábete, Dios mio, tu infinita misericordia, pues incomparablemente es mayor que todas las vidas (*Psalm.* LXII, 4);

ella es la que da vida á todos los que viven, y sin ella no hay vida ni medio para conservarla; vengan, Señor, sobre mí tus misericordias, y viviré, y por ellas glorificaré (*Psalm.* cxviii, 77) tu nombre para siempre. Amen.

3. De aquí he de sacar una grande confianza en la misericordia de Dios, que se compadecerá de todas mis miserias, ponderando que no pueden ser tantas en número ó en gravedad, sean enfermedades de cuerpo ó aflicciones del alma, ó cualesquier penalidades y persecuciones, de las cuales la misericordia de Dios no pueda y quiera librarme, cuanto es de su parte, cuando me conviniere, porque como no tienen número las miserias, tampoco le tienen sus misericordias.

PUNTO TERCERO. - *De la misericordia de Dios con los pecadores.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar en particular la infinita misericordia de Dios para con los pecadores. De la cual dijo el Sábio (*Sap.* xi, 24): *Tienes misericordia de todos, porque puedes todas las cosas, disimulas los pecados de los hombres, esperándoles á penitencia, y perdonas á todos, porque tú, Señor, que amas las almas, tienes por tuyas todas las cosas.* De donde sacarémos las propiedades de la infinita misericordia de Dios. La primera, que se extiende á todos los hombres de cualquier estado y condicion que sean, sin excluir á ninguno. Pues por esto dice: *Misereris omnium,* tienes misericordia de todos, grandes y pequeños, nobles y pecheros, libres y esclavos, sin que esta regla universal tenga alguna excepcion; para lo cual da dos razones.- La primera, porque todos los pecadores son hechura de Dios y obra de su omnipotencia: con la cual, como está dicho, se acompaña su misericordia.-La segunda, porque Dios ama las almas, y del amor nace la compasion de las miserias que padece la cosa que es amada. De estos dos títulos he de usar á menudo, así para confiar en la divina misericordia, como para pedir á Dios que use de ella conmigo. Ó alma mia, si te amilana la culpa que tú hiciste por tu voluntad; anímete á confianza la obra que Dios hizo por su omnipotencia. Si quieres borrar con la penitencia lo malo que tú hiciste, certísimamente reparará Dios con su misericordia lo bueno que él hizo, porque no faltará la misericordia á la obra que salió de su omnipotencia. Ó Amador de las almas, pues amas la mia porque la hiciste, porque si la aborrecieras, nunca la hicieras, perdona la culpa que yo hice, para que no quede en mí cosa que tú aborrezcas; mira que la que amas está llena de miseria, muestra con ella tu copiosa misericordia.

2. La segunda propiedad de la infinita misericordia de Dios es, que se extiende á todos los pecados, por muchos y graves que sean, porque ningun pecado puede ser tan grande, que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle; ni pueden ser tan innumerables, que no sean incomparablemente mas innumerables sus misericordias. Y así de estas dos cosas juntas puedo hacer título, para pedir perdon de mis pecados, diciendo á Dios con David (*Psalm.* L, 3): Compadécete, Señor, de mí, segun tu grande misericordia; y segun la muchedumbre de tus misericordias borra luego mis maldades. Ó Dios misericordiosísimo (*Psalm.* LXXVIII, 8), anticípense con presteza tus misericordias, porque son muchas y muy graves nuestras miserias.

3. De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es esperar á los pecadores para que hagan penitencia, y convidarlos con el perdon, concediéndosele cuando se le piden con gran facilidad, y olvidándose de sus pecados como si no los hubieran cometido. Esto es decir el Sábio, que disimula Dios los pecados de los hombres por la penitencia, porque se hace del que no lo sabe, cuanto al castigo, esperando á que se arrepientan de ellos: y en arrepintiéndose los disimula, como si no supiera que los habian hecho, echándolos, como dice un Profeta, en el profundo del mar (*Mich.* VII, 19), donde nunca mas parezcan; y apartándolos de nosotros, como dice David (*Psalm.* CII, 12), cuanto dista el Oriente del Occidente; porque como no es posible juntarse estos dos extremos, así la culpa que Dios una vez perdona con su misericordia, no volverá á juntarse con quien recibió perdon de ella. Y lo que echa el sello es, que no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar, sino que despues de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez á perdonar otros tantos, y mucho mayores (*Matth.* XVIII, 22); y lo mismo hace tercera vez. Y no solamente siete veces, sino setenta veces siete, que es decir sin número; y todo esto hace la divina misericordia, no para que tomemos ocasion de ofenderla mas libremente, sino para provocarnos, como dice san Pablo (*Rom.* II, 4), á penitencia de la culpa, si cayéremos en ella, no desesperando de alcanzar perdon todas las veces que le pidiéremos de corazon. Ó Dios misericordiosísimo, ¿qué gracias y alabanzas te podrémos dar por tu infinita misericordia? menor soy que todas tus misericordias (*Genes.* XXXII, 10); ¿cómo te podré dar debidas gracias por ellas? ellas mismas te alaben y bendigan para siempre, y así con David repetiré muy á menudo aquel dulce cántico (*Psalm.* CVI,

15): Alaben al Señor sus misericordias, y las maravillas que hace con los hijos de los hombres.

—Para engrandecer este punto de la divina misericordia, aprovecharán las parábolas del hijo pródigo, y otras cuyas meditaciones están en la parte III, sacando de todas estas consideraciones una grande determinacion de imitar la misericordia de Dios, en ser misericordioso con mis prójimos como Dios lo es conmigo, porque esta es otra propiedad de la divina misericordia, ser notablemente compasiva de cualquiera que la imita. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* v, 7), que eran bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán de Dios misericordia.—

PUNTO CUARTO.-*De la misericordia de Dios con los justos.*— 1. Lo cuarto, se ha de considerar la infinita misericordia de Dios para con los justos que le aman y sirven, y con los que tiene escogidos, para que sean, como dice san Pablo (*Rom.* IX, 28), vasos de misericordia; esto es, instrumentos para descubrir el abismo de sus misericordias, y todas las excelencias que tiene esta perfeccion de que tanto se precia.-Lo primero, la misericordia con estos escogidos es eterna, sin principio y sin fin; desde que Dios es Dios tuvo misericordia de ellos, y mientras fuere Dios durará esta misericordia; por lo cual dijo David (*Psalm.* CII, 16): *Misericordia Domini ab aeterno usque in aeternum super timentes eum:* la misericordia del Señor con los que le temen es desde la eternidad por toda la eternidad. Así como dijimos arriba, que su amor era eterno porque desde su eternidad los predestinó Dios, y se determinó librarles de todas sus miserias, y muy especialmente de la suprema miseria, que es la eterna condenacion, dándoles la suprema dicha, que es la bienaventuranza eterna; y cuanto es de su parte su misericordia tuvo el mismo deseo para todos los hombres. De suerte, que antes que yo fuese tuvo Dios misericordia de mí; y viendo las miserias en que habia de caer, se determinó á librarme de ellas si yo quisiese obedecerle, con ánimo de perseverar en esta misericordia para siempre.

2. De donde sacaré un afecto encendidísimo de alabar y glorificar á Dios por esta su eterna misericordia, haciendo un cántico de alabanza como el de David, en que repite á cada verso esta palabra (*Psalm.* CXXXV, 1): *Quoniam in aeternum misericordia eius.* Alabad al Señor porque es bueno, porque dura para siempre su misericordia. Alabad al Dios de los dioses, y al Señor de los señores, porque dura para siempre su misericordia. Alabad al que con su omnipotencia hace cosas maravillosas, porque dura para siempre su mise-

ricordia, etc. Ó alma mia, alaba, glorifica y bendice á tu Dios, porque es sumamente bueno, y porque no tuvo principio ni tendrá fin su misericordia. Gózate con suma alegría, porque Dios es bueno, y porque su misericordia con los que le sirven será eterna. Ó Dios eterno, por toda la eternidad guardaré tus mandamientos (*Psalm.* cxviii, 44), pues tu misericordia es para mí eterna, por todos los siglos.

3. Lo segundo, la misericordia de Dios, desde que el escogido comienza á ser, le va previniendo, acompañando y siguiendo hasta la muerte: la misericordia de Dios, que le predestinó en su eternidad, le va despues llamando para justificarle, y le justifica para engrandecerle y glorificarle (*Rom.* viii, 30); y así dijo por Jeremías (*c.* xxxi, 3): Con caridad perpétua te amé: *Ideo attraxi te miserans tui.* Y por esto te atraje á mí, teniendo misericordia de tí. Si estoy muerto en la culpa, la misericordia de Dios se anticipa á llamarme para que resucite á nueva vida: si estoy durmiendo en tibieza, la misericordia de Dios nuestro Señor viene á despertarme para que salga de ella: si tengo de obrar algo que sea agradable á Dios (*Psalm.* lviii, 11), su misericordia me previene é inspira á ello. Y si tengo de durar en el bien que comienzo (*Psalm.* xxii, 6), su misericordia me ha de acompañar y seguir todos los dias de mi vida, por ella tengo de vencer las tentaciones, y alcanzar la victoria postrera y la vida eterna. Bendice, ó alma mia, al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí glorifiquen su santo nombre, porque él perdona tus pecados y cura tus enfermedades, libra de la perdicion tu vida, y te corona con misericordia y misericordias (*Psalm.* cii, 1): su misericordia es tu corona, porque con ella alcanzas la victoria, y te corona en esta vida con buenas obras, y en la otra con grandes premios.

4. De aquí es, lo tercero, que la misericordia de Dios es altísima con los escogidos, levantándolos á los mas altos bienes que Dios tiene, que son los de la gloria. Y por esto, con mucha razon dice David (*Psalm.* xxxv, 6), que la misericordia de Dios es grande en el cielo y sobre los cielos, porque allí se despliega con los escogidos: y aun en esta vida es tambien altísima, porque acá los engrandece con soberanos bienes de su gracia y proteccion. Y por esto dice David (*Psalm.* cii, 11), que segun la alteza del cielo sobre la tierra, así ha fortificado Dios su inmensa misericordia sobre los que le temen: y como el cielo durará para siempre cubriendo la tierra, así su misericordia durará amparando á los que le aman: y cuánto el

cielo es mas alto que la tierra, tanto su misericordia es mayor que nuestra miseria, porque como el padre se compadece de sus hijos, así el Señor tiene misericordia de los que le temen, porque conoce la masa de nuestra naturaleza, y suple las faltas de su flaqueza con la grandeza de su misericordia. Ó Dios mio y gloria mia, ¿qué diré de tu misericordia? ¿cómo te alabaré por ella, y cómo podré ser vaso é instrumento de ella? Tu misericordia se compadeció de mí antes que fuese; ella me crió para que fuese; ella me previene para que obre, y me acompaña cuando obro, y me va siguiendo hasta que acabe de obrar; ella me cerca de bendiciones, y me corona de grandes victorias, y me da grande confianza de alcanzar las eternas (*Psalm.* LVIII, 18): *Deus meus misericordia mea.* Ó Dios mio, misericordia mia, tú eres la misma misericordia, y la misericordia es tuya, porque de tu naturaleza tienes ser misericordioso; pero tambien es mia, porque la misericordia no es para tí, que careces de miserias, sino para mí, que estoy lleno de ellas, y tú solo puedes remediarlas. Ó misericordia mia, júntame contigo en tu eterna gloria, donde siempre seas mia, gozando de tu bienaventuranza, libre de toda miseria, por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo último, se ha de considerar las muestras que hizo Dios de su infinita misericordia con los hombres, descubriéndola con un modo, el mayor que era posible, en el cual se encierran infinitos modos de misericordia. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 21, *art.* 3). Porque primeramente, la misericordia en nosotros tiene dos actos: uno es entristecerse del mal de su prójimo, el otro es librarle de aquel mal; y como Dios en cuanto Dios no fuese capaz del primer acto, porque no cabe en él tristeza, quiso su infinita misericordia que no le faltase este acto, del modo que era posible, haciéndose hombre verdadero, de tal manera, que pudiese entristecerse de nuestras miserias, y tener verdadera compasion y tristeza de ellas, como si fueran propias, asemejándose, como dice san Pablo (*Hebr.* II, 17) á sus hermanos en todas las cosas, *ut misericors fieret*, para que se hiciese misericordioso con un nuevo modo, tomando la compasion y tristeza que antes no tenia: de lo cual son testigos las lágrimas que derramaba viendo nuestras miserias, con deseo de librarnos de ellas. Gracias te doy, ó misericordioso Dios, por este nuevo modo que has tomado de ser misericordioso con el hombre. Ó alegría infinita, ¿para qué te quieres hacer capaz de tristeza, pues puedes bastantemente remediar mi miseria, sin tener tristeza de ella? Alabada sea tu misericordia por estas invenciones que de ella han procedido, por la

cual te suplico me ayudes á imitarla en esta vida, para que sea digno de alcanzarla en la otra.

2. Pero mas adelante pasó la misericordia de Dios, pues no contento con haber tomado esta tristeza y compasion interior, tomó tambien todas nuestras miserias y penalidades, hasta la misma muerte, excepto la culpa, para que con esta experiencia aprendiese con nuevo modo á tener misericordia; por lo cual dijo san Pablo (*Hebr.* IV, 15): No tenemos pontífice que no se pueda compadecer de nuestras enfermedades, porque fue tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, sin pecado; que es decir: El pontífice que tenemos no será riguroso con sola justicia, sino muy compasivo con grande misericordia, porque ha pasado por la experiencia de los trabajos y tentaciones que padecemos los hombres, aunque siempre sin pecado, y en lo que él padeció aprendió á compadecerse y á tener misericordia de lo que padecemos nosotros. Ó Pontífice misericordiosísimo, aunque no tuviste experiencia de las miserias que son culpas, tuvístela de las penas que se merecen por ellas; y pues las padeciste por librarme de unas y otras, líbrame de las culpas, para que no caiga en las penas eternas.

3. Mas no paró aquí la infinita misericordia de Dios; porque inventó otro nuevo modo de ejercitar las obras de misericordia con nosotros, en el santísimo Sacramento del altar, haciéndose comida para los hambrientos, bebida para los sedientos, medicina para los enfermos, precio para redimir los cautivos, sacrificio para perdonar los pecados, remediador y remedio de todas nuestras necesidades. Y así no sin misterio atribuye David esta obra á la misericordia de Dios, diciendo (*Psalm.* CX, 4): Un memorial ha hecho de todas sus maravillas el Señor misericordioso, y que hace misericordias, dándose por manjar á los que le temen. Ó Dios misericordiosísimo, ahora puedo con nuevo título llamarte misericordia mia, pues no solamente eres misericordioso, remediando mi necesidad, sino eres el mismo remedio de ella y la misma misericordia con que se remedia. Alábente, Señor, tus misericordias y las maravillas que has hecho con los hijos de los hombres, porque hartaste al alma vacía, y llenaste de bienes á la hambrienta. (*Psalm.* CVI, 8).

4. De estas consideraciones sacaré, cuán innumerables son las misericordias de Dios y cuán inmensas, pues en cada cosa de estas hay tantas, que no se pueden comprender; pero de todas he de sacar grandes deseos de imitarlas en bien de mis prójimos, pues Cristo nuestro Señor dijo (*Luc.* VI, 36): Sed misericordiosos como lo es

vuestro Padre celestial, el cual es benigno aun con los ingratos y malos; y así mirando el dechado de la divina misericordia que hemos puesto en estos cinco puntos, iré sacando para mí otra misericordia semejante, deseando topar ocasiones en que ejercitarla, diciendo lo que á otro propósito dijo David (II *Reg.* IX, 3): ¿Hay alguno de la casa de Saul? *Ut faciam cum eo misericordiam Dei*, para que haga con él misericordia de Dios, esto es, una misericordia altísima, semejante á la de Dios, la cual se extiende á amigos y á enemigos, y á todos concede altísimos y soberanos bienes, para librarlos del abismo de sus males. Ó Dios eterno, cuyo nombre muy propio es, Padre de misericordias (II *Cor.* I, 3); muestra con nosotros tu misericordia, haciéndonos semejantes á tí en ella, para que imitándote como hijos en la tierra, alcancemos tu eterna herencia en el cielo. Amen.

MEDITACION XIII.

DE LA INFINITA LIBERALIDAD DE DIOS CON LOS HOMBRES.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar como la liberalidad infinita de Dios consiste en dar innumerables y excelentísimos dones á sus criaturas, sin debérselos, ni esperar de ellas alguna paga ó propio interese. (1 *p.* *q.* 21, *art.* 3; 2, 2, *q.* 117, *art.* 6 *ad* 1). Por lo cual dijo el apóstol Santiago (*Iacob.* I, 5): Que Dios da á todos abundantemente, sin zaherir por ello. De suerte que la liberalidad de nuestro Dios resplandece en darnos las dádivas que proceden de su bondad y caridad, con las cuales frisa mucho este atributo. Y por consiguiente se muestra en cinco cosas.-La primera, en dar innumerables dones de naturaleza y gracia, conforme á la capacidad de sus criaturas.-La segunda, en dar dones de infinita excelencia, pues llega á darse á sí mismo, al modo que se ha dicho en los misterios de la encarnacion, pasion y Eucaristía, y venida del Espíritu Santo.-La tercera, en que da á todos, sin excepcion de personas, á buenos y malos, á los ingratos y escasos, y á sus mismos enemigos.-La cuarta, en que da sin deber nada, solo por ser bueno y amigo de dar; porque si la liberalidad no comenzara por él, no hubiera otro que pudiera ser liberal. Y por esto dijo á Job (*Iob,* XLI, 2): ¿Quién me dió algo para que se lo pague? Y su Apóstol dice (*Rom.* XI, 35): ¿Quién dió algo primero á Dios con que le obliga á darle paga?

2. La quinta es, que da sin esperar ni pretender de las criatu-

ras paga ó interese propio para su provecho, porque no tiene necesidad de ellas ni de sus bienes. (*Psalm.* xv, 2). Y si pide agradecimiento y obediencia á sus leyes, es porque la liberalidad no es contraria á la justicia; y como es legislador supremo y justísimo, pone preceptos de lo que estamos obligados á hacer de nuestra parte. Y en esto mismo muestra su liberalidad; porque todo lo que nos manda y pide, es para tener ocasion de darnos mas, premiando nuestros servicios con nuevos dones. Por donde á boca llena podemos decir que solo Dios es liberal, y que no hay otro liberal sino Dios, al modo que decimos que no hay otro bueno sino él; y nuestra liberalidad, comparada con la suya, no es liberalidad, porque, como dice la Escritura (I *Par.* xxix, 14), no le podemos dar sino lo que de él mismo recibimos, y lo que le damos, por mil títulos se lo debemos. Ó Dios liberalísimo, gracias te doy por todas las obras de tu infinita liberalidad, en la cual descubres tu infinita bienaventuranza, pues, como tú dijiste (*Act.* xx, 35): Mayor bienaventuranza es dar, que recibir. Concédeme, Señor, que sea liberal en darte lo que de tí recibo, para que goce de tu bienaventuranza por todos los siglos. Amen.

3. De aquí he de sacar un gran deseo de ser liberal, del modo que pudiere, con Dios nuestro Señor, dándole todas las cosas que desea de mí, y las que me pide, ó por sus preceptos, grandes y pequeños; ó por los consejos evangélicos y reglas de mi estado religioso, y por los superiores de la Iglesia y de mi religion, y de cualquier otro que me pueda mandar algo; ó por sus secretas inspiraciones; ó finalmente por boca de los pobres y de mis prójimos, puestos en alguna necesidad corporal ó espiritual, que yo pueda remediar. Todo lo cual he de dárselo (II *Cor.* ix, 7): *Non ex tristitia, aut ex necessitate;* no con tristeza y por fuerza, como los villanos que pagan el tributo y pecho á mas no poder, y por miedo de la ejecucion y castigo; sino con alegría y muy de grado, como nobles que hidalgamente dan lo que deben, y mas de lo que deben de justicia, para mostrar su largueza: *Hilarem enim datorem diligit Deus:* Á los que dan con alegría ama Dios, y de estos gusta. (*Luc.* xiv, 12). Y finalmente, lo que diere á Dios ó á los pobres, no ha de ser principalmente por la paga ó interese que espero, sino por solo amor, y por imitar del modo que puedo la infinita bondad y liberalidad de mi Criador (*Prov.* xxiii, 26), dándole la cosa que él mas desea, que es mi corazon. Ó Padre amantísimo y liberalísimo; tuyo es mi corazon, pues me le diste; tómale, pues me le pides; y porque yo no

le puedo dar con la liberalidad y perfeccion que deseo, suple mi falta, para que te le dé como deseas: *Pater mi, accipe cor meum tibi.* Ó Padre mio, toma para tí mi corazon, que mejor y mas seguro estará en tí que en mí. Desde hoy mas te ofrezco mis deseos y aficiones, mis obras y todas mis cosas: toda la fruta de este árbol quiero que sea para tí, Amado mio (*Cant.* VII, 13); liberalmente te la doy, para que la comas, porque mayor merced me haces en quererla recibir, que yo servicio en te la dar.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la infinita liberalidad que muestra Dios nuestro Señor con los que son de esta manera liberales con él; porque si tan liberal es con los escasos, ¿cuánto mas liberal será con los liberales? pues él ha dicho: Con la medida que midiéreis seréis medidos. (*Luc.* VI, 38). Y cuanto mas liberales fuéreis conmigo, tanto mas lo seré yo con vosotros. Esta liberalidad resplandece en las cosas siguientes. - Lo primero, en oir con gran presteza todas sus oraciones y peticiones, concediéndoselas en la forma y coyuntura que mas les conviene; porque cuanto mas presto con obediencia damos á Dios lo que nos pide, tanto mas presto nos da lo que le pedimos. - Además (*D. Greg.* Lib. 3 Dial. c. 16), si nos descuidamos ú olvidamos de pedirle lo que nos conviene, nos inspira y solicita á que se lo pidamos, por el deseo que tiene de dárnoslo. Y así es oficio del Espíritu Santo inspirar la oracion (*Rom.* VIII, 26), para dar muestras de su largueza.

2. Lo tercero, campea mucho mas esta liberalidad en darles las cosas que han menester, sin que se las pidan, previniendo su oracion y su deseo, con el don de lo que hubieran de pedir y desear; porque la necesidad del que es liberal con Dios, aunque él calle, clama por él, y solicita la divina liberalidad, para que la remedie (*Isai.* LXV, 24); y por esto dice, que antes que le llamen, los oirá. - Lo cuarto, se muestra liberal en darles abundancia de consuelos espirituales tan aventajados, que exceden cien veces á todo lo que ellos le dan. Y esta liberalidad experimentan mas los religiosos, los cuales, como son liberales en dejar por Cristo todas sus cosas (*Matth.* XIX, 21), y darlas á los pobres, así lo es Cristo con ellos, dándoles el cien doblo de lo que dejan. Y proporcionalmente la experimenta cualquiera que con ánimo generoso ofrece á Dios lo que le da gusto.

3. Finalmente, son innumerables los dones y gracias que la divina liberalidad les reparte, tomándolos debajo de su proteccion y providencia, cuyos efectos experimentan, porque los ayuda en sus tentaciones, líbralos de sus peligros, tómalos por instrumentos de

grandes obras, aumenta sus virtudes y merecimientos, y despues los premia con muy copiosos galardones, cumpliendo la palabra que dió, cuando dijo (*Luc.* VI, 38): ***Dad, y daros han una medida buena, llena, apretada, colmada hasta que sobre.*** Porque las dádivas de la liberalidad divina exceden infinitamente á las dádivas de la nuestra. Ó alma mia, alégrate de que tienes un Dios, no menos liberal que rico. Si fuera rico y no liberal, de poco te sirvieran sus riquezas; y si fuera liberal y no rico, poco te aprovechara su liberalidad; mas en lo uno y en lo otro es infinito, y lo emplea en su provecho. Sé liberal con quien tanto lo es contigo, pues por mucho que le dés, es mucho mas lo que recibes. No tengas la mano abierta para recibir, y apretada para dar (*Eccli.* IV, 36), porque si aprietas tu mano en dar á Dios lo que te pide, él apretará la suya en darte lo que pides. Abre tu mano para darle cuanto tienes, y él abrirá la suya para henchirte de bondad y bendicion. (*Psalm.* CIII, 28).

PUNTO TERCERO. — 1. De lo dicho he de sacar otra consideracion de mi grande cortedad para con Dios, habiendo sido Dios tan liberal para conmigo, imaginando que así como Cristo nuestro Señor en medio de sus fatigas tuvo sed dos veces, y ambas le negaron lo que deseaba: una fue cuando pidió de beber á la Samaritana; y otra cuando dijo en la cruz (*p.* III, *med.* XLVI; *p.* IV, *med.* XLIX), sed tengo: así yo soy cortísimo con él, porque ó le niego lo que me pide, como la Samaritana, ó le doy á beber vinagre con hisopo desabrido, como los judíos, haciendo las obras con mezcla de tantas faltas, que no las quiere aceptar. Lo cual puedo ponderar, discurriendo por las cinco cosas que me pide Dios, como se pusieron en el punto primero, porque soy muy corto en guardar sus preceptos; y si guardo los mayores, atropello muchos de los menores, y muchos de sus consejos, guardando las reglas de mi estado con muchas quiebras y mezclas de imperfecciones, y repugnando muchas veces á lo que mis superiores me ordenan, ahogando las divinas inspiraciones, y negando á Dios lo que por ellas me pide, y lo que me piden muchos prójimos necesitados de mi ayuda corporal ó espiritual.

2. Y así por esta cortedad, cuanto es de mi parte, estrecho la divina liberalidad, y merezco que sea Dios corto conmigo en las cinco cosas en que es liberal con los liberales; de modo que si no me oye, ó no me favorece, ni me da sus dones con la largueza que á otros, mia es la culpa, y conmigo habla aquella sentencia que dice por el Profeta (*Isai.* L, 2; LIX, 1): ***Numquid abbreviata, et parvula***

facta est manus mea, ut non possim redimere? ¿Por ventura mi mano liberal y poderosa se ha abreviado y estrechado, ó se ha menoscabado mi liberalidad y omnipotencia, para no poderos salvar y hacer el bien que solia? No es así, sino que las culpas y escasezas de vuestras manos han apretado las mias, y sido causa de que mi justicia estreche mi liberalidad. Pero en esto mismo muestra Dios ser liberalísimo, pues le pesa de verse estrechado y como forzado de su justicia por nuestros pecados, á no usar de su largueza con nosotros. Ó liberalidad infinita, quita de mí con tu misericordia los estorbos que pongo á tu deseo, perdonando mis pecados para que sea capaz de tus dones. Amen.

MEDITACION XIV.

DE LA INMENSIDAD DE DIOS, Y DE SU PRESENCIA EN TODO LUGAR Y EN TODAS LAS COSAS.

—Esta meditacion es muy importante, por ser fundamento de la oracion y contemplacion, y de la union, que es el fin de estas meditaciones que tocan á la via unitiva.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, trino y uno, es de tal manera inmenso, que llena, como él dijo por Jeremías (*c.* XXIII, 24), el cielo y la tierra, y su espíritu, como dice el Sábio (*Sap.* I, 7), llena la redondez del mundo, sin que haya rincon donde no esté Dios; y como es puro espíritu, penetra tambien todos los cuerpos y está dentro de ellos; está dentro de los cielos y del mar, y del corazon de la tierra, ni es posible imaginar lugar ni punto donde no esté Dios. Y así donde quiera que fuere, he de imaginar que voy dentro de Dios como los peces andan dentro del agua, y las aves dentro del aire, diciendo con David (*Psalm.* CXXXVIII, 8): *Si subiere al cielo, allí estás tú, y si bajare al infierno, allí te hallaré; si tomare alas para volar hasta lo extremo del mar, allí me llevará tu mano, y me conservará tu misma diestra.* De suerte que no es posible huir de Dios, ni esconderme de él, porque en el mismo camino por donde huyo, allí está; y en el lugar donde quisiere esconderme, allí le hallaré.

2. Pero mucho mas tiene su inmensidad, porque de tal manera llena cielos y tierra, y todo este mundo, que no está atado ni estrechado á este lugar, sino puede estar en otros millones de mundos, que puede criar sobre los cielos. Y el lugar que ahora llena, es co-

mo un punto en comparacion del inmenso lugar que puede llenar; por lo cual dijo Salomon á Dios (III *Reg.* VIII, 27): *Coeli coelorum te capere non possunt:* los cielos de los cielos no te pueden abarcar. Esta consideracion es semilla de grandes afectos y virtudes, si se hace como debe, avivando la fe de la presencia de Dios en todo lugar, á imitacion de Moisés, de quien dice san Pablo que (*Hebr.* XI, 27) *Invisibilem tanquam videns sustinuit,* que esperó y trató con el Invisible, como si le viera. Así yo he de mirar á Dios con la fe, hablar con él en la oracion, y esperar de él mi socorro; aconsejarme con él, y obrar delante de él, como si le viera con los ojos corporales, pues aunque sea invisible á estos, real y verdaderamente está donde yo estoy, y los ojos de la lumbre natural y de la fe han de suplir la falta de los ojos corporales. Y de aquí es, que para mí todo lugar puede ser de oracion, pues en todo lugar está Dios, con quien puedo hablar, cumpliendo lo que dijo san Pablo (I *Tim.* II, 8) : Quiero que los varones oren en todo lugar; y especialmente importa esto para el uso de las oraciones jaculatorias.

3. Avivada la fe de esta manera, prorumpiré en afectos de admiracion y gozo, admirándome de la inmensidad de Dios, y gozándome de que sea tan inmenso, que no quepa en todo el mundo, diciendo con el Profeta (*Baruch,* III, 24): Ó Israel, ¡cuán grande es la casa de Dios, y cuán extendido el lugar de su morada y posesion! Grande es y no tiene fin; levantado es é inmenso. Ó Dios inmenso cuya silla es el cielo (*Isai.* LXVI, 1), y cuyo estrado es la tierra, y ambos no te pueden abarcar, porque eres mas alto que el cielo (*Iob,* XI, 8), mas empinado que las estrellas, y mas profundo que el abismo; gózome de tu inmensidad, junta con tanta gloria, que la bajeza del lugar no te envilezca; esclarece, Señor, mis ojos interiores, para que te vean con mas certeza que si te viera con los ojos exteriores.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo como Dios nuestro Señor está en todo lugar, y en todas las cosas criadas, conviene á saber, por esencia, presencia y potencia. (*Divus Thom.* 1 *p. q.* 8, *art.* 3; *ex D. Greg. in illud Cant.* V : *Quo abiit dilectus*).-Lo primero, está en ellas por esencia, porque real y verdaderamente está allí toda su divinidad con todo cuanto tiene y obra dentro de sí, por ser indivisible é inseparable; y así he de creer que aquí donde estoy yo, está todo Dios, el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo; aquí el Padre está engendrando al Hijo, y el Padre y el Hijo están produciendo al Espíritu Santo. Aquí está su infinita bondad y

tá en ella, y como la niñeta está dentro del ojo, así estoy yo dentro de Dios; y como el mismo Señor dice (*Isai.* XLVI, 3), él nos trae dentro de sí, como la mujer que ha concebido trae el niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve de casa, de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas. Ó alma mia, ¿cómo no te alegras y das saltos de placer, mirándote de esta manera dentro de tu Dios? Él es tu casa, de la cual no puedes salir, y dentro de la cual has siempre de vivir y obrar; él es tu cama donde has de descansar, y fuera de él no puedes hallar descanso. Él es tu litera, en la cual vas donde quiera que caminas, porque si él no te lleva, no te podrás menear; es tu muro que te cerca, sin el cual no tendrás seguridad; es tu sustento y vida, porque en él la tienes, y de él la recibes, mucho mas que el niño que está en las entrañas de su madre la recibe de ella. Ó Dios amantísimo y madre amorosísima, que donde quiera que voy me llevas dentro de tus entrañas, concédeme que te traiga siempre dentro de las mias por conocimiento y amor, conociendo el bien que me haces, y amándote por el amor que me tienes. Dentro de tu bondad estoy, transfórmame en ella; dentro de tu caridad vivo, enciéndeme con ella; dentro de tu omnipotencia ando, ayúdame con ella; y pues estoy dentro de tí, transfórmame todo en tí, para que no viva mas en mí, sino todo para tí por todos los siglos. Amen.

2. Esta consideracion puedo particularizar, discurriendo por los divinos atributos; unas veces puedo imaginar que Dios es como (*Deut.* IV, 24) un fuego consumidor, y que todo este mundo está lleno de este fuego, dentro del cual yo vivo, admirándome como no ardo, y como no consume en mí todo lo malo, atribuyéndolo á la grande frialdad que tengo, por la cual le resisto. Otras veces imaginaré á Nuestro Señor como una luz infinita, extendida por todo este mundo, ó como sabiduría y hermosura inmensa, de cuya gloria y resplandor está llena toda la tierra, y á mí mismo dentro de esta luz y hermosura, suplicándole me dé parte en ella; y así en los demás atributos.

3. Lo segundo, Dios nuestro Señor está dentro de mí mismo, junto conmigo, muy mas íntimamente que mi alma está dentro de mi cuerpo, aunque con modo mas excelente, por esencia, presencia y potencia, al modo declarado. De suerte, que dentro de mí está el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, y toda la Divinidad real y verdaderamente. Y por consiguiente, conmigo está unida su infinita bondad, comunicándome el ser y vida que vivo; y su sabiduría, dándome la luz y conocimiento que tengo; y su omnipotencia está uni-

da con todas mis potencias, ayudándolas en sus obras, con los ojos, para que vean; con los oidos, para que oigan; con los piés, para que anden; con la memoria y entendimiento, para que se acuerden y entiendan; con la voluntad y apetitos, para que quieran y obren sus actos. Y así puedo y debo mirar á Dios presentísimo dentro de mí mismo, como si yo fuese casa y morada suya, á donde está y obra todo lo que yo soy, tengo y obro, sin cuya presencia luego yo dejaria de ser, porque este morador conserva su morada; y en ausentándose de ella, se volverá en nada. De lo cual sacaré grandes afectos de gozo y admiracion, de confianza y amor, viéndome tan unido y junto con mi Dios. - Pero en especial he de procurar que mi corazon sea retrete y oratorio, donde yo entre á orar y conversar con Dios, pues allí dentro está, y allí ve lo que oro y le pido, y allí es poderoso para concedérmelo. Y de esta manera entienden muchos Santos lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* VI, 6): Cuando orares, entra en tu aposento, esto es, en tu corazon, y cierra las puertas de tus sentidos, y allí ora á tu Padre celestial, en lo escondido, etc. (*D. Aug. Concione* 2 *in illud Psalm.* XXXIII: *Exquisivi Dominum; et in illud Psalm.* C: *Perambulabam in innocentia cordis mei*).

4. Tambien he de procurar acostumbrarme á buscar á Dios dentro de mí mismo; porque si está dentro de mí, ¿para qué me tengo de cansar en buscarle solamente fuera de mí? Y para esto limpiaré mi alma de todo lo que pudiera desagradar á Dios, que está presente dentro de ella, procurando que no haya en mí cosa que le ofenda, ni que me impida el verle, conocerle y unirme con él por amor actual. Y otras veces, como dice santo Tomás (*Opusc.* 30, *de beat. c.* 3), procuraré gozar de esta presencia de Dios y de este tesoro infinito que tengo dentro de mí, como el amigo se goza con la presencia de su amigo; y el flaco con la presencia del fuerte; y el pobre con la presencia del rico misericordioso; y como el artífice se aprovecha del instrumento que tiene dentro de su casa, sin salirle á buscar fuera; y el rico se aprovecha del dinero y tesoro que tiene dentro de sus arcas; y el hambriento de los manjares que tiene en sus despensas. Ó alma mia, dentro de tí tienes todos los bienes, ¿cómo no gozas de ellos? Dentro de tí está tu soberano Amigo y Padre, gózate de tenerle contigo; júntate íntimamente con él, y dale todo tu corazon. Si estás pobre, contigo tienes á Dios, rico en misericordias; acude á él para que te dé parte de sus riquezas. Si eres flaca y pusilánime, contigo está Dios, que es la misma fortaleza, y unida con él podrás todas las cosas con su virtud; ¿para qué buscas fuera de

tí con demasía ayudas de criaturas, teniendo dentro de tí la omnipotencia del Criador? Ó Criador mio, Dios mio y todas mis cosas, perfecciona en mí esta union que conmigo tienes, uniéndote tambien con perfectísima union de gracia, para que yo tambien me junte contigo con perfecta union de caridad.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar otros modos especiales que tiene Dios de estar en algunos lugares y en algunas cosas. Primeramente, está con especialidad en los cielos, porque en los demás lugares está encubierto, sin que pueda ser visto, si no es por fe; pero en los cielos está descubierto, manifestando claramente á los bienaventurados su divina esencia, y obrando allí cosas gloriosísimas en los que le están mirando. Y por esta causa la celestial Jerusalen se llama (*Apoc.* XXI, 3): *Tabernaculum Dei cum hominibus*, morada de Dios con los hombres, donde juntamente mora Dios, y moran sus escogidos con él, y él está con ellos, y ellos son pueblo suyo. Ó Dios altísimo que habitas en las alturas, llévame á este tabernáculo en que moras con tus escogidos, para que allí vea y goce del infinito bien que aquí tengo, y no gozo porque no le veo.

2. Lo segundo, Dios nuestro Señor está con especialidad en aquellos lugares de la tierra, donde suele dar alguna especial señal de su presencia, obrando algunas cosas maravillosas. Y á esta causa, cuando Jacob en la soledad vió en sueños la escala que llegaba de la tierra al cielo, y á Dios encima de ella que le hablaba, cuando despertó dijo: Verdaderamente Dios está en este lugar, y yo no lo sabia. (*Genes.* XXVIII, 16). ¡Oh cuán terrible lugar es este, casa es de Dios y puerta del cielo! De este modo está Dios nuestro Señor en los templos y oratorios, y en los lugares diputados para oracion y contemplacion, y en cualquier soledad donde suele su Majestad hacernos particulares favores, pues por esto dijo (*Osee*, II, 14): Yo la llevaré á la soledad, y la hablaré al corazon. Y con este afecto y reverencia he de acudir á semejantes lugares, respetando la presencia de Dios, que se manifiesta en ellos.

3. Lo tercero, Dios nuestro Señor está especialmente en los justos por fe y gracia, obrando en ellos y con ellos obras sobrenaturales, dignas de vida eterna. Por razon de lo cual dijo el bienaventurado san Juan (I *Ioan.* IV, 16): Quien está en caridad está en Dios, y Dios está en él; porque quien ama está en la cosa amada, y cuando dos se aman, uno está en otro. Y así quien ama á Dios está en Dios; y porque Dios le ama, Dios está en él. Y demás de esto, el justo está en Dios, por estar dentro de sus entrañas rodeado y

amparado de su proteccion; y Dios está en él, porque asiste dentro de su ánima, causando en ella el ser, vida y obras de la gracia y caridad. Ó Dios inmenso, cuya caridad es tan inmensa, que desea mostrar su inmensidad en estar por gracia dentro de todos los que son capaces de ella, quita de mí todos los estorbos que tengo para recibirla, para que permanezcas en mí y yo en tí por todos los siglos. Amen.

4. Pero allende de esto Dios nuestro Señor, con otro modo especialísimo, está dentro de algunos amigos suyos, en lo mas íntimo y hondo de su espíritu, donde se les descubre con ilustraciones y hablas interiores, revelándoles misterios de su divinidad, con grandes testimonios y señales de su presencia; de donde les procede grande magnanimidad y confianza, grande seguridad, paz y gozo interior, con grandes prendas de la eterna bienaventuranza, por lo que gustan de ella, viéndose con aquella luz dentro de la inmensidad de su Dios, y á su Dios inmenso dentro de sí, unido con ellos con tal modo de presencia y amor. Este cuarto modo se ha de venerar con humildad, pero el tercero se ha de pretender y perfeccionar con todas nuestras fuerzas, dejando á la divina providencia lo demás extraordinario que él quisiere obrar en nosotros, contentándonos con la esperanza de ir al lugar donde es visto cara á cara, y está todo dentro de todos, y todos dentro de él, engolfados en el gozo eterno de su Señor.

MEDITACION XV.

DE LA INFINITA SABIDURÍA Y CIENCIA DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría se conoce (*D. Thom.* 1 *p. q.* 14, *art.* 2 *et* 3) y comprende á sí mismo, su divina esencia y sus personas, su bondad y omnipotencia, y todas sus infinitas perfecciones. Además, todos sus actos, intenciones, decretos y trazas, y todas las cosas que puede ordenar y hacer, sin que se le encubra cosa alguna, hartando y llenando la infinita inclinacion y capacidad de su divino entendimiento con sumo gusto; de suerte que ninguna cosa desea, ni puede saber, que no lo sepa. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 26, *art.* 2). Y en esto consiste la bienaventuranza de Dios, aunque no es bienaventurado por conocer las cosas que son fuera de sí, sino por conocerse á sí, que es fuente y principio de todas ellas. De donde sacaré un grande gozo por la sabiduría que tiene Dios, y por la

bienaventuranza y gozo que de ella recibe, y un deseo grande de alcanzar parte de ella, poniendo mi bienaventuranza, no en conocer á las criaturas, sino en conocerle á él con esta sabiduría celestial y amorosa; porque con este conocimiento quedaré harto (*Psalm.* XVI, 5), y los deseos que tengo de saber, quedarán cumplidos; pues, como dice san Gregorio (*Lib.* 4 *Dial. c.* 33): *Quid non videt, qui videntem omnia videt*? ¿qué no ve, el que ve al que ve todas las cosas? Ó alma mia, si tienes tanto deseo de saber, emplea tu estudio en saber á Dios, porque habiéndole bien conocido, todos tus deseos quedarán cumplidos. Si deseas ser como Dios, que sabe el bien y el mal (*Genes.* III, 5), procura conocer y servir á Dios, y de este modo lo sabrás, teniendo parte en el bien, y ninguna en el mal. Aunque sepas todas las cosas, si no sabes á Dios, ¿qué te aprovechará? Ó Dios sapientísimo, fuente de toda la sabiduría, conózcate á tí, y lo que quieres de mí, y bástame este conocimiento, ayudándome con tu gracia, para que ame lo que conozco, y obre lo que entiendo.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor tiene esta sabiduría por su misma esencia, y con ella, como en un clarísimo espejo, ve y comprende todas las cosas, y por sí mismo las traza y ordena (*D. Thom.* 1 *p. q.* 14, *art.* 4): y así ni recibió esta sabiduría de otro, ni tuvo ni pudo tener maestro ó consejero; ni tuvo, fuera de sí mismo, otro libro ó dechado en que ver y aprender lo que sabe, sino todo esto tiene de sí mismo y en su esencia; la cual, si así es lícito hablar, es como su maestro y consejero, su espejo, su libro y su dechado é idea, para todo cuanto dispone, y traza, y ejecuta, y para todo cuanto es posible saber. -De donde se sigue, que solo Dios es esencialmente sábio é infinitamente sábio, sin tener tasa en su sabiduría. Y como se dice (*Luc.* XVIII, 19), que ninguno es bueno sino Dios, así podemos decir que ninguno es sábio sino Dios, porque todos los demás de su naturaleza son ignorantes, y no tienen ciencia, si no la reciben de Dios, y la que tienen es con tasa y límite; y tan pequeña, que es como nada, en comparacion de la infinita sabiduría de Dios.

2. Y en este principio he de fundar la humildad y propio conocimiento en materia de ciencia, diciendo con Salomon (*Prov.* XXX, 2): *Stultissimus sum virorum.* El mas ignorante soy de todos los hombres; *non didici sapientiam;* no he aprendido la sabiduría; porque si miro al tiempo de mi nacimiento, hallaré que ninguna ciencia tenia; y esa que he aprendido es tan poca, como si no fuera ni hubiera

aprendido cosa alguna. Por lo cual, comparándome á Dios, puedo decir lo que decia Sócrates: *Hoc unum scio, me nihil scire:* una cosa sola sé, y es que no sé nada; todo hombre, como dice Jeremías (*c.* x, 14), es necio comparado con Dios que es la misma ciencia. Con esta consideracion reprimiré los afectos de vana complacencia, de vana gloria y presuncion, poniéndome en el último lugar de mi nada y de mi total ignorancia.

3. De aquí tambien se sigue que es grandísima presuncion y locura, querer yo apear y comprender esta infinita sabiduría de Dios, porque infinitamente excede á toda la capacidad de hombres y Ángeles: y como dice san Pablo (I *Cor.* II, 11): Ningun otro que el espíritu de Dios conoce lo que hay en Dios. Y por esto dijo el Eclesiástico (*c.* I, 3): La sabiduría de Dios que puede todas las cosas, ¿quién la pudo investigar? la raíz de la sabiduría ¿á quién se reveló? sus trazas, ¿quién las conoció? la muchedumbre de sus caminos, ¿quién los entendió? Escondida está, dice Job (*c.* XXVIII, 21), á los ojos de todos los vivientes, y encubierta á las aves del cielo, que son Ángeles y espíritus celestiales. Ó Dios sapientísimo, que subes y vuelas sobre los Querubines (*Psalm.* XVII, 11), que son plenitud de ciencia, porque á todas pasas de vuelo, y ninguno puede alcanzar á entender todo lo que sabes (*Eccli.* III, 23); yo venero los secretos de tu infinita sabiduría, y te suplico me descubras la parte de ella que me conviene tener, para poderte servir y amar. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar que la divina Sabiduría sola, sin ayuda de otro, es la primera inventora de todas cuantas cosas ha habido en el mundo (*Eccli.* I, 10), y de ella proceden todas las ciencias y artes é invenciones de cielo y tierra. Y así dice Isaías (*Isai.* XL, 13): ¿Quién ayudó al espíritu del Señor, ó quién fue su consejero y le descubrió algo de nuevo? ¿con quién tomó consejo, y le instruyó y enseñó el camino de la justicia, y de la ciencia ó prudencia? Ó alteza de la sabiduría y ciencia de Dios, ¿quién conoció el sentimiento del Señor, ó quién fue su consejero? (*Rom.* XI, 33). Gózome, Dios mio, de que tú seas maestro y consejero de todos, y ninguno lo pueda ser tuyo; sélo siempre mio, para que te agrade en todo. Amen.—De aquí bajaré á considerar en particular las invenciones y trazas maravillosas que han salido y salen de la infinita sabiduría de Dios, meditando, como dice David (*Psalm.* LXXVI, 13) en sus obras, y ejercitándome en sus invenciones, con afectos de admiracion y gozo, creyendo, como dice

san Pablo (*Hebr.* XI, 3), con la fe que el Verbo divino sacó estas cosas visibles, de las invisibles que tenia dentro de sí trazadas en su eterna sabiduría. Esto puedo hacer primeramente, discurriendo por los seis dias de la creacion del mundo, ponderando la invencion de la Sabiduría divina en cada uno de ellos, como despues verémos.

2. Luego miraré la invencion de la divina Sabiduría en la creacion del hombre (*Genes.* II, 7), juntando con cuerpo de tierra un espíritu inmortal, ponderando la variedad de rostros, y de inclinaciones y talentos que hay en los hombres, y las invenciones que han salido de ellos, inventando modo de hacer vidrio, paño, lino, y los demás artes y cosas artificiales, y las otras ciencias que tanto florecen en el mundo. Todas las cuales originalmente han procedido de la infinita sabiduría de Dios; por lo cual la madre de Samuel llamó á (I *Reg.* II, 3) Dios, Señor de las ciencias, porque él las tiene todas, y de él proceden las que hay en sus criaturas.

3. De aquí subiré á considerar las invenciones de la divina Sabiduría, en el ser de gracia que ha comunicado á los hombres, especialmente la suprema invencion de juntar la naturaleza humana con la divina en unidad de persona en Cristo nuestro Señor, y en la invencion de ponerse en el santísimo Sacramento del altar, con otras innumerables trazas y modos que cada dia inventa en sus escogidos, para librarlos de los peligros, y promoverlos en las virtudes y llevarlos á su cielo, á donde son maravillosas las trazas que ha inventado para su perfecta bienaventuranza. -De aquí inferiré, que la sabiduría de Dios es la que guia y acompaña las obras en que resplandecen sus divinos atributos, conviene á saber: las obras de su bondad y caridad, de su misericordia y justicia, porque con sabiduría se comunica la bondad, ama la caridad, la misericordia se compadece, y la justicia premia y castiga. Y así dice el Eclesiástico (*c.* I, 10), que derramó Dios su sabiduría sobre todas sus obras. Y David dice (*Psalm.* CIII, 24) que hizo todas las cosas con sabiduría.

4. Todo esto me ha de mover á grandes afectos de admiracion y gozo, alegrándome particularmente por tener un Dios tan sábio, que sabe inventar mil modos y caminos como alcanzar sus intentos, para librarme de males y comunicarme los bienes que desea de naturaleza, gracia y gloria. De donde aprenderé á tener gran confianza en Dios en los casos que parecen desesperados, porque donde yo no alcanzo medio ni remedio, la sabiduría de Dios puede inventar medios y remedios innumerables. Y en agradecimiento de todo esto

procuraré yo tambien con su gracia y luz inventar nuevos modos como mortificarme y ejercitarme en toda virtud y agradar á este Dios, pues el justo come y goza el fruto de sus invenciones (*Isai.* III, 10), y cada dia le cantaré cantares nuevos (*Psalm.* XCV, 1), por las nuevas trazas que toma de hacerme bienes. Ó Dios y Señor de las ciencias, gózome del señorío que tienes sobre todas, como principio de donde todas nacen; dame, Señor, la ciencia de los Santos, para que conozca el modo de servirte en justicia y santidad. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como la infinita sabiduría de Dios dispuso y ordenó todas las cosas del mundo (*D. Thom.* 1 *p. q.* 5, *art.* 5), *in numero, pondere et mensura:* en número, peso y medida, comprendiendo el número de todas las cosas que ha habido y habrá, y de todas sus partes, miembros, oficios y obras. Además el peso que tiene cada una de ellas, en la cantidad, y el peso de sus inclinaciones y aficiones naturales y sobrenaturales. Además la medida de cada una, en lo ancho y largo, alto y profundo que tiene; y la medida en la perfeccion y en los talentos y caudales, admirándome de la proporcion y traza maravillosa que en cada una y en todas juntas resplandece, por la infinita sabiduría del que las ordenó con tal modo y órden de bondad y perfeccion. Esto se puede ponderar discurriendo por algunas cosas de estas, que la divina Escritura exagera, atribuyéndolas á solo Dios y á su infinita sabiduría. – Lo primero, como dice David (*Psalm.* CXLVI, 4): Dios tiene contado el número de las estrellas, el peso de su inclinacion á influir en la tierra, y la medida de su grandeza y perfeccion. Y por esto dice, que las llama á todas con sus propios nombres (*Iob,* XXXVIII, 33), como quien conoce todo lo que hay en cada una. Y de la misma manera sabe Dios el número de los movimientos y vueltas que han de dar los cielos, hasta la fin del mundo. Y por consiguiente los años y dias que ha de durar, y el último en que este órden y música del cielo ha de dormir y parar para siempre; lo cual, como dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXIV, 36), es reservado á sola la ciencia de Dios.

2. Bajando mas abajo, á lo que pasa en el aire, Dios tiene contado el número de cometas, rayos y truenos, las gotas de la lluvia, los copos de nieve y el número de los vientos y granizos: sabe muy bien el peso é inclinacion de cada cosa de estas, porque (*Iob,* XXVIII, 25) *ventis fecit pondus*, á los vientos dió su peso propio; y del mismo modo á la nieve, y al granizo y al rayo; y todos por traza de la sabiduría de Dios, como él dijo á Job (c. XXXVIII, 34), salen con este

peso á ir donde les envia, y para el fin que les envia. Y así he de tener grande confianza en medio de estas tempestades, acordándome que todo va ordenado por la divina sabiduría, para grandes fines. - Luego ponderaré, como Dios nuestro Señor, tambien con su sabiduría mide á palmos la mar y la tierra, y sabe lo ancho y largo, lo alto y profundo que tienen, y la gravedad y peso de cada cosa. (*Isai.* XL, 12). Además sabe el numero de todas las cosas que hay dentro de estos elementos y encima de la tierra, hasta el número de las arenas del mar y de los pajaritos (*Matth.* X, 29), pues ni una cae en tierra sin su providencia.

3. Pero mas en particular ponderaré lo que toca á los hombres, cuyo número tiene Dios contado desde Adan hasta la fin del mundo (*Psalm.* XXXVIII, 6); y los años, dias y horas que cada uno ha de vivir, y la hora en que ha de morir. Además (*Matth.* X, 30), tiene contados todos los huesos y cabellos; de modo que ni uno perecerá sin su sabiduría y providencia. Tambien tiene contados (*Iob,* XIV, 16) todos los pasos que ha de dar cada uno, y todas las obras buenas y malas que ha hecho y ha de hacer. Además conoce el peso é inclinacion de cada uno, su talento y caudal, y la medida de perfeccion natural y sobrenatural que tiene en su alma y en sus obras, porque su infinita sabiduría distribuye todo esto (*Prov.* XVI, 2) con peso y medida, pesando los espíritus de todos y las obras que hacen, sabiendo el peso y valor que tienen. - Con esta consideracion me arrojaré en las manos de Dios y de su infinita sabiduría; la cual es infalible y cierta, procurando no fiarme de mis antojos y aprensiones en el número de los años y dias de vida, ni en la calificacion de mis talentos y partes naturales, ó dones gratuitos, ni en la medida de mis merecimientos y virtudes, sino entender que lo que soy en los ojos de Dios que todo lo ve, eso soy y no mas.

4. Últimamente, subiré á considerar lo que hay sobre los cielos, ponderando como la divina sabiduría lo trazó tan bien, con órden, peso y medida; y así sabe el número de los Ángeles, de todos los coros y jerarquías, y el de todos los bienaventurados que hay y ha de haber en el cielo; el peso y medida de sus perfecciones naturales y sobrenaturales, distribuyéndoles los oficios conforme al órden de su infinita sabiduría; y la medida de gloria á la medida de sus merecimientos. Ponderando todas estas cosas, prorumpiré en afectos de admiracion y pasmo de la infinita sabiduría de Dios, mucho mas que la reina Sabá (III *Reg.* X, 6), cuando vió la sabiduría de Salomon en la distribucion y órden de las cosas de su casa; y así con

mucho mas encendido afecto diré: Verdadero es, Dios mio, todo cuanto he oido de tu infinita sabiduría; y muy mayor es tu ciencia y tus obras, que todo cuanto he oido de ellas. Bienaventurados tus ciudadanos y tus siervos, los que están siempre delante de tí, y oyen tu sabiduría. Ó Sabiduría infinita, que trazas y dispones todas las cosas en número, medida y peso, traza con este órden las cosas de mi alma, aumentando en ella el número de las buenas obras, el peso de las fervorosas aficiones y la medida de tus gracias, concediéndome la medida llena, apretada y colmada de tu gloria. (*Luc.* VI, 38). Amen.

PUNTO QUINTO.— 1. Lo quinto, se ha de considerar como la infinita sabiduría de Dios es eterna é inmutable, profundísima y evidentísima, y está toda junta, porque con una sencilla vista alcanza de una eternidad á otra, y ve todo cuanto es posible verse y conocerse. Y así desde que Dios es Dios, sabe cuanto sabe, sin que de nuevo pueda saber cosa alguna, porque para él ninguna puede ser nueva; y todas las cosas pasadas, presentes y por venir, y las que en alguna manera son posibles, las conoce distintamente y con suma evidencia, sin mezcla de dudas, ni opiniones ó perplejidades; de modo que en Dios ni puede haber ignorancia, ni error, ni duda, ni engaño en cosa alguna de cuantas se pueden saber. Y así dice el Eclesiástico (*c.* XXIII, 28): Los ojos del Señor son mas resplandecientes que el sol, ven los caminos de los hombres, el profundo abismo, los secretos de los corazones, y todas las cosas antes que tengan ser; y despues que han pasado ninguna cosa le está escondida (*Eccli.* XXXIX, 35), y *à saeculo usque ad saeculum respicit*, mira todo lo que hay de un siglo á otro y de una eternidad á otra.

2. Esta verdad para nuestro provecho se ha de particularizar, discurriendo por las cosas pasadas, presentes y por venir, y por las que pueden ser.-Lo primero, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todas las cosas que han pasado desde el principio del mundo, hasta este instante en que estamos, y las tiene tan presentes como si no hubieran pasado; y así no es posible que Dios se olvide de lo que una vez sabe, ni de las obras buenas y malas que ha visto, ni de ninguno de los hombres bueno ni malo, aunque diferentemente tiene memoria de unos y de otros; porque de los malos se acuerda para castigarlos por sus malas obras, de las cuales nunca se olvida; y de los buenos para premiarlos por las buenas, de las cuales siempre tiene memoria; aunque se dice olvidarse de los malos, porque no hace caso de ellos para hacerles bien, en castigo de sus maldades. Aplicando esto á mí mismo, he de creer que se acuerda

Dios de mí y de mis cosas, tan distintamente como si yo solo estuviera en el mundo, y siempre me tiene presente en su memoria y sabiduría eterna, sin jamás borrarme de ella, imaginando que me dice lo que dijo á la ciudad de Sion (*Isai.* XLIX, 15): ¿Por ventura puédese olvidar la madre del hijo que salió de sus entrañas, sin tener de él misericordia? Pues aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de tí, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están delante de mis ojos. Ó alma mia, no te olvides de Dios, pues Dios no se olvida de tí; escríbele en tus manos, pues él te tiene escrito en las suyas; pon delante de tus ojos las cosas de su servicio, pues él tiene delante de los suyos las cosas de tu provecho.

3. Lo segundo, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todo cuanto en este dia y en este instante se hace en todo el mundo, sin que haya cosa que se le encubra, penetrando los secretos del corazon de cada hombre, por muy ocultos que sean; sus imaginaciones, pensamientos, deseos y propósitos buenos y malos, y todo aquello que no puede conocer otro hombre, ni Ángel, sino el mismo espíritu que lo piensa, y aun muchas mas cosas que el hombre piensa é imagina, y no hace reflexion sobre ellas, las penetra Dios y comprende, y á él solo pertenece tal comprension, como lo dijo por el profeta Jeremías (*c.* XVII, 10), y el Apóstol lo declaró mas diciendo, que la palabra de Dios (*Hebr.* IV, 12), que es su Hijo, es viva y eficaz, y penetra mas que cuchillo de dos filos, conoce los pensamientos é intenciones del corazon, y ninguna criatura es para él invisible, y todas las cosas están descubiertas y patentes á sus ojos. Por tanto, ó alma mia, pues los ojos de Dios miran siempre lo que haces, los tuyos miren siempre las (*Prov.* IV, 25) cosas justas, y tus párpados abiertos vayan siempre delante de tus pasos, mirando primero dónde asientas el pié, porque lo está mirando Dios. Aparta de tu boca las palabras del hombre viejo, porque Dios es Señor de las ciencias, y penetra y pesa los pensamientos del corazon.

4. Lo tercero, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todas las cosas que están por venir y han de suceder por toda la eternidad, aunque dependan de nuestro libre albedrío, y las tiene tan presentes, como si ya hubieran sucedido ó se hicieran ahora, y algunas veces las revela á sus amigos; y es imposible que deje de suceder lo que revela, porque lo está mirando del modo que ha de suceder, como si actualmente entonces sucediera; y esto es tan propio de la sabiduría de Dios, que ni hombre ni Ángel puede conocerlo. Por lo cual dijo Isaías (*Isai.* XLI, 23): Decidnos las cosas

que están por venir, y dirémos que sois dioses; como quien dice: Señal propia es de la divinidad conocer las cosas que están por venir, y dependen de la libertad del hombre. — Pero mas adelante pasa, porque no solamente conoce todas las obras que harán hombres y Ángeles, sino todas las que pueden hacer, usando de su libertad y de las ayudas que él les quisiere dar con su gracia; y con esta infinita sabiduría, profundísima y ocultísima, traza y ordena, ó permite las cosas que suceden, dejando esotras. En lo cual con humildad tengo de venerar sus secretos juicios, diciendo con el Apóstol (*Rom.* XI, 33): ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! Maravillosa (*Psalm.* CXXXVIII, 6) es, Señor, tu ciencia, mucho se ha levantado sobre mí, ni es posible subir á ella; yo la venero con humildad, y te suplico que con ella traces mi vida, de modo que alcance tu eterna gloria. Amen.

PUNTO SEXTO. — 1. Últimamente, se ha de considerar como la infinita sabiduría de Dios comprende y abraza todas las cosas que caen debajo de la divina omnipotencia, y que pueden ser posibles, aunque nunca hayan de ser, las cuales son tantas en número y perfeccion, que todas cuantas hemos dicho, en comparacion de estas, son como una gota de agua respecto del mar Océano, porque conoce Dios infinitos Ángeles, cielos y mundos, con otras infinitas trazas diferentes de esta, y con otras perfecciones muy mayores; de modo que si durara este mundo un millon de años, conoce la sabiduría de Dios que cada dia podia criar otro mundo mas perfecto que este; y despues de criados todos, es infinito mas lo que conoce que puede criar. ¡Oh abismo incomprensible! oh piélago inmenso! oh tesoro infinito de la sabiduría de Dios! Gózome, Señor, que seas tan sábio, que comprendas todo lo que se puede saber, sin que se te encubra nada. Y tambien me gozo del gozo que tienes en conocerlo, por conocerte á ti, en cuya omnipotencia está todo encerrado. Ahora, Dios mio, confieso que toda nuestra sabiduría es nada en comparacion de la tuya (*Iob*, XXVI, 14), y que si apenas podemos oir y entender una pequeñuela gota de tu sabiduría, ¿cuánto menos podrémos conocer el inmenso trueno de tu grandeza? y si lo que de tu sabiduría has descubierto, es no mas que una gota, ¿cuánta será la inmensidad de lo que en ella tienes encerrado? Grande eres en todo, y tu grandeza vence nuestra ciencia (*Iob*, XXXVI, 26); pero gloria nuestra es ser vencidos de ti, de quien recibimos la ciencia y grandeza que nosotros tenemos.

2. De lo dicho concluiré, como la infinita sabiduría de Dios nuestro Señor es infinitamente liberal (*Sap.* VII, 13) en comunicarse sin envidia, antes con mucho gusto se comunica á los hombres y Ángeles, á Querubines y Serafines, y á todos los espíritus bienaventurados, y sobre todo al alma de Cristo nuestro Redentor y Señor, en quien depositó todos los tesoros de su incomprensible sabiduría y ciencia (*Colos.* II, 3); pero aunque le dió conocimiento de todas las cosas pasadas, presentes y por venir, por toda la eternidad, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 3 *p. q.* 10, *art.* 2), mucho mas es infinitamente lo que le quedó por comunicar, porque no es posible comunicarse todo á pura criatura; y de esta liberalidad tomaré motivo para suplicarle que me comunique esta sabiduría, enseñándome todas las cosas provechosas para mi salvacion. (*Isai.* XLVIII, 17). Ó Dios sapientísimo, envia tu sabiduría de tus santos cielos, y de la silla de tu grandeza (*Sap.* IX, 10), *ut mecum sit, et mecum laboret, ut sciam quid acceptum sit coram te omni tempore*, para que esté conmigo, y obre conmigo, sepa lo que te agrada en todo tiempo: ella vaya delante de mis obras, como va delante de las tuyas; ella me acompañe en todo lo que hiciere, como te acompañó en todo lo que hiciste, y ella sea el último fin de mis pretensiones, y me lleve á donde te vea claramente, con la luz que de ella procede, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVI.

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, trino y uno (*D. Thom.* 1 *p. q.* 25), es infinitamente poderoso para hacer todas las cosas que quisiere, sin tasa ni limitacion alguna en el número, grandeza y perfeccion, por razon de lo cual se llama (*Exod.* XV, 3) Omnipotente y Todopoderoso, cuya omnipotencia consiste en que puede hacer todas las cosas que su infinita sabiduría ve ser posibles, en las cuales no hay repugnancia ni contradiccion alguna para que puedan ser. Y en este sentido dijo el Ángel á la Vírgen, que no es imposible á Dios (*Luc.* I, 37), *omne verbum*, toda palabra; esto es, toda y cualquier cosa que hombres y Ángeles y el mismo Dios pueden concebir con su entendimiento, que no hay contradiccion en que sea. Y el mismo Señor dijo por Jeremías (*c.* XXXII, 27): ¿Por ventura será para mí dificultoso, *omne verbum*, cualquier cosa? que fue decir, nada me será dificul-

toso, sino todo me será posible y fácil de hacer. En esto se pueden ponderar tres excelencias. La primera, que Dios nuestro Señor puede hacer de nuevo infinitamente muchas mas cosas de las que ha hecho; porque todo lo que ha hecho es cási nada en comparacion de lo que puede hacer; y despues de haberlo visto todo, puedo decir con el Eclesiástico (*c.* XLIII, 36): *Multa abscondita sunt maiora his, pauca enim vidimus operum eius.* Muchas cosas nos están escondidas mayores que las que hemos dicho de Dios, porque son muy pocas las que hemos visto. Ó Dios omnipotentísimo, gózome de tu grandiosa omnipotencia con la cual puedes hacer infinitamente mas de lo que yo puedo alcanzar; si tan maravilloso eres en las obras que has hecho, ¿cuánto mas maravilloso serás en las que puedes hacer? Glorifica, alma mia, á tu Dios cuanto pudieres, pues por su omnipotencia merece mucho mas de lo que puedes.

2. La segunda excelencia es, que puede Dios hacer cuanto quisiere en las cosas que ha hecho, mudándolas, trastocándolas y revolviéndolas á su voluntad, porque como dice el mismo Eclesiástico (*c.* XLIII, 30; *D. Thom.* 1 *p.* *q.* 105, *art.* 6): *Ipse est omnipotens super omnia opera sua:* él es todopoderoso sobre todas sus obras, porque puede mas de lo que ha hecho, y en lo que ha hecho puede hacer lo que quisiere. Puede hacer que pare el sol, como en tiempo de Josué, y que vuelva atrás, como lo hizo en tiempo de Ezequías, y que no dé luz, como en tiempo de la pasion de Cristo: puede hacer lo que quisiere del mar, de los vientos, de la tierra, y de todos los vivientes, como lo hizo en la ley vieja por medio de Moisés, y en la ley nueva lo hizo Cristo nuestro Señor cuando vivió en esta vida mortal; y cada dia va haciendo nuevos milagros, y los puede hacer mayores que los que ha hecho. Y ponderando esto, puedo decir lo que añade el Eclesiástico: Terrible es Dios, y grande vehementemente, *et mirabilis potentia ipsius,* y maravillosa es su potencia, y por consiguiente dignísimo de ser creido, y de que todos demos crédito á lo que la fe nos revela de sus maravillosas obras y milagros.

3. La tercera excelencia es, que puede la omnipotencia de Dios ejecutar cuanto la divina voluntad puede querer; porque si Dios quisiera con eficacia alguna cosa, y no la pudiera hacer, fuera miserable, y no fuera Dios. Por lo pasado podemos sacar lo futuro y posible, porque como Dios (*Psalm.* CXIII, 3), *omnia quaecumque voluit fecit,* hizo todas las cosas que quiso, así hará todas las que quisiere, y podrá hacer cuantas puede querer, como dice el Sábio: *Subest tibi cum volueris, posse;* tienes poder para cuanto quisieres hacer, y en

queriendo algo no te falta poder para hacerlo. De donde procede, que cuando me consta de la voluntad de Dios, no puedo dudar de su omnipotencia; y cuando no me consta de lo que quiere, tengo de decir lo que dijo el otro leproso al Redentor (*Matth.* VIII, 2): *Domine si vis, potes.* Señor, si quieres, puedes. Ó Dios omnipotentísimo, delante de tu omnipotencia derramo mi alma con todas sus necesidades y miserias, y con todos sus deseos y aficiones; tu voluntad es justa y sabes lo que me conviene: si quieres, puedes; si quieres sanarme de mis enfermedades, puedes fácilmente hacerlo; si quieres darme lo que te pido, luego puedes darlo. Gózome de que tu omnipotencia esté puesta en manos de tu justa y amorosa voluntad, porque cuanto procediere de tal querer y poder, será bueno y provechoso para mí y glorioso para tí, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como esta omnipotencia es propia de solo Dios, aunque liberalmente da parte de ella á sus criaturas. En lo cual se han de ponderar otras tres excelencias, – la primera, que solo Dios tiene por su naturaleza y esencia el poder, y ninguna criatura le tiene si no es participado de Dios, y por esto le llama san Pablo (I *Tim.* VI, 15): *Solus potens*, solo el que puede, y los demás de nuestra cosecha somos los que no podemos, porque no tenemos ser ni poder, si no lo recibimos de Dios. – La segunda excelencia es, que solo Dios por su omnipotencia puede hacer sus obras sin ayuda de otro; todas las demás criaturas no pueden hacer nada, si no es que la omnipotencia de Dios obre con ellas. Ni el sol alumbrará, ni el fuego quemará, ni el hombre andará ni hará cosa alguna, si la omnipotencia de Dios no les ayuda y obra con ellos. Y por esto dijo Isaías (*Isai.* XXVI, 12), que Dios obra en nosotros todas nuestras obras; y Cristo nuestro Señor dijo (*Joan.* XV, 5), que sin él nada podíamos hacer. De estas dos consideraciones he de sacar la dependencia que tengo de la omnipotencia de Dios, y fundarme en profunda humildad, viendo que sin ella no puedo ser, ni obrar, y darle infinitas gracias por la asistencia que tiene conmigo en todas mis obras, como despues ponderarémos mas largamente. (*Medit.* XXIII).

2. La tercera excelencia es, que no se alza Dios del todo con su omnipotencia, sino que da parte á sus criaturas, para que cada una de ellas pueda hacer todas las cosas que convienen á su propia naturaleza. Y demás de esto añade á los hombres y Ángeles otro poder muy mas excelente y levantado que el que tienen por su naturaleza,

y los toma por instrumentos y ayudadores para muchas cosas propias de su omnipotencia; por lo cual vino á decir el apóstol san Pablo (*Philip.* IV, 13): *Omnia possum in eo qui me confortat;* todas las cosas puedo en el que me conforta. De suerte, que junto con la omnipotencia de Dios soy poderoso para todas las cosas que quisiere Dios hacer en mí y por mí; y se honra Dios de que creamos esto, y esperemos de él esto; y á esta fe y confianza remite la experiencia de ello. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor á cierto hombre (*Marc.* IX, 22): Si crees, todas las cosas son posibles al que cree. Y como dice san Bernardo (*Serm.* 85 *in Cant.*): Ninguna cosa tanto ilustra y engrandece la omnipotencia de Dios, como hacer omnipotentes, al modo dicho, á los que confian en él. Ó Dios omnipotentísimo, gracias te doy cuantas puedo, por la parte que das á tus siervos de tu soberana omnipotencia; en ella confio, pues tú lo quieres, y con ella haré cuanto me mandas. Ó alma mia, escoge por amigo al Todopoderoso con quien serás todapoderosa, pues conforme á la ley de la amistad, lo que podemos por medio de nuestros amigos, por nosotros lo podemos.

PUNTO TERCERO.- *Fuentes de los beneficios divinos.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar como conclusion de todo lo que hasta aquí se ha dicho, que la omnipotencia de Dios siempre se emplea en hacernos bien, y es principio y fuente de donde proceden y manan todos los beneficios divinos de que gozamos, juntamente con la sabiduría y bondad ó caridad de Dios; porque estos tres atributos son los tres dedos de quien tiene Dios colgada la tierra, como dice el santo profeta Isaías (*Isai.* XL, 12), y tambien tiene colgados de estos tres dedos los cielos, los Ángeles y los hombres, y todas las criaturas del mundo; porque con ellos los cria, sustenta, gobierna, ayuda, y lleva á su último fin. Con la sabiduría conoce y traza lo que ha de hacer; con la bondad y caridad lo que quiere; y con la omnipotencia lo ejecuta; y con todas tres se emplea en hacernos grandes bienes. El Padre con la omnipotencia que se le atribuye por apropiacion; el Hijo con la sabiduría, y el Espíritu Santo con la bondad, y todas tres Personas con todas tres perfecciones, porque cada una las tiene todas con la misma unidad, porque en Dios son una misma cosa.

2. Con este espíritu he de entrar en las meditaciones siguientes de los beneficios divinos, que comenzaron desde la creacion del mundo, procurando que toda la máquina de mi vida y de mis consideraciones estribe principalmente en estos tres dedos de la sabiduría, om-

nipotencia y bondad de Dios, correspondiéndole con los actos y afectos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que responden á estos tres atributos: la fe á la sabiduría; la esperanza á la omnipotencia; la caridad á la bondad de Dios, aunque todas tres virtudes y sus actos miran á todos tres atributos juntos. Ó Dios trino y uno, tan sábio como poderoso, y tan poderoso como bueno, y en todo infinito; ilustra mi entendimiento con tu divina sabiduría, aficiona mi voluntad con tu bondad soberana, y fortalece mis potencias con tu admirable potencia, para que conozca los innumerables y soberanos beneficios que de tí han procedido, y por ellos te ame con fervor, y te sirva y obedezca con fortaleza por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS EN LA CREACION DEL MUNDO, Y DE LA GRANDEZA DE ESTE BENEFICIO.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar el artículo principal de nuestra fe, en que confesamos que Dios nuestro Señor, con su poder infinito (*D. Thom.* 1 *p. q.* 44), al principio crió cielos y tierra, y todas las cosas visibles é invisibles que hay en el mundo (*Genes.* I, 1), de modo que ninguna hay, grande ni pequeña, la cual no traiga orígen de Dios, conforme á lo que dice san Juan del Verbo divino (*Ioan.* I, 3): *Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no fue hecha cosa alguna de cuantas han sido hechas:* y por consiguiente yo tambien soy hechura de Dios, y de él he recibido el ser que tengo. En este artículo se ha de ponderar, -lo primero, como todas cuantas cosas hay fuera de Dios, tuvieron principio y comenzaron á ser como antes no fuesen. De suerte, que antes de la creacion del mundo, que cuenta la divina Escritura, no habia cosa alguna fuera de Dios; todo era nada, y solo Dios era de quien todas las cosas recibieron el ser que tienen; y por consiguiente, si yo me considero en mi orígen, soy nada, no solo cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo; porque aquello de que fuí hecho, algun tiempo era nada. De donde me moveré á dar infinitas gracias á Dios, que con su omnipotencia me sacó del abismo de la nada, y me fundaré en esta profunda humildad, diciendo con el Apóstol (*Rom.* XI, 33): Ó alteza de la sabiduría y omnipotencia de Dios, ¿quién le dió algo primero, para que esté obligado á pagárselo? Él es el primero que dió á todos todo lo que tienen, y á quien todos deben dar gracias por todo

lo que poseen; porque de él, por él, y en él son todas las cosas, á quien se debe toda la honra y gloria por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor libremente, y de su voluntad pura y graciosa, crió estas cosas, sin que hubiese quien le forzase, porque ni le forzaron merecimientos, pues no habia quien mereciese; ni le forzó su necesidad ó interese, porque sin sus criaturas era bienaventurado, y ninguna necesidad tenia de ellas; ni le forzó la bondad de las criaturas, porque es muy limitada, y no necesita á ser amada de nadie cuanto menos de Dios; y así por su sola bondad y misericordia se movió á criarlas para sí mismo (*Prov.* XVI, 4), y para gloria suya. Ó alma mia, alaba y glorifica á tu Criador, por tan soberano beneficio como te ha hecho, sacando tantas cosas, y á tí con ellas, del abismo de la nada, para darte el ser que tienes; y pues quiso criarlas, y criarte por sola su libre voluntad porque era bueno, emplea todo tu ser y cuanto tienes en servirle con tu libre voluntad, solamente porque es bueno, y porque te crió sin merecerlo.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor en esta obra no tuvo otro ejemplar ni modelo que á sí mismo: de suerte, que solo él fue la causa eficiente que hizo todas las cosas, y el fin último á quien las ordenó, y el ejemplar de donde las sacó. Porque descubriendo con su infinita sabiduría todas las cosas que podia hacer, y la traza y órden de ellas, escogió con su libre voluntad este órden de criaturas que hay en el mundo, y con su omnipotencia le ejecutó; y por consiguiente, como entonces dejó infinitas criaturas en el abismo de la nada, y escogió criar las que crió, así dejando infinitas almas en el mismo abismo, escogió entre otras la mia, para criarla á su tiempo: por lo cual le debo infinitas gracias, acordándome de lo que dijo á Job (*Iob,* XXXVIII, 21): Cuando yo criaba el mundo, ¿sabias tú que habias de nacer y los años que habias de vivir? Como quien dice: Tú no lo podias saber, pero yo ya lo sabia, y por mi bondad estaba determinado á ello. Ó Dios sapientísimo y poderosísimo, ¿qué viste en mi alma, para querer criarla, dejando otras innumerables en el abismo de la nada? Ó fin último de todas las criaturas, ¿por qué criaste mas esta miserable que á otras muchas que te glorificaran mejor que ella? Ó ejemplar de todas las cosas que se pueden criar, ¿por qué quisiste criarme á mí mas que á otras muy mejores de quien tambien eras ejemplar? No hay otra causa, Dios mio, sino tu pura y santa voluntad, por la cual me crió tu omnipotencia, dándome el ser que tengo porque quiso; y pues

tan liberalmente lo has hecho conmigo, yo te serviré siempre, porque así lo quieres. Tú serás mi último fin en todas mis cosas, porque así lo mandas; y á tí miraré como á ejemplar y dechado de mi vida, porque así lo ordenas: tu voluntad, Señor mio, será siempre la mia, pues mi ser y cuanto tengo me vino de ella.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar las cosas en que resplandece la omnipotencia de Dios, en esta obra de la creacion del mundo (*D. Thom.* 1 *p. q.* 45), reduciéndolas á tres ó cuatro, mas principales. - La primera es, que no tuvo necesidad de algunos materiales para fabricar este mundo, como la tienen Ángeles y hombres para sus fábricas y obras artificiales, sino de nada hizo las partes mas principales del mundo, dándolas su ser todo y entero, sin que nada de él precediese antes. De este modo crió el cielo y la tierra, y las sustancias espirituales, como son los Ángeles y nuestras almas, las cuales no pueden ser hechas sino de nada, para que conozcan la total obligacion que tienen de servir á Dios nuestro Señor con todo lo que son, y á darle gracias por todo, sin presumir nada de sí. Ó Criador omnipotente, justo es que toda mi alma te sirva, pues de nada la hiciste. Razon es que te ame con todo mi corazon, con todo mi espíritu, y con toda mi virtud, pues todo me lo diste para que con todo te amase. Ó alma mia, ¿qué tienes que no hayas recibido? (I *Cor.* IV, 7). Y pues todo lo has recibido de Dios, da de todo la gloria á Dios; y si de tí no tienes nada, no te glories si no es de tu nada; pon toda tu confianza, no en tí que nada puedes, sino en Dios que lo puede todo, y llama las cosas que no son, como si fuesen (*Rom.* IV, 17), sacándolas de la nada, para que tengan ser y poder para servirle y glorificarle por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, resplandece la divina omnipotencia en haber hecho unas cosas de otras del modo que quiso; porque aunque pudiera criar de nada todos los vivientes, quiso mostrar su poder en hacer del agua los peces y aves, de la tierra las plantas y animales, para que se entienda, que tiene pleno señorío y potestad de sus criaturas, mudándolas, y convirtiendo unas en otras á su voluntad, y de aquí aprenda yo á sujetarme á su señorío, alegrándome de tener tan poderoso Señor, á cuya voluntad todas las cosas están sujetas.

3. Lo tercero, resplandece en haber hecho esta obra de la creacion del mundo á solas, sin tener quien le ayudase en ella. (*Isai.* XLV, 12). *Yo*, dice, *soy el Señor que hice todas las cosas: yo solo extendí*

los cielos, y establecí la tierra, y ningun otro conmigo. Y aunque pudiera despues de haber criado los Ángeles (*D. Thom.* 1 *p. q.* 65, *art.* 3), servirse de ellos para hacer algunas cosas corporales, no quiso, sino hacer él solo toda esta primera obra, para que los hombres, por quien la hacia, reconociésemos vasallaje á él solo; y á él solo adorásemos y sirviésemos como á nuestro Criador, y Hacedor de todas las cosas, dándole la gloria de ellas, como los ancianos del Apocalipsis, que decian (*Apoc.* IV, 11): Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra y gloria, y la potestad, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad fueron y perseveraron, como por ella fueron criadas.

4. *Obediencia á Dios á imitacion de las criaturas.*—Lo cuarto, resplandece la omnipotencia de Dios en la facilidad con que hizo todas estas cosas sólo con quererlo, y con decirlo ó mandarlo, obedeciéndole todo sin resistencia alguna y sin dilacion, porque en el mismo instante que lo decia quedaba hecho. Dijo Dios: *Fiat lux*, hágase la luz, y al punto se hizo. Y como dice David: Él lo dijo, y todas las cosas quedaron hechas; él lo mandó, y todas las cosas fueron criadas. De donde sacaré por una parte una grande admiracion de la omnipotencia de Dios, á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir, y por otra parte una grande resolucion de obedecer á Dios sin contradiccion, ni dilacion ó tardanza en todo cuanto me mandare, con una obediencia pronta, puntual, instantánea y muy perfecta. Ó alma mia, ¿por qué no te sujetas al imperio y mandamiento de tan poderoso Dios? ¿por qué tú sola resistes á quien todas las cosas obedecen? Él te dió libertad para querer y no querer; renuncia la que tienes para le resistir, usando siempre de ella para le obedecer. Ó Dios omnipotente, mándame con tal eficacia lo que quieres, que nunca contradiga á lo que me mandas.

PUNTO TERCERO.—Lo tercero, se ha de considerar el modo que tuvo la omnipotencia de Dios en criar todas las cosas, adornándolas y perfeccionándolas poco á poco (*D. Thom.* 1 *p. q.* 74), porque, aunque pudiera en un instante criarlas con toda su perfeccion, quiso hacerlo en espacio de seis dias (*Genes.* I, 31), por algunos fines y motivos de nuestro provecho.—El primero, para que entendiésemos mejor y mas distintamente la traza de la sabiduría divina en la creacion del mundo, y aprendiésemos á meditarla, no á bulto, sino poco á poco, y por sus partes, dando gracias á nuestro Bienhechor por los nuevos beneficios que cada dia nos iba dando.—El segundo, para que entendiésemos mejor la necesidad que habia de las cosas

que crió, mirando en el primer dia la falta que hacian las cosas que crió en el segundo, y en este las que crió en el tercero, y así nos moviésemos á mayor amor y agradecimiento por cada uno de estos beneficios.-El tercero, para que entendiésemos en esta primera obra de la creacion, como Dios nuestro Señor guarda este mismo estilo en la obra de nuestra santificacion y perfeccion, comunicándola, no toda junta de una vez, sino por sus partes y grados, primero un grado, despues otro, por todo el discurso de los seis dias, que representan el espacio de nuestra vida, hasta que llega el sábado del descanso eterno, en el cual la obra está ya perfecta, y se goza el premio del trabajo.

—Todo lo cual se irá ponderando por menudo en las meditaciones siguientes.—

MEDITACION XVIII.

DE LAS COSAS QUE DIOS CRIÓ EN EL PRIMER INSTANTE, Ó PRINCIPIO DEL TIEMPO.

—El fin de esta meditacion, y de las que se siguen, es considerar las cosas que hizo Dios en el principio del mundo, y en los seis dias primeros, para movernos con la consideracion de estos soberanos beneficios al amor y servicio del que los hizo, meditando algunas veces en cada dia de la semana las obras que hizo aquel dia. Pero advierto, que iré declarando la obra que suena la corteza del texto sagrado, dejando para las escuelas de los teólogos la disputa del sentido en que se dice haber sido en aquel dia hechas aquellas cosas, ó del todo ó en parte, porque para el intento de estas meditaciones importa poco saber esto.—

Punto primero.-*De la creacion del cielo.*— 1. El texto sagrado dice así (*Genes.* I, 1): *En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba vana y vacía, y las tinieblas cubrian la sobrehaz del abismo, y el espíritu del Señor se movia sobre las aguas.*-Lo primero, se ha de considerar como en el principio, esto es, en el principio del tiempo, el Padre eterno, por el principio, que es su Hijo, juntamente con su espíritu, que es el Espíritu Santo, dió principio á todas las cosas, criando de nada el cielo, con toda su grandeza y redondez. Y con ser tan grande le tiene medido á palmos (*Isai.* XL, 12), como dice por Isaías; y con ser tan esférico y redondo, no tuvo necesidad de cimbria para hacer y sustentar esta inmensa bóveda, que coge en medio toda la tierra, mostrando en esto su omni-

potencia. Pero en particular crió entonces el supremo cielo que llamamos empíreo, que quiere decir, resplandeciente como fuego, para que comprendiese dentro de sí toda la máquina del mundo visible, y para que fuese corte y trono de su reino, y perpétua morada de los bienaventurados, así Ángeles como hombres: de donde sacaré grandes afectos de admiracion, alabanza y gozo, por la grandeza de esta obra, y de este lugar tan maravilloso, suplicando á Nuestro Señor que me lleve á él, pues le crió para mí. Ó Dios omnipotente, que criaste de nada el supremo de los cielos, y en él asentaste tu especial morada, dando la tierra á los hijos de los hombres (*Psalm.* CXIII, 16), para que en ella mereciesen alguna morada de este cielo; concédeme que viva de tal manera en este valle de lágrimas, que llegue á vivir contigo en ese paraíso de deleites. Ó cielo gloriosísimo, alaba y bendice á tu Criador, y tus moradores le glorifiquen por la grandeza y hermosura que te dió, pues son bienaventurados los que para siempre moran en tí, que eres su casa, y por los siglos de los siglos le han de alabar en ella. (*Psalm.* LXXXIII, 5).

2. *De la creacion de los Ángeles.*—Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no crió este cielo vacío de moradores como á la tierra, sino lleno de innumerables Ángeles (*D. Thom.* 1 *p. q.* 61, *art.* 3 *et* 4), repartidos en tres jerarquías y nueve coros, y á todos en aquel mismo instante dió todas las perfecciones de naturaleza y gracia que convenia á cada uno, segun la traza de la divina Sabiduría. ¡Oh qué hermoso y admirable quedaria aquel cielo con este ejército de escuadrones celestiales tan bien ordenado y concertado! ¡Oh qué contenta estaria la santísima Trinidad, viendo aquellas tres jerarquías, cada una con tres coros, en que se representaban las excelencias de sus tres divinas Personas! ¡Oh qué contento y alegría tendrian estos nuevos soldados, viéndose unos á otros, y cada uno á sí mismo, adornados con tantas perfecciones! ¡Oh qué júbilo tendrian en aquel primer instante, conociendo al Criador de quien tanto bien habian recibido!

3. Con esta consideracion, provocaré á los Ángeles que perseveraron, para que glorifiquen á Dios ahora con las alabanzas que le dieron al principio, de las cuales se precia Nuestro Señor, diciendo á Job (*Iob*, XXXVIII, 7): ¿Á dónde estabas tú cuando á una me alababan las estrellas de la mañana, y con júbilo me bendecian los hijos de Dios? Ó Ángeles soberanos, que fuísteis las primicias de las obras de Dios, criados en la primera mañana y alborada del mundo; alabadle y bendecidle, porque juntamente fue vuestro Criador

y vuestro Padre, dándoos el ser de naturaleza y la adopcion de hijos de Dios por su gracia; y pues poco despues, tambien por vuestros merecimientos, os dió el ser eterno de su gloria, glorificadle con grandes júbilos de alegría, por esta nueva merced que os hizo, suplicándole que en vuestra compañía me haga participante de ella. Amen.-En esta consideracion puedo discurrir por los coros de Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, convidando á cada coro que alabe á Dios, gozándome del bien que recibió en su creacion, y despues en su glorificacion, conforme á lo que en otros (*p.* I, *med.* XXXV) lugares se ha meditado, y adelante se dirá mucho mas.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor en el mismo instante crió la tierra, poniéndola como centro en medio de la concavidad del cielo, pero de tanta grandeza, anchura y longitud, que ninguno de los mortales la puede conocer y medir con certeza (*Iob,* XXXVIII, 5), gloriándose Dios de poder esto, como la Escritura lo testifica muchas veces. (*Eccli.* I, 2). Pero en lo que mas resplandece su omnipotencia, es en tener una cosa de tan inmenso peso, como en vacío, sin arrimo ni sustento alguno corporal; y esto con tanta firmeza, que, como dice el real profeta David (*Psalm.* CIII, 5): No se inclinará, ni se meneará á una parte ni á otra para siempre; y con tanta facilidad la sustenta, segun dice Isaías, como quien tiene colgada una cosa muy pequeña de tres dedos, porque su sabiduría, bondad y omnipotencia la tienen en este lugar firmemente; y por esto dijo Job (*Iob,* XXVI, 7): que Dios nuestro Señor, *appendit terram super nihilum,* fundó el peso de la tierra sobre nada. De donde sacaré cuánto debo fiarme de la omnipotencia de Dios, pues con solo su querer me puede confirmar y eternizar en el bien, sin que me mueva á un lado ni á otro; y aunque la carga del cuerpo sea pesada, la virtud de Dios puede sustentarla, para que no oprima mi alma, y lo hará si yo me fundo en humildad, *super nihilum,* sobre mi nada, arrojándome totalmente sobre las manos del Señor. Ó Dios todopoderoso, que tienes en peso la tierra, sin estribar en cosa alguna fuera de tí; concédeme que conozca mi nada, para que tú solo seas mi firmeza y en tí esté segura mi virtud.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el abismo de agua ó niebla con que Dios cubrió la tierra en el mismo instante que la crió, de modo que no pudiese ser vista, atendiendo en esto al órden natural que estos dos elementos piden; y representando por aquí el estado

del hombre terreno, el cual está cubierto de miserias y trabajos, figurados por el agua, y tan feo y miserable, que no merece ser visto, hasta que Dios le quite esta cubierta por su infinita misericordia, en la cual confiaré que á su tiempo me librará, diciendo con el profeta Jonás (*Jonas*, II, 6): Cercáronme las aguas, hasta penetrar mi alma; el abismo me rodeó por todas partes, y el piélago cubrió toda mi cabeza; pero tú, Señor Dios mio, me sacarás de este peligro, librando mi vida de la muerte y corrupcion.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la tierra en este instante estaba vana y vacía (*D. Thom.* 1 *p. q.* 66, *art.* 1 *ad* 2; *et q.* 68, *art.* 3), y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo. De suerte, que todo el espacio que habia de la tierra al cielo, ora fuese agua, niebla ó aire, todo estaba en tinieblas y sin luz. En lo cual se ha de ponderar lo primero, la imperfeccion que por entonces tenía la tierra y el agua; porque la tierra estaba como vana, sin tener el fin propio de su creacion, y vacía de arboledas y de moradores, y todo estaba en tinieblas por falta de luz. De modo, que si la tierra y agua tuvieran entendimiento y lengua, clamaran á su Criador, para que les diera la perfeccion que les faltaba. En todo lo cual me puedo considerar á mí mismo, hombre terreno y miserable, concebido en pecado por el pecado de Adan; y así en el principio de mi ser estaba vano y vacío, destituido del fin para que fuí criado; y vacío de la gracia y virtudes, y todo cubierto con horribles tinieblas de ignorancia y culpa. Y esta misma miseria tengo cada vez que caigo en culpa mortal, y pues tengo entendimiento y lengua, he de clamar á mi Criador, para que me libre de ella y perfeccione la obra de sus manos.

2. Y demás de esto, por muy santo que sea, puedo considerar que de mi cosecha soy como tierra vana y vacía, y como abismo cubierto de tinieblas, y acordándome del tiempo que estuve de esta manera, tengo siempre de clamar á Dios, de quien está pendiente mi perfeccion, para que la conserve, y lleve adelante hasta que alcance su fin. Ó Criador mio, tierra soy, vacía de todo bien, sin fruto de buenas obras, y sin el fin que puedo alcanzar por ellas, y sobre todas mis miserias estoy lleno de tinieblas, sin luz para conocer mis males y el remedio de ellos. Acude, Señor, con tu misericordia para sacarme de esta miseria, y pues me has dado el ser que tengo, dame la perfeccion que me falta, para que tu obra sea perfecta en todos los siglos. Amen.

3. Lo segundo, se ha de ponderar las causas misteriosas de esta

diferencia, en la creacion de la tierra y cielo empíreo. Una es, porque la tierra significa lo que tiene el hombre por su naturaleza miserable, que es ser vanidad (*Psalm.* XXXVIII, 6) y tinieblas, y estar vacío de bienes; pero el cielo empíreo significa lo que tiene por la gracia de Dios, que es ser *igneus,* resplandeciente con la luz divina, y ardiente con el fuego de caridad y lleno de virtudes. Además, el cielo empíreo fue criado para ser perpétua morada de los perfectos que han alcanzado su último fin, y por esto se crió con toda su perfeccion, y lleno de innumerables moradores; mas la tierra crióse para morada de buenos y malos é imperfectos, y no para ser morada perpétua, sino de paso, y para caminar en ella á la última perfeccion y premio que se da en el cielo; y para significar esto, en su creacion fue imperfecta y vacía de moradores, y vana sin su fin. De donde inferiré que yo estoy en medió de tierra y cielo, para que entienda que mi cuidado principal ha de ser mirar siempre lo uno y lo otro, lo que tengo de mi cosecha y lo que tengo por divina gracia; el estado presente que tengo de caminante y peregrino en la tierra, y el estado eterno que espero en el cielo; y considerando mi imperfeccion, procuraré caminar, trazando, como dice David (*Psalm.* LXXXIII, 6), subidas y crecimientos en este valle de lágrimas, en el lugar donde Dios nuestro Señor me puso, hasta subir al soberano alcázar de Sion, y al lugar que me tiene aparejado en su cielo empíreo. Ó Dios eterno, pues tus ojos ven todo lo imperfecto que hay en mí (*Psalm.* CXXXVIII, 16), ayúdame para quitarlo, mientras vivo en este lugar donde me has puesto, para que llegue á gozar de tí en el que me tienes aparejado por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como el espíritu del Señor *ferebatur super aquas,* andaba y se movia sobre las aguas, ponderando, lo primero, la presencia del espíritu del Señor, que es el Espíritu Santo, para perfeccionar esta obra imperfecta, andando sobre las aguas, aunque llenas de tinieblas, imprimiéndolas virtud y eficacia para las obras y cosas que de ellas se habian de hacer, en razon de adornar y poblar la tierra. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 66, *art.* 1 *ad* 2; *q.* 74, *art.* 3 *ad* 4). En lo cual se representa cuán propio es del Espíritu Santo socorrer á los necesitados, aunque estén en tinieblas y sombra de muerte, y llenos de muchas imperfecciones, imprimiéndoles con su inspiracion y mocion interior, virtud y eficacia para volverse á Dios y hacerse capaces de su luz y de sus dones, y para ser instrumentos de las obras grandiosas que ha de obrar en ellos. Tambien se representa, como dice la Iglesia (*in be-*

ned. fontis baptismalis), la eficacia y virtud de santificacion que habia de comunicar á las aguas, para limpiar con ellas á los pecadores, y comunicarles la gracia y plenitud de las virtudes; y así con grande afecto invocaré á este soberano Espíritu, diciéndole: Espíritu divino que andabas sobre las aguas aunque tenebrosas, ven á mi alma llena de tinieblas, imprímela el ímpetu de tu santa inspiracion, con la cual se disponga á recibir tu soberana luz y los dones de tu gracia y caridad. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el misterio que tiene aquella palabra *ferebatur*, andaba y se movia sobre las aguas, para denotar que el espíritu divino, aunque en sí mismo es inmutable, y en el cielo, que es lugar de triunfo y premio, está quieto, dándose á ver y gozar con quietud eterna; pero en esta vida siempre anda en continuo movimiento sobre los hombres viandantes, inspirándoles y moviéndoles á la virtud y perfeccion, ayudándoles á ella con su calor y proteccion hasta que lleven el fruto que desea en ellos, porque su andar y mover no es ocioso, sino de suyo eficaz, no porque él se mueva, sino porque nos hace mover á nosotros, sacudiendo nuestra pereza y ociosidad, y haciéndonos caminar al cielo; y esto hace con sus hijos muy queridos. De los cuales dice san Pablo (II *Rom.* VIII, 14): *Qui spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei:* los que son movidos ó impelidos del espíritu de Dios, estos son sus hijos. Ó Espíritu soberano, anda siempre sobre mí alentándome á seguir tu voluntad, para que donde quiera que fuere el ímpetu de tu espíritu (*Ezech.* I, 12), allí camine sin volver atrás de lo comenzado.

3. Tambien tengo de ponderar, como esta palabra, *ferebatur*, denota continuacion y asistencia sobre las aguas, lo cual se declara por la comparacion (*D. Basil. hom.* 2, in hexaemer.) de que los Santos y la Iglesia usan, diciendo, que como la gallina está sobre los huevos vivificándolos con su calor para sacar los pollos; así el Espíritu Santo asistia con su virtud sobre las aguas, para producir de ellas los vivientes, y asiste y preside con su proteccion sobre las almas, para vivificarlas con su gracia, y para que lleven frutos de obras vivas; y nunca se aparta de ellas, si ellas no le echan de sí; y entonces nos sucede lo que á los huevos que desampara la gallina, que se hacen güeros, y no valen para otra cosa que para el muladar. Por tanto, alma mia, mira lo que haces y lo que piensas, porque no se aparte de tí el divino Espíritu, en cuya presencia consiste tu vida, y por cuya ausencia te vendrá la muerte; asiste con gran continuacion y cuidado á su servicio, para que él asista con gran per-

severancia á tu remedio. Ó Espíritu divino, de tí ha de comenzar mi bien, porque tú presides sobre todo lo que es bueno; no permitas que yo me aparte de tí, para que nunca te apartes de mí. Amen. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 45, *art.* 6).

4. Últimamente, ponderaré los nombres con que la divina Escritura llama aquí al Criador (*Ioan.* VIII, 28. *El Hebreo dice: In principio Dii creavit,* para denotar la trinidad de personas con unidad de esencia y de virtud en obrar); es á saber: Principio, Dios, Espíritu y Señor; es Principio, porque da ser á todas las cosas; es Dios, por la autoridad y potestad con que las gobierna; es Espíritu, porque las perfecciona, y da vida á las que son capaces de ella; y es Señor, porque las crió. Demás de esto, como toda la santísima Trinidad hizo esta obra, el Hijo se significa por el nombre de Principio, porque con su sabiduría dió principio á la traza de todo lo que se crió. El Padre se queda con el nombre de Dios, por la omnipotencia que tiene de sí mismo, sin recibirla de otra persona. El Espíritu Santo se llama Espíritu, por el oficio que hizo de vivificar y perfeccionar las criaturas con su bondad, aunque todos tres lo hicieron todo, y á todos tres conviene el nombre de Señor, por el señorío que tiene sobre las criaturas, por título de la creacion; así entonces, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 1 *p. q.* 13, *art.* 7), tomó Dios el nombre de Señor, y la posesion de su señorío, porque entonces comenzó á tener criaturas, esclavos y criados de quien fuese Señor y á quien pudiese mandar. Por lo cual le daré el parabien de este nuevo nombre con un corazon muy agradecido. Ó Dios eterno, cuyo señorío, cuanto á la potestad, es eterno; gracias te doy, porque te dignaste de criar tantas criaturas, de las cuales fueses legítimo Señor. Gózome de que seas Señor nuestro, Señor de todos los señores, y único Señor de quien todo señorío procede. Y pues eres mi Señor, mira por mí que soy criatura tuya; toma posesion de mí, de modo que como fiel siervo siempre me ocupe en servirte á tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL PRIMER DIA.

PUNTO PRIMERO. — *De la luz.* — 1. *Dijo Dios: Hágase la luz, y fue hecha la luz; y vió Dios á la luz que era buena, y dividióla de las tinieblas; y á la luz llamó dia, y á las tinieblas noche.* (*Genes.* I, 3;

D. Thom. 1 *p. q.* 67, *art.* 4.) Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, viendo las tinieblas en que estaba el mundo, para perfeccionarle hizo ante todas cosas la luz, como quien enciende una hacha en una casa muy oscura, para que pueda entrar gente dentro de ella; ponderando cuán miserable estuviera el mundo sin esta luz corporal, y cuántos bienes trae consigo, porque ella descubre las obras de Dios, y las cosas hermosas y vistosas del mundo. Sin ella no podemos ver ni andar, ni hacer convenientemente las obras corporales. Es causa de grande alegría en todos los vivientes, y con ella se causan grandes influencias y virtudes para su conservacion; por todo lo cual, viendo Dios la luz, dijo que era buena y muy conveniente para el fin del universo, y muy provechosa para todos los vivientes. De donde tomaré motivos para dar gracias á Dios por este beneficio de la luz; y cada dia que sale el sol, y de nuevo causa la luz, alabaré al Criador por ella, y porque me dió ojos para verla y gozarla, y por la alegría que con ella recibo, acordándome de lo que dijo el ciego Tobías (*Tob.* v, 12): ¿Qué gozo puedo tener estando en tinieblas, sin ver la luz del cielo? Tambien sacaré propósitos de aprovecharme de esta luz, para el fin que Dios la crió, para ver sus obras, y glorificarle por ellas, condoliéndome de los pecadores que aborrecen cosa tan buena para pecar mas á sus anchuras, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* III, 20): El que hace mal, aborrece la luz, porque no se sepan sus obras.

2. *De la luz espiritual.*—De aquí subiré á considerar la excelencia de la luz espiritual, con que Dios perfecciona las almas que viven en tinieblas, y en oscuridad y sombra de muerte, y de sí no tienen otra cosa que tinieblas de ignorancia y culpa; la cual luz comunica Dios con grande gusto, porque gusta de que todos le conozcan, y vean sus gloriosas obras, y con ella vean lo que han de hacer, y cómo le han de servir y han de caminar á la vida eterna (*Psalm.* IV, 7); y por medio de esta luz les comunica influencias celestiales de gracias y virtudes, y llena sus corazones de alegría. Por lo cual, viendo Dios esta luz, dice que es buena, y con excelencia buena, con todo género de bien honesto, útil y deleitable, porque es muy conveniente para el fin sobrenatural de la gracia, es principio de las virtudes, provechosa para todas las buenas obras, y deleitable en el ejercicio de ellas; y si tantas gracias debo á Dios por la luz corporal, ¿cuánto mayores las he de dar por esta luz espiritual, que es incomparablemente mejor? Ó Padre de las lumbres,

de quien todas proceden, gracias te doy por estas dos luces que hiciste para alumbrar mi cuerpo y alma; alabado seas mil veces por la luz corporal con que veo todas las cosas visibles, y millones de veces seas glorificado por la luz espiritual con que veo las invisibles. (*Psalm.* XVII, 29; *Ecclesia*, *in hymno Laud. fer.* II). Mira, Dios mio, la oscuridad de mi alma, compadécete de ella, y pues tú eres la fuente de la luz, alumbra con ella mis tinieblas. Ó resplandor de la gloria del Padre, Luz de quien procede la luz, Luz de luz, Fuente de la luz, y Dia que alumbras el dia, sácame de las tinieblas en que estoy, y hazme hijo perfecto (*Ephes.* V, 8) de la luz. Convierte mi noche en dia, para que camine creciendo como la luz de la mañana, hasta el dia (*Prov.* XIV, 18) perfecto de tu eternidad. Amen.

—Al modo de este coloquio, sacado en parte de un himno de la Iglesia, se pueden hacer otros, tomados de los mismos himnos que se cantan en los Maitines y Laudes, y Vísperas de las ferias, los cuales están llenos de afectos y alabanzas de esta luz.—

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo que tuvo Dios en hacer la luz, ponderando tres cosas.-La primera, que hizo la luz el primer dia, porque la luz corporal, con su presencia, es causa del dia, y sin ella no hay dia; y la luz espiritual es la primera perfeccion, y como primicias de la perfeccion cristiana, sin la cual no hay dar paso en ella, porque, como dice David (*Psalm.* CXXVI, 2): Vana cosa es levantarse antes de la luz. Y así tiene cuidado Nuestro Señor de prevenirnos al principio de la vida, y cuando estamos en tinieblas, con alguna ilustracion y rayo de su clarísima luz, para que podamos caminar y trabajar en su servicio. Ó luz verdadera que alumbras á todo hombre (*Ioan.* I, 9), que por el uso de la razon entra en este mundo; previéneme con tu luz, para que te conozca y ame, ayudándome á prevenir la luz del sol (*Sap.* XVI, 28), para que ocupe la primera parte del dia en adorarte y bendecirte, por la grandeza de las misericordias con que me previenes para remediar mis miserias.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que Dios nuestro Señor en este primer dia solamente hizo la luz, aunque pudiera hacer otras muchas cosas; pareciéndole bastante empleo de aquel dia sola esta obra, y que la luz hiciese su curso por el hemisferio del mundo, desterrando las tinieblas y haciendo entero el dia. Con lo cual significaba la estima que tenia de la luz, y la que nosotros debemos tener de la luz espiritual, ocupándonos totalmente en procurarla, y gastando á veces algun dia entero, ó alguna hora del dia, en

atender á solo esto, dando de mano á otras ocupaciones, hasta cumplir nuestra tarea enteramente, y perseverando en esto hasta el fin, como persevera este curso de la luz todos los dias. Ó Sabiduría divina, que saliste de la boca del Altísimo, primogénita antes de todas las criaturas, y despues hiciste que naciese en el cielo una luz perpétua que nunca faltase (*Eccli.* XXIV, 5); comunícame parte de tu soberana luz, con tanta firmeza, que nunca desfallezca, hasta que la reciba cumplida en tu eterna gloria. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar cómo toda la santísima Trinidad, con su imperio amoroso, y con grande gusto, hizo esta luz, y se agradó de ella. Lo cual denotan aquellas palabras de la Escritura: *Dijo Dios: Hágase la luz.* Esto es, dijo el Padre por su Hijo, que es su palabra eterna: Hágase la luz, y al punto quedó hecha. Y viendo con su sabiduría que era buena, con su espíritu de amor la aprobó y se agradó de ella; y como es propio de la bondad comunicarse, quiso que la luz se fuese comunicando por el hemisferio del mundo, como está dicho. Ó Trinidad beatísima, gózome del buen agradamiento que tienes en la luz criada, por el gusto que te da la luz increada. Ó Padre soberano, por el amor que tienes á tu Hijo te suplico digas dentro de mi alma, *Fiat lux*, hágase aquí la luz, porque luego se hará; y hazla, Señor, de manera que me santifiques, para que tu Santo Espíritu venga con ella, y more en esta casa de su luz por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como Dios dividió la luz de las tinieblas, y á la luz llamó dia, y á las tinieblas noche, queriendo que en la tierra hubiese sucesion de luz y tinieblas, de dias y de noches, para que los hombres trabajasen de dia con la luz, y descansasen de noche con las tinieblas, cesando del trabajo para dar alivio al fatigado cuerpo. En lo cual se descubre la suave providencia de este Señor, que así proveyó lo conveniente para nuestros cuerpos. Por lo cual le debo dar gracias, así por la luz, como por las tinieblas, convidándolas á que alaben á Dios con aquellas palabras del cántico (*Dan.* III, 72): *Benedicite lux et tenebrae Domino*, etc. Bendecid al Señor, la luz y las tinieblas, los dias y las noches; alabadle y glorificadle por todos los siglos. Amen.

2. Pero subiendo de aquí á contemplar lo espiritual, ponderaré la diferencia que hay entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra, porque Dios nuestro Señor, como dice san Juan (*Ioan.* I, 9), es la misma luz, sin que haya en él tinieblas (1 *Ioan.* I, 5); y los bienaventurados en el cielo, por la participacion de su gracia, siempre

son luz sin mezcla de tinieblas. Y en el cielo, como se dice en el Apocalipsis (*Apoc.* XXI, 25), no hay sucesion de noches y dias, porque allí no hay noches; pero en la tierra hay de todo, con mucha sucesion y division. Porque lo primero, unos hay buenos que viven como hijos de la luz, y como quien anda de dia; otros son malos, que viven como hijos de tinieblas, y como quien anda de noche; y uno mismo en un tiempo es hijo de luz y en otro de tinieblas: y Dios divide á estos, aprobando los unos y reprobando los otros. Porque, como dice san Pablo (II *Cor.* VI, 14), no conciertan bien, ni puede tener compañía luz con tinieblas. Por tanto, alma mia, mira cómo vives, y allégate al bando de los hijos de la luz, para que cuando venga el supremo Juez á dividirlos de los hijos de las tinieblas, te quepa su dichosa suerte, gozándote con ellos en la eterna gloria. Amen.

3. Demás de esto, en la tierra hay gran division de luz y tinieblas, de dias y noches en varios hombres, aunque sean justos, y en uno mismo en diversos tiempos, porque ya está en prosperidad, ya en adversidad; ya en honra, ya en deshonra; ya en devocion de espíritu, ya en sequedad de corazon; ya con grandes ilustraciones interiores, ya con grandes tinieblas y falta de ellas. Y esta division hace Dios para ejercicio de sus escogidos, y la aprueba y se agrada de ella, porque conviene esta sucesion de la luz y tinieblas para el bien de su alma; y así me tengo de alegrar de ella, y darle gracias por lo uno y por lo otro, pues su providencia lo trazó para darme por este camino la eterna luz de su bienaventuranza. Ó Padre soberano que con tu palabra apartaste la luz de las tinieblas, alumbra nuestros corazones, de modo que alcancemos la luz de la ciencia y claridad divina que resplandece en el rostro de tu Hijo (II *Cor.* IV, 6), imitando aquella claridad de su vida, para que despues gocemos de su gloria. Amen.

4. Finalmente, ponderaré que pues Dios puso nombre á la luz y á las tinieblas, llamando á la luz dia, y á las tinieblas noche; yo estoy obligado á conformarme con los nombres que de tal sabiduría procedieron, teniendo por luz y por dia, y por virtud, y santidad y prosperidad á lo que Dios tiene por tal, y llama por tal nombre; y de la misma manera teniendo por tinieblas y por noche, y por vicio, y culpa y adversidad á lo que Dios pusiere tal nombre, porque no me comprenda la miserable amenaza del Profeta, que dice (*Isai.* V, 20): ¡Ay de los que llamais bien al mal y mal al bien, confundiendo las tinieblas con la luz, y la luz con las tinieblas! Ó luz inmensa,

alumbra nuestros corazones con la luz de la ciencia y claridad que resplandece en el rostro de Jesucristo (II *Cor.* IV, 6), para que nuestro sentir, hablar y obrar sea en todo conforme al suyo, pues quien le sigue no anda en tinieblas, sino siempre tendrá luz de vida, gozando con él de su eterna gloria. Amen.

MEDITACION XX.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL SEGUNDO DIA.

PUNTO PRIMERO. — *Del elemento del aire.* — 1. *Dijo Dios: Hágase el firmamento en medio de las aguas, y divida unas aguas de otras; é hízose así. Y llamó Dios al firmamento cielo.* (*Genes.* I, 6; *D. Thom.* 1 *p. q.* 68). Lo primero, se ha de considerar como el segundo dia Dios nuestro Señor hizo ó perfeccionó el firmamento, que es todo lo que ahora hay desde la tierra y agua hasta el cielo, que se crió al principio, que por lo menos es la region del aire. En lo cual he de ponderar la grandeza de este beneficio, por los grandes bienes que nos vienen con el elemento del aire; porque con él respiramos y vivimos; dentro de él andamos siempre; por el aire vienen las especies de las cosas que ven los ojos, los sonidos, músicas que oyen los oidos, y los olores suaves que percibe el olfato; por el aire bajan del cielo la luz y las influencias de los planetas, las lluvias, nieves y rocíos; por el aire andan los vientos y las nubes, y de él se hacen muchas cosas necesarias para nuestra vida. Por todo lo cual tengo de dar gracias á Nuestro Señor con grande afecto, y á cada respiracion que hago, atrayendo el aire fresco, habia de respirar otro afecto de alabanza y amor. Unas veces provocaré á mis ojos, oidos y olfato, y á mi corazon y entrañas, que alaben á Dios por este beneficio del aire de que gozan, y por medio del cual viven y hacen sus obras. Otras veces provocaré al mismo aire, y á todas las cosas que vienen y andan por él, para que glorifiquen á su Criador.

2. Tambien puedo ponderar el secreto de este nombre firmamento, porque no era mucho llamar firmamento á los cielos, que, como se dice en el libro de Job (*Iob*, XXXVII, 18), son macizos y fundidos como el bronce; pero siendo el aire la cosa mas fácil de moverse y alterarse que hay en la tierra, para muestra de la divina omnipotencia, se llama firmamento, por la firmeza y estabilidad que

tiene en permanecer, y en hacer los oficios para que Dios le crió, de dividir las aguas y de henchir todos los vacíos, y darnos á todos vida con permanencia, sin que jamás falte aire para respirar. Ó Dios omnipotentísimo, gózome de esta muestra que das de tu admirable omnipotencia, juntando tanta mutabilidad con tanta firmeza. Junta, Dios mio, con mi mudable naturaleza, la firmeza que procede de tu soberana gracia, para que perseverando en hacer lo que me mandas, llegue á gozar del premio que me prometes por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. -*De las nubes.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar, como Dios nuestro Señor dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima de él (*Psalm.* CXLVIII, 4; *Dan.* III, 60), ora sea algunas aguas que tenga Dios sobre los cielos para los fines que su eterna sabiduría sabe, ora sean los vapores ó aguas de las nubes que andan en este firmamento y region del aire, y se convierten en lluvias. Y hablando de estas que percibimos con el sentido, para considerar el grande beneficio que nos hace Nuestro Señor con ellas, ponderaré la providencia de este Señor, la cual resplandece aquí en muchas cosas. -Lo primero, en que viendo ser necesario dividir las aguas que cubrian la tierra, para que parte de ella quedase seca y habitable de animales y hombres, quiso en este segundo dia hacer primero otra division de las aguas, dejando las mas gruesas y terrestres sobre la tierra, y levantando de ellas otras mas sutiles y delicadas en la region del aire, que son las nubes, para humedecer á sus tiempos la tierra seca y fertilizarla (*Iob,* XXXVIII, 27), de modo que lleve sus frutos.

2. Y de aquí es, que con su providencia las gobierna y reparte, llevándolas por el aire á donde quiere para bien de los hombres, usando de esta misericordia en tiempo que clama su necesidad por ella. Y por esto se dice en Job (*Iob,* XXXVII, 11): Que el trigo desea las nubes, las cuales van rodeando el mundo á donde quiera que las lleva la voluntad de Dios, que las gobierna, haciendo todo lo que les manda en la redondez de la tierra, ó en una region especial, ó en la tierra propia donde se levantaron, ó en otra muy distante, y en cualquier lugar donde su misericordia quisiere que se hallen. Y es tan grande la misericordia y amor que en esto muestra, que él mismo se quiso llamar padre (*Iob*, XXXVIII, 28) de la lluvia y del rocío; porque con amor de Padre la envia sobre la tierra para beneficio de los que moran en ella. Ó Padre de misericordias, gracias inmensas te doy, porque te llamas tambien Padre de las lluvias (*Matth.*

v, 15), repartiéndolas con amor de padre, no solamente sobre la tierra de los justos, sino tambien sobre las que poseen los pecadores. Derrama sobre mi alma la lluvia de tu gracia para que no sea ingrato á tan soberana misericordia, sino siempre te alabe, ame y sirva por ella. Amen.

3. Lo tercero, resplandece la omnipotencia y providencia de Dios, en que por una parte sustenta en el aire tanta inmensidad de nubes cargadas de agua; y por otra parte, cuando caen no bajan de un golpe, sino poco á poco para que rieguen y se empapen en la tierra. Y como dice Job (*Iob,* XXVI, 8): Dios es el que ata las aguas en sus nubes para que no bajen abajo todas juntas (*Iob,* XXXVIII, 25); y cuando bajan con ímpetu, Dios es el que se le da; y cuando van goteando, Dios es el que cuenta todas sus gotas (*Eccli.* I, 2), señalando el lugar donde han de caer. ¡Oh Omnipotencia sapientísima! Ó Sabiduría omnipotentísima, alábente las nubes y las lluvias, y las gotas del rocío te glorifiquen para siempre por el ser que les das, y por el modo con que las distribuyes sobre la tierra. Y pues todo es para bien de los hombres, todos te glorifiquen y sirvan por este beneficio que de tí reciben. Amen.

4. Lo cuarto, ponderaré como tambien las nubes por la providencia de Dios nos sirven de toldo para templar los ardores y resplandores del sol, recibiendo de él la luz, y dándonosla mas templada y moderada. Por lo cual tambien se dice en Job (*Iob*, XXXVII, 11), que el trigo desea las nubes, y ellas esparcen su luz y su lluvia, con la cual templan los ardores y calores de la tierra. Todos estos beneficios tuvieron principio en lo que hizo Dios este segundo dia: pues cada dia los recibimos y gozamos de nuevo, cada dia hemos de alabar y servir á Dios por ellos.

PUNTO TERCERO. – *Como el alma santa es cielo.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor llamó cielo á todo el firmamento, aun por la parte que abraza el aire, por la semejanza que tiene el aire con los cielos, en estar levantado sobre nosotros, y ser transparente, y sujeto en que se recibe la luz, y otras calidades que causan los cielos. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 68, *art.* 4). Pero levantando el espíritu á contemplar el misterio de las obras de este segundo dia, consideraré en ellas las propiedades del alma, á quien Dios nuestro Señor hace su cielo por la santidad, la cual despues que ha recibido de su omnipotencia la luz con que se perfecciona el entendimiento, recibe la firmeza y estabilidad de la gracia, y virtudes celestiales con que se perfecciona la voluntad y corazon: de modo

que quien era mudable por su condicion, sea firme y estable por la proteccion de Dios.

2. *Lluvias de consuelo.*—De aquí procede la division de las aguas, que son las aficiones é inclinaciones, las cuales solian estar mezcladas y confundidas, pero con la divina gracia se apartan y dividen, y las aficiones de las cosas de la tierra quedan en su lugar inferior, sujetas al espíritu, y las aficiones de las cosas del cielo suben al lugar superior presidiendo sobre la carne; y aunque hay guerra entre carne y espíritu, como dice san Pablo (*Galat.* v, 17), pero vence el espíritu y queda en superior lugar, porque la gracia de Dios es su firmamento y fortaleza, que divide con firmeza las aficiones del uno y del otro; pero de las aguas superiores del espíritu bajan de cuando en cuando lluvias que riegan la tierra seca y estéril de la carne, para que lleve frutos de buenas obras, y para que corazon y carne se alegren en Dios vivo (*Psalm.* LXXXIII, 3), de quien el bien de ambos procede. Ó Dios eterno, ¿cómo no te amaré por tantos bienes como de tí recibo? ámete yo, fortaleza mia, refugio mio y firmamento mio (*Psalm.* XVII, 2): séame tu gracia firmamento, con la cual firmemente aparte lo precioso de lo vil (*Ierem.* XV, 19), para ser amigo muy privado tuyo. Envia del cielo la lluvia de tu celestial doctrina, y el rocío de tu dulce sabiduría, para que empapado con este riego soberano, lleve frutos de santas obras que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

3. Últimamente, ponderaré la causa por que Nuestro Señor no alabó la obra de este dia, diciendo que era buena, como lo dijo de la obra del dia pasado y de los siguientes.-La principal fue, porque Dios no alaba, ni se agrada del todo en las obras, hasta que están perfectas y acabadas. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 74, *art.* 3 *ad* 3). Y como la division de las aguas se comenzó en este dia y no se acabó hasta el dia siguiente, por esto no dijo que era buena hasta el tercero dia, cuando estaba acabada. Con lo cual me avisa que procure la entereza y perfeccion de mi vida y de mis obras, pues en sus ojos no es tenida por buena y perfecta la obra que tiene buen principio, si tiene mal fin, ni se salvará quien bien comienza, sino quien bien acaba, y el que persevere hasta el fin será salvo. (*Matth.* x, 22).

4. Esto puedo ponderar mas, si se admite lo que dicen algunos doctores (*Albert.* 2 *à* 3; *Dion. Cart. ibi q.* 6, *mag. hist. in suo Gen. c.* 4, *dicit esse traditionem Hebr.*), que en este dia segundo, que es el lunes, pecaron los malos Ángeles, y los apartó Dios de los buenos, dejando á los buenos sobre el firmamento, y á los malos debajo

en el abismo, gimiendo como los gigantes (*Ioan.* XXVI, 5) debajo de las aguas. Y por esta causa dicen que Dios nuestro Señor no llamó bueno á lo que se habia hecho este dia, atendiendo á la maldad y pecado que tuvo principio en él por los demonios, que comenzaron bien y acabaron mal, porque no perseveraron en la verdad (*Ioan.* VIII, 44) y luz que habian recibido. De este ejemplo tomaré aviso para temer de mi flaqueza mirando á los Ángeles malos, y para confiar en la virtud de Dios mirando á los buenos. Y en este dia alabaré á Dios por la merced que les hizo en darles perseverancia, y me gozaré con ellos de la gloria que alcanzaron, suplicándoles sean mis defensores contra los demonios, y mis abogados con Dios, para que él sea mi fortaleza, mi perseverancia y corona por todos los siglos. Amen.

5. Tambien puedo ponderar otra causa mística, de no haber dado Dios su bendicion al segundo dia (*D. Thom. ubi supr.*), porque era principio de la division en los dias, y señal de la desunion, que es contraria á la unidad ó union que es propia de la caridad; la cual le agrada mucho, y derrama su bendicion sobre los que la abrazan, y niégala á los que la aborrecen y se apartan de ella. Y así dijo David (*Psalm.* CXXXII, 1): ¡Oh cuán bueno es y cuán alegre vivir los hermanos en union! porque en ella puso Dios su bendicion, la vida sempiterna. Y siendo esto así, razon es que yo escoja este uno necesario (*Luc.* X, 42), para que llegue á gozar de aquel único dia, que, como dice el mismo David (*Psalm.* LXXXIII, 11), se goza en la casa de Dios, y vale mas que millares fuera de ella, huyendo de la division fraterna, que priva de la bendicion divina.

MEDITACION XXI.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL TERCER DIA.

PUNTO PRIMERO.—*De las aguas del mar.*— 1. *Dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar, y descúbrase la tierra, y así se hizo. A lo seco llamó tierra, y á la congregacion de las aguas llamó mar; y viendo que era bueno, dijo: Brote la tierra yerba verde que lleve semilla, y árboles fructuosos que lleven fruto segun su especie, cuya semilla en ellos mismos permanezca sobre la tierra: é hízose así.* (*Genes.* I, 9; *D. Thom.* 1 *p. q.* 69, *art.* 1).—Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor el tercer dia, viendo que la tierra estaba cubierta de agua, juntó las aguas que estaban debajo del cielo, en un lugar, descubriendo su omnipotencia en muchas cosas

maravillosas.–Lo primero, en que con ser estas aguas inmensas, con solo su imperio, en un momento ó en tiempo brevísimo las recogió todas en un lugar anchísimo y extendidísimo, que se divide en otros muchos que llamó mares; y todas ellas llevadas por su omnipotencia se juntaron cada una en su lugar brevísimamente, sin resistencia, obedeciendo al divino imperio. Y así dice David (*Psalm.* CIII, 6): El abismo de las aguas cubria la tierra como vestidura; pero con tu imperio huyeron, y con tu voz como de trueno se espantaron. ¿Qué fuera ver en este dia huir con increible presteza la inmensidad de las aguas al lugar que Dios las tenia señalado? Unas fueron al Océano, otras al Sur, otras al Mediterráneo, y otras á otros mares. Ó Dios omnipotentísimo, pues tan poderoso es tu imperio, recoge las aguas de mis aficiones y pensamientos que andan derramados por toda la tierra, y ponlos en un lugar señalado por tu voluntad, de modo que nunca se aparten de ella.

2. *Dechado de perfecta obediencia.*—Pero en esto mismo resplandece tambien la omnipotencia de Dios nuestro Señor, porque teniendo las aguas natural inclinacion á estar encima de la tierra, como en su lugar natural, cercándola por todas partes, como el aire cerca la tierra y agua, sin embargo de esto, en oyendo el divino imperio dejan este lugar y se van á las concavidades y honduras que Dios les señaló, y allí están sin repugnancia alguna, por el bien comun y universal de las demás criaturas, teniendo por propio el bien comun, y quietándose en el lugar que les dió el Criador. Ó alma mia, aprende á obedecer á tu Criador por este nobilísimo ejemplo que te da su criatura; niega tu inclinacion propia por hacer la voluntad divina, y deja tu provecho temporal por acomodarte al bien de tus hermanos. Ó Dios de mi alma, ponme en cualquier lugar que quisieres, que en este descansará mi corazon. Si me quitares el lugar anchuroso y alto en que me habias puesto, y me mandares recoger á otro estrecho y bajo, eso quiero yo, porque gusto dejar mi inclinacion por seguir la tuya, y la tuya será la mia. No quiero mi provecho solo (I *Cor.* x, 33), sino el comun de mis hermanos; y de buena gana cederé á mi derecho, por el bien de ellos, pues el bien de todos será mio, obedeciéndote á tí, cuya hechura somos todos.

3. Lo tercero, resplandece la omnipotencia de Dios altísimamente en tener á raya estas aguas del (*Prov.* VIII, 29; *Psalm.* CIII, 9) mar en el lugar donde las puso, sin que jamás puedan salir de él, ni traspasar los límites y términos que les tiene señalados: y con tener grandes

menguantes y crecientes, maravillosos flujos y reflujos, horribles olas y tempestades, todo para dentro del término de la arena que Dios les señaló, y de esto se precia el mismo Dios, diciendo á Job (*Iob*, XXXVIII, 8): ¿Quién otro que yo puso el mar entre puertas, cuando salió con gran ímpetu del abismo de mi omnipotencia? Yo le cerqué con mis límites, y le puse puertas con cerrojos, diciendo: Hasta aquí llegarás, sin pasar mas adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas.

4. De esta consideracion no solamente sacaré admiracion de la omnipotencia de Dios, sino temor grande de no ofenderle, acordándome de lo que dice por Jeremías (*c.* v, 22): ¿Á mí no temeréis, dice el Señor, y en mi presencia no os doleréis de vuestra mala vida? Yo soy el que puse á la arena por término del mar, con un precepto sempiterno que siempre guardará; alterarse han las aguas, y no podrán ir contra él: levantarse han las olas, y no le traspasarán. Ó Dios omnipotente, ¿quién no temerá ofenderte, y quién no se dolerá de haberte tantas veces ofendido? Cerca, Señor, este mar de mi corazon con la cerca de tu proteccion, y ciérrale con las puertas y candados de tu santo temor, para que nunca traspase los preceptos que me has puesto, ni las olas de mis pasiones le saquen del lugar que me tienes señalado.—Tambien sacaré de aquí afectos de confianza en la omnipotencia de Dios, el cual, como dice Isaías (*Isai.* XL, 12), tiene las aguas en un puño, y las aprieta y hace estar á raya, aunque sean deleznables, y aunque fuese así como dicen muchos santos, que el mar en algunas partes está mas alto que la tierra, para que yo confie, que aunque me deslice como agua, y la inclinacion de mi carne me lleve á salir del lugar donde Dios me ha puesto, él me conservará y tendrá á raya, para que cumpla siempre su santa voluntad.

PUNTO SEGUNDO.—*De los montes y valles.* — 1. Lo segundo, se han de considerar las maravillas que hizo Dios este dia en la tierra, para recoger las aguas y acomodarlas á los vivientes. Porque primeramente con su imperio en un momento revolvió y conmovió gran parte de la tierra, que era esférica y redonda, haciendo hondísimas concavidades donde recoger las aguas, y levantando altísimos montes que fuesen como muros, con la notable variedad de llanuras, collados, valles y puertos que ahora tiene, obedeciendo la tierra en todo el divino imperio: por lo cual dice David (*Psalm.* CIII, 8): Suben los montes, y bájanse los campos al lugar que tú les señalaste. De donde sacaré los mismos afectos de admiracion, obediencia, temor y

confianza, temblando de este Señor tan poderoso, que, como dijo Job (*Iob,* IX, 5): Trastorna los montes de repente, primero que lo sepan los que quiere hundir con su furor; mueve la tierra de su lugar, y hace temblar sus colunas y cimientos. Pero no menos confiaré en la palabra de este poderoso Dios, que dijo (*Matth.* XVII, 19): *Si tuviéredes fe como un grano de mostaza, y dijéredes á un monte, pásate de aquí allí, luego se hará, y ninguna cosa os será imposible,* porque la omnipotencia de Dios que puso los montes en el lugar que tienen, puede facilísimamente mudarlos de este á otro.

2. Lo segundo, ponderaré la omnipotencia de Dios en dejar la tierra tan seca y enjuta, que la llamase *árida.* (*Genes.* VIII), sin detenerse muchos dias en esto, como en tiempo del diluvio, y sin ser menester vientos que la secasen, como secaron en una noche el suelo que dejó descubierto (*Exod.* XIV, 21) el mar Bermejo, porque la virtud de Dios por sí sola la secó en un abrir y cerrar de ojo. Ó Espíritu divino (*Deut.* IV, 24), que eres fuego que consume y viento que abrasa; consume en mi carne las humedades de mis aficiones terrenas, y abrasa mi corazon con el amor de tus virtudes celestiales, para que el demonio, amigo de lugares húmedos y enemigo de los secos (*Matth.* XII, 43), no halle posada en mi alma, tomando tú posesion de ella.

3. *De las fuentes y rios.*—Lo tercero, ponderaré como Dios nuestro Señor con admirable providencia, de tal manera recogió las aguas al mar dejando la tierra seca, que juntamente dejó en ella muchas aguas dulces, de rios y fuentes, repartidas por varios lugares, haciendo para esto sus concavidades y canales en ella, y unas como venas dentro de sus entrañas, por las cuales pasase el agua que salia del mar, en el cual, como dice el Eclesiastés (*c.* I, 7), entran los rios para salir otra vez de él: en lo cual se han de ponderar algunas cosas maravillosas.-La primera es, la muchedumbre de estos rios y fuentes, y pozos tan acomodados á cada lugar de la tierra, y en los mas altos montes y peñas, de donde van destilando y cayendo á los valles.-La segunda es, la perpetuidad y continuacion; porque corriendo siempre, y por tantos años, no ha faltado ni faltará nueva agua que siempre corra y nunca pare.

4. La tercera es, la dulzura de estas aguas, siendo las del mar, de donde muchas de ellas salen, muy amargas, porque la omnipotencia del Criador, colándolas por los poros de la tierra, convierte su amargura en dulzura, para que se vea cuán fácil le es á Dios mudar un contrario en otro, y convertir lo amargo en dulce al que

le sirve de veras.-La cuarta es, la utilidad grande que tienen estas aguas para regar y fertilizar la tierra, de modo que tenga agua del cielo, y agua de las fuentes y pozos que están en ella. Además, á los hombres y á los vivientes son muy necesarias para su bebida y conservacion de su vida, para lavarse y bañarse, y resistir al calor del fuego, sin otras admirables propiedades que tienen las aguas de las fuentes para sanar los cuerpos de muchas enfermedades. Todo esto hizo nuestro gran Dios este dia, con providencia de Padre, por la cual le debemos dar continuas gracias cada véz que usamos de este beneficio, y convidar al mar y tierra, á los montes y collados, á los rios y fuentes que alaben y glorifiquen á su Hacedor. (*Dan.* III, 74).

5. *De las minas y metales.*—Lo cuarto, ponderaré como Nuestro Señor en este mismo dia dispuso la tierra de tal manera, que cierta parte fuese gruesa y muy á propósito para las plantas y arboledas que pensaba hacer, y otra parte fuese como mina, en la cual se engendrasen el oro y plata, hierro, azogue y otros metales, y mixtos necesarios para el uso y servicio de los hombres, repartiendo estas minas por diversos lugares de la tierra, dispuestos para esto, como dijo Job (*Iob*, XXVIII, 1), y es creible que los hizo Dios luego; por lo cual tambien debo dar muchas gracias al Criador, que tan cuidadoso fue en proveernos de estas cosas, sin las cuales no pudiéramos pasar sin mucho trabajo; y así cada vez que uso de ellas he de glorificar al que me las dió. Pero he de ponderar que la divina Escritura no hace aquí mencion de la creacion de estos metales, como ni de otras cosas ocultas (*D. Thom.* 1 *p. q.* 69, *art* 2 *ad* 2): y quizá la causa mística es, para enseñar á los hombres el poco caso que han de hacer de estas riquezas temporales en comparacion de las celestiales, contemplando como son parte de la misma tierra, y de tan poca estima que su Hacedor, contando las cosas que habia criado, no quiso ponerlas en esta cuenta: y los que con demasía las estiman, caerán en la maldicion que profetiza David contra los malos, diciendo (*Psalm.* XVI, 14): Apártalos, Señor, en su vida de los pocos, porque llenaron su vientre de tus cosas escondidas; esto es, apártalos del número de tus escogidos, porque hartaron su codicia con los tesoros que criaste en lo escondido de la tierra. Ó Dios eterno, que criaste el oro y plata, y los demás metales para mi provecho, no permitas que con mi mal uso los convierta en mi daño: no sea instrumento para ofenderte, lo que debe serlo para servirte y alabarte. Amen.

PUNTO TERCERO.-*De las plantas y árboles.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor en apartando las aguas de la tierra, dando por buena esta division porque estaba ya perfecta y acabada, dijo luego (*Genes.* I, 11): Brote la tierra yerba verde, etc. En lo cual resplandecen dos cosas señaladas.-La primera, que aunque parecia bastante obra para este tercer dia haber apartado las aguas de la tierra; como Nuestro Señor vió que la tierra descubierta quedaba fea y muy imperfecta, no quiso que durase todo aquel dia en esta imperfeccion y fealdad, dilatando para el siguiente el perfeccionarla y hermosearla, sino luego comenzó á vestirla y cubrirla con el adorno que habia de tener. En lo cual se nos representa la providencia de Dios con sus criaturas, y la gana que tiene de perfeccionarlas; porque como quitó á la tierra una vestidura ó cubierta que la afeaba y hacia invisible, y la dió luego otra que la hermoseó é hizo muy vistosa, sin querer que ni por un breve tiempo estuviese desnuda; así tambien su deseo es desnudarnos la vestidura del hombre viejo que nos hace feos, aborrecibles é indignos de que nos mire y nos miren sus Ángeles, y luego quiere vestirnos la vestidura nueva de su gracia y virtudes, para que seamos hermosos y agradables á sus ojos. Y en esto desea que no haya dilacion de nuestra parte, procurando no dejar para el dia de mañana lo que podemos hacer en el presente.

2. La segunda cosa es, que no quiso criar de nada las plantas y árboles que habian de adornar la tierra, aunque le fuera fácil el hacerlo, sino quiso que la misma tierra le ayudase á ello, y por esto dijo: *Germinet terra:* la tierra brote y produzca yerba, etc. Y así fue, porque siendo Dios el principal hacedor, la tierra le dió lo que tenia, que era á sí misma, para que de ella como de materia se hiciesen las plantas, aunque fuese con alguna corrupcion suya. En lo cual altísimamente se nos representa que Dios nuestro Señor, aunque desea sumamente nuestra perfeccion, no quiere hacerla á solas, sino que le ayudemos nosotros, cooperando con su divina gracia, ofreciéndole lo que tenemos, que es á nosotros mismos, nuestro corazon y libertad, para que su divina Majestad haga en nosotros y de nosotros lo que quisiere, aunque sea con alguna corrupcion y destruccion de lo que tenemos; esto es, de nuestra propia voluntad y deseos terrenos, mortificando y deshaciendo el mal que hicimos: y así con su ayuda, nosotros mismos, como dice el apóstol san Pablo (*Colos.* III, 9), hemos de desnudarnos del hombre viejo y de sus obras, y vestirnos del nuevo y de las suyas. ¡Oh Dios perfectísimo, fuente

y orígen de toda perfeccion, que por honrar mas al hombre y conservar mas entera su libertad, no quieres santificarle ni perfeccionarle, sin que él tenga parte en su santidad y perfeccion, ves aquí, misericordioso Señor, me presento como la tierra, aparejado para recibir las plantas de las virtudes celestiales; á tí, Señor, pertenece hacerlas con tu omnipotencia, y yo prevenido con tu gracia, doy mi consentimiento para recibirlas, cuésteme lo que me costare, y dame lo que te pido para que te sirva como debo.

3. Luego consideraré por menudo las cosas que hizo Dios de la tierra con este imperio, ponderando cinco excelencias que manifiestan la omnipotencia y providencia con los vivientes, especialmente con los hombres, para cuyo provecho se hizo todo esto. – La primera es, la muchedumbre innumerable de yerba, plantas, flores y árboles que Dios hizo en este dia, repartiéndolas por diversas partes de la tierra, conforme á la calidad y clima de cada una; porque unas plantas piden tierras frias, y otras tierras calientes, y otras templadas, y en todas puso las que se podian conservar segun su naturaleza: porque la divina Providencia muestra suavidad en todas sus obras, y así tambien suele acomodar los dones de su gracia con lo bueno de nuestra naturaleza, para que yendo á una obren con mas suavidad y duracion.

4. La segunda es, la facilidad y presteza con que hizo todas estas plantas en toda la tierra, que tan extendida está por tantos millares de leguas, y tan poblada de diversas plantas; pues en diciendo hágase, al punto se hizo, y quedó la tierra vestida de tanta variedad y hermosura, que de ella se precia el mismo Dios que la crió diciendo (*Psalm.* XLIX, 11): La hermosura del campo está conmigo. – Á esto se añade la tercera excelencia, que hizo Dios nuestro Señor todas estas plantas y árboles en la grandeza y perfeccion que pueden tener, y el árbol, que á su paso natural tarda muchos años en echar raíces y crecer, y llevar hojas y frutos, en un momento salió perfecto con todo esto, porque las obras de Dios nuestro Señor son perfectas, y lo que los hombres hacemos poco á poco y con mucho trabajo, puede Dios hacerlo de presto, y con grande perfeccion y alivio. Ó Criador omnipotentísimo y perfectísimo, gracias te doy por la presteza y perfeccion con que hiciste tantas y tan grandes cosas en este dia, sobrándote mucho tiempo para hacer otras muchas si quisieras. Muestra conmigo esta omnipotencia, abreviando con tu divina gracia lo que dilata mi flaqueza (*Eccli.* XI, 23), pues es cosa muy fácil en tus ojos de repente enriquecer al pobre.

5. La cuarta excelencia abraza los grandes é innumerables provechos que de esta obra resultan á los hombres, para conservacion de su vida y regalo de sus sentidos. Los ojos se recrean con la hermosura de las flores y florestas que Dios nuestro Señor hizo; el olfato con el olor suavísimo que de ellas procede; el gusto con el sabor de tantas frutas y hortalizas, unas mas sabrosas que otras; y el cuerpo crece, engorda y se sustenta, y cobra fuerzas con ellas. Y aunque para la conservacion de la vida bastara que Dios criara el trigo, de que se hace el pan, y las vides, de que se hace el vino, quiso su providencia ser liberalísima en criar grande variedad de plantas para sustento y regalo nuestro, para quitar el fastidio con la variedad, y tambien para que diversos gustos hallasen proporcionados manjares con que se recreasen. Y demás de esto, á muchas de ellas dió virtudes medicinales maravillosas para las enfermedades de nuestros cuerpos, de que se hacen las medicinas con que nos curamos; y para que nada nos faltase, los árboles que no dan fruta dan siquiera madera de que hacer casas y otras cosas artificiales de que usamos, y leña que cebe el fuego con que nos calentamos, sin otros muchos provechos que seria largo de contar.

6. Y finalmente, para que estas cosas durasen perpétuamente, dió virtud á las plantas y árboles que hizo en este dia, para que produjesen semillas, de que naciesen otras semejantes, como al ojo lo vemos cada dia. – Con estas cinco consideraciones, y con cada una de ellas levantaré mi corazon á glorificar á Dios por estas cosas que crió para conservacion y regalo de mi vida, y de los animales que gozan de ellas y me sirven á mí; pues aunque yo no coma la yerba, pácela el carnero y oveja que yo como, y aunque no sea mi sustento la cebada, eslo de la cabalgadura en que ando. Y así con mucha razon dijo David (*Psalm.* CIII, 14), que produce Dios heno para las bestias, y yerba para servicio de los hombres. Ó Vida de los vivientes, á quien todos miran, esperando que les dés manjar para sustentar su vida, y abriendo tú la mano se llenen todos de tu largueza; gracias te doy cuantas puedo, por la liberalidad con que tu mano se abrió en este dia para dar adorno á la tierra, pasto á los animales, sustento y regalo á los hombres; y pues cada dia prosigue tu largueza continuando este beneficio, cada dia proseguirá mi agradecimiento, continuando el servicio que por él te debo.

PUNTO CUARTO.- *Del paraíso terrenal.* — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, en este mismo dia (*D. Thom.* 1 *p.* *q.* 102, *art.* 1 *ad* 1), con particularísima providencia plantó en la

mejor parte de la tierra un huerto excelentísimo y apacibilísimo, tal que por excelencia se llamó paraíso y huerto de deleites, para que fuese morada del hombre, edificándole la casa antes de criarle. (*Genes.* II, 8). Las excelencias de este paraíso principalmente fueron cinco.-La primera, que tenia el mejor temple del mundo de parte del cielo, del suelo y del aire, sin demasía de frio ni de calor, y sin los nublados y tempestades y penalidades que experimentamos ahora.-La segunda, que estaba proveido de toda suerte de árboles hermosos á la vista y deleitables al gusto, plantados con admirable órden y concierto, cuyo sabor y gusto era tan grande, que no echara menos el hombre el uso de las carnes y pescados que despues se le concedió.

2. La tercera, que en medio de él estaba el árbol de la vida, hermosísimo y suavísimo, cuya fruta preservaba de enfermedad y vejez, y de corrupcion, y prolongaba la vida temporal (*D. Thom.* 1 *p. q.* 102, *art.* 4), todo el tiempo que Dios queria, hasta traspasar al hombre á la vida eterna.-La cuarta, que tenia un rio de aguas dulces y saludables, copiosísimo para regar el paraíso, y dar al hombre bebida muy saludable y cordial, el cual se dividia despues en cuatro rios que regaban lo restante de la tierra comarcana.-La quinta, que era espacioso y capaz para muchos hombres; de suerte, que aunque era huerto, era tan extendido como una provincia de España ó Francia. Y en conclusion, todos los huertos ó jardines que han plantado los monarcas del mundo no tienen que ver con este huerto, que plantó Dios con su providencia amorosa, para que fuese habitacion, no de malos y de buenos como esos otros huertos, sino de solos buenos.

3. Pero sobre todo, he de ponderar la grandeza del beneficio que yo recibí de Dios en este paraíso; porque su voluntad fue criarle no solo para Adan, sino para sus descendientes y para mí mismo, si Adan no pecara; y así cuanto es de su parte ya me le dió. Gracias te doy, ó Padre soberano, por la voluntad que tuviste de dar al hombre dos paraísos en que morase, uno terreno y otro celestial, trasladándole del uno al otro si perseveraba en tu servicio. Suplícote, Señor, que pues ya perdí por el pecado de Adan el primero, no pierda por mis pecados el segundo. Y pues me perdonaste ya la culpa original por el Bautismo, perdóname las actuales por la Penitencia; consérvame siempre en el paraíso terreno de tu Iglesia, con la comida del árbol de la vida que tienes en ella, para que en viniendo la muerte, me traslades al paraíso celestial de tu gloria. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, acabada la obra de este dia tercero, vió que era buena (*Genes.* I, 12), porque nada le faltaba de todo lo conveniente para el fin de su creacion. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, que todas las cosas que Dios crió para nuestro sustento son buenas, y ninguna es mala de su naturaleza, aunque puede ser malo el uso por haberle su Majestad prohibido, como vedó á nuestros primeros padres comer la fruta del árbol de la ciencia, aunque era hermosa y deleitable, lo cual hizo para probar su obediencia. Y ahora el mismo Dios por medio de su Iglesia prohibe el uso de algunos manjares, y los perfectos, ó con voto, ó por devocion, se prohiben á sí mismos el uso de algunas cosas regaladas, para mortificar su carne. De donde sacaré gran determinacion de usar de estas cosas con agradecimiento y templanza; porque si la cosa que Dios crió es buena, no es razon que el uso por mi glotonería se haga malo, en lo cual guardaré el consejo de san Pablo que dice (I *Tim.* IV, 4): Toda criatura de Dios es buena, y ninguna se ha de desechar, por título de ser mala, si se recibe y come con accion de gracias, porque está santificada por la palabra de Dios y por la oracion; porque el Verbo divino la aprueba por buena, y la oracion que acompaña la comida la hace santa.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que todo lo que Dios crió en este dia fue bueno, sin embargo de que tambien hizo los espinos y algunas plantas y yerbas venenosas, porque aunque estas sean dañosas para los hombres, son provechosas para otros animales, ó para otros fines del universo, y aun al mismo hombre sirven de medicina mezcladas con otras; y si Adan no pecara, nunca le pudieran dañar. Y finalmente, son instrumentos de la divina justicia, para castigar á los que usan mal de otras cosas; y esto basta para ser muy buenas, pues aun de las que son muy provechosas usa Dios para castigar á los malos y desagradecidos, porque el agua á unos refresca y á otros ahoga; el fuego á unos calienta y á otros abrasa. De donde he de concluir, con cuánto cuidado debo usar de estas criaturas en servicio de mi Criador, imaginando que todas me dicen aquellas tres palabras que pone Hugo de San Víctor (*Lib. de arca mor. c.* IV, *t.* 2): *Accipe, redde, fuge: accipe beneficium, redde debitum, fuge supplicium.* Recibe, paga, y huye; recibe el beneficio, paga la deuda, y huye del castigo, como quien dice: Si no quieres servir á Dios por el beneficio que de él recibes sírvele siquiera por el castigo que te puede dar, porque la criatura que crió para tu provecho se conver-

tirá en tu verdugo y tormento. Este lenguaje tengo de oir y entender en viendo las criaturas, y en queriendo usar de ellas, mirando á Dios, de quien todas proceden y por quien dice estas palabras. Ó sumo Bien de quien todo lo que procede es bueno; concédeme que use de ello con tal bondad y agradecimiento, que huya el castigo y alcance el premio, gozando de tu suma bondad por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL CUARTO DIA.

PUNTO PRIMERO. -*Del sol.*— 1. *Dijo Dios: Háganse lumbreras en el cielo, que dividan el dia y la noche, y sirvan de señales, y de dividir los tiempos, los dias y los años, para que resplandezcan en el firmamento del cielo y alumbren la tierra: é hízose así, porque hizo Dios dos lumbreras grandes: la mayor para que presidiese al dia, y la menor para que presidiese á la noche, y las estrellas,* etc. (*Genes.* I, 14; *D. Thom.* 1 *p. q.* 70).-Lo primero, se ha de considerar la grandeza del beneficio que nos hizo Dios en criar la lumbrera mayor de las dos, que es el sol, ponderando juntamente sus excelencias, y el fruto que de ellas se puede sacar. (*Eccles. in hym. ad Vesp. fer.* IV).-La primera es, la grandeza de luz que tiene como fuente de la luz, cuyo resplandor es tan grande, que en saliendo al mundo oscurece las estrellas, y en su presencia son como si no fuesen.-La segunda es, la perpetuidad y permanencia de esta luz, sin menguarse un punto, ni enturbiarse en sí misma. (*Pereira,* hic).

2. La tercera es, la grandeza de cuerpo, por razon de la cual le llama la Escritura, *luminare maius,* porque es mas de seis mil veces mayor que la luna, y mas de cien veces mayor que la tierra.-La cuarta es, eficacia grande en alumbrar á todo el mundo, y repartir con gran liberalidad su luz en un momento y sin resistencia alguna en los cuerpos capaces de ella, presidiendo como rey al dia, y haciéndole con su movimiento ligerísimo desde Oriente á Poniente, como dice el Salmista. (*Psalm.* XVIII, 6).-Demás de esto, tiene maravillosa eficacia en calentar, echando de sí rayos como de fuego; y juntamente tiene virtud en causar tales influencias, que vivifican y hacen crecer las plantas y los vivientes, ayudando á todos para su vida y conservacion.

3. La sexta es, que con el movimiento propio que comenzó este cuarto dia hace la diversidad de tiempos, que son, verano, invier-

no, estío y otoño. Además la diversidad de los dias, unos mayores que otros, en diversos tiempos y lugares. Además, él hace los años, porque su entero movimiento es el tiempo que llamamos año. Para estos fines le crió Dios, mostrando su omnipotencia en hacer tan bella y tan grande criatura en un instante, con solo su querer; y por esto le llama el Sábio (*Eccli.* XLIII, 2), vaso y cosa admirable, obra por excelencia del muy Alto; por lo cual he de darle gracias cada vez que sale, admirándome de la belleza y constancia que muestra en su nacimiento y carrera, conforme á lo que dice David (*Psalm.* XVIII, 7): Sale como desposado de su tálamo, y alégrase como gigante, para correr su carrera, saliendo de un extremo del cielo, sin parar hasta llegar al otro. Ó Dios omnipotentísimo, gózome de la gloria que te da esta bella criatura, y alábote mil veces por el bien que cada dia nos haces por medio de ella. Justo es, Señor, que cuando sale el sol yo me alegre como gigante, para correr en tu servicio la carrera de aquel dia, comenzando desde la mañana con perseverancia en el fervor hasta la tarde.

4. De aquí subiré á contemplar, como el sol es símbolo y señal de la divinidad de Dios, por la cual es conocida de los hombres mas claramente que por otras criaturas. Y por esto dijo el Salmista (*Psalm.* XVIII, 7): Que Dios habia puesto su tabernáculo y morada en el sol, en quien obra cosas maravillosas, y allí le hallará quien le buscare, meditando las seis propiedades que contamos, las cuales con mas excelencia están en la divinidad de quien ellas procedieron. Ó Dios eterno, sol de justicia, luz inaccesible, en cuya presencia no solo se oscurecen las estrellas, sino el mismo sol; tú eres fuente de la luz y fuente perpétua que no se puede agotar: tú alumbras los hombres, especialmente tus escogidos, y con tu luz les das calor vital é influencias celestiales: tú eres el que presides sobre el sol y el dia, sobre los tiempos y años, y por tu voluntad están repartidos con el órden y concierto que ahora tienen. Alábete, Señor, el sol y el dia, el invierno y el verano, el estío y el otoño, y todas las cosas te glorifiquen por la gloria que descubres en esta criatura. Amen. – De aquí tambien aprenderé á imitar en mi modo las propiedades del sol, pues del alma perfecta se dice (*Cant.* VI, 8), *electa ut sol*, que es escogida como el sol, por la singular santidad que tiene, en la cual persevera sin mudanza, resplandeciendo con buenas obras para la gloria de Dios, y para dar luz y calor de espíritu á los prójimos.

PUNTO SEGUNDO. - *De la luna.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza del beneficio que nos hizo Dios nuestro Señor en

criar la segunda lumbrera menor, que es la luna, ponderando tambien sus excelencias para nuestro provecho. -La primera es, la grandeza, belleza y hermosura que tiene (*Psalm.* cxxxv, 9), cuando recibe del sol la luz, y no la recibe para quedarse con ella, sino para alumbrar la tierra de noche y presidir en ella, desterrando parte de las tinieblas que se hacen con la ausencia del sol. -La segunda es, el armonía con que va siguiendo al sol, de tal manera, que siempre tiene luz en la parte que le mira de lleno, y en la otra, como dice el Eclesiástico (*c.* XLIII, 7), va menguando hasta que se acaba, y luego va creciendo maravillosamente hasta que se llena, llegando en lo uno y en lo otro hasta lo sumo. -La tercera es, la virtud grande que tiene de causar influencias y efectos maravillosos en la mar y en los vivientes, aunque muchos no alcanzamos y otros experimentamos. -La cuarta es, que con su movimiento propio es tambien señal de los efectos que causa y de la variedad de los tiempos del año, y especialmente, como dice el Eclesiástico, es causa de los meses, porque su propio movimiento tarda un mes, poco mas ó menos. Con estas consideraciones he de avivar en mí los afectos de alabanza y agradecimiento á Dios nuestro Señor por la creacion de tan hermosa criatura, y por los bienes que de ella reciben las demás.

2. Pero levantando mas el espíritu, contemplaré como la luna es símbolo y señal de la hermosura de las almas santas, á las cuales llama Dios hermosas como la luna (*Cant.* VI, 9), cuya hermosura y resplandor consiste en mirar siempre al sol infinito de la Divinidad, y recibir de él la luz y resplandor de su divina gracia, dones y virtudes, procurando por una parte menguar y descrecer en su estima, hasta llegar con su propio conocimiento al profundo de su nada y de la oscuridad que tiene de suyo; y por otra parte procurando crecer en las virtudes, hasta la plenitud de la gracia y hasta la consumacion y perfeccion en ella. Ó Sol de justicia, de quien depende la hermosura de la luna; concédeme que te siga con tal fervor, que siempre reciba aumento de tu gracia con profundo conocimiento de mi miseria; no permitas que imite á la luna como los necios en mudarme del resplandor de la virtud á la oscuridad del vicio (*Eccli.* XXVII, 12), sino que siendo constante en este como el sol, me mude siempre de bien en mejor, hasta llegar al estado inmutable de tu gloria, donde te vea y goce sin fin. Amen.

PUNTO TERCERO. -*De las estrellas.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar el grande beneficio que nos hizo Dios en la creacion de las

estrellas, ponderando sus excelencias y maravillas. -La primera es, su muchedumbre, que es innumerable á los hombres, como lo son las arenas del mar; y así se precia Dios de saber su número y de conocer á cada una por su nombre (*Psalm.* CXLVI, 4): y con ser tantas y tan bellas, muchas de extraordinaria grandeza, en un momento las crió y puso en el firmamento donde están fijas, con admirable órden y concierto, como un ejército de soldados muy concertados, y así las llama la Escritura escuadrones celestiales, guardando cada una su puesto con gran firmeza, y haciendo maravillosas figuras, unas con otras ordenadas, como dice Job (*Iob,* XXXVIII, 31), por el Criador, y se precia de ello por ser tan admirable. -La segunda excelencia es, que juntamente con la luna presiden, como dice David (*Psalm.* CXXXV, 9), en la noche, y nos alumbran y sirven de guias para las jornadas y navegaciones, y con su presencia hermosean y adornan grandemente el cielo, cuando se descubren en la oscuridad de la noche.

2. La tercera excelencia es, que todas y cada una de ellas causan maravillosas influencias en la tierra, en los vivientes y en los hombres; y aunque son ocultas, no por eso dejan de ser muy provechosas, por las cuales debemos á Dios dar tantas gracias, como por las manifiestas, pues las ordenó para nuestro bien; y así dice el Eclesiástico (*Eccli.* XLIII, 10): Que obedecen á las palabras del santo, para ejercitar lo que ordena, y nunca duermen ni desfallecen en sus vigilias. Y el profeta Baruch (*Baruch,* III, 34) añade: Que en llamándolas Dios, dicen muy alegres, aquí estamos, y alumbran con alegría en servicio del que las crió. Todo esto me ha de ser motivo de alabar á Dios, procurando en agradecimiento de este beneficio imitar las propiedades dichas, en que son símbolo de las almas justas, especialmente de las que con ejemplo y palabra enseñan á otros la virtud; por lo cual, como dice Daniel (*Dan.* XII, 13), resplandecerán en el cielo en perpétuas eternidades. Gracias te doy, amantísimo Criador, por la hermosura que diste á tan innumerables estrellas, distribuyéndolas por el cielo con admirable concierto, dando á cada una su propio lugar, su propio resplandor y propio oficio. ¡Oh cuán mas admirable será el ejército de estrellas que tienes en tu supremo cielo, distribuido con el mismo órden y concierto, conforme á los merecimientos que tuvieron en la tierra! Concédeme, Señor, que sea yo estrella en la Iglesia militante, guardando como fiel soldado mi puesto, haciendo mis vigilias sin cansancio, y obedeciendo á tus preceptos con alegría, para que luciendo aquí para tu glo-

ria, alcance gran lugar en la Iglesia triunfante, reinando contigo por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, hecha esta obra, vió que era buena, y se agradó mucho de la perfeccion que puso en ella, ponderando como es tanta la belleza y hermosura que dió en este cuarto dia al sol, luna y estrellas, que deslumbrados los hombres rudos, vinieron á pensar que eran dioses, y rectores ó gobernadores de todo el mundo, pareciéndoles (*Sap.* XIII, 2), que tanta bondad y perfeccion no cabia sino en lo que era Dios; pero esto mismo nos ha de provocar á dos excelentes afectos. El primero es, admiracion de la omnipotencia y soberanía de nuestro gran Dios; porque quien tan bellas criaturas pudo hacer, sin duda será incomparablemente mas bello y admirable que ellas; y como dice el Sábio, si tanto gusto nos da la hermosura de estas criaturas, muy mayor nos le debe dar la hermosura del Criador, si le conociésemos por ellas. Ó Dios soberano, *speciei generator*, engendrador de la hermosura, no permitas que se cieguen los hombres con su resplandor, mirando al sol (*Iob*, XXXI, 26) cuando nace, y á la luna cuando resplandece, besando su mano, en señal de adoracion. Ábreles, Señor, los ojos, para que entiendan que son hechura tuya (*Psalm.* XVIII, 1) y morada donde te han de hallar, glorificándote como á Dios, de quien todas procedieron.

2. El segundo afecto es, amor grande á quien nos amó tanto, que crió criaturas tan nobles y hermosas para servicio nuestro, y para que fuesen como criadas y esclavas nuestras. Por lo cual dijo Moisés á su pueblo: Mira que cuando veas el sol, luna y estrellas, no las adores como á dioses, ni honres á las que crió tu Dios (*Deut.* IV, 19) *in ministerium cunctis gentibus quae sunt sub coelo*, para servir á todas las gentes que hay debajo del cielo. Ó Dios omnipotentísimo y amorosísimo, ¿quién no te amará de todo su corazon, por haber criado criaturas tan excelentes para servicio de gentes tan bajas? No solamente las criaste para el servicio de los reyes, sino para servicio de los viles esclavos, y lo que mas es, de los vilísimos pecadores. Ó Dios altísimo, que ordenas lo que pusiste en el firmamento del cielo para servir á las gentes que viven debajo de él; concédeme que te ame con tantas veras por este beneficio, que nunca jamás desfallezca en tu servicio por todos los siglos. Amen.

Punto quinto. - *Del fuego.* — 1. Lo quinto, se ha de considerar la admirable providencia de Dios nuestro Señor en la creacion del elemento del fuego; y aunque el santo Moisés no hizo de él men-

cion, porque solamente contó las cosas corporales que se ven, y este elemento en su esfera no se ve, pero aquí viene bien ponderar la grandeza y magnificencia del beneficio que recibimos en este fuego visible de que gozamos, que es muy semejante al sol. -Porque lo primero, el fuego suple la ausencia que hace el sol y la luna de noche, y dentro de nuestras casas, y en los retretes hace oficio de sol, alumbrándonos con su luz; con la cual vemos á hacer de noche las cosas que con la luz del sol hacemos de dia. -Lo segundo, tambien suple la distancia del sol en el invierno, y con su calor calienta á los que se llegan á él, deshaciendo la frialdad y el hielo, y vivificando el cuerpo aterido con el frio. -Lo tercero, á modo del sol, se comunica con liberalidad y facilidad á todos sin disminuirse por esto, como se ve en la luz de la candela, de la cual se encienden muchas, y á todos los que se acercan da parte de su calor.

2. Lo cuarto, es instrumento universal y eficaz para conocer y sazonar los manjares que comemos, y para purificar y labrar los metales (*D. Dion.* libr. de Eccl. Hier. c. 15, ponit ferè 34 proprietates); él consume las humedades con su sequedad, y ablanda y derrite las cosas duras con su eficacia, y hace otros maravillosos efectos para nuestro provecho; por los cuales hemos de glorificar al Criador, dándole gracias por la providencia con que previno el remedio de todas nuestras necesidades, atribuyendo las obras de este cuarto dia á su infinita misericordia, como lo hace David, diciendo (*Psalm.* CXXXV, 1-8, 9): Alabemos al Señor, porque es bueno y misericordioso, porque su misericordia dura para siempre. Hizo el sol para presidir en el dia, porque su misericordia dura para siempre. Hizo la luna y estrellas para presidir en la noche, porque su misericordia dura para siempre; y tambien hizo el fuego para suplir la ausencia del sol y de la luna, y lucir por ellos en la noche, porque su misericordia dura para siempre, y durará en sus escogidos sin fin. Amen.

3. De aquí se puede subir tambien á considerar como el fuego, así como el sol, es símbolo de la Divinidad, al modo que se ponderó en las meditaciones de la venida del Espíritu Santo (*p.* V, *med.* XXV) añadiendo cuán propio es de nuestro Criador suplir las faltas y menguas de las criaturas, y acudir á favorecernos con socorro divino, cuando se nos ausenta y esconde el humano, y cuán liberalmente se comunica como fuego á todos los que se llegan y acercan á él; por lo cual dijo David (*Psalm.* XXXIII, 6): Llegaos á Dios y seréis ilustrados, y vuestros rostros no serán confundidos. Gracias te doy, ó

fuego infinito, por los dos fuegos, uno corporal y otro espiritual, con que recreas nuestros cuerpos y nuestras almas. Enciende, Señor, la mia con el fuego de tu amor, para que como fuego suba á lo alto de tu divinidad, juntándose con ella en union perfecta, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIII.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL DIA QUINTO.

PUNTO PRIMERO.-*De los peces.* — 1. *Produzcan las aguas vivientes que naden y que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo,* etc.-Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor el quinto dia quiso adornar el mar y los rios con abundancia de moradores; esto es, de muchos y grandes peces, para muestra de su omnipotencia y providencia en beneficio de los hombres. En lo cual, -lo primero, ponderaré como quiso Nuestro Señor que las aguas tuviesen parte en la formacion de los peces que habian de vivir en ella, como la tierra en la formacion de las plantas, por la razon que arriba se dijo; y así en virtud de esta palabra *producant aquae* (*med.* XXI, *punto* 3.°), las aguas de todos los mares y de los rios caudalosos administraron materia de la cual Dios hizo peces que anduviesen por ellas. -Lo segundo, hizo grande abundancia de ellos con gran diversidad de especies, y varias figuras y propiedades, y entre ellos los que llama *cete grandia,* ballenas y otros de extremada grandeza, sin comparacion mayor que la de los animales de la tierra, y á todos dió sus escamas y alitas, y miembros proporcionados para nadar y moverse con gran facilidad por el espacioso mar y todos sus senos.

2. Lo tercero, bendíjolos, diciendo: *Creced y multiplicad, y llenad las aguas del mar.* Y porque la bendicion de Dios es eficaz, bendecirlos fue darles virtud para engendrar otros semejantes con grandísima abundancia, que excede incomparablemente á los de las aves y animales terrestres; por lo cual dijo David (*Psalm.* CIII, 25): que no tenian número, y con ser tantos, á todos provee con su providencia de mantenimiento conveniente dentro del mismo mar, que como madre los cria y sustenta, y trae dentro de sus entrañas. Por esta bendicion, que es la primera que Dios echó á los peces, y obró tanto en ellos, se ve cuán eficaz y copiosa es la bendicion de Dios so-

bre sus criaturas, y mas sobre los hombres.-Lo cuarto, toda esta muchedumbre de peces hizo Dios en beneficio del hombre, á quien crió: *Ut praesit piscibus maris* (*Genes.* II, 26), para que presidiese á los peces del mar, dándole industria para pescarlos y ponerlos debajo de sus piés, no solamente á los pequeños, sino los muy grandes. (*Psalm.* VIII, 9). Y despues del diluvio se los dió en manjar para su sustento y regalo, y otros grandes provechos. (*Genes.* IX, 2).

3. Con estas consideraciones tengo de moverme á glorificar al Criador, admirándome no solo de la omnipotencia que mostró en hacer en un momento con solo su palabra tanta muchedumbre y grandeza de criaturas, sino tambien de la providencia paternal que descubrió para con nosotros, proveyendo los mares y los rios de pescados tan regalados para nuestro sustento y gusto; y así puedo decir con David (*Psalm.* CIII, 24): Ó Dios eterno, ¡cuán grandes son las obras que has hecho con tu infinita sabiduría! la tierra está llena de las cosas que criaste, y este mar grande y espacioso con sus senos está lleno de tantos peces que no tienen número: allí viven los grandes y los pequeños; los dragones y ballenas que hiciste andan por él jugando, cazando otros menores para su entretenimiento y sustento; pero por tu divina providencia los hombres tambien pasean este mar en sus naves, y juegan y se deleitan, pescando de unos y otros peces para su comida y entretenimiento. Ó Gloria mia, derrama sobre mí tu copiosa bendicion, para que te alabe y sirva por los innumerables bienes que nos das con ella; sean mis juegos amarte, mis deleites servirte, y mis entretenimientos pescar en el mar de este mundo muchas almas que se ocupen en tu servicio por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. -*De las aves.* — 1. Lo segundo, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor en este mismo dia adornó el aire, produciendo del agua grande muchedumbre de aves de diferentes especies. Sobre lo cual se ha de ponderar, lo primero, como la omnipotencia de Dios, para criar las aves, se sirvió como de materia del agua (*D. Aug.* lib de Gen. ad literam, c. 5; *D. Thom. q.* 71, *art.* 3), especialmente del agua mas sutil que está en los vapores y nubes del aire, para que tambien el aire ayudase á la formacion de lo que habia de ser adorno suyo. Y así en diversas regiones del mundo crió muchedumbre de aves en cada una, las que se podian mejor conservar, segun sus calidades; y á todas echó su bendicion, para que se multiplicasen, como á los peces, y con su providencia dió á todas mantenimiento conveniente, á unas en la tierra, á otras volando por

el aire, y otras nadando en el agua, y para esto les dió alas, picos, é instrumentos muy proporcionados.

2. Lo segundo, ponderaré la grandeza de este beneficio, discurriendo por los bienes que abraza: porque unas aves nos sustentan regaladamente con sus carnes; otras nos recrean con sus dulces cantos; otras nos atavian con sus plumas; otras nos enseñan lo que debemos hacer, con las industrias que tienen en hacer sus nidos, en criar sus hijos, y en conocer la mudanza de los tiempos. De donde toma el mismo Dios muchas comparaciones que sirven á este intento. Unas veces se compara al águila que vuela sobre sus hijos (*Deut.* XXXII, 11), y á la gallina que los abriga con sus alas (*Matth.* XIII, 37): otras veces reprende nuestra ignorancia con el conocimiento de la cigüeña y el milano. (*Ierem.* VIII, 7).

3. Finalmente, todo el trabajo de las aves con sus inclinaciones é industrias para en nuestra recreacion y provecho. Con unas cazamos otras, y echando por el aire los pájaros de volatería, de allá nos echan la caza, recreándonos en ver la sagacidad que tienen en rendirla. Y hasta la abeja, que, como dice el Sábio (*Eccli.* XI, 3), es pequeñita entre las aves, produce la miel, que es lo primero de la dulzura, para regalo de los hombres, y tambien la cera, de que se hacen velas y otras muchas cosas de gran provecho; por las cuales todas debemos dar grandes gracias á nuestro Criador y Bienhechor, reconociendo en las aves domésticas y en las bravas, y en los huevos, cañones y plumas, y en todos sus despojos, la providencia paternal de Dios que tantos regalos y entretenimientos crió para sus hijos. Ó Padre dulcísimo y amorosísimo, que retrataste tu caridad y misericordia, y tu admirable y gran providencia en las aves que criaste en este dia, muéstrala conmigo liberalmente en hacerme cuidadoso de servirte, como tú lo fuiste de regalarme. Sean las aves mis maestras, para aprender de ellas á madrugar y cantar tus alabanzas; séanme motivos de virtud para volar en tu servicio, renunciando el regalo demasiado del cuerpo por el que de esto recibiré dentro de mi espíritu. Amen.

PUNTO TERCERO. –*De las dos vidas activa y contemplativa.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor viendo todo lo que habia hecho en este dia, lo dió por bueno, porque todo era muy perfecto y conveniente para el fin que lo ordenaba. –Y en particular se ha de ponderar como fue muy conveniente en un mismo dia adornar el agua y aire, que simbolizan mucho entre sí, y están muy hermanados, especialmente el agua terrestre, y la region del aire cer-

cana en que andan los vapores y aguas de las nubes, para significar el gusto que recibe Nuestro Señor en premiar á los que se hermanan y ayudan unos á otros, pareándolos en los favores, como ellos se parean y aunan en caridad. Pero levantando mas el espíritu ponderaré lo que dice la Iglesia en el himno de las Vísperas de esta feria quinta, que de las cosas que hizo Dios del agua, *partim relinquis gurgiti, partem levas in aëra*, una parte hundes en la mar, y otra parte levantas en el aire, significando que los que son engendrados por el agua del Bautismo se parten en dos modos de vida; unos son seglares, y otros religiosos; unos siguen la vida activa, figurados por los peces, porque en la mar de este mundo se ocupan en obras de virtud, mezcladas con negocios y cuidados del siglo. Otros escogen la vida contemplativá, figurados por las aves, porque con las alas de la contemplacion vuelan de lo terreno á lo celestial, y tienen su conversacion en los cielos.

2. Los primeros tienen la parte de Marta, de quien dijo Cristo nuestro Señor (*Luc.* x, 41), que andaba solícita y turbada en muchas cosas, porque viven en el mar tempestuoso y turbado del mundo, donde hay muchas cosas que turban y amargan nuestras almas. Los segundos escogen como María, su hermana, la mejor parte, gozando de la quietud que tiene quien se levanta sobre lo terreno y sobre sí mismo á juntarse en union con Dios, que es el uno necesario á quien se ha de ordenar todo lo demás, como en su lugar se dijo (*en la introd. de la parte* III *y de la* V). Unos y otros son buenos, porque ambos estados hizo Dios, y los santificó con el agua del Bautismo, y los lava con el agua de penitencia y lágrimas: y así de ambos se entiende lo que dice la Escritura (*Genes.* I, 31): Vió Dios lo que habia hecho, y era bueno; pero en diferente manera, porque como los peces se hicieron de las aguas terrestres, que en el mar son amargas; así los ejercicios de penitencia, y lágrimas de los seglares y de los activos, van mezcladas con dolor y amargura de corazon, por las culpas en que han caido y caen por su flaqueza; pero las lágrimas de los contemplativos son aguas dulces y delicadas como vapores del cielo, de que fueron hechas las aves, porque son lágrimas de amor y devocion, con deseos y suspiros de unirse con Dios.

3. Demás de esto, aunque en un dia se hicieron peces y aves, primero se hace mencion de la formacion de los peces, que son mas imperfectos, y despues de las aves, que tienen mayor perfeccion en su ser natural, porque Nuestro Señor de lo imperfecto va subiendo á lo perfecto, para significar que la vida activa es primero que la

contemplativa, y primero nos hemos de ejercitar en llorar con amargura nuestros pecados, que subamos á la dulzura de la contemplacion, así como Lia fue primero que Raquel, y Jacob primero se desposó con la primera, y despues con la segunda; porque de la vida activa, que es imperfecta, se sube á la contemplativa, que es mejor.

4. Finalmente, echó Dios su bendicion á los peces y á las aves, dándoles virtud de multiplicarse, para significar que echa su copiosa bendicion á estos dos géneros de justos, para que multipliquen y engendren muchedumbre de buenas obras, que son frutos de su vientre, y tambien engendren hijos espirituales, ganando almas para Dios. Y como cada uno engendra su semejante, cada uno inclina al otro á sus ejercicios de virtud. Aunque los peces son mas fecundos que las aves, para significar que la vida activa es, como Lia, mas fecunda que Raquel, y engendra mas hijos espirituales para Cristo que la contemplativa, lo cual se entiende de la vida activa perfecta, que tambien da parte á la contemplacion, y de ella saca lo que ha de enseñar y predicar á otros; pero tambien la contemplativa es fecunda como las aves, y engendra hijos, aunque pocos, pero perfectos como los de Raquel. -Considerando estas cosas he de animarme á los ejercicios de estas dos vidas, hermanándolos y juntándolos en un mismo dia, como juntó Dios la creacion de estas dos cosas, suplicándole me dé gracia y ayuda para ello. Ó Criador de todas las cosas, que en este dia quinto criaste las criaturas que representan estas dos vidas, para dar vida y sustento á los hombres; suplícote que cada dia dés á mi alma pasto de accion y de contemplacion para conservar y sustentar su vida, hasta que por tu misericordia alcance la eterna, en la cual te alabe y glorifique por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL SEXTO DIA.

PUNTO PRIMERO.-*De los animales terrestres.* — 1. *Produzca la tierra vivientes de varias especies, jumentos, serpientes, y bestias: é hízose así,* etc. (*Genes.* 1, 24.; *D. Thom.* 1 *p. q.* 72).-Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor el sexto dia quiso adornar la tierra con darla moradores que habitasen en ella; esto es, animales de varias especies, jumentos, serpientes, y bestias; en lo cual descubrió su omnipotencia, haciendo en un momento tanta muchedumbre de animales en diversas partes de la tierra, en cada una los

que allí se podian conservar, dando la tierra materia de que se hiciesen, y obedeciendo al divino imperio sin resistencia, sacando de esta ponderacion los afectos que arriba se han tocado.

2. Luego ponderaré la muchedumbre y variedad de animales que Dios crió, los cuales reduce aquí la Escritura á tres géneros, unos que llama jumentos, que son los animales domésticos, y se llaman así, porque ayudan al hombre. Otros que arrastran por la tierra, y con nombre general llamamos serpientes. Otros que llama bestias, que son los animales del campo, y las fieras. Y en cada género de estos hizo varias especies, con maravillosas figuras, propiedades é inclinaciones, y á todos provee de mantenimiento conveniente, con admirable providencia, dándoles instrumentos para procurarlo. Y juntamente les da armas defensivas y ofensivas, y astucias grandes para defenderse unos de otros, y para salir con sus intentos. De todo lo cual se precia Dios hablando con Job (*c.* XXXVIII–XLI), contándole en cuatro capítulos maravillosas propiedades que dió á estos animales, y la providencia que tiene con ellos; y por todas he de darle gracias, confiando que quien tal providencia tiene de los animales, mucho mayor la tendrá de los hombres, como despues verémos.

3. Lo tercero, ponderaré el grande beneficio que nos hizo Dios en la creacion de estos animales; porque unos nos sustentan con sus carnes regaladamente; otros nos visten con sus lanas, y nos calzan con sus cueros; y hasta los gusanillos nos hacen la seda con que nos adornamos; otros nos ayudan en los caminos, y en llevar las cargas, guardan nuestras cosas, y defienden nuestras personas; otros nos recrean y honran con su generosidad, y nos sirven en la paz y en la guerra; otros nos enseñan con sus astucias y sagacidades; y hasta la hormiga es maestra de los perezosos, y á ella les envia el Espíritu Santo para que aprendan á huir de su pereza. (*Prov.* VI, 6). Finalmente, los provechos son tantos, que no se pueden contar; pero cada dia los experimentamos, y por cada experiencia habíamos de alabar á Dios, y dar innumerables gracias al Criador por dos títulos: el uno, por el bien que hace á estas criaturas, sin conocer ellas de dónde les viene, supliendo yo su ignorancia con mi ciencia, y dándole las gracias que ellas no saben darle: el otro, por el bien que á mí me hace por medio de estos animales, pués todo lo que ellos tienen es para mí, y mas me sirve á mí que á ellos. Ó Dios liberalísimo, que nos diste tantas ayudas para pasar esta vida con alivio, ayúdanos con tu gracia, para que de tal manera pasemos por estos bienes temporales, que no perdamos los eternos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como mirando Nuestro Señor esta obra, vió que era buena, aprobando los tres géneros de animales que habia hecho, no solamente los domésticos y mansos, sino las serpientes y las fieras, sin embargo de que las serpientes son ponzoñosas, y las fieras hacen grandes daños á los hombres, por las razones que arriba se apuntaron (*en la medit.* XXIII, *punto* 5.°): en especial, porque la divina Providencia quiso aquí mostrar su misericordia y su justicia. La misericordia, en que crió estas fieras y serpientes con tal sujecion al hombre, que si él no pecara no le pudieran dañar. La justicia, en que las toma por instrumento para corregir al que peca, á fin de que se enmiende, y si no quiere enmendarse, para castigarle por su pecado; y tambien para que los justos glorifiquen á Dios, viendo el cuidado con que les defiende, si no es cuando para su mayor bien permite que sean molestados de ellas. Lo cual ponderó el Sábio, diciendo (*Sap.* XVI, 24-25): La criatura sirviendo á tí su Hacedor, se embravece para dar tormento á los malos, y se amansa para hacer bien á los que confian en tí. Ó Dios eterno, por cuya providencia todas las criaturas sirven, *omnium nutrici gratiae tuae*, á tu gracia, conservadora de todas las cosas, y obedecen á tus preceptos, para conservar sin daño á tus escogidos; tómame debajo de tu amparo y proteccion, ayudándome á que te sirva y obedezca; porque siendo las criaturas tan obedientes á tu voluntad, no me dañarán, si yo tambien me rindo á ella.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como tambien estos animales se llaman buenos, porque nos dan ocasion de ejercitar virtudes y huir de vicios, y despiertan el temor de Dios y la confianza en su misericordia, y con sus inclinaciones nos avisan de lo que debemos hacer. Y así Cristo nuestro Señor nos dice que seamos prudentes como las serpientes. (*Matth.* X, 16). De donde sacaré un modo de aprovecharme de estas criaturas en la meditacion, porque en ellas hay algo bueno y provechoso que imitar por la parte que son perfectas en su género; pero hay algo imperfecto que huir por la parte que son imperfectas, comparadas con el hombre. Del jumento tomaré la sujecion y obediencia á Dios y á las cargas de su ley, con rendimiento de juicio, diciendo como David (*Psalm.* LXXII, 23): *Ut jumentum factus sum apud te:* híceme como jumento delante de tí; pero huiré de la ignorancia y brutalidad que tiene, porque no se diga de mí, que el hombre no entendió el estado de honra en que estaba, fue comparado á los jumentos necios, é hízose semejante á

ellos. (*Psalm.* XLVIII, 13). Ó Dios eterno, no permitas que los hombres, capaces de razon, se hagan como el caballo y mulo, que no tiene entendimiento (*Psalm.* XXXI, 9); enfrena el furor de sus pasiones con el freno de tu temor, para que conservando la dignidad de hombres, imiten lo bueno que tú pusiste en las bestias, dejando todo lo que es malo. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la causa por que Dios nuestro Señor no bendijo á los animales de la tierra, como bendijo el dia quinto á los peces y aves, diciéndoles: Creced y multiplicad, pues sin duda tuvo misterio. Y aunque la causa fue porque en este mismo dia, poco despues, habia de echar esta bendicion al hombre, y en él la echaba virtualmente á los demás animales, con los cuales convenia en la naturaleza corpórea y sensitiva, y en el lugar de su habitacion; pero subiendo de esta causa literal á la mística, quiso Nuestro Señor que estuviese como suspensa la bendicion de estos animales, para que entendiésemos que su bendicion ó maldicion, su multiplicacion ó diminucion dependia de los méritos de los hombres, para quien los habia criado; porque en premio de los justos que le sirviesen fielmente, promete la bendicion y multiplicacion de los animales provechosos para el hombre. Y así dijo á los israelitas (*Deut.* XXVIII, 1): Que si le fuesen obedientes, serian benditos los frutos de su vientre, de sus tierras, y de sus jumentos, y ganados, vacas y ovejas; y al contrario, en castigo de sus pecados, les amenaza con la maldicion de estos animales, diciendo que serian estériles, y que se los quitaria y destruiria. Y por la misma causa multiplicaria los animales ponzoñosos y fieros; lo cual no es bendicion sino maldicion para los hombres, en castigo de sus maldades, por las cuales se multiplican las serpientes, langostas, leones y otras bestias, como consta por las plagas de Egipto (*Deut.* XXXII, 24), y otros castigos que cuenta la Escritura. De donde sacaré deseos de servir á un Señor de quien proceden tales bendiciones, y temor de ofenderle, pues de su ofensa proceden tales maldiciones. Ó Padre misericordiosísimo, de quien proceden todas las bendiciones del cielo y de la tierra, concede á los fieles de tu Iglesia que te sirvan con tanta fidelidad, que merezcan, como otro Jacob, la bendicion conveniente de los bienes temporales, y mucho mas copiosa de los eternos.

2. De aquí subiré á ponderar como las pasiones bestiales de nuestra carne se multiplican y crecen en castigo de la rebeldía de nuestra voluntad contra Dios; y al contrario, se disminuyen en premio de la sujecion y conformidad de nuestra voluntad con la divina.

Por la cual se nos sujetan, y hacen pacíficas; pero estas mismas reducidas á órden se multiplican y crecen por bendicion de Dios, ayudando los afectos de los apetitos sensitivos á la voluntad, para que carne (*Psalm.* LXXXIII, 3), corazon y espíritu se alegren en Dios vivo, y vayan viento en popa en su servicio. Ó amado de mi corazon, deseo que mi alma esté sedienta de tí (*Psalm.* LXII, 2), y mi carne en muchas maneras tenga sed de tu servicio. Derrama sobre ellas tu bendicion, para que mi carne multiplique los afectos que te agradan, y mi alma se ayude de ellos, para servirte con mas fervor por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXV.

DE LA CREACION DEL HOMBRE EN EL SEXTO DIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Dijo Dios: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, y presida á los peces del mar, á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra, y á cuanto se mueve en ella.* (*Genes.* I, 26). -Lo primero, se ha de ponderar como en habiendo Nuestro Señor hecho los animales terrestres, en el mismo sexto dia quiso hacer tambien al hombre, ponderando tres cosas señaladas que hubo en esto. La primera, que con particular misterio no quiso dedicar un dia entero á sola la creacion del hombre, como le dedicó á la formacion de la luz, sino crióle en el mismo dia sexto en que crió los animales terrestres, porque convenia con ellos en la parte del cuerpo y naturaleza sensitiva, y para que se fundase en humildad reconociendo la bajeza que por esta parte tiene; porque, como le habia de levantar á grandes excelencias, era conveniente mezclarlas con alguna bajeza, porque no se engriese. Y este estilo guardó siempre Nuestro Señor, mezclando algo que humilla con algo que ensalza, para que nos fundemos en humildad, sin la cual ninguna alteza es segura.

2. *Del crecimiento en la virtud.*—La segunda cosa es, que crió Dios al hombre despues de los animales, porque, como en la creacion de los vivientes, comenzó por los mas imperfectos, y fué subiendo á los perfectos. Primero hizo las plantas, despues los peces, luego las aves, despues los animales de la tierra, y últimamente al hombre, que es mas perfecto. Así quiere que sus siervos procedan en sus obras, siempre subiendo de lo menos á lo mas, y cada dia crezcan en la perfeccion de ellas, haciéndolas el segundo dia con mas

perfeccion que el primero, y en el tercero con mayor perfeccion que el segundo, subiendo cada dia de virtud en virtud, hasta llegar á la cumbre de la perfeccion. Además, como cada dia de estos seis hizo Nuestro Señor cosas nuevas, una mejor que otra, ó perfeccionaba de nuevo las que habia hecho antes; así desea que sus escogidos cada dia le canten cantares nuevos de alabanza y agradecimiento (*Ephes.* v, 19), y le hagan nuevos servicios con nuevo fervor, renovando su espíritu con novedad de sentimientos interiores de su grandeza y majestad. Ó alma mia, pues solamente estima Dios lo que es nueva criatura, procura ejercitar cada dia nuevas obras, atribuyéndolas (*Ephes.* II, 10), no á tí, sino al que las cria en tí, por los merecimientos de Jesucristo, á quien debes la gloria de ellas.

3. La tercera cosa es, que crió Dios al hombre el último de todas las cosas, en quien se remataron las obras de la creacion de estos seis dias, para que se entendiese que el hombre era el fin de todas, y un breve mundo en quien todas estaban recopiladas, y que todo el edificio y ornato de este mundo visible era para que fuese su casa y morada. (*D. Ambr.* Epist. 38 ad Horatium). Lo cual con providencia paternal aparejó y proveyó primero que le criase, para que en siendo criado, luego pudiesen recrearse sus ojos con la hermosura de las cosas que veian, y los oidos con las músicas y cantos de las aves que oian, y gusto con el sabor de los manjares que estaban en la mesa que Dios le habia puesto, y así en lo demás. Ó Padre amorosísimo, si antes de criarme aparejaste tantos bienes en este mundo visible, donde mi morada ha de ser tan corta, ¿cuántos mayores bienes me tendrás aparejados en el mundo invisible, donde mi morada ha de ser eterna? Gracias te doy, cuantas puedo, por los unos y los otros; y pues me aparejaste los primeros, para que me ayudasen á granjear los segundos, concédeme que viva de tal manera en este mundo visible que criaste para mí, que suba despues al mundo invisible, donde para siempre goce de tí. Amen.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar el soberano consejo de la santísima Trinidad en la creacion del hombre; el cual se descubre en aquellas primeras palabras: *Hagamos al hombre.* En las cuales se han de ponderar los grandes misterios que encierran. Porque lo primero, no dijo Dios lo que de las otras cosas: *Fiat homo, ó producat terra hominem:* Hágase el hombre, ó la tierra produzca al hombre, para significar la excelencia del hombre, el cual por razon de su parte mas noble, que es el alma, no podia ser hecho de la tierra ni agua, sino por solo Dios criador del cielo y de

la tierra; para que entendamos que á él solo hemos de amar sobre todo como á único principio de nuestro ser, de quien todo nuestro bien procede, y á él solo hemos de servir, y pedirle que nos perfeccione, diciéndole (*Psalm.* LXXIX, 15): Ó Dios de las virtudes, mira la viña de mi alma, y perfecciona la que plantaste con tu poderosa diestra.

2. Lo segundo, dijo en número plural: *Hagamos al hombre á nuestra imágen*, para dar alguna noticia del misterio de la santísima Trinidad, y que todas tres Personas divinas concurrian á la creacion del hombre con mas especialidad que á las otras rosas, por comunicarle su imágen y semejanza; y tambien para significar que las tres divinas Personas hacian esta obra con consejo y consulta, y como exhortándose una á otra á la ejecucion de ella (*D. Greg.* lib. IX Moral. c. 27), porque tenian presente lo que habia de suceder; y echaban de ver cuán ingrato habia de ser el hombre á su Criador, quebrantando su ley, y cuán caro les habia de costar el remediarle por rigor de justicia; y cuán arduo era el santificarle y hacerle conseguir el último fin para que le criaban. Pero sin embargo de estas dificultades, el Padre dijo á su Hijo, y ambos al Espíritu Santo, y todos tres con grande resolucion dicen: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza. Ó amabilísimo y misericordiosísimo Criador, ¿qué te movió á criar una criatura que tan ingrata habia de ser á tu bondad? ¿por qué diste ser á quien tan mal le habia de emplear? ¿cómo criaste á tu imágen y semejanza al que con sus pecados la habia de afear? Fácil cosa te fue criarle, pero muy costoso de repararle, y con todo eso, con grande resolucion dices: Hagamos al hombre. Ó Amado de mi ánima, ¿con qué te pagaré tan amorosa resolucion? Deseo yo, con tu ayuda, hacer otra muy semejante á esta, determinándome á vencer cualquier dificultad valerosamente por servirte, pues tú te determinaste amorosamente á criarme.

3. De aquí tambien he de aprender, á imitacion del Criador, primero que comience cosas arduas y graves, consultarlas, y tomar consejo en ellas, mirando lo que pretendo hacer, para que no se me haga nuevo lo que sucediere, ni me arrepienta de ello, conforme á lo que dice el Sábio (*Eccli.* XXXII, 24): Hijo, ninguna cosa hagas sin consejo, y despues de hecha no te arrepentirás. Y el consejero principal ha de ser uno (*Eccli.* VI, 6), que es el mismo Dios trino y uno, siguiendo los consejos que nos ha dado en su ley. (*Psalm.* CXVIII, 24). Y finalmente ponderaré como dijo Cristo nuestro Señor esta palabra: Hagamos, para significar que criaba al hombre, con

dentes, es ser capaz de la sabiduría y ciencia, de virtud y gracia, de bienaventuranza y gloria, y de todos los dones naturales y sobrenaturales, que en razon de esto la puede Dios dar (*D. Thom.* 1 *p. q.* 88 *et* 89), con una capacidad tan infinita que solo él puede hartarla; y mientras no ve y posee á Dios, no es posible estar del todo harta. En lo cual resplandece grandemente la imágen de Dios, pues como Dios no se puede llenar si no es consigo mismo; así la capacidad y deseo del alma no se puede llenar si no es con Dios. Ó Dios infinito, pues me distes infinita capacidad, no permitas que siempre esté vacía. Y pues en tí solo están todos los bienes, lléname de tí, porque tú solo bastas para mí. –La sexta excelencia es, que como Dios es supremo Señor de todas las cosas, y las encierra en sí con eminencia, y tiene mando y potestad sobre ellas, y es el fin último á que se ordenan (*D. Thom.* 1 *p. q.* 96, *art.* 2); así el hombre, por razon de su alma principalmente es superior á todas las cosas visibles y corporales; y hasta los mismos cielos y estrellas, como arriba se dijo, le son inferiores, y se ocupan en su servicio. En sí encierra los grados de todas las cosas, de los cuerpos, plantas, animales y Ángeles; y como mundo abreviado abraza lo que hay en este mundo extendido, y preside con gran potestad á todo lo que hay en la tierra, como se verá en el punto 5.°

6. De estas seis consideraciones se sigue, que el ser hecho á imágen de Dios es excelencia singular y propia de solo el hombre, entre las criaturas corporales: las cuales no son mas que un rasguño, y pisada ó huella de la grandeza de Dios y de su Trinidad. Y así tengo de alentar á mi alma, para que conociendo su nobleza y generosidad, no desdiga de ella, sino que toda se entregue á Dios, trayendo á la memoria lo que Cristo nuestro Señor dijo á los que le preguntaron si era lícito pagar el tributo á César; y mostrándole una moneda, les dijo (*Matth.* XXII, 20): *¿Cuya es esta imágen? Respondieron ellos: De César. Pues dad,* dice, *á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.* Como quien dice: Pues con la imágen de este dinero de que usais, protestais que sois vasallos de César, pagadle lo que le debeis por este vasallaje, pues es suyo. Y tambien pagad á Dios lo que debeis á Dios. Ó alma mia, entra en cuenta y razon contigo, y pregunta á tí misma, ¿cuya es esta imágen, que está dentro de tí? ¿por ventura es imágen de César, ó de mundo y carne, ó de alguna cosa criada mayor ó menor que tú? Reconoce tu grandeza, porque no es imágen sino del mismo Dios, que por su infinita liberalidad te crió á imágen suya. Da pues á Dios lo que es de Dios; reconoce

por esta imágen el vasallaje que le debes; págale el tributo que te ha puesto. Y pues que tú eres la moneda de este tributo, en que está la imágen de tu Rey, date toda á su servicio, porque toda te debes á quien te dió lo que eres.-De esta misma forma puedo discurrir por las seis excelencias dichas, en que está la razon de imágen, preguntándome á mí mismo: Tu espíritu ¿cuya imágen es? si es imágen del espíritu de Dios, dale todo á Dios, y hazte un espíritu con él: tu alma con tus tres potencias ¿cuya imágen es? si es imágen de la santísima Trinidad, da á la Trinidad lo que es de la Trinidad, sirviendo con ellas al que es trino y uno por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no solamente crió al hombre á su imágen, sino tambien á su semejanza, de modo que la imágen fuese muy perfecta y semejante al ejemplar de donde se sacó (*D. Thom.* 1 *p. q.* 93, *art.* 9; *D. Basil., Ambr. et alii*): y así no contento con haberle criado á su imágen, segun la naturaleza, al modo dicho, crió tambien á Adan á su semejanza, segun el ser de la gracia y justicia original, por lo cual dijo el Sábio (*Eccles.* VII, 30), que Dios crió al hombre con rectitud, porque las obras de Dios son perfectas, y nunca vanas ni vacías de la perfeccion que pueden por entonces tener, conforme al fin para que las cria. (1 *p. q.* 95, *art.* 1). Y como Adan, por ser hecho á imágen de Dios, era capaz de su gracia y amistad, quiso criarle con esta perfeccion, comenzando á llenar este vacío y capacidad que tenia para los dones sobrenaturales.-De aquí tambien procedió, que la semejanza en el ser de la gracia que Dios dió á Adan fue muy perfecta (*q.* 95, *art.* 2 *et* 3), porque no solamente santificó el alma, y la rectificó y conformó con Dios, sino que tambien la dió pleno dominio y señorío sobre sus pasiones, de modo que con su libre voluntad mandase los apetitos, y ellos hiciesen sus actos con la duracion é intencion que ella quisiese, sin que jamás se rebelasen contra la razon, ni tuviesen guerra con ella, como ahora la hay entre la carne (*Galat.* v, 17) y el espíritu; y á semejanza de Dios, tenia paz en su reino interior, sin que hubiese dentro de él quien resistiese á su libre voluntad.

2. Y de aquí tambien resultó, que la imágen y semejanza de Dios, que principalmente está en el alma, se derivase al cuerpo, no solamente por la rectitud que tiene andando derecho y levantado al cielo, sino por la participacion de la inmortalidad que le comunicaba el alma, en cuya potestad estaba que nunca muriese, como no muriera si no pecara. (1 *p. q.* 76, *art.* 1).-De este modo crió Dios

á Adan y Eva á su imágen y semejanza: y aunque ellos solos gozaron de este último bien sobrenatural, porque le perdieron por su culpa para sí y para sus hijos; pero la voluntad de Dios fue dársele á él y á todos sus descendientes, si fuera obediente á sus mandamientos; y por esta voluntad tengo de darle muchas gracias, y tomar á mi cuenta estos tres bienes que Dios hizo á nuestros primeros padres, como si me los hubiera hecho á mí, suplicándole, que pues ya perdí esta semejanza, sea servido de repararla con su gracia. Ó Verbo divino (*Colos.* I, 15), imágen invisible del eterno Padre, que veniste al mundo para remediar los daños del hombre que criaste á tu imágen, y reparar la semejanza en el ser de gracia que perdió para todos, por su culpa; mira con ojos de misericordia mi pobre alma, reconoce la imágen que hiciste, aunque afeada con lo que yo hice: y pues yo la quité el lustre de la gracia que me diste en el Bautismo, restitúyemele con la penitencia, borrando el mal que yo hice, para que tenga su resplandor la ìmágen que tú hiciste. Ó Padre de las misericordias (*Rom.* VIII, 29), que predestinaste á tus escogidos para que fuesen conformes á la imágen de tu Hijo, confórmame con ella en la santidad, para que alcance la perfecta semejanza de su gloria. Amen. (I *Joan.* III, 2).

Punto quinto. — 1. (*D. Thom.* 2 *p. q.* 96, *art.* 1). Lo quinto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor hizo tambien al hombre, *para que presidiese á los peces del mar, y á las aves del cielo, á las bestias, y á toda la tierra, y á todo lo que arrastra por ella.* En lo cual se ha de ponderar, lo primero, la excelencia del hombre, por razon de ser hecho á imágen de Dios; de donde procede, que como Dios es supremo Señor de todas las criaturas; así el hombre le sea semejante en ser superior á todas las criaturas de la tierra, con entero dominio de ellas, para servirse de todas, y poderlas sin injuria matar para su recreacion ó para su sustento. Por lo cual, admirándome de la infinita liberalidad de Dios para con nosotros, diré con David: ¿Quién es el hombre, para que te acuerdes de él? ó el hijo del hombre para que le visites? (*Psalm.* VIII, 5). Hicístele un poco menor que los Ángeles, coronástele de honra y gloria, y constituístele sobre las obras de tus manos; pusiste todas las cosas debajo de sus piés, las ovejas y las vacas, y todo el ganado del campo; las aves del cielo, y los peces que nadan por el mar. Ó Señor, y Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra! Admirable es, porque siendo quien eres te acuerdas de una cosa tan baja como es el hombre; y tambien es admirable, porque le has co-

ronado de tanta honra y gloria, que le has hecho á tu imágen y semejanza; y no menos admirable, porque le has dado poder y señorío sobre las obras que tú hiciste por tus manos. Y pues tanto bien me has hecho, justo es que predique tu admirable nombre por toda la tierra, con deseo de que todos le veneren con suma honra.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la providencia de Dios nuestro Señor, así con los animales, como con los hombres en este caso; porque viendo su Majestad, que todas las cosas que habia criado en la tierra, por carecer de razon, tenian necesidad de quien las gobernase, crió al hombre á su imágen y semejanza, para que presidiese sobre ellas, proveyendo tambien con esto al mismo hombre del alivio y regalo que habia menester para pasar su vida, como se ve al ojo, que pastoreando el hombre á sus ovejas, hace bien á ellas y á sí. Y á esta causa, estando Adan en el paraíso, le llevó todas las aves y animales de la tierra á su presencia, para que él los conociese y pusiese nombre (*Genes.* II, 19), y tomase posesion de su dominio, y todos le reconociesen, á su modo, por señor, sujetándosele serpientes y fieras, como los mansos corderos. Y este favor no era para él solo, sino para sus descendientes (*Genes.* I, 28): y así despues que crió á Adan y Eva, les dijo: *Creced y multiplicad, y llenad la tierra, sujetadla, y señoreaos de los peces, aves y animales.* Y por consiguiente á mí tambien se hizo este favor, y gozara de él si Adan no pecara.

3. Pero aun despues del pecado resplandece esta misericordia y providencia de Dios con el hombre; porque, como consta de lo que dijo á Noé, le dejó el pleno dominio y uso de todos los animales que le podian ser de provecho; y tambien preside sobre los peces, serpientes y fieras, porque con su industria y maña pesca y sujeta no solamente los peces menores sino las ballenas, y caza toda suerte de aves y animales, por bravos que sean; doma las serpientes y las fieras, como dice el apóstol Santiago. (*Iacob.* III, 7). De donde sacaré motivos de alabanza y agradecimiento á Nuestro Señor por este beneficio, mostrando el agradecimiento en presidir y domar los apetitos bestiales de mi carne, que son figurados por estos cuatro géneros de animales, que Dios nos sujetó, mortificando las pasiones de la sensualidad carnal, figuradas por los peces; las pasiones de soberbia y ambicion, figuradas por las aves; las pasiones de codicia de bienes terrenos, figuradas por las serpientes; y las pasiones de ira y venganza, figuradas por las fieras. O Dios omnipotente, que diste al hombre dominio y maña para domar estas cuatro suertes de ani-

males, dame tu copiosa gracia para que dome las pasiones que son figuradas por ellos. Ninguno de los mortales puede por sí mismo domar la lengua (*Iacob.* III, 8), porque todas cuatro pasiones se juntan á embravecerla, pero con tu gracia será fácil lo que á nosotros es difícil: dómala tú, Señor, con tu omnipotencia, para que de hoy mas no se ocupe en otra cosa, que en cantar tus alabanzas por tus innumerables beneficios por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVI.

DEL MODO COMO DIOS FORMÓ EL CUERPO DEL HOMBRE, Y LE INFUNDIÓ EL ALMA, Y FORMÓ Á EVA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Hizo Dios al hombre del lodo de la tierra, é inspiró en su rostro un soplo de vida, y quedó el hombre con ánima viviente,* etc. (*Genes.* II, 7). Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor quiso que se contase distintamente la formacion del cuerpo y alma de Adan (*D. Thom.* 1 *p. q.* 91, *art.* 1), y primero la del cuerpo que es menos noble, para que se entendiese que el cuerpo y alma del hombre no eran como los de los otros animales, cuyos cuerpos y almas fueron hechos de la tierra, sino que el cuerpo solo se hizo de la tierra, y el alma vino de fuera; y en esta fe fundarémos nuestra vida, tratando al cuerpo como merece, y dándole su lugar, de modo que no se anteponga ni iguale con el alma. Y aun algunos santos Padres afirman (*Habetur* IV *Esdrae, c.* III; *tenent Gennad.*, *D. Chrysost.*, *Tostat. et alii in Genes. c.* II; *contra D. Thom.* 1 *p. q.* 90, *art.* 4 *ad* 3), que hizo Dios el cuerpo de Adan un poco primero que el alma, para que mejor se conociese lo que tenia el cuerpo de suyo, y la necesidad que tenia del alma, y el bien que por ella le venia; pero bástanos para esto imaginarle sin alma, como ahora está un cuerpo muerto: y en este retrato podemos contemplar lo que debemos á quien nos da el alma con que vivimos.

2. Luego ponderaré como Dios nuestro Señor con altísima sabiduría no quiso criar de nada el cuerpo de Adan, sino hacerle de tierra y del polvo de la tierra, mezclado con agua, como el ollero hace el barro, y de él forma los vasos, para que el hombre se fundase en profunda humildad, viendo su vil orígen de esta parte, y conociendo la fragilidad de su naturaleza, y por consiguiente la mortalidad que de tal principio le viene. - Con esta consideracion, unas

veces, para reprimir mi orgullo, diré aquello del Eclesiástico (*c.* x, 9): *Quid superbit terra, et cinis?* ¿De qué se ensoberbece la tierra y ceniza? Ó soberbio y presuntuoso, ¿de qué presumes? ¿por ventura de la tierra y polvo que lleva el viento? humíllate hasta la tierra, pues eres tierra.—Otras veces, para reprimir las quejas que se me levantan en el corazon, contra los juicios de Dios, porque no me da las cosas que deseo, diré aquello de san Pablo (*Rom.* IX, 20): Ó hombre, ¿tú quién eres, para andar en quejas con Dios? ¿Por ventura puede decir el vaso de barro al ollero, por qué me hiciste así? ¿No tiene el ollero potestad de hacer de un mismo barro un vaso de honra, y otro de ignominia? *Vae qui contradicit Fictori suo testa de lamiis terrae!* (*Isai.* XLV, 9). ¡Ay del que contradice á su Hacedor, siendo vaso hecho de tierra! Ó alma mia, ríndete á tu Hacedor, pues no te hace agravio en hacer de tí lo que quisiere; y siendo justo, no hará cosa contra tu provecho, si tú no te apartas de su servicio.

3. Otras veces para alentarme á confianza en Dios, que me hizo de barro, diré aquello del profeta Isaías (*Isai.* LXIV, 8): Tú eres nuestro Padre, y nosotros barro; tú nuestro formador, y nosotros obra de tus manos: no quiebres, Señor, el vaso que hiciste, pues no le hiciste para quebrarle con rigor, sino para servirte de él con entereza.—Otras veces, para resignarme con gozo en las manos de Dios, y darle la gloria de todo lo bueno que en mí hay, me acordaré de lo que dijo por Jeremías (*c.* XVIII, 6): *Sicut lutum in manu figuli; ita vos in manu mea:* como el barro está en manos del ollero, así estais vosotros en las mias. Ó Criador piadosísimo, gózome de estar en tus benditas manos, porque todo me será dulce cuanto saliere de ellas. Gózome de que hayas puesto en vasos de barro los tesoros de tu gracia (II *Cor.* IV, 7), para que no sea nuestra, sino tuya la gloria de ellos.

4. Finalmente, para huir todos los pecados, me acordaré que ellos deshacen esta obra de barro, y la convierten en el polvo de que fue hecha, conforme á la sentencia que dió Nuestro Señor contra Adan, diciéndole (*Genes.* III, 19), que se convertiria en tierra, de donde fue formado: *Quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* Eres polvo, y serás tornado en polvo; como quien dice: Por esto te hice de la tierra y del polvo, para que entendieses que si no guardabas mi ley te convertirias en la tierra y polvo de que te hice, pues quien no estima al que le sacó del lodo, justo es que se vuelva al lodo de donde le sacó. Ó Padre amantísimo, que con tanta providencia formaste mi cuerpo de la tierra, concédeme que tome los avisos que con este

hecho me diste, para que cuando mi cuerpo se vuelva en tierra, suba mi alma contigo al cielo. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la omnipotencia de Dios en haber hecho de materia tan vil y grosera una cosa tan preciosa, como el cuerpo del hombre; discurriendo por las excelencias de esta obra, reduciéndolas brevemente á cuatro. – La primera es, la muchedumbre de partes y miembros tan diferentes que tiene, las cuales se hicieron de un mismo lodo, y ahora se hacen de una misma materia, poco menos vil que el lodo, sino que ahora hácense poco á poco, y una despues de otra; entonces hízolas Dios en un momento todas juntas, con grande perfeccion; por lo cual daré gracias, admirándome de su omnipotencia, con aquellas palabras de David (*Psalm.* XXXIV, 10): *Omnia ossa mea dicent: Domine quis similis tibi?* Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién hay semejante á tí? O Dios poderosísimo, mis huesos y mi carne, mis venas y mis arterias, y todos los miembros de mi cuerpo á voces están diciendo: ¿quién hay semejante á tí en el poder? ¿quién sino tú pudiera hacer en el vientre de una mujer cuerpo lleno de tantos huesos? Ó alma mia, oye las palabras de aquella excelente matrona que decia á sus hijos los Macabeos (II *Mach.* VII, 22): No os dí yo el espíritu ni la vida, ni yo sola formé los miembros de vuestro cuerpo, con la trabazon que tienen, sino el Criador del mundo, que formó la vida del hombre, y dió principio á todas las cosas. (*Eccles.* XI, 5). ¡Oh si todos mis huesos fuesen descoyuntados y martirizados como los de estos santos Macabeos, en gloria y honra del que me lós dió!

2. La segunda excelencia es, la hermosura, grandeza y delicadeza de este cuerpo, con ser hecha de una cosa tan fea, grosera y tan pequeña como un poco de lodo. Y lo que admira es, que tardando ahora treinta años en tener su debida grandeza y hermosura, en Adan la tuvo en un momento, haciéndole Dios en estado de varon perfecto, para que se vea que de cosas bajas puede sacar cosas muy altas; y lo que por curso natural pide tiempo de muchos años, lo puede hacer en un instante. – La tercera excelencia es, la figura tan noble (*D. Thom. q.* 93, *art.* 3) y derecha que tiene, andando todos los demás animales los cuerpos inclinados á la tierra, para que entendiésemos, que aunque fuimos hechos de tierra, nuestro fin no es cosa de la tierra, sino del cielo, enderezando allá la vista y el corazon. Ó alma mia, avergüénzate de andar inclinada con tus aficiones á la tierra, estando en cuerpo derecho y levantado al cielo. Ó Salvador mio, que desataste á la hija de Abrahan (*Luc.* XIII, 16), que

anduvo diez y ocho años inclinada á la tierra, sin poder mirar al cielo, desata esta alma, que tantos años ha traido atada Satanás, inclinándola á las cosas terrenas, para que de hoy mas respire, y se levante á mirar las celestiales.

3. La cuarta excelencia es, la perfeccion de todo cuanto ha menester, en órden al alma, que le informa, supliendo el alma con la razon las faltas que resultan de su delicada complexion; porque aunque otros animales nos exceden en la viveza de la vista y olfato, en la ligereza del movimiento, en nacer vestidos y calzados, y armados con varias armas ofensivas; pero todo esto procede de la grosería y terrestridad grande de su complexion y naturaleza, y no se compadecia con la delicadeza de la nuestra; pero el alma con la luz de la razon y prudencia aviva sus sentidos, y los perfecciona, viste y calza, y arma su cuerpo, mejor que los animales, acudiendo la divina Providencia á suplir la falta de todo esto, para que no falte á los hombres lo que no falta á las bestias. Por todas estas cosas he de dar gracias al Criador, que con tanta suavidad trazó la fábrica de mi cuerpo para ser morada de mi alma, alabándole porque me dió ojos para ver, con párpados que los cubriesen, y cabeza levantada en alto, con cabellos que la adornasen, y así por todos los demás miembros del cuerpo.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar (*D. Thom.* 1 *p. q.* 90), como Dios nuestro Señor crió de nada el alma del primer hombre, cuya creacion declara, diciendo: *inspiró en su rostro un espíritu, ó soplo de vida* (*Genes.* II, 7), para significar que el alma y vida que le daba no procedia de la tierra, de donde el cuerpo fue formado, sino que le venia de fuera, por la omnipotencia del Criador, porque como el soplo procede del hombre, y es un aire que sale de lo interior por la boca, así nuestra alma procede de Dios, y sale de él con grande amor, como quien la saca de sus entrañas, y sale por su boca, esto es, por su imperio, queriendo que sea, sin haber quien le resista; y en esto se descubre su nobleza, y la semejanza con la divina Sabiduría, que, como ella dice (*Eccli.* XXIV, 5), procedió de la boca del Altísimo. Ó alma mia, obra eres de solo Dios, alaba y glorifica al que te dió el ser que tienes con tanto amor. De Dios saliste, procura volver á Dios, y entrar dentro de su pecho, amando al que te amó con todo tu corazon.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que llama Dios al alma, *spiraculum vitae*, soplo, espíritu ó respiracion, que da vida á la cosa donde entra, para significar que la vida del cuerpo consiste en que

Dios crie y junte el alma con él, y en que siempre respire para conservarse; y por esto dice, que el soplo dió en el rostro de Adan, porque allí están los principales sentidos de la vida, la vista, oido, olfato y gusto, y los sentidos interiores, y algunos instrumentos de la respiracion para conservar la vida. Y de aquí sacaré, que llamar Dios al alma respiracion de vida, es para provocarme á que cada vez que respiro me acuerde del Criador que me dió el alma, y del soberano beneficio que me hizo en dármela, creyendo, que como la vida del cuerpo está pendiente de la respiracion del alma, así la vida y ser de mi alma está pendiente de la inspiracion y virtud de Dios; porque si él no la conserva, se volveria en nada, y así es justo algunas veces con cada respiracion hacer algunos actos de amor, ó de alabanza y agradecimiento por este beneficio, al modo que arriba se declaró. (*Medit.* XXIII *de la parte* V).

3. De aquí subiré á ponderar el misterio de estas palabras, porque como el cuerpo sin el alma carece de vida natural, así el alma sin la gracia carece de vida espiritual; y como Dios soplando en el cuerpo de Adan, le infundió un alma con que le dió vida natural, así tambien soplando con el soplo de su divina y eficaz inspiracion infunde en el alma un espíritu de gracia y caridad, con que la da vida sobrenatural, y ambas vidas infundió Nuestro Señor juntamente al primer hombre cuando le crió. Y quizá por esto dice la Escritura, en la lengua original, que inspiró en Adan, *spiraculum vitarum*, soplo de vidas, porque no solamente le dió el alma excelentísima, de quien procede la vida vegetativa, con que crece como las plantas, y sensitiva, con que siente como los animales, é intelectiva, con que entiende como los Ángeles, sino tambien le dió el Espíritu Santo, de quien procede la gracia y caridad, con los varios ejercicios de vida que hay en ella. Y en conformidad de esto, Cristo nuestro Señor con otro soplo dió á sus Apóstoles el Espíritu Santo (*Ioan.* XX, 22), como en su lugar ponderamos. (*Parte* V, *medit.* IX). Ó Padre eterno, que por boca de tu Hijo produces el soplo del Espíritu Santo, con cuya presencia se vivifican las almas muertas por la culpa; renueva la mia con este divino soplo, visitándome á menudo con tus divinas inspiraciones, para que viva la vida nueva de tu gracia, y en ella permanezca hasta la vida eterna. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, habiendo criado á Adan (*Genes.* II, 8), poco despues le llevó al paraíso de deleites, que habia plantado el tercer dia

para su morada (*D. Thom.* 1 *p. q.* 102, *art.* 4), ponderando los sentimientos tiernos y devotos que por él pasaron, cuando conoció con la ciencia que Dios le habia dado los beneficios que le habia hecho. —Lo primero, cuando en aquel primer instante abrió los ojos, y vió la hermosura de los cielos, con sus estrellas y planetas, y la belleza de la tierra, con sus árboles y plantas, y las aves y animales que andaban por ella, quedaria como suspenso con la novedad de cosas tan admirables, al modo que un hombre que desde que nació hubiese estado encerrado en un sótano, si al cabo de treinta años saliese de su encerramiento, y viese lo que hay en este mundo, quedaria como fuera de sí admirado de tantas maravillas, alabando y glorificando al Criador de ellas.

2. Pues ¿qué haria, cuando poco despues vió que el mismo Dios le llevó al paraíso y huerto de deleites, y se le dió por habitacion y morada, con plena potestad de comer la fruta de los innumerables árboles que tenia, excepto uno? Y como conoció que este era nuevo favor sin sus merecimientos y sin ser debido á su naturaleza, sino por sola gracia del Criador, admirado de su bondad y liberalidad, y de la belleza del huerto, prorumpiria en nuevas alabanzas, por tan soberana merced como le habia hecho. —Y apenas habia acabado estas alabanzas, cuando vió que el mismo Dios, por ministerio de sus Ángeles, le ponia delante toda la muchedumbre de aves, bestias y serpientes, para que se recrease con aquella vista de tanta variedad y hermosura de criaturas; porque si tanta recreacion es ver un elefante ú otro animal nunca visto, ¿qué seria ver tantos juntos, y conocer lo que habia en cada uno? y cuando vió que todos le estaban sujetos y él era superior á todos, todo se convertiria en alabanzas de su Criador por la inmensa liberalidad que con él habia usado.

3. Estas consideraciones he de aplicar á mí mismo, y levantando el espíritu de lo terreno á lo celestial, glorificaré á Dios por las cosas que crió en este mundo inferior para mi regalo, mirándolas con nueva vista, como si fueran nuevas para mí, cantándole cantares nuevos de alabanza por ellas; y luego contemplaré el amor tan tierno con que Dios nuestro Señor me va llevando y guiando al paraíso celestial, con deseo de dármele para perpétua morada, ponderando la admiracion y júbilos que tendré en la primera vista de aquel nuevo mundo superior. Ó Dios de mi alma, ahora entiendo lo que dijiste por tu Profeta (*Osee*, XI, 4): Traerlos he con cuerdas de Adan y ataduras de caridad. Cuerdas de Adan fueron los innumerables beneficios de naturaleza y gracia, con los cuales le ataste y obligas-

te á que te amase y sirviese; y con estas mismas me atas y obligas á que yo tambien te ame y sirva: cuerdas son de Adan los cielos con sus estrellas, el mar con sus peces, el aire con sus aves, la tierra con sus plantas y animales. Cuerdas son de Adan el cuerpo que me diste, con sus miembros y sentidos, y el alma que criaste á imágen tuya, con todas sus potencias. Ataduras de caridad son las gracias, los Sacramentos, las inspiraciones, y el paraíso que me prometes. ¡Oh si me atase con fortísimo amor á quien tales cuerdas y ataduras inventó para que le amase, de modo que nunca las rompiese!

Punto quinto. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, aunque hizo juntamente pareados los sexos de las aves y animales de la tierra, no quiso criar juntamente al hombre y á la mujer, sino primero crió al hombre, y despues de su costilla hizo la mujer (*Genes.* II, 22), para que entendiésemos que el hombre no fue criado principalmente para vacar á la generacion como los demás animales; porque, aunque esta obra en el matrimonio sea buena, y fue necesaria por entonces para la multiplicacion del género humano, pero es obra muy baja, y comun al hombre con las bestias, y así le crió solo antes de la mujer, para que entendiese que su principal fin era vacar á Dios, y contemplarle y amarle, y ejercitar con él á solas las obras que son propias de los Ángeles. Y aun cuando formó la mujer de su costilla, estaba durmiendo arrebatado en grande éxtasis de contemplacion, para que entendiese que el mismo matrimonio no ha de estorbar el uso de la oracion y contemplacion, cumpliendo lo que despues dijo el Apóstol (I *Cor.* VII, 29): Que quien tiene mujer, viva como si no la tuviese, y no deje de vacar á la oracion; y despues que el mundo está multiplicado, mejor es al que tiene vocacion de Dios para ello, vivir solo sin mujer, que con tal compañía.

2. Otra causa de esto fue, para movernos á la union de unos con otros por amor, viendo que nuestro Criador, como dice san Pablo (*Act.* XVII, 26), *ex uno fecit omne genus hominum*, de uno solo hizo á todo el género humano, para que los que tienen no mas que un Padre en el cielo y otro en la tierra se amen como hermanos, conforme á lo que dijo el profeta Malaquías (*Malach.* II, 10): ¿Por ventura no es uno el Padre de todos nosotros, y no es uno el Dios que nos crió? pues ¿por qué desprecia cada uno á su hermano?

3. Otra causa mística fue, para significar que así como un solo hombre fue cabeza del género humano en el ser natural, de cuya costilla estando durmiendo se hizo Eva; así un solo hombre nuevo,

Cristo Jesús, habia de ser cabeza de todos los hombres en el ser de gracia, de cuyo lado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, salió agua y sangre, figura de los Sacramentos con que se edifica y conserva su esposa la Iglesia, que es la congregacion de todos los fieles; y esta razon les moviese mucho mas á tener union de caridad, pues tienen un solo Criador y un Padre en la naturaleza, y un solo Padre en el ser de gracia, el cual es su único Redentor y Remediador de todos los males que incurrieron por el pecado del primero. Ó dulcísimo Criador y Redentor nuestro, que á costa de tu misma sangre (*Ephes.* v, 27) edificaste la Iglesia para hacerla gloriosa sin mancha ni ruga, ni otra alguna imperfeccion; aplica tu redencion con tu infinita misericordia á los que criaste con tu soberana omnipotencia, para que todos gocen de ella, y de ellos se haga una iglesia y esposa tuya, hermosa y sin mancilla (*Cant.* iv, 7), en la cual reines por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA REFLEXION QUE HIZO DIOS NUESTRO SEÑOR SOBRE LAS OBRAS DE ESTOS SEIS DIAS, DECLARANDO QUE ERAN MUY BUENAS, Y DE LA SANTIFICACION DEL DIA SÉPTIMO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor al fin del sexto dia, habiendo criado todas las cosas, las vió (*Genes.* i, 31), *et erant valde bona*, y eran muy buenas. En lo cual ponderaré como en tres tiempos leemos que Dios nuestro Señor hiciese reflexion sobre sus obras, y viese que eran buenas; es á saber, en el mismo dia que las hizo, despues de haberlas criado; y si en un dia hizo diferentes obras, en cada una al fin de ella; y lo tercero al fin de los seis dias y de todas las obras, haciendo reflexion sobre todas juntas, y entonces no solamente dijo que eran buenas, sino muy buenas y muy perfectas, porque tenia cada una la bondad que le convenia en órden á sí misma y en órden al bien comun del universo, el cual era perfecto en todas sus cosas cuanto al número, duracion, hermosura y proporcion de todas sus partes, sin que en ellas hubiese cosa mala ni dañosa, al modo que ya se ha ponderado en las meditaciones pasadas. Pero juntamente ponderaré como á solo Dios, por razon de su infinita bondad, pertenece que mirando todas sus obras, pueda decir que son buenas y muy perfectas (*Deut.* xxxii, 4), sin que en ellas haya cosa mala ni imper-

fecta; y lo mismo conviene á Cristo nuestro Señor, por ser Hombre y Dios, de quien se dijo (*Marc.* VII, 37): ***Bene omnia fecit,*** que hizo todas las cosas bien. Y esto mismo por especial privilegio se halló en la Vírgen santísima; pero todos los demás hombres, por muy santos que hayan sido, segun la ley ordinaria, haciendo reflexion sobre sus obras, hallarán alguna culpa ó imperfeccion en algunas de ellas, pues como dijo Santiago apóstol (*Iacob.* III, 2): Todos tropezamos y caemos en muchas cosas; pero nuestro cuidado ha de ser acercarnos, cuanto pudiéremos, á la perfeccion de Dios, procurando, en cuanto nos fuere posible, que nuestras obras sean tales, que mirándolas Dios, pueda decir en alguna manera, que son, *valde bona,* muy buenas.

2. *De tres exámenes de nuestras obras.* — Para alcanzar esta perfeccion, nos ayudará hacer tres exámenes de nuestras obras, haciendo reflexion sobre ellas.-El primero es al fin del dia, haciendo reflexion sobre todas las obras que en él hubiere hecho, mirando si son conformes á la divina voluntad, de modo que Dios las dé por buenas, borrando con la contricion las malas, al modo que se dijo en la meditacion XXVIII de la parte I.-El segundo exámen, que ayuda mas á la perfeccion, es en acabando cualquier obra de importancia hacer luego reflexion sobre ella, como la hizo Nuestro Señor el tercero y sexto dia, y examinarla sin aguardar al fin del dia; y si hallare que toda ella es buena, sin que le falte circunstancia alguna, daré gracias á Dios por ello; y si hallare que es buena, pero con mezcla de algunas imperfecciones y descuidos, apartaré lo precioso de lo vil, y el oro de la escoria, consumiendo con el fuego del amor y del dolor todo lo malo é imperfecto, con propósito de otra vez hacerla de tal manera, que viéndola Dios pueda decir que es buena; y si hallare que toda fue mala, confundiréme de haber empleado mal el dia que Dios me dió para obrar bien.

3. Este exámen se ha de hacer al fin de cualquier obra y negocio de importancia, porque, como dice san Doroteo, pecamos mucho y olvidámonos presto, y así es menester (*Serm.* 11): ***Frequentissime, ac singulis horis nos ipsos exquirere, rimari, ac perscrutare diligentissime,*** muy á menudo, y cada hora examinarnos y escudriñarnos diligentísimamente. (*Serm.* 10): ***Imo, et per quaelibet temporum momenta:*** y si fuera posible en cada momento de tiempo, mirando cómo le hemos gastado, pues, como dice el Sábio (*Prov.* XXIV, 16), el justo cae siete veces; esto es, muchas veces, y otras tantas se levanta, sin aguardar á levantarse de todas al fin del dia. Y como

los hombres muy limpios, si muchas veces se manchan ó enlodan, muchas veces se limpian, acudiendo luego á quitar la mancha; así los varones muy amigos de la limpieza de su alma se limpian y purifican luego en manchándose con alguna culpa ó imperfeccion; de modo que mirando Dios su alma por entonces, pueda decir: Toda eres hermosa, amiga mia (*Cant.* IV, 7), y no hay en tí mancha alguna.

4. El tercer exámen es al fin de la semana, al modo que Nuestro Señor hizo reflexion sobre las obras de estos seis dias al fin de ellos, haciendo comparacion de un dia á otro, examinando si cada dia procuré adornar mi alma con nuevos resplandores de virtudes; si fuí creciendo y aprovechando cada dia en la perfeccion de ellas; si cumplí enteramente las obligaciones propias y las del bien comun; y de lo bueno que hallare haré una pella, ofreciéndolo á Dios, y dándole gracias por ello, cumpliendo lo que dice David (*Psalm.* CXLIV, 2): *Per singulos dies benedicam tibi:* todos los dias te alabaré, por el bien que me has hecho en cada uno. De lo malo que hallare, haré otra pella, para confesarlo con dolor de corazon, y aparejarme con esta pureza para la fiesta que tengo de celebrar el dia séptimo, pues quien desea crecer en la perfeccion, cada semana deberia confesar y comulgar para alcanzarla. Este mismo exámen y reflexion se deberia hacer al fin de cada año, haciendo una confesion general de las culpas cometidas en todo él, y haciendo comparacion de un año á otro; confundiréme si voy siempre á un paso tibio, y alentaréme á ir siempre adelante.

5. Y finalmente, al fin de toda la vida, figurada por estos seis dias, dando lugar la enfermedad, y no habiendo algun especial impedimento, es bueno hacer otro exámen y confesion para borrar todo lo malo que hubiéremos hecho; de modo que el príncipe de este mundo no halle por entonces en nosotros cosa suya (*Ioan.* XIV, 30), y el Príncipe del cielo mirando todo lo que tenemos, lo apruebe y dé por bueno, y así nos lleve consigo al descanso eterno, figurado por el dia séptimo. Ó Bien sumo y principio de todo bien, cuyas obras siempre fueron buenas y como tales las aprobaste en estos seis dias que las hiciste; concédeme por tu gracia parte de esta bondad, que es propia de tu divina naturaleza, para que en el último exámen que hicieres de mi vida no halles cosa de lo malo que yo hice, sino solamente lo bueno que tu gracia hizo conmigo, y por ello me admitas en tu santo reino. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios

nuestro Señor el dia séptimo acabó la obra que hizo: *Et requievit ab universo opere quod patraverat* (*Genes.* II, 2), y descansó y cesó de toda la obra que habia hecho, por lo cual bendijo al dia séptimo. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 73). Aquí se ha de ponderar, lo primero, como Dios nuestro Señor en el séptimo dia cesó de hacer nuevas cosas, no porque se le agotase la omnipotencia para hacerlas, si quisiera ó conviniera para su intento y nuestro provecho, sino porque las hechas bastaban para la perfeccion del mundo que habia trazado, y así no dice la Escritura, que acabó Dios lo que podia hacer, sino lo que hizo, haciéndolo muy perfecto; y entonces descansó, no en las criaturas, porque no tiene necesidad de ellas para su descanso y bienaventuranza, sino descansó, cesando de obrar al modo dicho, y gozándose en sí mismo, por haber cumplido lo que *ab aeterno* quiso y ordenó, y ahora ejecutó con alegría. Á cuya imitacion procuraré buscar mi descanso, no en las criaturas, si no en el Criador; porque como Dios no puede descansar si no es en sí mismo, así yo no puedo hallar descanso si no es en él. Y aunque tengo de alegrarme de las obras que hace como el mismo Dios, segun dice David (*Psalm.* XCI, 5; *Psalm.* CIII, 31), se deleita en ellas; pero no ha de ser parando en las cosas criadas, sino en el que las crió. Ó gloria y descanso mio, gózome del descanso eterno que tienes en tí mismo, porque ni obras con trabajo, ni por obrar pierdes tu descanso. Concédeme, Señor, que ponga mi descanso en trabajar por tu servicio, porque sin tí todo descanso es vano y perecedero, y en tí solo es lleno y sempiterno.

2. Lo segundo, ponderaré como Dios nuestro Señor bendijo al dia séptimo, y le santificó, y porque la bendicion de Dios es eficaz, bendecirle fue dar á entender que en aquel dia, aunque cesaba de criar nuevas cosas, comenzaba con otro nuevo modo á hacerlas bien con el beneficio de la conservacion y gobernacion; y las criaturas tambien comenzaban á poner en obra la bendicion recibida, atendiendo á su multiplicacion; y dice así la Escritura que cesó Dios, *ab omni opere suo quod creavit, ut faceret*, de todo lo que crió para que hiciese, esto es, para que obrase y se multiplicase en el mundo; como quien dice, no lo crió para que estuviese ocioso, sino para que cada cosa hiciese lo que le tocaba, para alcanzar su fin. Y al hombre crió tambien, *ut faceret*, para que obrase y trabajase, por alcanzar la santidad, la quietud y descanso que se recibe en solo Dios; y así para él principalmente se bendijo y santificó este dia séptimo. Ó Dios eterno que me criaste por Cristo (*Ephes.* II, 10) tu

Hijo, para que hiciese obras buenas, y caminase por ellas á tu eterna bienaventuranza; derrama sobre mí tu copiosa bendicion, para que desde luego comience á obrar y aprovechar en justicia y santidad, poniendo todo mi descanso en darte contento por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. – *Del espíritu con que se han de celebrar las fiestas.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar el misterio que está encerrado en cesar Dios de sus obras, y en bendecir y santificar el dia séptimo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 122, *art.* 4); ponderando como Dios nuestro Señor ordenó con precepto al pueblo de Israel, que santificasen el dia séptimo (*Exod.* XX, 8; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 22, *art.* 4 *ad* 4), que para ellos era el sábado, en memoria y agradecimiento del beneficio de la creacion del mundo, y de las cosas que hizo en los seis dias primeros. Y en figura de la quietud y descanso que tienen los justos, así en esta vida por la gracia, como en la otra por la gloria; por razon de lo cual, los llama Isaías (*Isai.* LVIII, 13): Sábado del Señor, delicado y glorioso. Á este sábado sucede ahora el domingo, no solamente en memoria y agradecimiento del beneficio de la creacion del mundo, sino mucho mas de la redencion y renovacion que hizo Cristo nuestro Señor en su resurreccion, y de la quietud que nos dió con su gracia, y de la que nos promete con la glorificacion del alma y resurreccion del cuerpo. Y por consiguiente muchos mayores títulos hay para santificar el domingo, que habia para santificar el sábado.

2. Para cumplir con esta obligacion perfectamente (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 107, *art.* 1), quitando todo género de desagradecimiento, se han de hacer cuatro cosas. - La primera es, cesar de las obras serviles, como Dios cesó de las cosas que hizo al modo dicho, para que desocupados de ellas, podamos vacar á Dios con quietud; y por consiguiente hemos de cesar de los pecados que son obras mas serviles que las exteriores que hacen los siervos, porque (*Ioan.* VIII, 34), *quien hace el pecado, siervo es del pecado;* el cual impide notablemente el vacar á Dios, y es supremo grado de desagradecimiento ofender al bienhechor en el tiempo que habia él mismo señalado para que le agradeciesen su beneficio, profanando con la culpa el dia que santificó con su magnificencia. -La segunda cosa es, vacar á Dios con ejercicios de oracion y contemplacion, ponderando la grandeza de los beneficios, en cuya memoria se instituyó este dia de fiesta, meditándolos por los puntos que arriba se pusieron; con lo cual quitamos el segundo grado de desagradecimiento, que es olvidarse

de su bienhechor y del beneficio recibido.-La tercera es, alabar á Dios vocalmente, cantándole himnos y salmos en accion de gracias por los beneficios recibidos, como se usa en la Iglesia, para que allí acudan los fieles, y oyendo el canto se muevan á glorificar á Dios, cantando, como dice san Pablo (*Colos.* III, 17), en sus corazones, dando gracias al Padre de las misericordias por las que nos ha hecho. Con lo cual se ataja el otro grado de desagradecimiento, que es no agradecer, siquiera de palabra, las mercedes recibidas.

3. La cuarta es, ofrecer á Dios sacrificios para darle el culto debido por título de ser nuestro Criador y Santificador, y en accion de gracias por las mercedes que nos ha hecho, y para impetrar de nuevo otras con que mas servirle. Para estos tres fines se ofrece el sacrificio de la misa, como en su lugar se dijo (*P.* IV, *med.* XV), al cual han de asistir los fieles todos los domingos y fiestas, ofreciéndole juntamente con los sacerdotes, y por su mano, añadiendo tambien los sacrificios de corazon (*Psalm.* L, 19-21), contricion y de justicia, ejercitando varias obras de piedad y caridad, pues no cesamos de las obras serviles para estar ociosos, sino para ejercitar las obras que son por entonces mas agradables al Criador, con las cuales se alcanza la quietud y descanso del espíritu.

4. Finalmente, para animarnos á todo esto, quiso Nuestro Señor bendecir y santificar el dia séptimo, premiando á los que le santifican al modo dicho, con echarles su bendicion y llenarlos de santidad, pues por esto se llama el dia bendito; porque Dios le señaló para llenarnos en él de bendiciones celestiales, y cuando conviniere tambien de las temporales, multiplicando los bienes de los que se ocupan en santificarle. Ó Dios liberalísimo, gracias te doy por haber señalado tiempo en que te alabase por los beneficios recibidos, para que me hiciese digno de recibir otros nuevos. Líbrame, Señor, de la ingratitud que como viento abrasador consume las virtudes y seca la fuente de tus misericordias. (*D. Aug.* in Soliloq. *c.* 18; *D. Bern.* Serm. contra vitium pessimum ingratit. *Psalm.* CXIV, 7). Ó alma mia, conviértete á tu descanso, porque el Señor lo ha hecho bien contigo: tu descanso sea alabarle todo el tiempo de esta vida, para que llegues al descanso eterno en la otra. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DEL BENEFICIO DE LA CONSERVACION DEL MUNDO, Y DE LA DEPENDENCIA QUE TODAS LAS COSAS TIENEN DE DIOS EN EL SER Y EN EL OBRAR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar (*D. Thom.* 1 *p. q.* 104, *art.* 1), como todas las cosas que Dios nuestro Señor crió en el principio del mundo, y en los seis dias primeros, que quedan referidas, y todas las demás que por medio de ellas se han multiplicado, dependen en la conservacion de su ser del mismo Dios: porque la conservacion no es otra cosa que una continuacion de la obra con que Dios hace una cosa: y así como hizo todas las cosas con tres dedos de su mano, que son, la bondad, sabiduría y omnipotencia, como arriba se dijo (*med.* XVI); así con estos mismos las sustenta y conserva, como dice Isaías (*Isai.* XLVIII, 6), y lo confiesa san Pablo (*Hebr.* I, 3), diciendo, que Dios con la palabra de su virtud sustenta todas las cosas: pues ¿qué cosa puede ser mas admirable y gloriosa que ver la máquina de todo este mundo colgada actualmente de la voluntad y poder de Dios, mucho mas que la luz del aire está dependiente del sol? De tal manera, que como en ausentándose el sol deja de ser la luz; así en queriendo Dios suspender su concurso, toda esta máquina se volveria en nada; lo cual puede hacer en un momento: de donde sacaré varios afectos, para fundamento de mi vida y perfeccion.

2. Unas veces afectos de confianza en un Dios que tanto puede, y de quien todo depende, venciendo los temores de las criaturas con esta omnipotencia del Criador, como aquel valeroso Macabeo, que dijo (II *Mach.* VIII, 18): *Nos autem in omnipotente Domino qui potest et venientes adversum nos, et universum mundum, uno nutu delere, confidimus:* nosotros confiamos en el Señor todopoderoso, que con un solo guiñar de ojo puede destruir á cuantos vinieren contra nosotros, y á todo el universo mundo. Otras veces sacaré afectos de temor grande de su justicia por estar junta con tal omnipotencia, suplicándole que la modere con su misericordia, diciendo como Jeremías: Corrígeme, Señor, pero sea con juicio y no con furor (*c.* X, 24): *Ne forte ad nihilum redigas me,* porque no me vuelvas en nada como mis pecados merecen. Pero mucho mas temeré ofender á un Dios de quien actualmente está colgado mi ser y cuanto tengo: ¿cómo temblaria de injuriar á un hombre que me tuviese con sus tres

dedos colgado de una torre altísima, y en su voluntad estuviese soltarme de la mano para que me despeñase?

3. Otras veces sacaré afectos de profundísima humildad, reconociendo esta íntima dependencia que tengo de Dios en mi ser y en todo lo necesario para su conservacion, juntando con la humildad la caridad, porque mirando como este ser no puede conservarse sin Dios, he de humillarme y tenerme por nada delante de él, y mirando como Dios le conserva, he de amar á quien tanto bien me hace: y por este camino la humildad aviva la caridad, y el conocimiento de mi nada causa grande amor al que me saca de ella, y me conserva siempre en el ser que me ha dado.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la infinidad de este soberano beneficio de la conservacion, por los innumerables bienes que abraza, aplicándolos todos á mí, y cada uno á sí mismo. Porque primeramente, todas las cosas que Dios crió en el principio del mundo y en los seis primeros dias, y las que en virtud de estas se han ido multiplicando por tantos millares de años, y las que de presente hay en el mundo, que son como infinitas, todas pertenecen en alguna manera á este beneficio, ayudando unas para que yo viniese á ser engendrado, y otras para que me conserve en el ser que tengo, sirviéndose de ellas Nuestro Señor para este fin. Los cielos con todos sus movimientos, y los Ángeles que los mueven con las innumerables influencias que reparten por todo el mundo, para conservar las cosas inferiores, son beneficio mio, necesario para que yo me conserve. Los elementos con los vivientes que hay en ellos, y toda la muchedumbre de aves, ovejas ó peces que ha precedido, para que viniese á tener vida el ave, ó el cordero, ó pez que yo como, son beneficios mios, pues sin ellos no gozara yo del que ahora gozo. Y lo mismo es de las plantas, de donde procedió la manzana y la uva, ó el vino que me sustenta.

2. Y si uso de una vasija de oro ó plata, allí se encierran innumerables beneficios, por las innumerables cosas que Dios ha hecho y conserva hasta el punto que yo gozo de esta vasija, las influencias del cielo que causaron el oro: la tierra que le concibió en sus entrañas: el agua ó lluvia, ó helada que ayudó á ello: los hombres que trabajaron en buscar y hallar las minas, y en sacarlo, apurarlo, y labrarlo: los instrumentos de hierro y madera de que se sirvieron: y lo que hizo Dios para criar aquel hierro ó madera, hasta llegar á ser instrumento para esto, y otras cosas innumerables que concurrieron para que de léjas tierras viniesen á mi poder: todas son beneficio

de Dios, y se encierran en una cosa tan pequeña de que ahora gozo. Y el mismo discurso puedo hacer en el bocado de pan que como, en el vestido de lana que me visto, en la pluma y papel en que escribo, y así en lo demás; porque cada cosa por sí, aunque no es mas que una, encierra infinitas al modo dicho, y por consiguiente por cada una deberia dar gracias infinitas á este Bienhechor. Ó Dios infinito, Bienhechor inmenso, Dador y Conservador de todos los bienes, ¿qué gracias te podré dar por el menor de los bienes que me das, pues en él se encierra muchedumbre tan innumerable de ellos? Si tanta multitud de criaturas se aunan contigo, su Criador, para conservarme, ¿por qué yo no me aunaré con todas para glorificarte? ¡Oh si yo y todas ellas nos convirtiésemos en lenguas para te alabar y bendecir por el bien que con cada una me haces, para pagar en algo lo mucho que te debo por todas!

3. Lo segundo, ponderaré en este mismo beneficio la infinita caridad de Dios, que resplandece en que pudiendo con su omnipotencia aniquilar cualquier cosa de las criadas, nunca jamás, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 1 *p. q.* 104, *art.* 4), aniquiló alguna, ni la destruyó totalmente, sino siempre que destruye una es para poner en su lugar otra, y si una se corrompe, otra se engendra. Y aunque en tiempo de Noé llegó á tanto la maldad de los hombres, que dijo Dios (*Genes.* VI, 7): Pésame de haber hecho al hombre; con todo eso no quiso aniquilarlos, como ni quiso aniquilar á los demonios ni á otros grandes pecadores; antes, como dice el Sábio (*Sap.* XI, 24), á muchos conserva la vida, esperándoles á penitencia, solo porque quiere hacerles este bien, porque de otra manera luego perecerian: *Quomodo posset aliquid permanere nisi tu voluisses, aut quod à te vocatum non esset conservaretur?* ¿cómo podria permanecer alguna cosa si tú no quisieses? ó ¿cómo se conservará lo que no hubieres ordenado?

4. Lo tercero, se ha de ponderar los innumerables beneficios ocultos que se encierran en esta conservacion, porque sin yo saberlo, ataja Dios innumerables cosas que la impedirian, y me preserva de innumerables peligros de fuego (*D. Chrysost.* lib. 1 de Provid.), agua, aires corruptos, fieras, infortunios, ladrones, enfermedades, y ocasiones de muerte. Y como ningun mal hay que padezca un hombre que no pueda padecerlo otro; por los muchos males que padecen otros hombres puedo sacar los muchos de que Dios me libra. Y con ser tantos y tan grandes estos beneficios, quiere que estén ocultos, para que en ellos conozcamos que no nos hace bien por jac-

puede la sierra (*Isai.* x, 15) gloriarse de lo que el artífice hace con ella, atribuyéndoselo á sí sola y al artífice. Por tanto, alma mia, humíllate hasta el abismo de esta nada, debajo de la poderosa mano de tu Dios (I *Petr.* v, 6), para que te ensalce en el dia de la visita general, cuando venga á tomarte cuenta de las obras que has hecho, obrando con el concurso que él te dió. Ó Juez soberano, que tan liberal eres ahora en concurrir con todos los hombres á las obras que con su libertad quieren hacer; comienza en mí con tu gracia todas las obras que hiciere, y acaba las que comenzare, para que el dia de la cuenta parezca sin vergüenza (*Philip.* I, 6; II, 13) delante de tí, y sea digno de ser ensalzado contigo en el reino de tu gloria. Amen.

MEDITACIONES

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS.

—Aunque en las meditaciones pasadas hemos dicho muchas cosas que tocan á la divina providencia (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22), por cuanto resplandece en todas las obras que proceden de la bondad, caridad, misericordia, sabiduría y omnipotencia de Dios, y en la creacion del mundo; pero ahora mas en particular tratarémos lo que es propio de la divina providencia en el gobierno de sus criaturas, especialmente de los hombres, haciendo de esto algunas meditaciones, en las cuales se deberian ejercitar todos los que pretenden alcanzar la perfeccion, y cualesquier otros que desean pasar esta vida con algun modo de aprovechamiento y consuelo, así para el alma como para el cuerpo, porque para todo esto aprovechará notablemente de tal manera, que yo no alcanzo cómo pueda tener en esta vida contento, paz, y alivio cordial y verdadero, quien no se funda en esta verdad de la divina providencia, ni sé cómo puede tener pena demasiada, ni turbacion ó desconsuelo que dure por cosa criada fuera de lo que es culpa, si con viva fe ahonda y penetra los secretos de la divina providencia, como se verá por lo que de ella irémos diciendo.—

MEDITACION XXIX.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS CON SUS CRIATURAS: EN QUÉ CONSISTE, Y LOS INNUMERABLES BIENES QUE DE ELLA PROCEDEN.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar qué cosa sea la divina providencia, porque de aquí ha de nacer la estima de

ella, y el amor, confianza, veneracion y sujecion que debemos tenerla. La providencia, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22, *art.* 1), es una disposicion y órden de todos los medios que tiene Dios para salir con sus intentos, y de todos los medios que provee á sus criaturas para que alcancen los fines para que fueron criadas. En lo cual he de ponderar tres cosas principales, sacadas de lo que se ha dicho en las meditaciones pasadas. - La primera, que Dios nuestro Señor con su divino entendimiento, ilustrado con su infinita sabiduría, desde su eternidad conoce y comprende todos los fines que pueden tener (*supr. en la med.* V), y pretender sus criaturas; y todos los medios necesarios y convenientes que hay y puede haber para conseguir estos fines; y todos los estorbos que pueden suceder, y los medios que hay para quitar ó atajar estos impedimentos, de modo que con efecto salga el mismo Dios con su intento, y las criaturas alcancen su fin en el modo y forma que quisiere. De donde se sigue, que por ignorancia no puede la providencia de Dios ser falta y defectuosa, como lo es la providencia de los hombres, de quien dice el Sábio (*Sap.* IX, 14): Los pensamientos de los mortales son dudosos, y nuestras providencias son inciertas; porque con nuestra poca ciencia y mucha ignorancia dudamos si es verdadero ó falso lo que pensamos, y si será bueno ó malo, seguro ó peligroso lo que proveemos.

2. La segunda cosa es, que Dios nuestro Señor, con su divina voluntad, llena de infinita bondad y caridad, de todos los fines y medios que conoce con su divina sabiduría, quiso y escogió los mas altos y soberanos, y los mas proporcionados á sus criaturas, conforme á la naturaleza y capacidad de cada una. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 103, *art.* 2). Porque primeramente quiso ordenarlas todas á sí mismo, para su gloria y para manifestacion de su bondad y perfeccion, que es el supremo fin que puede haber, conforme á lo que dice el Sábio (*Prov.* XVI, 4): Todas las cosas hizo Dios para sí mismo. Demás de esto, á cada especie de criatura quiso dar su propio fin, y medios proporcionados para alcanzarle; pero sobre todas quiso levantar á los Ángeles y á los hombres al mas alto y soberano fin que era posible, incomparablemente mayor de lo que su naturaleza pedia, que es para ser bienaventurados como el mismo Dios lo es, viéndole claramente, amándole y gozándose con él en su gloria. (*Part.* I, *med.* I). Y para alcanzar este fin, quiso proveernos de todos los medios necesarios y convenientes con grande abundancia, porque como su bondad y caridad era infinita, no quiso quedar corta en escoger medios bastantísimos para tan importante fin.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la divina providencia totalmente se emplea en mirar por las criaturas, ponderando, lo primero, la diferencia que hay entre Dios y los hombres, porque los hombres que gobiernan y tienen á su cargo otros, tienen necesidad de tener providencia de sí mismos y de las obras propias que les tocan; las cuales suelen ocuparles tanto, que no les dan lugar á mirar todo lo que era menester por las de los otros. Pero Dios nuestro Señor, como dice santo Tomás (1 *p. q.* 22, *art.* 1), no tiene necesidad de tener providencia de sí mismo, ni de las cosas que á él pertenecen, porque dentro de sí tiene todo bien, sin que le pueda faltar nada, ni espere nada de fuera. Y así toda su providencia la emplea en mirar por otros; esto es, por las criaturas que crió, para tener en quien mostrar su providencia; la cual, como es infinitamente perfecta, provee con grande perfeccion todo lo que está á su cargo, por haberse querido ella encargar de ello.

2. De aquí es que la divina providencia se extiende á todas las criaturas, sin excluir ninguna, y á todos los hombres sin olvidarse de ninguno (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22, *art.* 2), por vil y bajo que sea; porque, como dice el Sábio (*Sap.* vi, 8), Dios hizo al grande y al pequeño, é igualmente tiene cuidado de todos. Por tanto, ó alma mia, no desmayes ni desconfies, mirando tu pequeñez; porque tal cual eres, te hizo Dios, y nunca excluye de su providencia al que hizo con su omnipotencia; y quien no se desdeñó de hacerte, no se desdeñará de gobernarte. -De aquí tambien procede, que el mismo Dios por sí mismo es el ejecutor de su providencia (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22, *art.* 3); porque aunque es verdad que por medio de unas criaturas provee á otras; pero él por sí mismo asiste á todas en todo lugar y en todo tiempo, porque, como arriba se dijo (*medit.* XIV), él está en todo el mundo y en todas las cosas por esencia, presencia y potencia, conociendo lo que se hace, y ayudando á ponerlo en obra, y proveyéndolo todo con admirable gobierno. Y aunque deja á los hombres en su libertad, y como dice el Sábio (*Eccli.* xv, 20), en poder de su mismo consejo, para que hagan lo que quisieren, no por esto deja de tener providencia de ellos y de sus obras libres, enderezándolas ó permitiéndolas para los fines que tiene ordenados.

3. De aquí finalmente procede, que ninguna cosa sucede en este mundo acaso respecto de Dios nuestro Señor, aunque sea muy acaso respecto de los hombres (*D. Thom.* 1 *p. q.* 116, *art.* 1), porque con su infinita sabiduría conoce todo lo que sucede, aun antes que

suceda, y con su providencia lo tiene ordenado y permitido para el fin supremo de su gobierno, que es su gloria, y la manifestacion de su misericordia y justicia y de las demás divinas perfecciones. Y tambien para bien de los justos y escogidos, de los cuales tiene providencia con mas excelente modo, convirtiendo, como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 28), todas las cosas que suceden en provecho de los que le aman. De todo lo cual concluyo, que para gozar de la divina providencia, y enriquecerme con los tesoros infinitos que en sí encierra, ayudará mucho sentir altamente de ella, atribuyéndola todo el bien, como á fuente y principio de donde todo procede; creyendo con fe viva y muy cierta lo que de ella se ha dicho y se dirá, del modo que Dios lo ha revelado y manifestado por experiencias, de las cuales sacaré grande confianza en ella, con gran resignacion, al modo que se dirá en la meditacion XLIX. Y sobre todo amaré sumamente al Padre de la providencia, que con tanto amor provee á sus criaturas, pagándole con amor y servicios el cuidado que tiene de mí y de todas. Ó Padre amorosísimo y providentísimo, que con providencia tan admirable provees á todas las criaturas, y mucho mas á los que con fe encendida en amor confiadamente se arrojan en tus manos, yo me pongo en ellas, pues en ellas están mis suertes (*Psalm.* XXX, 16); endereza con tu providencia mis obras, para que sean agradables á tus ojos, de modo que por ellas me suceda la buena suerte de tu eterna bienaventuranza. Amen.

MEDITACION XXX.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL GOBIERNO DEL MUNDO Y DE LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como fundamento de esta meditacion la excelentísima providencia que Dios nuestro Señor mostró en la creacion del mundo para los hombres, resumiendo en breve lo que está dicho en las meditaciones precedentes.—Porque, lo primero, al principio fabricó la casa en que habian de morar los hombres, haciendo sus cimientos, paredes y bóvedas; esto es, cielo y tierra, con los elementos que están entre los dos.—Luego en los tres primeros dias hizo divisiones y apartamientos, como quien hace diferentes salas y aposentos para diversos moradores. Y juntamente plantó jardines y huertos de recreacion, y frutales para sustento de los vivientes; y en los cofres secretos de la

tierra puso tesoros de oro y plata con que se enriqueciesen los hombres. Y tambien puso lumbreras que de dia y de noche les diesen luz.—Despues proveyó de moradores al mar, y al aire y á la tierra, dándoles medios y potencias para multiplicarse, y perpetuar su especie todo el tiempo que durase el mundo.

2. Y últimamente crió al hombre, y le hizo dueño de toda esta casa y hacienda, con el usufructo de todo, y con el dominio, aunque no absoluto, sino sujeto al divino, con obligación de darle cuenta del modo como usaba de las criaturas, y de la hacienda que le entregó, como los mayordomos suelen darla á sus señores. Ponderando todo esto al modo que arriba se ha declarado, echaré de ver cuán entera y perfecta fue la providencia de Dios en esta obra de la creacion, pues no hay padre de familias, ni príncipe, que pueda edificar una casa ó palacio con tanta provision de todo lo necesario para sus intentos, como Dios edificó esta casa del mundo para nosotros. Y aplicando esto á mí mismo, ponderaré como Dios nuestro Señor con su providencia, antes que yo naciese, me aplicó particular lugar, casa y hacienda con que viviese; y lo que hicieron los antepasados con trabajo, gozo yo ahora con descanso. Por tódo lo cual le daré muchas gracias, procurando imitar su providencia, en tener yo otra tal de mi alma; de modo que antes que salga de este mundo, la tenga con mis obras ganada, y granjeada casa y riquezas en el otro; porque quien me crió de pura gracia sin merecimientos mios en este mundo visible, no quiere ponerme en el invisible, si no es por su gracia, junta con mis merecimientos, aprovechándome fielmente de los bienes que él me ha dado, para ganar amigos que me reciban en las eternas moradas. (*Luc.* XVI, 2; *en la p.* III, *med.* LII). Ó Criador amorosísimo, que con admirable providencia desde el principio del mundo me aparejaste los bienes de que ahora gozo; concédeme que de tal manera use de ellos, que cuando al fin del mundo me pidas cuenta, pueda dártela muy buena. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, en criando el mundo, él mismo con su providencia tomó el gobierno á su cargo, conforme á lo que está escrito en Job (*Iob*, XXXIV, 13): *¿A quién otro constituyó sobre la tierra, ó á quién puso por gobernador del mundo que fabricó?* Y el Sábio dice (*Sap.* XIV, 3): *Tu providencia, ó Padre, desde el principio gobierna todas las cosas.* En lo cual se ha de ponderar, lo primero, cuán bien nos está que uno mismo sea el Criador y Gobernador del mundo y de

todos nosotros, porque nos gobernará como cosa propia, y mirará por nosotros como por obra de sus manos (*D. Thom.* 1 *p.* *q.* 103, *art.* 1); y como sus obras son perfectas, y las crió para muestra de su bondad, por la misma las habia de gobernar y enderezar á sus fines, por los medios que para ello les habia dado. Ó Dios amantísimo, dos títulos tengo para pedirte que me ampares, hasta que alcance mi último fin: uno, que eres mi Criador, y otro, que eres mi Gobernador; y aunque me criaste sin mi consentimiento, pero quieres gobernarme sin perjuicio de mi libertad. Gobiérname, Señor, de tal manera, que no resista á tu gobierno, para que alcance el fin para que me has criado. Amen.

2. Lo segundo, he de ponderar cuán bien nos está que el supremo Gobernador sea uno, á quien estén sujetos todos los demás que por su autoridad tienen parte del gobierno, porque siendo uno, enderezará todas las criaturas á unidad y paz, componiendo las discordias y disensiones que hay entre ellas, para bien del universo; y todos los hombres podrán unirse y conformarse entre sí, conformándose con el gobierno y leyes de este único Gobernador, que es el último fin de todos. (*Q.* 103, *art.* 3). Aunque por conservar su libertad no quiere forzarlos, sino convidarles á ello con aquellas regaladas palabras que dijo por Isaías (*Isai.* XLVIII, 17): Yo soy tu Señor Dios, *gubernans te in via qua ambulas*, que te gobierno en el camino que andas, y en la vida que vives. ¡Ojalá atendieses á mis mandamientos! tu paz seria como un rio, y tu justicia como el agua del mar. Ó Gobernador del mundo, único y supremo, á cuyo gobierno todas las criaturas irracionales obedecen sin resistencia; pues tanto deseas que los hombres te obedezcamos, danos lo que nos mandas, para que cumplamos lo que deseas, y alcancemos la justicia y paz que nos prometes. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la infinita bondad y liberalidad de Dios, que en esto mismo resplandece; porque de tal manera gobierna por sí mismo á cada uno, atendiendo á todo lo que ha menester, que no quiere alzarse con todo el gobierno, sino dar parte de él á sus criaturas, comunicándolas esta honra y dignidad de gobernar á otras, dándoles suficiencia para ello; y así quiere que los hombres estén sujetos á los que en su nombre les gobiernan (*q.* 10, 3, *art.* 6); y quien á estos resiste, á él resiste, como dice san Pablo (*Rom.* XIII, 1), porque toda su potestad es de Dios; el cual con su infinita providencia asiste á los que gobiernan en su nombre, y suple las faltas de su gobierno, sacando de sus yerros aciertos para

bien de los escogidos. Gracias te doy, Gobernador sapientísimo, por este singularísimo modo que tienes de gobierno, tan propio tuyo, que no puede hallarse en otro. Gobierna, Señor, á los que nos gobiernan, para que acierten á gobernarnos; y gobierna á los que somos gobernados, para que nos sujetemos por tí á su gobierno, fiados de tu providencia, que todo lo convertirá en nuestro mayor provecho.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se han de considerar las excelencias de este maravilloso gobierno de Dios nuestro Señor. La primera es, que es gobierno paternal; y por esto el Sábio llama Padre á Nuestro Señor, cuando dijo (*Sap.* XIV, 3) que su providencia gobernaba todas las cosas; y así gobierna con grande suavidad, disponiendo, como dice el mismo Sábio (*Sap.* VIII, 1), todas las cosas suavemente, dándolas inclinacion grande á su propio fin, al cual va enderezado el gobierno. Y como este amoroso Padre vió que el hombre, por razon de su naturaleza, segun el espíritu tenia inclinacion á la virtud, y segun la carne padecia algun modo de contradiccion; dispuso al principio, que la carne le estuviese sujeta por la justicia original, para que la inclinacion del espíritu prevaleciese; y despues del pecado original nos da virtudes sobrenaturales, que son inclinaciones poderosas para hacer el yugo de su ley muy suave. (*Matth.* XI, 30).-La segunda excelencia es, ser gobierno eficaz, juntando la fortaleza con la suavidad, conforme á lo que dice el Sábio (*Sap.* VIII, 1): que la divina Sabiduría llega de un fin á otro fuertemente, y lo dispone todo suavemente; porque todas las cosas están debajo de su mando, y no hay quien pueda resistir á su voluntad; y es tan poderoso, que nos puede hacer querer lo que él quiere, de modo que hallemos gusto en quererlo; lo cual es propio de su sabiduría y omnipotencia.

2. La tercera excelencia es, ser gobierno justo, porque con ser Señor absoluto de todos, sin tener quien le pida cuenta de lo que hace, gobierna con toda rectitud y justicia, dando á cada cosa lo que le conviene, segun su naturaleza, y á los hombres gobierna, prometiéndoles premios y amenazándoles con castigos; y en esto guarda justicia con todos, aunque llena de misericordia paternal; porque amenaza como Padre, con deseo de que todos alcancen el fin de su gobierno.-La cuarta excelencia es, ser gobierno provechosísimo para todos los que son gobernados; porque, como dice santo Tomás (*ib.* *q.* 103, *art.* 4) el gobierno de Dios tiene tres efectos en general, en los cuales se encierran otros innumerables:-Uno es, *a-*

similari summo Bono: hacer que seamos semejantes al sumo Bien, participando de su infinita bondad. - El segundo es, conservarnos en el bien que hemos recibido, para que no le perdamos, ni se menoscabe. - El tercero es, movernos con suavidad y eficacia al aumento de este bien, y á su perfecta posesion.

3. Ponderando estas cuatro excelencias del gobierno divino, en cada una tengo de alegrarme y gozarme de la infinita bondad, sabiduría, justicia y omnipotencia de este supremo Gobernador, y tenerme por dichoso de estar debajo de su gobierno, y darle gracias por el modo que tiene de gobernarme, suplicándole me ayude para que nunca salga de su direccion. Ó alma mia, supuesto que has de ser gobernada, ¿qué mejor gobernador, ni qué mejor gobierno puedes desear? Teniendo tal Gobernador, ¿qué te faltará si le obedeces? *Dominus regit me; nihil mihi deerit* (*Psalm.* XXII, 1): el Señor me gobierna, nada me faltará. Ni me faltará vida, ni salud, ni honra, ni contento, ni bien temporal que pueda aprovecharme para el eterno; y mucho menos me faltará la virtud, la gracia, la sabiduría y los dones celestiales que hubiere menester para conseguir los eternos. Solo me faltará lo que es nada, que es el pecado, si obedezco á su gobierno; porque todo lo que es algo para bien de mi alma, él me lo dará con abundancia. Ó Amado mio, rígeme tú y seré bien regido; gobiérname tú y seré bien gobernado; no me gobierne yo á mí mismo, ni me gobierne el mundo, ni la carne, ni otro que salga de tu gobierno, del cual procede todo mi remedio. De estas mismas consideraciones he de sacar imitacion, aprendiendo á gobernar á los que Dios me encargare, con las cuatro excelencias que resplandecen en el gobierno de Dios; porque tanto será mas perfecto el gobierno humano, cuanto fuere mas semejante al divino, procurando, como dice san Pedro (I *Petr.* V, 2), que no sea tiránico ni forzado, sino paternal y suave; no remiso ni pusilánime, sino eficaz y fuerte; no injusto, sino justo; no principalmente para provecho del que gobierna, sino para provecho de los gobernados, y para gloria del supremo Gobernador y Príncipe de los pastores y gobernadores del mundo y de la Iglesia, el cual cuando venga á juicio dará corona de gloria eterna á los que de esta manera hubieren gobernado.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar otra excelencia soberana del gobierno de Dios (*D. Thom.* 1 *p. q.* 103, *art.* 5; *q.* 22, *art*, 2), el cual se extiende de un fin á otro, abrazando todas las criaturas del cielo y de la tierra, desde el supremo de los Serafines, hasta el último y mas despreciado gusanillo, mirando con cui-

dado por todas las cosas que les pertenecen, como si no tuviera otra cosa que hacer. Y por consiguiente gobierna con mas cuidado á todos los hombres y á cada uno de ellos, hasta mirar por cualquiera de los cabellos de su cabeza (*Matth.* x, 30); y aunque sean muchos gobierna á todos como si fuera uno solo; y no tiene menor cuidado de los innumerables hombres que hay ahora en el mundo, que de solos ocho que estaban en el arca de Noé, y de solo Adan cuando estaba en el paraíso; porque ni la muchedumbre le ocupa, ni la poquedad le desanima; y su bondad, como es infinita, extiéndese á cuidar de todos, grandes y pequeños, muchos y pocos (*Sap.* vi, 8), porque para su grandeza todos son pequeños, y para su caridad todos son grandes, y para su infinita sabiduría los muchos son como uno. Y así puedo decir con san Agustin (*Lib.* 3 *Confes. c.* 11): *Ó tu bone Omnipotens, qui sic curas unumquemque nostrum tanquam solum cures, et sic omnes tanquam singulos!* ¡Oh Dios bueno y todopoderoso, que así tienes cuidado de cada uno de nosotros, como si le tuvieras de él solo, y así de todos como de cada uno!

2. De donde sacaré, que el gobierno de Dios para conmigo tiene todas las excelencias arriba dichas; porque para mí es gobierno paternal, suave, fuerte, eficaz, justo y provechoso, sin que me pueda quejar con razon de este gobierno. Y por esto, no sin causa se nombra en número singular el que es gobernado, como cuando dijo David (*Psalm.* xxii, 1): El Señor me rige. Y por Isaías (*Isai.* xlviii, 17): Yo soy el Señor que te gobierno; para que yo entienda que conmigo guarda la perfeccion de su gobierno; aunque no se puede negar, sino que á los mas queridos y escogidos gobierna con mayor providencia, para mayor muestra de su infinita caridad. Y para hacerme yo participante de tan especial gobierno, ayudarán los tres medios que se pusieron al fin de la meditacion pasada, creyendo, esperando y amando á este soberano Gobernador. Gracias te doy, amantísimo Padre, por el cuidado que tienes de mí, como si yo estuviera solo en el mundo, siendo entre todos el mas miserable. ¡Oh si yo te alabase por el bien que haces á todos, y todos te alabasen por el bien que me haces á mí, para que yo y todos gocemos de tí por todos los siglos! Amen.

MEDITACION XXXI.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL SUSTENTO DE LAS CRIATURAS, ESPECIALMENTE DE LOS HOMBRES, CUANTO Á SU COMIDA, VESTIDO, HONRA Y BIENES TEMPORALES.

—Esta meditacion irá fundada en la maravillosa doctrina que Cristo nuestro Señor nos dió de la divina providencia, declarando por su órden las palabras del texto sagrado.—

PUNTO PRIMERO.- *Contra la demasiada solicitud.*— 1. *Dijo Jesús á sus discípulos: No querais ser solícitos para vuestra alma, de lo que habeis de comer, ni para vuestro cuerpo, de lo que habeis de vestir.* (*Matth.* VI, 25).-Lo primero, se ha de considerar cuál sea la solicitud que Cristo nuestro Señor prohibe en estas palabras, ponderando cuatro cosas, en que consiste ser viciosa.-La primera, por no ser de cosas necesarias para la vida, ó convenientes á su estado, sino supérfluas y demasiadas, atesorando codiciosamente bienes de la tierra. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 55, *art.* 6 *et* 7; 1, 2, *q.* 108, *art.* 3 *ad* 5). -La segunda, por ser antes de tiempo y sazon, tomando los cuidados que no pertenecen á este tiempo sino á otro, despues de muchos dias.-La tercera, por ser desordenada en la intencion ó graduacion de las cosas, buscando los bienes temporales primero que los espirituales, ó con daño de ellos, ó por malos medios ó por malos fines, ó poniendo en ellos todo su fin y descanso.-La cuarta, por ser demasiadamente congojosa, aunque sea en cosas necesarias, porque tal congoja procede siempre de aficion demasiada á la cosa temporal y de poca fe en la divina Providencia, como si Dios no tuviera cuidado de mí, y yo solo hubiera de alcanzarla. Y por esta misma causa suele ser viciosa la solicitud congojosa, aunque sea de bienes espirituales, cual fue la de Marta cuando servia á Cristo con turbacion, y la de algunos escrupulosos ó indiscretos muy tímidos y pusilánimes en el negocio de su salvacion.

2. Sobre estos cuatro desórdenes haré reflexion, examinando bien si me tocan, para echarlos de mí, siquiera porque no me diga Dios lo que dijo al rico codicioso, que tropezó con ellos (*Luc.* XII, 22): *Necio, esta noche te arrancarán el alma: ¿los bienes que has aparejado, cuyos serán?* Que es decir: ¿De qué te servirá esta solicitud que tienes y los tesoros que recoges, si te quitan luego el alma y la vida, para quien los querias? (*Med.* XII *de la p.* I). De donde infi-

rió Cristo nuestro Señor la doctrina de su providencia: *Ideo dico vobis: nolite solliciti esse.* Por tanto os digo, que no seais solícitos de la comida y vestido, ni de cosa de esta vida, pues Dios tiene á su cargo el cuidar de ella. Ó alma mia, escarmienta en la cabeza de este rico codicioso, aborreciendo su demasiada solicitud, si no quieres pasar por el castigo de su grande necedad. Oye la leccion de tu Maestro soberano, arroja en él toda tu solicitud (I *Petr.* v, 7), y tus cuidados congojosos, pues él con su providencia se carga de ellos.

3. Tambien ponderaré la caridad de Cristo nuestro Señor en prohibir esta demasía por nuestro interese y por librarnos del trabajo que anda con ella; y por esto dijo: *No seais solícitos del dia de mañana, porque mañana será solícito para sí mismo, y bástale al dia su trabajo*, que es decir: No os carguéis hoy de los trabajos y cuidados que para hoy no son necesarios; tomad hoy los propios de hoy, y mañana tomaréis los de mañana; y pues no sabeis lo que ha de ser mañana, ni si habrá mañana para vosotros, no tomeis hoy el cuidado supérfluo de lo que está por venir, y quizá no será conveniente; dejad esto á la divina Providencia, que abraza todos los tiempos, y en cada tiempo proveerá lo que por entonces conviniere.

4. Por todo esto no prohibe Cristo nuestro Señor la solicitud virtuosa que procura las cosas presentes y previene las que están por venir con moderado cuidado, y se llama diligencia, la cual tiene otras cuatro condiciones contrarias á las sobredichas, es á saber, ser de cosas necesarias ó convenientes para el cuerpo ó alma, y en su propio tiempo, con órden en la intencion y en el modo de buscarlas, y con moderada aficion, sin turbacion ó congoja; y esta solicitud no es contraria á la providencia de Dios, sino efecto de ella, y medio ó instrumento de que ella usa para alcanzar su fin. Y así nos la encomienda la sagrada Escritura, diciendo que andemos solícitos con Dios (*Mich.* vi, 8), y en procurar la unidad de espíritu con el vínculo de la paz (*Ephes.* iv, 3), y en sacudir la pereza que destruye las obras buenas. (*Rom.* xii, 11). Ó Dios eterno, cuya providencia es solícita sin congoja, y cuidadosa sin turbacion, quita de mí la solicitud que me prohibes, y dame la que me mandas, para que imitando el órden de tu pacífica y cumplida providencia, sea solícito de tu servicio, al modo que tú lo eres de mi provecho. Sean mis cuidados en este dia, dolerme de los pecados hechos en el tiempo pasado, buscar medios como agradarte en el presente, y prevenirme para

no pecar en el futuro, porque todos estos cuidados tocan al dia de hoy, fiándome de tu providencia que me ayudarás á lo mismo el dia de mañana.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se há de considerar la maravillosa razon con que Cristo nuestro Señor nos exhorta á confiar en su providencia, diciendo: *¿Por ventura el alma no es mas que el manjar, y el cuerpo no es mas que el vestido?* En la cual sentencia apunta tres verdades admirables y muy provechosas.–La primera, que el alma es mejor y de mucho mayor valor y estima que el manjar, y el cuerpo es muy mas precioso que el vestido. Y debajo de estas dos cosas comprende todas las riquezas y cosas preciosas del mundo, que se ordenan para sustento de la vida y adorno del cuerpo, y para nuestra habitacion y recreacion y pompa exterior.–La segunda, que Dios nuestro Señor de su bella gracia, sin nuestros merecimientos y sin nuestra industria, nos dió el alma y cuerpo que tenemos; y por consiguiente por traza suya estamos necesitados de manjar para conservar la vida, y de vestido para cubrir la desnudez, despues que Adan perdió la vestidura de la inocencia.–La tercera, que quien nos dió lo que es mas, podrá y querrá darnos lo que es mucho menos. Y quien crió el alma y cuerpo, con necesidad de otra cosa menos que ellos para su conservacion, da claro testimonio de que sabe, puede y quiere dar tambien aquello que es menos, con que se remedia su necesidad; y la misma bondad que le movió á lo primero le moverá á lo segundo.

2. De aquí infiere Cristo nuestro Señor, que debemos perder la demasiada solicitud de comida y vestido, fiándonos en la divina providencia, que pues nos dió sin se lo merecer cosa tan preciosa como el alma y cuerpo, tambien nos dará el manjar y vestido necesario, que es de mucho menor precio. Ó Criador liberalísimo y Maestro sapientísimo, ¿qué gracias te daré por tan soberana largueza? ¿y cómo agradeceré tan admirable doctrina? Yo creo lo que me dices, y espero de tí lo que me ofreces; y fiado de tu providencia haré todo lo que me mandas; en agradecimiento de lo que me prometes. –De esta doctrina de Cristo nuestro Señor tambien he de sacar que, pues el alma es mas que el manjar, y el cuerpo mas que el vestido, solamente debo tomar de lo uno y de lo otro lo que fuere conveniente para cuerpo y alma, dejando todo lo que redundare en daño suyo; porque seria intolerable error perder lo que es mas, por lo que es menos, perdiendo mi alma ó la de mi prójimo, por adquirir lo que tan poco vale en respecto de ella. Por lo cual dijo san Pablo

aquella memorable sentencia (*Rom.* XIV, 20): *Noli propter escam destruere opus Dei.* No quieras por el manjar destruir la obra de Dios, matando el alma de tu hermano por quien murió Cristo. Ó Redentor dulcísimo, que dijiste: ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (*Matth.* XVI, 26); concédeme que estime en mas el bien de mi alma, que el dominio y posesion de todo el mundo, ofreciéndome de buena gana á perder cuanto hay en el mundo, porque no se pierda el alma.

3. Tambien sacaré de esta admirable doctrina una regla general de confianza en la providencia de Dios, asegurándome cuando me da algun bien grande, que me dará lo que es menos, siendo necesario ó conveniente para conservarlo. Y en esto se funda lo que dice el bienaventurado apóstol san Pablo, que quien nos dió á su propio Hijo, nos dió con él todas las cosas (*Rom.* VIII, 32), porque todas son menos que el Hijo, y se ordenan y enderezan para su honra y servicio. Y quien nos ofreció su cielo y su reino, nos dará los medios necesarios para alcanzarle. Y quien nos da el estado de perfeccion ó la dignidad de su Iglesia, dará lo que conviene para cumplir con su obligacion. Finalmente, quien me da su propio cuerpo y sangre por manjar, para sustentar la vida del alma, providencia tendrá para darme los demás manjares, que son incomparablemente menores que este, y necesarios para sustentar la vida del cuerpo. Ó Dador liberalísimo, que dándonos lo que es mas te ofreces á darnos lo que es menos, para conservarlo; pues me das tan inmensos beneficios, dame luz y perfecto entendimiento para conocerlos y estimarlos como debo; y dame tambien gracia para servirte y amarte por ellos, para que con este agradecimiento persevere en mí tu beneficio por todos los siglos. Amen.

4. Últimamente, ponderaré como Dios nuestro Señor, en decir que tiene providencia de nuestra comida y vestido, nos dice tambien que la tiene de nuestras tierras, viñas, olivares, dehesas y ganados; de los linos, lanas y sedas, y de los gusanillos que las hacen, y de todas las cosas que son necesarias para este sustento; y por consiguiente, por su providencia vienen las lluvias, nieves y vientos, y todos los bienes temporales que ayudan á esto; y así todos son beneficios de Dios nuestro Señor, y efectos del cuidado que tiene con nosotros; y si nos fiamos de él y le servimos, nos los dará, pues nos dió lo que es mas que todo ello. Y con esta confianza hemos de perder la solicitud congojosa que nos da la falta de agua ó de viento, ó de otra cosa de estas, arrojando este cuidado en Dios,

pues es propio suyo, diciéndole: Dios y Señor nuestro, pues nos diste alma y cuerpo necesitados de manjar y vestido, danos estos bienes temporales, para que con mas confianza procuremos los eternos. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. *Mirad las aves del cielo y á los cuervos, que no siembran, ni cogen, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las sustenta: ¿por ventura no sois vosotros mas estimados que ellas?* (*Matth.* VI, 26). Aquí se ha de considerar primeramente la maravillosa providencia que tiene Dios nuestro Señor de las aves, proveyéndolas á todas de sustento conveniente, no solamente á las grandes, sino á las pequeñuelas, y no solamente á las mansas y provechosas para los hombres, sino á las bravas, y desaprovechadas y aborrecibles, como son los cuervos. Y se precia tanto de esta providencia, que dijo á Job (*Iob,* XXXVIII, 41; *et Psalm.* CXLVI, 9): ¿Quién apareja su manjar al cuervo, cuando sus hijuelos claman á Dios, vagueando por faltarles la comida? Que fue decir: Yo soy el que con mi providencia aparejo manjar bastante para el cuervo, con ser tan tragador, y al parecer de poco provecho: y cuando se olvida de sus polluelos, yo como Padre los sustento, oyendo el clamor que su necesidad me representa. Pues si vuestro Padre celestial, dice Cristo, sustenta las aves, con no ser Padre de ellas sino Señor, porque ellas no son capaces de ser sus hijas, ¿cuánto mas sustentará á vosotros, que sois hijos suyos, y os estima muy mucho mas que á ellas? Y si vuestro Padre oye el graznido de los cuervos, y se compadece de su necesidad, ¿cuánto mas oirá vuestros clamores, y se compadecerá de vuestra hambre, y ella sola será oracion y clamor que le mueva á daros sustento para remediarla? Ó Padre amorosísimo, alábente las aves del cielo y los hombres de la tierra por la providencia que tienes de su comida; las aves con sus cantos y los hombres con sus palabras de alabanza publiquen tus misericordias, por el cuidado que tienes en remediar sus miserias.

2. Luego ponderaré el modo maravilloso como la divina Providencia sustenta las aves, sin tener ellas solicitud de sembrar, ni de coger, y sin tener graneros ni botillerías, porque el mismo Dios les apareja el manjar que cada una ha menester, y les da habilidad é industria para haberle y para llevarle á sus hijuelos. Á las águilas, como el mismo Señor dice (*Iob,* XXXIX, 29), sustenta con la caza de animales, y llevándolos á sus nidos, con la sangre que sale de ellos sustenta á sus polluelos; á los vencejos sustenta con mosquitos que cogen volando por el aire, y con este manjar están gor-

dos, y andan juntamente comiendo y jugando, gozando con alegría de lo que les provee el Autor de la naturaleza. De aquí infiere Cristo nuestro Señor, que perdamos la demasiada solicitud de las sementeras y cosechas, y de allegar demasiadas provisiones en las trojes y despensas; porque quien provee sin nada de esto á las aves, mucho mejor proveerá á sus hijos, poniendo el cuidado que él mismo quiere que pongamos. Ó alma mia, cesen de hoy mas tus cuidados congojosos, porque agravias con ellos á la providencia de tu Padre celestial: pues quien sustenta á las aves sin esta solicitud, mejor te sustentará á tí sin ella. Ó Padre amantísimo, tu providencia será mi principal sementera y mi cosecha; ella será mi botillería y mi granero, porque sin ella todos mis cuidados serán vanos, y con ella los moderados serán muy provechosos, supliendo ella la falta que hubiere en ellos.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que esta misma providencia tiene Dios nuestro Señor de proveer á los peces del mar y á los animales de la tierra de sustento conveniente, sin que les falte á su tiempo con grande abundancia: por lo cual dijo David (*Psalm.* CXLIV, 15): En tí esperan, Señor, los ojos de todos, y tú les das mantenimiento, en el tiempo conveniente abres tu mano y llenas á todos los animales de bendicion. (*Psalm.* CXLVI, 9). Tú das á los jumentos su propio mantenimiento; y (*Psalm.* CIII, 21) los cachorrillos de los leones salen de noche, *ut rapiant, et quaerant à Deo escam sibi*, para buscar y arrebatar el manjar que les da Dios con su providencia. Ó dulcísimo Salvador, que dijiste por tu boca (*Matth.* XV, 26): No es bueno quitar el pan á los hijos y darlo á los perros; si con tanto cuidado das mantenimiento á los perros, ¿con cuánto mayor le darás á los hijos? Si hartas el hambre de las fieras, ¿cómo no hartarás la de los hombres? (*Psalm.* CVI, 8). Alábente, Señor, tus misericordias y las maravillas que haces con los hijos de los hombres, porque hartas al alma hambrienta, y llenas de bienes á la vacía. Tú das manjar á toda carne, porque tu misericordia dura para siempre. Ó alma mia, arroja, como dice David (*Psalm.* LIV, 23), tus cuidados en Dios, y él te sustentará, y no permitirá que andes fluctuando de una parte á otra; porque su providencia será ama que te crie, escudo que te defienda, áncora que te establezca, y corona que te galardone por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. *¿Quién de vosotros con su pensamiento y cuidado podrá añadir un codo á su estatura? luego si no podeis lo que es tan poco, ¿para qué andais solícitos de lo demás?* (*Matth.* VI, 27; *Luc.* XII, 26).

En esta sentencia se ha de considerar, como la divina Providencia ha tarado la estatura de nuestro cuerpo de tal manera, que no es posible por ninguna solicitud y cuidado grande añadir algo á lo que Dios tiene ordenado, conforme á la complexion de cada uno. De donde Cristo nuestro Señor infiere:—Lo primero, que como la divina Providencia secretamente de noche y de dia va haciendo que nuestros cuerpos crezcan y lleguen á tener su debida estatura, sin saber nosotros cómo lo hace; así tambien nos dará el sustento necesario para esto, y el vestido conveniente, conforme á su medida; pues quien da lo mas dará lo menos, siendo esto necesario para conservar lo que es mas. Y muchas veces lo da por medios muy secretos, sin saber por dónde nos viene, para que mas claramente echemos de ver el cuidado que tiene de nosotros, y aprendamos á confiar en su providencia y á servirle con mas diligencia.

2. Lo segundo, infiere que, pues nuestra solicitud no es poderosa para añadir á nuestro cuerpo un codo, ni un dedo de grandeza, y por consiguiente seria vana, por ser de cosa imposible; tambien es justo que quitemos la demasiada solicitud de la comida y vestido, como si á solas pudiésemos haberlo; porque tambien será solicitud vana, pues sin la providencia de Dios no podemos alcanzarlo: *Si neque quod minimum est potestis, quid de caeteris solliciti estis?* si no podeis lo que es tan poco, ¿para qué estais solícitos y congojados por lo demás; pues sin mí no podeis alcanzarlo, y yo tomo á mi cargo el proveerlo? Ó Padre celestial, gracias doy á tu soberana providencia, porque no solamente me das el cuerpo, sino su aumento y perfeccion: y aunque yo esté durmiendo ó velando en otras cosas, tú tienes cuidado de esto. Suplícote, Señor, que del mismo modo cuides del aumento y perfeccion espiritual de mi alma, que vale mucho mas que el cuerpo; pues el que planta ó riega no es nada, sino tú que das el crecimiento. (I *Cor*. III, 7).

3. De esta misma verdad puedo tambien sacar el contento que debo tener con la estatura y proporcion de miembros que me ha cabido en suerte, pues nace de la divina Providencia para mi provecho, y gloria del que me la dió, el cual se glorifica con el pequeño y con el grande, con el flaco y con el grueso, y cada uno le debe gracias por la estatura que tiene: ni el que la tiene grande se ha de vanagloriar por ella, ni el que la tiene pequeña se ha de desconsolar, pues es verdad que (*Psalm*. XCIX, 3), *Ipse fecit nos, et non ipsi nos:* Dios nos hizo, y no nos hicimos nosotros, y pues Dios lo hizo, quién le dirá (*Job*, IX, 12): *Cur ita facis?* ¿por qué lo hiciste así?

Básteme, Señor, que tú lo hayas hecho, para que yo esté contento con ello; y cuando estuviera en mi mano deshacerlo, yo lo pusiera totalmente en la tuya, porque no hay para mí mayor acierto que fiarme de tu gobierno.

PUNTO QUINTO.— 1. *¿Por qué estais solícitos del vestido? considerad los lirios del campo, como crecen sin hilar ni trabajar. Dígoos de verdad, que ni Salomon en toda su gloria estuvo vestido como uno de ellos. Pues si Dios viste de esta manera al heno del campo, que hoy es, y mañana le echan en el fuego, ¿cuánto mas vestirá á vosotros, hombres de poca fe?* Sobre esta maravillosa doctrina se ha de considerar, lo primero, como la divina Providencia dió á todos los vivientes vestido conforme á su naturaleza, porque á los peces vistió de escamas, á las aves de plumas, á los demás animales de lanas ó récios cueros, y á los árboles de duras cortezas. Pero mas adelante pasó la divina Providencia con el hombre, porque careciendo de todo esto por su naturaleza, le vistió maravillosamente con su gracia, adornándole en el estado de la inocencia con la justicia original, en virtud de la cual podia pasar sin vestido corporal, sin padecer daño ni vergüenza con su desnudez. Mas despues que Adan y Eva por su pecado perdieron esta vestidura (*Genes.* III, 7), haciendo ellos otra de hojas de árboles para cubrir su desnudez; viendo la divina Providencia cuán mal vestido era este, luego los proveyó de otro mejor, vistiéndoles con vestidura de pieles de animales, hechas por su misma mano ó por ministerio de sus Ángeles, lo uno para remediar su necesidad presente, y lo otro para enseñarles el modo de vestirse en lo por venir; y sobre todo para que entendiesen ellos y nosotros, que la culpa cometida no habia sido parte para que totalmente nos excluyese de su divina providencia, ni perdiese el cuidado que tenia de darnos vestido conveniente á estado de pecadores, como le habia dado conveniente al estado de justos.–Ó Padre amantísimo y amorosísimo, ¿quién no te amará y alabará por tan amorosa providencia como tienes con nosotros? No era mucho que pues diste de vestir á todos los animales, tambien lo dieras á los hombres; pero lo que me admira es, que habiéndose los hombres hecho peores que animales por la culpa, no les desampare tu divina providencia. Quien habia rasgado la riquísima vestidura de la justicia original, digno era de quedarse desnudo para siempre, con perpétua confusion de cuerpo y alma; pero tu infinita misericordia vistió con pieles de animales muertos al cuerpo, deseando por la penitencia vestir con tu gracia al alma. Alábente, Señor, mi alma y mi cuerpo por el cui-

dado que tienes de darles el vestido conveniente, y ambos se ocupen totalmente en tu servicio; porque si tanto cuidado tienes de los pecadores que te ofenden, ¿cuánto mayor le tendrás de los justos que te sirven?

2. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor para quitar de nosotros la demasiada solicitud del vestido, nos trae por ejemplo la providencia que tiene de vestir á los lirios ó azucenas, y no á las que se crian en los jardines con industria de hombres, sino á las que nacen en el campo, las cuales no tienen necesidad de hilar como las mujeres para vestirse, ni de trabajar como los varones para ganar el vestido, sino por sola providencia del Criador nacen vestidas con tanta belleza y hermosura, que Salomon en toda la pujanza de su gloria nunca alcanzó vestido tan glorioso. Pues quien tiene cuidado de vestir de esta manera al lirio, que hoy es, y mañana se seca y se echa en el fuego, ¿cuánto mayor le tendrá del hombre, cuya vida es mas larga, y no fue criado para el fuego, sino para el cielo? Ó alma mia, si los príncipes del mundo, aunque sean mas sábios y poderosos que Salomon, no pueden vestirse tan gloriosamente como Dios viste á un lirio, mejor es confiar en el Señor (*Psalm.* CXVII, 9) que en los príncipes, pues de él puedes recibir lo que ellos no te pueden dar.

3. Lo tercero, ponderaré dos causas, por las cuales Cristo nuestro Señor no trajo por ejemplo de esta providencia el vestido que da á los peces, aves y animales, sino á los lirios, que hoy son y mañana se echan en el fuego.-La primera, para significar la liberalidad de su providencia en darnos no solamente el vestido necesario, que bastara ser grosero como de pieles de animales, sino tambien el precioso y vistoso, para adorno de nuestras personas, conforme á nuestro estado; para lo cual nos proveyó de brocados, sedas y telas preciosas, de las cuales no se ha de usar por vanidad sino para gloria del que las da.-La segunda causa mística es, para significar la largueza de su providencia en repartir estos vestidos tan preciosos, no solamente á los justos que tiene escogidos para el cielo, sino á los mundanos que son como heno, que hoy resplandecen y mañana pararán en el fuego del infierno. Para que se vea que si tan liberal es con los reprobados, mucho mas lo será con los escogidos; y si viste con tanta gloria á los que han de ser cebo del fuego sempiterno, ¿de cuánta mayor gloria vestirá á los que han de ser ciudadanos de su reino? Ó gloria mia, gracias te doy por las vestiduras tan gloriosas que das á tus criaturas, para mostrar la providencia que tienes de ellas.

Con mucho gusto por tu amor renuncio la vestidura de gloria temporal, deseando que vistas mi alma con la vestidura preciosa de tu gracia, y despues con la de tu eterna gloria. Amen.

PUNTO SEXTO.— 1. *No querais ser solícitos, diciendo: ¿Qué comerémos y beberémos, y con qué nos vestirémos? Et nolite in sublime tolli. Y no querais levantaros en alto, porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de todas ellas.*-Lo primero, se ha de considerar el gran deseo que Cristo nuestro Señor tiene de que sus discípulos pierdan la demasiada solicitud de estas cosas temporales, fiados de que Dios tiene cuidado de ellos, y este deseo significa con repetir tantas veces que no seamos solícitos de la comida, ni aun de la bebida que es menos: y por san Lucas añade, que no nos levantemos en alto, en lo cual nos prohibe la demasía en algunas cosas que están á cargo de su providencia. -Lo primero, que no andemos ansiosos de la gloria, honra y fama, ni de las dignidades, oficios ó preeminencias del mundo.-Lo segundo, que no nos engriamos con los bienes que Dios nos diere, levantándonos á mayores, é hinchándonos con ellos. (I *Tim.* VI, 17).-Lo tercero, que no busquemos lo que es sobre nuestras fuerzas ó nuestros merecimientos, queriendo lugar mas alto ó cosas mas levantadas de lo que nuestra pequeñez merece, en cualquier materia que sea.

2. Lo cuarto, que no andemos con los ojos levantados curiosamente á mirar los signos de los planetas y cielos (*Ierem.* X, 3), como quien espera de ellos el suceso de las cosas que pretende, pues no ha de venir de ellos sino de la divina Providencia, á cuyo cargo están todas estas cosas, y el suceso de cualquier cosa grandiosa que pretendemos, ora se haya de proveer por votos de hombres, ora por suertes, ora por voluntad de reyes, porque nada de esto sucede acaso, sino por la providencia de Dios, en cuyas manos están nuestras suertes. (*Psalm.* XXX, 16). Y como dice el Sábio (*Prov.* XVI, 33; XXI, 1), él las endereza, y en su mano está el corazon del rey, por muy voluntarioso que sea, y le hace inclinar á la parte que él quisiere. Y él principalmente provee los imperios y pontificados, las dignidades, cátedras, beneficios, y oficios honrosos de ambas repúblicas, eclesiástica y seglar. Y aunque en estas provisiones se mezclen ambiciones, sobornos, injusticias y otros pecados, que permite la divina Providencia por secretos fines; pero ella endereza los sucesos para sus intentos soberanos.

3. De donde se sigue, que es grande agravio de la divina Pro-

videncia andar solícito de estas cosas con demasiadas congojas, desvelado, y derramado en pensar medios cómo salir con ellas; y muy mayor agravio es tomar malos medios contra la divina voluntad; porque, como luego dirémos, en el grado que estas cosas me convienen, la divina Providencia podrá y querrá dármelas sin tales medios por otros lícitos que yo tomaré, ó que ella inventará sin saberlo yo. Y por esta causa dijo tambien Cristo nuestro Señor: *Nolite in sublime tolli.* No andeis con solicitud y congoja, levantando los ojos á lo alto, suspirando y gimiendo, vagueando por una y otra parte, buscando cómo alcanzar la alteza que pretendeis. Ó Dios altísimo, que moras en lo alto, y desde allá con tu providencia miras y provees las cosas de acá bajo, yo me sujeto á tu divina disposicion, y con grande confianza levantaré los ojos á lo alto donde tú estás, esperando que de allí me ha de venir lo que me conviene, para vivir de tal manera en la tierra, que suba á gozar de tí en el cielo.

4. Luego consideraré dos admirables razones que alega Cristo nuestro Señor para quitar esta demasiada solicitud.-La primera es (*Luc.* XII, 30): *Haec enim omnia gentes mundi quaerunt?* ¿por qué todas estas cosas las gentes del mundo las buscan? que es decir, buscar estas cosas con tal solicitud y por tales medios es propio de los gentiles, que niegan, como se dice en Job (*Iob,* XXII, 13), la divina Providencia, y de los mundanos, que la niegan con las obras (*Psalm.* LXXII, 11), ó de los imperfectos, que, por su corta confianza en ella, se congojan como los infieles. Ó Maestro soberano, cuya doctrina tienen los gentiles por locura, y los sábios del mundo por necedad (I *Cor.* I, 23; *Epist. Iudae,* 10), blasfemando lo que ignoran, porque no alcanzan los secretos de tu alta providencia; ilústralos con tu celestial luz, para que la conozcan y veneren; y pues yo por tu misericordia la creo, concédeme que la vida concierte con la fe, para que goce los admirables efectos que proceden de ella.-La segunda razon regaladísima es: *Scit enim Pater vester coelestis, quia his omnibus indigetis:* sabe vuestro Padre celestial que teneis necesidad de todas estas cosas. En las cuales palabras cifró Cristo nuestro Señor los tres divinos atributos en que se funda la confianza que debemos tener en su providencia: es á saber, su sabiduría, á quien están manifiestas nuestras necesidades; su bondad, para querer remediarlas por ser Padre; y su omnipotencia, para ejecutar el remedio por ser Padre celestial y Señor de todo lo criado: pues siendo esto así, certísimo es que con su providencia paternal proveerá de remedios para todas en el grado que nos conviene.

5. De donde infiero una razon eficacísima para tener paz y consuelo en todo lo que pretendiere, diciéndome á mí mismo: ó esta cosa que deseo y pretendo me conviene, ó no: si no me conviene, porque me ha de ser ocasion de otros mayores daños de cuerpo y alma, no la quiero, y espero en Dios que con su providencia la impedirá. Pero si me conviene, cierto estoy que con esta misma providencia me la dará, porque desea mi bien como padre, y conoce el medio para dármela como sábio, y puede ponerla por obra como todopoderoso. Con esta consideracion quedaré contento con cualquier cosa que me sucediere, cumpliéndose en mí lo que dice Salomon (*Prov.* XII, 21): Al justo no le entristecerá cualquier cosa que le suceda; porque sabe que todo viene trazado por la providencia de su Padre celestial. Ó Padre amorosísimo, desde hoy mas deseo servirte con grande paz y alegría, fundada en tu divina providencia, pues bástame creer que tú sabes mis necesidades, para que seguramente espere el remedio de ellas.

PUNTO SÉPTIMO. — 1. *De la providencia que tiene Dios con los que buscan primero su reino celestial. — Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.* En esta maravillosa sentencia se declara el órden que debemos tener en la pretension de nuestras cosas, para hacernos dignos de que la divina Providencia mire por ellas. Y porque cada palabra tiene especial misterio, ponderarémos cada una por sí.-La primera es, *primum;* primero buscad el reino de Dios, esto es ante todas cosas y sobre todas las cosas, y en primer lugar, poniendo vuestro primero y principal cuidado en pretenderle, tomando esto por último fin de vuestras intenciones, de modo, que ninguna otra cosa habeis de estimar mas ni tanto como este reino, ni mezclarla con él si es ajena de su grandeza.-Y no dice: Sed solícitos, sino *quaerite,* buscad; porque la solicitud congojosa, aunque desea buscando este reino, no agrada á Dios, como está dicho, por estar llena de dudas y desconfianzas de su providencia.

2. La tercera palabra es, *regnum Dei,* el reino de Dios; esto es, el reino celestial y eterno en el cual veais á Dios y reineis con él para siempre. Y esto sea en primer lugar, no solo por ser bien vuestro sino para que el mismo Dios reine en vosotros, y su reino se dilate por el mundo, y su nombre sea santificado de todos (*med.* XV, *part.* III): pero tambien habeis de buscar *iustitiam ejus*, su justicia; esto es, la justicia de Dios ó de su reino, que os hace justos, y abraza todas las virtudes y obras, que son títulos y medios para alcanzar

este reino y ganar la corona de justicia. Y con gran misterio Cristo nuestro Señor no dijo: buscad en primer lugar el reino de Dios, y en segundo su justicia, sino juntamente dice, que en primer lugar busquemos uno y otro, porque no se puede buscar uno sin otro: y quien dice que busca el reino de Dios, si no busca tambien la justicia y santidad, engáñase á sí mismo; porque poco aprovecha desear ir al cielo, si no se ponen medios para ello, por cuanto la divina Providencia, como no quiere que seamos demasiadamente solícitos y congojosos, así no quiere que seamos flojos y descuidados. Ó Rey eterno, pues me mandas buscar tu reino y tu justicia, prevéngame tu misericordia, ayudándome á ejercitar los medios con que se alcanza.

3. La última palabra es: *Et haec omnia adjicientur vobis*. Y todas estas cosas se os añadirán. En la cual Cristo nuestro Señor, por modo de promesa, asegura á los que buscan primero su reino y justicia, que tendrá especial providencia de ellos, y les proveerá de todas las cosas necesarias para la vida, con mas suavidad que á las gentes del mundo que las buscan con tanta congoja, conforme á lo que dice David (*Psalm.* XXXIII, 11): Los ricos tuvieron necesidad y hambre, pero los que buscan al Señor no carecerán de todo bien. Como quien dice: aunque los que confian en sus riquezas vengan á tener falta de muchas cosas; pero los que buscan á Dios y en él ponen su confianza no les faltará bien alguno, espiritual ó corporal, como sea bien para ellos; y si alguna vez les faltare la comida ó vestido del cuerpo, será por otro mayor bien del alma.

4. Pero tiene misterio que Cristo nuestro Señor no dijo: buscad en segundo lugar estas cosas temporales; porque aunque sea lícito buscarlas con cuidado moderado, no quiso decirlo por alejarnos mas de la solicitud que con ello se mezcla: y así, quien las busca ha de ser, como dice san Pablo (I *Cor.* VII, 31), como si no las buscase, quitando la turbacion y ocasion de pecado. Y buscarlas de esta manera, es buscar la justicia del reino de Dios; pues Dios manda que pongamos los medios convenientes para buscar lo necesario para no morir. Tambien no dijo Cristo nuestro Señor: todas estas cosas se os darán, sino añadirán; para que entendamos que no da Dios á los justos estas cosas temporales por premio principal de sus obras, sino por añadidura y cosa muy accesoria, en cuanto son medio para vivir. Y así el dia de la paga no las toma en cuenta mas que si no las hubiera dado, porque no se precia de pagar nuestros servicios con tan bajos premios. Y por la misma razon he yo de tener por gran bajeza servirle por ellas, ó pretenderlas por paga principal de mis

obras, sino generosamente buscar la gloria de este Señor y de su reino, dejando á su providencia que añada lo que quisiere de lo temporal, mucho ó poco, con determinacion de servirle de cualquier modo que me tratare. Y por este camino no solo no perderé lo temporal, pero si me conviene lo acrecentaré, porque quien sirve á Dios, tanto mayor interese alcanza, cuanto menos interés propio pretende.

PUNTO OCTAVO.— 1. En confirmacion de todo lo dicho, últimamente se ha de considerar, como es tan amorosa la providencia de Dios con sus escogidos, que cuando no son posibles medios humanos y ordinarios para proveerlos de la comida y vestido, y lo demás necesario para la vida, inventa medios extraordinarios y milagrosos para proveerlos de todo esto, como lo hizo con los israelitas por espacio de cuarenta años en el desierto; dándoles milagrosamente pan del cielo, sacándoles agua de la piedra (*Exod.* XVI, 35; XVII, 6), conservándoles el vestido y calzado. Pero en especial ponderaré tres medios milagrosos que la divina Providencia descubrió en sustentar á Elías. (III *Reg.* XVII, 6). -El primero fue, mandando á los cuervos que le trajesen pan y carne, mañana y tarde, para comer y cenar. Los cuales obedecieron al mandato de Dios, y con ser tan tragadores se lo quitaban de la boca para darlo al Profeta. En lo cual se nos representa, que los grandes pecadores, figurados por los cuervos, aunque sean muy codiciosos, suelen por inspiracion de Dios sustentar con sus haciendas á los justos. Ó Padre amantísimo, ¿quién no te obedecerá, dejando por tu amor lo que le diere gusto, pues los cuervos te obedecen, dejando su gusto por darle á tus amigos? el mio pongo en solo servirte con amor, fiado de tu providencia, que si es menester, cuando me desamparen los hombres, me servirán los animales.

2. El segundo modo fue, por medio de una pobre viuda (III *Reg.* XVII, 12) que no tenia mas que un poco de harina y aceite, á quien Dios mandó que le sustentase con ello, multiplicándoselo cada dia milagrosamente, de modo que bastase para el Profeta, y para ella y su hijo, en testimonio de la providencia que tiene de sustentar á sus siervos por medio de otros hombres devotos y limosneros, multiplicando sus bienes, en premio de la limosna que les hacen; porque puesto caso que la divina Providencia provee á todos, pero con mas cuidado provee á los que toma por instrumentos de su obra, dándoles porque dan, y para que dén á sus pobres.

3. El tercer modo fue, por medio de un Ángel (III *Reg.* XIX, 6),

poniéndole pan y agua que comiese al tiempo que estaba durmiendo, y bien descuidado de esto, porque los Ángeles son ministros de la divina Providencia para sustentar á los escogidos en tiempo de necesidad, cuando les falta socorro humano, como otro Ángel tomó por un cabello al profeta Habacuc que llevaba de comer á sus segadores, y le llevó por el aire donde estaba Daniel en el lago de los leones, para que le diese de comer. Y así le dijo Habacuc (*Dan.* XIV, 36): *Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envia el Señor*. Y admirado el santo Daniel de esta infinita caridad, dijo: *Recordatus es mei Deus*. Acordado te has, Señor, de mí, y no has desamparado á los que te aman. Ó Dios de mi alma, millones de gracias te doy por la memoria que tienes de tus siervos, amparando y sustentando á los que esperan en tu misericordia. No te contentaste con tapar las bocas á los leones hambrientos, para que no comiesen á tu siervo, sino tambien quitas la comida á los hambrientos segadores para darle de comer á él. Bendita sea tu amorosa providencia, y alábente por ella los Ángeles y los hombres; aumenta en mi corazon la fe y confianza de ella, para que haciendo con esta fe lo que me mandas, vea por experiencia lo que me prometes. Amen.-Con esta doctrina han de vivir muy consolados los religiosos, como dice Casiano (*Collat.* XIX, *c.* 5, 6, 8), los cuales dejan todas las cosas por librarse de cuidados congojosos, arrojándolos en la divina providencia, por seguir á Cristo con perfeccion.

MEDITACION XXXII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS CERCA DE LAS COSAS ADVERSAS DE ESTA VIDA, Y DE TODOS LOS MALES, ASÍ DE PENA COMO DE CULPA.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la divina Providencia comprende debajo de su gobierno todas las cosas adversas que suceden en esta vida (*D. Thom.* 1 *p. q.* 22, *art.* 2 *ad* 3 *et* 4; *q.* 103, *art.* 7), y todas las miserias que padecen los hombres en el cuerpo y en el alma, trazando y ordenando los males que no son culpa, y permitiendo los que lo son para fines muy altos y secretos de su gobierno en bien de sus criaturas, especialmente de los hombres escogidos para el cielo. Por lo cual dijo san Agustin (*in Enchir.* *c.* 11, *t.* 3): que el omnipotente Dios en ninguna manera consintiera que hubiera algun mal ó defecto en sus obras, si no fuera tan poderoso y bueno, *ut bene faceret etiam de malo*, que sacara bien

del mal; y de un solo mal muchos bienes: estos se pueden reducir á tres géneros.–El primero es, la manifestacion de su bondad y omnipotencia, de su justicia y misericordia, y de otros atributos y perfecciones, cuyas obras se ejercitan cerca de estas miserias, y resplandecen mucho en lo que hacen por atajarlas ó remediarlas.–El segundo bien es, la conservacion del universo mundo, el cual está compuesto de tales cosas, que no se puede conservar si no es destruyéndose unas para que se engendren ó sustenten otras, de donde nace la enemistad natural de unos animales, peces y aves con otros, porque los unos son manjar y sustento de los otros.

2. El tercer bien es, el provecho de los mismos hombres, así el natural como el sobrenatural, porque ambos bienes andan mezclados con muchas miserias, y con ellas suelen perfeccionarse, y las virtudes ejercitan sus obras con gran resplandor cerca de las miserias del cuerpo y alma, propias ó ajenas. Debajo de estos tres géneros de bienes se encierran otros innumerables, que la divina Providencia saca de nuestros males, como se verá en los puntos siguientes, discurriendo por todas las suertes de males y trabajos que padecemos: advirtiendo para mi consuelo, que tengo siempre de poner los ojos, no tanto en el mal que padezco, cuanto en el bien que la divina Providencia pretende, gozándome de tener un Dios tan bueno y poderoso, que de mis males saca bienes; ni permitiera el mal, si no supiera, quisiera y pudiera sacar de él algun bien. Ó Bien infinito, gracias te doy por la bondad que muestras en sacar bienes de nuestros males, permitiendo la miseria para que resplandezca mas tu infinita misericordia: muestra, Señor, conmigo tal providencia, que ataje del todo el mal de culpa, y convierta en bien el mal de pena. Amen.

PUNTO SEGUNDO.–*De las tentaciones del demonio.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar la maravillosa providencia que tiene Dios cerca de las aflicciones y tentaciones que nos vienen por medio del demonio, ponderando principalmente tres cosas.–La primera, que Dios nuestro Señor con su providencia da licencia permisiva al demonio para afligirnos (*Matth.* VIII, 31), sin la cual no puede tocarnos en el hilo de la ropa, ni entrar en los puercos con ser animales tan viles: pero siempre da esta licencia con tasa y limitacion, señalándole las cosas en que nos ha de afligir, y el número de veces, y la gravedad y el tiempo que ha de durar, sin que pueda pasar un punto de lo que Dios le permitiere.–La segunda cosa es, que aunque la voluntad del demonio es perversa, y pide licencia de tentarnos por des-

truirnos; pero la divina Providencia no se la da sino por nuestro bien, sirviéndose de su malicia para nuestro provecho, pretendiendo con estas tentaciones y aflicciones ejercitarnos en la mortificacion, humildad y oracion, y en todas las virtudes contrarias al intento del demonio; porque si el demonio pretende con la tentacion derribarme en lujuria, Dios pretende fundarme en perfecta castidad. Y si con los trabajos quiere moverme á impaciencia y desesperacion, Dios con los mismos quiere arraigarme en paciencia y confianza.

2. La tercera cosa es, que la divina Providencia siempre mide las aflicciones y tentaciones conforme á nuestras fuerzas, así de la naturaleza como de la gracia que piensa darnos: de modo que, como dijo el Apóstol (I *Cor.* x, 13), nunca seamos tentados ni afligidos sobre lo que podemos, deseando que salgamos con victoria y aprovechamiento, y para esto nos provee de muchos y admirables medios, ó por los confesores y buenos consejeros, ó por los santos Ángeles que resisten á los demonios por secretas inspiraciones, asistiendo el mismo Señor para favorecernos, de modo que podamos alcanzar el fin de su providencia, si por nosotros no queda. (*En la med.* XXVII *de la p.* V).

3. De estas tres consideraciones sacaré dos avisos importantes para tener consuelo en semejantes aflicciones. El primero es, no poner los ojos en el demonio que me aflige, sino en Dios que lo permite, mirando la afliccion como venida de su mano, pues pudiéndola estorbar no la estorba; y así diré con Job (*Iob,* II, 10): Si recibí de la mano del Señor tantos bienes, ¿por qué no recibiré éstos males? El Señor con su providencia me dió salud, hacienda, honra, paz y alegría; él con la misma providencia me lo quitó, dando para ello licencia al demonio: bástame que él lo haya hecho para que yo lo tenga por bueno: sea su nombre bendito por lo que me dió, y bendito por lo que me quitó, por todos los siglos. Amen.–El segundo es, poner los ojos no en los males que el demonio me amenaza, sino en los bienes que Dios pretende, confiando en su providencia, que será mas poderosa en salir con sus intentos, que el demonio con los suyos; y así quitaré los ojos de mi flaqueza para no desmayar, y de la fiereza del demonio para no temerle, y pondrélos en la omnipotencia de Dios, y en la eficacia de su gracia, suplicándole que con su providencia me aplique tan eficaces medios, que alcance el fin de sus soberanos intentos. Amen.

PUNTO TERCERO.–*De las persecuciones de los hombres.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar la providencia de Cristo nuestro Señor

cerca de las persecuciones que nos vienen por manos de hombres, ora sean tiranos públicos, ora enemigos particulares, ora amigos fingidos ó falsos hermanos. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, como la divina Providencia tiene atadas las manos á todos estos enemigos nuestros, de tal manera, que sin su licencia no pueden quitarnos un cabello de la cabeza, como Cristo nuestro Señor lo dijo á sus discípulos (*Matth.* x, 29; *Luc.* xii, 6): *¿Por ventura no se venden cinco pájaros por un real, y ni uno de ellos tiene Dios echado en olvido, ni cae en la tierra sin vuestro Padre: y aun los cabellos de vuestra cabeza están contados? No querais pues temer, porque muy mejores y muy mas estimados sois vosotros que muchos pájaros.* En las cuales palabras apunta Cristo nuestro Señor dos razones muy regaladas de la divina providencia. La primera es, que nuestro Padre celestial tiene cuidado de la vida de los pájaros, por viles que sean, y no está olvidado del menor de todos, de tal manera, que ninguno cae en el lazo ni cae muerto en la tierra sin su providencia; lúego mucho mayor cuidado tendrá de nosotros, porque de los pájaros no es Padre sino Señor, y de nosotros es Señor y Padre: y el Padre que tiene cuidado de la salud y vida de los esclavos, mayor le tendrá de los hijos: y quien no se olvida de un vil pajarillo, no se olvidará de un hombre, y mas si es amigo suyo, porque uno vale mas que infinitos pájaros: y si el cazador no puede cazar ni matar un pájaro sin la voluntad de Dios que lo consienta, mucho menos podrá el tirano afligir ni matar al justo sin licencia y permision de su celestial Padre.

2. La segunda razon es, porque Dios tiene contados los cabellos de nuestra cabeza; y tiene cuidado de ellos, como la tienen los hombres de la cosa que tienen por cuenta: y así, ninguno sin su licencia nos puede quitar un cabello de este número. Pues quien tanta providencia tiene de mis cabellos, que es la cosa mas vil del hombre, y de muy poca importancia que sea uno mas ó uno menos, ¿cuánto mayor providencia tendrá de mi salud, vida y honra, y de todas las cosas graves que me tocan? Y si mis enemigos no pueden quitarme un solo cabello sin licencia de mi Padre celestial, mucho menos podrán quitarme la salud, honra ó vida. Con esta confianza tengo de vivir muy contento y seguro, como quien está debajo de la proteccion de Señor tan poderoso y tan amoroso, que dice (*Zach.* ii, 8): Quien os toca á vosotros en el pelo de la cabeza, me toca á mí en la niñeta del ojo. Ó Amado mio, guárdame como los hombres guardan las niñetas de sus ojos: ponme debajo de tus alas, como las aves ponen á sus polluelos debajo de las suyas, defendiéndo-

me de mis perseguidores, como ellas los defienden de los milanos. (*Psalm*. XVI, 8).

3. De aquí subiré á ponderar, lo segundo, como la divina Providencia permite que seamos perseguidos de los hombres malos, por los grandes bienes que de aquí se nos siguen; de modo que no diera tal licencia á nuestros enemigos, si no pretendiera tomarlos por instrumentos para estos bienes, como permite tiranos, para que haya esclarecidos mártires, en lo cual hace dos cosas muy señaladas. – La primera es, sacar de las persecuciones el bien totalmente contrario al mal que nuestros enemigos pretendian con ellas. Y á veces los mismos medios que toman para hundirnos, toma Dios para ensalzarnos. – La segunda es, convertir la persecucion en bien de nuestros mismos enemigos, haciéndoles bien por los medios que tomaban para hacernos mal. Ambas cosas resplandecieron en la persecucion de José, á quien Dios levantó á ser virey de Egipto, por los medios que sus hermanos tomaron para hundirle. Y por los mismos trazó de remediarlos, como lo declaró el mismo José diciéndoles (*Genes*. L, 20): *Vos cogitastis de me malum, sed Deus vertit illud in bonum, ut exaltaret me*. Vosotros tramásteis contra mí un grande mal, pero Dios le ha convertido en un grande bien para ensalzarme (*Genes*. XLV, 5): y vine á Egipto, no tanto por vuestro consejo, cuanto por la voluntad de Dios, para vuestra salud y de otros muchos.

4. Con esta consideracion me consolaré cuando me viere perseguido, diciendo con David: Callé y no abrí mi boca, *quoniam tu fecisti*, porque tú, Señor, lo hiciste, y por tu ordenacion y permision me viene este trabajo; y haciéndolo tú, no es razon que me queje yo: y como el mismo David, cuando le maldecia Semei, dijo á sus criados: El Señor le ha mandado que me maldiga (II *Reg*. XVI, 10): *Et quis est qui audeat dicere, quare sic fecerit?* Y ¿quién hay que se atreva á decir por qué lo mandó? quizá el Señor hoy convertirá esta maldicion en bendicion para mí; así yo diré á mí mismo: No pienses que es acaso la maldicion y trabajo que padeces, porque ninguno podria decir ni hacer mal contra tí, si Dios no le diese licencia para ello; no pienses que la da para tu daño, pues por esto se dice que lo manda, porque lo permite para tu provecho. Y si él lo manda de esta manera, ¿quién le pedirá razon por qué lo manda? Bástame, Señor, que tú lo mandes, para que sea bien mandado, porque siempre es acertado y justo tu gobierno.

PUNTO CUARTO. - *De las enfermedades*. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar la paternal providencia de Nuestro Señor cerca de las

adversidades corporales, así comunes como particulares, ora nazcan de causas naturales solas, ora tambien de alguna malicia ó descuido de los hombres, como son tempestades, diluvios, guerras, pestes, enfermedades y dolores del cuerpo, con otros innumerables achaques y miserias que padecemos; pero todas vienen registradas por la divina Providencia, sin la cual ni una sola sucediera. Y por esto dijo un profeta (*Amos,* III, 6): No hay mal en la ciudad que no haya hecho el Señor. Pero en particular ponderaré como la divina Providencia muy por menudo tiene tanteadas las enfermedades que me suceden, midiéndolas conforme á mis fuerzas, cuanto al número, calidad, intension y duracion de ellas, sin que el humor que aflige la cabeza pueda pasarse á otra parte, ni crecer ó durar mas horas de las que Dios tiene determinadas.

2. Y asimismo la divina Providencia dispone los sucesos de la cura, y los aciertos ó yerros de los médicos, y la aplicacion de buenas ó malas medicinas en buena ó mala coyuntura; de modo que nada de esto es acaso para Nuestro Señor; el cual se sirve de todas estas cosas para salir con sus intentos; porque como dice el Sábio (*Eccli.* XXXVIII, 2; XL, 14): *A Deo est omnis medela.* De Dios nace toda la medicina y el suceso de ella; y en sus manos está la vida y la muerte, la salud y la enfermedad; y con su providencia hiere y sana, mortifica y vivifica, pone en la sepultura y saca de ella. (*Osee,* VI, 2; I *Reg.* II, 6). De donde sacaré, que en semejantes casos, aunque puedo y debo poner medios humanos, convenientes para librarme de estos trabajos; pero mi principal confianza no ha de ser en ellos, sino en Dios, á quien he de acudir con oraciones, porque su providencia es la que ha de dar buen suceso á los medios que yo tomare, ó poner otros mejores.

3. Lo segundo, he de ponderar como la divina Providencia traza ó permite estas enfermedades y trabajos del cuerpo para bien del alma, para que con ellas se purifique de culpas, venza las pasiones, ejercite las virtudes, alcance la perfeccion de ellas, porque *virtus in infirmitate perficitur,* la virtud se perfecciona en la enfermedad. Y así mirándola, no en cuanto aflige mi cuerpo, sino en cuanto procede de Dios para mi provecho, tengo de gozarme, diciendo con el Apóstol (I *Cor.* XII, 9): De muy buena gana me gloriaré y gozaré de mis enfermedades, porque habite en mí la virtud de Cristo. Y si la carne rehusare tales trabajos, la diré con fervor de espíritu (*Joan.* XVIII, 11): *Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* ¿No quieres que beba el cáliz que me da mi Padre? Esta enfermedad y tra-

bajo, y las amarguras que andan con el cáliz, es recetado por la providencia de mi Padre celestial; y por consiguiente de gran provecho, pues basta que él le recete, para que yo le acepte: y pues él quiere que le beba, yo quiero beberle, por hacer lo que él quiere, y no me apartar de lo que manda.

PUNTO QUINTO. - *De las miserias del alma.* — 1. Lo quinto, se ha de considerar la providencia que tiene Dios nuestro Señor cerca de las miserias de nuestra alma, las cuales son en dos maneras, unas involuntarias que nos afligen mal que nos pese (*Rom.* VII, 15; VIII, 13), como son las pasiones de la carne rebelde contra el espíritu, las vagueaciones de la imaginacion, y otros defectos semejantes, los cuales resultaron del pecado original; y la providencia de Dios los dejó, no para nuestro daño, sino para nuestro ejercicio, por los grandes bienes que resultan de esta guerra á los que valerosamente pelean en ella. Y así Nuestro Señor con su providencia paternal modera la furia de estas tentaciones interiores, para que no nos ahoguen, y da bastante gracia pára pelear con ellas, y vencerlas.

2. Otras miserias son queridas por nuestra libre voluntad desordenada, como son los pecados, los cuales en ninguna manera son pretendidos por la divina Providencia, antes salen fuera de su órden, y contradicen al fin principal de su gobierno, que es nuestra salvacion, para gloria suya. Pero con todo eso los permite, por dejar al hombre en su libertad; y con su bondad infinita saca de ellos, por su altísima providencia, grandes bienes. Unas veces para el que los hizo, haciéndole con esta ocasion mas humilde y desconfiado de sí, mas recatado para adelante, y mas fervoroso en el divino servicio. Otras veces para otros, porque con la crueldad y malicia de los malos ejercita, labra y perfecciona á los buenos, y siempre saca de ellos manifestacion de su bondad, ó esperando y perdonando con misericordia, ó castigando severamente con justicia: y todo, como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 28), se convierte en bien de los escogidos, los cuales, por la providencia de Nuestro Señor, de los pecados propios sacan humildad, y de los ajenos escarmiento; y del perdon sacan amor y agradecimiento á la divina misericordia, y del castigo sacan temor y reverencia de la divina justicia. Ó Dios eterno, cuya providencia convirtió la culpa de Adan en bien de todo el mundo, tomando de ella ocasion para darnos á tu Hijo por Redentor; convierte con tu misericordia en mi bien lo que yo miserable hice para mi mal. Ó Redentor del mundo, que redimes de él los pecados perdonando y preservando; perdóname los que ya he cometido, y pre-

sérvame de los que puedo cometer, aplicándome con tu amorosa providencia los efectos de tu copiosa redencion. Amen.

6. Últimamente, ponderaré los innumerables beneficios ocultos que proceden de la divina Providencia en todas las cosas referidas, atajando innumerables males de cuerpo y alma, particulares y generales que sucederian en el mundo, y me tocarian á mí particularmente, si Dios no los impidiera. Por los cuales, como arriba se dijo (*supr. medit.* XXVIII, *parte* II), he de alabarle, y como le pido perdon de mis pecados ocultos, porque aunque son ocultos para mí, no lo son para Dios, y algun dia serán manifiestos; así he de darle gracias por sus beneficios ocultos, pues aunque me sean ocultos (*Psalm.* XVIII, 13), no dejan de ser muy grandes; y algun dia me serán manifiestos, y me hallaré corrido, si no los hubiere agradecido. Gracias te doy, soberano Bienhechor, por el bien que me haces, librándome secretamente de los males que yo haria, y de las miserias en que caeria, si tú no las atajases. Lleva, Señor, adelante este soberano beneficio, para que con tal providencia sea cierta mi perseverancia en tu gracia, y alcance la corona de la gloria. Amen.

MEDITACION XXXIII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN OIR NUESTRAS ORACIONES, Y DESPACHARLAS Á SU TIEMPO, Y CUÁN SOBERANO SEA ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la divina Providencia ha tomado la oracion por instrumento y medio principalísimo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 38, *art.* 2; 1 *p. q.* 23, *art.* 8) para ejecutar las trazas de su gobierno con los hombres cerca de las cosas dichas, y otras que se dirán; porque viendo la falta que los hombres tenemos de muchos bienes, así corporales como espirituales, temporales y eternos, y tambien la muchedumbre de males á que estamos sujetos en el cuerpo y en el alma, sin tener fuerzas para alcanzar los bienes, y librarnos de los males, ordenó que nuestra oracion fuese medio para lo uno y para lo otro, dándonos palabra de que nos concederia cuanto le pidiésemos, pidiéndoselo con las condiciones que se debe pedir. Y así dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* VII, 7): *Petite, et accipietis.* Pedid lo que os falta, y lo recibiréis, porque (*Luc.* XI, 10), *omnis qui petit accipit*, cualquiera que pide recibe.

2. En lo cual ponderaré, como la oracion es medio para todo

esto eficacísimo, suavísimo y universalísimo. Es eficacísimo, porque, como arriba se dijo (*en la medit.* XVIII *y* XIX *de la parte* IV), estriba en la palabra y promesa de Dios, que no puede faltar, porque es sumamente fiel en cumplir lo que dice, y todopoderoso para hacer lo que promete. Es suavísimo, porque no hay cosa mas suave y fácil, que pedir lo que me falta al que me ama, y me manda que se lo pida, y desea darme lo que le pido, mas que yo recibirlo. Es universalísimo, porque vale para negociar todos los bienes que me convienen, y para librarme de todos los males que me dañan. Y tambien es medio de la divina Providencia, para la ejecucion de la obras que proceden de los divinos atributos y perfecciones que arriba se han puesto, porque es medio para que la bondad de Dios se nos comunique, su caridad nos ame, su misericordia nos remedie, su justicia nos galardone, y para que su omnipotencia ejecute lo que su sabiduría ha trazado; y si es menester para que altere y mude el órden de las cosas naturales, haciendo obras milagrosas, porque la oracion alcanza que la divina Omnipotencia dé vista á los ciegos, vida á los muertos, haga parar los cielos y trueque unas cosas en otras.

3. Finalmente, tambien es medio de la divina Providencia para el adorno y perfeccion de las criaturas, que hizo al principio del mundo en provecho del hombre, porque por medio de la oracion fertiliza la tierra, envia agua del cielo, multiplica el ganado y los animales provechosos, destruye los dañosos, amansa los bravos, quita las pestes, purifica los aires, y hace otras muchas cosas propias de la omnipotencia de Dios; el cual por este camino comunica, del modo que es posible, su mismo poder á los que nada pueden sin él. Ó Dios omnipotente, gracias te doy por la omnipotencia que has comunicado á la oracion, para alcanzar de tu bondad y misericordia lo que ha dispuesto tu soberana providencia. Aficióname, Señor, á este santo ejercicio, porque cierto estoy que si yo no aparto de mí la fervorosa oracion, tú no apartarás de mí tu copiosa misericordia. (*Psalm.* LXV, 20).

PUNTO SEGUNDO. – *La liberalidad de Dios en despachar nuestras oraciones.* — 1. Lo segundo, se ha de considerar como la divina Providencia con gran liberalidad nos concede lo que le pedimos, si es provechoso, y con grande caridad nos lo niega, si es dañoso, queriendo que la oracion sea medio de nuestro provecho, y no de nuestro daño. Esta verdad declaró Cristo nuestro Señor á sus discípulos, por esta parábola (*Matth.* VII, 9): *¿Qué hombre hay que si le pide su*

hijo pan, le dé una piedra? ó si le pide pez, le dé una serpiente? ó si le pide un huevo, le dé un escorpion? (*Luc.* XI, 12). *Pues si vosotros, siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará sus bienes y el buen espíritu al que se lo pidiere?* En la cual parábola Cristo nuestro Señor nos enseña, que así como el padre cuando su hijo le pide algo de comer, no le da una piedra, porque es inútil, ni le da una serpiente ó escorpion, porque es dañosa; así tambien, cuando yo pido á Nuestro Señor salud, hacienda, honra, regalo, ó alguna otra cosa temporal, si ve su Majestad que esto no ha de ser para mi alma de provecho, sino de daño, no me lo da, porque me ama como padre, y con amor de padre no quiere dar á su hijo lo que ha de ser piedra de escándalo en que tropiece, ó serpiente que le emponzoñe con malicia, ó escorpion que le muerda la conciencia con pecado. Y el negarme esto es oir mi oracion, porque de razon cuando se lo pido, ha de ser debajo de condicion que sea para mi provecho, y no para mi daño.

2. Y de la misma manera, como el padre, cuando su hijo le pide de comer, le da lo necesario y lo conveniente, como es pan, huevos y peces; así Nuestro Señor nos dará lo que le pidiéremos, no solamente lo necesario, como el pan, sino lo decente y conveniente, como pez y huevos. Porque si vosotros, dice, siendo de vuestra cosecha mal inclinados, teneis esta buena inclinacion de dar á vuestros hijos los bienes que habeis recibido de Dios, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial, que de su naturaleza es bueno, y tiene inclinacion á hacer bien á todos, dará sus bienes á quien se los pidiere, especialmente su espíritu bueno, esto es, el espíritu con que somos buenos, y nos dispone á recibir el Espíritu Santo, de quien toda bondad procede, y con quien vienen todas las cosas que son para nuestro bien? Gracias te doy, ó Padre amantísimo, por la providencia que tienes en negarme lo que me daña, y concederme lo que me aprovecha, y tantas gracias te doy por lo uno como por lo otro, pues uno y otro procede de igual amor. Concédeme, Señor, que siempre te pida lo que te agrada, para que siempre me dés lo que te pido, para gloria tuya y provecho mio. Amen.

3. Lo segundo, tengo de ponderar la infinita liberalidad de esta soberana Providencia, la cual se muestra en no dejar vacía la oracion de sus hijos, cuando por ignorancia le piden lo que les haria daño, porque de tal manera se lo niega, que en su lugar les da otra cosa que les entre mas en provecho, como cuando san Pablo (II *Cor.* XII, 8) pidió tres veces á Dios que le quitase el aguijon de su carne, aun-

que se lo negó, dióle otra cosa muy mejor, que era su gracia, para que el aguijon no le dañase, antes le aprovechase, aguijándole en su salvacion. Por lo cual dijo san Bernardo (*Serm.* 5 *in quad.*): Ninguno desprecie su oracion, porque Dios no la desprecia: y antes que salga de nuestra boca, la tiene escrita en su libro, é indubitablemente podemos esperar una de dos cosas, ó que nos dará lo que le pedimos, ó lo que nos será mas provechoso. Ó Dios de mi alma, no quiero tener mi oracion en poco, pues tú la tienes en tanto; y aunque vále poco en cuanto sale de mí, vale mucho en cuanto estriba en tí, en quien confio que nunca saldrá vacía de tu presencia, dándome lo que te pido, ó lo que de razon te debiera pedir.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la providencia que tiene Dios nuestro Señor en dar lo que se le pide, en buen tiempo y sazon, cuando es mas conveniente para su gloria y bien nuestro, sin anticipar ni posponer este tiempo. Y quizá por esto dijo el mismo Señor (II *Cor.* VI, 2): *In tempore accepto exaudivi te.* Yo te oí en el tiempo que me fue acepto y agradable. Y los santos que saben ya algo de estos tiempos, piden á Dios remedio de sus necesidades, como dice David (*Psalm.* XXXI, 6): *In tempore opportuno,* en su sazon y coyuntura. Y cuando se ven apretados, suplican á Dios, que el tiempo en que oran sea el tiempo oportuno para ser oidos, como decia el mismo David (*Psalm.* LXVIII, 14): Á tí, Señor, enderezo mi oracion; sea este tiempo aceptable á tí para que me oigas: óyeme, por la muchedumbre de tu misericordia, y por la verdad que tienes en cumplir lo que prometes. De aquí es, que cuando es conveniente dar luego lo que se pide, luego lo da Dios si se pide como conviene, y si no hay estorbo para recibirlo.

2. Y esto principalmente nos sucede cuando le pedimos perdon de los pecados, para lo cual todo tiempo es oportuno. Y en estos casos se cumple lo que dice Isaías (*Isai.* LVIII, 9): Clamarás á Dios, y luego te dirá: Aquí estoy. Y aun mas adelante dice (*Isai.* LXV, 24): Antes que clamen les oiré; y aun estando hablando haré lo que me piden; pero otras veces, aunque oye y entiende nuestras peticiones, y se determina de hacer lo que le pedimos, dilata la ejecucion para otro tiempo mas conveniente, ó porque hay otro que le pide lo contrario por otro justo título, como sucedió á Daniel, que pedia á Dios la libertad de su pueblo (*Dan.* X, 3); y aunque le oyó luego, pero dilató veinte y un dia la respuesta, porque otro Ángel pedia lo contrario, por el bien de los persas que le tenian cautivo: ó lo dilata, por haber de nuestra parte algun impedimento de culpa ó ingrati-

tud, ó tibieza en el pedir, ó remision en el desear, y con esta dilacion se quita el estorbo y se aumenta el deseo, y nos hacemos dignos de recibir lo que pedimos; y así todo va ordenado á nuestro bien. Alabada sea, Padre mio, tu providencia paternal, así por las veces que me mandas lo que te pido, como por las que dilatas el concederlo. Cierto estoy, Señor (*Habac.* II, 3), que si te detuvieres en oirme, no te tardas; porque aunque te tardas conforme á mi deseo, no te tardas conforme á lo que pide mi necesidad.

3. Lo segundo, ponderaré la liberalidad de este gran Señor, cuando con su providencia dilata el concedernos lo que le pedimos, porque si perseveramos pidiendo, recompensa la dilacion con darnos mucho mas de lo que habíamos pedido. De esto nos avisa Cristo nuestro Señor en la parábola del hombre (*Luc.* XI, 5), que á media noche fué á casa de su amigo á pedirle tres panes prestados, y aunque le despidió la primera vez, perseveró en llamar á su puerta, hasta que su amigo le abrió, vencido de su importunidad, y le dió, no solamente tres panes, sinó todos los que habia menester, y no prestados sino dados. De esta manera quien acude á las puertas de Dios, que es verdadero amigo, en cualquier tiempo y hora que acuda, es oida su oracion, porque nunca duerme; y aunque algunas veces da respuestas desabridas, como á la Cananea (*Matth.* XV, 26), á fin de probar nuestra fe y perseverancia, si somos fieles en perseverar, despues nos da mucho mas de lo que le pedimos. Danos los tres panes de la fe, esperanza y caridad, y todas las demás virtudes necesarias y convenientes para nuestra perfeccion. Danos tambien los tres panes cotidianos, el corporal que sustenta el cuerpo, y el espiritual de la gracia, y el del santo Sacramento que sustenta el alma. Ó alma mia, acude confiadamente á las puertas de Dios, que es tu verdadero amigo; llama con instancia y perseverancia, porque no le cansa el importuno sino el tibio; y si te hace del dormido, es porque gusta de oirte llamar con mas fervor, para darte lo que le pides con mas abundancia. (*Ephes.* III, 20).

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como la divina Providencia en este medio de la oracion se extiende á todos los hombres del mundo, sin excluir á ninguno, porque con todos habla aquella sentencia general de Cristo nuestro Señor, que dice (*Matth.* VII, 7; *Luc*, XI, 9): *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán. Porque todo hombre que pide, recibe; y el que busca, halla; y á quien llama, abren la puerta.* En la cual promesa resplandece grandemente la inmensa largueza y omnipotencia de nues-

tro gran Dios, porque con haber en el mundo innumerables hombres cargados de innumerables deseos y de innumerables necesidades, acudiendo todos innumerables veces á sus puertas por remedio, á todos atiende, y oye las peticiones de todos, como si fuera uno solo el que le pidiera, sin cansarse ni enfadarse de que le pidan tantos, y tantas cosas, y unas contrarias á otras, y con tanta importunidad, antes gusta de que lo pidan; y declara su gusto con la repeticion de estas tres palabras, que cási significan lo mismo: *Pedid, buscad, llamad;* como quien dice (*D. Aug.* lib. I Retr. c. 19): Mirad que deseo mucho que me pidais; pedidme, pedidme, pedidme. ¡Oh caridad inmensa! oh largueza infinita! ¿qué te va, Dios mio, en que los hombres te pidan algo, para que con tantas ganas nos pidas que te pidamos? Los príncipes del mundo se cansan de que les pidan, ¿y tú de que no te pidan? Aquellos no dan entrada en su presencia, sino á los privados ó nobles de su reino, tú admites á los más viles y despreciados del mundo; aquellos muchas veces no quieren, ó no pueden dar lo que se les pide; tú siempre quieres lo que conviene, porque eres bueno, y siempre lo puedes dar, porque eres todopoderoso. Y pues todos gozan de tu copiosa liberalidad, todos te alaben y glorifiquen por ella. Amen.

2. Lo segundo, se ha de considerar el deseo que tiene Nuestro Señor de que le pidamos con gran deseo y fervor; de suerte que nuestro deseo y fervor en el pedir, sea semejante al que él tiene de que le pidamos. Y por esto, con la repeticion de estas tres mismas palabras: *Pedid, llamad, buscad,* nos enseña que pidamos con instancia y fervor, como quien dice: Pedid con fe y confianza; buscad con gran diligencia, y llamad con grande perseverancia, y no os canseis de pedir hasta que alcanceis lo que pedís, porque os conviene siempre orar (*Luc.* XVIII, 1), y nunca desfallecer.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como no solamente los justos, sino los pecadores, gozan de esta providencia, y son oidos en sus oraciones, con tal que pidan cosas buenas, con buen fin y con buen modo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 82, *art.* 16), perseverando y quitando los estorbos que ponen para recibir lo que piden; porque de otra manera diráles el Apóstol (*Iacob.* IV, 3): Pedís y no recibís, porque pedís mal. Y Cristo nuestro Señor les dirá como á los hijos del Zebedeo (*Matth.* XX, 22): No sabeis lo que os pedís. Ó Dios misericordiosísimo, que con grande gusto haces la voluntad de los que te temen (*Psalm.* CXLIV, 19), y oyes la oracion que hacen; concédeme que haga siempre tu voluntad, para que sea digno de que tú hagas

la mia, en cuanto fuere conforme con la tuya. Ó alma mia (I *Ioan.* III, 21), procura que tu corazon no te reprenda de culpa, para que crezca la confianza, y merezcas ser oida: no cierres tu oido para oir la ley de Dios, y el clamor del pobre, porque no cierre Dios el suyo para oir tu oracion.

4. Finalmente, ponderaré la suavidad de la divina Providencia en la aplicacion de este medio, porque no contentándose con exhortar generalmente á todos que oren, y enseñarles el modo de orar, como se ha dicho, en particular hace esto con cada uno por sus secretas inspiraciones, inspirándonos lo que hemos de pedir, imprimiendo el deseo y fervor de pedirlo, y las razones y títulos que hemos de alegar para alcanzarlo, conforme á lo que dijo san Pablo: No sabemos lo que hemos de pedir como conviene, y así el Espíritu Santo pide por nosotros con gemidos que no se pueden explicar. (*Rom.* VIII, 26). Y cuando oramos de esta manera, es señal que Dios quiere concedernos lo que le pedimos, porque del deseo que tenia de concederlo procedió inspirar tal modo de pedirlo. Y así la divina predestinacion, como dice san Gregorio (*Lib.* I. *Dial.* 8), para salir con sus intentos, se sirve de la perfecta oracion. Ó Espíritu divino, cuya providencia me gobierna, gracias te doy por el cuidado que tienes de mí, para que no falte en la oracion; si no sé lo que tengo de pedir, tú me lo enseñas; si me olvido, tú me lo acuerdas; si aflojo, tú me avivas; si desmayo, tú me alientas; y si quiero cesar, tú me haces perseverar, pidiendo, buscando y llamando, hasta que reciba y halle lo que pretendo. Ó Padre amantísimo, muestra conmigo siempre esta soberana providencia, dándome tal espíritu en la oracion que pueda llamarte Padre, y alcanzar de tí todo lo que me conviene para ser tu perfecto hijo por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXIV.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN DARNOS ÁNGELES QUE NOS GUARDEN, Y CUÁN GRANDES BIENES ENCIERRA ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como la divina Providencia ordenó que todos los hombres tuviesen Ángeles que les guardasen y encaminasen al fin de su eterna salvacion (*D. Thom.* 1 *p. q.* 113), ponderando los motivos que Dios nuestro Señor tuvo para ello. — El primero fue, para mostrar el grande amor que tiene á los hombres, y la grande estima y deseo que tiene de su

salvacion, pues quiso que los espíritus angélicos, como dice san Pablo (*Hebr.* I, 14), fuesen ministros suyos en esta obra, enviándolos del cielo á procurarla. De suerte, que no solamente todas las criaturas del cielo y tierra sirviesen al hombre, sino tambien las que están sobre el cielo, y son mayores que él en la naturaleza, se ocupasen en ayudarle. Y por esta causa dijo Cristo nuestro Señor que no despreciásemos á ninguno de los pequeñuelos (*Matth.* XVIII, 10): *Quia Angeli eorum semper vident faciem Patris mei qui in coelis est:* porque Dios los estima tanto, que les ha dado Ángeles que están siempre viendo el rostro de mi Padre, que está en los cielos. Gracias te doy, Padre eterno, por este amor y estima que tienes de nosotros, dándonos por gente de guarda á los mas privados de tu casa. Ya no me admiro, como David (*Psalm.* VIII, 8), de que hayas puesto todas las cosas debajo de mis piés, haciéndome poco menor que tus Ángeles, pues me das á los mismos Ángeles para que me sirvan por tu amor: sírvate yo, Señor, como ellos te sirven, y en agradecimiento del bien que por tí me hacen.

2. El segundo motivo fue, porque vió la divina Providencia nuestra grande flaqueza, y las grandes necesidades y peligros en que vivimos; y aunque por sí solo pudiera favorecernos, quiso tambien servirse de los Ángeles para ello, encomendándoles que tuviesen cuidado de nosotros; y así dice David (*Psalm.* XC, 10): *No te tocará el mal, ni el azóte se acercará á tu morada; porque Dios ha mandado á sus Ángeles que tengan cuidado de tí, y te guarden en todos tus caminos: llevarte han sobre las palmas de sus manos, porque tus piés no tropiecen en las piedras.* En las cuales palabras apunta David tres grandes favores. - El primero, que ha dado Dios cuidado de mí, no solo á un Ángel, sino á sus Ángeles; dando á entender, que muchos cuidan de mí, como luego verémos. - El segundo, que me guardan, *in omnibus viis,* en todos mis caminos y pasos, en cualquier parte del mundo que esté, y ande por mar ó por tierra, y en todos los negocios que trato, y en todas las obras que hago. - El tercero, que me traen en las palmas de sus manos, porque no tropiece, preservándome de las ocasiones en que podia tropezar y peligrar, sirviéndome sus manos de litera que me lleva, ampara y levanta del suelo, y me defiende de las injurias del aire y de los tropiezos de la tierra. Ó providencia amorosísima y regaladísima de nuestro Padre celestial, ¿qué gracias te podré dar por el cuidado que has tenido de remediar por tal camino mi flaqueza? ¡Oh si yo tuviese tal cuidado de servirte como tienen los Ángeles de ampararme! oh si en todos mis

pasos y caminos les obedeciese para que en todos te agradase! oh si me dejase llevar siempre de sus manos, para que nunca me soltases de las tuyas! Ó Ángeles benditísimos, tened cuidado siempre de mí, para que ni el mal se me acerque, ni el castigo me derribe, ni cese de servir á quien nunca cesa de me amparar.

3. El tercer motivo fue, porque viendo Nuestro Señor que los malos ángeles que habian sido echados del cielo habian de tentar y perseguir á los hombres con grande rabia y envidia, proveyó con su amorosa providencia, que los Ángeles buenos que quedaron en el cielo viniesen á defenderlos de los demonios, para que el hombre tuviese espíritus invisibles que le defendiesen de los enemigos invisibles que le molestaban. Y así en el mismo estado de la inocencia, como hubo demonio que tentó á los primeros padres, así hubo Ángel que los guardase y amparase (*D. Thom.* 1 *p.* *q.* 113, *art.* 4 *ad* 2): y si Eva atendiera á las inspiraciones del Ángel bueno, no diera crédito á las palabras del malo. Y por la misma causa trazó esto la divina Providencia, para que nos defendiesen de otros enemigos que, aunque visibles, pero son ocultos y encubiertos; y era menester que tuviésemos algun amigo tambien oculto que los conociese y nos pudiese defender de ellos. De todo esto sacaré grande confianza y ánimo contra los demonios y contra los demás enemigos secretos, por tener de mi parte los Ángeles que son mas poderosos que ellos. Ó alma mia, si te abriese Dios los ojos, como al criado de Eliseo, para ver cuántos mas y mejores son los que pelean por tí, que contra tí (IV *Reg.* VI, 17), sin duda tendrias grande ánimo en pelear, y grande confianza de vencer. Alaba y glorifica la providencia de tu supremo Capitan, que te ha dado tantos y tan valerosos defensores, contra tantos y tan poderosos enemigos.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como esta soberana Providencia se extiende á todos los hombres del mundo, con un modo maravilloso. (*D. Thom.* 1 *p.* *q.* 113, *art.* 4). Ponderando, lo primero, como no solamente tienen Ángeles de guarda los predestinados para el cielo, sino los reprobados; y no solamente los justos, sino los pecadores; ni solamente los cristianos, sino los paganos y todo género de infieles, sin excluir á ninguno, hasta el mismo Antecristo le tendrá; porque como Dios desea (I *Tim.* II, 4) que todos se salven, así provee á todos de este medio para su salvacion: y porque ninguno lo atribuya á sus merecimientos, á todos se señalan Ángeles desde que el alma es criada y unida con su cuerpo, ó desde el punto de su nacimiento.

2. Y lo que mas admira es, que siendo un Ángel solo suficientísimo para guardar muchos hombres, que viven en una ciudad ó reino; con todo eso quiso la divina Providencia que un solo Ángel se emplease en la guarda de un solo hombre, en cualquier parte y lugar del mundo que fuese, y que este solo le sirviese de perpétuo ayo y compañero todos los dias de su vida, sin desampararle del todo, aunque le fuese muy rebelde. (*D. Thom.* 1 *p. q.* 113, *art.* 6). Ó Padre amorosísimo, ¿qué gracias te daré por tan soberano beneficio como haces á los hombres, mandando á los Ángeles tus amigos, que sean ayos de tus mismos enemigos? Del vientre de mi madre nací hijo de ira, y desde allí diste cargo de mí al que era vaso de misericordia, para que procurase hacerme semejante á sí. Sírvate yo, Señor, como él te sirve, para que llegue á gozar de tí como él te goza. Amen. - De aquí sacaré grande amor y estima de cualquier prójimo por vil que sea; pues con ser tan vil, le dió Dios un Ángel totalmente dedicado á su guarda; y por esto dijo Cristo nuestro Señor: No desprecieis (*Matth.* XVIII, 10), *unum ex his pusillis*, á uno de estos pequeñuelos, pues por muy pequeñuelo que sea tiene un Ángel muy grande y poderoso que le guarda. Y si yo no me atreviera á murmurar de un hombre ausente delante de un grande amigo suyo, ni á injuriarle en su presencia, estando con él su ayo ó guarda muy poderosa, razon es que no me atreva á hacer esto, considerando que mi prójimo tiene un Ángel por ayo y guarda, el cual oye mi murmuracion y agravio, y es poderoso para pedir á Dios justicia y venganza contra mí, y para ejecutarla sin resistencia.

3. Luego ponderaré como la divina Providencia, no contenta con dar á cada uno su Ángel de guarda, del último coro de la ínfima jerarquía, tambien da Arcángeles y Principados que gobiernen y defiendan á los reyes y príncipes, á los reinos y ciudades. Además á la Iglesia universal, y á las matrices de ella, á las religiones y provincias, ó conventos de cada una, y á los prelados y personas constituidas en dignidad, para que por medio de estos soberanos espíritus se ejecuten las trazas del divino gobierno con mas suavidad. De donde se sigue, que no solamente tengo yo un solo Ángel que me guarda, sino tambien me ayuda el Arcángel ó Principado que guarda el reino y ciudad en que vivo, y el que defiende la Iglesia universal y particular en que resido, y la religion y convento en que moro, y el que por razon de mi dignidad ú oficio me está señalado.

4. Y demás de esto los Ángeles de la segunda jerarquía, Virtudes ó Potestades, que tienen poder para reprimir á los demonios,

me ayudan en las tentaciones. Y es tan suave la divina Providencia, que por respeto del hombre ha señalado Ángeles que miren por la conservacion de las especies de las cosas corruptibles; para que nunca falten, ni el hombre carezca del bien que recibe de ellas, ni se frustre el fin para que Dios las crió. Todo esto me ha de ser motivo de nuevas alabanzas, gozándome del amor que Dios nos muestra en esta tan amorosa providencia, provocando al Ángel de mi guarda, y al Arcángel, Principado y Potestad, debajo de cuyo gobierno estoy, que le dén gracias por mí, y por el bien que hace á los infieles que no le conocen, ni se le agradecen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar el gusto y contento con que acuden los Ángeles á cumplir con este oficio de guardarnos, sin reparar en su grandeza y nobleza, ni en nuestra pequeñez y bajeza, ponderando las causas de este gusto, y aplicándolas á mí mismo para imitarlos en ellas. – La primera y principal causa es, mandárselo Dios, y esta basta; porque como le aman, desean entrañablemente cumplir cualquier cosa que les manda, y ninguna cosa tienen por vil ni baja en siendo mandada de Dios, á quien servir es reinar. Y así con tanto gusto el ángel Rafael, con ser uno de los siete principales que asisten delante de Dios, servia á Tobías por los caminos y mesones, como gobernara un reino ó moviera el cielo estrellado, porque no miraba tanto la cosa mandada, cuanto al que se la mandaba; y tanto gusto tiene en su oficio el Ángel que guarda el esclavo, como el que guarda al emperador ó papa. Ó Ángeles de Dios poderosos en virtud para hacer lo que os manda, y oir su palabra, cumpliendo con prontitud todo lo que quiere (*Psalm.* CII, 20); bendecidle por este buen afecto que os ha dado, y suplicadle me ayude, para que os imite, preciándome de obedecer á cuanto me quisiere mandar.

2. La segunda causa es, la grande caridad y amor que tienen á los hombres, como prójimos suyos, porque viendo que Dios los ama, no pueden dejar de amarlos; y viendo que Dios los amó tanto que se hizo hombre por ellos, tambien ellos gustan de amarnos tanto, que se hacen como siervos por nosotros. Y así queriendo san Juan adorar á uno de ellos por su grande excelencia, el Ángel no se lo consintió, diciendo (*Apoc.* XIX, 10): No lo hagas, porque yo tambien soy siervo como tú y como todos tus hermanos, los que tienen en sí mismos el testimonio de Jesús, que es decir: No me precio tanto de ser Ángel, como de siervo de Jesús, de quien tú y tus hermanos sois siervos, y por quien yo gusto de servir como siervo, y

no de ser adorado como señor. Y llega este amor á tanto, que no solamente aman á los siervos de Dios, sino tambien á sus enemigos, deseando hacerles bien para convertirlos en amigos, y por esto con grande gusto los guardan.

3. De estas dos causas procede la tercera, por el gran deseo que tienen de poblar las sillas del cielo, que dejaron vacías sus compañeros; y así ponen grande esfuerzo en procurar nuestra salvacion, para llevarnos consigo. Y de aquí es, que cuando un pecador hace penitencia, se alegran (*Luc.* xv, 10) y hacen fiestas en el cielo; y si fueran capaces de tristeza lloraran (*Isai.* xxxiii, 7) los Ángeles de la paz por la caida de los justos; porque ninguna cosa pudiera moverles á lágrimas sino esta; y por la misma razon se entristecen al modo dicho de nuestra tibieza, y se alegran de nuestro fervor, y tienen deseo de que crezcamos en toda virtud, aun sobre la que ellos tienen, porque tan léjos están de tener envidia, que se gozan los Ángeles de la guarda de que los hombres sean colocados en el cielo en lugar mas alto que ellos entre los Querubines y Serafines. Por tanto, alma mia, reconoce la caridad tan encendida de estos espíritus soberanos, y procura imitarla sin envidia, doliéndote de los que pecan, alegrándote de los que se justifican, y gozándote de los que han llegado á mayor alteza que la tuya; y pues tu Ángel pone su contento en tu aprovechamiento, no hagas cosa que le ofenda, ni dejes de hacer cosa que le agrade, dando materia de gozo al que con tanto gusto procura tu provecho.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar la providencia y cuidado que tienen con nosotros los Ángeles de la guarda, y los grandes bienes espirituales que por su medio nos vienen. Ponderando primero la causa de su gran providencia, la cual tocó Cristo nuestro Señor, cuando dijo (*Matth.* xviii, 10): ***Que nuestros Angeles custodios ven el rostro de mi Padre celestial,*** porque de esta vista les vienen las tres propiedades necesarias para la perfecta providencia, que arriba se tocaron; conviene á saber, sabiduría, bondad y potencia, la que basta para saber lo que deben de hacer con nosotros, y para quererlo con grande amor y ejecutarlo con gran poder. Y cuando no les consta de lo que Dios quiere, cada uno hace lo que juzga mas conveniente para el bien del que está á su cargo, aunque sea contrario á lo que el otro pretende, como sucedió á los Ángeles que guardaban al pueblo de los judíos y de los persas (*Dan.* x, 13; *D. Thom. ibid. art.* 8); pero en revelándoles Dios su voluntad y la traza de su providencia, luego se aunan para ejecutarla. Y

en esta fe tengo de arraigarme, trayendo á la memoria lo que dijo el Eclesiastés (*Eccles.* v, 5): No digas delante del Ángel no hay providencia, porque no se enoje Dios con tus palabras, y deshaga todas tus obras, que es decir: Mira que estás delante de tu Ángel, y en su presencia, no digas que ni Dios ni él tienen providencia, porque eso será parte para que no recibas provecho de ella, sino el castigo que merece tu blasfemia.

2. De aquí subiré á ponderar los efectos maravillosos de esta providencia de los Ángeles, cuanto á lo espiritual, reduciéndolos á los tres actos jerárquicos que llama san Dionisio (*cap.* 4 *Coel. Hierarch.*) purgar, ilustrar y perfeccionar, los cuales ejercita la suprema jerarquía con la media, y la media con la ínfima, y esta con los hombres; y aun alguna vez extraordinaria lo hacen tambien los de la suprema jerarquía. - Segun esto, los Ángeles primeramente nos purifican de errores y pecados, ayudándonos á salir de ellos, inspirándonos los ejercicios de la via purgativa, como el Serafin que con una brasa purificó los labios de Isaías, diciendo (*Isai.* VI, 7): Yo he tocado tus labios, y con este tocamiento será quitada tu maldad, y quedarás limpio de tu pecado. - Ellos tambien nos alumbran, ilustrando nuestras almas con verdades y adornándolas con virtudes, porque con sus ilustraciones interiores nos descubren lo que no sabemos, y nos aficionan á obrar lo que debemos, y por este medio aprovechamos en la via que llaman iluminativa. Y otras veces nos inspiran que vamos á los maestros que nos pueden enseñar y ayudar, y á los mismos maestros inspiran que nos enseñen y ayuden, como sucedió á Cornelio (*Act.* X, 17), al modo que arriba se dijo.

3. Lo tercero, los Ángeles nos perfeccionan en toda virtud y en los ejercicios de la union con Dios, y así tienen especial cuidado de nuestros ejercicios de oracion, meditacion y contemplacion, por medio de los cuales se alcanzan los efectos dichos. Y como dice David (*Psalm.* LXVII, 26), nos previenen para que oremos solicitándonos á la oracion, y nos acompañan cuando oramos, quietándonos en ella y avivándola con fervor. Y como dijo san Juan en su Apocalipsis (*Apoc.* VIII, 3): En habiendo orado representan á Dios nuestras oraciones, y negocian el despacho de ellas. Y así cuando sintiere deseos repentinos de orar, puedo presumir que mi Ángel me convida á que ore, y es justo obedecerle; y cuando orare, ha de ser como lo hacia David (*Psalm.* CXXXVII, 1), en presencia de los Ángeles, alabando á Dios, adorándole en su santo templo y confesando su santo nombre, teniéndoles á ellos por testigos, para no pensar en su presen-

cia cosa que me avergonzara pensar en presencia de los hombres, porque de otra manera no presentarán mi oracion delante de Dios. Ó Príncipe soberano que asistes á mi guarda, purifícame de vicios, ilústrame con virtudes, y perfecciónatme con la union de caridad; solicítame para que ore; acompáñame cuando oro; enciéndeme mi oracion con fuego de fervor, para que suba por tu mano á la presencia de mi Criador, y de ella salga con el buen despacho que deseo, uniéndome con él por todos los siglos. Amen.

4. Finalmente, de esta providencia procede, que los Ángeles con particular cuidado asisten á quitar los estorbos de nuestra salvacion, y como se reveló á san Juan en su Apocalipsis (*Apoc.* XII, 7), pelean valerosamente por nosotros contra los demonios, y asisten en nuestras batallas y tentaciones para defendernos: y si queremos aprovecharnos de su valor y consejo, será nuestra la victoria, y el demonio quedará vencido, y con el mismo valor nos defienden de los demás enemigos. Por lo cual dijo David (*Psalm.* XXXIII, 8), que el Ángel del Señor cercaba por todas partes á los que le temen, y los libraba de todas sus tribulaciones, trayendo consigo un ejército de soldados celestiales, que los cogiesen en medio y defendiesen de sus enemigos, como sucedió á Eliseo (IV *Reg.* VI, 17). Gracias os doy, espíritus bienaventurados, por el cuidado con que acudís á mi defensa, pues es cosa cierta que no seréis menos vigilantes en defenderme, que los demonios en perseguirme; ni será menos solícita vuestra caridad para mi bien, que su maldad para mi mal. Y pues ellos como leones andan bramando, cercándome por todas partes para tragarme (I *Petr.* V, 8), venid como leones valerosos, cercándome tambien para defenderme, pues será vuestra la honra, si con vuestra ayuda saliere yo con la victoria.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar la providencia de los Ángeles con nosotros, cuanto á los bienes corporales, en órden á los espirituales de nuestra salvacion, por razon de la cual miran por nuestra vida, salud, honra, hacienda, comida, vestido y lo demás necesario para nuestra conservacion, conforme á nuestro estado; y del mismo estado que nos conviene tener, tienen cuidado conforme á la disposicion de la divina Providencia. Y así tambien nos ayudan en las enfermedades, tristezas, peligros y miserias que padecemos, ó librándonos de ellas, ó moderándolas, ó consolándonos, ó inspirando á los que nos pueden librar y consolar, y abogando delante de Dios por nosotros, sin dejar de hacer todo lo que á su oficio pertenece, con grande amor y cuidado; á la manera que san

Rafael lo hizo con Tobías, á quien libró del pez que queria tragarle, y le animó para que le cogiese, y de sus carnes hizo sustento para todo el camino: de su corazon se aprovechó para ahuyentar al demonio Asmodeo que pretendia ahogarle, y de sù hiel hizo medicina para sanar á su padre ciego; cobró el dinero, trató de casarle honrada y ricamente; llenóle de bienes temporales, dióle admirables consejos, antes y despues de casado, hasta dejarlo rico, contento y próspero en casa de su padre. Y lo que hizo este santo Ángel visiblemente con Tobías, hace invisiblemente con todos; y así puedo yo decir al mio lo que le dijo Tobías (*Tob.* IX, 2): *Si me ipsum tradam tibi in servum, non ero condignus providentiae tuae.* Ángel mio benditísimo, aunque me entregue por tu siervo, no será digna paga de tu amorosa providencia; vesme aquí me entrego por tu esclavo; lleva adelante lo que has comenzado, teniendo cuidado de mi cuerpo y alma, hasta que me pongas en casa de mi Padre celestial, rico y bienaventurado por todos los siglos. Amen.

2. De aquí subiré á ponderar lo que yo debo hacer con mi santo Ángel, en agradecimiento del cuidado que conmigo tiene. Porque, lo primero, es razon que tenga de él frecuente memoria, mirándole presente, como testigo de mi vida, procurando no hacer cosa á solas, en lo secreto y escondido de mi casa ó aposento, que pueda ofender los ojos de tan buen amigo. Y como dice san Pablo (I *Cor.* XI, 10), que las mujeres cubran sus cabezas en la iglesia, por los Ángeles; así yo procuraré ser casto, modesto, templado y muy compuesto en todas mis acciones, públicas y secretas, por respeto del que está á mi lado, y con él he de tener frecuente trato y conversacion, porque como él hace conmigo oficio de ayo, maestro, consejero, gobernador, defensor, amigo y compañero, es razon haya de mi parte correspondencia hablándole familiarmente, ya como á maestro, pidiéndole luz contra mis ignorancias; ya como á consejero, pidiéndole consejo en mis dudas; ya como á defensor, pidiéndole favor en mis peligros; ya como con amigo, pidiéndole consuelo en mis trabajos. Unas veces le daré gracias por las mercedes que me hace, otras me gozaré de los bienes que tiene, y otras alabaré á Dios por los dones que le ha dado. Y porque algunas veces se ausenta y se va al cielo, aunque desde allá me mira y tiene de mí gran cuidado, yo le llamaré para que venga y esté conmigo á mi lado; y es tan amoroso que lo hará, y aun me dará testimonios interiores de su presencia con los júbilos que sentirá mi corazon con ella.

3. Y sobre todo procuraré ganarle por amigo para la hora de la

muerte; porque como es ejecutor de los medios de nuestra predestinacion, la cual depende de la perseverancia, hasta una buena muerte, allí son mayores sus diligencias para que me salve, como son mayores las del demonio para que me condene; y quien le ha servido y obedecido en la vida, tendrále muy mas propicio y favorable en la muerte, no le dejando un punto hasta llevarle, como al alma de Lázaro, al seno y descanso de la gloria. Para todo esto será bien hacerle cada dia algun servicio ó alguna oracion especial, diciéndole: Dios te salve Ángel de Dios, príncipe nobilísimo, guarda mia y ayo amorosísimo, Dios te salve. Gózome de que Dios te haya criado en tanta grandeza y santificádote con su gracia, perseverando en ella hasta que alcanzaste la gloria. Gracias doy al todopoderoso Dios por las mercedes que te ha hecho, y á tí por los bienes que me haces y por el amor y gusto con que me guardas. Yo te encomiendo hoy mi cuerpo y mi alma, mi memoria, entendimiento y voluntad, mis apetitos y sentidos, para que me guardes, rijas, defiendas y gobiernes, y juntamente me purifiques, alumbres y perfecciones, de tal manera, que lleno por tí de todos los bienes, persevere siempre en gracia, hasta que juntamente contigo vea y goce de Dios en la gloria. Amen.

MEDITACION XXXV.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA REPARACION DEL MUNDO, POR LA ENCARNACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE SU MARAVILLOSO GOBIERNO.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar la excelentísima providencia que Dios nuestro Señor tuvo de la salvacion de los hombres perdidos por el pecado de Adan, comparándola con la que tuvo del mismo Adan y de sus descendientes en el estado de la inocencia. Porque primeramente crió Dios á Adan en gracia y justicia original (*D. Thom.* 1 *p. q.* 95, *art.* 1, 2; *q.* 100, *art.* 1), como cabeza de todo el linaje humano, con tal pacto, que si perseverara en su servicio, todos los descendientes nacieran con la misma gracia, en la cual pudieran fácilmente perseverar toda la vida, porque les quitó los tres mayores estorbos que ahora padecemos; es á saber, la rebeldía de la carne contra el espíritu, y de las pasiones contra la razon. Además, las miserias del cuerpo mortal, que apesgan á la pobre alma; y las persecuciones y contradicciones de los malos que inficionan y turban á los buenos; porque si entonces hu-

biera algun malo (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 105), luego le apartara de ellos. Y aunque les dejó un tentador, que era el demonio, era fácil de vencer, porque no podia tentar como ahora, alterando los humores, ni despertando las pasiones ó imaginaciones, sino solamente proponiendo por defuera lo que pretendia, para engañar, cuyo engaño fuera fácil de conocer, si se aprovecharan de la ciencia y gracia que Dios les habia dado. Por todo lo cual se ve las grandes ganas que Nuestro Señor tenia de que Adan y sus descendientes perseveraran en su gracia, y alcanzaran la corona de la gloria; y por ello he de darle muchas gracias, pues aunque no goce de esta providencia, su voluntad era que todos los hijos de Adan gozasen de ella.

2. Luego ponderaré, como viendo nuestro Señor que por el pecado de Adan se habian deshecho las trazas de su providencia para la salvacion de los hombres en aquel estado, no por eso los desamparó como merecian, sino determinó tomar otro modo de providencia para remediarlos muy mas excelente que el pasado, porque es tan grande su bondad, que no permitiera que Adan pecara con pérdida de todo el linaje humano, si no pudiera y quisiera sacar de este pecado otros mayores bienes, manifestando su infinita caridad en el amor de sus enemigos, lo cual hasta entonces no habia hecho, porque los bienes que en el principio del mundo hizo para Ángeles y hombres, aunque no se los habian merecido, tampoco se los habian desmerecido, pues entonces no eran, y por consiguiente no eran amigos ni enemigos. Mas en pecando Adan, aunque le privó de la justicia original, pero dejóle en señorío de este mundo visible; y el sol, que solia nacer para los buenos, comenzó tambien á nacer para los malos; y la lluvia, que caia para los justos, tambien comenzó á caer para los pecadores; y Dios comenzó á ser benigno con los ingratos, haciendo bien á quien le habia servido tan mal, queriendo perdonar al enemigo y convertirle otra vez en su amigo.

3. Para esto con su infinita caridad, como se ponderó en el principio de la parte II, de muchos medios que tenia, escogió el mas glorioso que pudo inventar su sabiduría, ni ejercitar su omnipotencia, ni querer su bondad, trazando que de los descendientes de Adan y Eva naciese otro hombre que juntamente fuese Dios, por cuyos merecimientos el pecado de Adan fuese perdonado, y reparados los daños que de él habian procedido. -De suerte, que no solamente quiso tener providencia de los hombres perdidos, sino ser el mismo ejecutor de esta providencia, por un medio inefable, haciéndose hombre por ellos. Y el que era su gobernador y cabeza invisible, quiso

hacerse su gobernador y cabeza visible, uniendo la naturaleza humana con su divina persona, honrándolos infinitamente mas que antes de la culpa, remediándola con infinitos modos de misericordia. (*Ecclesia*, in sabb. sanct.). ¡Oh venturosa culpa, que mereció tener tal y tan grande Redentor! ¡Oh dichosa quiebra, que se reparó con tan admirable providencia! Ó Padre celestial, ¿á dónde pudo mas llegar tu providencia, que á dar el Hijo por remediar al esclavo? Ó Hijo de Dios benditísimo, ¿qué mas pudo hacer tu sabiduría que vestirse de carne mortal, por vivificar con tu gracia la carne muerta por la culpa? Ó Espíritu santísimo, ¿qué mayor señal podias dar de tu infinita caridad, que dar infinitos dones al que infinitamente era digno de ellos? Ó Trinidad beatísima, pues quisiste repararnos conforme á la imágen de Jesucristo (*Rom.* VIII, 29), Dios y hombre verdadero, muestra conmigo tu amorosa providencia, reparando la imágen de mi naturaleza, manchada con la culpa, con la semejanza viva de tu gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. De aquí subiré á considerar en particular, que como el segundo Adan Cristo excede infinitamente al primero, así los bienes que nos vienen por medio del segundo exceden incomparablemente á los que nos vinieran por el primero, si no pecara, porque primeramente si los hijos de Adan nacieran en gracia, los que son engendrados por Cristo en el Bautismo reciben mayor gracia, porque aquella daba Dios á los niños por sola su liberalidad, y esta la da tambien por los infinitos merecimientos del que se la ganó con su pasion y muerte.-Lo segundo, aunque los hijos de Adan en aquel estado no tuvieran guerra de pasiones, y ahora la tienen los hijos de Cristo; pero trazólo así la divina Providencia para que fuese mas ilustre su victoria, cuanto era mas terrible la pelea; y para que fuesen sus obras mas meritorias por la parte que vencen mayores dificultades, acudiendo nuestro Redentor con mas copiosa gracia á los hijos que tenian mayor flaqueza.-Lo tercero, aunque los hijos de Adan carecieran de la muerte y miserias corporales que ahora padecen los hijos de Cristo; pero el mismo Señor las honró tanto, vistiéndose de ellas, que es gran dicha tenerlas, porque todas las convierte en materia y ejercicio de heróicas virtudes, cuyos excelentes actos cesaran en aquel estado, porque no hubiera ocasiones de pobreza y paciencia, ni de martirio y amor de enemigos, ni de resignacion en lo que tanto se ama, como es salud y vida.

2. Finalmente, la grandeza de la misericordia sobrepuja infinitamente á la grandeza de la miseria que causó la culpa de Adan;

pues, como dijo el Apóstol (*Rom.* v, 15), no tuvo tanta eficacia el delito como el don, ni pudo Adan hacernos tanto daño, que no pueda Cristo hacernos mayor provecho, perdonándonos el pecado que de él heredamos, y los demás que por nuestra voluntad añadimos, y haciéndonos tantos favores despues de haber sido pródigos de tantos bienes, que los de aquel estado pudieran en muchas cosas tener envidia de las grandezas, Sacramentos y sacrificios que tenemos en este, por los merecimientos de nuestro Redentor. Ó Redentor dulcísimo, gracias te doy, cuantas puedo, por la providencia paternal que tienes de nosotros, supliendo la felicidad del estado de la inocencia, con la abundancia que nos das de tu divina gracia; mas quiero contigo vivir en estado de guerra, que sin tí vivir en estado de paz, porque la paz sin tí se perdió en un dia, y la guerra con tu gracia ganará paz sempiterna.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la providencia soberana que resplandece en el gobierno de Cristo nuestro Señor con sus propiedades y efectos maravillosos, reduciéndolos á cuatro que apunta san Pablo, cuando dice de Cristo nuestro Señor (I *Cor.* I, 30): *Qui factus est nobis sapientia, iustitia, sanctificatio, et redemptio*, que se hizo para nosotros sabiduría, justificacion, santificacion y redencion.-Lo primero, es para nosotros sabiduría, porque es Gobernador sapientísimo (*Colos.* II, 3), en quien están los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, con la cual gobierna sin error, con suma eficacia y suavidad, y conoce las inclinaciones de todos, y á cada uno ofrece gracia y socorro poderoso para vencer las malas y seguir con perfeccion las buenas, y su gobierno va enderezado á hacernos sábios, no con sabiduría mundana (*Rom.* VIII, 7) y terrena, sino celestial y divina, comunicándola con (*Iacob.* I, 5) abundancia á sus siervos. Por lo cual dijo Isaías (*Isai.* XI, 9; LIV, 13), que en tiempo de su gobierno la tierra estaria llena de ciencia, y que todos sus hijos serian doctos y enseñados por el Señor; el cual juntamente seria gobernador y maestro, enseñándonos las verdades necesarias para nuestra salvacion, y gobernándonos segun ellas, para alcanzarla. Ó Gobernador sapientísimo, que siendo sabiduría de los Ángeles en el cielo, te hiciste sabiduría de los hombres en la tierra, poniéndoles delante tu vida y doctrina, tus ejemplos y palabras, guíame con esta tu sabiduría, para que no pierda el fin que pretende tu providencia.

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor es para nosotros justicia, porque es Gobernador justísimo, y por excelencia se llama el Justo

(*Ierem.* XXXIII, 16; XXIII, 6), en quien no pudo haber injusticia, y siempre ajustó sus obras con la voluntad de su eterno Padre; y por consiguiente su gobierno siempre es con justicia y equidad, sin agraviar á nadie, ni aceptar personas, ni torcer por respetos humanos de lo justo, dando á cada uno lo que merece, premiando los buenos y castigando los malos, como Juez universal de todos, aunque su deseo mas es gobernar de modo que pueda premiar con corona de justicia, que castigar con celo de venganza. Y de aquí es, que su gobierno va ordenado á (*Isai.* LIII, 11) justificar los hombres con verdadera justicia, haciéndolos delante de Dios justos y limpios de toda culpa, y llenándolos de la paz que acompaña la justicia. Por lo cual dijo David (*Psalm.* LXXI, 7): Que en tiempo de su gobierno naceria la justicia y la abundancia de la paz, y los que se dejaren gobernar por él alcanzarán, como dice Isaías (*Isai.* XLVIII, 18), un rio de paz y mar de justicia. Ó Gobernador justísimo, tú eres mi justicia, porque me justificas con tu gracia, mereciéndomela de justicia, y me ayudas á merecer de justicia la corona de la gloria. Tus obras son mi justicia, porque son merecimiento del perdon de mis culpas; satisfaccion de las penas que debo por ellas; título para que sean oidas mis oraciones, y derecho para alcanzar el reino de los cielos. Por ellas te suplico me ayudes á imitarlas, para que yo tambien sea justo en mis obras, como tú lo fuiste en las tuyas.

3. Lo tercero, Cristo nuestro Señor es para nosotros santificacion, porque es Gobernador santísimo, y Santo de los santos (*Dan.* IX, 24), en quien están los tesoros de la santidad, de cuya plenitud reciben los hombres, no solamente la justicia que limpia de la culpa, sino la santidad; esto es, grande aumento de las gracias, virtudes y dones celestiales, con gran firmeza. Y á este fin va encaminado su santísimo gobierno con santas leyes, santos consejos y santos ejemplos; y así dice á todos (I *Petr.* I, 16): Sed santos como yo soy santo; y sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. (*Matth.* V, 48). Ó Gobernador santísimo, sé mi santificacion, santificándome en verdad (*Ioan.* XVII, 19) con tus esclarecidas virtudes, pues tú te santificaste por mí, ofreciéndote á la muerte por llenarme de ellas.

4. Lo cuarto, Cristo nuestro Señor es para nosotros redencion, porque es Gobernador poderoso (*Rom.* VI, 18) para librarnos de la servidumbre del demonio, y del pecado de la carne y sus pasiones (*Galat.* V, 13); del mundo y sus tiranías, poniéndonos en la libertad del espíritu, propia de los hijos de Dios (*Rom.* VIII, 15); y á

esto va enderezado su gobierno; porque juntamente es Redentor del mundo, redimiendo á los que gobierna, y gobernando á los que redime, para que alcancen el fin de su redencion, que es la perfecta adopcion de hijos de Dios, libres de toda miseria con la herencia de la gloria. Ó Gobernador amabilísimo, gracias te doy porque eres mi redencion, librando á mi alma del infierno, á mí espíritu de la esclavonía de su carne, y á la carne de las miserias que padece, y á su tiempo la librarás de la muerte y corrupcion. Aplícame, Señor, el fruto de tu copiosa redencion, para que redimido por tu gracia, goce de tí para siempre en la gloria. Amen.–Estas cuatro excelencias de Cristo nuestro Señor, al modo que se han puesto, he de traer siempre en la memoria, diciéndole muchas veces con gran afecto: Dulcísimo Jesús, *esto mihi sapientia, iustitia, sanctificatio, et redemptio*, sé para mí sabiduría, justicia, santificacion y redencion, aplicándome con eficacia lo que eres para todos con tanta suficiencia. —Lo demás que toca á este beneficio, se ha puesto largamente en las meditaciones de la parte II, III y IV, sin otras muchas cosas que se han tocado en las meditaciones de la bondad, caridad y misericordia de Dios.—

MEDITACION XXXVI.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA FUNDACION DE LA IGLESIA, CON TODOS LOS MEDIOS NECESARIOS PARA NUESTRA SALVACION, Y CUÁN SOBERANOS SEAN ESTOS BENEFICIOS.

Punto primero.— 1. Esta meditacion fundarémos en lo que dice el Sábio (*Prov.* ix, 1), que *la divina Sabiduría edificó para sí una casa con siete colunas; en ella ofreció sus sacrificios; puso mesa con pan y vino, y envió sus esclavas para que llamasen gente que subiese al alcázar y muros de la ciudad, diciéndoles de su parte: Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo aparejado.*–Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría edificó en medio de este mundo una casa para tí, que es la santa Iglesia (I *Tim.* iii, 15), proveyéndola con admirable providencia de todos los medios necesarios para la salvacion de todos los que viviesen en ella; esto es, para que se librasen de las dos mayores miserias que puede haber en esta vida y en la otra, que son pecado é infierno, y alcanzasen las dos felicidades contrarias, que son gracia y gloria.–La grandeza de esta providencia se puede ponderar por la gran-

deza del fin á que se ordena esta casa é Iglesia, que es la gloria del mismo Dios y de Jesucristo nuestro Redentor, para que fuese su casa de recreacion en la tierra, y su especial morada donde habitase y conversase con los hijos de los hombres, y para que los mismos hombres pudiesen salvarse y alcanzar la vida eterna; y pues el fin es el mas alto que puede ser, tambien lo serán los medios y la providencia de Dios en disponerlos para tal fin.

2. Porque si es tan grande y admirable, como se ha dicho, la providencia que tiene del hombre, cuanto á lo natural de su cuerpo y vida temporal, ¿cuánto mayor y mas admirable será la que tiene del mismo, cuanto á lo sobrenatural de su alma y vida eterna? Y quien de tantos medios le proveyó para conservar la vida del cuerpo, que hoy es y mañana perece, ¿cuánto mas le proveerá para granjear y conservar la vida espiritual del alma, que nunca ha de perecer? Sin duda cuanto excede el espíritu á la carne, y lo eterno á lo perecedero, tanto excede una providencia á otra. Y como dijo san Pablo (I *Cor.* IX, 2): ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes, para mandar en su ley que no les tapen la boca cuando aran? Dando á entender, que aunque Dios verdaderamente tiene cuidado de los bueyes, pero todo es en órden á los hombres, de los cuales tiene tanto cuidado, que ese otro es como si no fuera; así todo el cuidado que tiene Dios nuestro Señor del cuerpo y de la vida temporal, y los medios que nos ha dado con su providencia para conservarla, es en órden al alma y á la vida eterna; y en comparacion de este cuidado, ese otro es muy pequeño. Y por esto dice el Sábio que la divina Sabiduría cuida de los escogidos (*Sap.* VI, 17), *cum omni providentia,* con toda providencia, porque en esta se encierra toda su perfeccion. Por lo cual he de dar muchas gracias á Nuestro Señor, reconociendo mi indignidad y la grandeza de este beneficio, diciéndole lo que dijo Tobías al Ángel (*Tob.* IX, 2): *Si me ipsum tradam tibi in servum, non ero condignus providentiae tuae.* Ó Padre amantísimo, aunque me entregue por tu esclavo, no será paga digna de tu grande providencia; yo me ofrezco de ser tu perpétuo siervo, pues con tu providencia me gobiernas como á hijo.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se han de considerar los admirables medios que la divina Providencia ha puesto en su Iglesia para nuestra salvacion, reduciéndolos á siete, como siete colunas fortísimas y hermosísimas de esta casa.-El primero (*Ioan.* XVII, 3) es, verdadera fe, y conocimiento del verdadero Dios, y del Medianero y Redentor que nos dió, que es su Hijo Jesucristo, cuyo conocimiento

es principio y fundamento de la vida eterna; porque (*Hebr.* XI, 6) sin esta fe es imposible agradar á Dios, y sin el nombre de este Señor (*Act.* IV, 12) no hay salud debajo del cielo.-El segundo medio es, ley purísima y santísima, en la cual están todos los mandamientos de las cosas necesarias para entrar en la vida eterna, y todos los consejos que nos pueden ayudar para alcanzarla con seguridad y perfeccion.-El tercero es, religion observantísima con los sacrificios y ceremonias exteriores, ordenadas á la honra y culto del verdadero Dios; y aunque la Iglesia antigua tenia un templo con muchos sacrificios, ahora nuestra Iglesia tiene muchos templos con un solo sacrificio, que vale infinitamente mas que todos los otros, porque en él se ofrece el mismo cuerpo y sangre del Redentor en especies de pan y vino.

2. El cuarto medio es, siete Sacramentos excelentísimos ordenados para remedio y medicina de nuestros pecados, entre los cuales uno es mesa del mejor pan y vino que Dios nos pudo dar para nuestro sustento. Y todos siete son como siete colunas exteriores, en que estriba la grandeza y firmeza de esta casa.-El quinto es, siete virtudes verdaderas y sólidas, fe, esperanza y caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza; y siete dones del Espíritu Santo, que son como siete colunas interiores en que estriba la santidad y hermosura espiritual de este edificio, con admirables labores de obras virtuosas en órden á Dios, y á los prójimos, y á sí mismos.-El sexto es, promesas ciertas y grandiosas de la vida eterna y de los premios excelentísimos que en esta vida y en la otra se dan á los virtuosos que viven dentro de esta casa. Y juntamente terribles amenazas de infierno, y castigos horrendos que en esta vida y en la otra se dan á los que viven fuera de ella, ó en ella no viven como deben.

3. El séptimo medio es, la divina Escritura (*Rom.* XV, 4), en que están reveladas todas las cosas que se han dicho, y es como una mesa regaladísima de pan y vino para sustento de las almas; las cuales, con la fe y verdades que allí están escritas, por revelacion de Dios, se sustentan, consuelan y alientan, hasta alcanzar la vida eterna que en ellas se encierra.-Ponderando estos siete medios que la divina Providencia ha trazado para nuestra salvacion en la casa de su Iglesia, y mirándome á mí dentro de ella como morador que puedo gozar de todos para salvarme, glorificaré á este Señor por tan soberana merced como me ha hecho, diciéndole: Siete mil veces, Señor, te alaben los Ángeles del cielo, por estos siete medios que

para mi salvacion me has dado en la tierra. Y pues me has hecho por tu gracia morador de esta casa, concédeme que goce de sus bienes, viviendo de tal manera, que llegue á ser morador de la casa que tienes en el cielo. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como esta Iglesia y casa de Dios vivo no es mas que una en todo el mundo; en la cual pueden salvarse todos los que se aprovecharen de sus medios, y fuera de ella todos infaliblemente se condenarán. De suerte, que como en tiempo del diluvio no hubo mas que una arca (*Genes.* VI, 14; I *Petr.* III, 20), y todos los que se quedaron fuera de ella perecieron, y los que entraron se salvaron; así ahora no hay mas que una Iglesia, una fe, una Religion, una ley, unos Sacramentos y sacrificios, una Escritura sagrada, y unos medios de nuestra salvacion; así como (*Ephes.* IV, 5) no hay mas que un Dios, un Criador y Santificador, un fin último de todos, y un Medianero de todos; y siendo una la cabeza, no ha de ser mas que uno el cuerpo místico, que es la congregacion de los fieles que creen y profesan las siete cosas que se han dicho; y todos los infieles en cualquiera otra ley y secta que vivan, serán condenados para siempre.

2. Y de aquí tambien es, que como el arca de Noé no tenia mas que una puerta, así para entrar en la casa de la Iglesia hay una sola puerta, que es Cristo nuestro Señor, y su fe profesada por el santo Bautismo, conforme á lo que el mismo Señor dijo: *Yo soy la puerta, si alguno entrare por mí, se salvará* (*Ioan.* X, 9); *quien creyere en mí, y fuere bautizado, será salvo; quien no creyere, será condenado.* (*Marc.* XVI, 16). Con esta consideracion ponderaré mas la grandeza del beneficio que Dios me ha hecho, entrándome dentro de esta arca, dejando fuera de ella innumerables infieles que perecen en el diluvio de la infidelidad; y aun entre cristianos, muchos niños no alcanzan esta buena dicha, ó por morirse en el vientre de sus madres, ó porque despues de nacidos se mueren sin aplicarles el Bautismo; y con no desmerecerlo estos mas que yo, ni yo merecerlo mas que ellos, quiso la divina Providencia librarme de estos peligros, y que recibiese el beneficio del Bautismo, sin saber lo que recibia, haciéndome Dios por pura gracia su hijo, antes que supiese llamarle Padre. Ó Padre amantísimo, ¿qué gracias te daré por este tan soberano beneficio? Antes que yo supiese escoger el bien y reprobar el mal (*Isai.* VIII, 4), me quitaste la culpa y me justificaste con tu gracia, para que supiese reprobar lo malo y escoger lo bueno; aun no sabia hablar, cuando tu omnipotencia destruyó en mí la fortaleza de Damas-

co, que es el demonio, echándole de la posesion que habia tomado desde el dia en que habia sido concebido. Consérvame, Señor, en tu Iglesia militante, peleando de tal manera, que llegue á gozar de tí en la triunfante por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVII.

DE LA VOCACION DE DIOS PARA ENTRAR EN LA IGLESIA Y RECIBIR LA GRACIA DE LA JUSTIFICACION.

Punto primero.— 1. Cerca de este soberano beneficio de la vocacion se han de ponderar seis cosas: en qué consiste; qué bienes trae del cielo; por qué mèdios se encamina; á qué personas se extiende; cuánto tiempo dura, y los títulos que nos obligan á oirla.— Lo primero, se ha de considerar como la vocacion es una inspiracion ó ilustracion del Espíritu Santo, con la cual toca el corazon del pecador, y de pura gracia, sin sus merecimientos, le previene, despierta y ayuda, para convertirse y alcanzar la gracia de la justificacion, de tal manera, que sin ella no puede por sus propias fuerzas, ni entrar en la Iglesia, ni salir de pecado, por lo cual dijo Cristo nuestro Señor, que ninguno podia venir á él, si su Padre no le trajese; y como Lázaro, cuando estaba muerto en el sepulcro, se quedara muerto, hasta convertirse en polvo, si la voz de Cristo no le llamara, diciéndole: Sal á fuera; así yo para siempre me quedaré muerto en mis pecados, si la voz de la divina inspiracion no me llama y ayuda á salir de ellos.

2. De aquí es que la divina vocacion é inspiracion es único instrumento del Espíritu Santo, para todos los medios de nuestra santificacion. Esta nos trae del cielo el don de la fe, sin la cual no hay agradar á Dios (*Hebr.* xi, 6); y la virtud de la esperanza, por la cual entra la salud (*Rom.* viii, 24); y el espíritu de temor que comienza á echar fuera el pecado (*Eccli.* i, 27); y el dolor de la contricion que quebranta el corazon por haberlo cometido; y el fuego de la caridad que consume la escoria de nuestras culpas, y el resplandor de la divina gracia que nos purifica y limpia de ellas. Ella es la semilla para ser engendrados en el ser de hijos de Dios por el Bautismo; y si le perdemos, es semilla para recobrarle por la Penitencia. Y este beneficio se nos da sin merecimientos nuestros, conforme á lo que dice san Pablo (II *Tim.* i, 9): Dios nos llamó con su santa vocacion, no por nuestras obras, sino por el beneplácito de

su voluntad, y por la gracia que nos hizo por Jesucristo. Ó Dios eterno, gracias te doy por esta inmensa liberalidad de tu amorosa providencia, con la cual nos envias del cielo lo que nos trae las dádivas buenas, y los dones perfectos que han de venir de allá. (*Iacob.* I, 17). Si tú no me llamaras, nunca resucitara de la muerte; y si tu inspiracion no me previniera sin merecerlo, ya yo pagara la pena que merecia. Y pues por tu sola misericordia me llamaste, por ella te suplico me ayudes, que responda dignamente á tu santo llamamiento. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar los medios maravillosos por donde Nuestro Señor encamina la vocacion de los hombres. Á unos llama por medio de los predicadores ó confesores, ó por pláticas y conversaciones con personas devotas; á otros por leccion de buenos libros, ó viendo algunos buenos ejemplos. (*D. Greg.* hom. 36 in Evang.; *D. Gregor. Naz.*, in sua vita quam scripsit metrice). Á unos trae por adversidades y trabajos; á otros por prosperidades y beneficios. Á unos llama por caminos ordinarios, dejando caminar las cosas por su curso natural, y de los sucesos saca ocasiones para convertirlos; á otros llama por medios extraordinarios y milagrosos, usando de su omnipotencia para reducirlos, porque son increibles las fuerzas del amor cuando se junta con el poder; y como Dios ama infinitamente á los hombres, el amor mueve á la omnipotencia, para que los llame y traiga, como dice san Agustin: *Miris modis* (*D. Aug.*, contra duas epist. Pelag. c. 19), con modos maravillosos á su servicio. De todo lo cual hay ejemplos muy esclarecidos en la Escritura, especialmente en el Evangelio, como consta por las vocaciones y parábolas que á este propósito se meditaron en la parte III y V.

2. Y aplicando esto á mí mismo, ponderaré el soberano beneficio que Dios me ha hecho, en que habiendo caido en graves pecados, me ha llamado á penitencia por mil vias. Unas veces cercando mis caminos con espinas y abrojos de adversidades, para que me volviese á él. Otras veces trayéndome con cuerdas de caridad (*Osee*, II, 6, *et* XI, 4) y con cadenas de beneficios, para que me entregase á su servicio; y otras veces con inspiraciones repentinas, trayéndome á la memoria la muerte, juicio, infierno ó gloria, y otros innumerables motivos con que me daba batería continua al corazon, para que le abriese (*Apoc.* III, 20; *Cant.* V, 2); y aunque muchas veces le he dado con la puerta en los ojos, y otras veces despues de admitido le he echado de mi posada, él se ha quedado á la puerta

para tornar á llamar, hasta que le tornase á abrir para darme su gracia y amistad. Ó Padre amorosísimo, ¿qué gracias te podré dar por este cuidado que de mí has tenido? Bendita sea tu misericordia, que así ha solicitado á tu providencia, por la cual te suplico lleves adelante lo que has comenzado, para que alcance la vida eterna. Amen.

3. Lo segundo, ponderaré como no hay hombre en el mundo á quien Nuestro Señor no llame por un camino ó por otro; porque todos los infieles, de cualquier secta que sean; y en cualquier lugar ó rincon del mundo que vivan, están debajo de su soberana providencia. Y como el Sol de justicia, Cristo, nació para todos, y la lluvia de su doctrina bajó del cielo para todos, y para todos edificó la casa de la Iglesia, y puso los Sacramentos que hay en ella; así á todos llama, ya por el dictámen de la lumbre natural, moviéndoles á dejar lo malo y seguir lo bueno, ya por su especial ilustracion, alumbrando á todo hombre que entra en el mundo (*Ioan.* I, 9), por el uso de la razon, con deseo de que reciba su divina gracia, y despues entre en su gloria, como lo mostró á san Pedro en la vision del lienzo que bajó del cielo, segun se declaró en la parte V. Y porque muchos no conocen este beneficio, he de glorificar por ellos al que se le hace. Ó Sabiduría eterna, que por las calles y plazas y rincones del mundo levantas la voz, llamando á todos los pasajeros para que vengan á tu casa á gozar de tus convites; gracias te doy por la soberana providencia con que los llamas, alegándoles razones tan claras que las entiendan, y tan eficaces que les muevan á entrar. ¡Oh si todos te obedeciesen, para que entrando en tu escuela, todos alcanzasen la vida eterna por todos los siglos! Amen.

4. Lo tercero, ponderaré como esta providencia dura con todos los hombres por todo el tiempo de su vida, sin desamparar á ninguno totalmente, ni negarle los medios necesarios para su salvacion, antes como buen padre de familias (*Matth.* xx, 1) sale á llamar á cada uno en la mocedad, y si entonces resiste, sale otra vez en la juventud y en la vejez, y cuando está cercano á la muerte, y en cualquier hora y punto que oye su llamamiento, le admite á su amistad. Y aunque á los endurecidos en su pecado suele negar los especiales favores que les ablandarian el corazon, y por esto se dice desampararlos; pero no les niega la vocacion suficiente y los medios necesarios para su justificacion.

5. De donde sacaré aviso para no desconfiar de la salvacion de ningun pecador por malo que sea, y mucho menos de la mia, por

muy caido que me vea, porque yo y todos estamos siempre debajo de la divina Providencia que nos tiene á su cargo; y quien hoy es rebelde, mañana quizá será llamado con tanta fuerza, como el buen ladron, que de la cruz y de la cama vaya al paraíso. Pero tampoco he de descuidarme, dejándolo todo á la divina Providencia, porque si no procuro quitar los estorbos del divino llamamiento, quizá me hallaré burlado, aunque ella no quedará burlada, porque siempre saldrá con el fin principal de su gloria, ó justificándome si consiento, ó castigándome si resisto. Ó Padre amorosísimo, cuya providencia tiene dos brazos de su gobierno, uno de misericordia, para hacer bien á los rendidos; y otro de justicia, para castigar á los rebeldes; pon debajo de mi cabeza el brazo izquierdo de tu justicia, y abrázame con el derecho de tu misericordia (*Cant.* II, 6), sustentándome con el temor de tus castigos, para que no te resista, y alentándome con la esperanza de tus dones, para que te obedezca y me sujete á tu gobierno por todos los siglos. Amen.

Punto tercero.— 1. De todo lo dicho concluiré los varios títulos que me obligan á oir con presteza la divina vocacion, cuando me llama Dios para salir de pecado y de tibieza, reduciéndolos á seis.-El primero, por la infinita grandeza del Señor que me llama para que le sirva, no por tener necesidad de mí, sino porque yo la tengo de él; y porque gusta de hacerme este bien por ser bueno, y en él concurren todas las razones que pueden obligarme á oir su voz, pues no hay cosa mas puesta en razon que oir la criatura la voz de su Criador, el vasallo la de su rey, el esclavo la de su señor, el hijo la de su padre, el enfermo la de su médico, el discípulo la de su maestro, y el cautivo la de su redentor.-El segundo título es, por la infinita bajeza del que es llamado, á quien le viene muy ancho que Dios se digne llamarle y servirse de él, mereciendo ser dejado y desamparado en el abismo de sus miserias.

2. El tercero, por la infinita miseria del pecado, de donde Dios quiere librarme, sacándome de un estado que es peor que el mismo infierno, cuanto á lo que es pena, como en su lugar se dijo. (*P.* I, *med.* VI).-El cuarto, por la infinita grandeza de los bienes para que Dios me llama, pues me convida para recibir la vida de la gracia, la hermosura de las virtudes, la paz que sobrepuja todo sentido, los dones y gozos del Espíritu Santo, y al mismo Espíritu Santo, dador de los dones, con prendas de que despues me llamará para gozar de los bienes eternos de su gloria.-El quinto (*p.* V, *med.* XXII), por el modo tan amoroso como me llama, usando de tantos

medios interiores y exteriores con que ablandar mi corazon, y aficionarme á que le oiga, como si le importara á él lo que me importa á mí.

3. El sexto, por los gravísimos daños que se me pueden seguir si resisto á la divina vocacion, pues si me hago siempre sordo á su llamamiento, será cierta mi eterna condenacion, como la de los convidados que no quisieron venir á la cena (*p.* III, *med.* LVI), á quienes dijo (*Luc.* XIV, 24), que nunca mas la gustarian.–En estas seis cosas se descubre tambien la grandeza de este beneficio; y los que son títulos para oir la divina vocacion, son títulos para glorificar á Dios por la merced que me hizo en llamarme, ayudándome para que le oyese. Ó Dios eterno, gracias te doy por este soberano beneficio, que por tantos títulos es como infinito. Bendita sea tu providencia, de donde mana, y bendita tu omnipotencia, que por él tantas grandezas obra. Llama, Señor, con tu santa vocacion á todos los hombres que criaste, para que entren todos en la ciudad de tu Iglesia, y suban al alcázar de la perfeccion cristiana, y despues á la de tu eterna gloria. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA INSTITUCION DE LOS SIETE SACRAMENTOS, PARA LA JUSTIFICACION Y SALVACION DE TODOS LOS HOMBRES.

—La excelencia de esta soberana providencia mostró un Ángel al profeta Zacarías (*Zach.* IV, 2) en figura de un grande candelero de oro, que representaba la Iglesia universal, sobre el cual estaba una grande lámpara, que era figura de Cristo nuestro Señor, cabeza de la Iglesia; y en su contorno estaban otras siete menores, que representaban la muchedumbre de todos los fieles; y para cebarlas estaban junto á ellas siete vasijas de oro, á modo de aceiteras, llenas de aceite, figura de los siete Sacramentos; los cuales son como vasos en que se encierra el óleo de la divina gracia, para dos fines; es á saber, para sanarnos de todo género de culpas y enfermedades espirituales, y para fortalecernos y perfeccionarnos en todo género de gracias y virtudes, de modo que seamos como lámparas que resplandezcan y ardan delante de Dios en medio de su Iglesia, por los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, de cuyas dos naturalezas humana y divina, unidas en una persona, procede el óleo de la gracia que tienen los Sacramentos. Y para significar esto esta-

ban los siete vasos colgados de dos picos que tenia la lámpara mayor; todo lo cual se irá ponderando en los puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar los fines particulares para que la divina Providencia ordenó estos siete Sacramentos dentro de la casa de su Iglesia; discurriendo brevemente por cada uno. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 65, *art.* 1).-El Bautismo es como un vaso de óleo celestial, para sanar la llaga del pecado original. Y demás de esto nos engendra en un nuevo ser de gracia, para vivir nueva vida en Cristo, en cuyo testimonio los bautizados son ungidos con el óleo, para que sean semejantes á Cristo, que quiere decir ungido.-La Confirmacion se ordena para curar nuestra flaqueza, y fortalecer á los nuevos soldados de Cristo en la fe y gracia que recibieron, ungiéndolos con crisma, compuesta de óleo y bálsamo, en señal de que han de pelear valerosamente contra los enemigos de su Rey y de su ley, dando de sí suave olor de santidad.-El sacramento de la Eucaristía se ordena contra la perversa inclinacion del amor propio, que va consumiendo la vida del espíritu, y encierra dentro de sí al mismo Cristo, que es médico y medicina, y nos unge con óleo de devocion y alegría espiritual, para conservar y perfeccionar la vida del espíritu.

2. El sacramento de la Penitencia se ordena para curar las llagas mortales de nuestros pecados actuales, y reparar la vida de la gracia que por ellos perdimos, ungiéndonos, como el piadoso Samaritano, con vino y aceite, para que nuestras heridas queden perfectamente sanas.-El sacramento de la Extremauncion todo es vaso de óleo para ungir al enfermo, y curarle las reliquias de los pecados, y fortalecerle para pelear contra el demonio en la batalla de la muerte, y disponerle para entrar en la vida eterna.-El sacramento del Órden unge con este divino óleo los sacerdotes y ministros de la Iglesia, contra la desunion y poca inclinacion que los hombres tienen á las cosas comunes, dándoles gracia para que ofrezcan el sacrificio del precioso cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor por los pecados de los vivos y difuntos, y administren los demás Sacramentos y remedios necesarios para nuestra salvacion.

3. El sacramento del Matrimonio es medicina de flacos, para curar las concupiscencias carnales; de modo que los casados, unidos en caridad, sin daño de sus almas, engendren hijos que reciban estos Sacramentos, y pueblen la Iglesia militante, y despues la triunfante.-Ponderando esta traza tan soberana, glorificaré á Dios por el cuidado que ha tenido de proveernos de tantos remedios, tan fáciles

y suaves, y tan proporcionados para el fin á que se ordenan, diciéndole (*Sap.* VIII, 1): Ó Sabiduría infinita, pues alcanzas de un fin á otro con fortaleza y dispones todas las cosas con suavidad; gracias te doy por estos siete Sacramentos que instituiste dentro de tu Iglesia, por los cuales me favoreces desde el principio de mi vida hasta el fin de ella, ordenándola con dulzura y eficacia, para que gane la vida eterna. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la excelencia de estos siete Sacramentos, cuanto á su eficacia, porque no son como los Sacramentos de la ley vieja (*Galat.* IV, 9), vasos vacíos de lo que significaban, sino llenos del óleo y gracia que significan, causándola en el que debidamente los recibe. De modo, que diciendo el que bautiza (*Trid. Ses.* 7, *can.* 6): Yo te lavo, ó te bautizo, en el nombre del Padre, etc.; en virtud de este Sacramento queda el alma lavada del pecado original, y de cualquier otro que tuviere. Y en diciendo el sacerdote: Yo te absuelvo de tus pecados, queda el pecador libre de ellos, recibiendo la gracia de la justificacion. Y demás de esto, hacen de atrito, contrito, porque recibiéndolos el pecador con un dolor imperfecto, que llaman atricion, en virtud de ellos recibe la gracia, supliendo el Sacramento la falta de la contricion, que era dolor perfecto; y aun quien comulga con sola atricion, pensando que va en gracia, la recibe por el Sacramento, y queda justificado.

2. Finalmente, todos dan gracia (*Trid. Ses.* 7, *can.* 8) *ex opere operato;* porque además de lo que cada justo puede merecer con sus propios actos, recibe otros grados de gracia en virtud del Sacramento. Todo lo cual trazó la divina Providencia: lo uno, por facilitar mas nuestra salvacion, supliendo la falta de nuestras cortas disposiciones, porque muchos mas se condenaran, si fuera necesaria la perfecta contricion; y lo otro, para enriquecernos con mas abundancia de gracia y gloria por tales medios, supliendo la falta de nuestros merecimientos, que son muy cortos. Por donde veré la gran dicha de los que vivimos en la ley de gracia, gozando de tan amorosa y eficaz providencia, y la razon que tengo para animarme á recibir á menudo los sacramentos de Confesion y Comunion, que se pueden frecuentar. Ó alma mia (*Isai.* XII, 3), acude con grande gozo á estas fuentes del Salvador, para sacar agua de gracias celestiales, con que te laves de tus culpas y hartes tus deseos, hasta que dentro de tí se haga una (*Ioan.* IV, 14) fuente de agua viva, que salte y te lleve tras sí á la vida eterna. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la divina Providencia ofrece estos siete Sacramentos á todos los hombres, en el grado y estado que son necesarios ó convenientes para su salvacion y perfeccion. - Porque primeramente, á todos los pecadores infieles ofrece el sacramento del Bautismo, y á los pecadores fieles el de la Penitencia, sin excluir á ninguno. Y por esto los llama un profeta fuentes patentes (*Zach.* xiii, 1) en medio de Jerusalen, que es la Iglesia, para lavar las manchas de los pecados, etc. Á todos convida con la Confirmacion y con la comida de la Eucaristía; y á todos los enfermos en peligro de muerte ofrece la Extremauncion. Y á la divina Providencia pertenece, que no falte quien reciba el sacramento del Órden, para que haya bastantes ministros en su Iglesia; y así aunque yo no reciba este Sacramento, no por eso deja de ser para mi provecho, pues le reciben otros, de cuya mano yo he de recibir los demás Sacramentos.

2. Finalmente, ponderaré como estos Sacramentos son vasos, no de vidrio que se quiebra, sino de oro rico y macizo, que durarán hasta la fin del mundo, sin que jamás se agote el óleo y gracia que tienen, aunque se dé á innumerables hombres; porque la fuente de donde recibe su virtud y licor celestial es Jesucristo nuestro Señor, cuyos merecimientos son infinitos y no pueden agotarse. Y como el aceite de la otra pobre viuda (IV *Reg.* iv, 1), por la palabra de Eliseo, nunca se agotó mientras hubo vasos vacíos en que se recibiese, y manó con tanta abundancia, que pagó sus deudas, y sobró para conservar su vida; así el óleo de la divina gracia no cesará de manar de estos Sacramentos, mientras hubiere hombres que puedan recibirla, para pagar las deudas de sus pecados, y alcanzar y conservar la vida de la gracia. Y en un mismo hombre, como fuere recibiendo los que se pueden iterar, perpétuamente irán manando y aumentando la gracia mientras le durare la vida, y el vaso de su alma estuviere capaz y bien dispuesto para recibir este aumento. Gracias te doy, Redentor misericordiosísimo, por la providencia que has tenido de mi pobre alma cargada de deudas, proveyéndola tan ricos vasos de óleo con que pagarlas, con tanta abundancia, que sobre para vivir rica con virtudes. Concédeme que los reciba de tal manera, que por ellos alcance la vida eterna. Amen.

—Del Bautismo y Penitencia no harémos especiales meditaciones, porque bastan las que se han hecho en la parte III y IV.—

MEDITACIONES

DEL SOBERANO BENEFICIO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

—Presupuestas las meditaciones del santísimo Sacramento, que se pusieron en la parte IV, entre los misterios de la cena, pondré aquí otras del mismo, en cuanto es principalísimo medio de la divina Providencia para nuestra salvacion y perfeccion, y en cuanto es suma ó memorial de las grandezas de Dios y de sus beneficios, para que los sacerdotes y los que comulgan á menudo puedan sin fastidio, con esta variedad de meditaciones, aparejarse para hacerlo con provecho.—

MEDITACION XXXIX.

DE LA SINGULAR PROVIDENCIA DE DIOS NUESTRO SEÑOR EN LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO PARA SUSTENTO DE NUESTRAS ALMAS.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la excelencia singular de la divina Providencia en sustentar nuestras almas con este soberano Sacramento, comparándola con la que tuvo de Adan en el estado de la inocencia, para cuyo sustento hizo muchos árboles en el paraíso, y entre ellos el árbol de la vida (*Genes.* II, 9; *D. Thom.* 1 *p. q.* 97, *art.* 4), cuya fruta comida de cuando en cuando bastase para conservar la vida para siempre. De esta misma manera la divina Providencia en el paraíso de la Iglesia aunque puso muchos manjares para nuestras almas; pero sobre todo ordenó este divino Sacramento como árbol de la vida (*Ioan.* VI, 35), porque es pan de vida sempiterna.

2. En lo cual excede infinitamente al otro árbol, porque aquel era terreno, hecho de la tierra; este es celestial y venido del cielo; aquel daba vida al cuerpo, este al alma; aquel solamente conservaba la vida de los vivos, este, al modo que se ha dicho, alguna vez da vida á los muertos. De aquí es, que mucho mejor se puede comparar al árbol de la vida que está en el paraíso celestial, de quien dice san Juan (*Apoc.* XXII, 2), que lleva doce frutos, cada mes el suyo, ó diferentes en especie, para deleitar con la variedad, ó uno mismo doce veces al año, para recrear con la novedad, y sus hojas son salud de las gentes. Así este soberano Sacramento, en quien está aquel Señor que dijo (*Ioan.* XIV, 6): Yo soy camino, verdad y vida, lleva doce frutos, produciendo en nuestras almas toda variedad de

virtudes, y moviéndola al ejercicio de los doce frutos que san Pablo llama frutos del Espíritu Santo (*Galat.* v, 22; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 70, *art.* 3); es á saber, caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y estos renueva cada vez que debidamente se recibe, y sus hojas, que son las palabras que de él están escritas, son poderosas para dar salud perfecta, porque de ellas dijo el mismo Señor (*Ioan.* vi, 24): Las palabras que os he dicho, son espíritu y vida. Ó Padre amorosísimo, gracias te doy por esta regalada providencia que has tenido de nosotros, plantando tal árbol en medio de tu Iglesia, para darnos vida eterna. Concédeme que pueda vencer mis pecados y pasiones, para que guste la fruta de este árbol del paraíso que prometiste al victorioso. (*Med.* L).

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la excelencia de esta providencia, comparándola con la que Nuestro Señor tuvo en sustentar al pueblo de Israel con el maná, el cual en cuatro excelentes propiedades que tenia, fue figura de este divino Sacramento, que las tiene con infinitas ventajas. -Lo primero, el maná era Pan del cielo y de Ángeles, porque por su ministerio se fabricaba en la region del aire, y como rocío caia en la tierra y se cuajaba; despues se molia, y se amasaba, y cocia en el fuego, y así se comia. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 73, *art.* 6; *Exod.* xvi, 4). Pero este divino Pan vino del supremo cielo, por obra no de Ángeles, sino del Espíritu Santo (*Sap.* xvi, 20), á quien se apropia la encarnacion del Verbo divino, el cual (*Psalm.* lxxi, 6), como rocío bajó á la tierra, y juntándose con la pequeñez de nuestra humanidad, fue molido con trabajos corporales, amasado con agua de aflicciones interiores, y cocido con fuego de tormentos y amorosos afectos, y de este modo se hizo nuestro manjar, cubierto con accidentes de pan y vino, trocando la pena que nos puso cuando dijo (*Genes.* iii, 19): Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, porque con sus fatigas y sudor de sangre ganó el pan que nosotros comemos sin tanto trabajo. (*Sap.* xvi, 20). Ó Padre amantísimo, gracias te doy por haber dado á tus hijos Pan tan soberano: Pan verdaderamente de Ángeles, con el cual se sustentan, aunque de otro modo que los hombres: Pan por excelencia verdadero (*Ioan.* vi, 32), en cuya comparacion, el que diste á los hebreos no fue mas que figurativo. Y pues tan á costa tuya le aparejaste, de modo que pudiese comerle; yo tambien con tu ayuda me aparejaré para recibirle, moliendo mi corazon con dolor de sus pecados, y mi cuerpo con penitencias; amasando y uniendo mis

potencias con el agua viva de tu gracia, y sazonándolas con el fuego encendido de tu caridad.

2. Lo segundo, el maná era pan medicinal, preservando de enfermedades; y así todo el tiempo que le comieron los israelitas, no hubo, como dice David (*Psalm.* CIV, 37), enfermo alguno en sus tribus; aunque muchos murieron muertes arrebatadas en castigo de sus culpas, y despues todos vinieron á morir por lo menos de vejez. Pero este divino Sacramento sana las enfermedades del alma, preserva de la muerte, de muchas culpas, y de la muerte eterna que incurriéramos por ellas. Y á su tiempo tambien librará de la muerte á nuestro cuerpo, segun aquello del Salvador que dice (*Ioan.* VI, 55): *Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene en sí la vida eterna, y yo le resucitaré el dia postrero.* Ó Salvador poderosísimo, Médico y medicina nuestra, ¡cuán admirable ha sido tu providencia, destruyendo la muerte que incurrimos por una comida, con la vida que nos das por medio de esta! No permitas, Señor, que la coman los hombres con tan poca reverencia, que mueran ó enfermen (I *Cor.* XI, 30), convirtiendo en veneno por su culpa lo que tú instituiste para su remedio con tu misericordia.

3. Lo tercero, como el maná tenia un solo sabor natural (*Sap.* XVI, 20), mas para los justos tenia todo sabor, sabiendo á cada uno á lo que queria; así este divino manjar, aunque tiene un solo sabor natural de las especies de pan y vino, mas para los justos tiene todos los sabores espirituales que cada uno puede desear, conforme á su necesidad, porque encierra dentro de sí á la fuente de todo sabor y dulzura; y para descubrirla á sus hijos, sirve, *uniuscuiusque voluntati*, á la voluntad del que le recibe. Al que le recibe con ansias de obediencia ó paciencia, da el sabor de estas virtudes, endulzurándoselas, para que guste de ellas; y á los que dignamente comulgan, da el sabor y dulzura del espíritu que encierra en sí con eminencia los sabores de las cosas que dan gusto á la carne. Ó Providencia dulcísima, ó Fuente de toda dulzura, ¿de dónde á mí tanto bien, que sirvas á mi voluntad? ¡Oh quién se ocupase siempre en servir á la tuya, cumpliéndola en la tierra con el gusto que la cumplen los Ángeles del cielo!

4. Lo cuarto, cada uno cogia la medida señalada del maná, grande ó pequeña (*Exod.* XVI, 18; *en la p.* III, *med.* XVII), y esta le bastaba para su sustento, quedando tan harto quien cogia poco, como quien cogia mucho; así cualquier medida que uno coma de este Sacramento, basta para su entero sustento espiritual, porque todo Cristo está en

la hostia grande y en la pequeña, y en cada partecica de ella. Y tanto recibe quien toma grande hostia, como quien toma la mitad de ella; y tanto recibe uno como mil, y mil como uno, porque todos reciben un mismo Cristo, suficièntísimo para hartar á todos. Y por la misma razon tanto recibe con la hostia sola, como con la hostia y cáliz, porque todo Cristo, con su carne y sangre, está en las especies de pan y vino. Ó Pan de vida, por extremo pequeño y por extremo grande; ¿qué cosa mas pequeña que una migajica de este Pan? ¿y qué cosa mas grande que Dios y hombre dentro de él? Ó Pan soberano, hazme pequeño y grande; pequeño en mis ojos y grande en los tuyos, y pues tú solo bastas para millones de almas, harta los deseos de la mia, para que de hoy mas totalmente sea tuya por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la divina Providencia ha ordenado que nosotros cooperemos con ella, para buscar y gustar este divino Pan, al modo que mandó á los israelitas que madrugasen á coger el maná antes de salir el sol, porque en saliendo lo derretia, en castigo de los perezosos; para que entendiesen todos, como dice el Sábio (*Sap.* XVI, 28), que convenia prevenir la luz del sol, para recibir la bendicion de Dios, y bendecirle por ella. En lo cual se nos avisa, que madruguemos con gran fervor y diligencia para tres cosas. -La primera, para meditar las grandezas de este divino Sacramento, y coger el maná dulcísimo de la devocion, que se saca de la consideracion de ellas, antes que el sol de las ocupaciones y tentaciones que sucedèn entre dia nos derramen y sequen el espíritu.

2. La segunda, para alabar y glorificar á Dios, con ánimo muy agradecido por este beneficio, asistiendo al sacrificio que para este fin se celebra, y teniendo de él perpétua memoria. Porque si Nuestro Señor deseó tanto hubiese memoria del maná, con que sustentó solos cuarenta años al pueblo hebreo, que para esto mandó guardar un vaso lleno de él en el arca del Testamento (*Exod.* XVI, 32), ¿cuánto mas querrá que tengamos perpétua memoria, con grande agradecimiento de este divino manjar con que ha sustentado al pueblo cristiano mas de mil y quinientos años, y le sustentará hasta la fin del mundo?

3. Lo tercero, en especial hemos de madrugar el dia de la comunion, para disponernos á ella diligentísimamente, tomando esta ocupacion por la primera y principal de aquel dia, acordándonos de lo que dice la Escritura, que cada dia se cogia el maná, y el vier-

ces doblada medida (*Exod.* XVI, 22), porque el sábado no se hallaba, y padecia mucha hambre quien se habia descuidado en cogerle; así tambien, si en los seis dias de esta vida no cojo el fruto de este Sacramento, en el sábado de la otra vida no le hallaré, y padeceré perpétua hambre, ni será para mí sábado de descanso, sino dia de tormento. Por tanto, alma mia, cuanto mas te acercas al fin de la vida, tanto mas aparéjate para coger doblada medida, con la cual alcances hartura sempiterna.

—Para la buena ejecucion de las tres cosas dichas, ayudarán mucho las meditaciones que se siguen.—

MEDITACION XL.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES SUMA Y MEMORIAL DE LAS GRANDEZAS Y OBRAS MARAVILLOSAS DE DIOS, EN BENEFICIO DE LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO.— 1. Esta meditacion se fundará en aquel verso del salmo 110: *El Señor misericordioso, y hacedor de misericordias, hizo un memorial de sus maravillas, dándose en manjar á los que le temen.* Estas maravillas reducirémos á siete ú ocho cabezas, para que puedan meditarse en los siete dias de la semana.—Lo primero, se ha de considerar como este santo Sacramento es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad y Trinidad, que en él están encerradas. Porque lo primero, aquí está la persona del Verbo divino, unida con su sacratísima humanidad, en quien, como dice san Pablo (*Colos.* II, 9), mora la plenitud de la divinidad corporalmente. Y por consiguiente está en su compañía la santísima Trinidad, porque no es posible apartarse una Persona de otra, por ser todas un mismo Dios; y todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo, tambien las hacen el Padre y el Espíritu Santo, aunque con un modo especial se atribuyen al Hijo, en cuanto sola su Persona sustenta la carne y sangre que se nos dan en manjar.

2. De aquí es, que tambien en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios, pues, como dijo el mismo Apóstol: En Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y tambien las de su bondad y caridad, los cuales resplandecen admirablemente en esta obra. La sabiduría, en haber inventado tal medio, que Dios y hombre se haga manjar y bebida de los hombres; la bondad, en comunicarse á sí mismo de esta manera á sus

fieles; la caridad, en unirse y entrañarse con sus amigos, y no negarse á sus enemigos; la misericordia, en darse por manjar de los hambrientos y bebida de los sedientos, y venir personalmente á visitar y curar los enfermos; la liberalidad, en darnos de pura gracia cuanto tiene; y la omnipotencia, en hacer tantos milagros para la ejecucion de todo esto. En cada una de estas perfecciones se puede hacer grande páusa, trayendo á la memoria lo que de ellas á este propósito se ha dicho en las meditaciones precedentes, y en la XI de la parte IV, sacando de todas grande admiracion por la mucha estima que tiene Dios de nosotros; diciéndole con David (*Psalm.* VIII, 2): Ó Dios y Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Admirable fue en la creacion del hombre; mas admirable en su reparacion; y no menos admirable en su sustento, haciendo una suma de tus maravillas, para sustentar al que es suma de tus obras.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como este divino Sacramento es un memorial de las maravillas de la omnipotencia de Dios, la cual obra aquí muchos y muy grandes milagros invisibles á los ojos del cuerpo; pero admirables y estupendos á los ojos del alma que los mira con la lumbre de la fe. - Lo primero es, deshacer Dios con su palabra la union y trabazon natural que tenian los accidentes de pan y vino con su sustancia, destruyendo la sustancia y conservando los accidentes sin aquel arrimo; de modo que aunque percibo con los sentidos color, sabor y olor de pan y vino, pero realmente no está allí la sustancia del vino ni del pan, sino la carne y sangre de Jesucristo, en quien milagrosamente se convirtió. Ó Verbo divino (*Hebr.* IV, 12), mas penetrador que cuchillo de dos filos, pues con sola una palabra divides esta trabazon de los accidentes con su sustancia, divide tambien mi alma de mi espíritu, para que viviendo yo esta vida natural y exterior que perciben los sentidos, no viva la vida interior que solia, sino tú vivas en mí, de modo que pueda decir con tu Apóstol (*Galat.* II, 20): Vivo yo, ya no yo, sino vive Cristo en mí.

2. El segundo milagro es, convertirse una sustancia tan pequeña de pan y vino en un cuerpo tan grande y perfecto como el de Cristo. De modo que debajo de los accidentes que permanecen, está todo con la entereza y gloria que tiene en el cielo. Allí está su sacratísima cabeza, con aquellos divinos ojos que roban el corazon y con su vista destruyen todo mal. Allí están sus benditísimos piés y manos, con las señales de las llagas que hicieron los clavos, y el

costado con la llaga que hizo la lanza; y el corazon encendidísimo con el fuego de amor que le movió á recibirlas; y todo el cuerpo con las dotes de la claridad y hermosura, que excede á la del sol, luna y estrellas. Pues ¿qué mayor maravilla puede ser, que hacer Dios en un instante una conversion y mudanza tan extraordinaria de una cosa tan pequeña en otra tan grande, de una tan vil en otra tan preciosa, solo para sustentar al hombre? Ó Gloria mia, múdame en otro varon, para que pueda servirte por esta mudanza que por mí has hecho. Si tú me das todo lo que eres para mi sustento, yo te quiero dar todo lo que soy para tu servicio; mi cuerpo con mis sentidos, mi corazon y cuanto tengo emplearé en servirte, pues tú lo has empleado todo en sustentarme.

3. El tercer milagro estupendo es, estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento á modo de espíritu indivisiblemente, de suerte que todo él está en toda la hostia, y todo en cada parte de ella. De donde resulta, que aunque la hostia se divida, Cristo nuestro Señor no se divide, sino todo él entero queda en cada partecica de ella. Y de aquí es tambien que la vida que vive Cristo en el Sacramento no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí aunque tiene piés no anda, y aunque tiene manos no palpa, y aunque tiene lengua no habla; solamente usa de las potencias espirituales, propias del espíritu. Ó Amado mio, ¿qué gracias te podré dar, por haber amasado tu divina carne con modo tan milagroso, que permaneciendo verdadera carne, tenga las propiedades del espíritu? (I *Cor.* x, 3). ¡Oh quién me diese que viviendo yo en carne no obrase segun la carne (*Rom.* VIII, 1), sino segun el espíritu, ejercitando solamente las obras del espíritu, y mortificando las que son propias de la carne! ¡Oh quién pudiese conservar entero y sin division el corazon y lo interior del alma, aunque se dividiese en muchas partes la ocupacion exterior del cuerpo! Obra, Dios mio, estas maravillas en mí, pues por mí las obraste en tí.

4. El cuarto milagro es, que estando Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, sin dejar de estar allí, baja al Sacramento, y juntamente está en diferentes partes del mundo, donde quiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar alguno; y con tanta vigilancia atiende á la consagracion de cualquier sacerdote, que en diciendo: Esto es mi cuerpo, en el mismo instante saca verdaderas las palabras, y hace todos los milagros que quedan referidos. Ó omnipotencia soberana de Jesús, que así te empleas en provecho de los hombres, ofreciendo

poner á tu cuerpo en cualquier lugar de la tierra donde puede estar el suyo: ¿qué te daré, Señor, por tan admirabe beneficio, sino dedicarme todo, en todo tiempo y lugar, á tu servicio.

PUNTO TERCERO.- *Del oficio de médico.*— 1. Lo tercero, se ha de considerar como este divino Sacramento es un memorial de los oficios que Cristo nuestro Señor ejercitó con los hombres viviendo en el mundo, renovándolos todos en este santo Sacramento con cada hombre en particular. Para lo cual discurriré por cada uno de estos oficios, ponderando tres cosas:-El modo como Cristo nuestro Señor le hizo en la tierra;-el modo como le hace en el Sacramento;-y la grande necesidad que yo tengo de que haga conmigo este oficio, allegándome á la Comunion con este espíritu y deseo conforme á mi necesidad.-Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor, viviendo en carne mortal, hizo con los hombres oficio de médico, dandó vista á los ciegos, salud á los enfermos, y vida á los muertos, y esto no con medicinas corporales, sino con sola su palabra, ó tocándolos con la mano ó con su vestidura: y de la misma manera sanaba las enfermedades del alma con la infinita virtud que de él salia, para bien de todos. Luego ponderaré, como se puso en este Sacramento para ser médico y medicina de cada uno de nosotros hasta la fin del mundo; porque con el tocamiento de su cuerpo y sangre, mediante las especies sacramentales, sana las enfermedades espirituales del que le recibe, cura sus llagas, enfrena sus codicias, y le da entera salud en el espíritu, y á veces tambien, si conviniere, se la dará en el cuerpo. Luego me miraré á mí mismo, ponderando la extrema necesidad que tengo de este soberano Médico, por estar enfermo con graves y peligrosas enfermedades, exagerándolas todas, contándoselas como lo hacen los enfermos, suplicándole que las cure con su divina presencia, pues para este fin me visita. Ó Médico celestial, que vienes del cielo á visitar los enfermos que viven en la tierra, gloria será tuya sanar á un enfermo tan miserable como yo; sáname de todas mis enfermedades para que sano y salvo me ocupe en alabarte y servirte por el bien que me hicieres, librándome de ellas.

2. *Del oficio de maestro.*—De este modo puedo tambien considerar, como Cristo nuestro Señor hizo en esta vida mortal oficio de maestro, al modo que se ponderó en la meditacion XII de la parte III. Y de esta manera le hace en este Sacramento con el que le recibe; porque mientras está en el breve mundo del hombre, es tambien luz de este mundo (*Ioan*, IX, 5), y le alumbra interiormen-

te, enseñándole dentro del corazon las verdades que están escritas en el Evangelio. Y mirando la necesidad que tengo de este divino Maestro, le diré con grande afecto: Ó Maestro soberano que vienes del cielo á enseñarme el camino de la perfeccion, destierra mis ignorancias, y alumbra mis tinieblas, para que mi alma con tu presencia quede llena de tus verdades y virtudes.

3. *Del oficio de redentor y pastor.*—Lo tercero, puedo tambien considerar como Cristo nuestro Señor hizo oficio de salvador y redentor, sacando del poder y tiranía del demonio los cuerpos de muchos endemoniados y las almas de muchos pecadores, dando su vida y sangre con terribles dolores y desprecios, en precio de esta redencion. Y de la misma manera hizo oficio de pastor de su rebaño, cumpliendo todo lo que está á cargo de un buen pastor, hasta dar la vida por sus ovejas. Y los mismos oficios hace en este Sacramento; porque viene principalmente para aplicarnos el fruto de su copiosa redencion, librándonos de la tiranía del demonio, de la esclavonía de la carne y de sus pasiones, y de la servidumbre de los vicios. Y tambien hace oficio de pastor, cuidando de cada alma como si fuera ella sola, apacentándola con su propio cuerpo y sangre. De suerte, que no solamente la oveja come de la mesa del Pastor, como dijo Natan á David (II *Reg.* XII, 3), sino come de la misma carne de su Pastor: al contrario de los pastores de la tierra, que comen de las carnes de sus ovejas. Luego mirándome á mí mismo ponderaré la servidumbre y esclavonía en que vivo, y los peligros grandes en que ando de perecer de hambre y de flaqueza, y de dar en manos de los lobos infernales; y con este sentimiento clamaré á mi Redentor y Pastor para que me favorezca, diciéndole: Ó Redentor misericordioso y Pastor soberano, líbrame de las bocas de estos lobos y leones del infierno (*Psalm.* XXI, 22); y pues has puésto delante de mí esta mesa celestial contra los que me atribulan y persiguen (*Psalm.* XXII, 5), apaciéntame y fortifícame con ella, de modo que alcance la victoria, y goce de la mesa que me tienes aparejada en tu gloria. Amen.-Á este modo se pueden considerar otros oficios, que Cristo nuestro Señor hizo en la tierra, de abogado, consolador, protector, y Padre universal de todos.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar como este divino Sacramento es memorial de las virtudes esclarecidas que Jesucristo nuestro Señor ejercitó en la tierra, ejercitándolas tambien aquí; de suerte, que como vino al mundo á darnos ejemplo de vida y ponernos delante el dechado de virtudes que todos debíamos imi-

tar; así tambien viene ahora en el Sacramento, para darnos cada dia nuevos ejemplos de estas mismas virtudes, especialmente de las que son mas necesarias para nuestra salvacion y perfeccion.-La primera es, humildad, encubriendo su infinita grandeza y resplandor con una figura tan vil como es de pan y vino; de donde resulta que muchos le desprecian y tratan como puro pan y puro vino.-La segunda es, obediencia pronta y puntual al sacerdote que consagra, acudiendo luego que dice aquellas palabras, aunque sea malo y las diga con mala intencion y para mal fin, y en cualquier lugar y hora que las dijere, sin réplica ni dilacion alguna.

2. La tercera es, mansedumbre y paciencia admirable en todas las injurias que se le hacen, así por los herejes é infieles, como por los pecadores que le reciben en pecado, ó por los descuidos de los flojos sacerdotes, sin que sea parte ninguna de estas cosas para que deje de estar en la hostia todo el tiempo que duran las especies sacramentales.-La cuarta es, la caridad y misericordia con que viene al Sacramento, para ejercitar todas las obras de misericordia con todos los hombres grandes y pequeños, sin aceptar personas, no mirando mas que al bien de cada una de las almas, dándose todo á cada una, en testimonio de que murió por cada una.-La quinta es, perseverancia así en permanecer en la hostia y cáliz hasta que se consuman las especies sacramentales, como tambien en cumplir todo lo dicho hasta la fin del mundo, sin que ningunos pecados sean poderosos para que deje de cumplir lo que ha prometido.

3. En cada una de estas cinco virtudes se pueden hacer grandes ponderaciones, como se hicieron en la parte IV (*med.* XI, XV y XVI), y en las meditaciones precedentes. Pero cuando fuere á comulgar he de pedírselas á Nuestro Señor, poniendo los ojos de la fe en las cinco señales de las llagas que tiene allí su cuerpo glorificado, y diciéndole: Dulcísimo Jesús, pues vienes á mi pobre morada con tus cinco llagas, por ellas te suplico me dés estas cinco virtudes. Por las dos llagas de tus sagrados piés te pido humildad y mansedumbre: por las dos llagas de las manos, obediencia y perseverancia; y por la llaga del costado me llena de tu encendida caridad, para que amándote y obedeciéndote con perseverancia, alcance la corona de la gloria. Amen.

PUNTO QUINTO.—Lo quinto, se ha de considerar como este soberano Sacramento, en cuanto es señal de cosa sagrada, tiene una cosa especial sobre los demás Sacramentos, que es ser señal y suma de los tres mayores beneficios que Dios ha hecho, ni hará á los hom-

bres: uno pasado, que es la redencion; otro presente, que es la santificacion; y otro futuro, que es la glorificacion; todo lo cual representa con un modo singularísimo, asistiendo el mismo Cristo dentro del Sacramento que lo significa, como consta de aquella antífona que canta la Iglesia: *O sacrum convivium*, etc. ¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe Cristo, renuévase la memoria de su pasion, el ánima se llena de gracia, y se da en prendas de la futura gloria! De estas tres cosas se irá tratando en las meditaciones siguientes, reduciendo á ellas todo lo que nos resta por decir de este venerable Sacramento.

MEDITACION XLI.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES MEMORIA DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Deseando el Redentor que en su Iglesia hubiese perpétua memoria de su pasion y muerte, y del soberano beneficio que nos hizo en ella, instituyó para esto este sagrado convite, en que cada dia nos da á comer y beber su cuerpo y sangre debajo de especies de pan y vino. (*Luc.* XXII, 19; I *Cor.* XI, 24). Sobre esta verdad de nuestra fe se han de considerar, primeramente, las causas por que quiso Cristo nuestro Señor, que habiendo sido su pasion y muerte afrentosa y dolorosa, la señal y memoria de ella fuese un convite lleno de dulzura y suavidad; pues parece que venia mejor que la señal y memoria fuera algun Sacramento en que derramáramos nuestra sangre como en la circuncision, ó comiéramos alguna cosa amarga, como se comian lechugas amargas con el cordero pascual, y bebiéramos algun poco de vinagre en memoria de la hiel y vinagre que él bebió. Nada de esto quiso, sino que la memoria fuese en especies de pan, y no pan de cebada cual le comia otras veces, sino en pan de trigo, y no en vinagre, sino en vino incorrupto. Las causas principales fueron cuatro, todas llenas de suavidad.—La primera, para descubrirnos su infinita bondad, y la caridad y amor que nos tiene como padre, escogiendo para sí las cosas penosas, y dando á nosotros las suaves, en memoria de sus penas, y para aplicarnos el fruto y provecho que se nos sigue de ellas; porque propio es de padres tomar para sí lo trabajoso y dar á sus hijos lo suave; y este espíritu quiere que tengamos todos sus hijos para con nuestros hermanos y prójimos.

2. La segunda, para que por aquí viésemos el gusto con que padeció los trabajos de su pasion, en cuanto era en beneficio nuestro y para nuestro bien: y así quiere que su memoria sea en cosa de gusto y suavidad, y en banquete de grande regocijo (*Luc.* XXII, 15), para que con mas gusto nos acordemos de ella, y se la agradezcamos. De suerte, que como el dia de su pasion fue para él dia de desposorio y bodas con la Iglesia esposa suya, así la memoria ha de ser convite de regocijo, como en las bodas se acostumbra.–La tercera, para que viésemos la suavidad de su ley, de la cual habia dicho que era carga ligera y yugo suave (*Matth.* XI, 30; *p.* IV, *med.* LXI, *punto* 5.°), y así todos sus Sacramentos fueron suaves, y este sobre todos, con haber salido de su costado herido con cruel lanza.

3. La cuarta, para obligarnos con esto á que nosotros imitemos las cosas amargas y afrentosas de su pasion, pues cuanto él se mostró mas liberal en querer que su memoria fuese en convite lleno de tanta suavidad, tanto mas nos obliga á que á ley de agradecidos nos acordásemos de ella con cosas llenas de amargura, abrazando la penitencia y el ayuno, la mortificacion y humillacion, y todo lo que es conforme á Cristo crucificado y despreciado, diciendo con Jeremías (*c.* III, 20): Con grande memoria me acordaré de tí, y mi ánima se secará dentro de mí, consumiendo con la mortificacion todo lo que me apartare de tu servicio, y abrazando las penas que padeciste por mi amor. Ó Amado de mi corazon, ¿qué haré yo por tí en recompensa de tan soberano beneficio, y del amor tan excesivo que en él me muestras? Si te miro como Padre, eres amorosísimo; si como Redentor, eres dulcísimo; si como Legislador, eres suavísimo: por todas partes me coronas con misericordia, y con innumerables obras que proceden de ella. (*Psalm.* CII, 4). Deseo por tu amor coronarme con corona de innumerables espinas, pagando con innumerables trabajos tus innumerables tormentos llenos de innumerables misericordias.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar las causas por que quiso Cristo nuestro Señor quedarse él mismo real y verdaderamente en este Sacramento, para ser memoria de su pasion; pues bastaran para esto solo el pan y el vino, como basta el agua pura en el Bautismo, que tambien es figura de su muerte y sepultura. (*Rom.* VI, 3).–La primera causa fue, para descubrirnos la estima grande que tiene de su pasion, queriendo él mismo ser el memorial de ella, para obligarnos á tener grandísima estima y conti-

nua memoria de este beneficio, agradeciéndoselo mucho, pues él se hace despertador de la memoria contra nuestro olvido, y atizador del agradecimiento contra nuestra ingratitud.

2. La segunda causa fue, para descubrirnos mas su infinita caridad y el deseo inmenso que tiene de padecer por nuestro bien; porque cada vez que se dice misa, como el mismo Cristo hace representacion de su pasion y muerte, así está aparejado por nuestro amor á padecer y morir real y verdaderamente si fuera menester para nuestro provecho; pero como esto no es necesario ni conveniente, gusta de padecer y morir siquiera con la representacion. Y como se llama en el Apocalipsis (*Apoc.* XIII, 8): Cordero muerto desde el principio del mundo, porque murió en las figuras de los animales que se mataban en su memoria; así le podemos llamar, Cordero que muere hasta la fin del mundo: porque de la misma manera muere él mismo en esta representacion de su muerte, que durará hasta la fin del mundo. Con lo cual nos obliga á que nosotros mismos real y verdaderamente procuremos tomar parte de su pasion y muerte, así por su amor, como por el bien de nuestros hermanos, diciendo con san Pablo (II *Cor.* IV, 10): Siempre traemos en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, por cuya causa somos mortificados todo el dia, y tratados como ovejas del matadero (*Rom.* VIII, 36), y cada dia, hermanos mios, muero por vuestra gloria. (I *Cor.* XV, 31).

3. La tercera causa fue, para suplir con su presencia la falta de agradecimiento que tienen los hombres, no solo por el beneficio de su redencion, sino por los demás beneficios que han recibido de Dios, los cuales, por ser infinitos, no pueden ser agradecidos bastantemente por pura criatura; y así él mismo quiere por su persona en este Sacramento ser el que agradece por nosotros todos estos beneficios. De modo, que como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 26), que el Espíritu Santo pide mercedes por nosotros con gemidos inenarrables; así podemos decir, que Cristo nuestro Señor en este Sacramento agradece estos beneficios con afectos inenarrables, moviéndonos á ejercitarlos con gran virtud. De donde vino á llamarse este Sacramento, Eucaristía, que quiere decir accion de gracias. Ó Dios de amor, ¿qué es lo que haces? Ó Bienhechor infinito, ¿qué es lo que ordenas? Si para agradecerte los beneficios recibidos, me haces de nuevo otro tan grande como todos ellos, ¿con qué tengo de agradecer este nuevo beneficio? Alábate, Señor, tú mismo á tí mismo, por este y por todos los demás, y este mismo beneficio te alabe por sí y por los otros

(*Psalm.* CX, 3), pues tu obra es confesion y engrandecimiento, dándote por manjar á los que te temen: y pues yo no puedo darte cosa nueva por las grandes mercedes que me has hecho, recibiré este cáliz de mi salud, alabando y glorificando tu santo nombre. (*Psalm.* CXV, 4)..

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que quiso Cristo nuestro Señor quedarse en especies de pan y vino, para ser memorial de su pasion, pues sin duda tienen con ella alguna semejanza.—La primera fue, para significar que así como en este Sacramento se junta Cristo con pan hecho de granos de trigo despedazados y molidos, y con vino hecho de granos de uva, pisados y estrujados; así en su pasion fue su cuerpo sacratísimo atormentado y molido con azotes, espinas y clavos, y tambien fue pisado con graves ignominias, y estrujado hasta sacarle toda la sangre y dejarle exprimido como uva en el lagar. (*Isai.* LXIII, 2). Y así con la presencia de estas especies de pan y vino, quiere que nos acordemos de los dolores y afrentas que representaban; y que como comemos el pan y bebemos el vino, así comamos y bebamos, é incorporemos con nosotros las penas de su pasion y muerte. Y en especial hemos de quebrantar y moler nuestro corazon con la contricion de nuestros pecados, y castigar nuestra carne con penitencias, y gustar de ser despreciados por imitarle.

2. Pero mas adelante pasa la caridad de este Señor, porque en el Bautismo el bautizado representa, como dice san Pablo, la muerte y sepultura de Cristo, cuando es sumido debajo de las aguas (*Rom.* VI, 4), como él fue sumido debajo de las olas de sus trabajos y aflicciones (*Psalm.* LXVIII, 15), y colocado en el sepulcro debajo de una grande losa. Pero en este Sacramento el mismo Cristo representa su muerte y sepultura, cuando es comido y partido con los dientes, y cuando es tragado y puesto dentro del estómago, en memoria de que fue desmenuzado con los dientes de sus perseguidores, y tragado de la muerte y puesto en una sepultura: y á todo esto asiste el mismo Señor, para que se haga con reverencia y espíritu, comunicando los frutos de su pasion y muerte al que le recibe. Ó alma mia, acuérdate cuando comulgas, que eres sepulcro del mismo Jesucristo, recibiéndole dentro de tí, vivo en sí mismo, pero muerto en la representacion. Mira que su sepulcro fue glorioso (*Isai.* XI, 10), nuevo y cavado en piedra (*Matth.* XXVII, 60), para que entiendas que tambien tú has de ser gloriosa por las virtudes, nueva por la renovacion del espíritu, y fundada en la imitacion de la piedra viva que es

Cristo. Ó Cristo dulcísimo, santificad este sepulcro en què ahora entrais, para que mientras estais en él, sea digna morada vuestra. Y como en vuestro sepulcro ningun otro fue jamás sepultado, así en este no entre de aquí adelante cosa que os desagrade, ni criatura que le profane, conservándole siempre nuevo y puro para vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

—En la meditacion XIII de la parte IV están otras consideraciones á este propósito, de lo que significa consagrar por sí el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en diferentes especies de pan y vino.—

MEDITACION XLII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES CAUSA DE LA GRACIA Y SANTIFICACION QUE SE DA DE PRESENTE, Y DE LA MARAVILLOSA UNION CON CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como habiendo Cristo nuestro Señor determinado instituir siete Sacramentos, que fuesen siete señales sensibles de la gracia, y siete instrumentos para aplicarnos el fruto de su pasion que es nuestra santificacion, determinó que el uno de ellos no fuese pura criatura, como es pura agua, ó puro aceite ó bálsamo, ó puro pan y vino: sino quiso el mismo Cristo, Dios y hombre verdadero, real y verdaderamente juntarse con la criatura, y encubrirse milagrosamente debajo de los accidentes del pan y del vino, para darnos él mismo la gracia y aplicarnos el fruto de su pasion, mostrando en esto la infinita caridad y amor que nos tiene, y lo mucho que estima nuestra santificacion, y el aumento y perfeccion de ella. Lo cual puede ponderarse por algunos ejemplos. Porque nuestro amorosísimo Jesús no es como el médico, que ordena la medicina y encarga al enfermero que la aplique sin tocar él al enfermo, antes él mismo es el médico, y la medicina, y el que invisiblemente la aplica, entrando como manjar en nosotros, y dándonos la gracia que sana nuestra dolencia.-No es como el hombre rico y poderoso que da el precio para redimir al cautivo, y manda á su criado que le rescate, sino él mismo es el Redentor, y el precio de nuestro rescate, y el que aplica este precio de su sangre, y por sí mismo nos da la perfecta libertad de la gracia y adopcion de hijos de Dios.

2. No es como la madre que pare con dolor su hijo, y despues

le da á otra ama para que le crie con su leche, sino él mismo que nos engendró con dolores en la cruz, quiere criarnos como amorosa madre con su mismo cuerpo y sangre. No es como el rey que convida á sus vasallos y manda á sus criados que les sirvan á la mesa, antes él mismo quiere ser el que nos convida, y el convite, y el que nos sirve á la mesa, dándosenos á sí mismo en manjar y bebida. Y aunque los sacerdotes son sus instrumentos para esto, pero él real y verdaderamente asiste á todo, unido con las especies del pan y del vino. Ó Médico misericordiosísimo, ó Redentor liberalísimo, ó Rey piadosísimo, ó Madre amantísima, ¿qué haré por tu servicio en recompensa de lo mucho que haces por mi provecho? ¿cómo no amaré á quien tanto me ama? ¿cómo no estimaré la gracia de mi santificacion, pues el mismo Santificador viene en persona á comunicármela? ¿Cómo no tendré hambre de tan soberano convite, pues el mismo Dios que me convida, es el mismo manjar que tengo de comer para recibir con él la vida? Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta merced tan soberana, y no permitas que sea corto en agradecerla, ni tibio en aprovecharme de ella. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se han de considerar los dones que Cristo nuestro Señor da al alma cuando entra en ella por el Sacramento, porque con su entrada, *mens impletur gratia,* el ánima se llena de gracia y de caridad, y de todas las virtudes sobrenaturales, y de los siete dones del Espíritu Santo, con grande aumento y perfeccion, mucho mayor que todos los demás Sacramentos, por estar aquí la misma fuente de las gracias y el dador de ellas. Como cuando el rey da limosna por mano de su limosnero, bien se sufre que la dé pequeña; mas cuando él mismo la da por su mano, ha de ser dádiva grande, como dádiva de un rey: así en este Sacramento, como el mismo Cristo por sí mismo da limosna de la gracia y virtudes, dala muy copiosa como limosna dada por la mano de Dios, cumpliendo aquí lo que dice David (*Psalm.* CII, 5), que nos corona con su misericordia y con grandes obras que nacen de ella, llenando nuestro deseo de grandes bienes; y así puedo imaginar que cuando entra por mi boca, me dice aquello del Salmo (*Psalm.* LXXX, 11): *Dilata os tuum, et implebo illud.* Abre bien la boca, y yo la llenaré; dilata y ensancha los senos de tu alma y los deseos de tu corazon, porque vengo con propósito de llenarlos y cumplirlos. Ó alma mia, oye la voz de tu Amado, y pues quiere ser largo en darte sus dones, no seas corta en aparejarte para recibirlos; ensancha tu corazon con la esperanza, dilátale con la caridad, y adórnale con

fervientes actos de devocion, para que cuando entre te le hinche de sus dones, y le llene de su copiosa bendicion. Amen.

2. Luego ponderaré el convite espiritual que nos hace Cristo dentro del alma, comunicándola en su entrada la refeccion espiritual, que es la gracia propia de este Sacramento; lo cual se puede entender al modo que dice san Gregorio (*Lib.* I *Moral. c.* 15), que las virtudes y dones del Espíritu Santo, figurados por las tres hijas y siete hijos de Job, hacen banquete muy solemne al alma con el ejercicio de sus actos, meneándolos Cristo nuestro Señor con su presencia, para que los ejerciten con grande júbilo. Hácenos banquete por medio de la caridad, moviéndola á que ejercite actos de amor de Dios, de gozo espiritual, de celo de su gloria, y de ansias para unirse con su Amado. Mueve la virtud de la religion, para que ejercite actos de reverencia, alabanza, agradecimiento, y mil afectos de oracion y devocion. Mueve el don de la sabiduría, para que brote altos sentimientos de Dios con admiracion de sus grandezas, con grande fe y luz de sus verdades, con grande sabor y dulzura por sus perfecciones; y de esta manera menea la fe y la esperanza, la humildad y la obediencia con las demás virtudes y dones del Espíritu Santo, cuyos actos son refeccion, sustento y hartura espiritual del alma.

3. De donde sacaré un entrañable deseo de convidarle yo tambien como él me convida (*Apoc.* xxx, 20), animándome á ejercitar estos actos con mi libre albedrío, ayudado de su gracia aunque esté seco y pesado; porque Cristo nuestro Señor gusta mucho de esta comida, y de cenar con nosotros dentro de nuestro corazon. Y por esto dice el Espíritu Santo, que si nos sentáremos á comer con el príncipe, miremos lo que nos da de comer (*Prov.* xxiii, 1, *iuxta* LXX), *Sciens quod talia te oportet praeparare,* sabiendo que le has de aparejar otro tanto para que él coma. Ó Príncipe soberano, entrad en esta pobre morada á cenar conmigo, y traed con Vos la cena de que gustais, porque de mi parte me ofrezco de aparejarla, haciendo con todas mis fuerzas lo que os diere gusto en ella. (*D. Aug.* Tract. 17 et 48 in Ioan.; *D. Ambr.*, 1 offic. *c.* 13).

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor particularmente instituyó este divino Sacramento para unirse con nosotros con union de caridad todo el tiempo de esta vida, que es el mayor beneficio que aquí hace á sus escogidos. Esto significó cuando dijo (*Ioan.* vi, 57): *Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.* Que es decir, está en mí por ca-

ridad, como el que ama está en la cosa amada, y yo estoy en él por gracia, comunicándole los bienes que proceden de ella. Y esto no es solamente mientras dura este manjar sensible en el cuerpo, sino de asiento y con permanencias, porque consumidas las especies sacramentales, aunque Cristo en cuanto hombre no queda con nosotros; pero queda en cuanto Dios unido con nosotros, y nosotros con él con amor de amistad mútua, amándonos y amándole, poniendo por obra lo que dijo san Juan (I *Ioan.* IV, 16): Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él; porque Cristo nuestro Señor en cuanto Dios es la misma caridad por esencia, y de él nace por medio de este Sacramento la caridad participada, y el que le come queda unido con la caridad, y así está en Dios como en su casa de refugio, y Dios está en él como en su templo y casa de recreacion. Ó alma mia, ¿cómo no sales de tí, considerando la grandeza de este beneficio y la eficacia de la caridad que te da Cristo en este Sacramento? Si Cristo es caridad, ¿qué cosa hay mas buena? Si quien está en caridad está en Cristo, ¿qué cosa hay mas segura? Si Cristo está con él, ¿qué cosa hay mas alegre? Y si todo esto alcanzas en este convite, ¿qué cosa hay mas amable? ¡Oh convite de infinita caridad, donde la misma caridad cubierta con especies de pan y vino entra dentro de mí para mudarme en sí! (*D. Thom.* ibi ex D. Bern.). Ó Amado mio, múdame todo en tí, para que siempre te ame, alabe y glorifique por todos los siglos. Amen.

2. En esta consideracion tengo de hacer páusa, ponderando las tres cosas que se han apuntado: es á saber, que quien me convida en este Sacramento es Dios, que es la misma caridad; y movido de esta caridad, hace este soberano convite. Á mas, que la comida que aquí se me da, principalmente es la misma caridad, que es Dios nuestro Señor, y ella entra dentro de mí, y se sienta en medio de mi corazon, como Salomon el amable del Señor se sentaba en medio de su litera (*Cant.* III, 9), aficionando con su presencia las hijas de Jerusalen, que son las almas santas. Y finalmente, que el fin y fruto de esta comida es la union de caridad, permaneciendo Dios en mí como en su litera y lugar de su descanso, y yo en él como en mi protector, y en lugar de mi refugio.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar las excelencias de esta soberana union, por la semejanza que Cristo nuestro Señor las declaró, cuando dijo (*Ioan.* VI, 58): *Como yo vivo por el Padre, así quien me come vive por mí.* En las cuales palabras puso

Cristo nuestro Señor la mayor semejanza que podia traer para este intento: la cual consiste, en que así como el Hijo de Dios, mediante la generacion eterna, recibe de su Padre el ser y vida de Dios, y todas las perfecciones, virtudes y obras de Dios; de suerte, que el Hijo por esta generacion es un Dios con su Padre, vive en él y por él; y es sábio, bueno, santo, infinito y todopoderoso como él, y con él tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas; así tambien el que dignamente come á Cristo nuestro Señor en este Sacramento, en virtud de esta comida recibe, por participacion, el ser y vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes, y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Cristo, de suerte que sea un espíritu con él, y pueda decir aquello de san Pablo (*Galat.* II, 20): Vivo yo, ya yo no, sino Cristo vive en mí: y mi vivir es Cristo (*Philip.* I, 21), porque vivo en él, y por él, y para él. Ó dulcísimo Jesús, pues tantas ganas tienes de que sea una cosa contigo, como tú lo eres con tu Padre, entra dentro de mi alma por medio de este Sacramento, y obra en ella la union que por él me has prometido, para que por ella seas glorificado por todos los siglos. Amen.

2. En esta consideracion tengo de ponderar aquella palabra, quien me come vivirá *propter me*, por mí, la cual abraza todos los géneros que hay de causa, dando á entender que será causa perfectísima de todas las obras vivas que hiciere quien le come, porque será principio de ellas por su inspiracion, moviéndole á que las haga; será fin último á cuya gloria las ordene; ejemplar y dechado, de quien las saque; y materia de las palabras, pensamientos y afectos que tuviere, de modo que siempre viva, *propter Christum,* como quien no sabe otra cosa sino á Cristo, y ese crucificado (I *Cor.* II, 2), ni quiere amar, ni hablar sino es de Cristo, ni obrar sino por Cristo y para Cristo. De este modo Cristo será nuestra vida, la cual nos comunica en el santísimo Sacramento, y por esto se llama por excelencia Pan de vida (*Ioan.* VI, 51), porque por él vivimos vida de Dios, y vida de Cristo en union con él, como él vive la vida misma de su Padre. Ó Pan de vida, vivifícame con tu vida celestial y divina, para que de hoy mas no viva en mí, sino en tí, y no viva vida de hombre, sino vida de Dios, unido con él por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se han de considerar los efectos maravillosos de esta union, por algunas semejanzas.–La primera es, del pan y vino en que se hace este convite. Porque así como el man-

jar uniéndose con el cuerpo le pega sus mismas calidades, de donde procede que manjares gruesos crian humores gruesos, y manjares delicados, humores delicados y saludables; así Cristo nuestro Señor entrando en nosotros y uniéndose con nuestras almas nos comunica sus propiedades y calidades del cielo, su caridad, humildad, obediencia, paciencia, y las demás virtudes; de modo, que quedemos renovados á imágen de este hombre nuevo, y de este Adan celestial, y se pueda decir de nosotros, cual es el segundo hombre celestial (I *Cor.* xv, 48), tales son los celestiales, y cual es Cristo, tales son los que le comen. Y aunque es verdad que comunica todas las virtudes, pero señaladamente da á cada uno la que mas ha menester, y la que mas desea y pretende con aquella comida, á semejanza del maná, que aunque sabia á todo sabor, pero servia á la voluntad de cada uno de los justos, como arriba se ponderó.

2. Á este modo puedo considerar tambien, como en este Sacramento está aquel Señor que dijo (*Ioan.* xv, 5): *Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos: quien permanece en mí, y yo en él, llevará mucho fruto.* Y para cumplir esto entra en nosotros, y como cepa se pone en medio de nuestro corazon, y une consigo el sarmiento de nuestra alma con las varas de todas sus potencias, y las da virtud para que broten frutos dulcísimos de bendicion, devotos pensamientos, fervorosos afectos, santas palabras y perfectas obras. Pero no solamente es la vid, sino tambien es el labrador y podador que poda el sarmiento, para que lleve fruto. Y así entrando en el hombre, le inspira lo que ha de podar y mortificar, y le ayuda á ello para que se conserve la union, y saque mas copioso fruto de ella. Ó alma mia, pues sabes que el sarmiento apartado de la vid no puede llevar fruto, ni vale para otra cosa que para el fuego; júntate con esta vid soberana, que es Cristo, recíbele dentro de tus entrañas, y poda cualquier cosa que de él te aparta, para que libre del fuego del infierno, ardas siempre en el fuego de su amor. Amen.

3. Tambien puedo considerar, como en este Sacramento está aquel Señor que llama el glorioso apóstol Santiago (*Iacob.* I, 21): Verbo ingerido que puede salvar nuestras almas, porque mediante la encarnacion se engirió y juntó con la humanidad, como un árbol fructuoso se ingiere en un tronco de árbol estéril, y por ella hizo obras mas que humanas. Este mismo Señor, mediante la comunion de este Sacramento, viene á entrar dentro de mi alma, y á ingerirse en ella por gracia. Y siendo yo de mi naturaleza tronco estéril, y que no produce sino frutos amargos de pecados, ingiriéndose

en mí me hace llevar frutos dulces y divinos, no como quien yo soy, sino como quien él es, al modo que un tronco de almendro (*Rom.* XI, 17) amargo por el ingerto produce frutas dulces. Ó Amado mio, Árbol dulcísimo traido del cielo para salud del mundo; ya no me contento solamente como la Esposa (*Cant.* II, 3), de sentarme á tu sombra y coger de tus dulces frutos, sino tambien deseo que entres dentro de mí, y me hagas una cosa contigo, para que con tu virtud lleve yo frutos dulces como los tuyos, que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

PUNTO SEXTO.— 1. Últimamente, de todo lo dicho subiré á ponderar como Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento en accidentes de pan y vino, mas que de otro manjar mas precioso y raro, para significar la frecuencia con que se ha de recibir (*p.* IV, *med.* I, *punto* 3.°), de qué personas, con qué disposicion, y la union y efectos que obra en ellas.—Lo primero, por aquí declaró el entrañable deseo que tiene de hacernos cada dia este banquete, y de que cada dia nos aparejemos para tener parte en él; porque los reyes de la tierra tienen por grandeza que sus convites sean muy preciosos, pero muy raros, dos ó tres veces al año. Mas el Rey del cielo tiene por grandeza que su convite sea preciosísimo, y cada dia por toda la vida; y así le instituye en forma de pan y vino, que es manjar de cada dia, para que entendamos, que como el cuerpo, aunque no hubiera precepto de conservar la vida, solo por su necesidad y gusto come cada dia el pan y vino con que se sustenta; así el alma, aunque no hubiera precepto de comulgar, ha de hacerlo muy á menudo, por la necesidad que tiene de conservar la vida espiritual, y por el gusto que hay en esta comida, y por dar gusto al que nos convida con tanto amor y nos manda que le pidamos cada dia este pan cotidiano, por lo mucho que desea dárnosle. Y para mas aficionarnos, tambien nos amenaza, que si no comiéremos su carne, y bebiéremos su sangre (*Ioan.* VI, 54), no tendrémos vida en nosotros, ni vida de gracia, ni la eterna de la gloria. Ó Padre amantísimo, hazme digno de comer cada dia este pan de cada dia (*Luc.* XI, 3). Y pues quieres que le coma con tanta frecuencia, ayúdame con tanta gracia, que saque provecho de ella.

2. Demás de esto, como el pan y vino son sustento ordinario de toda suerte de personas, ricos y pobres, grandes y pequeños; así Cristo nuestro Señor quiere que este Sacramento sea sustento de todos los fieles en cualquier estado y suerte que tuvieren, alta ó baja, porque á todos convida; como se ve por la parábola del hombre que

hizo una grande cena (*Luc.* XIV, 21), y convidó hasta los cojos y mancos; y sintió grandemente que muchos se excusasen, como ponderamos en la meditacion de esta parábola. (*P.* III, *med.* LXIII).

3. Lo tercero, se juntó Cristo nuestro Señor con especies de pan y vino, que se hacen de muchos granos de trigo y de uva unidos entre sí, para significar que por este Sacramento no se junta espiritualmente si no es con almas unidas en caridad consigo mismas y con sus prójimos. De suerte, que así como no se pueden consagrar los granos de trigo ó de uva, hasta que se hacen pan y vino con la dicha union; así tambien aunque Cristo nuestro Señor entre por la Comunion sacramental en el hombre, no se unirá espiritualmente con él si está dividido y desunido con falta de caridad, y si no se dispone debidamente para quitar los impedimentos de ella; lo cual alcanzarémos, si como trigo nos molemos con la contricion y penitencia, y como uvas nos dejamos pisar con la verdadera humildad y sujecion á todos por amor de Dios. De aquí resulta grande fortaleza para todas las obras de la vida espiritual, con grande alegría del ánima, porque como el pan, segun dice David (*Psalm.* CIII, 15), conforta el corazon del hombre, y el vino le alegra; y aunque sean manjar ordinario, no enfadan ni causan fastidio, antes suelen ser como salsa que acompaña la otra comida; así tambien este pan y vino del cielo conforta y alegra el espíritu (*Eccli.* XXIV, 29), y aunque se coma cada dia, no causa fastidio, si se come dignamente, antes despierta nuevas ganas de comerle otra vez, porque encierra en sí todo género de suavidad (*Sap.* XVI, 20), no terrena como el maná que enfadó á los hijos de Israel, sino celestial que recrea á los Ángeles del cielo. Ó Amado de mi alma, que por tantas vias y modos me provocas á gozar de este soberano convite, no permitas que me excuse con el amor desordenado de los bienes de la tierra, ni tampoco que venga á él sin la vestidura de bodas (*Matth.* XXII, 12), que es la caridad. Desnuda mi corazon de todo amor terreno, y vístele del divino, para que asista con amor á convite de amor, y alcance por su medio la perfeccion del amor, uniéndome contigo con perfecta caridad. Amen.

MEDITACION XLIII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES SEÑAL Y PRENDAS DE LA GLORIA QUE ESPERAMOS.

— Deseando Dios nuestro Señor darnos alguna señal y prenda de la gloria que nos prometió para nuestro consuelo y para seguridad de nuestra confianza, instituyó este santísimo Sacramento, en quien concurren todas las cosas que se pueden desear para este fin, como se verá en los puntos siguientes. —

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar como este santísimo Sacramento es señal y prenda de la gloria que nos está prometida, por encerrar en sí la cosa mas preciosa y amada que Dios tiene, cuyo valor es infinito, y vale tanto como la misma gloria que nos prometió; así como entre los hombres, para asegurar la paga de alguna deuda ó el cumplimiento de alguna palabra que han dado, ó promesa que han hecho, dan en señal y prenda alguna joya, ó cosa muy estimada y querida, y que sea de tan gran precio, que exceda ó iguale á lo que se ha de dar despues. Esto se puede considerar, discurriendo por las Personas divinas que dan esta prenda, y por lo que ella es. — Lo primero, no pudo el Padre eterno darnos prenda mas preciosa y amada que á su mismo Hijo, que es tan bueno como él; así como los reyes y príncipes para asegurar las paces ó treguas ó alguna gran deuda, suelen dar en prendas ó rehenes á su hijo mayorazgo; y pues en este Sacramento nos da á su Hijo unigénito Jesucristo por prendas de la gloria, diónos lo sumo que pudo, no solo en prendas de ella, sino de todas las demás cosas que nos ha prometido con tanta seguridad cuanto es de su parte, como si ya nos las hubiera dado, conforme á lo que dice san Pablo (*Rom.* VIII, 32): El que no perdonó á su propio Hijo, sino le entregó por todos nosotros, ¿por ventura no nos dió con él todas las cosas? como quien dice: Quien me dió á su Hijo por Redentor, y me lo dió por manjar y comida, ¿por ventura no me dará su gracia y su gloria, y todas las cosas que ha prometido? Tan cierto estoy que me las dará cuanto es de su parte, como si me las hubiera dado, porque en esta dádiva se encierran las demás que me ha de dar. Gracias te doy, ó Padre amantísimo, por tal prenda como me das de mi salvacion y perfeccion. Suplícote, Dios mio, que lo que es tan cierto de tu parte, no falte por la mia, favoreciéndome, para

que me aproveche de la prenda que me das, para alcanzar lo que me prometes.

2. Lo segundo, el mismo Hijo de Dios Salvador nuestro no pudo darnos mayor prenda que á sí mismo encubierto en este Sacramento, en el cual se encierran todos los títulos y derechos que tenemos para nuestra salvacion, como quien promete un grande mayorazgo, y da en prendas el privilegio y escritura en que se funda. Porque este Señor que aquí está, es nuestro hermano mayor (*Hebr.* II, 11), mayorazgo del eterno Padre y heredero de su cielo, el cual se hizo hombre, como dice el apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 29), para salvar á los que estaban predestinados para la gloria, por cuyo medio han de alcanzar el fin de su predestinacion, y con el precio de su sangre nos compró el cielo y abrió sus puertas, para que pudiésemos entrar en él por los medios que para ello nos ofrece. Pues si todo esto está aquí encerrado, ¿qué mayor prenda nos pudo dar para seguridad del cielo que nos ganó y prometió?

3. Finalmente el Padre y el Hijo no pueden darnos mayor prenda invisible de la gloria, que es al mismo Espíritu Santo, de quien dice san Pablo (*Ephes.* I, 14), que es *pignus haereditatis nostrae*, prenda de nuestra herencia celestial, la cual prenda, como dice el Apóstol (II *Cor.* I, 22), nos da Cristo en nuestros corazones para seguridad de todas sus promesas, y para esto vino al mundo y viene tambien en este santísimo Sacramento. De suerte, que aquí recibimos dos prendas de la gloria las mayores que puede haber; una visible, que es el Sacramento en que está Cristo Dios y hombre verdadero, y otra invisible, que es el Espíritu Santo, que se nos da por el mismo Sacramento. Ó Trinidad beatísima, gracias te doy innumerables por tales prendas como me das de tus promesas soberanas. Bien se ve, Señor, que eres buen pagador, pues no te duelen prendas dándome tantas y tan buenas. Alégrate, ó alma mia, con tales prendas; gózate con la esperanza que se funda en ellas, procura glorificar y servir al que te las da, para que llegues á poseer la gloria que te promete. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como este santísimo Sacramento es prenda de la gloria que nos está prometida, en cuanto es medio eficacísimo y poderosísimo para alcanzarla, pues no puede haber prenda mas cierta para alcanzar un fin, que el medio eficacísimo para alcanzarle.-Lo necesario para alcanzar la gloria con efecto, es perdon de las culpas pasadas, preservacion de las futuras, sustento de la gracia recibida, con perseverancia hasta

la muerte. En todo esto tiene eminencia este Sacramento, con la presencia de Cristo nuestro Señor, porque aunque el sacramento del Bautismo ó Penitencia perdonan los pecados; pero este confirma mucho el perdon, admitiéndonos el mismo Rey que nos perdona á su mesa, en señal de habernos perdonado. Tambien nos preserva de culpas, porque enfrena las pasiones de la carne, da fortaleza contra las tentaciones del demonio, y previénenos contra todos los peligros del mundo.

2. Además, sustenta la vida de la gracia, como el manjar sustenta la vida del cuerpo; pero con tanta eficacia, que puede conservar el aumento que ha dado hasta la vida eterna. Todo lo cual se funda en la promesa de Cristo nuestro Señor, que dice (*Ioan.* VI, 50): *Este es el Pan que bajó del cielo para que si alguno comiere de él, nunca muera. Yo soy Pan vivo que bajé del cielo; si alguno comiere de este Pan, vivirá para siempre; y el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el dia postrero.* En las cuales palabras Cristo nuestro Señor nos asegura, que este divino Pan, como arriba se apuntó, con su virtud celestial nos libra de todo lo contrario á la vida eterna, porque nos libra de la muerte primera, que es la culpa, y de la muerte segunda del alma (*Apoc.* XXI, 8), que es la condenacion; y á su tiempo nos librará de la muerte del cuerpo en la resurreccion. Demás de esto nos concede todo lo que es vida eterna, porque nos da la vida de la gracia, y la conserva hasta el fin, y despues nos dará la vida de la gloria, de que goza el alma; y á la fin del mundo la vida gloriosa de que ha de gozar el cuerpo.

3. De todo esto tenemos prendas en este Sacramento, porque para todo tiene virtud y da fuerzas al que le come con la frecuencia y reverencia que debe. Ó árbol de vida puesto en medio del paraíso de Dios (*Apoc.* II, 22) en señal y prendas de la inmortalidad y vida eterna, dame á comer tu dulce fruto, para que preserve mi alma de todo género de muerte, y la conceda todo género de vida. Ó alma mia, si deseas vida eterna, come con espíritu este manjar, que es prenda y causa de ella. Ó cuerpo mio, si deseas resucitar á vida bienaventurada, come este preciosísimo cuerpo, que es prenda cierta de tu resurreccion y de la vida gloriosa que te está prometida.

4. Pero aun mas adelante pasa la excelencia de esta prenda, porque con su presencia causa en nosotros algo que es parte de la vida eterna, como raíz y fuente de ella, con la cual ha de perma-

necer para siempre, y es imposible que se niegue la vida eterna al que lo tuviere; es á saber: la union con Cristo nuestro Señor, por medio de su gracia y de la virtud del Espíritu Santo, que es fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna (*Ioan.* IV, 14); y como nota santo Tomás (*Lect.* 5 *in Ep. ad Ephes.* I, 14: Arrha haereditatis nostrae), no solamente es prenda de nuestra herencia, sino arra, porque la prenda dase solamente hasta que se hace la paga, y luego cesa; pero las arras danse para siempre; así el Sacramento del altar y el don de la fe y esperanza no es mas que prenda de la gloria, que dura por el tiempo de esta vida; pero la union con Cristo que se hace en el Sacramento, y el Espíritu Santo que nos da con union de caridad, es arras de la gloria, y durará por toda la eternidad, si por nosotros no queda; porque la caridad nunca perece (I *Cor.* XIII, 8; *Ioan.* XIV, 16), y el Espíritu Santo permanece con nosotros *in aeternum.* Ó Esposo dulcísimo de las almas justas, que por arras las das á tí mismo, juntándolas contigo en union de caridad, aunque mi alma no sea digna de tan soberana grandeza, no la excluyas de ella por tu infinita misericordia.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como este Sacramento es prenda de la gloria, en cuanto es un convite excelentísimo, en el cual nos da Dios á comer y á beber lo mismo que da en la gloria, pero guisado y acomodado á nuestro estado de caminantes debajo de velo y oscuridad. En lo cual he de ponderar, que Cristo nuestro Señor en el cielo, como lo prometió á sus Apóstoles, tiene consigo á todos los bienaventurados sentados á su mesa (*Luc.* XXII, 30), haciéndoles un solemnísimo convite, cuyo manjar es su misma divinidad y humanidad, viéndola claramente, y hartando con ella todos sus deseos, embriagándose con el vino del amor beatífico, y bebiendo del rio caudaloso de sus deleites celestiales. Y en este convite el mismo Señor, como dice por san Lucas (*Luc.* XII, 37), se ciñe y los sirve, porque él mismo les da este premio de justicia; pero cíñese, porque es tan infinito, que ninguno le puede comprender, ni verle, si no es ceñido y ajustado á sus merecimientos.

2. De aquí bajaré á ponderar, como este Dios infinito que hace este banquete en el cielo, acordándose de los hijos que tiene en la tierra, se ciñe mucho mas para convidarlos, poniéndose todo con su divinidad y humanidad debajo de estas especies de pan y vino, tan pequeñas y estrechas, para que allí con los ojos de la fe le veamos presente, y recibiéndole dentro de nosotros llene tambien nuestros

deseos, como acá pueden llenarse, y nos embriague tambien con el vino de su amor, y nos dé á gustar la suavidad de sus deleites; dándonos todo esto como prendas, en esperanza de lo que despues nos dará en cumplida posesion. Por lo cual le daré inmensas gracias, con deseos entrañables de ceñirme, y mortificarme, y estrecharme por servirle, pues él se ciñe tanto por regalarme. Ó Amado mio, si tú estando en el cielo vienes á ceñirte á la tierra por mi regalo, ¿qué mucho que para subir yo de la tierra al cielo, me ciña por tu servicio? Aviva, Señor, mi fe, para que de tal manera guste del banquete que me haces en esta vida, que llegue á gozar del que me prometes en la otra. Amen.

3. Con este espíritu me alentaré á procurar una vida celestial para ser digno de este convite, en que se me da lo mismo que en el cielo, pues por esto Cristo nuestro Señor, en la oracion del *Pater noster,* primero nos mandó decir (*Matth.* VI, 10): Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Y luego dijo que pidiésemos este pan cotidiano y sobresustancial, significando que quien le ha de comer dignamente, ha de aspirar á la pureza del cielo, cumpliendo acá todo lo que Dios manda, como allá se cumple.

4. Finalmente, sacaré de aquí que este Sacramento, por ser prenda de la gloria y principio del convite que se hace en el cielo, es viático para pasar de esta vida á la otra, el cual se ha de recibir en aquel peligro con grande fe y confianza; pues como Elías, en virtud del pan que le dió el Ángel, caminó hasta el monte de Dios, Horeb (III *Reg.* XIX, 8); así yo, en virtud de este divino Pan haré mi jornada seguramente hasta el monte de la gloria. Y para recibirle entonces con provecho, me importaria acostumbrarme, cada vez que comulgo, á hacerlo con el mismo espíritu que si fuera viático, imaginando que quizá aquella Comunion será la postrera de la vida, cumpliendo lo que dijo el Sábio (*Prov.* XXIII, 2), que al tiempo de esta comida entrásemos un cuchillo por la garganta; esto es, comiendo como quien tiene ya el cuchillo á la garganta y está á punto de morir, y por esta causa Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento la noche antes de su muerte, para significar, como en su lugar se dijo, que esta comida fortalecia para padecer y morir, y pasar de esta vida á la eterna. Ó Redentor dulcísimo, que á la partida de este mundo dijiste á tus Apóstoles (*Ioan.* XIV, 3): *Yo volveré otra vez, y os llevaré conmigo, para que esteis donde yo estoy;* ven á mi alma, visitándome con la gracia y presencia de tu venerable Sacramento, y en virtud de ella me lleva á donde tú estás, para que allí vea lo que

ahora creo, y posea lo que espero, y goce de tu soberana compañía por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIV.

POR APLICACION DE LOS SENTIDOS DEL ALMA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

—Este modo de oracion, por aplicacion de los sentidos, el cual se declaró en la parte II (*med.* XXVI), es muy provechoso cerca del santísimo Sacramento, negando los cinco sentidos del cuerpo y avivando los del alma. Algo de esto toca san Buenaventura en su tratado de los siete caminos de la eternidad, al modo que se dijo en el párrafo XI de la introduccion de este libro. Pero aquí lo pondrémos con otro modo mas fácil para todos.—

PUNTO PRIMERO.— 1. El primer punto será, ver con la vista interior del alma, ilustrada con la fe, todo lo que es objeto de esta vista, cerca de este Sacramento, sacando varios afectos, conformes á lo que hubiere visto. Lo primero, veré la cantidad, y el color y figura de pan y vino, apartadas de su sustancia, porque Dios con su omnipotencia la destruyó, para poner en su lugar el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor; y actuando esta fe, captivaré mi entendimiento á que crea esto, negando el juicio que procede de los sentidos, y confesando que puede Dios hacer con su omnipotencia mas de lo que puede percibir nuestra corta razon. Y así diré: Creo que, aunque veo color de pan, y percibo olor y sabor de pan, no hay sustancia de pan, porque la fe lo dice y Dios así lo revela.

2. Luego veré con la misma vista la majestad de Cristo, tan entero y glorioso como está en el cielo: veré su sagrada cabeza con corona de gloria; su divino rostro con rayos de inmenso resplandor; sus manos, piés y costado con las hermosísimas señales de las llagas que están en ellos, y todo su cuerpo incomparablemente mas resplandeciente que el sol, y hermosísimo sobre todos los hijos de los hombres. Y luego subiré mas alto, viéndole como es Dios, resplandor de la gloria del Padre, figura de su sustancia, de tan infinita belleza, que hace bienaventurados á los que le ven con claridad. Y mirándole de esta manera, unas veces sacaré afectos de reverencia y humildad, bajando los ojos y encogiéndome en su presencia. Otras sacaré afectos de gozo y alegría de verle tan hermoso y resplandeciente y tan cerca de mí. Otras prorumpiré en afectos de alabanza y

accion de gracias, por haberse puesto allí con toda su gloria y majestad.

3. Lo tercero, veré la junta de aquel exterior de pan, con la majestad de Cristo, admirándome de ver juntos dos extremos tan distantes, uno tan pequeño y bajo, como es accidentes de pan y vino, y otro tan grande y alto, como es hombre y Dios, encubriendo la grandeza de su resplandor con el velo de tan vil criatura, provocándome á que le imite en tal modo de humildad. Ó Amado mio, que en este Sacramento visible estás con modo invisible; véate yo con la fe, y reverencie tu grandeza, como si te viera con claridad, pues eres el mismo en el Sacramento y en el cielo, y tan digno de ser reverenciado y amado en la bajeza del uno, como en la alteza del otro.

PUNTO SEGUNDO. — 1. El segundo punto es, oir con el oido del alma lo que Cristo nuestro Señor me dice en el Sacramento, imaginando que desde allí me habla al corazon y me dice varias cosas á mi propósito. Unas veces imaginaré que me convida á que le coma, diciéndome aquello de la Sabiduría (*Prov.* IX, 5): *Venid, comed mi pan y bebed mi vino que os tengo aparejado, dejad la niñez, vivid y andad por las sendas de la prudencia.* Que es decir: Venid á recibirme en este Sacramento, pero dejad primero las niñerías de esta vida, porque soy manjar de grandes y de gente que vive con recato y providencia. Y á este modo puedo tambien imaginar que me dice aquello de los Cantares (*Cant.* V, 1): *Comed, amigos, bebed y embriagaos los muy amados.* Y aquello de Isaías (*Isai.* LV, 1): *Los que teneis sed, venid á las aguas, oidme con atento oido; comed lo bueno, y alegrarse ha vuestra alma con su gusto.*

2. De donde sacaré deseos de recibirle, obedeciendo á su voz, diciéndole: ¿De dónde á mí, Señor, que me convideis á vuestra mesa? Yo me llego á ella porque me lo mandais; habladme mientras como, para que mi corazon se derrita en vuestro amor. Otras veces imaginaré que desde allí me exhorta á que le imite, diciéndome (*Matth.* XI, 29): Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon: aprended de mí á humillaros, á encubriros y á convidaros con caridad unos á otros. Otras veces miraré como está allí rodeado de Ángeles, los cuales me están diciendo (*Matth.* XXV, 6): *Ecce Sponsus venit, exite obviam ei.* Mirad que viene el Esposo de vuestras almas, salidle á recibir con lámparas encendidas, con afectos muy abrasados de uniros con él en perpétua caridad. Finalmente, despues que le hubiere recibido le diré aquello de Samuel (I *Reg.* III,

9): Habla, Señor, que tu siervo oye; y atenderé á las inspiraciones que me comunicare para oirlas y obedecerlas con presteza, diciendo con David (*Psalm.* LXXXIV, 9): Oiré lo que habla en mí el Señor que está dentro de mí, porque bien sé que hablará palabras de paz y de vida eterna.

PUNTO TERCERO. — 1. El tercer punto es, con el olfato del alma percibir el olor y fragrancia de Cristo nuestro Señor en este Sacramento, el cual en la misa se ofrece á sí mismo al Padre en hostia y sacrificio, en olor de suavidad. ¡Oh cuán bien huele al Padre eterno este sacrificio, aplacando por él su ira! ¡Oh cuán poderoso es su olor, para deshacer y aniquilar el mal olor de todos los pecadores y pecados del mundo! Ó Padre soberano, pues tanto os agrada el olor suavísimo de este sacrificio, perdonadme por él mis graves pecados, y aplacad la ira que contra mí teneis por ellos.

2. Tambien percibiré el olor de las virtudes de este santo Sacramento, porque como el ámbar y bálsamo, y otras cosas olorosas, confortan con su fragrancia no solo al que las toca, sino á otros, aunque estén algo apartados; así el olor de este Sacramento no solo conforta al que le recibe, sino al que le mira, adora y desea recibirle. Y como dice el mismo Señor (*Matth.* XXIV, 28), que adonde está el cuerpo, allí van las águilas, atraidas de su olor, para comerle y sustentarse de sus carnes; así las almas, que como águilas vuelan en la oracion y contemplacion, percibiendo este olor suavísimo del cuerpo de Cristo, se van adonde está para comerle y sustentarse con su preciosísima carne. Ó carne olorosísima de Jesús, confórtame con el olor de tus virtudes; dame á sentir la fragrancia de tu caridad, y llévame tras tí al olor de tus ungüentos, para que me junte contigo en union de perfecto amor. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. El cuarto punto es, con el gusto del alma gustar lo primero el grande gusto y sabor con que Cristo nuestro Señor está en este santo Sacramento, y en cualquier hostia, aunque le pongan en lugar vil y despreciado, y el gusto grande que tiene en ser comido. Los otros manjares, como son cosa muerta, dan gusto al que los come, pero no tienen gusto en ser comidos; pero este manjar, como es pan vivo, tiene gusto grandísimo en que lo coman, y mas desea ser comido de los hombres, que ellos desean comerle. Ó Pan de vida, gracias te doy por este gusto que tienes en ser nuestra comida y sustento; purifica el gusto de mi alma, para que perciba tu dulcísimo sabor, de modo que guste de recibirte con el gusto que tienes de ser recibido.

2. Luego percibiré la suavidad de Cristo en este Sacramento, mirando como comunica á los que dignamente le reciben un sabor de divinidad, mucho mas vario y dulce que el maná (*Sap.* XVI, 20), porque tiene el sabor de todos los manjares espirituales, y sabe á todas las virtudes, y con tanta dulzura que endulzora todas las cosas amargas que hay en esta vida; y en el ejercicio de la mortificacion y de todas las obras virtuosas imaginaré que me están diciendo aquello del salmo (*Psalm.* XXXIII, 9): Gustad y ved por experiencia cuán suave es el Señor. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán dulce eres para los que te aman y reciben con amor! Ó fuente de dulzura, que te das á gustar con abundancia por los caños de estas dos especies sacramentales, llena mi alma de tu suavidad soberana, para que deseche toda la terrena.

PUNTO QUINTO. — 1. El quinto punto es, con el tacto tocar espiritualmente, y á su tiempo corporalmente este Sacramento, de cuyo tocamiento sale virtud para sanar, vivificar, alegrar y perfeccionar á todos los que le tocan debidamente, como antiguamente salia de las vestiduras de Cristo nuestro Señor, para sanar los flujos de sangre y las enfermedades de los que las tocaban (*Marc.* V, 30), como se ponderó en la parte III, med. XXXI. Otras veces imaginaré, cuando llego con mis labios á la hostia consagrada, que con gran reverencia y temblor doy ósculo á Cristo nuestro Señor, y le recibo amorosamente de su dulcísima boca, diciéndole aquello de los Cantares (*Cant.* I, 1): Béseme con el beso de su boca, porque mejores son sus pechos que el vino, llenos de fragrancia de suavísimos ungüentos. Ó Salvador dulcísimo, dadme ósculo de paz, pacificándome con vuestro Padre. Ó especies sacramentales de pan y vino, que sois como los pechos de mi Amado, llenos de leche de deleites celestiales, muy mas preciosas que el vino de los deleites terrenos; tocadme y hartadme con vuestra leche, para que se me haga desabrida toda carne.

2. Otras veces avivaré la fe, para creer y ver con ella las llagas sacratísimas de Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XX, 21), tocando con el espíritu sus piés y manos y costado, como quien se llega á beber del agua y sangre que de él salió, y tocándolas con viva fe, como santo Tomás, exclamaré: ¡Señor mio y Dios mio! Ó Dios de mi alma, llaga con el dardo de la caridad mi corazon, por las llagas que recibiste en tu sagrado cuerpo; harta la sed de mi alma, por la sangre y agua que salió de tu costado; lávame con ella, purifícame, enciéndeme y perfeccióname; dame licencia para que con el espí-

ritu entre dentro de esas llagas glorificadas. Y pues tú con ellas moras dentro de mí, yo con toda mi alma quiero morar dentro de ellas y de tí, uniéndome contigo con union de amor, hasta que sea uno contigo en tu eterna gloria. Amen.

MEDITACION XLV.

PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, Y PARA ANDAR CON ESPÍRITU LAS PROCESIONES DE ESTE DIA Y SUS OCTAVAS.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor en este Sacramento viene á nuestra tierra á renovar lo que hizo cuando vivió en ella; ponderando como entonces anduvo por todas las calles y plazas de Judea y Galilea, y por las sinagogas y casas particulares, y en el mismo templo de Jerusalen, haciendo bien á todos. Y como dice san Pedro (*Act.* x, 38): *Pertransiit bene faciendo, et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo:* pasó y caminó, haciendo bien y sanando todos los oprimidos del demonio, porque Dios estaba con él, no solo por gracia, sino por unidad de persona; y el bien que hacia era en todo género de cosas, ejercitando los varios oficios que arriba se dijeron; de suerte que por donde quiera que iba dejaba rastros de su divinidad y omnipotencia, y de su inmensa caridad y misericordia.

2. De esta misma manera imaginaré ahora que anda Cristo nuestro Señor en este Sacramento por los templos, plazas y calles de la cristiandad, haciendo bien á todos los que con viva fe llegan á él, confesándole, adorándole y alabándole con todo su corazon, porque tambien ahora este divino Sacramento, *pertransiit bene faciendo;* pasa haciendo bien y sanando á los oprimidos del demonio; porque Dios está dentro de él, y así les va comunicando todo género de bienes, con resplandores de su celestial luz é inspiraciones de su divino espíritu, enseñándoles como maestro, curándoles como médico, perdonándoles como salvador, y apacentándolos como pastor con su mismo cuerpo y sangre; y aunque todo esto hace mas copiosamente con los que le reciben, pero tambien da alguna parte á los que con viva fe le miran y glorifican. Y con este espíritu tengo de acompañarle en las procesiones, como le acompañara cuando vivia en carne mortal, si tuviera la fe que ahora tengo, y como le acompañaba la gente devota que se iba tras el Salvador por gozar de su dulce compañía. Ó Amado mio, gracias te doy por haberte quedado

con nosotros tan de asiento, que aunque tienes tu morada en los cielos, llenándolos de alegría, quieres tambien estar en nuestra tierra, llenando sus plazas y calles de tu misericordia. Y pues tan poderoso eres debajo de este velo, como lo eres en el cielo, y como antes lo eras en la tierra; ven á esta pobre morada de mi alma, pasea todas las potencias y sentidos de ella, haciendo bien á todas, para que te sirvan y glorifiquen todas por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiere ahora renovar espiritualmente la entrada que hizo en Jerusalen el dia de Ramos (*Matth.* XXI, 8; *Ioan.* XII, 13); porque entonces entró en Jerusalen manso y humilde, sentado en un jumentillo, saliéndole á recibir grande muchedumbre de hombres, y llevándole todos en procesion con grande pompa. Unos echaban por tierra sus capas para que pasase por ellas, otros desgajaban árboles para enramar el suelo, y otros llevaban palmas en las manos, y todos á voces le alababan, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: Rey de Israel, sálvanos en las alturas. Y esta entrada tan solemne hizo Cristo nuestro Señor para mostrar de su parte el gusto con que estaba entre ellos, sin embargo de que le perseguian y maltrataban, y para que sus discípulos y la gente devota diese tambien aquella muestra de la fe, amor y devocion que le tenian, y por otras causas que ponderamos en la parte IV.

2. De esta misma manera quiere ahora ser llevado en el santísimo Sacramento por las calles y plazas de la Iglesia con grande pompa y majestad. Va en la hostia manso, humilde y disfrazado, cubierto con aquel velo y nube ligera de los accidentes de pan; pero todos los fieles y príncipes de la Iglesia se honran de acompañarle, adornando las calles con ramos y con ricos doseles, llevando hachas y luminarias, y con cantores y músicas de alegría, celebrando su venida al mundo, con la mayor pompa y honra exterior que se le puede dar en la tierra. De todo lo cual me tengo de alegrar y regocijar, porque si me gozo de la honra que el dia de Ramos hicieron á este Señor, con haber parado en mayor ignominia, ¿cuánto mas me gozaré de la honra que todos ahora le hacen, ordenándose toda á su mayor gloria?

3. Y luego ponderaré como Cristo nuestro Señor traza esta solemne pompa para darnos á entender el gusto que tiene de estar con nosotros, y que no está cansado ni enfadado, aunque hay mucho porque lo esté, á causa del maltratamiento que algunos pecadores le hacen, comulgando mal ó diciendo misa con indecencia; y

aunque es razon dolerme de este agravio que se le hace, tambien le alabaré, porque sin embargo de él no se cansa de estar con los pecadores, por hacer bien á los justos. De donde sacaré un gran deseo de que todos celebremos con espíritu estas devotas procesiones, de modo que guste Cristo nuestro Señor de la honra que le hacemos, porque no se paga de lo exterior, si está vacío del interior. Ó Amado mio, ¡si tendiésemos todos por tierra nuestras vestiduras, poniendo á tus piés todas nuestras cosas, para que tú hicieses lo que quisieses de ellas! ¡Oh si todos se postrasen en tierra con humildad profunda, dejándose humillar y pisar de todos, para que fueses ensalzado y glorificado por todos! oh si todos te acompañásemos con palmas en las manos, alcanzando de nuestros enemigos gloriosas victorias, atribuyendo á tí solo la gloria de ellas! oh si todos con grande espíritu te alabasen y glorificasen por las victorias que ganas cada dia por medio de este soberano Sacramento, deseando que tuviese en ellas parte todo el mundo! Ó alma mia, alaba y glorifica á este Señor cuando le acompañas ó asistes en su presencia, juntando el cántico de los Serafines con el cántico de los hebreos, diciendo con el espíritu (*Ecclesia in praefat. Missae*): Santo, santo, santo el Señor Dios de las batallas; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria, sálvanos en las alturas: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como el Padre eterno quiere con estas procesiones tan honrosas premiar en la tierra las estaciones afrentosas y dolorosas que su Hijo Jesucristo nuestro Señor anduvo la noche y dia de su pasion, por las plazas y calles de Jerusalen. Ponderando como entonces fué desde el huerto de Getsemaní á casa de Anás y Caifás, llevándole atado, con hachas y linternas, con lanzas y espadas, y con grande estruendo de soldados, triunfando del preso con escarnio; y otro dia le llevaron con la misma ignominia de casa en casa, de tribunal en tribunal, hasta que salió al monte Calvario con la cruz á cuestas y con voz afrentosa de pregoneros, y fue colocado en el trono horrendo de la cruz, en medio de dos ladrones, á donde era blasfemado y escarnecido con grandísima ignominia y crueldad.

2. En premio de estas jornadas quiere el Padre eterno que su Hijo en la tierra sea honrado en estas procesiones, llevando todos hachas y luminarias en las manos, en señal de que es luz verdadera que alumbra á todo el mundo, y acompañándole los fieles soldados de su Iglesia, cantándole mil cantares de alabanza, llevándo-

le sobre sus hombros los sacerdotes y colocándole en tronos de grande majestad, donde todos le hincan la rodilla y le adoran como á su Dios y Redentor, mandando á todos que lo hagan así, mucho mejor que el rey Asuero mandó honrar á Mardoqueo, llevándole con grande pompa por todas las calles de la ciudad clamando sus privados (*Esther*, vi, 7): Así ha de ser honrado el que quiere el rey que lo sea. Ó Padre eterno, gracias te doy por la honra que quieres se haga á tu Hijo unigénito en la tierra, en premio de la deshonra que recibió en ella. Ó dulcísimo Redentor, gózome de la honra que hoy os hacen vuestros fieles, pues la teneis bien merecida, por la deshonra que sufrísteis por ellos. Yo hinco mi rodilla ante el trono donde estais colocado en este santo Sacramento, y arrojo mi corona y cuanto tengo á vuestros piés, diciendo como los ancianos del Apocalipsis (*Apoc.* iv, 11): Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra, la gloria y la virtud, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad son y fueron criadas. Redime, Señor, y salva con tu preciosa sangre al que criaste por tu graciosa voluntad. Amen.

3. De aquí sacaré cuán fiel es Dios en premiar en esta vida á los que le sirven, ensalzándolos en la misma cosa que ellos se humillan: y si yo honro á Cristo en este Sacramento, él tambien me honrará; y si le trato con poco respeto, tambien quedaré deshonrado. Para lo cual ayudará ponderar la historia del arca del Testamento, que llevó David en procesion, con grande acompañamiento de sacerdotes y levitas, y de todo el pueblo, con grande música de varios instrumentos, saltando el mismo David delante del Arca, con grande fervor de espíritu; y aunque Michol le despreció (II *Reg.* vi, 14), él no se arrepintió de lo hecho, antes propuso de humillarse y envilecerse mas delante de Dios; pero al contrario Oza, que con temeridad y poco respeto tocó al Arca, quedó muerto de repente por ello, para significar que si trato con poca reverencia este divino Sacramento, seré castigado como Oza, y tanto será mas terrible mi castigo, cuanto debia tener mayor reverencia al que la merece mucho mas que el Arca. Pero si le honro como David, tañendo y saltando en mi corazon, con júbilos y afectos de amor, humillándome, y apocándome en su presencia, sin hacer caso de los dichos de los hombres, él me honrará en la tierra, y mucho mas en el cielo. Pero yo, Gloria mia, no quiero otra mayor honra que honrarte; tu honra es la mia, y de que tú seas honrado me honro yo; y si tú te honras con mis deshonras, esas tendré yo por suma honra, por glorificarte á tí, que eres digno de infinita honra y gloria por todos los siglos. Amen.

Punto cuarto.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiere que se le haga en la tierra alguna fiesta, como la que se le hace en el cielo, para que por este medio bajen del cielo bendiciones á la tierra, ponderando como este Señor está en el cielo, cercado de Ángeles y Santos que continuamente le hacen fiesta. Unos, como los veinte y cuatro ancianos, arrojan las coronas á sus piés, diciendo, que solo él es digno de honra y gloria (*Apoc.* IV, 10; V, 2): otros, como los cuatro animales, están diciendo: Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, que es, era, y ha de venir. Otros le ofrecen vasos de oro, llenos de incienso muy oloroso, que son las oraciones de los santos, y cada uno á su modo le glorifica y ofrece cánticos de agradecimiento y alabanza. De suerte que por las calles y plazas de aquella celestial Jerusalen siempre se oye aleluya (*Tob.* XIII, 22; *Isai.* LI, 3), voz de alabanza y accion de gracias, gozo y alegría sempiterna.

2. Con ser esto así, gusta Cristo nuestro Señor de bajar á nuestra aldea en este santísimo Sacramento, y quiere que á nuestro modo le pongamos en su trono, y le hagamos fiesta, aunque aldeanos, imitando en lo que pudiéremos á sus cortesanos celestiales, pretendiendo en esto, no su provecho, sino el nuestro, para que descubriendo el amor que le tenemos, tenga él ocasion de honrarnos, y hacernos grandes bienes. Y así á imitacion de los bienaventurados le tengo de honrar con tres géneros de afectos principalmente.-El primero, de humildad como los ancianos, desnudándome de cuanto tengo, y confesando que no es mio, sino suyo, dándole la gloria de todo.-El segundo afecto ha de ser viva fe de su grandeza, y del oficio á que viene, y ha de venir á juzgarnos, alabándole como los santos cuatro animales, por su santidad y omnipotencia, por su eternidad é inmutabilidad, y porque viene ahora para salvarme como padre, y despues vendrá para coronarme como juez.

3. El tercer afecto será de ofrecimiento, presentándole el vaso de mi corazon, dorado con el fino oro de la caridad, lleno de incienso de fervorosas oraciones, mezcladas con mortificaciones de mí mismo, deshaciéndome en el fuego del amor, por oler bien á este Señor, á quien he de hacer fiesta con el mejor modo que pudiere, admirándome de que un Señor que tan festejado es en el cielo, se digne y guste de la fiesta que se le hace en la tierra, como el rey, que despues de haber visto las fiestas que se le hacen en su corte, gusta tambien de la que se le hace en una aldea. Persuadiéndome tambien, que como Cristo nuestro Señor por los servicios que se le hacen en el cielo,

da nuevos gozos accidentales, así premia á los servicios que les justos le hacen en estas fiestas de la tierra, con nuevas gracias y aumento de virtudes. Ó Rey soberano, ¡quién pudiese hacer de la tierra cielo, santificando tu nombre (*Matth.* VI, 10), y haciendo tu voluntad en este valle de lágrimas, como lo hacen los espíritus bienaventurados en su paraíso de deleites! Cierto estoy, que si así lo hiciese, el valle de lágrimas seria para mí valle de consuelos, y el paraíso de deleites vendria al valle de lágrimas, convirtiendo mi llanto en gozo, y llenándome de alegría. Venga, Rey mio, á mí tu reino, y pues tú estás conmigo en el Sacramento, aviva mi fe, enciéndeme con tu caridad, para que te conozca y ame, de modo que reines en mí, y yo goce de tí reinando contigo en el reino de tu Padre por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLVI.

DE LA PROVIDENCIA PATERNAL DE DIOS EN REPARTIR LOS ESTADOS Y OFICIOS, DANDO Á CADA UNO EL QUE MAS LE CONVIENE PARA SU SALVACION.

PUNTO PRIMERO. – *Tres cosas propias del Padre celestial.* — 1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor por excelencia es nuestro Padre, y hace este oficio con nosotros infinitamente mejor que todos los padres de la tierra (*Matth.* XXIII, 9), pues en su comparacion ninguno merece este nombre; de donde se sigue, que no solamente nos cria y engendra en el ser de la naturaleza y gracia, y despues de engendrados nos conserva y sustenta en el uno y otro ser, con medios y modos muy admirables, como se ha dicho; sino tambien su paternal providencia tiene cuidado de ponernos en estado y oficio conveniente para nuestra salvacion, inspirando, moviendo y aficionando á cada uno al que mejor le está para este fin. Á unos mueve á estado de matrimonio, á otros á estado de continencia ó religion, y á otros escoge para estado de prelacía (I *Cor.* XII, 12); porque como en el cuerpo natural hay muchos miembros con diferentes oficios, así quiere que los haya en el cuerpo místico de la Iglesia, y de la república civil, y con su providencia ordena que unos sean como cabeza, que gobiernen á los demás; otros como ojos, que resplandezcan en virtud y doctrina; otros como manos, que ejerciten obras de vida activa; otros como pecho y corazon, que se escondan en lo secreto de la vida contemplativa y unitiva; otros como piés, que se ocupen en ministerios serviles y humildes; y como

Nuestro Señor conoce las complexiones, ingenios y caudales de cada uno, así con su providencia les acomoda en el estado y oficio que dice con su natural, si no es que el hombre quiera salirse de la direccion del divino gobierno, y escoger el estado y oficio por su antojo, para malos fines y por malos medios.

2. De esta verdad bien ponderada he de sacar grande agradecimiento á Nuestro Señor por esta providencia paternal que tiene de nosotros, con dos advertencias. -La primera, que si no he tomado estado, he de acudir muy de veras á pedírsele, poniendo medios lícitos que no desdigan de su divina providencia, la cual me dará el estado y oficio que me conviene por tales medios, si pongo mi confianza en ella: y si estos que yo alcanzo no fueren bastantes, sabrá poner otros que salga con su intento. De lo cual hay innumerables ejemplos en la Escritura, como son el casamiento de Isaac con Rebeca; de Tobías con Sara, por medio de san Rafael; la eleccion de José por virey de Egipto, y la de David por rey de Israel. Pero si ya he tomado estado por traza de la divina Providencia, he de estar muy contento en él, confiando de alcanzar la vida eterna por tal medio, pues para este fin me le dió Nuestro Señor. Y si el estado ó el oficio fuere bajo, no tengo de correrme ni tenerme por desfavorecido; como ni al contrario, si fuere alto, tengo de envanecerme ni engreirme, sino, como dice el Apóstol (I *Cor*. vii, 20), contentarme con la suerte que me ha cabido de siervo ó de libre, de grande ó de pequeño, viviendo en la grande con humildad, y en la pequeña con confianza: porque mas vale siendo piés de la Iglesia alcanzar el cielo, que siendo cabeza bajar al infierno. Por tanto, alma mia, alégrate en tu Dios, en cuyas manos están tus suertes (*Psalm*. xxx, 16), y cualquiera que te diere recíbela con alegría; porque la suerte del estado y oficio que te diere en esta vida, va por su providencia encaminada para que alcances la suerte bienaventurada de la otra.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la suavidad de la divina Providencia en el repartimiento de los estados y oficios, la cual resplandece en una cosa tan propia de Dios, que no hay príncipe ni monarca que pueda hacerla; porque como es Gobernador universal de todo el mundo, y se precia tanto de gobernar con suavidad y fortaleza (*Sap*. viii, 1), reparte entre los hombres las inclinaciones á diversos estados y oficios, con tan admirable suavidad, que no hay oficio, por pesado y vil que sea, al cual no tenga algun hombre vehemente inclinacion, sin inclinarse á otra cosa; y aunque sean hijos de unos mismos padres, y hermanos de un vien-

tre, como Esaú y Jacob, suelen nacer con inclinaciones muy contrarias (*Genes.* xxv, 25); porque como el ollero de una misma masa hace vasos con diferentes figuras, aplicados á diferentes ministerios, y de una misma materia se hacen diferentes miembros de un cuerpo, para diferentes oficios; así la sabiduría y omnipotencia de Dios de la masa del género humano saca diversos hombres, aplicados con diversas inclinaciones á diversos oficios; por lo cual he de glorificarle, mirando como todas estas inclinaciones surten en mi provecho, para que haya hombres que con gusto me defiendan en la guerra, y me gobiernen en la paz, y labren el campo, y hagan el vestido y lo demás de que tengo necesidad. Porque, como dice san Pablo: Si todos los miembros fueran ojos, ¿quién anduviera? si todos fueran piés, ¿quién mirara? si todos fueran lengua, ¿quién obrara? y si todos fueran manos, ¿quién hablara?

2. Luego como los oficios de todos los miembros son para bien de cada uno, así los estados y oficios de todos los hombres, y las inclinaciones que tienen á ellos, son para provecho mio, y como beneficio mio me han de ser motivo para glorificar á Dios, que con su providencia los repartió de esta manera; y conforme á esto he de mirar bien la inclinacion buena que Dios me ha dado, y aprovecharme de ella, tomando con gusto el estado y oficio que conforme á ella me dió, dándole gracias por la suavidad con que me gobierna, queriendo que no vaya violentado, y remando en el estado de mi vida, especialmente en el que ha de ser perpétuo, ó de mucha dura. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por la dulzura con que gobiernas á los hombres, haciendo sabrosa á los unos la carga que es pesada á los otros, para que cada uno lleve la suya con facilidad (*Galat.* vi, 5), y todos se ayuden unos á otros con alegría. Concédeme, Señor, que lleve yo la mia, con tal aplicacion, que sea provechoso para mis prójimos, como deseo que ellos lo sean para mí.

3. Lo segundo, se ha de ponderar en esta misma suavidad de la divina Providencia, que cuando falta inclinacion natural para el estado y oficio que nos quiere encargar, nos da liberalmente inclinacion sobrenatural, por medio de las divinas inspiraciones é ilustraciones, las cuales suelen descubrirnos tantas razones de utilidad en el estado y oficio, que aunque sea árduo y dificultoso, se hace sabroso y fácil. Y así vemos por experiencia, que muchos por este toque de Dios tienen vehemente inclinacion á dejar el mundo, y abrazar el estado religioso, y el oficio trabajoso y humilde, con mayor gusto que otros abrazan otros estados y oficios de mas dulzura y

facilidad para la carne, porque la gracia suple abundantemente lo que falta á la naturaleza. Y si alguna vez Nuestro Señor no da esta inclinacion y gusto sensible en la eleccion del estado, por lo menos da razones tan eficaces, que convencen el entendimiento, y le hacen juzgar que le conviene tomarle, y la voluntad lo acepta con gran resolucion, venciendo la repugnancia natural con la luz superior del espíritu. Ó Dios de mi alma, en tus manos me arrojo, fiado de tu divina providencia, que me darás gusto y consuelo en llevar la carga que me pusieres. Y si la carne no sintiere los gustos que apetece, bástame que los sienta el espíritu, tomando por su propio gusto hacer el tuyo. Esta sea mi única inclinacion, hacer en todo tu voluntad por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la eficacia de la divina Providencia en proveer de ayudas suficientes para cumplir con el estado y oficio que por su traza se escoge; porque á ninguno manda lo imposible, ni quiere ponerle mayor carga de la que puede llevar, conforme á las fuerzas que tiene, y al caudal de gracia que le da. Y así á los casados para llevar las cargas de su estado les da gracia especial por el sacramento del Matrimonio; y á los sacerdotes para las cargas del suyo les da el Espíritu Santo por el sacramento del Órden; y á los religiosos da la gracia, conforme á las cargas de la religion que cada uno profesa; y á los prelados y gobernadores da espíritu bastante para su gobierno, y cuanto el gobierno es mas pesado, tanto es mas copioso el espíritu que les da. Y así cuando Dios quitó á Moisés parte del gobierno del pueblo, le dijo (*Num.* xi, 17): que tambien le quitaria de su espíritu y le daria á los setenta ancianos que habian de ayudarle, como quien dice: Yo te daba caudal para toda esta carga, mas pues das parte de ella á otros, daré á estos la parte de ayuda que te daba á tí, para que puedan llevar la parte de su carga. De donde procede que tan fácil me será por la providencia de Dios llevar la carga doblada, como la sencilla, porque me dará fuerzas dobladas para llevarla. Y así con grande fervor puedo decir á Nuestro Señor aquello del salmo (*Psalm.* xxv, 2): Pruébame y tiéntame, abrasa mi corazon y mis renes; cárgame con la carga de oficios y trabajos que quisieres, porque delante de mis ojos está siempre tu misericordia, y me agrada tu fidelidad, por la cual estoy cierto que aumentarás las fuerzas, si aumentares los trabajos.

2. De todo lo dicho he de sacar, que es cosa peligrosísima tomar estado contra la voluntad de Dios y por medios prohibidos, porque

con esto corto el hilo de los medios que la divina Providencia trazó para mi salvacion, y á mi cuenta irán los yerros que sucedieren; y merezco que Dios no me dé ayuda para llevar la carga que yo tomé por mi propia voluntad contra la suya, y sucederáme lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* xv, 13): Toda planta que mi Padre no plantó, será arrancada; pero sin embargo de esto, si el yerro está hecho, y no tiene remedio por ser el estado perpétuo, ó por otra causa, no tengo de desconfiar de la divina misericordia; porque es tan infinita su caridad, que si uno se sale por un camino de la traza de su paternal providencia, sabe y puede por otro camino volverle á ella, sacando de los males bienes, y de los yerros aciertos, con tal condicion, que con arrepentimiento de lo hecho, como el hijo pródigo, vuelva confiadamente á ponerse en sus manos; porque no desampara á los que se arrojan en ellas.

—De los avisos para elegir estado se dijo algo en la meditacion VII y VIII de la parte III. —

MEDITACION XLVII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA INSTITUCION DEL ESTADO RELIGIOSO CON VARIEDAD DE RELIGIONES, Y EN LLAMAR Á ALGUNOS PARA ELLAS.

Punto primero.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la divina Providencia ordenó que dentro de la Iglesia hubiese casas y familias de religiosos dedicados á su divino servicio, por muy altos y soberanos fines, ponderando sumariamente los mas principales.-El primero es, para que la religion sea escuela de la perfeccion cristiana, la cual consiste en la perfecta caridad y union con Dios y con los prójimos, dando de mano á todas las demás cosas que desvian de esto (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 186); de modo que se pueda cumplir el precepto del amor con la mayor perfeccion que se pudiere. Y por consiguiente, la religion es casa de la caridad, linaje de los que buscan á Dios, morada de los que viven en union, y congregacion de los hijos de la sabiduría (*Psalm.* xxiii, 6), cuya nacion y condicion es obediencia y amor (*Eccli.* iii, 1).-De aquí es, que la religion es tambien escuela de la imitacion de Dios y de Cristo, en la cual los religiosos estudien por imitar las virtudes ejemplares de Dios, procurando ser perfectos, como su Padre celestial lo es; y tambien imiten al mismo Cristo, guardando no solamente sus preceptos, sino tambien sus consejos al modo que él los guardó.

2. El tercer fin fue, para que la religion fuese casa de refugio, donde los fieles se recogiesen, huyendo los peligros del mundo, y asegurasen mas su salvacion por los medios que para esto tiene, poderosos para huir de las culpas y ocasiones de ellas, y para ganar las virtudes con perseverancia hasta la muerte. De suerte, que por medio de la religion se cumpla lo que deseaba David, cuando dijo á Nuestro Señor (*Psalm.* XXX, 3): Sé para mí Dios amparador, y casa de refugio, para que me hagas salvo. El cuarto fin es, para que la religion sea casa de recreacion para Dios nuestro Señor, en medio de la tierra y paraíso de deleites; porque como sus regalos son estar con los hijos de los hombres, trazó su providencia que hubiese casa particular de algunos especiales amigos y privados con quien conversase (*Isai.* LVI, 6; *Cant.* II, 4), y se regalase, dedicándose ellos á conversar familiarmente con él; y así la religion es casa de oracion, bodega de los vinos del cielo, retrete del Rey celestial, á donde entra á sus queridos, y les descubre sus secretos.

3. El quinto fin es, para que la religion fuese como candelero de la Iglesia, y ciudad puesta sobre un alto monte, para dar luz á los demás fieles, así luz de doctrina, como de ejemplar vida, la cual confirmase la verdad y pureza de la religion cristiana, y exhortase á todos á seguirla y á glorificar á nuestro Padre que está en los cielos; cumpliéndose en los religiosos lo que dice san Pablo (*Philip.* II, 14): Vivid sin queja como sinceros hijos de Dios, sin reprension en medio de la nacion perversa de los hombres, entre los cuales resplandeceis como lumbreras del mundo. - El sexto fin fue, para que la Religion fuese lugar diputado para granjear muchos merecimientos y grandes aumentos de virtudes, de modo que subiesen los hombres á muy altos grados de gloria en compañía de los mas aventajados Ángeles que hay en ella, por ser la vida que hacen mas angélica que humana.

4. Con la consideracion de estos seis fines, si soy religioso, he de procurar estos seis afectos y deseos, que sean como las seis alas de los Serafines que vió Isaías; es á saber, perfecto amor de Dios y del prójimo; deseo de imitar la perfeccion de Dios y de Cristo; huir las ocasiones de culpas é imperfecciones para asegurar lo mas que pudiere mi salvacion; conversar familiarmente con Nuestro Señor; vivir ejemplarmente, para edificacion de los prójimos; y crecer en las virtudes, hasta alcanzar grandes aumentos de gloria. Con estas alas volaré para cumplir las obligaciones de mi estado, fiándome de la divina Providencia que con su espíritu avivará mi vuelo. Ó Padre

de misericordias, pues me has llamado á estado tan alto por fines tan soberanos, suplícote que la vida no sea baja, sino que concuerde la alteza de la vida con la del estado, para que con ambas alcance la alteza de la gloria. Amen.

—Estos seis fines han de servir de reglas para conocer las vocaciones á estado de religion, porque las que son de Dios siempre estriban en alguno de los motivos que están dichos.—

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como la divina Providencia ordenó que hubiese mucha variedad de religiones con diversos institutos y reglas, para alcanzar con mas suavidad los fines referidos, ponderando tres causas principales de esto.-Primeramente, como la perfecta caridad tiene varios actos en órden á la gloria y culto de Dios, y al provecho del prójimo, ejercitando con él varias obras de misericordia, así corporales como espirituales, y una religion sola no podia resplandecer con eminencia en todas juntas, ordenó la divina Sabiduría que hubiese varios institutos de religion, y que unos se señalasen en la contemplacion y amor unitivo de Dios; y otros en las cosas del culto divino; otros en la penitencia, y afliccion rigurosa de la carne; otros en obras de misericordia espirituales con los prójimos, enseñándoles, predicándoles y administrándoles los Sacramentos; otros en obras de misericordia corporales, sirviendo á los enfermos, ó redimiendo cautivos, ó defendiendo la Iglesia de sus enemigos. Y de esta manera en todas las religiones juntas resplandecen todas las obras de caridad con excelencia; señalándose unas en lo que no se señalan otras. Por lo cual la religion es como la casa de la divina Sabiduría, fundada en siete colunas (*Prov.* IX, 1), que son los siete institutos referidos, labradas con varias labores de medios muy eficaces para alcanzar sus fines, como son frecuencia de Sacramentos, exámenes de conciencia, direccion de maestros espirituales, silencio y clausura conveniente, y otras tales.

2. Lo segundo, como Cristo nuestro Redentor es dechado de infinita perfeccion en todo género de virtudes, de tal modo, que no puede una religion esmerarse con eminencia en imitarle en todas, por ser grande nuestra flaqueza para tan alta empresa, trazó la divina Providencia varias religiones, y que unas le imitasen con excelencia en la pobreza, otras en la obediencia, otras en el celo de las almas, otras en la humildad y ejercicios humildes, dando cada una ejemplo de estas virtudes á la otra, y al resto de la Iglesia, la cual por esta causa es como reina y esposa de Jesucristo, vestida, como

dice David, con vestidura rica de varios colores semejantes á los de su Esposo, cuyos pasos sigue. Y conforme á esto, si soy religioso, he de mirar cuál es la cosa principal en que mi religion se señala, así en la imitacion de Cristo nuestro Señor, como en las obras de caridad que ha escogido por su amor, y procurar señalarme en ellas, no descuidándome de las otras, para que se pueda decir de mí por esta singular diligencia, lo que dice la Iglesia de cada uno de los Santos (*Eccli.* XLIV, 20): No se halló otro semejante que así guardase la ley del Señor.

3. Lo tercero, como Dios nuestro Señor conoce que son muy diversas las inclinaciones y complexiones de los hombres, y que era muy dificultoso acomodarse todos á un modo de caminar á la perfeccion, trazó con su divina providencia que hubiese varios modos, para que todos hallasen alguno á su propósito, acomodado á su inclinacion y fuerzas, y por este camino asegurasen mas su salvacion, y creciesen mas en la virtud. Unos son inclinados á soledad, y les daña el trato con hombres; otros al contrario son inclinados á conversar con hombres, y les daña la soledad. Unos tienen fuerte complexion, y se inclinan á grandes asperezas; otros son mas flacos, y no pueden sufrirlas tan grandes. Pues para que todos puedan ser perfectos, quiere Nuestro Señor haya caminos apropiados para todos, y á cada uno, con su providencia paternal, encamina por el que mas le cuadra. Ó Sabiduría infinita, que haces todas las cosas con fortaleza, y las dispones con suavidad (*Sap.* VIII, 1), gracias te doy por haber edificado dentro de tu Iglesia la casa de la religion con mucha variedad de institutos, que como colunas la sustentan, y con mesa llena de varios manjares de reglas y documentos acomodados al gusto y necesidad de sus moradores. Y pues tu soberana providencia se ha dignado arrimarme á una de estas colunas, átame fuertemente con ella, para que perseverando siempre en tu servicio, conforme á mi estado, llegue á ser coluna en el santo templo de tu gloria. (*Apoc.* III, 12). Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar el cuidado que tiene la divina Providencia en llamar gente para este estado de religion, y para cada una de las religiones, ponderando las cosas mas señaladas que hay en esta vocacion. Lo primero, que ninguno puede tomar este soberano estado, ni entrar en la religion como debe, si no es llamado de Dios con vocacion especial para ello, porque la castidad, obediencia y pobreza religiosa exceden tanto á nuestra naturaleza, que no puede por sí mismo atreverse á prometerlas, ni po-

drá guardarlas. Y así dijo Cristo nuestro Señor de la castidad, que no todos alcanzaban á entenderla, *sed quibus datum* (*Matth.* XIX, 11), sino solamente aquellos á quien era concedido, y ninguno puede venir á Cristo imitando su perfeccion, si su Padre celestial no le trajere (*Ioan.* VI, 44), llamándole con sus inspiraciones, y ayudándole para que venga.

2. Lo segundo, ponderaré que como el estado de religion no es necesario para entrar en el cielo, así Dios nuestro Señor no llama á todos los hombres para que le tomen, sino solamente á los que quiere, y esto no por sus merecimientos, sino de pura gracia y misericordia; y así muchas veces deja á los muy buenos en el siglo, y llama á otros no tales para mejorarlos, porque quiere hacerles este bien, conforme á lo que dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XV, 16): No me escogísteis vosotros, sino yo os escogí: yo os puse en el estado que teneis, para que vayais por el mundo, y lleveis fruto que permanezca. Gracias te doy, Maestro soberano, porque me escogiste para ser discípulo tuyo en la escuela de perfeccion, dejando otros que merecian mejor entrar en ella. No pudiera yo escoger este estado, si tu misericordia no me previniera para ello; y pues ya me has escogido, suplícote me ayudes, para que lleve frutos que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

3. Lo tercero, ponderaré que los que son llamados de Dios para este estado, han de responder á su llamamiento, por ser grande la merced y favor que en esto les hace, y resistirle es grande descortesía é ingratitud, y ocasion de grandes caidas; porque quizá Nuestro Señor con su eterna sabiduría ha visto que este estado es el medio de su salvacion; y si le rechazan, decirles ha como á los convidados que no quisieron venir á su convite, que nunca mas gustarán de su cena. (*Luc.* XIV, 24). Y lo que dijo al otro que dilataba seguirle (*Luc.* IX, 62): Quien echa mano al arado y se vuelve atrás, no es apto para el reino de Dios. Y así con gran cuidado he de mirar si soy de los llamados, porque si consiento, será señal que soy de los escogidos; y si resisto, puedo temer que soy de los reprobados.

4. Lo cuarto, ponderaré como la divina Providencia con especial vocacion llama á cada uno para la religion que mas le conviene, atendiendo juntamente á dos cosas; porque en cuanto Gobernador universal de las religiones, provee á todas de personas que las vayan conservando; y en cuanto Gobernador particular de cada hombre, inspira á cada uno de los que así llama á la religion, que mas

le ayudará para su salvacion y entera perfeccion, y resistirla es gran yerro, porque fácilmente podrá alcanzar su fin con suavidad en la religion para que es llamado, y quizá en la otra no podrá, ó no perseverará, por faltarle el caudal para ello, al modo que se dijo en la meditacion pasada. Con esta consideracion daré gracias á Nuestro Señor por el cuidado que tiene de todas las religiones, confiando en su providencia que las conservará para su gloria. Y cada uno puede confiar que le llamó para la religion que mas le convenia, animándose á perseverar con aumento de virtudes en el lugar donde le ha puesto, hasta que le vea claramente en la santa Sion. (*Psalm.* LXXXIII, 7). Amen.

MEDITACION XLVIII.

DE LOS BIENES QUE ENCIERRA EL ESTADO RELIGIOSO, Y CUÁN SOBERANO SEA ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Para ponderar la grandeza de este beneficio, se han de poner los ojos en las miserias del mundo, de donde saca Dios al religioso, y en las excelencias del estado en que le pone, y en los premios que en esta vida y en la otra le promete. - Lo primero, se ha de considerar como dentro de este mundo visible, que es bueno y hechura de Dios, hay otro mundo fundado en maldad, cuyo príncipe es el demonio, y cuyo empleo, como dice san Juan (I *Ioan.* II, 16), es codicia de carne y de ojos, y soberbia de la vida. De suerte, que este mundo es una congregacion de hombres rendidos al amor desordenado de los deleites carnales, de las riquezas y honras vanas, de donde proceden las espinas de las culpas y congojas que punzan á los mundanos (*Luc.* VIII, 14), y ahogan la semilla de las divinas inspiraciones, y despues son cebo de los fuegos eternos. Este mal mundo tiene dos partes: una está fuera de la Iglesia, que es la congregacion de los infieles, los cuales, como carecen de fe, se deslizan en innumerables vicios, y no paran hasta despeñarse en los infiernos. Y de este mundo saca Dios nuestro Señor, por su misericordia, á todos los fieles, poniéndoles dentro de su Iglesia, donde pueden salvarse. - Otra parte está dentro de la misma Iglesia, que es la congregacion de los pecadores que poseen ó pretenden con desórden los regalos, riquezas y dignidades con pérdida de la caridad, y con riesgo de su salvacion; porque llevados de su amor, re-

sisten al divino llamamiento, como resistieron los tres que fueron llamados á la cena, y fueron para siempre excluidos de ella. En medio de este mundo viven los justos seglares que poseen lícitamente estas cosas, los cuales tambien tienen grande peligro, por las ocasiones que nacen de los bienes temporales que gozan, y del mal ejemplo de los mundanos con quien viven, y por las calumnias y molestias que reciben de los que pretenden lo mismo que ellos poseen; por lo cual Cristo nuestro Señor, hablando de un rico que era justo, y resistió á la vocacion para ser perfecto, dijo (*Matth.* XIX, 24): Que era mas fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos.

2. De este mundo tan peligroso saca Nuestro Señor, por su misericordia, á los religiosos poniéndoles en un estado desnudo de estas riquezas, deleites y vanas libertades, para que vivan libres de los pecados y peligros que trae consigo. Y así tantos beneficios recibo de Dios en la religion, cuantos son los vicios y congojas que veo en los que viven fuera de ella, por lo cual he de darle continuas gracias. Ó dulcísimo Jesús, ¿de dónde á mí tanto bien, que me hayas dicho al corazon como á Abrahan (*Genes.* XII, 1): Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré? Gracias te doy cuantas puedo, porque me sacaste de *Ur Chaldaeorum* (*Genes.* XI, 31), del fuego de los caldeos, para que no pereciese abrasado con el fuego de mis codicias; y pues ya me alejaste de este fuego, no permitas que me acerque á él, antes abrásame con el fuego de la caridad, para que del todo muera en mí la codicia.

3. Pero mas adelante ponderaré la traza de la divina Providencia en este caso, porque cuando algunos están pegados á las cosas que poseen en el mundo con peligro de perderse, si no quieren dejarlas de grado por las inspiraciones amorosas con que los llama, suele cási forzarlos á que las dejen, permitiéndoles caer en trabajos, enfermedades y tentaciones, y á veces en graves pecados, para que viendo al ojo su peligro, procuren huir de él. Al modo que los Ángeles, viendo que Lot no acababa de salir de Sodoma, por estar aficionado á las cosas que allí tenia, le asieron de la mano, y le sacaron medio por fuerza, para que no fuese abrasado con el fuego que cayó sobre ella. (*Genes.* XVI, 17). Ó Padre amorosísimo (*Luc.* XIV, 23), ¿qué gracias te daré por haberme compelido á entrar en tu casa para huir del fuego que abrasa al mundo? Consérvame dentro de ella, aunque sea con fuerza de trabajos, para que libre de los

fuegos que me amenazan, alcance los premios que me esperan. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como el estado religioso encierra con gran excelencia los tres géneros que hay de bien.–El primero, es el bien honesto que abraza todas las virtudes, así morales, como teologales, con los dones del Espíritu Santo.–El segundo, es el bien deleitable que abraza la paz de Dios, que sobrepuja á todo sentido, y el gozo del Espíritu Santo, con los deleites que nacen de las obras de las virtudes.–El tercero, es el bien útil y provechoso que encierra los medios convenientes para conservar y aumentar la vida del alma y alcanzar la vida eterna, y tambien los que ayudan para pasar esta vida temporal del cuerpo, con provecho del espíritu. Todo esto se halla en la religion excelentísimamente, de modo que podemos decir de ella lo que dice el Sábio de la divina Sabiduría (*Sap.* VII, 11): Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y por su medio alcancé innumerables riquezas, y no sabia que era madre de todos los bienes.

2. Y así es, que la religion es madre de todas las virtudes en su perfeccion; ella las cria y sustenta con la leche de su doctrina, y las hace crecer con los medios que pone para que ejerciten sus actos; y las encierra con los cerrojos de los votos dentro de su casa, para que no se vayan fuera de ella, y las levanta á tanta grandeza, que compiten con la angélica, porque, como dice san Basilio (*Reg.* 8 *ex just. et de const. Monast. c.* 19), no es otra cosa religion, que un traspaso del modo de vivir humano, al que tienen los Santos en el cielo; y por la semejanza de lo que pasa en el cielo, se puede conocer la vida que los religiosos profesan en la tierra. Porque acá toman posesion especial del reino de Dios (*Rom.* XIV, 17), que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual con particular asistencia es Padre de todos estos géneros de bienes, de los cuales la religion es madre, llenando de ellos á sus hijos. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por haberme traido á vivir en la casa de la santidad, haciéndome hijo de la que es madre de las virtudes, para que me crie en ellas. Ó alma mia, oye los consejos de tu madre, que dice (*Prov.* VII, 1-2): Reciba tu corazon mis palabras, guarda mis preceptos, y vivirás, no la vida que solias, sino otra mas que humana, vida santa, alegre, pacífica, celestial y divina. Comienza á ejercitar luego lo que te manda, y probarás por experiencia lo que te promete. En cada uno de estos tres géneros de bienes se puede discurrir en particular, ponderando como la religion es madre de la caridad, de la contemplacion, de la templanza, etc., y de los de-

leites y provecho que de ella se siguen, al modo que se verá en los ejemplos del punto siguiente.

PUNTO TERCERO. — 1. Para penetrar mas las riquezas inestimables de este estado, se ha de considerar el coloquio entre san Pedro y Cristo nuestro Señor, que cuentan los Evangelistas por estas palabras (*Matth.* XIX, 27; *Luc.* XVIII, 27): *Dijo Pedro á Jesús: Nosotros hemos dejado por ti todas los cosas, y te hemos seguido, ¿qué premio nos darás? Respondió el Señor: Dígoos de verdad, que vosotros que me habeis seguido en la regeneracion del mundo, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su Majestad, os sentaréis en doce tronos, para juzgar las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare, por mi causa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, mujer ó hijos, ó heredades, recibirá cien doblado en este siglo, y despues la vida eterna.* En esta pregunta y respuesta se ha de ponderar, como la religion es un admirable concierto entre Dios y el hombre, por el cual se ofrece el hombre de hacer lo sumo que puede por Dios, y Dios ofrece excelentísimos favores y premios al hombre.

2. *De lo que el religioso hace por Dios.* — Lo primero, ponderaré lo que el religioso hace por Dios, reduciéndolo á las dos cosas que dijo san Pedro. – La primera es, dejar por él todas las cosas que se pueden dejar, porque con el voto de pobreza renuncia el dominio de los bienes temporales que tiene, y el derecho de haberlos, y aun la voluntad de pretenderlos; de modo, que si todo el mundo fuera suyo, le dejara, contentándose con el uso de lo necesario para pasar la vida, y esto con dependencia de la voluntad del prelado. – Con el voto de castidad renuncia los deleites de la carne, no solamente los ilícitos, sino los lícitos del matrimonio, renunciando el derecho de tener mujer (*D. Basil.* reg. 8 ex fusis), hijos y familia. Y para conservar esta pureza de la carne se ofrece á mortificarla con la penitencia, clausura y guarda de los sentidos. – Con el voto de obediencia renuncia su propia libertad, ofreciéndose á negar su propio juicio y propia voluntad, por hacer la de Dios y la de los prelados, que en su nombre le gobiernan. Y para cumplir bien todo esto, deja su padre y madre, hermanos, amigos y vecinos, y su propia tierra, negándolos á todos, como si no los conociera; y está aparejado á perder la salud y vida, cuando la ley de la caridad y obediencia lo pidiere. De donde se sigue, que el religioso ofrece á Dios de sí mismo y de todas sus cosas un perfecto holocausto, dándole, como dice san Gregorio (*Homil.* 12 *in Ezech.*), todo lo que tiene, sabe y puede. Pero ¿qué mucho, dulcísimo Jesús, que ofrezca yo tal holocausto de

mí por tu servicio, pues tú ofreciste otro muy mayor de tí por mi provecho? Tú renunciaste todas las cosas de esta vida por remediarme, razon es que yo las deje por servirte.

3. La segunda cosa es, seguir á Cristo nuestro Señor, imitando cada uno conforme á su caudal las esclarecidas virtudes que en él resplandecieron, y los consejos de perfeccion que nos enseñó, mirándole como á dechado de su vida, conversando con él familiarmente en la oracion, siguiendo á este Cordero donde quiera que va (*Apoc.* XIV, 4), sin perderle de vista ni alejarse de su compañía. Y para què se vea lo mucho que estas dos cosas encierran, puedo aplicar á los religiosos lo que dice san Pablo de los santos antiguos (*Hebr.* XI), porque con esclarecida fe salen como Abrahan de su tierra, y de la casa de su padre, y viven como peregrinos, esperando la ciudad eterna, cuyo fundador es Dios. Y como el mismo Abrahan ofrecen en holocausto su hijo unigénito Isaac, degollando por el voto de obediencia su propia voluntad, por cumplir la divina, confiando que Dios podrá resucitarla con mejor vida que antes tenia. Y como otro Moisés niegan la filiacion y generosidad del mundo, escogiendo vivir afligidos con los justos, antes que gozar los deleites de los pecadores, teniendo los desprecios de Cristo por riquezas mas preciosas que los tesoros de Egipto, no haciendo caso de lo que dirán los hombres, porque miran presente al invisible Dios.

4. Con esta fe salen de la tiranía de Faraon, que es el demonio; pasan el mar Bermejo á pié enjuto, rompiendo el muro de dificultades que tiene la entrada en la tierra de la promision eterna; tapan las bocas de los leones, que son sus pasiones; apagan el fuego de sus codicias; sacan fuerzas de flaqueza en las enfermedades; están fuertes en las batallas y tentaciones; vístense de pieles groseras y de cilicios ásperos; sufren hambre y sed buscando las soledades; moran en las cuevas y hacen vida tan excelente, siguiendo los pasos de su capitan Jesús, que no merece el mundo su compañía. Cuando hubiere cumplido estas dos cosas como san Pedro, en virtud de la fe y confianza en la gracia y omnipotencia del Salvador, puedo decirle: *Quid ergo erit mihi?* ¿qué me darás por todo esto? Ó Salvador dulcísimo, no pretendo servirte principalmente por interese, porque harto premio es servirte por quien tú eres; mas para alentar mi flaco corazon, díme lo que quieres hacer por mí, en premio de lo que yo hago por tí.

5. *De lo que Dios hace por el religioso.* — Luego ponderaré lo que hace Dios por el religioso, reduciéndolo á tres cosas que prometió

á san Pedro por el órden que las dijo. - La primera es, darle el dia del juicio un lugar y trono excelentísimo (*D. August.*, *Bed. et alii*) por el lugar que dejó en el mundo y tomó en la religion. De modo, que cuando los demás hombres han de parecer ante el tribunal de Cristo para ser juzgados, estarán ellos con los Apóstoles sentados en tronos de gloria á modo de jueces, con un gozo y honra especial, por haber imitado al Juez en la pobreza, castidad y obediencia, y en las demás virtudes que nos aconsejó en su Evangelio: porque es amigo de honrar á los que le honran (I *Reg.* II, 30), y de ensalzar á los que se humillan por honrarle. (*Matth.* XXIII, 12).

6. La segunda promesa es, darle por lo que dejó ciento tanto en esta vida. Y esta paga unas veces es de contado en la misma moneda, porque, como dice Casiano, y la experiencia lo enseña (*Collat. ultima, c. ult.*), dejando una casa ó heredad, un padre, hermano y amigo, ó fiel criado, halla todas las casas, rentas y limosnas de la religion, y muchos centenares de personas que hacen con él oficio de padre, hermano y amigo, y le sirven con mas fidelidad que los seglares; y por la honra que dejó en el mundo, recibe, sin pretenderla, honra cien doblada. Y la providencia especial de Dios es cien mil veces mas que todas las cosas que dejó, pues por el mismo caso que las dejó por su amor, toma á su cargo darme las convenientes, al modo que arriba se dijo, como lo experimentaron los Apóstoles, á quien dijo Cristo: Cuando os envié sin bolsa, ni alforja (*Luc.* XXII, 35), *numquid aliquid defuit vobis?* ¿por ventura faltóos alguna cosa? Y respondieron todos: *nihil,* ninguna cosa.

7. Otras veces la paga se hace en otra moneda mas preciosa, dándonos, en lugar de las cosas que dejamos, tanto consuelo en haberlas dejado, que excede cien veces al que tuviéramos poseyéndolas: porque los deleites del espíritu exceden incomparablemente á los de la carne, y mas gusto halla el perfecto religioso en la deshonra y pobreza, que el ambicioso y avariento en la honra y riqueza. (*D. Bas.* de const. Monast. *c.* 6). Y para asegurarnos de esto dijo el Salvador por san Marcos, que nos daria el cien doblado, con las persecuciones. Ó Padre amorosísimo, ¿que gracias te daré por haberme traido á tu casa? pues vale mas un dia de ella, que mil de otra parte (*Psalm.* LXXXIII, 12); y mas quiero ser en ella despreciado, que vivir muy honrado en los palacios del mundo, porque no hay mayor honra y regalo, que vivir debajo de tu amparo. ¿Qué puedo dejar por tí, que no vuelvas por ello cien doblado? Si dejo mis padres, tú entras á ser mi padre; si renuncio las herencias, tú eres mi herencia; y si

dejo todas las cosas, tú eres para mí todas las cosas. ¡Oh cambio celestial! oh trueco divino! Tómame, Señor, por tuyo, pues con tanta liberalidad te das por mio.

8. La tercera promesa es, de la vida eterna, añadiendo á lo que se promete á todos los fieles una especial providencia de encaminarles á esta vida por medios tan seguros, que la alcancen con mas facilidad y con mayores ventajas. Por lo cual dicen los santos, que la perseverancia en la religion es señal de predestinacion (*D. Bern.* ad fratr. de Mont. Dei; *D. Laur. Justin.* de perfect. Monast. convers. *c.* 7); porque en premio de haber renunciado su propio parecer y el gobierno de sí mismos, los gobierna Dios con especial cuidado, para que alcancen su dichoso premio. Ó alma mia, alégrate por haberte Dios escogido para este dichoso estado: sea para tí la celda, cielo, viviendo en la celda con la pureza que viven los Ángeles en el cielo; porque si perseveras en ella fielmente hasta la muerte, de ella serás trasladada al cielo, donde reines con Cristo por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIX.

DE LA PROVIDENCIA ESPECIALÍSIMA QUE TIENE DIOS CON LOS PREDESTINADOS CERCA DE SU BUENA MUERTE Y PERSEVERANCIA EN LA GRACIA, Y CUÁN SOBERANO SEA EL BENEFICIO DE LA PREDESTINACION.

PUNTO PRIMERO.— 1. El supremo beneficio que Dios en esta vida nos hace es, disponer con su providencia de tal manera nuestras cosas, que tengamos buena muerte en gracia y amistad suya; en lo cual consiste totalmente nuestra salvacion, y se suman los beneficios propios de los predestinados, de quien dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 29): *Que predestinó Dios á muchos, para que fuesen conformes con la imágen de su Hijo: y á los que predestinó, llamó; y á los que llamó, justificó; y á los que justificó, glorificó.* En las cuales palabras pone tres singulares beneficios de los predestinados.-El primero es, llamarlos antes de la muerte, de modo que con efecto se justifiquen.-El segundo, justificarlos de tal manera, que perseveren en la justicia hasta la muerte.-De donde se sigue el tercero, que es glorificarlos con el premio de la gloria. Y á la providencia que Dios tiene de todo esto llamamos predestinacion (*D. Thom.* 1 *p. quaest.* 23), de cuyas causas, efectos y señales dirémos lo que hace á nuestro propósito, para nuestro consuelo y provecho.-Lo primero, se ha

de considerar la particularísima providencia que tiene Dios nuestro Señor de llamar y justificar á algunos pecadores antes de la muerte, porque los tiene predestinados para el cielo. Esta vocacion tan singular consiste en llamarlos en tal tiempo y coyuntura, con tal frecuencia y eficacia de inspiraciones, y con tales toques interiores y exteriores, que vienen á consentir con el divino llamamiento, y alcanzar la gracia de la justificacion, como sucedió al buen ladron en la cruz (*Luc.* XXIII, 41): y á veces usa de medios extraordinarios y cási milagrosos, como la experiencia de cada dia nos lo muestra.
—De esto se dijo en la meditacion XXXVII.—

2. Luego consideraré la especial providencia que tiene Nuestro Señor con la muerte de los justos predestinados, para que perseveren en gracia y mueran en ella: porque lo primero, les previene con especiales favores, para que no sean vencidos de las tentaciones, y les preserva de muchas que pudieran derribarles.-Además, traza el modo de muerte que les conviene para su salvacion, ó con muchos dolores, ó sin ellos, ó poco á poco, ó de repente; porque la malicia no mude su corazon, ni el verse morir les cause grande afliccion. (*Sap.* IV, 11).-Además, á unos lleva por grandes temores, porque no se envanezcan, ni se pierdan por soberbia: á otros por grandes regalos, porque no desmayen, ni se pierdan por desconfianza; y á otros hace singulares favores en premio de singulares servicios. (*Trid. ses.* 6, *can.* 26).-Finalmente, por medios maravillosos y secretos les concede el gran don de la perseverancia, de quien dijo Cristo nuestro Señor: El que perseverare hasta la fin, será salvo. Y porque este don no cae debajo de nuestros merecimientos, hemos de pedírsele, y suplicar á los Santos le pidan por nosotros con fervientes oraciones, pues ellas tambien son medio de la predestinacion. (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 109, *art.* 10; *q.* 114, *art.* 9). Ó Dios eterno, cuyas obras son perfectas, pues has comenzado en mí la obra de mi salvacion, acábala perfectamente, dándome el don de la perseverancia con que alcance la corona. Ó Santos del cielo, á quien Nuestro Señor concedió este don tan soberano, negociadle para mí, suplicándole tenga tal providencia de mi muerte, que sea principio de mi eterna vida. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar las causas de donde procede este soberano beneficio, para que tengamos confianza de alcanzarle. La primera es, la infinita bondad y misericordia de Dios, el cual viendo que todos los hombres de su naturaleza eran mudables, y que por su libertad y flaqueza era fácil

condenarse, resistiendo á los medios de su general providencia, quiso tener otra especialísima de algunos, en los cuales, sin sus merecimientos, mostrase, como dice el Apóstol (*Ephes.* I, 7), las riquezas de su gloria. Y por esto los llama vasos de misericordia (*Rom.* IX, 23), aparejados para gloria suya (como se ponderó en la meditacion XII).–La segunda causa es, los infinitos merecimientos de Cristo nuestro Señor, por los cuales quiso el Padre eterno asegurarle alguna familia de escogidos, conforme á su imágen (*Rom.* VIII, 29), para que fuese primogénito entre muchos hermanos, parecidos á él en el ser de gracia y de la gloria, como lo eran en el ser de naturaleza. Y de aquí es, que aunque estos predestinados son pocos, respecto de los que por su culpa se condenan, y desechan la conformidad con Cristo; pero absolutamente, como dice san Juan (*Apoc.* VII, 9), son muy muchos y como innumerables, porque así convenia á la grandeza de la misericordia de Dios, y á la dignidad del Salvador, y á la eficacia de sus merecimientos.

2. De estas dos fuentes he de sacar afectos muy gozosos, por esta eleccion que hizo Dios de tantos predestinados, confiando que yo seré uno de ellos, pues en tales prendas estriba mi salvacion, con tal que, pues he sido llamado al Cristianismo, procure, como dice san Pedro (II *Petr.* I, 10), por medio de buenas obras, hacer cierta mi vocacion y eleccion, porque de parte de Dios nunca me faltará bastante ayuda para alcanzar la perseverancia y buena muerte; aunque quiere su Majestad que todo esto me sea oculto, para que no afloje en su servicio. Por tanto, alma mia, no te turbes con demasiadas congojas, sino arrójate confiadamente en las manos de Padre tan amoroso, y de Redentor tan misericordioso, esperando acabarán en tí con perfeccion la obra que comenzaron por su gracia. Y pues su voluntad es, que la predestinacion y perseverancia sea oculta, alábale por ello, y cesa de escudriñarla, porque no es razon querer saber lo que Dios no ha querido revelar. Escudriña, como dice el Sábio (*Eccles.* III, 22), las cosas que Dios te manda, para cumplirlas, y así llegarás con los predestinados á gozar el premio de ellas.

PUNTO TERCERO. —Últimamente, consideraré como hay muchas señales y conjeturas para conocer los que son predestinados, las cuales deberíamos procurar, así para nuestro consuelo, como para nuestro aliento; pues como dijo el Salvador: No hay mayor motivo de alegría que estar nuestros nombres escritos en el cielo. Estas señales son: oir de buena gana la palabra de Dios; obedecer á sus se-

cretas inspiraciones; procurar cumplir sus mandamientos y consejos, especialmente el dejar por él todas las cosas; frecuentar los Sacramentos y el ejercicio de la oracion; ser muy devoto de la Vírgen, y muy inclinado á obras de misericordia; y el mismo temor continuo de Dios y de sus juicios es señal de predestinacion, porque imprime Dios este miedo, para que guarde la viña. Finalmente, por medio de estas obras el mismo Espíritu Santo, como dice san Pablo (*Rom.* VIII, 16), y declara san Bernardo (*Serm.* 2 *de oct. Pas.*), va dando testimonios interiores á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, tambien serémos herederos con Cristo. Ó Rey eterno, y Pastor soberano, cuyas ovejas se conocen por oir tu voz, y seguir tu vida (*Ioan.* x, 14); concédeme que oiga lo que me dices, y cumpla lo que me mandas, para que tenga prendas de ser oveja de tu escogido rebaño, y el dia del juicio me pongas á tu mano derecha, llevándome contigo al reino de tu gloria. Amen.

—Para quitar la congojosa solicitud de nuestra perseverancia y predestinacion, ayudará lo que se dijo en la meditacion XXXI. Y para asegurarla del modo que acá se puede, ayudará mucho la meditacion que se sigue.—

MEDITACION L.

DE LA HUMILDAD Y RESIGNACION QUE DISPONEN PARA COGER COPIOSOS FRUTOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA.

—La humildad, que dispone para ser favorecidos de la divina Providencia, no solamente es la que pertenece á los que han sido pecadores, y se funda en el conocimiento de nuestros pecados, del cual se trató en la parte I (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 191, *art.* 1 *ad* 4), sino la que pertenece á los muy santos, y á la misma alma de Cristo nuestro Señor: y se funda en el conocimiento de la nada que tenemos de nuestra cosecha, del cual se ha tratado en las meditaciones de esta parte VI, en las cuales se han ponderado cuatro puntos principales.-El primero, que todo el ser de mi cuerpo y alma, con todos mis miembros y potencias, y con el adorno que tienen añadido, así natural como sobrenatural, no es mio, sino de Dios que me lo dió; y si él no me lo diera, yo siempre estuviera en el abismo de la nada, como se ponderó en la meditacion II y XVII.-El segundo, despues de recibido todo este ser, yo no puedo conservarle, y si Dios no le conservase actualmente, luego se volveria en nada, como se

dijo en la meditacion XXVIII. -El tercero, el uso de todas mis potencias y sentidos; y todas mis obras están tan pendientes de Dios, que sin su actual concurso nada puedo hacer ni aun pensar, como allí se ponderó. -El cuarto, por mucho que tenga recibido, todo es nada, en comparacion del ser de Dios y de sus perfecciones y virtudes, como se dijo en la meditacion VI. -Añado, lo quinto, que de mi cosecha soy fuente de todo lo que es nada y menos que nada, que es el pecado, al modo que se ponderó en la meditacion IV de la parte I. Todo esto se verá recogido en la meditacion que se sigue, fundándola en la semejanza de que Cristo nuestro Señor usa muchas veces, diciendo (*Matth.* xviii, 8): *Si no os hiciéredes como pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos, y el que se humillare como este niño, será mayor en el cielo, y dejad á estos infantes llegarse á mí, porque de estos es el reino de Dios.*

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la humildad heróica que en esta comparacion se representa, y los frutos que en ella se cogen de la divina providencia: para lo cual en la presencia de Dios me imaginaré como un niño pequeño, cuyas propiedades son: -La primera, que si está súcio no puede limpiarse si no le limpian. -La segunda, si está caido en tierra, no puede levantarse si no le levantan. -La tercera, si le ponen en pié, no puede tenerse si no le tienen, ni dar paso si no le llevan. -La cuarta, si tiene hambre ó sed, no puede comer ni beber si no se lo dan. -La quinta, si tiene frio ó cualquier otro trabajo ó peligro de enemigos, no se puede librar si no le libran, ni defenderse si no le defienden. -La sexta, por remate de sus miserias, no sabe ni puede pedir lo que le falta, ni aun lo conoce para pedirlo. Estas son las miserias del niño, para las cuales no tiene otro remedio que la piedad y amor de su madre, y la providencia maternal que tiene de su hijo. De este modo me tengo yo de imaginar delante de Dios, aplicándome las seis cosas dichas. -Lo primero, es tan grande mi flaqueza, que por mi solo albedrío puedo pecar y mancharme con muchas culpas; pero despues que peco, no puedo yo solo lavarme ni limpiarme de ellas, si Dios no me lava y limpia. Y así tengo de decirle como David (*Psalm.* l, 4): Lávame, Señor, de mi maldad, y límpiame de mi pecado.

2. Lo segundo, con el peso de mis ruines inclinaciones, y de este cuerpo corruptible que apesga al alma, fácilmente caigo en tierra, y estoy postrado en ella con la aficion desordenada á las cosas terrenas, porque soy hijo del Adan terreno; pero una vez caido no puedo levantarme á solas, si Dios no me da la mano y me levanta.

Y así para siempre quedaria caido como la casa de Israel, de quien dice un Profeta (*Amos*, v, 1): Cayó, y nunca mas se levantará.- Lo tercero, si Dios por su misericordia me levanta y pone en pié dándome alguna virtud ó espíritu de devocion, no puedo por mí solo tenerme, ni conservar lo que me ha dado, ni dar paso adelante, si él mismo no me ayuda á ello, y así siempre he de estar con temor de caer, conforme al dicho del Apóstol (I *Cor.* x, 12): El que está en pié, mire no caiga.-Lo cuarto, si padezco hambre y sed de los manjares espirituales, como son los Sacramentos, la palabra de Dios, y las obras de justicia, no puedo por mí solo buscarlos ni comerlos, de modo que me entren en provecho, si Dios no me ayuda á todo esto; y si tengo algun deseo de mejorarme, no puedo cumplir mi deseo, si Dios que me le dió no me da tambien gracia para cumplirle.

3. Lo quinto, estoy tan rodeado de tentaciones y peligros del demonio, mundo y carne, que no es posible por mis solas fuerzas librarme de ellos, si Dios no me libra; ni tengo armas para defenderme, si Dios no me las da. Siempre estaria frio con pecados y tibiezas, si Dios no me calienta con el fuego de su amor; y siempre estaria encendido con el fuego del amor propio, si Dios no me refresca con el agua viva de su gracia.-Finalmente, es tanta mi miseria, que no sé orar (*Rom.* VIII, 26), ni pedir lo que he menester, como me conviene, si el mismo Espíritu de Dios no me lo enseña, ni aun sé conocer mis peligros y necesidades, si Dios no me descubre la gravedad de ellas. Esta es la miseria que tengo de mi cosecha: de donde se sigue que hacerme niño, no es ser ignorante de estas cosas, ni estar caido actualmente en estas miserias, sino reconocerme por sujeto á caer en ellas; y de aquí como de raíz nace la perfeccion. Por lo que dijo san Pablo (I *Cor.* XIV, 20): No seais niños en el sentir y conocer, sino en la malicia y astucia; pero en el sentir y conocer sed perfectos.

4. Despues de haber ponderado estas miserias que tengo de mi cosecha, he de levantar los ojos á ponderar, como la infinita caridad y providencia paternal de Dios acude á remediarlas todas, con mucho mayor cuidado que las madres acuden á remediar las de sus hijuelos pequeñitos, porque será posible que las madres se olviden de ellos; pero, como dice el mismo Señor, nunca se olvida de los suyos (*Isai.* XLIX, 15): y así con su providencia acude á lavarme, á levantarme de la tierra, á tenerme en pié, á darme el manjar conveniente, á defenderme de mis enemigos, y á enseñarme á orar, de

tal manera, que nunca faltará por su providencia mi remedio, mucho mas á punto que si estuviera en mi sola libertad. Y así con el afecto de humildad y desconfianza de mí mismo, por verme tan flaco como un niño, he de juntar el afecto de amor y confianza en Dios, por ver el cuidado con que asiste á mi remedio, para que la consideracion de mi niñez no me haga pusilánime, antes me aliente mucho mas; porque como la madre tiene mayor providencia y cuidado del niño pequeñito que no puede cuidar de sí ni de su remedio, que no del hijo grande que puede por sí valerse; así Dios nuestro Señor tiene providencia mas regalada y especial de los humildes, que se tienen por niños en sus ojos, que nò de los que presumen y se tienen por grandes. Y así dice por Isaías (*Isai.* LXVI, 12), que como madre los regalará, y dará su pecho, y los pondrá sobre sus rodillas, y se alegrará con ellos de la manera que la madre suele hacerlo con su hijo. ¡Oh dichoso el justo que se hace niño con la humildad, pues por ella goza de tan admirable y regalada providencia! ¡Oh humildad bienaventurada, por la cual la divina Providencia produce frutos tan copiosos! Ó Padre misericordiosísimo, cuanto mas conozco mis miserias, tanto mas te amo, por el cuidado que tienes de librarme de ellas. Y pues salí de tu omnipotencia como niño necesitado de tu continua ayuda, dámela con tu paternal providencia, para que nunca cese de alabarte (*Psalm.* VIII, 3), pues de la boca de los niños, y de los que maman, salen las alabanzas que te agradan y agradarán por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar la resignacion humilde que en esta misma comparacion se representa, y los frutos que con ella se cogen de la divina Providencia, ponderando que el niño naturalmente descuida de todas las cosas que ha menester, dejándolas á la providencia y cuidado de su madre. No tiene cuidado de la leche que le han de dar, si es buena ó mala, ni repara en que le envuelvan en pañales de lino delgado ó grueso, y en mantillas de seda ó jerga; con cualquiera cosa se contenta. No advierte si mora en palacios suntuosos, y si le echan en cuna blanda y rica, ó si mora en una pobre choza, y está echado en un vil pesebre. No se envanece con la honra que le hacen por ser hijo de rey, ni se aflige de que le desprecien por ser hijo de esclavo. Finalmente, descuidando él de sí, tal es su suerte, cual es la de su padre y madre, y tal su crianza, cual es la providencia de los que de él tienen cuidado.

2. De esta manera he de procurar hacerme niño delante de Dios

nuestro Señor, haciendo con virtud lo que hace el niño por naturaleza, apartando de mí todos mis congojosos cuidados, y arrojándolos en Dios (*Psalm.* LIV, 23), *et ipse me enutriet*, y él me criará y cuidará de mí, como de niño hijo suyo, proveyéndome de la comida, vestido, honra, y lo demás que arriba se ha dicho. Por lo cual he de gozarme de la buena suerte que me ha cabido en tener tal padre y madre como Dios, cuya providencia y cuidado para conmigo excede infinitamente al que todos los reyes y príncipes, y todos los padres y madres del mundo pueden tener de sus hijos. Porque si es verdad, como dice el Apóstol (I *Tim.* v, 8), que quien no tiene cuidado de los suyos, especialmente de los domésticos, negó la fe, y es peor que el infiel, ¿cómo es posible que Dios nuestro Señor, que ha dado palabra de cuidar de nosotros, y es imposible negarse á sí mismo ni faltar en la fidelidad, deje de tener muy gran cuidado de los suyos, que están á su cargo, y mucho mayor de sus hijos, que están en su casa, y no tienen otro amparo sino el suyo por ser niños? De lo cual es regalado testimonio lo que dijo Nuestro Señor al profeta Jonás (*Ionae*, IV, 11): ¿No quieres que perdone á la ciudad de Nínive, en la cual hay mas de ciento y veinte mil hombres que no saben cuál es su mano derecha, ni cuál es la izquierda? como quien dice: Cuando no me movieran á compasion los varones que hay en Nínive, bastara para enternecerme ciento y veinte mil niños inocentes, los cuales no hacen caso de las prosperidades significadas por la mano derecha, ni de las adversidades significadas por la mano izquierda, porque de todo esto descuidan como niños; pero no quiero descuidar yo que soy su padre. Ó Padre amorosísimo, gracias te doy cuantas puedo por la providencia especial que tienes de los que con humildad y resignacion se arrojan en tus manos. No permitas, Señor, que caiga en la ignorancia de Ephraim, que siendo tú como su ama, y trayéndole en tus brazos no supo conocer el bien que le hacias (*Osee*, XI, 3), ni el remedio de sus miserias que le dabas. Conózcame á mí y conózcate á tí, para que mi propia miseria me fuerce á confiar en tu infinita misericordia. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar otros cinco favores y privilegios de los pequeñuelos y humildes, que se tocan en la sentencia referida. - El primero, que por su pequeñez hallarán entrada en el reino de los cielos, de tal manera que los que no se hicieren como niños (*Matth.* XVIII, 3), no entrarán allá. Y por consiguiente perderán los medios y fin de la providencia paternal de Dios sin gozar de ella. - El segundo, que serán grandes en el mismo rei-

no, á la medida que acá se hicieron pequeños; porque cuanto mas humildes, tanto serán mas santos en esta vida, y mas copiosamente premiados en la otra. Por lo cual dijo san Basilio (*Serm. de abdicatione rerum*), que el crecimiento en humildad es crecimiento en toda virtud; y cuanto la humildad es mas profunda, tanto la virtud es mas alta.

2. El tercero, que quien recibe á uno de estos pequeñuelos en nombre de Cristo, recibe el mismo Cristo, porque como está unido con ellos por amor, cualquier bien que se les hace, le toma como si se hiciese á él mismo. Y si Cristo nuestro Señor tanto gusta de que todos reciban á los pequeñuelos, y los traten como á su misma persona, ¿con qué gusto los recibirá él debajo de su proteccion en su casa, en su reino, y en su cielo? porque siempre se preció este Señor de hacer lo que enseñaba, y de que su ejemplo precediese á su doctrina.–El cuarto, que quien escandalizare á uno de estos pequeñuelos, dándole ocasion de tropezar en la virtud, será terriblemente castigado, y le valiera mas con una gran piedra á la garganta ser echado en el mar, que ser piedra de escándalo para los tales; porque como toma á su cuenta el bien que se les hace, así tiene por injuria propia la que padecen ellos.

3. El quinto es, que tienen Ángeles de guarda que ven el rostro del Padre celestial, porque aunque todos los hombres los tienen, como arriba se dijo, pero los humildes especialmente gozan de esta providencia así de parte de Dios, como de parte de los mismos Ángeles, que con mas particular cuidado acuden á los pequeñuelos porque conocen mas su necesidad, y son mas rendidos á su Gobernador, y mas agradecidos al bien que reciben. En cuya prueba dice la Escritura (*Genes.* XXI, 17), que estando Agar con su hijo pequeñito Ismael á punto de perecer de sed, echó al niño junto á un árbol, y ella se apartó por no verle morir. Y llorando el niño, se le apareció un Ángel, y le dijo que Dios habia oido la voz del niño, proveyéndole de agua, y prometiendo hacerle cabeza de grande gente. De suerte, que padeciendo madre é hijo la misma necesidad, no dice la Escritura que oyó Dios la voz de la madre, sino la del niño; ni vino el Ángel por respecto de la madre, sino por respecto del niño, y por él proveyó de agua á ella; para que en este suceso vea dibujado el cuidado tan amoroso que Dios y sus Ángeles tienen de los pequeñuelos, cuyas necesidades y lágrimas son voces que les enternecen. Y cuando su padre (*Psalm.* XXVI, 10) y madre los dejan y echan de sí, Dios los ampara, y envia sus Ángeles que miren por

ellos. ¡Oh dichosa niñez, que tanto privas con Dios y con sus Ángeles! tú eres puerta del cielo, medida de la grandeza y perfeccion: sobre tí abre Dios sus liberales manos y te llena de copiosa bendicion. Por tí ama al que te recibe, y aborrece al que te desecha: al que te ama mira desde cerca para remediarle y ensalzarle; y al que te aborrece mira desde léjos para humillarle y castigarle. (*Psalm.* CXXXVII, 6). Callando tu boca, clama tu necesidad, y tus gemidos llegan al tribunal de Dios; y de allí despacha Ángeles que te remedien. ¡Oh quién me diese que te amase y abrazase de todo mi corazon, por imitar al que se hizo niño por mí! Ó dulcísimo Jesús, que amaste tanto la niñez purísima del espíritu, que por ella tomaste tambien la del cuerpo, haciéndote niño por nosotros, dándonos ejemplo de hacernos niños por la humildad, concédeme que me haga pequeñuelo, á imitacion tuya, para que participando de esta pequeñez que escogiste en esta vida, llegue á participar de la grandeza que tienes en la otra por todos los siglos. Amen.

MEDITACIONES

DEL ÚLTIMO Y SOBERANO BENEFICIO DE LA GLORIA.

—Con las meditaciones de la gloria daré fin á este libro: porque ella es el fin último de nuestra vida y de los demás beneficios divinos, que son medios ordenados por la divina Providencia para alcanzarla, entre los cuales uno muy eficaz es, suplicar á Nuestro Señor nos dé ojos de fe muy esclarecidos, para verla y contemplarla, al modo que los dió á san Juan cuando dijo (*Apoc.* XXI, 2): *Vi la santa ciudad de Jerusalen nueva, que bajaba del cielo adornada por Dios, como esposa para su esposo: y luego oí una grande voz que salia del trono y decia: Veis aquí la morada de Dios con los hombres.* Ó Dios eterno, que haces bajar del cielo la celestial Jerusalen, dando noticia de ella á los que viven en la tierra, esclarece los ojos de mi alma, para que conozca la soberanía de esta ciudad, su grande santidad, su vista de paz, su novedad nunca oida, su adorno maravilloso, y el desposorio inefable que contigo tiene. ¡Oh si sonase en mis oidos la voz de tu inspiracion, que me dijese: Mira la morada de Dios con los hombres, descubriéndome la belleza de esta morada, y la union que tienes con tus dichosos moradores! Ea, Esposo dulcísimo de las almas, muéstrame tu rostro porque es bello; háblame con tu voz (*Cant.* II, 14) porque es dulce, y descúbreme los bienes que me

prometes, para que me anime á pretenderlos, de modo que los alcance para gloria de tu santo nombre. Amen.—

MEDITACION LI.

DE LA GLORIA CUANTO AL ESTADO, LUGAR Y COMPAÑÍA DE LOS BIENAVENTURADOS.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar en comun qué cosa es gloria, paraíso y bienaventuranza, la cual, como dicen los teólogos (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 3 *et seq. q.* 82, *addit.*), es un estado perfecto en quien se juntan todos los bienes, ó es un estado eterno, seguro é inmutable, libre de todos los males de culpa y pena que se pueden temer, y lleno de todos los bienes de naturaleza y gracia que se pueden desear; y así aquel es bienaventurado, como dice san Agustin (*Lib.* 13 *de Trinit. c.* 4 *et* 5), que tiene todas las cosas que quiere, y no quiere cosa mala. Esto se puede fácilmente ponderar, discurriendo por los males que tengo ó imagino que me pueden suceder, y por los bienes de cuerpo y alma que razonablemente puedo desear, quitadas las imperfecciones de este estado en que vivimos, y en su lugar poniendo estas cuatro excelencias.-La primera es, eternidad, porque ha de durar cuanto durare Dios, cuyo reino no tendrá fin. (*Luc.* I, 33).-La segunda es, seguridad de que será eterno, porque saben los Santos que ni puede haber culpa por que Dios se le quite, ni mudará el decreto que ha hecho de no excluirlos jamás de su cielo.-La tercera es, inmutabilidad, porque la gloria esencial nunca se menoscabará, ni el gozo se disminuirá, antes se aumentarán á menudo nuevas glorias accidentales que la harán muy mas amable.-La cuarta es, hartura sin fastidio; de modo, que la inmutabilidad sea sin tédio, y el descanso sin cansancio de gozarle con una continua novedad en el gusto, como el primer dia que comenzó.

2. Estas propiedades se irán ponderando en cada punto: ahora en general puedo ponderarlas, comparando este dichoso estado con el estado de esta vida mortal, en el cual, por muy próspero que sea, hay falta de muchos bienes y mezcla de muchos males, y es estado temporal, mudable, inquieto, lleno de tédios y fastidios. Por lo cual Cristo nuestro Señor dijo á sus discípulos (*Matth.* VI, 19; *Luc.* XII, 33): *No querais allegar tesoros en la tierra, donde la herrumbre y la polilla los destruye, y los ladrones escalan la casa y los roban. Ateso-*

rad en el cielo, donde no hay peligros. En las cuales palabras pone la diferencia que hay entre los tesoros de la tierra y del cielo: que aquellos son perecederos, y con efecto perecen por una de tres causas: ó porque se gastan con el uso, como los manjares; ó porque de su interior nace algo que los destruye, como perece el vestido por la polilla que de él procede; ó porque alguna causa exterior nos lo quita, como los ladrones, y los que por engaño ó calumnia se alzan con ellos. De donde resulta, que quien tiene puesto su corazon en estos tesoros, está sujeto á mil zozobras y amarguras.

3. Pero los tesoros del cielo son incorrúptibles y eternos por todas vias; porque no se menoscaban con el uso, sino con la entereza que comenzaron durarán por toda la eternidad, sin marchitarse ni envejecerse. No puede nacer de ellos polilla de culpa que los consuma, y el vaso en que están, aunque de su cosecha es de barro quebradizo, está fortalecido con la divina Omnipotencia, sin que pueda quebrar: no pueden ser robados con violencia ni por engaño, porque en el cielo no pueden entrar ladrones ni tentadores, como dijo san Juan. (*Apoc.* XXII, 15). Y aunque los tesoros de la gracia y virtudes corren estos peligros en esta vida; pero hay esta diferencia entre estos tres tesoros, que los temporales pueden ser destruidos mal que nos pese; los espirituales de la gracia solamente consintiendo nosotros por nuestra culpa, mas no contra nuestra voluntad; pero los de la gloria de ninguna suerte, ni es posible querer carecer de ellos. Ó alma mia, si deseas verdaderos tesoros, desprecia los primeros con fe viva, procura los segundos con diligencia, para que goces de los terceros con seguridad. ¡Oh dichoso estado, que con tales tesoros está enriquecido! Ó Sabiduría divina, que eres para los hombres tesoro infinito (*Sap.* VII, 14), del cual los que usan bien, participan la amistad de Dios; dame parte de este tesoro de tu gracia, para que alcance los infinitos tesoros de la gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Descendiendo á lo particular de la gloria, se ha de considerar ante todas cosas la excelencia y belleza del cielo empíreo, y de aquel mundo superior que crió Dios para morada de sus escogidos, el cual está libre de todos los males y defectos que hay en este mundo inferior, que se llama valle de lágrimas, por estar lleno de innumerables cosas que nos provocan á llorar continuamente, y de todas está vacío el cielo, á donde, como dice san Juan (*Apoc.* VII, 17), no habrá ni una sola lágrima, porque no habrá ocasion de ella; pero juntamente tiene todos los bienes que hay en este mundo visible, quitadas sus imperfecciones, y con grandes ventajas.

Y así, cuando dice san Juan (*Apoc.* xxi, 18), que sus plazas son de oro claro como vidrio, sus muros adornados con piedras preciosas, sus fundamentos y puertas de margaritas y perlas de inestimable valor, todo esto es pintura, por no haber acá cosa mas preciosa á que comparar lo que hay en el cielo, en cuya comparacion es como pintado lo que hay en la tierra, porque como dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* ii, 9; *Isai.* lxiv, 4), ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni en corazon de hombre pudo caber cuán grandes bienes tiene Dios aparejados para los que le aman, los cuales exceden incomparablemente á todas las cosas que perciben los sentidos, y los discursos que proceden de ellos.

2. Pero particularizando lo que toca al cielo empíreo, ponderaré cuatro excelencias de este lugar. -La primera, que es clarísimo, sin que jamás haya en él tinieblas ni noche, sino un perpétuo dia, con una luz apacible, celestial y divina, porque el mismo Dios es su sol, y le alumbra con una claridad digna de Dios; y el Cordero, que es Cristo nuestro Señor, con el resplandor de su sacratísima humanidad le esclarece y llena de alegría. -Lo segundo, es lugar templadísimo, sin la variedad de tiempos que acá nos molestan, porque no hay inviernos, ni estíos, ni otoños, ni calores, ni sequedades, ni humedades, sino un temple uniforme y tan divino, que no cansa ni enfada; y así es lugar quietísimo y sanísimo, porque no llegan allá tempestades, ni terremotos; ni truenos, ni rayos; ni pestilencias, ni aires corruptos, ni maldiciones de esta miserable tierra, porque es tierra de bendicion muy cumplida, y tierra propiamente de vivos, donde no puede llegar ni aun la que es sombra de muerte. -Lo tercero, es lugar seguro, durable y eterno, sin temor ni recelo de que se acabará ó arruinará, ni puede entrar allá cosa que le turbe, inquiete ó desmorone su entereza, y así en todos habrá perpétua quietud, serenidad y suavidad perfecta.

3. Finalmente, es lugar hermosísimo, amenísimo y deleitable, incomparablemente mas que todos los lugares deleitables y apacibles de esta vida, mucho mas que el paraíso terrenal, que se llamó paraíso de deleites, porque es lugar diputado, no para buenos y malos, ni para peregrinos y viandantes, sino para solos buenos, y para premiar á los escogidos que han trabajado fielmente en servicio de su rey. Pues si tantos bienes puso Dios en este mundo visible, lugar comun á los hombres y bestias, á justos y pecadores, ¿qué bienes, qué deleites, qué riquezas habrá puesto en el lugar comun á hombres y Ángeles, pero propio de solos justos? ¡Oh lugar dichoso

y bienaventurado! oh paraíso de deleites inefables, y morada digna de nuestro Dios! (*Psalm.* LXXXIII, 2). ¡Oh cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! mi ánima los desea, y por la grandeza del deseo desfallece, pensando en estos palacios de mi Señor. ¡Oh! ¿cuándo tengo de morar en ellos gozando de su hermosura? Cerraos, ojos mios, y no mireis lo que hay en la tierra, porque todo es vileza, respecto de lo que veréis en el cielo.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la belleza y excelencia de los ciudadanos de aquella soberana ciudad, en cuya compañía espero vivir. Ponderando, lo primero, como el número de ellos es sin número; pero de tal manera, que con ser innumerables, todos se conocen y conversan unos con otros, con tanta familiaridad como si fueran pocos, lo cual es materia de grande gozo. De solos los Ángeles dice Daniel (*Dan.* VII, 10), que millares de millares asistian delante de Dios, y diez veces cien millares le servian. Y de los hombres dice san Juan (*Apoc.* VII, 9), que era una multitud tan grande, que ninguno la podia contar; porque aunque es verdad que su número es pequeño en comparacion del infinito número de los condenados (*Eccles.* I, 15), y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* VII, 14), que era estrecha la puerta del cielo, y que pocos entraban por ella; pero absolutamente son muchos, y por eso dijo, que en la casa de su Padre habia muchas moradas (*Joan.* XIV, 2), moviéndonos con lo primero á temor, y con lo segundo á confianza de alcanzar lugar donde tantos le han de hallar.

2. Lo segundo, la calidad de estos ciudadanos es gloriosísima, todos son nobilísimos, santísimos, sapientísimos, prudentísimos, afabilísimos y eminentísimos, en todas las partes que se pueden desear, de condicion, complexion, cortesanía, discrecion, y de toda virtud, porque no puede entrar allí demonio, ni pecador, ni persona que esté manchada (*Apoc.* XXI, 27) con resabio de culpa ni de otra imperfeccion. Todos son lirios sin espinas, grano sin paja, trigo sin zizaña, porque las espinas, paja, zizaña se quedan fuera del cielo para cebo del fuego del infierno. Pues si tanto gusto recibo en conversar con un hombre sábio, discreto y santo, ¿qué gusto recibiré en tratar con tantos y tan grandes en sabiduría, discrecion y santidad?

3. Lo tercero, el órden con la variedad que tienen es admirable, porque no son todos iguales en las partes que se han dicho, sino como las estrellas (I *Cor.* XV, 41) del cielo son diferentes en la claridad y grandeza; así ellos tienen gran diversidad en su hermosura y claridad celestial, pero con sumo concierto y órden en sus grados.

Hay tres jerarquías y nueve coros de Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, diferentes en las naturalezas y en los dones de la sabiduría y gracia, con una belleza indecible. Y entre ellos están los hombres mezclados con sus coros, y algunos sobre todos ellos, porque les exceden en la santidad. Hay coros de Patriarcas y Profetas, de Apóstoles y Evangelistas, de Mártires y Confesores, de Pontífices y Doctores, de Sacerdotes y Religiosos, de Vírgenes y Viudas, y de otros estados, todos con sumo concierto, de modo que podemos decir de ellos aquello de los Cantares (*Cant.* VII, 1): ¿Qué veréis en la Sunamites, sino coros de guerreros? Ó ciudad pacífica, esposa del pacífico Salomon; ¿qué otra cosa hay en tí sino coros de Santos, que cantan con alegría, y fueron guerreros con gran fortaleza, y ahora gozan la paz que ganaron con su victoria? ¡Oh quién pudiese pelear como estos valerosos soldados pelearon, para que mereciese vivir siempre en su dulce compañía! De aquí sacaré un deseo de servir á Dios con la mayor excelencia que pudiere; porque si puedo llegar al coro de los Serafines, no tengo de contentarme con otro menor, sino comprar, como este Señor dice, oro encendido y muy probado (*Apoc.* III, 18), para amar con gran fervor y pureza al que es digno de infinito amor.

4. Lo cuarto, sobre todo campea la union de tanta muchedumbre, con tanta variedad, la cual union es estrechísima y amabilísima, porque todos se aman con un amor ardentísimo en Dios, con suma conformidad de sus voluntades, sin encuentros, ni pleitos, ni ambiciones ó envidias. Los mayores aman tiernamente á los menores, y les desean dar cuanto pueden. Los menores aman intensamente á los mayores, y se gozan del bien en que les exceden. El bien de uno es bien de todos, y el bien de todos es bien de cada uno; porque cada uno toma por suyo el bien del otro, y se goza de él como si fuera suyo, por la eminencia de su caridad; todos comen á una mesa de la Divinidad, beben de una copa celestial, tienen unos mismos ejercicios, sirviendo á un mismo Dios con un mismo espíritu; porque (I *Cor.* XV, 18) Dios está en todos, y es todas las cosas á todos, uniéndolos entre sí mismos y consigo mismo. ¡Oh compañía bienaventurada, en la cual ni la multitud confunde, ni la grandeza envanece, ni la variedad turba, ni la desigualdad causa desunion, ni entibia el amor! Ó alma mia, si te agrada tan dulce compañía, procura desde luego imitar las virtudes que ves en ella. Sigue su obediencia, cumpliendo la divina voluntad en la tierra, como

ellos la cumplen en el cielo; imita su fraterna union y caridad, amando á todos los prójimos como á hermanos, y teniendo paz con todos ellos. Sujétate á los mayores, honra á los menores, gózate del bien de todos, y con esto imitarás en la vida á los que deseas imitar en la gloria. – Estos son los principales frutos que he de sacar de este punto, pidiendo á Nuestro Señor me los conceda, por los merecimientos de estos nobilísimos ciudadanos, á los cuales tambien he de pedir lo mismo, diciéndoles: ¡Oh Santos bienaventurados, que os vísteis en los peligros en que yo me veo, y gozais ya de la quietud que yo deseo! ayudadme con vuestras oraciones, para que imite vuestras virtudes, y llegue á tener parte en vuestras coronas, gozando de vuestra compañía por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LII.

DE LA GLORIA ESENCIAL DEL ALMA Y DEL CUERPO CON SUS SENTIDOS.

Punto primero. — 1. Lo primero, se ha de considerar la grandeza de la gloria que es propia del alma y la hace enteramente bienaventurada, la cual es tan grande, que, como dice santo Tomás (*D. Thom. q.* 82 *addit.*; 1 *p. q.* 25, *art.* 6 *ad* 3), no pudo darla Dios otra bienaventuranza mayor, por encerrar en sí al mismo Dios; y así consiste en que toda estará como endiosada, llena de Dios, y hecha un Dios, por participacion eterna é inmutable, uniéndose Dios con ella como el fuego suele apoderarse del hierro, y penetrarle, comunicándole su luz y resplandor, su calor y las demás propiedades que tiene, de modo que parece fuego. De donde resulta, que el alma queda harta y llena de todo el bien que desea, conforme á lo que dice David (*Psalm.* XVI, 15): Quedaré harto, cuando se me descubriere tu gloria. Esto se puede ponderar, discurriendo por las tres potencias espirituales del alma. – La memoria entrará en las potencias del Señor (*Psalm.* LXX, 16), y se engolfará en el abismo de su divinidad, acordándose de sola su justicia. Estará llena de Dios, teniéndole siempre presente, sin poderse olvidar de él, ni divertirse en otra cosa. Acordaráse continuamente de los bienes que ha recibido y recibe, y espera recibir con sumo gozo, sin olvidarse jamás de lo que tanto gusto le causa, ni acordarse de cosa que le dé pena; porque si se acuerda de los trabajos y peligros de esta vida, y de los pecados que hizo, de todo saca gozo y alegría, y motivos de continuas alabanzas á Dios, dándole continuas gracias por los bene-

ficios que le ha hecho, hace y hará sin fin; cumpliéndose lo que dice David (*Psalm.* CXLIV, 7): Brotarán tus alabanzas con la memoria de la abundancia de tu suavidad, y se alegrarán con tu justicia, acordándose cuán justo y fiel has sido con ellos, cumpliéndoles todo lo que les habias prometido.

2. El entendimiento estará lleno de Dios, con la vista clara de su Divinidad y Trinidad. Allí verá sin figuras (I *Cor.* XIII, 12) ni enigmas rostro á rostro á todo Dios, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo; y como el Padre engendra al Hijo, y los dos producen al Espíritu Santo, y los tres son un Dios infinito, eterno, inmenso é incomprensible: verá todas sus divinas perfecciones, su infinita bondad, sabiduría, caridad, omnipotencia y providencia. Verá los soberanos misterios de la encarnacion del Hijo de Dios, de su sacratísima humanidad, y las obras maravillosas que Dios ha obrado de naturaleza y gracia; de modo que cesen las ignorancias, errores, dudas y opiniones que acá tenia. Cesará la fe, porque verá lo que creyó; y la esperanza, porque poseerá lo que esperó; y en especial verá claramente los secretos juicios de Dios, que acá le daban pena en el gobierno de los hombres; y mas particularmente verá los secretos inmensos de la providencia paternal con que Dios le gobernó y encaminó su salvacion, para que tuviese efecto; los peligros de que le libró, y los beneficios ocultos que le hizo, dándole con esto motivo de sumo gozo. Finalmente, allí se hartará el deseo insaciable que los hombres tienen de saber, viendo á Dios, en quien están todas las cosas, y alcanzarán por un modo inefable lo que la serpiente dijo en el paraíso (*Genes.* III, 5), que es ser comó dioses que saben de bien y de mal, gozando de lo bueno, sin tener parte en lo malo.

3. La voluntad estará llena de Dios, unida con su divinidad con una union de amor que sea perpétua, continua, entrañable y amigable, con todos los géneros y títulos que hay de amor santo; porque todos caben en Dios claramente visto, á quien amará como á padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resultará un rio continuo, y perpétuo y caudalosísimo de deleites, del cual beberá y se embriagará (*Psalm.* XXXV, 9); y estará toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor. (*Matth.* XXV, 21). De aquí es, que el alma estará llena de todas las virtudes, ejercitando sus actos con sumo deleite. – La obediencia obedecerá á Dios con gran gozo. – La humildad se le rendirá con amoroso reconocimiento. – La Religion le dará su culto y adoracion con grande reverencia, y la gratitud continuo agra-

decimiento con júbilos y cánticos, y aleluyas perpétuas; porque allí no habrá pasiones ni contradicciones, ni cosa que estorbe ó entibie la variedad de estos gustos, los cuales serán tan divinos, que no pueden ser conocidos si no son probados (*Apoc.* II, 17); porque son como el maná escondido, cuyo favor no conoce quien no le prueba.

4. Finalmente, para entender de una vez la grandeza y hartura de la gloria, ponderaré esta razon que las abraza todas. Lo que hace á Dios bienaventurado, y le harta, y da infinito gozo, bastante será para hacer en mí proporcionalmente otro tanto (*D. Thom.* 1 *p. q.* 27, *art.* 2): luego como Dios desde que es Dios, y por toda su eternidad sea bienaventurado, y esté harto y gozoso, sin fastidio alguno, con solo verse y amarse, sin tener necesidad de otra cosa alguna fuera de sí; tambien yo seré bienaventurado, y estaré harto y gozoso con solo ver á Dios, amarle y gozarle, sin tener necesidad de otra cosa fuera de él, y sin que en esta obra haya fastidio ni cansancio, sino una novedad eterna, y una eternidad siempre nueva, viendo siempre á Dios, y deseando siempre verle, y gozándome de verle sin cesar. Ó Gloria mia, ¿cuándo tengo de verte con tanta claridad que hartes los deseos de mi corazon? ¿Cuándo tendré tal limpieza de alma, que pueda ver tu divino rostro? ¡Oh quién nunca hubiera hecho cosa que desagradara á tu bondad, y me impidiera tan dichosa vista! Toma, Señor, todas mis potencias, y ocúpalas desde luego en lo que siempre han de hacer. Siempre se ocupe mi memoria en mirarte, mi entendimiento en conocerte, mi voluntad en amarte, mi lengua en bendecirte, mis sentidos y miembros en obedecerte, gozándose todos en tí, de tí y por tí por todos los siglos. Amen.

5. *La oracion mental es semejanza de lo que pasa en la gloria.* — De lo dicho he de sacar, como el ejercicio de la oracion mental, que es obra de las tres potencias interiores del alma, como arriba se dijo, es un retrato de la gloria, en el cual consiste la bienaventuranza de esta vida, que llaman comenzada, á semejanza de la que nuestra alma tendrá en la otra. Por lo cual, con mucha razon dijo san Bernardo (*Ad fratres de monte Dei*), que la celda para el religioso es cielo, porque los ejercicios que se hacen en el cielo se hacen en la celda, conociendo y amando á Dios, gozando de él, y alabándole con todo su corazon. Y por esto los mismos Ángeles se alegran en las celdas, como en los cielos, porque ven allí la obra de la oracion, que es obra de Ángeles. Y de la misma manera á cualquiera que trata de oracion, el oratorio será su cielo, si ora como conviene. (*San Juan Clímaco,* Gradu 28).

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza de la gloria del cuerpo bienaventurado, con sus cuatro dotes de gloria, discurriendo por cada una de ellas.-La primera dote, es claridad con admirable hermosura, porque cada uno resplandecerá como el sol (*Matth.* XIII, 43; *D. Thom. q.* 82 *addit.*), á semejanza del cuerpo de Cristo nuestro Señor; aunque el mas bienaventurado tendrá mayor resplandor, y el de Cristo, sobre todos, tendrá mayor entereza en todas sus partes con grande proporcion y con un color y figura maravillosa, sin fealdad, ni mancha, ni ruga, ni cosa que desdore su resplandor. Y si alguna herida ó llaga recibió en esta vida por Cristo, y queda su señal en el cuerpo, será como esmalte de perlas preciosísimas que le harán muy mas hermoso. Y demás de la hermosura exterior, será vistosísima y apacibilísima la interior del mismo cuerpo por su transparencia, descubriéndose la armonía de los huesos, venas, arterias, con grandísimo resplandor de todas. Y por esto se compara al oro, que es resplandeciende, y al vidrio (*S. Greg.* lib. XVIII *Moral. c.* 27; *D. Thom. q.* 85 *addit. art.* 1) ó cristal, que es tan transparente.

2. La segunda dote es, impasibilidad inmortal, ó inmortalidad impasible (*Apoc.* VII, 16), porque nunca mas tendrá hambre, sed, ni dolor ó enfermedad, ni recelo de muerte; aunque esté en medio del fuego no le quemará; y aunque penetre rios y mares no le humedecerán. Siempre tendrá un vigor que no se puede marchitar, y una salud que no se puede menoscabar, y una impasibilidad eterna con sumo gozo de la carne, la cual con el (*Psalm.* LXXXIII, 3) corazon se alegrará en Dios vivo, de quien recibe tan alegre y dichosa vida.-La tercera dote es agilidad ó ligereza, por la cual tendrá el ánima tanto dominio de su cuerpo, que le podrá mover de una parte á otra, sin cansancio, ni fatiga ó tardanza penosa, sino con suma presteza y velocidad, como centella ó rayo (*Sap.* III, 7), discurriendo por el cielo empíreo á su gusto, ya al trono de Jesucristo nuestro Señor, ya al de su Madre ó de otros Santos.

3. La cuarta dote, es sutilidad ó espiritualidad, porque no estará sujeto á las obras de la vida vegetativa mas que si fuera espíritu, y así pasará sin comidas ni bebidas, sin sueño y sin las demás obras que son comunes á las bestias; y por esto dijo el Salvador: Que en la resurreccion no habrá casamientos ni bodas, y que todos serán como Ángeles (*Matth.* XXII, 30), pareciéndose en esto á los puros espíritus. Tendrá tambien sutileza para poder, en virtud de Dios, penetrar los cielos y otro cualquier cuerpo, sin que le sea

impedimento, como entró Cristo nuestro Señor en el cenáculo cerradas las puertas, y salió del sepulcro, penetrando la losa con que estaba cerrado, dando con esto muestras de la delicadeza de su cuerpo glorificado. (*D. Thom. lect.* 6 *in* I *ad Cor.* XV).

4. Estas son las cuatro dotes del cuerpo glorioso, con cuya consideracion me alentaré á padecer de buena gana las miserias de esta vida, teniendo por dicha padecerlas, pues han de ser tan bien premiadas. ¡Oh dichosas ignominias, cuyo fin es tanto resplandor! dichosas penalidades que causan ser tan impasible! y dichosos trabajos que son premiados con tantos alivios! ¡Oh cuán bien dijo el apóstol san Pablo (*Rom.* VIII, 18), que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra! Anímate, ó alma mia, á traer en tu cuerpo la mortificacion de Jesucristo, pues tu cuerpo humillado será conforme con el suyo glorificado. Abraza en tu carne sus dolores y tormentos (II *Cor.* IV, 10), pues tan inmensa es la gloria que has de recibir por ellos.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar la gloria y deleite de los cinco sentidos corporales, discurriendo por cada uno. (*D. Thom. in 4 sent. dist.* 49). -La vista tendrá sumo deleite, viendo la hermosura de tan innumerables cuerpos gloriosos, con la variedad que habrá en ellos de rostros y figuras apacibles. Y sobre todo se deleitará en ver la humanidad sacratísima de Cristo nuestro Señor, y sus resplandecientes llagas, cuya vista será tan gloriosa, que el santo Job en medio de sus llagas y dolores se consolaba con la esperanza de ella, diciendo (*Iob*, XIX, 25): Sé que mi Redentor vive, y el dia último tengo de resucitar, y en mi carne tengo de ver á Dios, al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar y no otro por mí. -El oido se deleitará con oir las dulces palabras que se dirán unos á otros llenas de sabiduría, discrecion y santidad, y las alabanzas que con sus lenguas darán á Dios, al modo que se dice en el Apocalipsis (*c.* IV, 8), que los santos cuatro animales no cesaban de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso. Y David dice (*Psalm.* CXLIX, 5), que los santos se alegrarán en la gloria, y las alabanzas de Dios sonarán en sus gargantas; tambien se recrearán oyendo músicas celestiales y sonidos nuevos, inventados por la sabiduría de Dios para recrear los oidos que gustaron en esta vida de oir sus palabras para creerlas, y sus preceptos para cumplirlos.

2. El olfato se recreará con el olor suavísimo que tendrán los cuerpos glorificados, especialmente el de Cristo nuestro Señor, de

quien él dice (*Matth.* xxiv, 28): que adonde está el cuerpo, van las águilas llevadas de su olor. ¡Oh qué fragrancia y variedad de olores inventará la divina piedad, para recrear la carne que dió de sí olor de santa vida! -El gusto tendrá una hartura y satisfaccion celestial sin fastidio alguno, comunicándole Nuestro Señor sin manjares la suavidad que pudiere recibir de ellos, con otro modo mas sabroso y soberano, porque si el maná siendo uno contenia el sabor de todo manjar con grande excelencia para regalar á los justos, tambien sabrá Dios hacer tal modo de sabor, que abrace con eminencia todos los sabores, para regalar á los bienaventurados.

3. Finalmente, el sentido del tacto, que está derramado por todo el cuerpo, estará lleno de deleites santos y puros; de modo, que todo el bienaventurado estará como empapado en el rio de los deleites de Dios. ¡Oh cuán bien premiados quedarán allí los sentidos, por las mortificaciones que en esta vida padecieron, pues conforme á la muchedumbre de los dolores, será la muchedumbre de los consuelos en el alma y en el cuerpo. (*Psalm.* xciii, 19). Ó cuerpo mio, anímate á padecer por Cristo, para que gocen tus sentidos del gozo que tienen los suyos. (*Psalm.* cxxi, 1). Alégrate con las nuevas que te han dado, de que has de ir á la casa del Señor. Y aunque tus piés anden sobre la tierra, tenlos con el deseo fijos en los palacios del cielo y en los patios de la celestial Jerusalen. Ó Jerusalen madre nuestra (*Galat.* iv, 26), que á modo de ciudad eres edificada de las piedras vivas de tus ciudadanos, unidos con grande paz entre sí mismos, recibe desde luego mi corazon, admíteme dentro de tí con el espíritu, para que á su tiempo me admitas con alma y cuerpo. Ó Dios infinito, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que por tu grande misericordia nos engendraste en el ser de gracia y nos diste esperanza viva de alcanzar la herencia que no puede perecer, ni mancharse ó marchitarse, la cual tienes guardada en los cielos, y la guardas por viva fe en tus escogidos, para manifestársela en los dias postreros (I *Petr.* i, 5); engéndrame por tu bondad en el ser de hijo tuyo, conservando siempre en mí la gracia, para que alcance esta soberana herencia de tu gloria. Amen.

MEDITACION LIII.

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS PREMIOS DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

—La grandeza de la gloria declaró Cristo nuestro Señor en el sermon del monte, por los siete premios que prometió á los actos de virtud heróica que llamó bienaventuranzas, de las cuales se trató en la meditacion XI de la parte III: presupuesto lo que allí se dijo, meditarémos estos siete premios como se hallan en la gloria.—

Punto primero.—Lo primero, se ha de considerar como la gloria es el reino de los cielos que Cristo nuestro Señor promete á los pobres de espíritu y á los que sufren persecuciones por la justicia, el cual no es otra cosa que la vista clara de Dios, y la posesion de sus infinitas riquezas (*Rom.* XIV, 17), con la santidad, justicia, paz y gozo que tienen los santos en el cielo empíreo; y cada cosa de estas está allí con grande excelencia, porque la vista es sin mezcla de oscuridades; las riquezas, sin mengua ni pobreza; la santidad, sin género de malicia; la justicia, sin desigualdad ni agravio; la paz, sin cosa que cause discordia; y el gozo, sin rastro de dolor ni de tristeza. Este reino está dentro de cada uno (*Luc.* XVII, 21), y le posee enteramente, sin dependencia del otro; porque aunque no hubiera mas que un bienaventurado solo, estuviera su reino entero, aunque tambien se le recrece no pequeño gozo de la dulce compañía de los otros bienaventurados. De aquí es, que todos los moradores del cielo reciben este reino por suyo, de tal manera, que son verdaderos reyes, y se gozan grandemente de su dignidad real, y reinan juntamente con el supremo Rey de todos que es Dios; y así la Iglesia triunfante se llama reina (*Psalm.* XLIV, 10), la cual está á la diestra de su esposo Cristo, con vestido de oro, adornada con mucha variedad de dones y virtudes, cuales conviene á esposa de Rey tan soberano. ¿Pues qué cosa puede haber mas gloriosa, que poseer tal reino y ser rey en compañía de tan esclarecidos reyes (*Matth.* XI, 11), el menor de los cuales es incomparablemente mayor que todos los reyes de la tierra? Ó Rey de los reyes, Señor de los señores, gracias te doy porque das á tus siervos en galardon de cualquier pequeño servicio, un tan excelente reino. Ó reino infinito y cielo inmenso, estrechado en el corazon del justo, y comparado con las obras de su justicia; si todos los bienes de esta vida se dan por añadidu-

ra (*Matth.* VI, 33) al que busca este reino, ¿cuán infinitos serán los bienes que se dan por paga principal al que es digno de alcanzarle? ¡Oh dichosos los que se humillan y empobrecen por su voluntad, ó son humillados y perseguidos por la justicia! pues con tal reino serán premiados. Venga, Señor, á mí tu reino, entre dentro de mí, para que yo entre dentro de él, y goce para siempre de tí. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—Lo segundo, se ha de ponderar como la gloria es la dichosa posesion de la tierra que se promete á los mansos, y excede tanto á esta que pisamos, cuanto la excede el cielo estrellado en grandeza, hermosura y resplandor; porque esta tierra de acá es tierra de los que han de morir, y sepultura de los que mueren en ella, convirtiéndolos en tierra. Es valle de lágrimas, destierro de nuestra patria y lugar lleno de toda miseria, porque es tierra de maldicion, seca y estéril por la culpa de su primer morador. Pero la tierra (*Psalm.* CXLI, 6) que aquí se promete es region de vivos, donde ninguno puede morir, y todos truecan la vida terrena en celestial. Es valle de deleites que mana leche y miel de divinas consolaciones, sin suspiros ni lágrimas, ni ocasiones de ellas. Es tierra de bendicion y de regadío, con milagrosa fertilidad, porque como dice san Juan (*Apoc.* XXII, 1), continuamente se riega con un rio de agua viva y cristalina que procede del trono de Dios y del Cordero, y en su ribera por ambas partes tiene muchedumbre de árboles de vida que llevan doce frutos al año, y sus hojas son salud de todas las gentes. ¡Oh tierra dichosísima, donde perpétuamente mana el agua viva y clara de la vista de la divinidad de Dios y de la humanidad del cordero, Cristo Jesús, cuyos moradores son como árboles de vida, que siempre viven bañados con el agua de este divino rio, en cuya virtud producen innumerables frutos de nuevos gozos y deleites! ¡Oh dichosos árboles, cuyas hojas dan salud á las gentes que vivimos en la tierra, porque con las sentencias que de ellos oimos, y con la proteccion que en ellos tenemos, esperamos vivir con ellos en el cielo! ¡Oh quién me diese la posesion de esta dichosa tierra! Ó alma mia, ama la mansedumbre del cordero Jesús, para que te dé en posesion esta soberana tierra, donde no pueden entrar los cabritos que estarán el dia del juicio á su mano izquierda, sino solamente los corderos que han de estar á su mano derecha.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como la gloria es el consuelo que se promete á los que lloran, en el cual se ha de ponderar quién es el que consuela, con qué cosas, con qué modo y por cuánto tiempo. -Quién consuela, es el que por exce-

lencia se llama *Paraclitus* (*Ioan.* XIV, 16; II *Cor.* I, 3), Consolador, *et Deus totius consolationis*, Dios de todo consuelo, y de quien procede todo lo que nos puede consolar, y en el cielo lo hace con eminencia, porque allí hay innumerables cosas que consuelan con suma grandeza.-Consuela la vista clara de Dios y de la humanidad de Cristo, la presencia de su gloriosa Madre, la compañía de las jerarquías de los Ángeles, la suave conversacion con los coros de los Patriarcas y Profetas, Apóstoles, Mártires y los demás santos de aquella dichosa corte. Cada uno es consolador del otro, en cuanto los bienes de todos consuelan á cada uno.-Consuela la seguridad del lugar, la eternidad del estado y la paz de la conciencia que sobrepuja á todo sentido.

2. Pero ¿quién dirá el modo de consolar? No consuela Dios allí perdonando culpas y moderando tristezas, sino desterrando para siempre las unas y las otras, con una perpétua música de alabanza y accion de gracias, y un continuo aleluya que recrea el corazon. (*Tob.* XIII, 22).-Y todo este consuelo será eterno sin interrupcion, porque todos están dentro del corazon de su Señor (*Matth.* XXV, 21), y ninguno habrá que pueda quitarles el gozo que les ha dado. (*Ioan.* XVI, 22). ¡Oh vida bienaventurada, donde el consuelo es tan eterno como la vida, y la vida tan eterna como el consolador! ¡Oh dichoso el que llora en esta vida mortal, pues tal consuelo ha de recibir en la inmortal! Ó Dios de la esperanza, lléname de gozo y de consuelo en creer las grandezas de tu gloria, para que sufra los dolores y tormentos de esta vida, con la firme esperanza de los eternos consuelos que me darás en la otra.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como la gloria es la hartura que se prométe á los que tienen hambre y sed de la justicia; la cual hartura es una abundancia de todos los bienes, que los hombres podemos razonablemente desear.-En lo cual se ha de ponderar, que la tierra es lugar de perpétua hambre y sed; porque unos tienen hambre de manjares y deleites de la carne; otros de riquezas, honras y dignidades del mundo; otros de ciencias y curiosidades de los sentidos; y otros de las virtudes y gracias celestiales. Y ninguno se puede ver harto en esta vida, porque los bienes temporales no pueden llenar nuestro deseo, y los espirituales danse con tasa, y siempre hay gana de crecer en ellos; pues por esto dice la divina Sabiduría (*Eccli.* XXIV, 29), que quien la come, siempre queda con mas hambre.

2. Pero el cielo es lugar de hartura muy cumplida, porque, co-

mo dice David (*Psalm.* XVI, 15), todos quedarémos hartos con la vista sola de Dios; la cual enriquece y engrandece tanto, que quita las ganas de todas las riquezas y grandezas de este siglo, porque todas en su comparacion son miserias y bajezas. Ella harta el deseo de saber, porque con ver á Dios se ven todas las cosas que se pueden desear. Ella tambien llena el deseo de las virtudes, porque da cumplimiento y última perfeccion en todas; y con durar esto por toda la eternidad, nunca causa fastidio, antes cada dia se gusta con la misma novedad que al principio. Finalmente, allí se cumplirá lo que está escrito (*Apoc.* VII, 16), que los escogidos no tendrán hambre ni sed, ni les afligirá el sol ni el estío; porque el Cordero los regirá y los llevará á las fuentes de agua viva, y enjugará las lágrimas de sus ojos. Ó alma mia, ten hambre y sed de esta gloria; pues esta sola basta para darte cumplida hartura. Ten tambien hambre y sed de la justicia, porque sin ella no podrás alcanzar su grandeza.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como la gloria es la plenitud de misericordia que se promete á los misericordiosos, ponderando tres lugares que hay para diversas suertes de hombres; conviene á saber, infierno, cielo, y tierra en medio de ellos, la cual, como dice san Pablo (II *Tim.* II, 20), es como una grande casa, en que hay vasos de oro y plata, y tambien de madera y barro; unos para servir en cosas de honra, y otros en cosas de menosprecio. Unos son vasos de ira, diputados para la muerte en pena de sus pecados; y otros son vasos de misericordia (*Rom.* IX, 22), diputados para la vida, en premio de sus buenas obras, fundadas en la divina gracia. De este lugar medio se proveen moradores para los otros dos extremos. - El infierno es lugar diputado para los vasos de desprecio y de ira, en los cuales muestra Dios la suprema ira y venganza de sus enemigos, castigándoles con el supremo castigo que su rigurosa justicia señaló contra ellos. - Pero el cielo es diputado para los vasos de honra y de misericordia, en los cuales muestra Dios la suprema misericordia que desea hacer con los justos por su infinita bondad y caridad, premiando en ellos las obras de su gracia con el soberano premio de la gloria.

2. De suerte, que el cielo es como una casa ó aparador lleno de hermosísimos vasos, todos de oro y plata, sin que entre ellos haya vaso de madera ó barro que pueda quebrarse con golpe, ó corromperse con carcoma, ó abrasarse con fuego. Todos son vasos de honra y gloria, y ninguno hay de desprecio ó infamia. Todos son vasos de misericordia, porque desde la eternidad los escogió Dios por

su misericordia, y los coronará con infinitas misericordias, como dice David (*Psalm.* CII, 4), llenando de bienes su deseo, y renovando como águilas su juventud, sin temor de volverse á envejecer. De donde inferiré, que la gloria, aunque es corona de justicia (II *Tim.* IV, 8), pero como esta se funda en gracia, mucho mas es corona de misericordia infinita, la cual alcanzarán los vasos de misericordia, por haber sido misericordiosos. Por tanto, alma mia, pues vives entre cielo é infierno, procura ser vaso de oro por la caridad (I *Tim.* II, 20), y de plata por la pureza; purifícate de las culpas y pasiones, y serás vaso de santificacion, en quien deposite Dios los tesoros de su gracia, y despues los de su gloria. Amen.

—Cerca de este punto se puede ver lo que se dijo en las meditaciones de la caridad y misericordia de Dios.—

Punto sexto.— 1. Lo sexto, se ha de considerar como la gloria es la vista clara de Dios, que se promete á los limpios de corazon, y en ella consiste nuestra bienaventuranza esencial (*D. Thom.* in addit. *q.* 95, *art.* 1 *et* 5), en lo cual se ha de ponderar, que así como en la tierra los padres dotan á sus hijas cuando las casan, y las dan ricos dones con que se adornan, y el mismo esposo, el dia que lleva su esposa á la casa, la da ricas joyas; así tambien el Padre eterno á cada una de las almas que es esposa de su Hijo, en el dia que entra en la casa del cielo, donde se perfecciona este matrimonio espiritual, da tres riquísimas dotes de gloria que responden á las virtudes teologales que tuvo en esta vida, con las cuales se adorna y hermosea, y queda cumplida su bienaventuranza. En premio de la fe, le da una lumbre de gloria excelentísima con la cual ve claramente á Dios y todos los misterios que en esta vida creyó, sin que se le encubra ninguno, cumpliéndose lo que dice David: Con tu lumbre verémos la lumbre (*Psalm.* XXXV, 10); y con la lumbre de tu rostro andarán, y en tu nombre se alegrarán, porque tú eres la gloria de su virtud. (*Psalm.* LXXXVIII, 16). ¡Oh cuán dulce es esta lumbre, y cuán deleitable á los ojos ver el sol! (*Eccles.* XI, 7). Ó Sol de justicia, lléname de esta divina lumbre, para que te vea en tu gloria y resplandor.

2. En premio de la esperanza, le da otra segunda dote, que llaman comprension, que es tener presente siempre y como en propiedad y posesion todo lo que en esta vida esperaba y deseaba; allí tiene presentísimo á su Dios, á su padre y esposo, á su último fin y todo su bien, y goza de él como de cosa que tiene en su poder, y con quien está abrazada con seguridad de nunca perderle, ni au-

sentarse de él, porque ya corrió de modo que comprendiese. Y en aquella primera entrada del cielo, dijo (*Cant.* III, 4): He hallado al que buscaba mi alma, tenerle he y no le soltaré.

3. En premio de la caridad, se le da la otra tercera dote de gloria, que llaman fruicion ó amor, que es amar sumamente el bien que está viendo, y gozarse de la conveniencia y bondad que tiene, con un gozo y deleite inefable, que nace de verse unida con quien tanto ama, amando como es amada, y gozándose de este mútuo amor; y así dice (*Cant.* II, 16): Mi Amado todo para mí, y yo todo para él. Ó alma mia, ama la limpieza de corazon, avivando estas tres virtudes, para que Dios te dé sus tres gloriosas dotes. Ó Padre de las lumbres, dame la lumbre de tu gloria, para que vea lo que creo con la lumbre de la fe. Ó Verbo divino, esposo de las almas, dáteme á tí mismo, para que posea con seguridad lo que deseo con la esperanza. Ó Espíritu santísimo, muéstrame tu bondad, para que goce con hartura lo que amo con caridad.

Punto séptimo.— 1. Lo último, se ha de considerar como la gloria es la perfecta adopcion de hijos de Dios, que se promete á los pacíficos, ponderando que así como Cristo nuestro Señor fue declarado por Hijo de Dios dos veces, una en el Bautismo, y otra en la transfiguracion, viniendo sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma ó de nube, y sonando la voz del Padre, que decia: Este es mi Hijo muy amado; así el justo es declarado y publicado de Dios por su hijo adoptivo otras dos veces.-La primera, es en esta vida mortal, cuando le llama y justifica por los Sacramentos, y le engrandece con tales gracias y dones, que descubren la dignidad de hijo de Dios, como se declaró en la meditacion del Bautismo. (*Parte* III, *med.* III).

2. Pero esta adopcion de hijos es imperfecta, por cuanto corre peligro de perderse por nuestra culpa; y así aun los muy santos, como los Apóstoles, que recibieron las primicias del espíritu, gimen dentro de sí, *adoptionem filiorum Dei expectantes*, esperando la adopcion de hijos de Dios; esto es, el cumplimiento y perfeccion de la primera adopcion con otra mas perfecta, figurada por la transfiguracion de Cristo; la cual se comunica al alma el dia que entra en la gloria, y toma posesion de la herencia debida á los hijos con derecho, para recibir á la fin del mundo un cuerpo glorificado con las cuatro dotes de gloria que arriba se dijeron (*parte* III, *med.* XXI y XXII), y entonces descubre Dios la dignidad de los que son sus hijos, porque, como dice san Juan (I *Ioan.* III, 2), ahora somos hijos

de Dios; pero no se ha descubierto lo que serémos; cuando se descubriere, serémos semejantes á él, porque le verémos como es. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por la herencia soberana que das á tus queridos hijos, aunque ahora los tienes humillados y maltratados, porque castigas al que recibes por hijo (*Prov.* III, 13; *Hebr.* XII, 6), para honrarle y ensalzarle, haciéndole tu heredero. ¡Oh si me gloriase con la esperanza de esta perfecta filiacion, viviendo como hijo de tal Padre en la tierra, para que me glorifique y corone de su gloria en el cielo! Amen.

MEDITACION LIV.

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS SIETE PREMIOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PROMETE EN EL APOCALIPSIS Á LOS QUE VENCEN.

—La grandeza de la gloria declaró tambien Cristo nuestro Señor en el Apocalipsis, por otros siete géneros de premios que promete á los que vencen (*Apoc.* II, III); esto es, á los que vencen al demonio y sus tentaciones; á la carne y sus pasiones; al mundo y á sus honras vanas; á los tiranos y á sus persecuciones; y á los que se vencen á sí mismos y á su propia voluntad con todos sus quereres, mortificándose con perseverancia hasta la muerte. Y en la promesa siempre se va proporcionando el premio y corona, con el modo de la batalla en que se ganó la victoria, como se verá por los puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como la gloria es el premio que Cristo nuestro Señor promete á los que perseveran en el primer fervor, ó con la penitencia se reducen á él, diciéndoles (*Apoc.* II, 7): ***Al que venciere daré á comer del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Dios.*** En las cuales palabras se ha de ponderar, qué árbol de vida sea este, en qué paraíso está, qué es comerle, y á quién se da por comida.-Lo primero, este árbol de vida es el mismo Dios, con todas las grandezas y perfecciones que tiene. Los frutos son las obras que de él proceden, ó dentro de sí mismo, como es la generacion del Verbo eterno por el conocimiento, y la produccion del Espíritu Santo por el amor; ó fuera de sí, como es la creacion y gobierno del mundo, la santificacion y glorificacion de los escogidos; y llámase árbol de vida porque siempre vive (*Ioan.* I, 4) en sí mismo, y es la misma vida infinita, y es fuente de la vida (*Psalm.* XXXV, 10), así de la vida de naturaleza y gracia, como

de la gloria y vida eterna. Ó Trinidad beatísima, gózome de que seas árbol de la vida, de quien proceden vidas tan preciosas. Consérvame, si conviene, la vida natural, aumenta en mí la vida de la gracia, y dame despues la vida de la gloria. Amen.

2. El paraíso donde está este árbol, es el cielo empíreo, en donde brota con grandísima abundancia los deleites que son propios de Dios, de los cuales goza quien come de él, y la comida es mediante la vista clara de la divinidad, y tambien de la humanidad de Cristo nuestro Señor, en cuyo conocimiento está la vida eterna, y es tanta la eficacia de esta comida que convierte en árboles de vida á los que la comen, por la semejanza grande que tienen con su Dios; y así el mismo san Juan, al fin del Apocalipsis llama á los bienaventurados árboles de vida (*Apoc.* XXII, 2), que están á las riberas del rio que riega la ciudad de Dios, y llevan cada uno doce frutos, porque perpétuamente viven y brotan nuevos y muy sabrosos afectos y gustos, con que conservan y van continuando sin fastidio su dichosa vida. Esta es la gloria disfrazada por nombre de comida tan gloriosa, que Cristo nuestro Señor promete á los que vencen; y si no venzo no podré recibirla. Por tanto, toma el consejo de tu Redentor; y si has perdido la primera caridad procurá recobrarla y vencer la tibieza; vive como árbol plantado á las corrientes de las aguas de la gracia, para que comas los frutos de este árbol de vida, por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como la gloria es el segundo premio que promete Cristo nuestro Señor á los que son fieles en todas las tentaciones y persecuciones hasta la muerte, diciendo (*Apoc.* II, 10): *Que les dará la corona de vida, y el que venciere no recibirá daño de la muerte segunda.* En lo cual se ha de ponderar lo primero, que los que en esta vida son vencidos del demonio y de sus ministros, y por temor ó flojedad se rinden al pecado, aunque se escapen por un poco de tiempo de la muerte primera, que es la muerte natural; pero caen en la muerte segunda del pecado, y despues en la muerte eterna del infierno. De suerte, que no solamente no gustarán del árbol de la vida que está en el paraíso de los deleites, sino serán echados en el abismo de las penas, donde les darán á comer del árbol, si así se puede decir, de la muerte, cuyos frutos son fuego (*Apoc.* XIV, 10), piedra azufre, gusanos, serpientes, llantos, crujir de dientes, y beberán el cáliz amarguísimo de la ira de Dios hasta la hez.

2. Pero al contrario los vencedores, aunque padecen algun da-

ño de la muerte primera, porque suelen quedar muertos cuanto al cuerpo en la batalla, como quedaron los Mártires; pero ningun daño reciben de la muerte segunda del pecado, ni del infierno, porque Dios los libra de ella, coronándoles con corona de vida; esto es, con corona inmortal, que siempre viva, y con una vida tan dichosa, que sea corona de su victoria. Y de aquí es, que la muerte primera del cuerpo no les daña, antes les aprovecha, y se alegran con ella, y les sirve de paso para la vida; porque, como dice la Sabiduría (*Sap.* III, 1), están sus almas en las manos de Dios, y así no puede tocarles lo que es tormento y malicia de la muerte. Y finalmente, el dia del juicio les librará tambien de la muerte primera del cuerpo; porque los vencidos resucitarán á una vida que será segunda muerte, siendo echados (*Apoc.* XX, 9) en los estanques eternos de fuego y piedra azufre. Pero los vencedores resucitarán á nueva vida gloriosa, y no tendrá en ellos poder alguno esta segunda muerte; porque su cuerpo no solamente será inmortal sino impasible, resplandeciente y gozoso con su nueva vida. Ó Salvador mio, abre los oidos de mi alma, para que oiga lo que tu divino Espíritu dice á las Iglesias; y ayúdame á pelear contra mis enemigos y tuyos, con tal fervor, que aunque muera el cuerpo, no muera el alma, ni me toque la muerte eterna. Concédeme que persevere fielmente en tu servicio hasta la muerte, para que reciba de tí la corona de la vida. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como la gloria es el tercer premio que Cristo nuestro Señor promete á los que resisten á sus enemigos, y huyen de su perversa compañía, diciéndoles (*Apoc.* II, 17): *Al que venciere, daré un maná escondido, y una piedra blanca, y en ella escrito un nombre nuevo, el cual ninguno le conoce, sino quien le recibe.* En las cuales palabras se ha de ponderar, qué maná sea este, y qué piedra blanca, qué nombre nuevo, y quién es el que le recibe y conoce.-Lo primero, este maná es la dulzura de la divinidad que se gusta en la gloria, la cual, como el maná, con un modo eminentísimo abraza todos los géneros de deleites que pueden dar las riquezas, dignidades, amigos y todas las cosas criadas, y cuantos pueden percibir los sentidos, con lo cual descubre Dios la dulzura con que regala á sus hijos; pero llámala maná escondido, porque es secreta y desconocida de los hombres en la tierra, aunque es manifiesta y muy experimentada de los justos en el cielo, y aun acá tienen algunos barruntos de ella. Por lo cual dijo David (*Psalm.* XXX, 20): ¡Oh cuán grande es la muchedumbre de la dulzura que

tienes escondida para los que te temen! es mucha por la variedad de favores celestiales que encierra, y es grande por la grandeza que tiene cada uno de ellos. ¡Oh cuán dulce es la sabiduría de Dios al que la ve, y cuán dulce su bondad al que la ama! cuanta dulzura puede apetecer nuestra voluntad, tanta y mucho mayor nos dará en la gloria su divinidad.

2. Lo segundo, la piedra blanca que se da en la gloria, es un preciosísimo testimonio interior que da Dios al bienaventurado, por el cual conoce que está aprobado y escogido, para gozar siempre de él, con grandísima seguridad de que nunca será reprobado, ni excluido de la gloria; ni le darán la piedra negra que se da á los malaventurados, en señal de su eterna reprobacion y condenacion; y llámase piedra blanca, porque la da el Espíritu Santo á los que lavaron y blanquearon sus almas con la sangre del Cordero; y es piedra preciosa que se da con esta regalada comida del maná, para enriquecer á los convidados, y asegurarles de la perpetuidad de su convite. Y si en esta vida tanto alegran al justo los testimonios que da el Espíritu Santo, de que su nombre está escrito en el libro de la vida; ¿qué alegría será verse ya, no con testimonios inciertos ó dudosos, sino ciertos y evidentes, de que para siempre ha de gozar la dulzura que ha gustado? Y el dia del juicio á los escogidos que vencieron dará Cristo nuestro Señor esta piedra blanca, que es la sentencia pública de aprobacion, con que dirá (*Matth.* xxv, 34): Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo aparejado desde el principio del mundo; y á los reprobados que fueron vencidos, dará piedra negra de la sentencia de su condenacion. Por tanto, alma mia, mira cómo vives, porque en la hora de la muerte se ha de ver y votar tu pleito, y el voto no es mas que uno, porque uno solo es el juez; y si has vivido mal, declarará su voto con piedra negra de tu condenacion; pero si has vivido bien, declarará su voto en tu favor, dándote la piedra blanca de tu aprobacion y salvacion.

3. Lo tercero, el nombre que está escrito en esta piedra es, el nombre de hijo de Dios y heredero de su reino; el cual se declara con esta aprobacion, porque entonces el Espíritu Santo dará testimonio interior á los escogidos que son hijos de Dios; y si hijos, herederos, y herederos de Dios (*Rom.* VIII, 16), en compañía de Cristo. Y llámase este nombre nuevo, porque la perfecta adopcion de hijos y la herencia de la gloria se les da de nuevo, y se conservará perpétuamente con esta novedad, cuya excelencia es tan grande que

no es posible conocerla, ni estimarla como merece, si no es recibiéndola en la gloria. ¡Oh dichosos los que vencen los pecados, pues tal premio han de recibir por su victoria! ¡Oh qué alegres estarán con la comida del maná! qué ricos y contentos con la piedra blanca de su perpétua aprobacion! y qué honrados (I *Ioan.* III, 1; *en la med. pasada, punto* 7.°) y gloriosos con el nuevo nombre de hijos de Dios! hasta los mismos condenados con una vislumbre que tendrán de todo esto el dia del juicio, dirán á voces: Nosotros locos teníamos su vida por locura, y su muerte por infame (*Sap.* v, 4): *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei:* mirad como han sido contados entre los hijos de Dios, y su suerte les ha cabido entre los Santos. Ó Santos gloriosos, cuya suerte fue tan dichosa que os cupo la piedra blanca de la eterna aprobacion: alcanzadme del Padre celestial que os ha tomado por hijos y herederos, que viva yo de tal manera en la tierra, que alcance con vosotros la misma suerte en el cielo. Amen.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como la gloria es el cuarto premio que Cristo nuestro Señor promete al que vence y guarda hasta el fin sus obras; esto es, sus preceptos, haciendo las obras que él hizo, al cual dice (*Apoc,* II, 26): *Yo le daré potestad sobre las gentes, y las regirá con vara de hierro, quebrantándolas como vaso de barro, al modo que yo recibí esta potestad de mi Padre. Y juntamente le daré la estrella de la mañana.* En lo cual se ha de ponderar, lo primero, la grande honra que Cristo nuestro Señor hace á los Santos que en esta vida fueron oprimidos y afligidos por los pecadores, trocando las suertes de unos y otros; porque á los justos dará señorío y potestad sobre las gentes que les afligieron, aunque sean reyes y príncipes, á los cuales tendrán debajo de sus piés, y se alegrarán de la justicia y severidad con que Dios los castigará con vara de hierro rigurosa, quebrantándolos como vasos de barro, que no son de provecho. Por lo cual dijo David en un salmo (*Psalm.* CXLIX, 5): *Alegrarse han los Santos en la gloria, y regocijarse han en sus moradas: las alabanzas de Dios sonarán en sus bocas, y tendrán cuchillos de dos filos en sus manos, para vengarse de las naciones, y castigar á los pueblos, y aprisionar á los reyes con grillos, y á los nobles con esposas de hierro, para hacer de todos el juicio determinado. Gloria haec est omnibus Sanctis ejus.* Esta gloria tendrán todos los Santos. ¡Oh gloria verdadera, gloria maciza é inefable, ordenada por Dios para honrar á sus Santos! ¡Oh cuán honrados son (*Psalm.* CXXXVIII, 17), Señor, tus amigos, y cuán ennoblecido es su principado, pues

les das la potestad que tú recibiste de tu Padre, porque vivieron sujetos á tu gobierno! Gracias te doy, por la honra que les haces, y concédeme que los imite en la vida, para que tenga parte en su gloria. Amen.

2. La estrella de la mañana que aquí se promete es Cristo Dios y hombre, el cual se llama á sí mismo con este nombre, porque en cuanto Dios fue engendrado de su Padre como resplandor eterno (*Psalm.* CIX, 3), antes del lucero. Y en cuanto hombre nació en el mundo, y despues resucitó como principio de la luz y primicias de la resurreccion. Esta estrella da Cristo á los que vencen y le imitan en sus obras, para que le vean y gocen, y vengan á ser, á su imitacion, estrellas del firmamento, y tengan parte en su gloriosa resurreccion, resucitando con un cuerpo glorificado semejante al suyo. Ó amantísimo Jesús, que naciste como estrella de la mañana para desterrar del mundo las tinieblas de la ignorancia y las tristezas y amarguras de la culpa, hazme estrella en tu Iglesia militante, para que resplandeciendo con la luz de la vida y doctrina, sea despues estrella resplandeciente en la Iglesia triunfante por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar como la gloria es el quinto premio que Cristo nuestro Señor promete á los que no mancharon las vestiduras de su alma, y tuvieron obras llenas en la presencia de Dios, á los cuales dice (*Apoc.* III, 5): *El que venciere, será vestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, antes le confesaré delante de mi Padre y de sus Ángeles.* En las cuales palabras se incluyen tres excelencias de la gloria con que premia Dios á los que vencen. La primera es, vestirlos de vestiduras blancas adornando sus almas con la riquísima vestidura de la gracia y de la lumbre de la gloria, con una pureza divina, llenándolos de perpétua alegría, y vistiendo tambien sus cuerpos con la rica vestidura de la inmortalidad impasible, y de la impasibilidad resplandeciente, y del resplandor hermosísimo, mucho mas que el sol, cumpliéndoles lo que está escrito (*Isai.* LXI, 7): En su tierra serán vestidos con doblada vestidura. Ó dulce Redentor, gracias te doy por estas vestiduras de gloria que tienes aparejadas en el cielo, para los que se vistieron la vestidura de tu gracia en la tierra: vísteme, Señor, con estas, para que sea digno de que me vistas con esotras.

2. La segunda excelencia es, no borrar su nombre del libro de la vida; esto es, asegurarles de que para siempre estarán con él en

su gloria; y que como desde su eternidad los escribió en su entendimiento y voluntad, escogiéndolos para ser bienaventurados, así permanecerán por toda la eternidad. Y por consiguiente, les asegura que nunca serán echados en el estanque de fuego (*Apoc.* xx, 15), donde han de estar los que no estuvieren escritos en este libro.

3. La tercera excelencia es, confesarlos y alabarlos delante de su Padre y de sus Ángeles, preciándose de tenerlos en su compañía, y publicando los servicios que le han hecho, para que sean honrados de todos. Lo cual hará mas extendidamente el dia del juicio delante de todos los hombres, y aun de los mismos malos, así para confundirlos, como para que vean cuán bien cumple la palabra que dió de honrar á los que le sirven con fidelidad. Ó Dios eterno, que no te desdeñas de llamarte Dios de Abrahan (*Hebr.* xi, 16), y de los demás justos que peregrinan en la tierra, porque les tienes aparejada una riquísima y nobilísima ciudad en el cielo; gracias de doy por esta honra que les haces, y humildemente te suplico no te desdeñes de tomarme por tu esclavo, para que no me deseches para siempre de tu reino. Amen.

Punto sexto. — 1. Lo sexto, se ha de considerar como la gloria es el sexto premio que Cristo nuestro Señor promete á los que perseveran en retener el bien que han recibido, diciéndoles (*Apoc.* iii, 12): *Al que venciere, haré coluna en el templo de mi Dios, y nunca mas saldrá fuera, y sobre él escribiré el nombre de mi Dios y de su nueva ciudad Jerusalen que viene del cielo, y mi nombre nuevo.* Aquí se ha de ponderar, lo primero, como los que vencian á los enemigos de Cristo, y son como colunas que sustentan la fe y la Iglesia con su vida y doctrina, serán en el cielo honrados como colunas, alabándoles todos por la santidad y fortaleza que tuvieron en la tierra, y allá les hará Dios colunas de su templo celestial, para adorno y atavío suyo, labrándolas mucho mejor que Salomon labró las colunas de su templo (III *Reg.* vi, 18), con mil labores de gracias y virtudes. Y serán colunas fuertes é inmutables, porque nunca dejarán el lugar que Dios les diere, ni saldrán jamás del cielo al estado que antes tenian. En lo cual se diferencian de los justos que son colunas de la Iglesia, los cuales, por ser de su cosecha mudables, algunas veces vienen á caer de su estado. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor: *Ten lo que tienes, porque no lleve otro tu corona: y si vences, yo te haré coluna en mi templo, y nunca saldrás fuera de él.* Ó dulce Redentor, coluna de la Iglesia militante y triunfante, que edificaste tu casa en la tierra sobre siete (*Prov.* ix, 1) colunas de

grande fortaleza, concédeme que viva con tal firmeza en tu servicio, que llegue á ser coluna en tu santo templo.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, para honrar mas á estas colunas celestiales, promete que ha de escribir en ellas tres nombres; conviene á saber, el nombre de Dios, el de la ciudad nueva de Jerusalen, y su nombre nuevo que es Jesús y Salvador, para significar que Dios los toma por cosa suya, y ellos son obra de sus manos, de la cual se precia, y que son ciudadanos perpétuos de la celestial Jerusalen, gozando para siempre la dichosa vista de paz que su nombre significa. Y finalmente el mismo Jesús imprime en ellos los frutos de su nombre, manifestando en ellos las riquezas de la salud que ganó para todos. ¡Oh qué hermosas estarán estas celestiales colunas con la escultura de estos tres gloriosos nombres! Ó Dios de mi alma, imprime tu nombre en mi corazon de modo que no se borre por mi culpa. Ó dulce Jesús, estampa tu dulce nombre en mis entrañas, imprimiendo en mí los afectos de tu salud. Ó ciudad de Jerusalen, que bajas del cielo, dándote á conocer en la tierra, tómame por ciudadano, mediante la amorosa confianza, y despues con la eterna posesion. Amen.

Punto séptimo. — 1. Lo séptimo, se ha de considerar como la gloria es el séptimo premio que Cristo nuestro Señor promete á los que vencieren la tibieza de vida que le provoca á vómito, diciéndoles (*Apoc.* III, 21): *Al que venciere, yo le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo vencí, y me senté con mi Padre en su trono.* En las cuales palabras se ha de ponderar la suprema grandeza que tendrán los santos en la gloria, por la grande conformidad con Cristo nuestro Señor en ella; la cual, aunque no llega á igualdad, pero para manifestar su grandeza se declara por palabras que significan igualdad. Y por esto dice: Al que venciere, yo le concederé que esté en mi reino, no en pié, como criado que sirve, sino sentado con grande quietud y majestad, como príncipe y grande de mi corte. Y estará sentado, no apartado de mí, sino *mecum*, junto conmigo, en mi compañía y en mi presencia, conversando conmigo familiarísimamente, y participando de mis bienes. Y estará sentado conmigo, no como quiera, sino *in trono meo,* en mi mismo trono, sin que haya entre nosotros cosa partida; de modo, que tambien tenga parte en la honra que se me hace, que es decir: Daréle la dignidad de Dios, del modo que es capaz de ella, para que goce de la excelencia que Lucifer pretendió por malos medios, y no alcanzó, cuando dijo (*Isai.* XIV, 13): *Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas, sentaréme*

EPÍTOME

DE LA

VIDA DEL V. P. LUIS DE LA PUENTE,

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

SACADO DE UNA COPIA DE LA INFORMACION QUE SE PRESENTÓ AL SUMO PONTÍFICE CLEMENTE IX, EN EL AÑO 1667, PARA PROMOVER LA CAUSA DE BEATIFICACION Y CANONIZACION DE AQUEL SIERVO DE DIOS.

Nació el venerable Luis de la Puente en la ciudad de Valladolid á 11 de noviembre del año del Señor de 1554, de padres esclarecidos en piedad y nobleza, y fue bautizado en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Antigua, el dia 26 del mismo mes. En su niñez y adolescencia, aun siendo seglar, vivia una vida inocente, dándose desde entonces á la oracion mental y vocal, y empleándose en obras de misericordia, especialmente en visitar y servir á los enfermos en los hospitales. Esta pureza é inocencia de vida la conservó hasta la muerte en la religion de la Compañía de Jesús, donde entró el dia 2 de diciembre de 1574 á la edad de veinte años, y la adornó con dos margaritas preciosas; á saber, la flor de la virginidad, y el voto de no cometer pecado venial advertidamente, que descubrió á su confesor y observó exactísimamente; lo que es señal de exímia perfeccion. Con esta pureza de corazon é inocencia de obras fue contado en la generacion de aquellos que viven á Dios, por el ejercicio de actos heróicos de todas las virtudes, con los cuales se hizo á sí mismo templo vivo para honra y culto del verdadero Dios.

El fundamento de este edificio fue la fe, que lo es de todos los bienes sobrenaturales, y por la cual vive el justo. Él la profesó siempre perfectísimamente, lo primero ejercitándola en todas las acciones sagradas, así en las de mayor momento como en las ordinarias, con igual atencion y diligencia; lo segundo, en la continua oracion con que pedia á Dios que le aumentase la fe; lo tercero, deseando y pi-

diendo con insistencia á sus superiores licencia para ir al Japon y á otros países infieles, á fin de predicarles el santo Evangelio; lo cuarto, visitando frecuentemente de dia y de noche el santísimo Sacramento; lo quinto, escribiendo é imprimiendo libros de sana y católica doctrina, que hoy se hallan traducidos en cinco idiomas de diversas lenguas. Ejercitaba estas acciones con tanto amor para con Dios, que los otros religiosos de la Compañía se admiraban del fervor de su amor; y siguiendo este fervor, su mismo aposento temblaba y se estremecia, especialmente cuando recitaba aquellas palabras del salmo: *Venite exultemus*, etc. *Venite, adoremus et procidamus ante Deum*. En esta ocasion fue visto cercado de un resplandeciente globo de luz desde el medio cuerpo hasta la cabeza.

Levantó este templo con los actos de la virtud teologal de la esperanza, que es una certísima confianza de conseguir la vida eterna, la cual tuvo este siervo de Dios, fundándose en los méritos de la pasion de Cristo Señor nuestro, y en Dios, como padre benignísimo. Esta cierta esperanza no solo la tenia en cuanto á la consecucion de la vida eterna, sino tambien en cuanto á los demás bienes; y era tan grande, que aunque fuese pecador, con todo mirando á la misericordia de Dios y á los méritos de Cristo, se alentaba y avivaba su confianza en el Señor, en órden á conseguir de él todo bien.

Cubrió este su templo con la caridad, que nacia de un corazon puro y no fingida fe por virtud del Espíritu Santo que habitaba en él, señalándose en esta virtud así para con Dios como para con el prójimo, á quien amaba en Dios y por Dios. En cuanto á Dios la ejercitó viviendo y respirando siempre en él con una continua presencia suya, ofreciéndole tantos sacrificios cuantas eran las obras que practicaba, no perdiendo nada de tiempo, porque siempre estaba con su Dios, ó en oracion mental ó vocal, ó hablando de Dios, ú obrando por Dios; y no solo él hablaba de Dios, sino que tambien queria que hablasen sus súbditos aun en las recreaciones. Todo cuanto hacia, nacia de esta raíz de la caridad para con Dios, á quien amaba con tanta vehemencia, que prorumpia en estas voces: *Non plus, Domine, non plus*: No mas, Señor, no mas.

La caridad para con sus prójimos fue tambien insigne, porque continuamente ardia su corazon por la salud de las almas, y solia decir que estaba aparejado á arder perpétuamente en el infierno por la conversion de los pecadores. De esta ardiente caridad tuvieron orígen todas aquellas obras de misericordia así espirituales como corporales, que aun estando enfermo ejercitó con sus prójimos y en par-

ticular en tiempo de peste y contagio, en el cual no solo ministraba los Sacramentos á los apestados, sino tambien sepultaba los cuerpos de los que morian de peste. Esto mismo demuestra el continuo concurso de las personas que de todos estados y calidades acudian á él, y el haber perseverado en estas obras de caridad para con sus prójimos hasta el dia de su muerte, en el cual dictó á su amanuense un papel por el bien espiritual de su prójimo.

Ni faltan á este siervo de Dios heróicos actos de virtudes morales, con las que adornó el templo vivo levantado á Dios con las teologales; porque viniendo á la virtud de la religion, por la cual los fieles de Cristo dan culto interior y exteriormente á Dios, se ejercitó en actos heróicos propios de ella, ya con la oracion mental, contemplacion y adoracion de la divina Majestad, ya con el rezo del divino oficio, que siempre rezó con cuidado y atencion, y en él fue visto algunas veces rodeado todo de un globo resplandeciente de luz desde el medio cuerpo hasta la cabeza, ya en la celebracion de la misa, que aun estando enfermo decia, y una vez le ayudó Dios para que la dijese con concurso extraordinario y cási milagroso, ya en la continuacion con que visitaba el santísimo Sacramento del altar, no una ó dos veces, sino ciento al dia aun estando enfermo.

Mostró tambien grandísima piedad, observancia y culto para con la Vírgen santísima Nuestra Señora, y con los Ángeles y Santos, y en especial con el Ángel de su guarda tenia familiar y visible conversacion. En el estado religioso se señaló asimismo en tan pio culto con heróicos actos, porque el voto de la pobreza le guardó con excelencia, pues fue con espíritu y con efecto pobre, sin tener mas de lo necesario, y sano y enfermo pasaba con la comida y vestido comun; y si se le presentaba ó daba alguna cosa, lo remitia al punto á los superiores, para que lo repartieran con la comunidad. En el voto de la castidad procuró imitar la pureza angélica, y lo consiguió, pues murió vírgen, como queda dicho. El voto de la obediencia, por virtud del cual un religioso consagra á Dios su propia voluntad, le guardó exactísimamente, así en la ejecucion perfecta de las órdenes de los superiores, como en la conformidad con su voluntad y juicio, aprobando cualquiera cosa que se le mandaba, y observando todas las reglas de su religion, aun las mínimas, con admiracion de los religiosos que con él vivian. Todas estas cosas las sacó y aprendió de la luz divina que por favor especial recibió del mismo Dios, como lo testifica él en sus escritos compulsados.

Fue dotado de una singular prudencia, con la cual adquirió luz

para discernir y juzgar de las cosas de que así él mismo como los prójimos necesitaban en órden á conseguir el fin de su creacion. Mostró esta prudencia en sí honrando y reverenciando tan exactamente como honró y reverenció á Dios por el ejercicio de las virtudes teologales y otras, segun queda referido; y tambien la mostró en la eleccion que hizo del estado religioso; porque como dijo el Nazianceno en la oracion de las alabanzas de san Basilio: *Ii sapientiores habendi sunt quam reliquum mortalium vulgus, qui seipsos à mundi consortio segregarunt.* No se mostró menos prudente para con otros; y así el que habia menester consejo ó se creia en aprieto, se acogia á este siervo de Dios como á varon prudente que penetraba los corazones de los que á él acudian. Por lo cual deponen los testigos que habia recibido de Dios el don de prudencia espiritual, y que en aquella edad no hubo un maestro de espíritu mayor que él, teniéndole en todos los reinos de España por oráculo.

La justicia, que es una constante voluntad de dar á cada uno lo que es suyo, la observó de modo que á cada uno dió lo que le debia, á Dios, á sus superiores, al prójimo y á sí mismo. Á Dios dió el amor que le debemos segun el divino precepto: *Diliges Dominum Deum tuum;* amándole sobre todas las cosas intensísimamente, como arriba se vió. Tambien le dió la honra como á supremo Señor, y se gozaba sumamente de que en él hubiese justicia vindicativa, con que pudiera castigar sus pecados, como lo testifica en sus escritos compulsados. Á los superiores dió la obediencia que se les debia, con la exactitud y perfeccion que ya se dijo. Á los prójimos dió el amor fraterno, con la excelencia que queda referido. Asimismo atendió continuamente á la composicion de sus acciones, sujetando á la razon y parte superior de su mente todos los movimientos de su ánimo, y domando todas sus concupiscencias carnales, para que así resplandeciese en él el reino de Dios con grande tranquilidad y paz.

La fortaleza, que trae consigo la firmeza de ánimo mostrada en los actos de acometer y sufrir, la consiguió en grado heróico; porque si miramos al acto de acometer y emprender cosas arduas, se mostró la fortaleza de este siervo de Dios en su entrada en la religion, no solo por ser esta accion de tanta estimacion, que se equipara al martirio, el cual sin controversia toca á esta virtud, sino tambien por las grandes dificultades que se le levantaron cuando quiso entrar en la Compañía, las cuales todas las venció con fortaleza. Pero si miramos á otro acto, que consiste en el sufrir, no fue menor

su fortaleza, como lo mostró con ventajas en los acerbísimos dolores y enfermedades que padeció por espacio de treinta años y mas, los cuales no solo llevó con paciencia, sino con alegría. Lo mismo le sucedió en los oprobios que le dijeron, é injurias que le hicieron.

Resta decir algo de la templanza, la cual modera los afectos acerca de las delectaciones de los sentidos de gusto y tacto, á quien pertenecen como especies propias las virtudes de abstinencia, sobriedad y castidad, y como parte anexa se le reduce tambien la virtud de la humildad. En las dos virtudes de abstinencia y sobriedad fue insigne este varon, pues nunca permitió que se pasase ningun tiempo de su vida sin alguna mortificacion de su carne; y sus ayunos fueron tan rigurosos, que redujeron su cuerpo no solo á la piel y los huesos, sino á tal estado que parecia un esqueleto. Si algo tenia de espíritu y vida, todos los testigos deponen que lo habia alcanzado de Dios por continuo milagro. No fue menos insigne en la castidad; pero en este particular no añado nada, pues bastante he dicho arriba.

De su humildad solo apuntaré un propósito que hizo acerca de su ejecucion, y es el siguiente: *Debo siempre procurar humildad interior y exterior delante de Dios y de los hombres, eligiendo en todas las cosas lo mas vil, exponiéndome al menosprecio, y rogando á Dios que deje que yo sea abatido, no diciendo nada, ni indirectamente, que incline á mi alabanza, ni contando mis dolores, ni alguna cosa mia sin evidente necesidad.* Cumplió exactísimamente este propósito, como lo deponen los testigos, declarando cuán puntualmente cumplia la primera parte de procurar su humildad interior y exterior, la segunda de elegir las cosas mas viles para sí, y la tercera de exponerse á que le despreciasen, como se vió en andar á caballo en un jumento por la ciudad de Valladolid, de tal modo que daba ocasion á muchos de que hicieran burla de él. Últimamente, no decia nada que redundase en alabanza propia; antes rehusaba el ser juez en las cosas espirituales, porque pidiéndole que juzgase si una cosa era mas perfecta que otra; lo rehusó, siendo así que le tenian por sapientísimo maestro en estas materias, como arriba se ha dicho.

Con esta vida perfecta, santa, virtuosa y llena de Dios, como todos los testigos lo deponen, llegó el venerable P. Luis al fin de su mortalidad; y aunque los testigos expresamente no dicen en sus deposiciones que Dios le reveló la hora de la muerte; pero afirman que la supo y le fue revelada, sacándolo de varios dichos del siervo de Dios y varias señales que observaron. Para prepararse á aquella hora pidió y recibió el santo Viático y la Extremauncion.

Habiendo, pues, llegado el siervo de Dios á los setenta años de edad, el 16 de febrero de 1624 á las diez y media de la noche, dichas aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum;* y las otras: *Dum veneris iudicare, noli me condemnare;* puestos los ojos fijos en una imágen de Cristo crucificado, entregó su espíritu á su Criador. Algunas piadosas y devotas mujeres, especialmente religiosas, vieron que subia al cielo el espíritu del Venerable, adornado y coronado con preciosísimas piedras y margaritas.

Entre otras, examinada sor Juana Rodriguez, monja profesa en el convento de Santa Clara, extramuros de Búrgos, depone que aunque no conoció al P. Luis de la Puente, con todo despues de la muerte de él, estando orando mentalmente en su oratorio, antes que hubiese entrado en el monasterio, vió á un religioso de la Compañía de Jesús, muy devoto y de grande espíritu, acompañado de multitud de Ángeles y rodeado de resplandores, y oyó una voz interior que le decia que aquel era el P. Luis de la Puente, el cual habia muerto, y con el ejemplo de su vida y sus escritos habia ayudado grandemente á las almas de los fieles, sacando á muchas de pecado mortal, y que por eso Dios le habia dado aquel premio.

Al dia siguiente, los Padres de la Compañía le hicieron el oficio de difuntos, á que concurrieron de suyo multitud de pueblo y gente noble para ver, segun decian, el cuerpo de aquel santo varon, y tocarle y besarle, y llevar algo de sus reliquias. La devocion del pueblo para con este siervo de Dios dura hasta los tiempos presentes.

El Señor le hizo tambien maravilloso con el don de profecías y otras virtudes y gracias, y entre ellas la gracia de curar y sanar varias enfermedades, así en vida como despues de muerto. Profetizó, lo primero, á una novicia de un monasterio de monjas, que habia de ser elegida por prelada de él, y así sucedió. Lo segundo, á una monja de san Bernardo, que habia de pasar á un convento de descalzas (lo cual ella deseaba) dentro de un año, tres dias antes que se cumpliese el año, y sucedió todo así. Lo tercero, previno á una religiosa que se aparejase para una ocasion de insigne paciencia que se le habia de ofrecer: hízolo la religiosa con cuidado, y despues por espacio de doce años padeció grandes molestias de una persona. Lo cuarto, manifestó á una muchacha el propósito que tenia de entrar monja en un monasterio de recoletas, y le profetizó todas las cosas que despues le habian de suceder por su órden; y todo pasó así. Lo quinto, aconteció que andando un caballero armado y acompañado de sus criados para defenderse contra otro caballero enemigo suyo,

como se presentase así al P. Luis, le preguntó este la causa por que iba cargado de armas. Manifestósela el caballero, y el siervo de Dios le dijo: «Deje vuesa merced las armas y el miedo, porque no recibirá daño alguno de su enemigo.» Y como lo profetizó, así sucedió, aunque vivió muchos años el enemigo, porque la profecía se hizo el año de 1615, y el enemigo del caballero murió el de 1656.

En cuanto á la gracia de curar enfermedades, se refieren en los procesos cinco casos obrados en vida por este siervo de Dios, y son los siguientes: Primero, libró á una enferma que estaba atormentada de terribles dolores, con solo decirle: *Quítensele esos dolores*. Segundo, sanó á otra enferma que estaba con calentura, dolores de garganta y oidos, dejándola sana con decirle: *Nuestro Señor la libre*. Tercero, impetró feliz parto á dos mujeres, que en otros anteriores siempre se habian visto en peligro de la vida. Cuarto, libró á un religioso de un demonio que le atormentaba. Quinto, una mujer que estaba apretada de la ceática y otros dolores, recibió un billete del siervo de Dios con una oracion devota escrita en él, y en leyéndola se halló mejorada.

De los milagros obrados despues de muerto, se cuentan en los procesos veinte y ocho. Primeramente, por aplicacion de una reliquia suya libró á tres mujeres que estaban de parto y en peligro de la vida: la una padecia un flujo de sangre; las otras dos no podian acabar de echar las criaturas. Lo segundo, once personas que estaban enfermas de varios dolores de cabeza, de garganta, de ceática, de costado, con vómitos y otras diversas dolencias, quedaron sanas y libres de sus males con la aplicacion de las reliquias ó la invocacion del nombre del P. Luis. Con los mismos medios alcanzaron la salud seis personas que se veian en extremo peligro de perder la vida, por ser agudas las enfermedades de calenturas malignas, cuartanas y puntas de costado. Otras dos que padecian afecciones del pecho sanaron por su intercesion, como asimismo uno que tenia erisipela. Una señora que cayendo por una escalera dió con la cabeza en la pared, se halló libre de todo mal y peligro por la intercesion del venerable Padre. Un enfermo que padecia retencion de orina, con solo aplicarse una imágen y una firma del siervo de Dios, orinó y echó dos carnosidades, una tan grande como una avellana, y otra como un garbanzo. En cosas espirituales socorrió á otras que se valieron de su intercesion, especialmente en aprieto de escrúpulos.

Tambien glorificó Dios á su siervo despues de muerto, en cosas que quedaron de él. Primeramente, en una carta escrita el año de

1593, toda de su mano, para doña Francisca de Luna, la cual carta vino despues á parar en manos de una monja llamada doña Francisca de Ribera. Esta puso la dicha carta en una almilla de que usaba, entre la bayeta y el forro, y la cosió para que no se le perdiese; mas despues olvidada de que estaba allí dió á lavar la almilla, y la metieron en una artesa de agua caliente, la jabonaron y torcieron. Pasados algunos meses, queriendo usar de la almilla se acordaron de la carta, y cuando pensaron que estaria del todo deshecha, la hallaron en todo mejorada; porque antes el papel estaba flojo y amarillo, y las letras gastadas y desfiguradas, y despues hallaron el papel entero, tieso y blanco, y las letras vivas y muy legibles. Todo esto se tuvo por milagroso en el convento, y sobre ello examinó el Obispo de Valladolid á muchos testigos. El otro milagro sucedió en un hueso del dedo índice de la mano derecha del siervo de Dios. Habiéndole entregado el P. José Cabello, de la Compañía de Jesús, á un platero para que le pusiese en el cuello de una garrafa de vidrio adornado de unos cabos de plata sin decirle otra cosa; el platero dispuso los cabos, y metido el hueso en el vidrio (estando los dos secos y sin humedad ninguna), echó el hueso tanta cantidad de agua, que se mojó el vidrio y no se pudieron poner los cabos. El platero, despues de enjugado todo, intentó repetir la operacion segunda y tercera vez, y sucedió lo mismo que la primera; con lo que aburrido envolvió el hueso y vidrio en un papel, y todo descompuesto lo metió en su cajon y cerró con llave. Á la mañana siguiente, queriendo componer lo que no habia podido en el dia anterior, abrió el cajon y halló que todo estaba compuesto y hecho segun el arte, y ligado con los cabos de plata, sin que le faltase nada. De este milagro deponen dos testigos de vista, el platero y su compañero.

De todo lo cual consta que el siervo de Dios Luís de la Puente fue adornado de todas y cada una de las virtudes en grado perfecto y heróico, y que la fama de santidad con que murió, se confirmó con los milagros referidos, que Nuestro Señor obró por su intercesion despues de muerto.

En todo lo que va dicho, no es nuestra intencion prevenir en forma alguna el juicio y determinacion de la Santa Sede apostólica en cuanto al venerable siervo de Dios P. Luis de la Puente; y á los hechos referidos pretendemos solamente se les dé aquella autoridad, fe y crédito que puede y debe darse á la historia humana escrita con exacto cuidado.

Para cerrar dignamente este epítome de su vida, ponemos á con-

tinuacion un catálogo de las obras que escribió este insigne maestro y doctor místico, y de los tratados y materias que en sí contienen.

La primera obra que sacó á luz, fue la presente de las Meditaciones de los misterios de nuestra santa fe, la cual fue recibida con tanta estimacion, que en los tres primeros años se hicieron cuatro impresiones, y despues se han repetido otras muchísimas. De ella solia decir uno de los mas célebres predicadores del siglo del autor: *Sin esta puente no me atrevo yo á pasar el rio de la predicacion.*

La segunda obra que publicó, es aquella ilustrísima suma de teología mística, que se intitula *Guia espiritual*, donde se trata de la oracion, meditacion y contemplacion, de las divinas visitas, gracias extraordinarias, de las reglas para calificar los espíritus, de la mortificacion y obras heróicas que acompañan la vida contemplativa; obra verdaderamente grande y de las mayores que en esta materia hay en la Iglesia; la cual deberian manejar los maestros de espíritu para encaminar seguramente las almas á lo supremo de la contemplacion. Por haberse ejercitado mucho en su lectura la santidad de Alejandro VII, hizo tan gran concepto del sublime espíritu del venerable Padre, y miró con tal afecto la causa de su beatificacion, que á haberle dado Nuestro Señor dos ó tres años mas de vida, presumimos con grande probabilidad que le hubiera beatificado. En esta obra se contienen cuatro tratados. Es el primero del trato familiar con Dios por la oracion y de las visitas de Dios en ella por sus inspiraciones. Es el segundo de la sagrada leccion y meditacion, con que se alcanza el conocimiento de sí mismo, de Cristo nuestro Señor y de sus Santos, y de Dios por las cosas criadas, con los fervorosos actos que las acompañan. Es el tercero de la perfecta contemplacion y union con Dios. Es el cuarto de la mortificacion y obras heróicas, que son fruto de la vida contemplativa y de la consideracion práctica que las acompaña.

La tercera obra verdaderamente heróica es de la perfeccion del cristiano en todos sus estados, dispuesta en veinte y cuatro tratados, en que recogió cuanto grande se halla en los Padres y Doctores místicos acerca de las materias que toca con tanta comprension, que admira á los mas sábios, y con tanto acierto, que se reconoce le escogió el Espíritu Santo para maestro universal de todos estados. El primer tratado es de la perfeccion en el estado cristiano, desde su primera vocacion y nacimiento espiritual hasta la muerte, dividido en cinco partes. En la primera se trata de las vocaciones á la fe católica y estado de gracia, y de la perfecta conversion de los pecado-

res : en la segunda de los sacramentos del Bautismo y Confirmacion, y de la perfeccion que en ellos se profesa : en la tercera del sacramento de la Penitencia y de todos sus actos de la perfecta reformacion : en la cuarta del santísimo Sacramento del altar, y de la excelente perfeccion que comunica con su frecuente comunion : en la quinta de la perfeccion en las enfermedades y peligros de muerte, y del sacramento de la Extremauncion.

El segundo tomo es de la perfeccion del cristiano en los estados y oficios de la república seglar, eclesiástica y religiosa, y especialmente de la seglar : contiene otros cinco tratados. El primero es de la providencia de Dios en el repartimiento de todos los estados, oficios y suertes de vida que tiene la república cristiana, con la perfeccion propia de cada uno. El segundo trata de la providencia de Dios acerca de las tentaciones contra la perfeccion en todos estados, y el modo de vencerlas. El tercero es de la perfeccion en los estados y oficios de los que gobiernan la república cristiana, y especialmente la seglar. El cuarto de la perfeccion en el gobierno de las familias, en el trato comun entre mayores, menores é iguales. El quinto es de los estados del matrimonio y viudez, y de la perfeccion propia de cada uno.

El tercer tomo habla de la perfeccion del cristiano en el estado de virginidad y continencia, y en la república religiosa : contiene siete tratados. El primero es de los principales consejos de perfeccion comunes á todos estados : el segundo de los estados de continencia y virginidad, y de las virtudes especiales que acompañan : el tercero del estado de la religion cuanto á las cosas sustanciales que abraza, y de los grandes premios que le están prometidos : el cuarto de las especiales vocaciones para entrar en la religion, y de los admirables medios por donde Dios las encamina : el quinto de la entrada en la religion y crianza de los novicios, de sus tentaciones, pruebas, y modo de hacer perfectamente los votos : el sexto de la perfecta guarda de los tres votos, pobreza, castidad y obediencia, segun las reglas : el séptimo de la suprema perfeccion del religioso en la observancia de todas las demás cosas que contienen las constituciones de la religion.

El cuarto tomo es de la perfeccion cristiana en todos los oficios y ministerios de la república eclesiástica : contiene otros siete tratados. El primero es del sacramento del Órden y estado sacerdotal, y de la perfeccion que pertenece á todos los eclesiásticos : el segundo del santo sacrificio de la misa, y del modo de decirla y oirla con perfec-

cion: el tercero de la perfeccion en el ministerio de rezar ó cantar el oficio divino y horas canónicas: el cuarto de los oficios y ministerios en general de ayudar á las almas, y de las partes que piden para hacerse con perfeccion: el quinto de la que pertenece á los confesores en todos sus ministerios: el sexto de la que corresponde á los maestros y predicadores: el séptimo del estado de los obispos y prelados, y modo de gobernar las almas con perfeccion.

Fuera de estos libros compuso un Directorio espiritual de los santos sacramentos de la Confesion y Comunion, y del sacrificio de la misa, con el ejercicio de oracion y meditacion que acompañan, reduciendo á un tomillo la doctrina mas jugosa y devota que acerca de estas materias habia escrito en el primero y cuarto tomo de los estados, añadiendo otras cosas muy devotas. En este opúsculo se contienen tres tratados: el primero del santo sacramento de la Penitencia y sus tres partes, contricion, confesion y satisfaccion, donde pone siete meditaciones eficacísimas para mover á perfecta contricion de los pecados: el segundo es del santísimo Sacramento del altar y de dos modos de comunion, sacramental y espiritual, donde pone siete meditaciones dulcísimas de todas las cosas que se encierran en este augusto Sacramento, y otras siete de las visitas de Cristo Señor nuestro en este alto Sacramento, y de los efectos que causa, para los siete dias de la semana, excitando á que con esta piadosa variedad las personas devotas enternezcan su corazon cuando comulgan. El tercer tratado es del santo sacrificio de la misa y de la perfeccion de decirla: contiénense en él catorce consideraciones diferentes con varios afectos de devocion, que disponen para decir bien misa, y comulgar para los siete dias de la semana; y prueba con catorce eficacísimas razones cuán santa y provechosa sea la devocion de decir misa y oirla cada dia.

Aunque en todos sus escritos es admirable este gran Doctor, en lo que toca al santísimo Sacramento se excede á sí mismo. Trata de esta materia en la primera, cuarta y sexta parte de las Meditaciones, en la Guia espiritual hablando del amor unitivo con Cristo, en el primero y cuarto tomo de los estados, y sin repetir nada de lo que tenia dicho, siempre descubre nuevos motivos para encendernos en amor de Cristo sacramentado, de quien recibió tan copiosa luz por la cordial devocion que le tenia, visitándole cien veces al dia aun cuando apenas se podia mover.

Á mas de lo dicho escribió dos tomos grandes de á fólio de exposicion moral sobre los Cantares, llenos de tanta y tan delicada en-

señanza, que en ellos hallan los varones espirituales cuánto pueden desear para cualquiera sermon ó plática espiritual.

Escribió asimismo la vida del venerable P. Baltasar Álvarez, confesor de santa Teresa, que contiene una práctica admirable del modo como se han de encaminar las almas á la perfeccion, y del modo de oracion en que comunmente deben ejercitarse todos, con una subidísima explicacion de la oracion sobrenatural, de union y quietud.

Dejó escritas tambien de su mano las admirables cosas de la venerable vírgen doña Marina de Escobar, á quien confesó treinta años, para que se publicasen despues de su muerte. Dióse á la estampa esta obra en el año de 1665, y contiene seis libros. En los cinco primeros trata de los extraordinarios caminos por donde Nuestro Señor guió desde los principios á su sierva, y de las maravillosas revelaciones y singulares mercedes y gracias que debió á la bondad divina; y en el sexto de su heróica perfeccion en el modo de padecer y ejercitar todas las virtudes.

En las obras del venerable P. Luis de la Puente resplandece tan claramente su elevadísimo espíritu, que cada línea de ellas es una llama, y cada palabra una centella de amor divino; por lo cual muchas personas enfervorizadas con su lectura y especialmente de lo que toca al santísimo Sacramento, han dejado legados considerables para ayuda de su beatificacion y canonizacion, de que está fundada una obra pia en el colegio de San Ambrosio de Valladolid, donde se halla su cuerpo.

FIN.

TABLA

DE LAS MEDITACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS Y ALGUNAS EPÍSTOLAS DE VARIAS DOMINICAS, FERIAS Y FIESTAS DEL AÑO.

Dia de Cenizas: *Memento homo quia pulvis es*, etc. (Genes. III, 19), t. I, p. I, med. 11.—*De ieiunio*, t. II, p. III, med. 4.—*Nolite thesaurizare*, etc. (Matth. VI, 19), t. III, p. VI, med. 51.

Jueves: *Accessit ad eum centurio*, etc. (Matth. VIII, 5), t. II, p. III, med. 30.

Viernes: *Estote perfecti*, etc. (Matth. V, 48), t. II, p. III, med. 13.—*Del amor de los enemigos*. (Matth. V, 44), t. II, p. IV, med. 45, y t. III, p. VI.

Sábado: *Erat navis in medio mari*, etc. (Marc. VI, 47), t. II, p. III, med. 19.

Domingo 1.° de Cuaresma: *Ductus est Iesus in desertum*, etc. (Matth. IV, 1), t. II, p. III, med. 4.

Lunes: *Cum venerit Filius*, etc. (Matth. XXV, 31), t. I, p. I, med. 15.

Martes: *Eiiciebat omnes vendentes*, etc. (Matth. XXI, 10), t. II, p. III, meditacion 10.

Miércoles: *Sicut fuit Ionas*, etc. (Matth. XII, 40), t. II, p. III, med. 10, punto 2.°

Jueves: *De la Cananea*. (Matth. XV, 21), t. II, p. III, med. 29.

Viernes: *Est autem Hierosolymis*, etc. (Ioan. V, 1), t. II, p. III, med. 32.

Sábado: *Post dies sex*, etc. (Matth. XVII, 1), t. II, p. III, med. 21.

Domingo 2.° de Cuaresma: *Post dies sex*, etc. (Matth. XVII, 1), t. II, p. III, med. 21.

Miércoles: *Ecce ascendimus... Accessit ad eum*, etc. (Matth. XX, 18, 20), tomo II, p. IV, med. 2, y p. III, med. 23.

Jueves: *Homo quidam erat dives*, etc. (Luc. XVI, 19), t. II, p. III, med. 24.

Viernes: *Parábola de la viña*. (Matth. XXI, 33), t. II, p. III, med. 55.

Sábado: *Homo quidam habuit duos filios*, etc. (Luc. XV, 11), t. II, p. III, med. 49.

Domingo 3.° de Cuaresma: *Erat Iesus eiiciens daemonium*, etc. (Luc. XI, 14), t. II, p. III, med. 37.

Viernes: *Venit Iesus in civitate Samariae*, etc. (Ioan. IV, 5), t. II, p. III, meditacion 26.

Sábado: *Adducunt mulierem*, etc. (Ioan. VIII, 3), t. II, p. III, med. 27.

Domingo 4.° de Cuaresma: *Abiit Iesus trans*, etc. (Ioan. VI, 1), t. II, p. III, med. 17.

Lunes: *Invenit in templo vendentes*, etc. (Ioan. II, 14), t. II, p. III, med. 10.

Miércoles: *Praeteriens Iesus*, etc. (Ioan. IX, 1), t. II, p. III, med. 35.

Jueves: *Ibat Iesus in civitatem*, etc. (Luc. VII, 11), t. II, p. III, med. 40.

Viernes: *Erat quidam languens*, etc. (Ioan. XI, 1), t. II, p. III, med. 41.

Domingo de Pasion: *Abraham exultavit ut*, etc. (Ioan. VIII, 56), t. II, p. IV, introduccion.—*De la memoria de la Pasion*, t. II, p. IV, toda ella.

Jueves: *Rogabat Iesum quidam*, etc. (Luc. VII, 36), t. II, p. III, med. 25.

Viernes: *Collegerunt pontifices*, etc. (Ioan. XI, 47), t. II, p. III, med. 42.

Domingo de Ramos: *Cum appropinquasset*, etc. (Matth. XXI, 1), t. II, p. IV, med. 3.

Lunes Santo: *Ante sex dies*, etc. (Ioan. XII, 1), t. II, p. IV, med. 5.

Jueves Santo: *Ante diem festum Paschae*, etc. (Ioan. XIII, 1), t. II, p. IV, med. 8.

Viernes Santo: *Historia de la Pasion*, t. II, p. IV, toda ella.

FIESTAS DE LOS SANTOS.

ÍNDICE.

PARTE QUINTA.

De las meditaciones que pertenecen á la via unitiva, y contiene los misterios de Cristo nuestro Señor glorificado hasta la venida del Espíritu Santo, y publicacion del Evangelio.

PARTE SEXTA.

De las meditaciones de los misterios de la Divinidad, Trinidad y perfecciones de Dios: y de los beneficios naturales y sobrenaturales que de él proceden.

FIN DEL ÍNDICE.



